

Las Cuatro Campañas

DE

La Guerra del Pacífico

Por

FRANCISCO A. MACHUCA

(CAPTAIN)

TENIENTE CORONEL RETIRADO

Relación y crítica militar de Captain,
autor de La Guerra Anglo-Boer, de La Guerra Ruso-japonesa,
y de La Gran Guerra Mundial de 1914 -1917.

TOMO I.

1926
Imprenta VICTORIA, Valparaíso

Casilla 163.

A los señores Coroneles

Don Carlos Ibañez del Campo,

Ministro del Interior

y

Don Ricardo Olea,

Comandante en Jefe de la V División

a cuya patriótica benevolencia

se debe la publicación de esta obra,

Viña del Mar, Marzo de 1927.

El autor.

ES PROPIEDAD
Inscripción No. 590

LAS CUATRO CAMPAÑAS DE LA GUERRA DEL PACIFICO

I. TARAPACÁ. II. TACNA.
III. LIMA. IV. LA SIERRA.

Tomo Primero.
Campaña de Tarapacá.

Capítulos	Materia	Pág.
I.	El desierto de Atacama.- El Tratado secreto.....	9
II.	El Tratado Baptista – Walter Martínez.....	23
III.	Embargo de la Compañía de Salitres; rescisión de la convención de 1873	28
IV.	Ocupación de Antofagasta.- Toma de Calama.....	35
V.	La Misión Lavalle.....	47
VI.	El Perú causante de la guerra.....	56
VII.	Preparativos bélicos.....	63
VIII.	Operaciones activas.....	74
IX.	Preparativos de los aliados.....	88
X.	La expedición al Callao.....	102
XI.	Organización del Ejército.....	112
XII.	Combate Naval de Iquique.....	125
XIII.	Preparativos para la campaña terrestre.....	137
XVI.	Operaciones de la Escuadra Peruana. (Del 23 de Mayo al 30 de Setiembre).....	150
XV.	Operaciones Marítimas chilenas. (Del 23 de Mayo al 30 de Setiembre).....	162
XVI.	Preparativo terrestres hasta la batalla de Angamos.....	179
XVII.	Angamos.....	195
XVIII.	En víspera de expedicionar a Tarapacá.....	209
XIX.	Embarco del Ejército.....	220
XX.	Los servicios humanitarios. Sanidad y religión.....	233
XXI.	Asalto a Pisagua.....	252
XXII.	De Pisagua a Germania.....	270
XXIII.	Concentración del Ejército.....	283
XXIV.	La marcha de Daza a Camarones.....	292
XXV.	Dolores o San Francisco.....	301
XXVI.	Persecución del enemigo.- “No haga nada”.....	312
XXVII.	.A Tarapacá.....	322
XXVIII.	Tarapacá.....	330
XXIX.	Después de Tarapacá.....	342
XXX.	Fin de la Campaña.....	352

BIBLIOGRAFÍA

- DIARIO DE CAMPAÑA.- Julio Caballero Illanes, capitán del Coquimbo. (Inédito).
- DIARIO DE CAMPAÑA.- Federico 2º Cavada, mayor de inválidos, ex-capitán ayudante del Coquimbo. (Inédito).
- RECUERDOS DE LA VIDA DE CAMPANA EN LA GUERRA DEL PACÍFICO, dos tomos por Antonio Urqueta, oficial del Coquimbo. Imprenta La Ilustración. 1909. Stgo.
- GUERRA DEL PACÍFICO, por Pascual Ahumada Moreno. Imprenta y Librería Americana de Federico T. Lattrop. Valparaíso, 1889.
- HISTORIA MILITAR DE LA GUERRA DEL PACIFICO, por Wilhelm Ekdaffi, 1er tomo. Imprenta y Litografía, Universo, 1917; 2º y 3er tomos, Imprenta del Ministerio de la Guerra, 1919.
- GUERRA DEL PACIFICO, por Gonzalo Bulnes, 3 tomos. Imprenta y Litografía Universo. Valparaíso, 1914.
- CONFLICTOS INTERNACIONALES, por Juan Ignacio Galvez, Agencia de Publicaciones, Buenos Aires, 1919.
- ELEMENTOS DE GEOGRAFIA CIENTÍFICA DEL PERU, por Oscar Miró Quezada., Lima. Imprenta de El Comercio, 1919.
- ESTUDIO SOBRE LA GEOGRAFIA DE TARAPACA, por Guillermo E. Billinghamst. Imprenta El Progreso. Santiago, 1886.
- HISTORIA DE LA GUERRA DEL PACIFICO, por Diego Barros Arana, dos tomos. Santiago, 1880.
- HISTORIA MILITAR DEL PERU, por Celso N. Zuleta, coronel de Artillería Benemérito de la Patria, vencedor del 2 de Mayo en 1866, combatiente en Pucará. Imprenta Americana, Lima 1920.
- GEOGRAFIA DEL PERU, por don Mateo Paz Soldan, París 1862.
- GUERRA DEL PACIFICO, por Luis Adan Molina, Santiago. Imprenta Universitaria. 1920.
- LO QUE YO HE VISTO, artículos publicados en la prensa de Santiago por el General Diego Dublé Almeyda.
- MEMORIAS DE DON PATRICIO LYNCH, 1.º y 2.º tomos. Lima, Imprenta de la Merced, 1884. 3.º tomo, Imprenta Bacigalupi, y Cía., Lima, 1884.

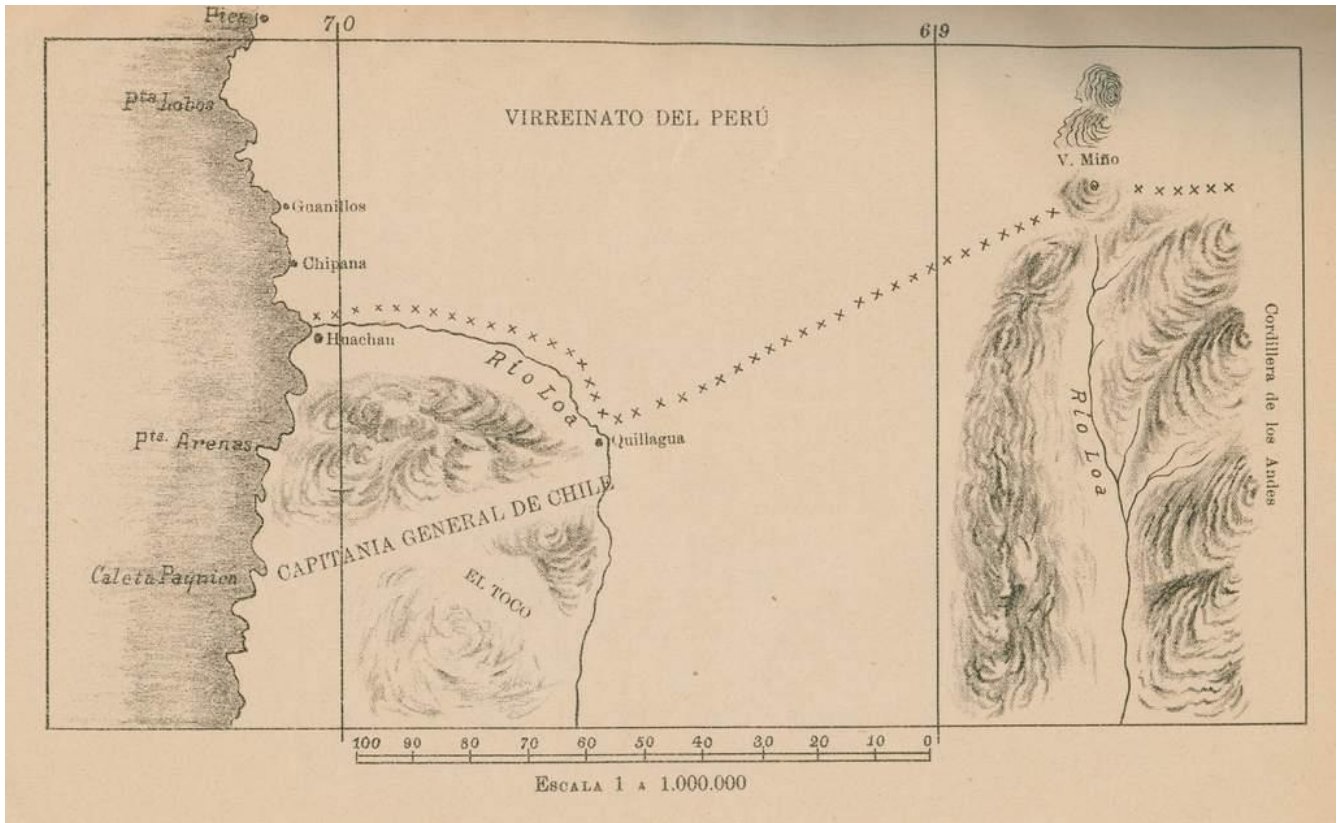
- BOLETIN DE LA GUERRA DEL PACIFICO, edición oficial, por Moises Vargas. Santiago, 1879.
- GEOGRAFÍA DE BOLIVIA, por Pascual Limiñana, Sucre. Imprenta Bolivar. 1897.
- BREVES INDICACIONES PARA EL VIAJERO A BOLIVIA, por Manuel V. Ballivian, La Paz. Tipografía El Demócrata. 1898.
- GUIA DEL VIAJERO DE LA PAZ, por Nicolás Acosta, La Paz 1880.
- OTROS TIEMPOS, por el Doctor Zenen Palacios, Santiago. Imprenta La Ilustración. 1923.
- OBRAS DE NICANOR MOLINARE, Santiago, nueve volúmenes. 1912-1923.
- SEMBLANZAS DE LA GUERRA DEL PACIFICO por J. V. Ochoa, Lima 1880.
- CARTAS A LA PRENSA ASOCIADA DE LIMA, por el corresponsal en campaña, Benito, Neto, 1880.
- EL CONTINGENTE DE LA PROVINCIA DE ATACAMA EN LA GUERRA DEL PACIFICO, Copiapó, Imprenta de El Atacameño.
- CAMINOS DEL DESIERTO Y DE LA COSTA DE ANTOFAGASTA Y ATACAMA, Estado Mayor General, sección técnica, Santiago de Chile. Imprenta, del Estado Mayor., 1895.
- EL CONFLICTO DEL PACÍFICO, por Julio Pérez Canto, Santiago. Imprenta Zig-Zag, 1918.
- ACONCAGUA EN LA GUERRA DEL PACÍFICO, por Florentino A. Salinas, Santiago. Imprenta Albión, de Carlos 2º Lattrop, 1893.
- HISTORIA DEL BATALLÓN N° 3 DE INFANTERÍA, por Tomás de la Barra Fontecilla, Santiago. Imprenta de la Ilustración Militar, 1901.
- EL BATALLÓN MOVILIZADO QUILLOTA, por Francisco A. Figueroa B., Santiago. Imprenta del Correo, 1894.
- CHASCARRILLOS MILITARES, por Daniel Riquelme (Conchalí), Santiago. Imprenta Victoria, San Diego 73. 1885.
- BATALLÓN MOVILIZADO TALCA, PAGO Y LIQUIDACIÓN DEL MENCIONADO CUERPO, por Emeterio Letelier, coronel de ejército, Santiago. Imprenta Cervantes, 1885.
- EL CONFLICTO DEL PACÍFICO, por José Ricardo Luna, teniente coronel de Caballería, Lima. Imprenta Gloria, 1919.
- REVISTA MÉDICA, SERVICIOS DE SANIDAD, Santiago. 1879-1884.

- ESTUDIO HISTÓRICO DE LA GUERRA DEL PACÍFICO, por Eufrasio Viscarra, Cochabamba, 1889.
- HISTORIA GENERAL DE BOLIVIA, por Alcides Arguedas, La Paz. Arno Hnos., Editores.
- BOLETIN DE LA GUERRA, por Modesto Molina, Lima. 1880.
- SUD AMERIQUE, por el conde d'Hursel, París. 1879.
- PEROU ET BOLIVIE, pour M. Charles Wiener, París. Librería Hachette, 1880.
- ESTUDIO ESTRATÉGICO SOBRE LA CAMPAÑA MARITIMA DE LA GUERRA DEL PACIFICO, por Arturo Cuevas, contralmirante, Valparaíso. Talleres Tipográficos de la Armada, 1901.
- PRECIS DE LA GUERRE DU PACIFIQUE ENTRE LE CHILI D'UNE PARTE, LE PEROU ET BOLIVIA DE L'AUTRE, por Joachin du Perron, comte de Revel. Livrairie Militaire, 1910, París.
- HOMBRES NOTABLES DE CHILE, por Enrique Amador Fuenzalida, Valparaíso. Imprenta Universo, 1901.
- DERROTERO DE LA COSTA DEL PERÚ, por el piloto don Rosendo Melo. Talleres del "Auxiliar del Comercio", Lima, 1913.
- INFLUENCIA DEL PODER NAVAL EN LA HISTORIA DE CHILE, por el vicealmirante don Luis Langlois. Imprenta Talleres de la Armada, Valparaíso, 1911.
- CAMPAÑAS DE TARAPACÁ, TACNA Y LIMA, por Benjamín Vicuña Mackenna. Rafael Jover, editor. Santiago, 1880.
- INFLUENCIA DEL PODER NAVAL SOBRE LA HISTORIA, por el comandante A. E. Mahan, (de la armada de Estados Unidos). Traducción del capitán Linacre. Imprenta de la Armada. Valparaíso, 1900.
- PRINCIPIOS Y COMENTARIOS SOBRE TÁCTICAS NAVALES, por el comandante B. Of., de la marina de Estados Unidos. Traducción del capitán Arturo E. Wilson. Litografía Inglesa, Valparaíso. 1894.
- LOS COMBATES NAVALES DE LA GUERRA DEL PACÍFICO, por el vicealmirante don Luis Uribe Orrego. Imprenta de la Patria, Valparaíso. 1886.
- OPERACIONES COMBINADAS DE LOS EJÉRCITOS DE MAR Y TIERRA, por R. Degouy, teniente de la marina francesa. Traducción de X. T. W. Imprenta de la Patria, Valparaíso. 1888.
- GEOGRAFÍA MILITAR DE CHILE, por J. Boonen Rivera, 2 tomos. Imprenta Cervantes, Santiago. 1897.

- LES ENSEIGNEMENTS DE LA GUERRE, por el coronel Bidault. Antibes. Imprinta Emile Roux. 1915.
- MEMORIAS DEL CORONEL ALEJANDRO GOROSTIAGA, (después general). Imprinta de la República, Santiago. 1883.
- DIARIO DE CAMPAÑA, del autor. 1879-1884.

CAPÍTULO I.

El desierto de Atacama.-El tratado secreto.



Los estados americanos que surgieron en los primeros tiempos del siglo pasado, tomaron como base para el establecimiento de las respectivas fronteras los límites acordados por la corona de España, a los virreinos y capitanías generales de sus vastos dominios.

Los gobiernos estuvieron de acuerdo en reconocer el *uti possidetis* de 1810, acatando la posesión territorial de ese año, como punto de partida para la delimitación de fronteras; se creyó que tal decisión, sencilla al parecer, cortaba todo motivo de futuros reclamos entre los vecinos.

El publicista boliviano Don J. M. Santibáñez define así el *uti possidetis* como norma para los límites de las repúblicas americanas:

“Esta especie de acuerdo o asentimiento tácito; este hecho natural y necesario que circunscribe a los nuevos Estados dentro de los límites trazados por la metrópoli a sus provincias, es lo que se ha llamado el *uti possidetis* del año diez, o sea el derecho que la posesión daba a las Repúblicas Hispano-Americanas, a la soberanía y dominio del territorio que constituía en esa época la sección colonial transformada en nación independiente”. (Argumentación en la cuestión chileno-argentina).

El desierto de Atacama constituía el límite entre Chile y el Perú en la citada fecha de 1810. Bolivia no existía aun.

Pero el desierto no forma una barrera definida, como un valle, un río, una montaña; la pampa arenosa, árida y estéril, se extiende por centenares de kilómetros desde la desembocadura del Loa, poco al sur de Punta Chipana, hasta el cerro Colorado, entre Blanco Encalada y Paposo, en una extensión cercana a cuatro grados geográficos desde el 21 al 25 de latitud sur.

La Corte de España había definido ya los límites de Chile y el Perú, en esta dilatada zona.

En 1787 nombró una comisión presidida por los delegados reales don Alejandro Malaspiña y don José Bustamante, que arribaron a las costas del Pacífico, en la escuadrilla, compuesta de las fragatas de guerra “Atrevida” y “Descubridora”.

Después de una penosa y concienzuda labor, la Comisión fijó el río, Loa, como límite entre el virreinato del Perú y la Capitanía General de Chile. Esta decisión de los delegados reales, recibió la aprobación de la Corte de España; y en consecuencia, quedó Chile deslindado por el norte con el Perú por el río Loa y por el oriente con la Audiencia de Charcas.

El Gobierno de esta Audiencia jamás tuvo dificultad de límites con la capitanía de Chile, porque su comercio no se ejercitaba por las costas chilenas, sino que seguía la ruta de Arica por el norte; y la de Buenos Aires, por el sur.

El rey de España mandó levantar en 1790 por varios oficiales de la marina de guerra la carta de las costas de Chile, comprendidas entre los grados 38 y 22 de latitud sur.

En 1799, el Excmo. Secretario de Estado de Despacho Universal señor don Juan de Lángara, la presentó a S. M. El río Loa quedó como línea de frontera por decisión de la Corona de España, acatada por las autoridades del Perú y Chile.

El Monarca fijó dicha demarcación en esta forma: El río Loa, desde el Océano Pacífico hasta Quillagua; de este caserío una recta hasta la cumbre del Miño; y de este volcán, su paralelo hasta la cordillera de los Andes.

El *uti possidetis* de 1810 sancionó tal estado de cosas.

En esta carta oficial se designan como costas de Chile todas las comprendidas entre los paralelos 38 y 22; y no fijándose su terminación, ni por el sur, ni por el norte, es evidente que pueden extenderse todavía hacia el norte más allá del paralelo 22, como se extienden hacia el sur, más acá del paralelo 38; lo que está enteramente de acuerdo con el plano del virrei que pone el límite austral del Perú a los 21° 38' de latitud meridional. No sólo, pues, pertenece a Chile la Bahía de Nuestra Señora, sino las Bahías de Mejillones y Cobija, y en una palabra, toda la costa, hasta la desembocadura del Loa.

La constitución de 1833, en su artículo 1.º estableció:

“El territorio de Chile se extiende desde el desierto de Atacama hasta el Cabo de Hornos”.

Los bolivianos alegaron muchos años después, que la palabra *desde* no comprendía el desierto, quizás con la misma razón que *hasta* no comprendía el Cabo de Hornos. Pero abandonaron esta teoría.

En 1825, a raíz de la creación del nuevo Estado, el Libertador quiso darles acceso al mar, y comisionó al General O'Connor para que buscara en el Pacífico un lugar adecuado para fundar un puerto.

El citado General informó al Libertador de no haber encontrado en toda la dilatada y estéril costa ningún pasaje apropiado para habilitar un puerto, con lo que Bolivia quedó como nación interna en el ánimo de Bolívar.

Charcas, con la proclamación de la Independencia, pasó a ser provincia argentina, y como tal, sus diputados señores Mariano Sánchez de Loría y José María Serrano, firmaron el acta de la independencia argentina, en Tucumán, el 9 de julio de 1816.

No obstante el informe desfavorable de O'Connor, el Libertador expidió el siguiente decreto, en contravención a las disposiciones de la Constitución que él mismo acordara a Bolivia:

Art. 1.º Quedará habilitada desde el 1.º de Enero entrante, por puerto mayor de esta provincia, con el nombre de Puerto de la Mar, el de Cobija.

Art. 2.º Se arreglarán allí sus oficinas.....

Art. 3.º El gran Mariscal de Ayacucho, Antonio José de Sucre, quedará encargado de ejecutar este decreto. Imprímale, publíquese y circúlese. Dado en el Palacio de Gobierno en Chuquisaca, a 28 días del mes de Diciembre de 1825.- Firmado.- Simón Bolívar.

Este es el único título - título colorado - que ha podido exhibir Bolivia, al pretender soberanía sobre la costa del Pacífico.

El Presidente don Manuel Bulnes, en sus deseos de definir con claridad los límites del Estado, inició la colonización del sur de la Patagonia, con la fundación de Punta Arenas; y al oriente, tras la cordillera de los Andes, echando los cimientos del fuerte Curileo, a orillas del río de este nombre, cerca de su confluencia con el Neuquén, en plena Patagonia, dentro del hoy Territorio Nacional de Neuquén, argentino. Todavía existen los restos del recinto fortificado, conocido por los naturales con el nombre de *El Fortín*.

En cuanto al norte, el puerto de Paposo dependía de la capitanía general de Chile desde el tiempo de la colonia.

Así lo establece la real orden de 26 de junio de 1803, suscrita por el Ministro Español Soler y dirigida al Presidente de la Audiencia de Chile.

En ella se inserta una comunicación del Ministro don José Antonio Caballero, que principia con estas palabras:

“En despacho de este día ha nombrado el Rey, a consulta del Consejo de Indias, al misionero apostólico don Rafael Andreu y Guerrero, obispo auxiliar de las diócesis de Charchas, Santiago de Chile, Arequipa y Córdoba de Tucumán, con residencia ordinaria en los puertos y caletas de San Nicolás y del de Nuestra Señora del Paposo, en el Mar del Sur, perteneciente a la segunda”.

En Paposo tuvo siempre su asiento el Corregidor colonial designado por la capitanía general de Chile; y desde la independencia, el nombrado por el Gobierno de Santiago, hasta la creación de la provincia de Atacama, en 31 de Octubre de 1843.

Desde esta fecha el inspector del partido de Paposo ejercía jurisdicción sobre todas las caletas, hasta el Loa, límite reconocido entre el Perú y Chile, según reza el Guía de los Forasteros de Lima, publicación oficial.

Esta obra, que aparecía cada cierto número de años, contenía una relación completa del Virreinato, con sus límites, departamentos y partidos; daba a conocer la administración civil, religiosa y militar; las rentas, producciones e impuestos, etc. etc.

Una de las ediciones publica el mapa hecho de orden del virrey, don Francisco de Gil y Lemus, en 1792. En él están marcados los límites del norte y del sur.

Después de una breve idea del Perú, sigue este pasaje:

“Por estas divisiones (las que se hicieron para formar los virreinos de Santa Fé y de Buenos Aires) se halla hoy reducido el Perú a una extensión de 365 leguas N.S. desde los grados 3° 35' hasta los 21° 48' de latitud meridional”.

Y poco después agrega:

“La ensenada de Tumbes lo separa por el norte del nuevo Reino de Granada, y el *río de Loa* por el sur, del desierto de Atacama y Reino de Chile”.

Bolivia estuvo a punto de tener gran zona marítima: El general don Antonio José de Sucre, sucesor de Bolívar en la presidencia de esta república, gestionó con el Perú el tratado de 15 de Noviembre de 1826, por el cual éste le cedía a la recién formada república boliviana las provincias de Tacna, Arica, Pisagua y Tarapacá.

Este convenio, firmado por los plenipotenciarios don Facundo Infante, de parte de Bolivia, y don Ignacio Ortiz Ceballos, en nombre del Perú, no fué ratificado por el Gobierno de este país. Se opuso a él el señor Andrés Santa Cruz, de nacionalidad boliviana, a la sazón Presidente provisorio del Perú, con la aquiescencia de Bolívar.

Santa Cruz siguió en esto la convicción peruana, de que Bolivia no necesitaba costa, pues la consideraban como una sección del altiplano, desprendida del virreinato de Buenos Aires.

Bolivia marítima redujose en el papel a Lamar; en tanto Chile ejercía jurisdicción sobre la costa del despoblado.

Así, en 1830, don Diego de Almeida, con permiso y comisión del Gobierno de Chile, explora el desierto, y expide un informe tan favorable, acerca de las grandes riquezas que encierra, que fué calificado de fantástico, y valió al autor el dictado de *loco*.

Los primeros conquistadores de la costa fueron los esforzados cateadores que encontraron yacimientos de guano. Hallábase este abono en Lagartos, Santa María, Orejas de Mar, Angamos y donde es hoy Antofagasta

Como no había autoridades, llegaban los buques, cargaban y se hacían a la vela.

El general Bulnes puso coto a este estado de cosas.

El 13 de junio de 1842, pasó un mensaje al Congreso, refrendado por el Ministro de Hacienda don Manuel Rengifo, cuyo preámbulo dice:

“Reconocida en Europa la utilidad de la substancia llamada guano, mandé una comisión exploradora a examinar el litoral comprendido entre el puerto de Coquimbo y el Morro de Mejillones, con el fin de descubrir si en el territorio de la República existían algunas guaneras, cuyos beneficios pudieran proporcionar un ramo nuevo de ingresos a la hacienda pública y aunque el resultado de la expedición no correspondió plenamente a las esperanzas que se habían concebido, sin embargo, desde los 20° 35' hasta los 23° 6', de latitud sur, se halló guano en diez y seis puntos de la costa e islas inmediatas, con más o menos abundancia, según la naturaleza de las localidades en que existen estos depósitos”.

Ambas Cámaras aprobaron el mensaje y se dictó la ley de 31 de Octubre de 1842, que consta de cinco artículos:

Por el primero se declaran las guaneras propiedad nacional; por el 2.º se declara en comiso buque y carga que no tenga permiso; por el 3.º se autoriza al ejecutivo para establecer un derecho de exportación o ejecutarla por cuenta fiscal, o por remate; por el 4.º se le faculta para gastar hasta seis mil pesos en la ejecución de la ley; y por el 5.º se concede a los que estén cargando de buena fe, plazo hasta el 15 de Enero de 1843 para acogerse a esta ley.

Años más tarde, el Gobierno de don Manuel Montt contrató los servicios del sabio don Amado Philippi para estudiar científicamente el despoblado, y le dió como guía y ayudante al señor de Almeida, quien hizo la expedición no obstante sus ochenta y seis años.

El objeto de la expedición era “conocer la geología de esta parte del territorio y las diferentes clases de minerales que puede contener, como reunión de datos geográficos que el Gobierno deseaba constatar”.

Tuvo como ayudante al ingeniero geógrafo don Guillermo Doll, y contrató dos exploradores chilenos, Domingo Minela y Carlos Núñez.

El 14 de Noviembre llegó el señor Philippi a Valparaíso, en donde completó su bagaje instrumental, con la compra de un sextante, un horizonte artificial y un cronómetro común de buque. Don Ignacio Domeyko le proporcionó un cicrómetro de August, y su compatriota, el señor Segeth, un termómetro a sifón.

La expedición zarpó de Valparaíso en la goleta “Janequeo” el 22 de Noviembre de 1853, comandada por el capitán don Manuel Escala, llevando a bordo a don Rodolfo Amado Philippi, que hacía dos años había llegado al país y tenía la dirección del Museo Nacional.

Llegado Philippi a Copiapó, el Intendente don Antonio de la Fuente le puso en contacto con don Diego de Almeyda, que conocía el desierto palmo a palmo, trabajando minas de oro, plata y cobre.

Había tenido gran fortuna, perdida después en expediciones mineras; no obstante sus años y posición social, se contrató como guía de la expedición por la mísera cantidad de veinte onzas de oro; pero el atrevido explorador no miraba las onzas, sino los misterios del ignorado desierto.

El doctor pensó iniciar sus exploraciones por Cobija; más como había guerra entre Bolivia y el Perú, y éste tenía guarnición en Cobija y Calama, no le era posible acercarse a San Pedro de Atacama.

Siguió entonces otro derrotero: de Caldera a Mejillones, de aquí, a San Pedro de Atacama y Taltal; y desde este puerto a Copiapó, a cuya ciudad llegó el distinguido sabio el 25 de Febrero de 1854.

Philippí condensó el resultado de sus exploraciones en un libro publicado en Halle (Prusia) con el título de “Viaje al desierto de Atacama hecho de orden del Gobierno de Chile en el verano de 1853-1854”.

Muchas cosas escaparon al explorador en su corto viaje; pero hace amplias descripciones de la topografía de aquellos lugares, de la naturaleza del suelo, meteorología, fauna y flora de los valles, y variadas observaciones útiles para el porvenir de la zona.

Los gastos de la expedición ascendieron a 1.397 pesos, primera suma gastada por el Gobierno en explorar un territorio que más tarde debía llenar las arcas públicas.

El atrevido explorador Almeida, fué abuelo del talentoso general don Diego Dublé Almeida, y por lo tanto, bisabuelo del actual general don Diego Dublé Alquizar.

Varios otros hombres de corazón siguieron internándose por esos páramos: Don José Antonio Moreno, que dió el nombre a una sierra de la costa, y don José Santos Ossa Mesa, que desde niño formó parte de caravanas cateadoras. El señor Ossa nació en Freirina en 1823; se estableció después en Cobija y ahí formó su hogar. Tuvo la gloria de descubrir el valle interior longitudinal, que baja de norte a sur, entre la Cordillera de la costa y la real andina.

Dicho valle, según Ossa, constituiría una gran arteria comercial, sí el Gobierno de Chile se allanaba a llevar un ferrocarril longitudinal, para arrastrar hacia Caldera por el sur, y hacia Mejillones por el norte, las grandes riquezas que encierran esas pampas.

El señor Ossa expuso estas ideas a S. E. el Presidente de la República, don José Joaquín Pérez, que, si bien las aceptó en teoría, no las consideró prácticas, por las dificultades del erario.

Quince años después de la vigencia de la ley Bulnes, en nota de 8 de Noviembre de 1858, pasada por el Ministro de Bolivia don Manuel Macedonio Salinas, este funcionario protesta de dicha ley y alega derechos bolivianos sobre el litoral.

Nuestro Ministro de Relaciones Exteriores don Jerónimo Urmeneta, contesta al diplomático boliviano que “desde la promulgación de la ley de 1842, ningún buque, nacional o extranjero ha dejado de sacar las licencias que ella prescribe; y la aduana sola de Valparaíso, ha otorgado licencia para cargar en Mejillones, Angamos, Santa María, Lagartos, etc., desde aquella fecha hasta el año 57, a ciento trece buques de todas las naciones”.

Varias veces intentó Bolivia turbar el dominio chileno en las guaneras, pero las naves de nuestra escuadra desbarataron tales intentonas y afirmaron el dominio con trabajos positivos, Chile se había preocupado de conservar el dominio del mar.

En 1840 la “Janaqueo” llevó gente a Angamos, y estableció una faena de explotación en Mejillones.

Las autoridades bolivianas de Cobija tomaron presos a los trabajadores y los transportaron a ese puerto; nuestro buque de guerra los puso en libertad y estableció un fortín en Mejillones.

Al abrigo de éste, el barco nacional “Martina”, inició el carguío de guano en dicha bahía; las autoridades bolivianas de Cobija le ordenaron alejarse; el capitán resistió y el Gobierno de Chile le dió eficaz apoyo.

Lo mismo ocurrió con una compañía comercial de Valparaíso; el Gobierno amparó sus derechos con un buque de guerra.

En 1857, la “Esmeralda”, mandada por don José Anacleto Goñi, apresó en Mejillones al buque inglés “Sportman”, que cargaba guano.

Por fin el almirante Williams Rebolledo, en la administración Pérez, impidió explotar guano al súbdito brasilero don Pedro López Gama, que ostentaba un permiso del Gobierno boliviano.

Bolivia alegaba dominio sobre el litoral, porque en 1841 había concedido permiso a don Domingo Latrille, para extraer guano, quien cargó con esta substancia el buque inglés “Horsburg”.

Agregaba igualmente “que allá por 1842, cuando Bolivia tenía lanchas y el buque guardacostas “General Sucre”, éste había apresado al buque “Rumana”, de la marina mercante de Chile, por introducirse furtivamente a cargar guano en Angamos, le había llevado a Cobija para juzgar a los tripulantes; pero que la nave se había fugado una noche, rompiendo las cadenas que lo aseguraban”.

Don Jerónimo Urmeneta, Ministro de Relaciones Exteriores, contestó al Ministro de Bolivia: “Actos clandestinos, ejecutados sobre una puerta indefensa y poco vigilada de las costas de una nación amiga, no pueden conferir posesión alguna regular; y si con ellos por momentos ha podido Bolivia interrumpir la posesión legítima de Chile, éste bien pronto ha sabido recuperarla”.

Nuestro dominio sobre el desierto quedaba a firme sobre las pretensiones de Bolivia que había substituido nominalmente al Perú y decimos nominalmente, porque el tres de Octubre de 1840 el General, don Agustín Gamarra se apoderó de la ciudad de La Paz, a nombre del Perú, extendiendo su autoridad hasta la costa, tal como lo hicieron los jefes peruanos el 22 de Diciembre de 1826, so pretexto de proteger al Mariscal de Ayacucho y contener la anarquía.

El nuevo estado del Alto Perú, o Bolivia, carecía de sólido cimiento para el desarrollo de su vida independiente. Las revoluciones se sucedían con rapidez: el general don José A. Ballivian se levanta contra la invasión de J. Gamarra, lo derrota en Ingaví y liberta a La Paz del despotismo peruano; pero el General Eusebio Gilarte subleva dos cuerpos y derroca al Presidente Ballivian, para ceder el puesto supremo, diez días más tarde, al General don José Miguel de Velazco, destituido a la vez por un movimiento encabezado por Belzu.

El dictador Belzu marcha a Europa, después de hacer Presidente a su yerno, general Jorge Córdova.

Los descontentos se agrupan a la sombra del doctor don José María Linares, que después de dos años de lucha escala el poder supremo, para ser depuesto por sus propios Ministros que le traicionan, señores Fernández, Sánchez y Achá.

Convocado el pueblo a elecciones, elige Presidente al general don José María de Acha, contra quien se subleva el general Mariano Melgarejo. Se traba la lucha; derrotado éste en La Paz, consigue llegar al Palacio de Gobierno, tiende de un tiro al Presidente y se proclama jefe supremo.

Durante nueve años gobierna unido de todos los poderes.

El general Morales depone a Melgarejo y muere asesinado.

Los civiles don Tomás Frías y don Adolfo Ballivian consiguen enrielar al país dentro de la legalidad; pero todo se derrumba ante un cuartelazo que eleva a la dictadura al general don Hilarión Daza, soldadote semi-analfabeto.

Mientras Bolivia se consume en revoluciones que levantan oscuros caudillos, los chilenos exploran el temido desierto; las caravanas de cateadores le cruzan en todas direcciones. Juan López busca nuevas guaneras, Naranjo, unas riquísimas minas de oro, indicadas por un antiguo derrotero; y Carabantes, yacimientos de plata y cobre, que al fin encuentra, después de gastos y sacrificios sin cuento.

El derrotero de los Naranjos data del principio del siglo XIX.

En 1806, don Nicolás Naranjo Machuca, construyó un buque en la Serena, para llevar a la costa norte un cargamento de congrio seco.

En uno de los puertos de recalada, vendió el buque y regresó para construir otro de mayor porte, no ya para el negocio del pescado, sino para ir a trabajar una rica mina de oro.

Durante su estada en el distrito de Atacama, tuvo oportunidad de medicinar y salvar de la muerte a un indio de Paposó; agradecido éste, le lleva al interior del desierto y le muestra una gran veta de subida ley, de la cual don Nicolás extrajo un bolsón de colpas, que beneficiadas en la Serena, rindieron diez libras de oro puro.

Naranjo fabrica un nuevo buque; lo echa al agua, y se da a la vela desde Coquimbo el 25 de Diciembre del mismo año.

La embarcación, a poco andar, se inclina de babor, quizás por la mala estiva; marcha algunas horas sin recuperar la posición natural; y por fin en la tarde se hunde frente a la Punta de Teatinos, ahogándose el señor Naranjo y los ocho tripulantes, a los que no se pudo prestar ningún auxilio, por falta de botes en la bahía. Desde entonces se busca la famosa veta.

En aquel tiempo, el Perú hacía gran explotación del guano de la costa e islas, abono de primera calidad, conocido desde el tiempo de los incas; el fisco obtenía pingües entradas de los enormes depósitos acumulados por los pájaros a través de los siglos.

El Gobierno de Bolivia, al tener conocimiento de que los exploradores chilenos explotaban guano en Mejillones, inició una campaña de notas con nuestra cancillería, tratando de demostrar que esa costa formaba parte del territorio boliviano.

Desde 1860 a 1863, las relaciones estuvieron tirantes, al extremo de temerse un rompimiento que nuestro Gobierno, amante de la paz, pudo evitar con medidas de prudencia. El Congreso de Bolivia, por ley de 5 de junio, de 1863, que se mantuvo secreta, había autorizado al Ejecutivo para declarar la guerra a Chile, medida que no se llevó a efecto, aunque se interrumpieron las relaciones diplomáticas.

Pero la expedición española al Pacífico, el arribo de la escuadra a la costa peruana y el temor de que el Gobierno de S. M. Isabel II, abrigara proyectos de reivindicación en nuestro continente, unieron en estrecho abrazo a los pueblos de la costa occidental sudamericana que declararon la guerra a la madre Patria. Error profundo, lamentable traspies de nuestra cancillería.

Por respeto a un falso americanismo, Chile derramó sangre y dinero en 1822, para dar libertad al Perú; en 1838-1839, vuelve a desenvainar la espada para arrancar a este ingrato país de las garras de Santa Cruz, y todavía en 1865, afronta una costosa guerra por salvar al mismo Perú, cuando pudo haber observado una neutralidad benévola para ambos beligerantes, vendiéndoles a buen precio nuestros productos de primera necesidad, como víveres y carbón.

Vimos nuestra costa bloqueada, quemado nuestro primer puerto, y después de injentes desembolsos, el Perú se negó a pagar la parte que le correspondía en los gastos de la campaña.

En virtud del tratado de alianza ofensiva y defensiva celebrado en Lima, el 5 de Diciembre de 1865, entre los Gobiernos de Chile y el Perú, las fuerzas navales obedecerían al Gobierno en cuyas aguas se hallaren (Art. 3.º). De esta manera la escuadra unida estuvo a las órdenes del capitán Williams Rebolledo, primero, y del Almirante Blanco Encalada después.

Pero este comando costó caro a Chile, por cuanto el Art. N.º 4 disponía: “El Gobierno, en cuyas aguas se hallaren las naves, pagará sus gastos. Al terminar la campaña, se liquidarán las cuentas”.

Esas cuentas no se finiquitaron jamás, debido a las dilaciones y argucias de la cancillería peruana, eximia en enredar las cuestiones claras y limpias.

Vino la guerra y con ella la liquidación de hecho, quedando impagos los desembolsos de Chile en 1865-1866.

El sentimentalismo internacional ha sido fatal en todo tiempo. Cada Estado debe proceder únicamente según su propia conveniencia.

Así procedió Bolivia, en 1863, autorizando el Congreso la declaratoria de guerra a Chile, y en 1866, su Gobierno, para obtener de este ventajas positivas y valiosas concesiones, adhirió a la alianza chileno-peruana contra España.

En celebración de tan fausto acontecimiento, publicó el siguiente decreto dictatorial:

Artículo único.- Derógase la ley, de 5 de junio de 1863, por la cual el poder ejecutivo fué autorizado para declarar la guerra al Gobierno de la República de Chile.

Dado en La Paz de Ayacucho a 10 de Febrero de 1866. *Mariano Melgarejo.- El secretario de Estado, Mariano Donato Muñoz.*

Poco después el Presidente declaró feriado el 18 de Marzo, día en que se restablecieron las relaciones diplomáticas, con el reconocimiento de don Aniceto Vergara Albano, como Ministro Plenipotenciario de Chile.

Al calor de tal americanismo firmóse con Bolivia un tratado de amistad que puso término a nuestras diferencias sobre límites, tratado que naturalmente no cumplió Bolivia, como no ha cumplido jamás la palabra empeñada, o a lo menos ha tratado siempre de eludir sus compromisos; eso sí, después de usufructuar lo favorable.

Este tratado dispuso en substancia:

a) Que el grado 24 constituía el límite entre Chile y Bolivia;
b) Los productos de los guanos y las exportaciones de minerales entre los grados 23 y 25 se partirán entre los dos Gobiernos.

c) Mejillones quedó designado como único puerto de embarque para los artículos mencionados. La aduana sería boliviana; y Chile pondría un interventor para los efectos de la contabilidad.

Conviene agregar que Bolivia realizó varios cargamentos de guano sin que Chile divisara un solo centavo de estas negociaciones.

Coincidió con la celebración del tratado, el descubrimiento de calichales, hecho por los señores José Santos Ossa N, Francisco Puelma, en Salar del Carmen, Como esa zona quedaba boliviana por el tratado de 1866, los pedimentos se hicieron ante las autoridades de ese país.

Los descubridores Puelma y Ossa transpasaron sus derechos a la “Compañía Explotadora del desierto de Atacama”, la que envió activos agentes a La Paz, para aumentar el número de pertenencias, y adquirir franquicias sólidas como garantía para la inversión de fuertes capitales.

Los encargados cumplieron con éxito su cometido. Merced a un desembolso de diez mil pesos a favor del fisco boliviano, el Gobierno concedió a la Compañía, en 1868, privilegio exclusivo para la explotación del salitre y bórax, y la liberación por quince años de los derechos de exportación de los productos elaborados por ella.

Esta se comprometió a construir una carretera de 30 leguas de largo desde el mar al interior; y el Gobierno de Bolivia extendió las regalías enumeradas anteriormente, a una faja de una legua de ancho a cada lado del camino y en toda su longitud, o sea un total de 60 leguas.

En posesión de estas concesiones, la Compañía transpasó las propiedades, derechos y privilegios, a la firma Melbourne, Clark y Cía., la que a su vez, se transformó en Compañía Chilena de Salitre y Ferrocarril de Antofagasta, con asiento en Valparaíso.

La Compañía cumplió fielmente los compromisos contraídos con el Gobierno de Bolivia, fundó y dió vida al puerto de Antofagasta y construyó un ferrocarril a Salar del Carmen.

El empuje chileno creó una ciudad en los desolados páramos vecinos a la Chimba, caleta visitada muy de tarde en tarde por cateadores chilenos.

El copiapino Juan López fué el primer cristiano que se estableció en esa desolada costa en donde ahora se alza el puerto de Antofagasta. Llegó de Caldera a Punta Jara, en 1845, como cateador de don Juan Garday.

Vuelto a Copiapó, regresó nuevamente a dicho lugar, contratado para la caza de lobos por don Matías Torres.

En 1867, nuestro compatriota don José Santos Ossa, de la firma Puelma y Ossa, encabezó una expedición desde Cobija a Palestina. Por falta de agua la caravana llegó hasta los pozos de la boca de la quebrada de Mateo, en donde vivía el solitario López.

Don José Santos llegaba feliz, pues había constatado la existencia de caliche en Salar del Carmen.

Con motivo de la afluencia de exploradores chilenos y de la numerosa inmigración de brazos, el Gobierno boliviano estableció en la naciente población el 29 de junio de 1869, una intendencia de policía, y desde el 21 al 30 de Octubre una junta Oficial venida de Cobija, procedió al remate de manzanas, a 24 bolivianos cada una, para la fundación de la ciudad. La manzana se dividía en doce lotes, a dos bolivianos cada uno.

Creado el puerto en 1871, dispuso Melgarejo que se le designara con el nombre de Antofagasta, en recuerdo de la estancia de este nombre que poseía en la Puna de Atacama. Antofagasta significa “lugar de mucha sal”.

La gente se resguardaba en carpas de lona; después en cuartuchos de madera cerrados con latas de tarros de parafina.

Por decreto de 8 de Mayo de 1871, el Gobierno declaró puerto mayor a la caleta de la Chimba. Las oficinas se abrieron el 21 de Octubre de este año, con la dotación completa de empleados.

Antofagasta fué tomando importancia. Los chilenos reconocían las guaneras de Mejillones, los minerales de plata de Palestina, los de cobre de Caracoles y los calichales de Salar del Carmen.

El Gobierno de Bolivia trasladó a Antofagasta la subprefectura de Mejillones, en 1872, año en que se instaló el primer municipio, compuesto de chilenos en su casi totalidad.

En 1874, Antofagasta pasó a primera categoría en la costa. El Gobierno boliviano trasladó la cabecera de la prefectura de La Mar (Cobija) a Antofagasta, y a esta ciudad se trajeron los archivos de Gobierno.

El Presidente Pardo regía los destinos del Perú; la administración se hacía notar por los ríos de oro que producía la venta del guano, y más que todo, las primas y adelantos de los consignatarios en Europa, que naturalmente tenían asegurados buenos contratos.

La alta sociedad limeña recuerda complacida el fausto de la edad áurea; en los ranchos de Chorrillos se jugaba el trecillo a un chino el pozo, es decir, a 1000 soles oro. Este era el precio del arrendamiento de servicios de un hijo del celeste imperio, durante veinticinco años, para la explotación de las haciendas de caña.

El Presidente Pardo vió con temor el auge de las negociaciones de salitre, radicadas por los chilenos en la plaza de Valparaíso, por lo que el salitre exportado a Europa tomó el nombre de *salitre de Chile*.

La Cancillería del Perú se apresura a señalar a Bolivia el peligro que se cierne sobre el departamento del litoral, lleno de chilenos que monopolizan el comercio y la industria.

Por consejo de ejecutivo peruano, el Gobierno de La Paz ordena secretamente levantar el censo del litoral, que dió el siguiente resultado según acta de 10 de Noviembre de 1878:

Chilenos.....	6.554
Bolivianos.....	1.226
Argentinos.....	226
Peruanos.....	121
Ingleses.....	104
Españoles.....	47
Franceses.....	40
Italianos.....	35

Alemanes.....	32
Chinos.....	29
Austriacos.....	23
Norteamericanos.....	19
Escoceses.....	18
Portugueses.....	15
Griegos.....	7
Dinamarqueses.....	3
Noruegos.....	2
Irlandeses.....	2
Suizos.....	2
Venezolanos.....	1
Mejicanos.....	1
Africanos.....	1
	8.508

Como se ve por este documento de origen boliviano, en un total de 8.508 pobladores, seis mil quinientos cincuenta y cuatro eran chilenos y los 1.954 restantes de otras nacionalidades.

El Ministro peruano en La Paz tenía como misión primordial despertar la suspicacia boliviana, respecto a los planes de expansión territorial que se suponían al Gobierno de la Moneda.

Hemos dicho que Daza surgió después de las administraciones de Morales, Frías y Ballivian, durante las cuales, el Gobierno de Bolivia, azuzado por el Perú, había tomado acuerdos trascendentales respecto a los intereses chilenos radicados en la costa, resumidos en esta forma:

1ª La Asamblea Nacional declara nulos todos los actos de la Administración Melgarejo. (7 de Agosto de 1871).

2ª Por decreto complementario de 1872, el Gobierno declara: “nulos y sin ningún valor las concesiones de terrenos salitrales y de boratos que hubiese hecho la administración pasada”. (Art. 12 de la ley de 12 de Agosto de 1871).

Inmediatamente nuestro Gobierno protesta en forma solemne.

El golpe iba directamente contra la Compañía de Salitre y Ferrocarril de Antofagasta, que hacía competencia al salitre de Tarapacá, por no pagar derechos de exportación. El Gobierno de Pardo procuraba anular por mano de Bolivia, al futuro competidor de los nitratos peruanos.

Y Bolivia se prestó a este juego de su aliado.

Las maniobras de la cancillería peruana iban encaminadas a producir el estado de guerra en compañía de Bolivia.

El Perú contaba en 1872 con una escuadra muy superior a la chilena, y con un ejército numeroso y aguerrido en las innumerables campañas de sus luchas internas.

Tenía además el nervio de la guerra, pues la casa Dreyfus adelantaba sumas considerables a cuenta del monopolio de la consignación del guano en Europa.

La situación se mostraba propicia para afirmar la hejemonía del sur Pacífico, sueño dorado de los dirigentes peruanos.

Estas ideas de predominio quedaron perfectamente establecidas en el Acta de Consejos de Ministros celebrado en Lima, el 11 de Noviembre de 1872, para echar las bases del tratado de alianza con Bolivia.

Se estampó en dicha acta, que se busca la alianza con Bolivia “para mantener la supremacía del Perú en el Pacífico”. (Acta del 11 de Noviembre de 1872).

Las negociaciones marcharon con tanta rapidez, que antes de tres meses se perfeccionó el tratado secreto Perú-boliviano contra Chile, a espaldas nuestras y en la sombra del misterio.

Dice así este importante documento, destinado a producir un cataclismo, con todos los honores de una sangrienta tragedia:

Por cuanto entre las repúblicas de Bolivia y el Perú, representadas por sus respectivos plenipotenciarios, se celebró en la ciudad de Lima, el 6 de Febrero de este año, el siguiente

TRATADO DE ALIANZA DEFENSIVA:

Las repúblicas de Bolivia y del Perú, deseosas de estrechar de una manera solemne los vínculos que las unen, aumentando así sus fuerzas y garantizándose recíprocamente ciertos derechos, estipulan el siguiente tratado de alianza defensiva, con cuyo objeto el Presidente de Bolivia ha conferido facultades bastantes para tal negociación, a Juan de la Cruz Benavente, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en el Perú, y el Presidente del Perú a José de la Riva Agüero, Ministro de Relaciones Exteriores, quienes han convenido en las estipulaciones siguientes:

ART. I

Las altas partes contratantes se unen y ligan para garantizar mutuamente su independencia, su soberanía y la integridad de sus territorios respectivos, obligándose en los términos del presente Tratado, a defenderse contra toda agresión exterior, ya sea de otro u otros estados independientes o de fuerza sin bandera que no obedezca a ningún poder reconocido.

ART. II

La alianza se hará efectiva para conservar los derechos expresados en el artículo anterior y especialmente en los casos de ofensa que consistan:

1.º En actos dirigidos a privar a alguna de las altas partes contratantes de una porción de su territorio, con ánimo de apropiarse su dominio o de cedérselo a otra potencia.

2.º En actos dirigidos a someter a cualquiera de las altas partes contratantes a protectorado, venta o cesión de territorio, o a establecer sobre ella cualquiera superioridad, derecho o preminencia que menoscabe u ofenda el ejercicio amplio y completo de su soberanía e independencia.

3.º En actos dirigidos a anular o variar la forma de Gobierno, la Constitución política, o las leyes que las altas partes contratantes se han dado o se dieren en ejercicio de su soberanía.

ART. III

Reconociendo ambas partes contratantes que todo acto legítimo de alianza se basa en la justicia, se establece para cada una de ellas, respectivamente, el derecho de decidir si la ofensa recibida por la otra, está comprendida entre las designadas en el artículo anterior.

ART. IV

Declarado el *casus foederis*, las altas partes contratantes se comprometen a cortar inmediatamente sus relaciones con el Estado ofensor; a dar pasaporte a sus Ministros Diplomáticos; a cancelar las patentes de los Agentes Consulares; a prohibir la importación de sus artículos naturales e industriales, y a cerrar los puertos a sus naves.

ART. V

Nombrarán también las mismas partes, plenipotenciarios que ajusten por protocolo los arreglos precisos, para determinar los subsidios, de cualquiera clase que deban procurarse a la República ofendida o agredida; la manera como las fuerzas deben obrar y realizarse los auxilios, y todo lo demás que convenga para el mejor éxito de la defensa.

La reunión de los Plenipotenciarios se verificará en el lugar que designe la parte ofendida.

ART. VI

Las altas partes contratantes se obligan a suministrar a la que fuere ofendida o agredida, los medios de defensa de que cada una de ellas juzgue poder disponer, aunque no hayan precedido los arreglos que se prescriben en el artículo anterior con tal que el caso sea a su juicio urgente.

ART. VII

Declarado el *casus foederis*, la parte ofendida no podrá celebrar convención de paz, de tregua o de armisticio, sin la concurrencia del aliado que haya, caso fuere, tomado parte en la guerra.

ART. VIII

Las altas partes contratantes se obligan también:

1° A emplear con preferencia, siempre que sea posible, todos los medios conciliatorios para evitar un rompimiento o para terminar la guerra, aunque el rompimiento haya tenido lugar, reputando entre ellos, como el más efectivo, el arbitraje de una tercera potencia.

2° A no conceder ni aceptar de ninguna Nación o Gobierno, protectorado o superioridad que menoscabe la independencia o soberanía, y a no ceder o enajenar a favor de ninguna nación o Gobierno, parte alguna de sus territorios, excepto en los casos de mejor demarcación de límites.

3° A no concluir tratados de límites o de otros arreglos territoriales, sin conocimiento previo de la otra parte contratante.

ART. IX

Las estipulaciones del presente tratado no se extienden a actos practicados por partidos políticos o provenientes de conmociones interiores independientes de la intervención de Gobiernos extraños; pues teniendo el presente Tratado de Alianza por objeto principal la garantía recíproca de los derechos soberanos de ambas naciones, no debe interpretarse ninguna de sus cláusulas en oposición con su fin primordial.

ART. X

Las altas partes contratantes solicitarán separada o colectivamente, cuando así lo declaren oportuno por un acuerdo posterior, la adhesión de otro u otros estados americanos al presente Tratado de Alianza defensiva.

ART. XI

El presente tratado se canjeará en Lima o en La Paz, tan pronto como se obtenga su perfección constitucional y quedará en plena vigencia a los veinte días después del canje. Su duración será por tiempo indefinido, reservándose cada una de las partes el derecho de darlo por terminado cuando lo estime por conveniente. En tal caso, notificará su resolución a la otra parte, y el tratado quedará sin efecto a los cuarenta meses después de la fecha de la notificación.

En fe de lo cual los Plenipotenciarios respectivos lo firmaron por duplicado y lo sellaron con sus sellos particulares.

Hecho en Lima a los seis días del mes de Febrero, de mil ochocientos setenta y tres.

Juan de la Cruz Benavente.

J. de la. Riva Agüero.

Artículo Adicional.

El presente Tratado de Alianza defensiva entre Bolivia y el Perú se conservará secreto mientras las dos altas partes contratantes de común acuerdo no estimen necesario su publicación.

Benavente.

Riva Agüero.

Por tanto, y habiendo el presente tratado recibido la aprobación de la Asamblea extraordinaria en 2 del presente mes y año; en uso de las atribuciones que la Constitución de la República me concede, he venido en confirmarlo y notificarlo para que rija como ley del Estado, comprometiendo a su observancia la República y el honor nacional. Dado en la ciudad de La Paz de Ayacucho, a los 16 días del mes de junio de 1873 y refrendado por el Ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores.

Adolfo Ballivián

Mariano Baptista.

En la ciudad de La Paz de Ayacucho a los 16 días del mes de junio de 1873 años, reunidos en el Ministerio de Relaciones Exteriores de Bolivia, el señor doctor don Mariano Baptista, Ministro del ramo, y el señor doctor don Aníbal Víctor de la Torre, Enviado Extraordinario y Ministro Residente del Perú, suficientemente autorizado para efectuar el canje, de las ratificaciones de S. E. el Presidente del Perú del tratado de alianza defensiva concluido entre ambas naciones, en 6 de Febrero del presente año, procediendo a la lectura de los instrumentos originales de dichas ratificaciones, y habiéndoles hallado exactas y en buena y debida forma; realizaron el canje.

En fe de lo cual los infrascritos han redactado la presente acta que firman por duplicado, poniendo en ellas sus sellos respectivos.

Mariano Baptista.

A. V. de La Torre.

Excmo. Señor:

Lima, Abril 28 de 1873.

El Congreso ha aprobado el 22 del presente, el tratado de alianza defensiva celebrado en esta capital el 6 de Febrero último por los Plenipotenciarios del Perú y Bolivia.

Lo comunicamos a V. E. para su conocimiento y demás fines.

Francisco de Paula Muñoz

José María González

Presidente del Congreso.

Secretario del Congreso.

Excmo. Señor Presidente de la República.

Lima, Abril 30 de 1873.

Cúmplase. *M. Pardo.* -

J. de la Riva Agüero.

Aunque el tratado tenía por objeto nuestro país, los negociadores cuidaron de no nombrarlo; tampoco mencionaron a la República Argentina, aludida en el artículo X.

El Gobierno peruano, no tranquilo aun con ligar a Bolivia a sus intereses en contra de Chile, gestiona por la vía diplomática el ingreso de la Argentina a la Alianza.

El Gobierno de la Casa Rosada envía el tratado a la Cámara de Diputados, y ésta le presta, su aprobación por 48 votos contra 18.

Nuestros buenos amigos y antiguos huéspedes en época aciaga, don Bartolomé Mitre y don Domingo Faustino Sarmiento, nada pusieron de su parte, para evitar el cuadrillazo que se preparaba en las sombras contra nuestro país.

Fué el Doctor Rawson, alta personalidad argentina, quien llamó a los padres conscriptos al recto camino del deber, en dos notables cartas dirigidas a don Plácido S. de Bustamante.

El doctor Rawson tuvo la suficiente hombría para llevar a conocimiento del Senado, por intermedio del señor Bustamante la palabra honrada de un gran patriota, que repudiaba para su patria el baldón de formar parte del cuadrillazo que se preparaba a traición, contra una nación de América, amiga y hermana.

El señor Mitre recibió en Chile toda clase de atenciones; la sociedad le abrió sus puertas y “El Mercurio” sus columnas, para darle oportunidad de ganarse honradamente la vida.

Sarmiento pasó la Cordillera por el valle de Copiapó, en compañía de su amigo don Juan Bautista Cheno, dedicándose ambos a la enseñanza, en la ciudad de este nombre, emporio entonces de las explotaciones mineras.

Cheno se estableció a firme, como profesor de la juventud copiapina, en la cual formó distinguidos alumnos. Uno de ellos, José Joaquín Vallejo, tomó las iniciales del nombre y apellido de su profesor, J.B.Ch., como componentes de su seudónimo, *Jotabeche*, inmortalizado en la literatura nacional.

Sarmiento bajó al Sur; estableció una modesta escuela en Los Andes y de ahí lo sacó el Gobierno para que implantara en Santiago, su método de escritura y lectura gradual de silabeo.

El método era bueno; el Gobierno envió al autor a perfeccionarlo, a Europa y Estados Unidos, con decorosa renta.

A su vuelta, se creó la Escuela Normal de Preceptores de Santiago, y se le nombró director de ella para que estableciera prácticamente los principios enunciados en la memoria que presentó al Ministerio de Instrucción Pública.

Restablecida la normalidad en la Argentina, Sarmiento volvió a su patria, colmado de saber y honores.

A la época de la presentación del tratado de alianza contra Chile a las Cámaras argentinas, don Domingo Faustino Sarmiento desempeñaba el puesto de Presidente de la República, y como tal, hubo de firmar el mensaje enviado al Congreso, con el susodicho tratado.

CAPÍTULO II.

El tratado Baptista-Walker Martínez.

Mientras la diplomacia peruana canta victoria, los negocios de la Compañía de Salitres quedan en el aire, con la declaración legislativa de la nulidad de los actos del Gobierno Melgarejo.

El presidente de la Sociedad, don Agustín Edwards, en resguardo de los intereses de los accionistas, comisiona al señor Belisario Perú para que se traslade a Bolivia y gestione del Presidente Ballivian algún acuerdo equitativo.

El señor Perú tuvo éxito en su cometido, pues arribó a una transacción que finiquitó las diferencias anteriores. Dicho convenio suscrito entre el señor Ballivian en representación de Bolivia, y el mandatario de la Compañía, se resume en los siguientes artículos:

1° La Compañía queda dueña únicamente del Salar del Carmen.

2° Como compensación por sus otros derechos, se le asignan cincuenta estacas en los terrenos contiguos.

3° La Compañía pagará una patente anual de cuarenta bolivianos por cada una de las cincuenta estacas, que no podrá ser aumentada.

4° Tendrá, por quince años, libertad de explotación de los salitres en los terrenos concedidos; y de embarcar por Antofagasta los productos de esos depósitos, libres de todo derecho de exportación, y de cualquier otro gravamen municipal o fiscal.

5° Permiso para construir un ferrocarril de Antofagasta a Salinas.

6° Liberación de derechos para los materiales del ferrocarril, para los necesarios a su conservación y los de las oficinas para elaborar salitre.

7° Facultad de poner un tercer riel en el ferrocarril en proyecto, de Mejillones, por lo cual pagará un peaje de cinco centavos por cada quintal de cien libras que transporte por su cuenta.

8° La Compañía constituirá en Antofagasta un personero munido de plenos poderes, para su representación en derecho.

El decreto oficial termina así:

“.....se aceptan, por vía de transacción, y en uso de la autorización que la ley de 22 de Noviembre de 1872 confiere al Poder Ejecutivo, las ocho bases contenidas en la anterior proposición, quedando nulos y sin ningún efecto, los actos anteriores que están en oposición a ellos.

En su virtud y previa notificación del señor Perú, procédase a la extensión de las respectivas escrituras.

Ballivian. - Mariano Baptista. - Daniel Calvo- Mariano Ballivian. - Pantateon Dalence.

El decreto, previa consulta al Consejo de Gabinete, se redujo a escritura pública, fué firmado por las partes contratantes, y se archivó en los registros del notario de Sucre, don José Félix Oña, en 29 de Septiembre de 1873, insertándose a la vez en el Boletín de las Leyes.

El señor Perú volvió feliz a Valparaíso; el Directorio aprobó en todas sus partes lo obrado; con lo cual los trabajos de la Sociedad recibieron gran impulso en el litoral.

Como la ley de Diciembre de 1872, que autorizaba al Ejecutivo para efectuar la transacción, ordenaba que se diera cuenta a la próxima legislatura, el Ministro de Hacienda cumplió esta formalidad. En su exposición, entre otras cosas, dice:

“Melbourne, Clark y Cía., subrogados por la Compañía de Salitres. Las reclamaciones de esta casa, de que se informó en 1873, han sido transigidas bajo condiciones que se resumen en la Convención de 27 de Noviembre de 1873. Los representantes de la casa mencionada las han aceptado. Queda así definida una cuestión odiosa que por largo tiempo ha comprometido ante la opinión, la probidad del Gobierno, teniendo pendiente de su decisión la suerte de gruesos capitales que los

empresarios desembolsaron para establecer en el desierto de Atacama la industria salitrera en grande escala”.

La Asamblea Nacional de Bolivia pasó el documento al archivo, finiquitando el asunto.

El Perú alarmado por la competencia de los salitres del litoral de Antofagasta, resuelve dirigir y encausar la producción interna de dicha substancia, para después tornar el control en la sección boliviana.

En 1873, el Congreso peruano crea el estanco del salitre, facultando al Ejecutivo para adquirir el total de la producción del país, que se colocaría en Europa por cuenta fiscal.

De esta manera mataba las transacciones salitreras que se efectuaban en Valparaíso, en donde tenían la gerencia las oficinas productoras. Este fué el primer golpe que asestó el Perú al comercio chileno, privándolo de las letras giradas a Europa por ventas de *Salitre de Chile*, como era conocido en el viejo mundo, el rico abono del cual nuestro país no producía un gramo.

Nuestro Gobierno procuró entonces un acercamiento a Bolivia, para que los capitales chilenos, amenazados en Tarapacá, pudiesen desenvolverse tranquilamente en Antofagasta.

El Ministro de Chile en La Paz, don Carlos Walker Martínez, maniobró con acierto ante la cancillería boliviana, hasta celebrar el tratado de 1874, que puso término a las diferencias que teníamos con nuestra, vecina del norte, por la delimitación clara y fija de la frontera.

Bolivia puso su firma al tratado, sin dar conocimiento al Gobierno del Perú, lo que constituía una flagrante violación del tratado secreto, cuyo N° 3 de la cláusula VIII dice a la letra:

“Las altas partes contratantes se obligan también:

3° A no concluir tratados de límites o de otros arreglos territoriales, sin conocimiento previo de la otra parte contratante”.

El tratado Baptista-Walker Martínez se celebró el 6 de Agosto de 1874, refrendado por Plenipotenciarios completamente facultados por sus respectivos Gobiernos.

El de Bolivia se quedó muy tranquilo, no obstante la premeditada violación del tratado secreto; pero esta norma de conducta no es de extrañar de parte de la cancillería de La Paz.

El Congreso boliviano prestó su aprobación al tratado de 1874, el 6 de Noviembre del mismo año, y se promulgó en La Paz el 28 de Julio de 1875, con las firmas del Presidente don Tomás Frías y del Ministro de Relaciones Exteriores don Mariano Baptista.

Consta de ocho artículos:

El 1° establece la línea divisoria en el paralelo 24; el 2° considera firme los paralelos fijados por Pissis y Mujía; y el 3° parte las guaneras entre ambos Gobiernos.

No nos ocuparemos todavía de los artículos 4° y 5°.

El 6° trata de la habilitación de los puertos de Antofagasta y Mejillones; el 7° deroga el tratado de 10 de Agosto de 1866; y el 8° establece la ratificación y canje en el plazo de tres meses.

Los artículos 4° y 5° merecen especial mención, por el conflicto a que dieron lugar más tarde.

Dicen así:

“Art. 4° Los derechos de exportación que se impongan sobre los minerales explotados en la zona de terrenos de que hablan los artículos precedentes, no excederán la cuota de la que actualmente se cobra; y las personas, industrias y capitales chilenos no quedarán sujetos a más contribuciones, de cualquier clase que sean, que a las que al presente existen.

La estipulación contenida en este artículo durará por el término de veinticinco años”.

“Art. 5° Quedan libres y exentos de pago de todo derecho los productos naturales de Chile que se importaren por el litoral boliviano, comprendido dentro de los paralelos 23 y 24; en reciprocidad, quedan con idéntica liberación, los productos naturales de Bolivia, que se importen al litoral chileno dentro de los paralelos 24 y 25”.

Aunque Bolivia había pactado sobre fronteras, sin conocimiento del Perú, el Presidente, señor Pardo hizo buena cara al mal tiempo, sin darse por entendido, porque la cancillería del Rimac, se aprestaba para matar la naciente industria del salitre en territorio boliviano, por intermedio del Gobierno de este país, ahora que su situación interna se presentaba nebulosa.

En efecto, la deuda del Perú, tanto interna como externa aumentaba día a día; los presupuestos cerraban con déficit y el salitre de los chilenos de Antofagasta se cernía como una amenaza para Tarapacá.

Había que obrar:

El Perú sopla entonces al oído de Bolivia, que los chilenos extraen fabulosas riquezas del litoral, sin dejar un centavo al señor del suelo.

Los dirigentes bolivianos, halagados en sus intereses y amor propio y espaldeados por el tratado de alianza, empiezan por imponer nuevas contribuciones a los capitales chilenos radicados en Antofagasta, bajo el velo de que ellas se destinaban al beneficio de la comunidad, en contra de lo establecido en el tratado Baptista-Walker Martínez.

El primer disparo contra este pacto solemne, fué un derecho adicional al gremio de jornaleros, que pasó aunque con solemne protesta de los damnificados; el segundo, una ordenanza sobre el lastre a la que se allanaron los industriales chilenos para no paralizar el carguío, pero formulando la respectiva protesta ante nuestro cónsul general don Salvador Reyes.

En 1878, la Municipalidad de Antofagasta impuso una contribución de alumbrado, de 3% sobre el valor de la renta de cada edificio, hecho que iba contra los chilenos, como únicos propietarios en la ciudad.

Antes se había pretendido implantar la misma exacción, pero el honorable Consejo Departamental de Cobija, declaró ilegal el acuerdo del municipio de Antofagasta, y violatorio al tratado del 74, ley de la República.

Pero ahora, que la Municipalidad de este puerto era el Consejo Departamental, no había a quien pedir la revisión de sus acuerdos; y se llevó adelante lo mandado.

Los habitantes se negaron a cubrir la gabela del 3%; la Municipalidad requirió el auxilio de la fuerza pública y ordenó llevar a la cárcel a don Jorge Hicks, gerente administrador de la Compañía de Salitres y Ferrocarril de Antofagasta, que se refugió en el consulado chileno para evitar vejámenes.

Mr. Hicks protestó ante el Cónsul de este impuesto contrario a las terminantes declaraciones de un pacto solemne, protesta que el Cónsul Reyes remitió a don Pedro Nolasco Videla, nuestro Ministro en La Paz.

El señor Videla promete ocuparse del reclamo de Mr. Hicks; pero a la vez insinúa al señor Reyes “la conveniencia de no cerrar el paso a la iniciativa de las municipalidades, para que puedan cumplir con los deberes más indeclinables de su cometido, dando garantía a las personas y propiedades con las medidas de seguridad y aseo, que, si imponen desembolsos, son en pago de servicios, y obsequio y beneficio de los mismos vecinos.

Interpretaciones restrictivas y estrechas son siempre odiosas y producen resultados contraproducentes a lo que uno mismo se propone”.

Nuestro Ministro recomienda la conciliación, halagado porque Bolivia le había dado a entender que no se daría curso a un proyecto de ley del Parlamento boliviano que gravaba con diez centavos, a beneficio fiscal, cada quintal de salitre que exportara la Compañía de Antofagasta.

Mientras las autoridades procuraban adormecer a nuestro Ministro en La Paz, el activo Cónsul Reyes no descuidaba la vigilancia de los intereses patrios.

En nota de 13 de Octubre de 1878, dice al señor Videla: “que se habla con insistencia de que en vapor llegado en el día de ayer ha venido orden del Gobierno para hacer ejecutivo el impuesto sobre exportación del salitre; pero hasta este momento, no se ha hecho notificación alguna a la Compañía”.

El señor Videla visita en La Paz al señor Ministro de Relaciones Exteriores, y después de la conferencia, contesta a nuestro Cónsul, en nota de 14 de Noviembre, que “respecto a lo que Ud. me comunica, que se decía haber llegado en uno de los vapores, la orden de este Gobierno para hacer efectivo el impuesto sobre exportación del salitre, puedo asegurarle que carece de todo fundamento”.

Y sin embargo, la noticia era efectiva.

Se presentaba ahora una cuestión muy seria provocada por el Gobierno de Bolivia: la implantación de un impuesto fiscal a la industria chilena, que barrenaba por su base el tratado de 1874.

La Compañía de Salitres invertía gruesos capitales, más de un millón de libras esterlinas, en sus trabajos, confiada en la transacción celebrada con el Gobierno de Bolivia el 27 de Noviembre de 1873, transacción que puesta en conocimiento del Congreso en 1874, en virtud de la ley de Diciembre de 1872, que autorizó al Ejecutivo para transigir, “defiriéndose estos asuntos solo en el caso de no avenimiento, a la decisión de la Corte Suprema, *con cargo de dar cuenta a la próxima asamblea*”.

Como hubo avenimiento entre el Ejecutivo y el señor Peró, el Gobierno no defirió el asunto al Supremo Tribunal, y se limitó a dar cuenta - como lo estatúa la ley - a la próxima legislatura, que fué la de 1874, la cual impuesta del asunto, acordó archivar los antecedentes, dando por finiquitada la negociación.

Pero, he aquí, que cuatro años después, entre gallos y media noche, sin notificar a la otra parte contratante, que lo era la Compañía, el Congreso de Bolivia sanciona el siguiente proyecto de ley:

“Artículo único. Se aprueba la transacción celebrada por el Ejecutivo el 27 de Noviembre de 1873, con el apoderado de la Compañía de Salitres y Ferrocarril de Antofagasta, a condición de hacer efectivo como *mínimum*, un impuesto de diez centavos, en quintal de salitre exportado.

Comuníquese al poder ejecutivo, para su ejecución y cumplimiento.

La Paz, Febrero 14 de 1878. *R. J. Bustamante*, Presidente; *Manuel Velasco Flor*, diputado secretario; *Abdon S. Ondarza*, diputado secretario”.

El Congreso nada tenía que ver con una transacción celebrada por el Ejecutivo, autorizado expresamente por una ley; ni menos podía alterar las disposiciones del pacto, sin el conocimiento de la otra parte contratante.

El Presidente de la República, no obstante la violación del tratado Baptista-Walker Martínez, que encerraba este proyecto de ley, lo sancionó en debida forma, en el siguiente decreto:

“Casa del Supremo Gobierno. - Ejecútese. - (Gran sello del Estado). H. Daza. - El Ministro de Hacienda e Industria, *Manuel F. Salvatierra*”.

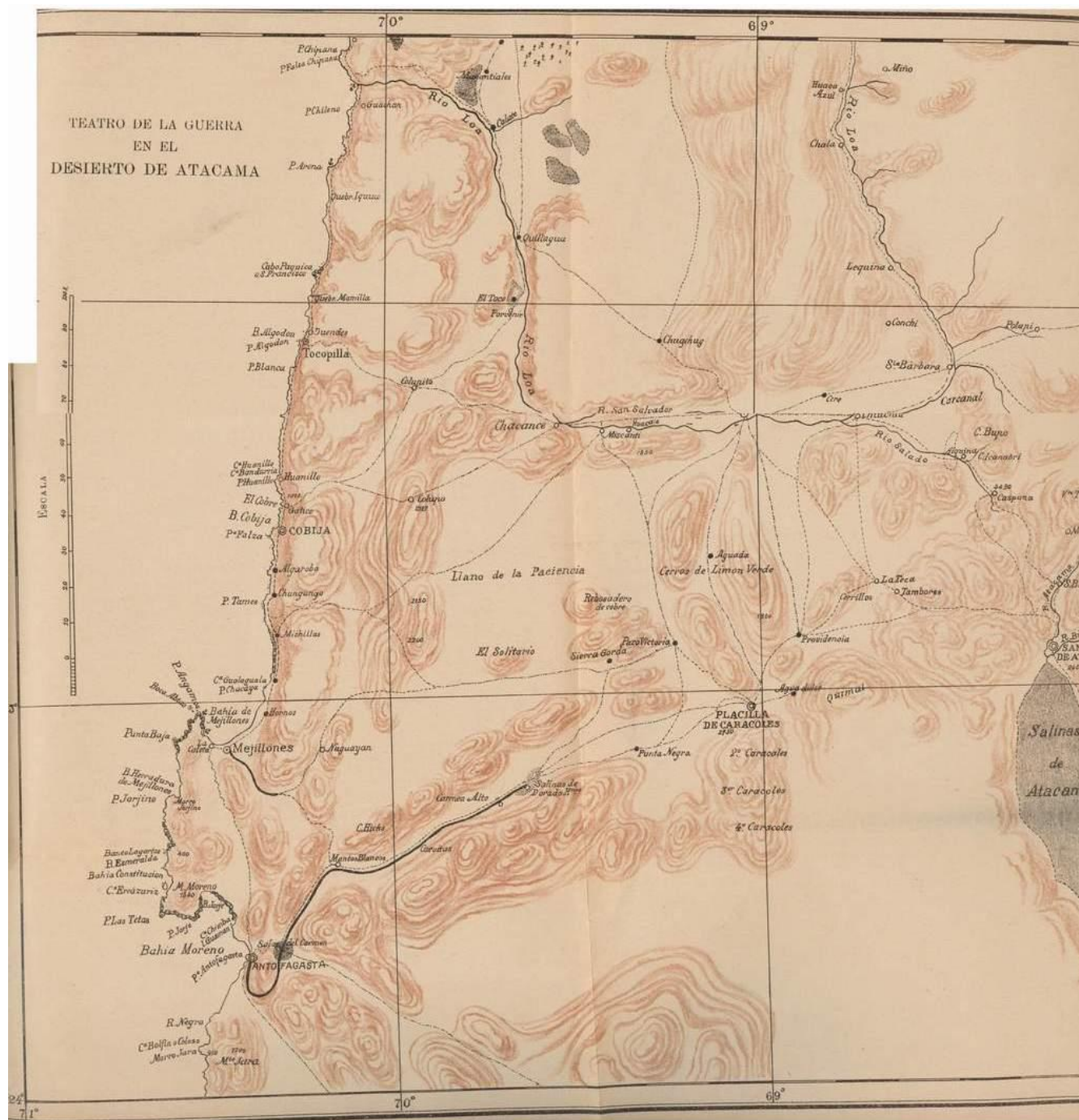
Nuestro Ministro señor Videla se apresuró a protestar, en forma mesurada pero firme, de esta violación de un tratado vigente.

“La Compañía de Salitres y Ferrocarril de Antofagasta, dice, es chilena; tiene su directorio en Valparaíso; y es en casi su totalidad compuesta de capitales chilenos. En virtud de la transacción con el Supremo Gobierno, en 27 de Noviembre de 1873, reducida a escritura pública y registrada en el *Anuario Oficial de Leyes* de Bolivia, la Compañía Chilena entró bajo el amparo y garantía del tratado firmado el 6 de Agosto de 1874, porque a la fecha de este tratado, la Compañía explotaba quieta y tranquilamente las salitreras que se le habían concedido por esa transacción, siendo libre de los derechos de exportación del salitre, como así mismo exenta de los de internación los artículos que introdujere por los puertos de Antofagasta para la conservación y servicio de las líneas férreas y de sus oficinas de elaboración de salitre”.

El señor Videla coloca la cuestión, desde el primer momento, sobre la base legal, derivada del texto expreso de una convención vigente, entre ambos países.

CAPÍTULO III.

Embargo de la Compañía de Salitres;
rescisión de la Convención de 1873.



El Ministro de Relaciones Exteriores de nuestro país, don Alejandro Fierro, en nota 8 de Noviembre de 1878, da al señor Videla, Ministro Plenipotenciario en La Paz, instrucciones precisas acerca de la imposición de contribuciones a nuestros connacionales, lo que implicaría la abrogación total del tratado vigente entre Chile y Bolivia.

El señor Fierro termina así sus comunicaciones:

“La negativa del Gobierno de Bolivia a una exigencia tan justa como la demostrada, colocaría al mío en el caso de declarar nulo el tratado de límites que nos liga con ese país, y las consecuencias de esta declaración dolorosa, pero absolutamente justificada y necesaria sería de la exclusiva responsabilidad de la parte que hubiese dejado de dar cumplimiento a lo pactado”.

El Ministro de Relaciones de Bolivia, don Martín Lanza, no contestó directamente esta nota, sino que transcribió al señor Videla un memorándum del señor Ministro Interino de Hacienda, don Serapio Reyes Ortiz, en que este miembro del Gabinete refuta las alegaciones del Gobierno de Chile; y se escuda, en que tratándose de una ley dictada por el Congreso boliviano, no cabe al Ejecutivo sino hacerla cumplir. Por fin, el 18 de Diciembre de 1878, el señor Lanza comunica al señor Videla, oficialmente, que el Gobierno ha ordenado a las autoridades del litoral hacer cumplir la ley de 14 de Febrero, o sea, la contribución al nitrato elaborado por la Compañía de Salitres de Antofagasta.

El Ministro Videla, al acusar recibo de esta nota, hace un resumen de la cuestión, en la siguiente forma:

“Agotados estos medios (arribar a un resultado prudente y tranquilo) y en presencia del oficio de V. E. fecha de hoy, que tengo a la vista, cumplo con el solemne y doloroso deber de declarar a V. E., a nombre de mi Gobierno, que la ejecución de la ley que grava con un impuesto a la Compañía de Salitres y Ferrocarril de Antofagasta, importa la ruptura del tratado de límites de Agosto de 1874, hoy vigente entre Chile y, Bolivia, y que las consecuencias de esta declaración serán de la exclusiva responsabilidad del Gobierno de Bolivia.

Agrega nuestro Ministro que había convenido con el Ministro de Hacienda en propiedad, en actual visita en la costa, a no innovar en la materia, hasta su vuelta a La Paz; y que la resolución del Gobierno venía a romper este pacto verbal.

El señor Lanza se apresura a replicar, en nota 26 de Diciembre:

“Mi Gobierno, dice, no ha hecho más que cumplir con un deber constitucional al decretar la vigencia de la ley mencionada (la del impuesto al salitre) sin que esto importe, como supone V. S., el término de toda discusión ni menos una ruptura del tratado de 6 de Agosto de 1874, pues V. S. olvida que, aun para el caso que se susciten cuestiones sobre su inteligencia y ejecución, el Art. 2.º del tratado complementario, abre en beneficio de parte de ambas naciones, el *recurso arbitral*”.

En vista de la invocación del arbitraje, hecha, por el Gobierno de Bolivia, el señor Videla contesta aceptando el arbitraje, “en la inteligencia de que el Gobierno boliviano de ordenes inmediatas para que se suspenda la ejecución de la ley y se restablezcan las cosas al estado en que se encontraban antes del decreto de 18 de Diciembre, pues esta es una consecuencia lógica de la proposición de arbitraje hecha por V. E.”.

La conducta del Ministro chileno recibió la más amplia aprobación de nuestro Gobierno, que abundaba en agotar todos los recursos pacíficos, antes del rompimiento que se veía cercano.

Desgraciadamente, el Presidente don Hilarion Daza, y la mayoría del Congreso, repudiaban el arbitraje; instigados por el Perú, habían resuelto llevar las cosas al último extremo.

Desautorizado por sus colegas de gabinete y por el propio Presidente de la República, por haber propuesto el arbitraje, el Ministro de Relaciones don Martín Lanza, presenta la renuncia de su cargo, que es aceptada, y le reemplaza don Serapio Reyes Ortiz, Ministro de Instrucción Pública.

S. E. el Presidente llama a este Ministerio, al señor Julio Méndez, periodista a la moda, por los violentos artículos que publica en contra de Chile en los cotidianos de Lima.

Más como el señor Reyes Ortiz partió precipitadamente a la capital del Perú, el señor Videla tuvo que entenderse con el Ministro suplente, don Eulogio Diez de Medina, político afiliado al bando belicoso.

Mientras duraba el juego de notas en La Paz, entre la legación chilena y el Ministro de Relaciones, el Gobierno de Bolivia imparte orden al prefecto de Cobija, don Severino Zapata, que se

había trasladado a Antofagasta, para que diera cumplimiento a la ley que gravaba la exportación de salitre.

El prefecto hace notificar al gerente de la Compañía, don Jorge Hicks, quien se niega al pago de los noventa y tantos mil pesos, que exigen los bolivianos, fundado en la cláusula IV del tratado Baptista-Walker Martínez.

El Cónsul señor Reyes se dirige al prefecto para que suspenda la medida, mientras se comunica con el Ministro señor Videla; a lo que el señor Zapata contesta con el siguiente decreto:

“En nombre de la ley.

El ciudadano Severino Zapata, prefecto y superintendente de hacienda y minas del Departamento, ordena y manda: Que el deligenciero de hacienda apremie y conduzca a la cárcel a Jorge Hicks, gerente y representante de la Compañía de Salitres y Ferrocarril de Antofagasta, deudor al fisco por la cantidad de noventa mil ochocientos cuarenta y ocho bolivianos, y trece centavos.

Así mismo trará embargo de los bienes de dicha Compañía, suficiente a cubrir la cantidad adeudada, depositando, en persona abonada y fiable por derecho, pues que así se tiene mandado por decreto fecha 6 de los corrientes.

Requiere a todos los depositarios de la fuerza pública, presten los auxilios necesarios para la ejecución de este mandamiento.

Antofagasta, Enero 11 de 1879.

Severino Zapata”.

En conformidad a este decreto, el deligenciero de hacienda traba embargo sobre los bienes de la Compañía, y nombra depositario al ciudadano boliviano don Eulogio Alcalde.

Como el prefecto había dictado orden de prisión contra el administrador don Jorge Hicks, éste solicita su excarcelación bajo la fianza de don Napoleón Peró; aceptada, queda en libertad el señor Hicks, quien consigna la respectiva protesta ante el notario don Calixto Paz.

En tanto, se halla fondeada en la bahía la barca “Maida”, que necesita 5.000 quintales de salitre para completar su cargamento y darse a la vela.

Como la prohibición de embarcar es absoluta, la Compañía se ve amenazada de una gruesa pérdida por gastos de la estadía del buque.

El administrador suplente de la Compañía, señor David Sim, consigue permiso para el embarque de los cinco mil quintales, previa fianza de don Pedro P. Wessel, gerente del Banco Consolidado en Chile.

La autoridad se mostraba más flexible; pero era para ocultar siniestros designios.

Consciente el Gobierno de Bolivia de que el desconocimiento del Art. 4º implicaba la ruptura violenta del tratado de 1874, suspende el cobro de la contribución de diez centavos establecida por ley de 14 de Febrero de 1878, y declara lisa y llanamente la reivindicación de las salitreras.

El decreto, precedido de ocho considerandos, dice:

“Queda rescindida y sin efecto la Convención de 27 de Noviembre de 1873, acordada entre el Gobierno y la Compañía de Salitres de Antofagasta; en su mérito, suspéndanse los efectos de la ley de 14 de Febrero de 1878. El Ministro del ramo dictará las órdenes convenientes para la reivindicación de las salitreras detentadas por la Compañía.

H. Daza. Martín Lanza. Serapio Reyes Ortiz. Manuel Othon Jofré. Eulogio Diez de Medina”

El Ministro Videla había exigido seriamente, a la cancillería boliviana, en nota de 20 de Enero, una respuesta categórica. Lejos de abordar la cuestión, el Ministro de Relaciones se preocupa de inquirir en notas de 21 y 27 de Enero, la razón de la estadía del “Blanco Encalada” en Antofagasta.

El Ministro chileno, con toda paciencia, da las siguientes explicaciones:

“No tengo inconveniente en declarar que la presencia del “Blanco Encalada” en la bahía de Antofagasta no tiene el significado, ni el objeto que V. S. le atribuye.

Las naves de la armada chilena hacen periódicamente su estación naval en los puertos de Antofagasta y Mejillones, y gracias a esta circunstancia pudo prestar oportunos auxilios a esas poblaciones en la noche aciaga de 9 de Marzo de 1877”.

Aunque el Gobierno boliviano procedió a la rescisión del contrato con todo sigilo, el Ministro Videla y el nuevo Cónsul chileno en Antofagasta don Nicanor Zenteno, tuvieron conocimiento del hecho y se apresuraron a comunicarlo a la Moneda.

Dice la comunicación oficial:

“Febrero 11 de 1879. (Recibido de Caldera a las 2,05 P. M.). Al señor Ministro de Relaciones Exteriores:

El Ministro chileno en La Paz, en cablegrama, de hoy, me dice:

Transmita Gobierno: Decreto de este Gobierno rescinde contrato, suspende ley de Febrero, reivindica salitreras. - *P. N. Videla*.

Lo que transcribo a V. S. para su conocimiento. *Cesáreo Aguirre*, Gobernador de Caldera”.

A este telegrama, responde nuestro Ministro de Relaciones, con el siguiente cable dirigido a Tacna, para ser expedido desde ahí, por propios: “Recibido telegrama de hoy: Retírese inmediatamente.- *A. Fierro*”.

A este, siguió una segunda comunicación, también por cable:

“Ministro de Chile en La Paz.- Recibido segundo telegrama. El primero en que anuncia rescisión, que es un nuevo agravio, decidió ocupación de Antofagasta. Retírese inmediatamente.- *A. Fierro*”.

Antes de conocer estas instrucciones, el Ministro Videla había exigido al Gobierno de Bolivia, que en el plazo de 48 horas, contestara si aceptaba o no el arbitraje. Como no recibiera respuesta, el 12 de Febrero anuncia su retiro y pide sus pasaportes.

El Ministro interino señor Eulogio Doria Medina replica al señor Videla en una larga nota, destinada a prolongar la discusión; pero, nuestro Ministro la devuelve, “porque ya había terminado la misión que desempeñaba cerca del Excmo. Gobierno de Bolivia”.

Al día siguiente, 14 de Febrero, ocurre un hecho singularísimo:

El señor José Luis Quiñones, Ministro Plenipotenciario del Perú en La Paz, se presenta a la ex-legación chilena, y en visita oficial al señor Videla, le asegura que no existe ánimo en el Gobierno del Perú, de terciar en favor de Bolivia, en su actual contienda con Chile.

El señor Videla se limita a tomar nota de la declaración, para comunicarla a su Gobierno.

El señor Fierro se apresura a comunicar al señor Cónsul Zenteno, la determinación de ocupar el puerto de Antofagasta, en nota reposada y tranquila.

Le dice:

Valparaíso, 12 de Febrero de 1879.

Mi Gobierno se ha visto obligado a asumir una actitud que ha querido evitar a toda costa, pero que la conducta del Gobierno boliviano ha hecho absolutamente indispensable.

En pocas horas más, el litoral que nos pertenecía antes de 1856, será ocupado por fuerzas de mar y tierra de la República, y V. S. asumirá el cargo de Gobernador Político, como Cónsul del territorio.

En el desempeño de estas delicadas funciones, recomiendo a US. que no omita diligencia para que las personas e intereses de todos los habitantes de ese litoral sean respetados y garantidos, como sucede en el imperio de nuestras leyes, a fin de evitar reclamaciones de cualquier género que sean, y

hacer, en cuanto sea posible, simpática nuestra administración, aun a los mismos bolivianos ahí residentes.

El comandante en jefe de las fuerzas, coronel don Emilio Sotomayor, lleva las instrucciones que adjunto a V. S. en copia, y según las cuales debe proceder de acuerdo con V. S., en los casos que ellas determinan. Dios guarde a V. S. - *Alejandro Fierro*".

El activo señor Zenteno no tenía conocimiento de esta decisión del Gobierno, fechada el 12 de Febrero; sin embargo, en su carácter de Cónsul, afrontó la situación con enérgica tranquilidad.

Antofagasta se mostraba tranquila; pero una sorda efervescencia hacía temer el estallido de la tempestad.

Se sabía que el prefecto había recibido un cablegrama de Mollendo, por el vapor del norte, fondeado el 4 de Febrero. Dicha comunicación autorizaba a la autoridad boliviana para tomar medidas violentas.

El miércoles 5 fondeó el vapor "Limarí"; fué despachado rápidamente, sin que sus papeles fueran legalizados por el consulado. Esta oficina no pudo enviar la correspondencia oficial al sur.

Con igual rapidez se despachó el vapor "Ayacucho", en viaje al norte.

En momentos, en que esta nave se ponía en movimiento, 4 P. M. del día 5, la prefectura notificó a la Compañía de Salitres el remate de sus propiedades, previo justiprecio de los bienes embargados.

Con la salida de los vapores nombrados, la notificación no podía ser conocida de nuestro Gobierno, sino con tres días de atraso.

Pero el Gerente envió un propio a Mejillones, que a revienta cinchas alcanzó el vapor, y entregó un cable a Valparaíso, vía Iquique.

La situación es crítica; todos se preguntan qué sucederá una vez efectuado el remate, al quedar cesantes 2.000 trabajadores y 300 empleados de la Compañía.

La noticia de que se acercan fuerzas bolivianas para dominar a la población, produce sorda irritación, precursora de un estallido de incalculables alcances.

El hecho no era infundado; en 1872, un batallón de 250 plazas, salido de Potosí, llegó a Caracoles sin muchas dificultades, merced a una abundante provisión de coca.

Mientras tanto, se habían celebrado dos reuniones por los dirigentes chilenos, de las cuales nada había trascendido al público, ni menos a las autoridades bolivianas.

La primera tuvo lugar en casa del señor Matías Rojas; asistieron a ella los señores Nicanor Zenteno, Cónsul de nuestro país, Evaristo Soublette, secretario de la Compañía de Salitres, Jorge Hicks, gerente de la misma, Salvador Reyes, ex-Cónsul, Juan E. López, comandante del "Blanco Encalada", y el dueño de casa.

Zenteno expresó fríamente la situación: las autoridades tenían la tropa lista en pie de guerra; se aseguraba que en breve llegaría un cuerpo de línea; y era un secreto a voces que el Presidente Daza había dado orden, en caso de resistencia, de incendiar la ciudad, y especialmente las propiedades de la Compañía de Salitres.

Después de breve deliberación, la reunión acordó:

1º Comisionar a don Enrique Villegas para servir los intereses chilenos en Caracoles. El Gobierno boliviano acababa de cancelarle el *exequator* de Cónsul de Chile en dicha localidad.

2º A don Jorge Hicks para la vigilancia de las vías férreas y telegráficas.

3º Impedir por la fuerza el incendio de la ciudad, para lo cual se avisaría a las administraciones de Carmen Alto y Salar del Carmen, para que acudieran con toda su gente.

4º En caso de que el pueblo y la Compañía no pudieran resistir, pedir auxilio al "Blanco Encalada"; de día, con banderolas y el silvato de la Compañía, y de noche por medio de voladores de luces.

Los señores Hicks y Soublette quedaron encargados de las señales, y los señores Zenteno, Reyes y Rojas, para ponerse a la cabeza del pueblo.

El comandante López, una vez de regreso a bordo, envió un plan completo de señales y la correspondiente dotación de banderolas y cohetes.

Se guardó un secreto absoluto, y nadie se percató de lo ocurrido.

La segunda reunión tuvo lugar en la “Sociedad la Patria”.

Esta institución, especie de logia lautarina, se constituyó para la protección mutua y defensa de los chilenos, hostilizados constantemente por las autoridades, que en la obscuridad de los calabozos de la policía, flagelaban y aun asesinaban a nuestros connacionales.

La Patria celebraba tenidas secretas; sus miembros se reconocían por signos, palabras y tocamientos; los iniciados prestaban juramento de rodillas, con la mano derecha sobre la bandera de Chile, de obedecer ciegamente los mandatos del jefe, en defensa de la Patria, de su honra y de sus intereses.

El Consejo Directivo se componía de cuarenta miembros; los afiliados se contaban por miles.

El signo de reconocimiento consistía en colocar el dedo índice sobre el pulgar en forma de cruz; la pregunta se hacía con la mano derecha y se contestaba con la izquierda.

La palabra *sagrada* era Patria, que no se daba sino en casos muy calificados y con solemnidad especial.

Pero había una palabra de *pase*, de uso corriente entre los iniciados, adoptada no se sabe cómo ni en qué circunstancias, de entre los más vulgares motes de nuestro pueblo.

Se daba en forma velada, con cualquiera de los versos del cuarteto: Por la p, eres piurana; por la u, urubambeña; por la t, trujillana y por la a, arequipeña.

En las disputas más agrias, en los bochinches más crudos, productos del alcohol, corría un verso, y como por encanto, llegaba la calma, el buen humor, la confraternidad de los hijos del mismo suelo, ligados por el misterioso lazo del amor patrio.

La logia *Patria* suspendió sus sesiones el día 10, y notificó a sus hijos que el 14, día del remate, la mesa directiva iría a bordo del “Blanco Encalada”, a las 10 1/2 A. M.; y que la población recibiría las ordenes del caso a las 11 1/2, es decir media hora antes de la subasta. Mientras tanto, todo el mundo debía continuar tranquilamente en su trabajo cotidiano.

Jamás se había notado mayor calma en la población; pero en las casas, las mujeres afilaban los corvos a molejón y preparaban banderas chilenas, en tanto los hombres discurrían la mejor manera de secundar las órdenes de la *Patria*, que seguramente afrontaría la situación en el momento preciso.

El Cónsul Zenteno dió pruebas de sagacidad, talento y sangre fría. Del Consulado a la Compañía, y de ahí al domicilio de los compatriotas dirigentes, se veía a cada instante rodeado de impacientes que le pedían ordenes.

Sonriente y tranquilo iba repitiendo: Calma, niños, mucha calma. Mientras tanto, orden, orden. En el momento preciso vuestro Cónsul estará al frente de vosotros.

Y el pueblo obedecía y callaba.

El 12 y el 13 la tensión nerviosa es terrible; nadie trabaja; la población vive en la calle; el comercio cierra sus puertas y el movimiento de la bahía se paraliza; siniestros rumores circulan entre los grupos; noticias inverosímiles corren de boca en boca; la columna de gendarmes permanece acuartelada; y destacamentos, bayoneta armada y bala en boca, custodian la prefectura, la aduana y el cuartel.

En la noche del 10, tuvo lugar un incidente, que pudo haber originado graves consecuencias.

Cuando la población estaba sobre un volcán, don Mateo Concha Moreno, antiguo vecino, entusiasta chileno, pero hombre curioso y noticiero de oficio, casi hace saltar la mina y pone sobre aviso a las autoridades.

Don Mateo tuvo conocimiento de la reunión celebrada en casa de don Matías Rojas, a la que no fué invitado, precisamente por su fácil lengua.

Esto le tenía resentido; y como había visto llegar banderolas y cohetes, disimuladamente, a la Compañía, se le avivó en grado supremo la proverbial curiosidad.

Atando cabos, dando y cavando, columbra que algo se trama y trata de inquirirlo, con la mejor fe del mundo.

En la noche M 10, el Club rebosa de gente; todas las conversaciones giran alrededor de la cuestión del día, en la certeza de que algo crudo puede ocurrir.

Llega don Mateo al círculo en que charla don Matías Rojas, se dirige a él y le dice, alarmado: ¿qué significan, paisano, unos voladores que están disparando en la Compañía?

Se hace el silencio; don Matías se encoge de hombros, y con calma y serenidad le contesta: No tengo conocimiento; y sigue la interrumpida conversación en el círculo de amigos.

Los chilenos no dan importancia a la pregunta tan extraña de don Mateo, conociendo su afición a lanzar *bolas* en toda oportunidad; pero los oficiales de la policía corren a inquirir lo ocurrido, y naturalmente, nada anormal encuentran.

El señor Rojas, continúa la charla; bebe el acostumbrado gorro de dormir; y a la hora de siempre, se despide de los contertulios, retirándose a su domicilio.

Apenas se encuentra en la calle, corre donde Zenteno y Reyes, y los tres se dirigen a casa de Hicks y Soublette, a quienes imponen de lo ocurrido.

Felizmente, los soplones de la autoridad no dieron en la clave; pero los cinco conjurados pasaron una larga noche de sinsabores.

Han transcurrido muchos años; y aunque muy amigos, los cinco no han perdonado a don Mateo la noche de penas y angustias que les hizo pasar.

CAPÍTULO IV.

Ocupación de Antofagasta. Toma de Calama.



Nadie duerme en la noche del 13.

Mucho tarda el amanecer; al fin luce el sol en un cielo sin nubes.

Como reguero de pólvora, se esparce la nueva de que entran a la bahía más buques chilenos.

La población, enloquecida de amor patrio, corre a los muelles y playas.

La noticia es cierta.

El “Cochrane” y la “O'Higgins”, fondean a babor y estribor del “Blanco Encalada”.

Luego, se desprende del “Cochrane” un bote de doble bancada, que conduce a tierra al capitán de ejército don José M. Borgoño.

Una vez en el muelle, el pueblo le hace calle, en profundo silencio; el capitán lleva la mano al quepí, y hecho el saludo, atraviesa la compacta multitud en dirección a nuestro consulado.

Nadie se mueve; nadie habla; la emoción es profunda.

¿Qué sucederá? ¿Qué piensa el Gobierno de Chile?

Se pronostican graves acontecimientos para antes de empezar el remate de las salitreras.

Varios caballeros extranjeros, venidos de Lima, a tomar parte en la licitación como representantes de fuertes firmas europeas, tratan de orientarse, pues la situación presenta mal cariz y no quisieran verse envueltos en aventuras de guerra.

El capitán Borgoño, tras breve conferencia con Zenteno, se dirige a la prefectura y entrega al Prefecto don Severino Zapata, la siguiente comunicación:

“Antofagasta, 14 de Febrero de 1879.

Señor Prefecto: Considerando el Gobierno de Chile roto por parte de Bolivia el tratado de 1874, me ordena tomar posesión con las fuerzas de mi mando, del territorio comprendido al sur del grado 23.

A fin de evitar todo accidente desgraciado, espero que Ud. tomará las medidas necesarias para que nuestra posesión sea pacífica, contando Ud. con todas las garantías necesarias, como asimismo sus connacionales. Dios guarde a Ud. Emilio Sotomayor.

El pueblo ignora lo que ocurre; el capitán Borgoño regresa a bordo con aire adusto; algo serio debe de ocurrir; quizás notificación de bombardeo; nadie se imagina que el Gobierno de Chile corta por lo sano.

Pronto desatracan de los costados de las naves chilenas, lanchas repletas de tropa, que se dirigen a tierra.

El pueblo estalla; no puede pedírsele más. De los muelles, de las playas, de las calles, de las plazas, de las murallas, de los techos, de las azoteas, cuajadas de gente, se alza un grito inmenso de júbilo, de amor, de orgullo, de redención, en que se desborda el alma, oprimida por la angustia durante los últimos días; vibran las fibras del patriotismo, con un ¡Viva Chile! que escapa de ocho mil pechos a la vez. ¡Viva Chile! es el cántico que entonan esos desterrados que se sienten ahora en tierra propia; que pisan el suelo de la Patria.

Los hombres se abrazan; las mujeres lloran. Como por encanto aparecen banderas chilenas; flamean pocas; luego cientos; después miles.

¿De dónde salen?

Toda familia chilena residente en el litoral, guardaba como reliquia la bandera nacional, destinada a recibir los niños nacidos en aquel territorio, de madres que por sus recursos escasos, no podían trasladarse al sur para el alumbramiento.

El chico llegado sobre el tricolor, era tan chileno, al sentir de nuestros compatriotas, como si hubiera visto la luz en la Moneda de Santiago. Además, recibía el bautismo de nuestro Cónsul, por considerar deprimente que lo cristianara el cura boliviano.

El teniente coronel don José Antonio Vidaurre desembarca con 100 hombres de artillería de marina, y el capitán don Exequiel Fuentes con otros 100 hombres del regimiento N° 1 de artillería.

El coronel don Emilio Sotomayor, comandante en jefe, conduce la fuerza a la plaza Colón, y la forma en batalla, frente a la prefectura.

El coronel Zapata envía su contestación. Dice que cede ante la fuerza; y, “puede Ud. emplear ésta, que encontrará ciudadanos de Bolivia desarmados, pero dispuestos al sacrificio y al martirio”.

A pesar de tan heroica respuesta, el prefecto hace marchar la guarnición desarmada a Cobija; él y sus empleados se refugian en el consulado del Perú.

La plaza queda en nuestro poder, sin disparar un tiro.

Algunos exaltados quieren entonces arreglar antiguas cuentas con individuos de la policía, profundamente odiados del pueblo, a causa de sus injusticias y crueldades. Varios caballeros chilenos, entre los que figuran los señores Evaristo Soublette, Román 2º Arancibia y Marco Antonio Andrade, arengan a la multitud; en discursos de fuego, le piden que no manchen un día tan grande, con ningún acto violento. “Sed generosos, hermanos y compatriotas, ahora que estáis en vuestra patria, en esta sagrada tierra chilena”; así les dicen, los grupos poco antes enfurecidos, olvidan sus rencores, perdonan las ofensas y vuelven a sus casas a celebrar la gran jornada.

Un piquete de 25 hombres, al mando de un oficial, recorre las calles a tambor batiente: un sargento lee el bando en que se da a reconocer a don Nicanor Zenteno, como gobernador del territorio, quien entra en funciones y expide los siguientes nombramientos:

Secretario de la gobernación, don Alejandro González; administrador de correos, don Clodomiro Vargas; ministro de aduana, don José Tomás Peña; comandante del gremio de jornaleros, don Antonio Olea Moreno; comandante de policía, don B. Barrios; notario público y archivero, don Marco Antonio Andrade; subdelegado de Salar del Carmen, don Alejandro Garín; id. de Caracoles, don Enrique Villegas; suplente, don Román Espech.

El coronel Sotomayor hace ocupar a Caracoles y Salar del Carmen con 70 hombres, a cargo del capitán don Francisco Carvallo; envía al “Blanco Encalada” a resguardar los intereses chilenos en Cobija y Tocopilla, en tanto la “O'Higgins” larga anclas en Mejillones, y toma el mando de la plaza el capitán de corbeta don Francisco Javier Molinas.

El gobernador Zenteno lanza una proclama, felicitando al pueblo por su compostura, le llama a reanudar las tareas del trabajo, y le recomienda alistarse en los batallones cívicos que se organizan, dos en Antofagasta y dos en Caracoles.

Se restablece la vida normal, sin la más leve agresión a los residentes bolivianos, que continúan viviendo en el territorio sin molestia alguna, como lo atestigua la siguiente comunicación enviada al Supremo Gobierno:

“Antofagasta, 22 de Febrero de 1879.

Excmo. Señor: Las colonias extranjeras residentes en Antofagasta, se complacen en reconocer que desde el día de la ocupación de este puerto, por las fuerzas de mar y tierra de la República de Chile, han gozado de la más completa seguridad y garantía, en sus personas, comercio e industria; y al encontrarse de este modo bajo el imperio de las leyes chilenas, creen poder felicitar al Gobierno de Chile, sin romper la neutralidad que les corresponde en esta emergencia. Jorge Hicks, E. W. Foster, Emilio Puyó, Julian G. Alegre; (siguen 74 firmas, varias de comerciantes peruanos)”.

Las autoridades bolivianas se dirigen a su patria, por el vapor de la carrera, el día 16. Aunque les consta la tranquilidad con que se efectuara la ocupación, propalan en el trayecto las más increíbles patrañas, afirmando horrores cometidos por las tropas chilenas.

La representación parlamentaria del litoral, declara en un manifiesto: “Renunciamos a consignar los crímenes cometidos por los invasores que cruelmente han hecho correr lágrimas y sangre”. Firman el documento, los señores Abdón S. Ondarza, Manuel Franklin Alvarado y Rodolfo Rivera Quiroga, diputados por Cobija, Tocopilla, Mejillones y Antofagasta.

La noticia de la ocupación de Antofagasta llega a La Paz durante la fiesta del carnaval; Daza la oculta, no queriendo turbar los regocijos populares; solo la da a conocer el 26, día del entierro de *Chalilones*.

El pueblo se levanta en masa para la defensa nacional; se suceden las reuniones patrióticas; se hacen subscripciones para atender a los heridos, socorrer a las viudas y a los huérfanos; se organizan cuerpos de voluntarios, y se llenan las plazas de los cuerpos de línea.

El mismo día 26, el Gobierno expide tres decretos: por uno, manda romper las relaciones con Chile; por el segundo, otorga amnistía amplia, a los procesados o condenados por delitos políticos; y por el tercero expulsa del país a los ciudadanos chilenos, dentro del plazo de diez días. Les permite llevar consigo únicamente los papeles privados y artículos de menaje particular. Dentro de este mismo plazo, las autoridades bolivianas procederán al embargo de las propiedades, muebles e inmuebles de nuestros connacionales, y se nombran administradores por cuenta del fisco de las empresas mineras de Corocoro, Oruro, Huanchaca y Colquechaca, cuyas entradas ingresarán a fondos generales.

El general Daza pone al ejército en pie de guerra; organiza la guardia nacional, movilizándolo 26 batallones de infantería, siete regimientos de caballería, cuatro escuadrones sueltos, un batallón de artillería y la Legión Boliviana, compuesta de jóvenes rifleros a caballo, todos voluntarios, que aportan las cabalgaduras y arreos.

El efectivo total del ejército de Bolivia era el siguiente:

Generales 5 en actividad (Catorce fuera de servicio).

Coroneles: 20 en servicio (Ciento treinta y cinco en retiro).

Oficiales: 330.

Clases: 826.

Soldados: 1023.

Total activo: 2204 plazas de general a tambor.

Descontando el diez por ciento de diferencia entre la fuerza efectiva y la de revista; tenemos un total de 1984 combatientes, distribuidos en un regimiento de artillería, dos de caballería, Húsares y Coraceros, y tres de infantería, el 1º o Colorados, el 2º y el 3º de línea.

Los Colorados usan rifle Remington; los otros cuerpos de infantería Martini; y la caballería y artillería carabina Winchester.

La artillería tenía piezas rayadas y cuatro ametralladoras modernas.

Bolivia se aprestó para la lucha con entereza y valentía; todas las clases sociales se refundieron en el sentimiento común de arrojar al invasor lejos de la frontera.

El entusiasmo entre los militares raya en delirio. En una de sus proclamas dicen: “Poseídos de noble orgullo, los que tenemos al cinto una espada, que la patria nos ha confiado para defenderla y conservar incólume su honra, juramos mil veces más que no envainaremos estas espadas, antes de vengar el ultraje que Chile ha inferido a Bolivia”.

Este documento lleva la firma de 16 generales, 74 coroneles, 29 graduados, 46 tenientes coroneles, 40 graduados, 68 comandantes, 29 graduados, 74 sargentos mayores, 46 graduados, 61 capitanes, 3,6 graduados, 52 tenientes primeros, 25 graduados, 59 tenientes segundos, 47 graduados y 72 subtenientes.

El coronel Sotomayor, dueño del territorio al sur del paralelo 23, prepara los elementos necesarios para extender su esfera de acción, al norte de esta línea, pues sabe que los bolivianos concentran fuerzas en Calama.

El Ministro de la Guerra elevó los batallones de línea a regimientos de 1200 plazas, llenados en gran parte por voluntarios residentes en el litoral, con lo que refuerza considerablemente la guarnición del territorio.

Resuelta la expedición a Calama, por habernos ya declarado la guerra el Gobierno de Bolivia, Sotomayor se traslada a Caracoles, para alistar una columna de 540 hombres de las tres armas, y operar sobre aquella plaza.

Mientras tanto, gente de la escuadra ocupa a Cobija y Tocopilla el 21 de Marzo, al norte del paralelo 23.

El coronel Sotomayor, deseoso de evitar efusión de sangre, comisiona a don Román Espech, ayudante de los cívicos caracolinis, para parlamentar con el doctor Ladislao Cabrera, y le pida rendición de Calama, cuyo comando ejerce.

Espech y Cabrera eran amigos; éste tenía estudio abierto en Caracoles, núcleo de los negocios de aquél.

Cabrera vanidoso y dado a la exhibición personal, ve la posibilidad de transformarse en héroe, y se niega a todo avenimiento. Más todavía, exige para evitar responsabilidades, que se levante un protocolo de la conferencia. Espech accede buenamente.

Dicho documento se firma en Calama, a las 9 A. M. del día 16 de Marzo de 1879.

Consta en él que el ayudante Espech propone la rendición de la plaza, a la vez que ofrece toda clase de garantías, y, el envío de víveres para la población.

El doctor Cabrera pide que se consigne: “Que no está dispuesto a aceptar ni someterse a la intimación que se le hace, y, que cualquiera que fuese la superioridad numérica de la fuerza en cuyo nombre se le intima rendición, defenderá hasta el último trance la integridad del territorio de Bolivia”.

Sotomayor desde luego se ocupa de la organización y defensa militar del territorio. Al día siguiente de la ocupación, creó dos cuerpos cívicos en Antofagasta, uno en Caracoles, otro en Carmen Alto, y una brigada de artillería en Mejillones.

La situación de la costa es la siguiente el 18 de Febrero: el “Cochrane” se encuentra en Antofagasta, la “O'Higgins” en Mejillones y el “Blanco Encalada” vigila los puertos de Cobija y Tocopilla.

Con respecto al interior, guarnece a Carmen Alto, 112 kilómetros de Antofagasta, y Caracoles a 180 kilómetros.

Líneas férreas y telegráficas unen a Antofagasta con Carmen Alto; entre este pueblo y Caracoles se extiende la pampa árida y arenosa. Sotomayor dispone unir estos dos centros por telégrafo, y contrata la construcción con la Compañía de Salitres por la suma alzada de \$ 3.000.

El 19, nombra jefe de Estado Mayor al teniente coronel de ingenieros don Raimundo Ansieta; comandante General de Armas de Caracoles al teniente coronel, también de ingenieros don Tomás Walton, con encargo de fortificar pasajeramente la plaza; comandante del batallón cívico de la misma, al teniente coronel don Joaquín Cortés, comandante del batallón cívico N° 1 de Antofagasta, al teniente coronel graduado don Bernardo Gutiérrez B.; comandante del batallón cívico de Carmen Alto, al sargento mayor don Waldo Díaz; y comandante de la brigada de Mejillones al mayor graduado don Nicanor Urzúa. El capitán de fragata graduado don Francisco Javier Molina, asume la dirección de la capitanía del puerto.

El pequeño parque tenía 500 rifles Comblain, 300 se entregaron al N° 1 de cívicos del puerto, y 200 al de Caracoles.

El coronel ocupó el litoral con un jefe, 20 oficiales y 284 hombres de tropa; de estos, 190 pertenecen al batallón de Marina y 94 al Regimiento de Artillería de Línea, que traían dos ametralladoras y cuatro piezas rayadas, sistema francés. A medida que le llegaban refuerzos del sur, aumentaban las guarniciones y destacamentos del interior, especialmente de Caracoles, la plaza más internada en el desierto, y en donde había importantes intereses chilenos.

La alimentación del ejército queda resuelta desde el primer día, por contrato con particulares a razón de \$ 0.37 y ochenta céntimos de centavos por ración, consistente en medio litro de café por la

mañana y dos comidas diarias. La ración de la armada se contrata a cuarenta centavos, con la obligación de suministrar víveres frescos dos veces por semana, porque el comandante del “Cochrane” expuso, que se presentaban casos de escorbuto por el continuo uso de la carne salada.

Sotomayor se multiplica. Nombra teniente agregado al ingeniero geógrafo don Manuel Martínez Urrutia, y le comisiona para rectificar los planos que existen en el territorio ocupado por el ejército entre Antofagasta, Mejillones y Caracoles, debiendo fijar los lugares con aguadas o recursos, con determinación de distancia y caminos.

Por si hubiera que expedicionar al interior, hace levantar un censo general económico geográfico, por una comisión de vecinos concedores de Calama, Chiuchiu y Atacama. El informe constató los importantes datos siguientes:

Cuadras alfalfadas en Calama.....	700
Id. en Chiuchiu.....	500
Id. en Santa Bárbara....	6
Id. en Conchi.....	6
Id. en Atacama.....	600
Total:.....	1812

Carros de la línea Calama-Huanchaca, a 4 mulas.....	120
Carros de la línea Calama-Tocopilla.....	20
Mulas de carga aperadas.....	600
Llamas de carga.....	10.000

Y grandes rebaños de ovejas.

La alfalfa produce cuatro cortes anuales en Calama, tres en Atacama, y dos en Chiuchiu. El agua potable de estos dos últimos pueblos es buena; y mala la de Calama, debido a que el río salado cae al Loa cerca de Caspana, y da a las aguas un sabor amargo.

Las diminutas fuerzas del comandante en jefe aumentaban visiblemente; el 28, catorce días después de la ocupación dispone de diez jefes, 74 oficiales y 1.482 hombres de tropa, de las siguientes unidades: Regimiento de Artillería, 89; batallón de marina, 239; cazadores a caballo, 120; 2° de línea, 385; 3° de línea, 442; 4° de línea, 106; Cuerpo de policía, 101.

Como se hacían necesarios los servicios de un auditor de guerra, propone para tal cargo al abogado don Pedro Nolasco Donoso, su secretario, persona competente y muy contraída. Solicita así mismo el envío de seis cañones depositados con sus respectivas cureñas en los arsenales de Valparaíso, uno de 300, dos de 200 y tres de 150, y 50 tiros por pieza. Quiere fortificar la bahía por el lado del mar, en previsión de contingencias futuras.

Merced a sus instancias, el Gobierno eleva la dotación de los batallones 2° y 3° de línea, a cinco compañías, con 200 individuos cada, una. Para atender a este efectivo de mil plazas, pide tres jefes subalternos, además del comandante para cada cuerpo, y un oficial más por compañía por las siguientes consideraciones:

a) Dificultad para atender el servicio interior y de campaña, de 1.000 plazas con los mismos dos jefes que tenían a su cargo 400 en tiempo de paz.

b) Dos jefes se verán embarazados en el momento del combate para atender 1.000 hombres, de la índole del soldado chileno que necesita ser vigilado y sostenido por la constante vista del oficial, pues su idiosincrasia tiende a la dispersión y al combate individual.

c) Las compañías elevadas de 100 a 200 hombres precisan un oficial más para su instrucción.

El 17 de Marzo, se embarca en Valparaíso con dirección a Antofagasta el Ministro de Guerra, coronel don Cornelio Saavedra, en compañía del jefe de la escuadra, contralmirante don Juan Williams Rebolledo.

Los coroneles Saavedra y Sotomayor estuvieron de acuerdo en la necesidad de deshacer el núcleo enemigo, concentrado en Calama, que podía servir de base a mayores contingentes; pidieron y obtuvieron autorización del Gobierno para atacar y ocupar dicha plaza, que serviría de centinela avanzado al litoral.

Sotomayor juzgaba que tenía fuerzas suficientes para la empresa, sin debilitar ninguna de las guarniciones establecidas.

Con la posesión de Calama, el jefe chileno quedaba tranquilo respecto a un movimiento sorpresivo sobre Caracoles.

El temor de que Daza se dejara caer sobre este mineral y amagara a Antofagasta, se basaba en fundamentos sólidos.

1° El ejército nacional tiene por deber, batir y arrojar al enemigo, lejos de las fronteras, quitándole la posesión de las plazas ocupadas.

2° La ofensiva de Daza no presentaba dificultades insuperables; existía buena carretera entre Huanchaca y Calama, vía Ascotan, Santa Bárbara; y de Calama, fácil es al indio munido de su provisión de coca, salvar fresco en pocas horas, los arenales que se extienden hasta Caracoles y Salar del Carmen.

La Compañía de Huanchaca, confiscada por Bolivia, poseía víveres y forraje en abundancia; y 120 carretas aperadas, aptas para la conducción de víveres y municiones.

Las carretas metaleras a cuatro mulas transportan los bagajes y municiones de 4.000 hombres.

3° Se tenía el antecedente de haber llegado a Antofagasta, años atrás, un batallón de infantería salido de Potosí, que hizo la travesía del desierto sin desgaste ni pérdida en el efectivo.

La posesión de Calama se imponía, como punto avanzado, con recursos de agua, leña, forraje y verduras, para quitar al enemigo toda tentación de un golpe de mano por este sector, y dejar a la plaza como centinela avanzada.

Veamos el terreno en que debía operar la división: Calama se halla situada sobre una planicie de tres kilómetros cuadrados. El río Loa, bañándola por el oriente y sur, la defiende con más seguridad que los fosos a los antiguos castillos. Es un río *sui generis*. En el sector comprendido entre Calama y Chiuchiu, el cauce tiene hasta veinticinco metros de profundidad, con un ancho de diez a quince metros en el fondo, y de cuatro, tres y aún dos en la superficie. Semeja un tubo subterráneo, por el que corre un reducido caudal de aguas.

Por Calama, el río se desliza como cinta líquida, sin movimiento perceptible. Aunque angosto, no da paso seguro, sino por vados conocidos de los naturales, desde tiempo inmemorial. Quien yerra el paso, se hunde, y el abismo no devuelve la presa; la superficie vuelve a quedar lisa y límpida.

Tupidos matorrales de seis metros de espesor y otros tantos de alto, se extienden de la orilla derecha hasta los campos de cultivo, cruzados por angostos senderos, en intrincado laberinto, en el cual se pierden hasta los criollos lugareños.

El terreno labrado se divide en pequeñas heredades, cuyo suelo, por la clase especial de laboreo, forma una sucesión de acequias y excavaciones anchas, bordeadas de gruesas aporcas, que lo hacen intransitables para la caballería e incómodo para el tráfico a pie. (Parte del coronel Sotomayor).

Seis caminos dan acceso a la población:

El de Chiuchiu, que desciende del noreste; el de Quillagua, que sube por el noroeste; el de Cobija por el oeste; el de San Pedro de Atacama, que baja del oriente; y por el sur, dos carreteras: la occidental de Limón Verde, y la oriental de Caracoles. Esta última se bifurca a pocos kilómetros del río.

El viajero de San Pedro cruza el puente de Topater, para alcanzar la población; al norte queda el vado de Yalquincha y al N. E. el cerro de Topater. Aguas abajo sigue el vado Juana Huaita, y a algunos metros, el puente de Carvajal, que da acceso al camino de Caracoles. Y siempre, a favor de la corriente, encontramos el puente de Chunchurí, al cual converge la carretera de Limón Verde.

Vista la topografía del campo de acción, conviene conocer los preparativos del doctor Cabrera, para recibir al enemigo, cuya llegada le avisan sus espías.

El doctor tenía una avanzada, a cargo de don Manuel Palalo, que exploraba los caminos de Caracoles y desde una altura divisaba el llano hasta la mina *Deseada*. El 22, fué relevado por el capitán don Ruperto Jurado, hijo del coronel de este apellido, que acompañaba a Cabrera. De esta manera, quedaba a cubierto de sorpresas.

Mandó destruir los puentes de Topater, Carvajal y Chunchurí, al mismo tiempo que vació las tomas, cerrando los canales, para aumentar el caudal del río y borrar los vados con el aumento de las aguas.

Sacó las tropas del pueblo, y las acantonó en las casas de Quevedo, sobre el camino a Chiuchiu, a veinticinco metros sobre el nivel del río, frente al vado de Yalquincha.

La gente quedó distribuida en el siguiente orden de batalla:

El coronel don Zeverino Zapata, con 40 hombres, frente al vado Yalquincha, forma el ala izquierda; el coronel don Fidel Lara, con 40 hombres forma el centro, encargado de defender el sector del puente destruido de Topater; y la derecha queda encomendada al teniente coronel don Emilio Delgadillo, para la defensa de Huaita y Carvajal.

El resto permanece de reserva, hasta completar 135 hombres, que el doctor confiesa tener, cuya veracidad es muy dudosa, toda vez que oficialmente da cuenta al Gobierno de que se batió contra una división chilena de 1.500 plazas, de las tres armas.

El doctor tenía profunda confianza en las posiciones que ocupaba. “El río Loa, dice, que baña a Calama, se presta a *serias meditaciones*, para quien quiera aprovecharlo”.

“Destruídos los puentes, quedan los vados, que son profundos”.

“Los vecinos de una ribera se comunican con la opuesta, por sendas angostas; algunas tan secretas y escondidas, que muy pocos calameños las conocen”.

El viernes 21 de Marzo en la tarde, después de un abundante rancho de carne y frejoles, el coronel Sotomayor hace formar en la plaza de Caracoles, el cuerpo expedicionario, al mando del comandante don Eleuterio Ramírez.

El R. P. Correa, capellán de ejército, se dirige a la tropa en una brillante alocución, que conmueve a la concurrencia; y, en nombre de Dios y de la Patria, da la bendición a los presentes.

A las 5 P. M. se inicia la jornada, en el siguiente orden de marcha:

Cuartel general.

Coronel don Emilio Sotomayor.

Jefe de ingenieros: Teniente coronel graduado don Arístides Martínez.

Ayudantes: Capitán don José M. Walker, y teniente don Roman Espech, ambos del Batallón Cívico de Caracoles; y paisanos conocedores de los caminos, señores Ignacio Silva Rivera y Alberto Gormaz.

Comandancia en jefe.

Teniente coronel don Eleuterio Ramírez.

Ayudantes: los del 2º de línea.

Prácticos: señores Secundino Corvalán y Lucas González.

Infantería: Tres compañías y banda del 2º de línea y una del 4º de línea, 446 hombres.

Artillería: 30.

Caballería: 115 Cazadores a caballo.

Intendencia y Parque : A retaguardia, 21 carretas metaleras, a 5 mulas, de las cuales dos llevan madera para tender puentes sobre el Loa, para lo cual se aceptaron los servicios de treinta

carpinteros de las minas; tres para el equipo de oficiales; cuatro para ración seca, charqui y galletas; y el resto para municiones y equipo.

A las 10 P. M. la división acampa en Providencia, cuya agua es salobre. Más, de Aguas Dulces llegaron dos toneles de buen líquido, con 7.500 galones, o sean, más de dos galones por plaza.

La tropa lleva caramañola llena, cuatro botellas, para siete leguas; y en el morral, víveres para dos días.

En la noche ocurre un incidente chusco, que produce algazaras en el campamento: De Caracoles envían de regalo dos novillos gordos, para cena de los expedicionarios; como no hay ni leña, ni cocinas, los rumiantes seguían de mascotas en espera del sacrificio en época oportuna.

El 22, a las 8 de la mañana, se rompe marcha; a las diez de la noche, se arman pabellones al oeste de Limón Verde. Al amanecer, la descubierta de caballería toma prisionero al capitán Jurado y al soldado que le acompaña, los cuales se remiten al mayor Vargas para que sirvan de guías.

El 23 a las 2 1/2 de la mañana, se avanza sobre Calama, en el siguiente orden de batalla:

Derecha: Compañía del batallón 4° de línea, capitán Juan José de San Martín, con 24 cazadores de descubierta, al mando del alférez Juan de Dios Quezada, y una pieza de artillería.

Centro: 1ª y 2ª Compañías del 2° de línea. Jefe, teniente coronel graduado, don Bartolomé Vivar, con 25 cazadores.

Izquierda: Una compañía del 2° con una pieza de artillería y el grueso de cazadores. Jefe, Mayor graduado don Rafael Vargas.

La división avanza sobre el río.

A las 7.30 el enemigo rompe fuego por nuestra derecha, sobre la descubierta de Quezada, que se repliega, a las alturas del puente de Topater. Desenmascarado el enemigo, entra la infantería de San Martín.

Vargas, con su guía boliviano, cruza el vado de Carvajal, y se estrella con el enemigo parapetado, que le recibe con fuego de salva a boca de jarro. Ordena echar pie a tierra, y sostiene la posición con carabina, en espera de los infantes.

El comandante Martínez, con sus 30 mineros, pontoneros improvisados, echa un puente sobre el río, en siete minutos, por el cual pasa el 2° y apoya a Vargas.

Arrecia el fuego por ambas alas. Vivar, entonces, avanza. Cruza el río; sostiene por la derecha al 4° y por la izquierda al 2° con cazadores.

El comandante Ramírez que dirige el movimiento por nuestra izquierda, tan pronto como ve a nuestras tropas en la banda derecha, ordena fuego en avance. El enemigo abandona sus posiciones y huye en dirección a Chiu-Chiu, a donde llega con sus dispersos el belicoso Cabrera.

A las 9 1/2 Calama es nuestra; Ramírez toma el mando de la plaza, como Comandante de armas.

El 25 en la noche sale Vargas sobre Chiu-Chiu y el 26 a medio día ocupa la población sin divisar ni sombra de enemigos. Y con la ocupación de Quillagua, efectuada conjuntamente, queda en nuestro poder la línea del Loa.

Los críticos de salón hacen un cargo al jefe chileno, por no haber perseguido inmediatamente al enemigo en su fuga a Chiu-Chiu.

Los que tal dicen, no conocen el terreno de operaciones.

Calama se encuentra a 2.266 metros sobre el nivel del mar; el aire enrarecido produce el soroche o puna cordillerana.

Hoy día, los caballos, llevados de la costa, por ferrocarril, se abaten y sudan sin más que moverlos en la estación. Necesitan días para respirar normalmente y semanas para prestar servicios violentos.

He aquí por que los cazadores solo partieron en la noche del 25, para entrar el 26 a Chiu-Chiu.

Si Vargas no procede con esta calma, habría quedado a pie; el caballo apunado revienta en sangre por ojos y narices.

Se ha hecho también otra crítica a Sotomayor, por la desocupación de Calama y el retiro de las fuerzas a Caracoles.

El hecho no es exacto, pues quedó custodiando la plaza un piquete de cívicos voluntarios, más resistentes que la tropa del sur a la dureza del clima, al soroche de la altura, y más acostumbrados al agua amarga del Loa, que origina la disentería.

El extranjero se ve así mismo expuesto a la *puntada*, pulmonía fulminante, enfermedad endémica en este valle.

Una vez que se establecieron los servicios de administración, y se habilitaron casas para oficinas y cuartel, llegó nueva guarnición de línea, que ocupó la plaza hasta el término de la campana.

Un pelotón de ingenieros construyó en Calama y Caracoles, una serie de blockhaus, para 50 hombres, con víveres para 20 días.

El terreno quedó medido y amojonado hasta los 1.200 metros para la exactitud del tiro.

Poco después se recibió de comandante de armas el Mayor don José María 2° Soto, quien hizo continuas correrías al interior, tanto para hacerse cargo de la proximidad de fuerzas enemigas, cuanto para impedir las comunicaciones del altiplano con el departamento de Tarapacá.

Cada una de estas expediciones rendía abundantes recursos para las tropas.

Así en el recinto de Canchas Blancas, Viscachillas y Topa Quilcha, se recogió el siguiente botín:

200 ovejas que iban a la Noria para el ejército peruano.

60 cargas de charqui.

300 llamas.

182 mulas.

10 carretas.

Y bastante leña y forraje.

No terminaremos estas líneas, sin consignar algunos párrafos del parte oficial elevado por el doctor Cabrera, al Supremo Gobierno sobre la defensa de Calama. Dice don Ladislao:

Reunido un efectivo de 1.500 plazas, con las armas más perfeccionadas por su precisión y alcance, con once piezas de artillería de montaña y dos ametralladoras, el enemigo, en la madrugada del 23, empezó a descender por la quebrada que conduce a Calama. Se notaba también un cuerpo de caballería.....

Los 135 defensores, que muy luego iban a convertirse en mártires, esperaban mis ordenes, con impaciencia febril.....

Empieza a oírse el ruido de las piezas de artillería, y entre éstas el de las ametralladoras, al mismo tiempo que aumentaba el silbido de las balas de rifle. Desde ese momento, los tres puntos defendidos, Yanquilcha, Topater y Huaita, no solo eran imponentes, sino espantosos, para quienes han podido oír, el retumbar del cañón, el estallido de las bombas de incendio, y el ruido de las balas de rifle.....

Mi línea de defensa tenía tres millas de extensión: Topater al centro; Huaita a la derecha.

Mientras duró el combate ni un solo chileno pudo cruzar el río, ni a pie, ni a caballo; y si lo hicieron al principio, fué para repararlo, dejando más de una tercera parte muertos.....

Hubo un momento en que creí que estaban en completa derrota. Fué una de las veces en que la caballería retrocede, al escape, e introduce la confusión y el desorden en todas las filas enemigas.

¡Cómo deploraba entonces no tener unos 100 hombres de reserva de que disponer, para ponerlos en completa derrota!.....

Eran las 9 A. M. La resistencia continuaba; ninguno de los puntos atacados cedía.

El enemigo hizo entrar en combate el total de sus fuerzas, que constaba de cinco cuerpos: 2 batallones, el 2º y el 4º; un regimiento de Húsares, una brigada de artillería y un batallón de cívicos de Caracoles.

Ascendían a 1.400, más bien a 1.500 hombres.....

Cometieron (los chilenos) dos errores, por ignorancia de los jefes. El primero consiste en haber atacado los puestos de defensa con los húsares de a caballo, a la cabeza; y el segundo, en que la infantería, entraba en columnas cerradas, ofreciendo así blanco seguro a nuestras balas. Es así como se comprende, que el ejército enemigo hubiera perdido 135 hombres, 110 muertos y 28 heridos”.

No hubo tal ataque de puestos avanzados con húsares a caballo; ni tales avances en columnas cerradas.

La descomunal batalla descrita por el doctor Cabrera, nos costó siete muertos y seis heridos. Total trece bajas.

Los bolivianos perdieron 44 plazas; de estas 21 cayeron prisioneros. Los veinte restantes, quedaron en el campo muertos o heridos.

Los crédulos compatriotas del doctor Cabrera lo elevaron a la categoría de héroe, una vez que se hizo público el manifiesto del entusiasta doctor, de ilimitada fantasía.

De vuelta de Calama, en donde dejó de guarnición al comandante don Eleuterio Ramírez con tropa del 2º de línea, el coronel Sotomayor continuó tesoneramente la organización militar del territorio; para ponerlo a cubierto de cualquiera eventualidad.

Como hombre de mundo y muy conocedor de la vida santiaguina, comprendió luego que los civiles de la capital ponían piedrecillas en su camino. El Ministerio guardó silencio sobre las propuestas de auditor de guerra, y del ingeniero encargado de rectificar las cartas de la región. Había pedido tres jefes subalternos para los cuerpos de línea; se le concedieron dos.

Los cañones de grueso calibre para fortificar Antofagasta, por el lado del mar, continuaron en los galpones de los arsenales de marina en Valparaíso. El coronel había contratado la provisión del ejército y armada en muy buenas condiciones, por dos meses; cuando creía recibir orden de prórroga, le llega el siguiente decreto, cuya redacción no brilla por la cortesía que las autoridades se guardan entre sí.

“Santiago, Abril 19 de 1879.- Señor: Para los efectos consiguientes, adjunto a U. S. un ejemplar del contrato celebrado con don Ramón J. Puelma, para provisión del rancho a la tropa del ejército que vuestra señoría comanda. Dios guarde a U. S.- Antonio Varas”.

El contrato, bastante oneroso para el fisco, iba derecho contra el estómago de los soldados. El coronel en cumplimiento de su deber, observó dicho contrato, manifestando que, si bien el desembolso era un poco menor, las franquicias dadas al contratista importaban una enorme diferencia de precio. Además, el rancho ofrecido era muy inferior al que actualmente se suministraba a los soldados.

Recomendó pedir propuestas, agregando textualmente: “Hay muchas personas que las presentarían con ventajas para el Gobierno y para el soldado”.

Los intereses santiaguinos predominaron, y el señor Puelma se hizo cargo del rancho.

He aquí algunas de las muchas gabelas que el fisco se echaba con él voluntariamente, encima:

a) Proporcionar al contratista calderos para cocer los frejoles y para calentar agua.
b) Proporcionar al contratista servicio para la preparación, reparto y distribución del rancho.
c) Proporcionar la gente necesaria para la confección; y las bodegas que necesitara para depósito de provisiones.

d) Pagar aparte el té o café que se diera a la tropa, siendo libre de los derechos de importación el té, el café y el azúcar.

e) Pagar en Valparaíso el primero y quince de cada mes, el valor aproximado de la quincena siguiente, y el saldo a la expiración de la quincena, lo que significaba que el contratista giraba con la negra, pagándose adelantado.

f) Obligación del fisco de entregar al contratista, los artículos que hubiese en los almacenes del ejército, a precio de costo.

Y así por el estilo.

En estas circunstancias vino el cambio de general en jefe, entrando a actuar el general don Justo Arteaga.

El coronel Sotomayor, al entregar el mando, puso en manos de su sucesor un plano detallado del territorio ocupado, con los pueblos, aldeas, caminos y aguadas de Iquique a Antofagasta, y de la costa a la cordillera.

Una minuta de los recursos de las poblaciones del interior.

Un estado de la fuerza y otro del armamento, municiones, vestuario, equipo y enseres en almacenes; y el archivo de la jefatura.

Todo conforme a la ordenanza.

CAPÍTULO V.

La Misión Lavalle.

El Gobierno del Perú, instigador de Bolivia, y ligado a ésta por el tratado secreto de 1873, procura darse el mayor tiempo posible, para conseguir dinero y elementos bélicos en Europa, en donde se encuentra en comisión el 2º Vicepresidente de la República, señor Canevaro.

A fin de llegar a este resultado, el Gobierno del general Prado idea el envío a Chile del señor José A. de Lavalle, político prestigioso y Ex-Plenipotenciario de la República en Rusia y Alemania, y senador en actual ejercicio.

El señor Lavalle acepta el nombramiento, previo los siguientes acuerdos:

1º Que se le dé copia del tratado secreto.

2º Que se le autorice para exigir del Gobierno de su país, en época oportuna, lo que había a cerca de tal asunto.

3º Que se deje a su arbitrio elegir el momento para exhibir dicho documento al Gobierno de Chile.

El 24 de Enero de 1879, el Encargado de Negocios del Perú, que veranea en Viña del Mar, don P. Paz Soldan y Unanue, da cuenta a su Gobierno de una conferencia tenida con S. E. el Presidente don Aníbal Pinto, en dicho balneario.

El diplomático peruano inquirió el pensamiento de S. E. acerca de la cuestión con Bolivia, y la significación de la permanencia de dos blindados en el norte, uno en Antofagasta y otro en Caldera.

El señor Pinto la contesta con su habitual franqueza, que creía que Bolivia aceptaría el arbitraje ofrecido por el Ministro boliviano señor Lanza, a nuestro Ministro en La Paz, don Pedro Nolasco Videla.

En cuanto a la estadía de los blindados en el norte, y el envío de 100 hombres de refuerzo, no tiene otro significado que el de una medida precautoria para conservar el orden público en Antofagasta, de acuerdo con las autoridades de tierra, como ha ocurrido otras veces en que los jefes bolivianos han solicitado la cooperación de las guarniciones chilenas para reprimir desórdenes en tierra.

En nota de 2 de Febrero, el señor Paz Soldán da cuenta de una conferencia que tuvo con nuestro Ministro de Relaciones Exteriores, don Alejandro Fierro, en la cual le brindó los buenos oficios del Gobierno del Perú.

El señor Fierro cree que el ofrecimiento llega tarde, por cuanto el general Daza rescindió las concesiones otorgadas por el Gobierno a la Compañía de Salitres.

En 14 de Febrero, el señor Paz Soldán comunica al señor Irigoyen, Ministro de Relaciones Exteriores del Perú, el resultado de una nueva conferencia tenida con el señor Fierro, sobre los buenos oficios.

El Ministro chileno los rehusa nuevamente, pues considera que Bolivia trata sólo de ganar tiempo, para movilizar sus tropas.

Chile necesita resguardar los intereses de sus nacionales y ocupará hasta el grado 23; y si Bolivia no vuelve sobre sus pasos, retrotrae nuestro pleito al estado anterior del tratado de 1866.

“Quizas, dice Paz Soldan a su Gobierno, la ocupación del litoral, no tenga por lo pronto, más objeto que custodiar las propiedades chilenas, e impedir un saqueo, que es lo que constantemente ha aparentado temer este Gobierno”.

El 25 de Febrero, Paz Soldan envía otra comunicación que revela el estado alarmante de su ánimo.

“Expone que S. E. el señor Pinto le ha llamado para mostrarle un telegrama de don Joaquín Godoy, nuestro Ministro en Lima, que dice: Hoy sale Lavalle, misión especial, ofrecer mediación.

Con esta oportuna actitud del Perú, agrega Paz Soldan, Chile podrá ganar tiempo.

Tarapacá, Iquique, el Perú mismo, he aquí la meta que los más formales parecen haberse señalado.

Como peruano, y como representante, cumplo con el doble deber de dar la voz de alarma a mi patria.

Cualquiera sorpresa, como la sustracción de nuestros buques de la bahía del Callao, ahora cuarenta años, por esta misma República, o como la ocupación de la isla de Chincha, que sin embargo tuvo sus agresores, nos tomaría desprevenidos e inermes”.

El señor don José Luis Quiñones, Ministro peruano en La Paz, informa a su Gobierno, que aunque el ex-Ministro, señor Martín Lanza, ofreció dos veces el arbitraje al Ministro de Chile, el nuevo Ministro de Relaciones Exteriores don Eulogio Doria Medina le ha significado que Bolivia no discute la cuestión, mientras fondee en Antofagasta el “Blanco Encalada”; no obstante tan enfática declaración, el 27 de Febrero Doria Medina acepta los buenos oficios del Perú, ofrecidos el 12 y el 20 de Febrero por su Ministro en La Paz, cuando ya se sabía la ocupación de Antofagasta.

Mientras ocurren estas incidencias, arriba a Valparaíso, el 4 de Marzo, la misión encargada de proponer los buenos oficios del Perú, compuesta del Ministro don José A. de Lavalle, el secretario don Javier Melescio Casós y el ayudante, teniente don Hernando Lavalle.

Recibió al Plenipotenciario el Intendente don Eulogio Altamirano, jefes de la guarnición y altos funcionarios públicos; y siguió a Santiago, en carro especial agregado al expreso por orden del Gobierno.

A la llegada del expreso, le recibe en la estación Alameda, don Alejandro Fierro, senador, consejero de Estado, y Ministro de la Corte Suprema, a nombre del Presidente de la República, y en el propio, como deudo cercano suyo.

El señor Reyes le conduce al hotel, hasta dejarle, cómodamente instalado, en el coche de Gobierno. Agradecido a estas atenciones, el señor Lavalle solicita una audiencia privada del señor Pinto, antes de su recepción oficial, para manifestarle su reconocimiento por las delicadezas recibidas.

Pinto le recibe al día siguiente, en su despacho particular, en compañía de los Ministros Fierro, de Relaciones Exteriores; Zegers, de Hacienda; y Blest Gana, de justicia, a los cuales presentó S. E., una vez que el señor Reyes le presentó al señor Lavalle.

Con respecto a la conferencia, dejamos la palabra al señor Lavalle, que se expresa así, en nota de 6 de Marzo, dirigida al señor Ministro de Relaciones, don Manuel Irigoyen:

“La acogida que S. E. el Presidente me dispensó no pudo haber sido más cordial, ni más amistosa, si es permitido expresarme así, y sus palabras estuvieron llenas, en lo que era correspondiente a una primera entrevista, de los más benévolos sentimientos hacia la República, hacia el general Prado, y aun hacia mi persona misma”.

Después de quince minutos de conversación, el señor Ministro se retira complacido, y satisfechos quedan a su vez S. E. y Ministros.

De vuelta a su alojamiento, recibe la visita de don Domingo Santa María, su antiguo amigo.

Lavalle y Santa María charlan largo y tendido, como antiguos camaradas; dentro de la confianza, Santa María pregunta a Lavalle qué había acerca del tratado secreto, de que tanto se hablaba.

Este (que traía el tratado en cartera) contesta con sonrisa bonachona, que nada puede haber, pues desde 1874, en que actúa como presidente de la comisión de relaciones exteriores del Congreso, ningún asunto de esta naturaleza ha sido tratado por las cámaras.

Por aquí no ha pasado, decía el franciscano mostrando la manga, refiriéndose al ladrón perseguido por la justicia. Lo propio hacía el señor Lavalle; el Congreso peruano no había aprobado tratado alguno del 74 adelante, porque había sido ley en 1873.

Tal afirmación hacía a sus amigos y relaciones: tragaron el anzuelo, Santa María, el ladino, y Fierro, el precavido. Solo don Aníbal Pinto, guardaba silencio.

S. E. era partidario acérrimo de la paz, eso sí, que con toda lealtad, jamás impuso su opinión en los Consejos de Gobierno.

Responsable ante el país, y ante la historia, tomaba el pulso a la situación económica, bastante crítica; y a nuestros recursos, militares, demasiado mediocres.

He aquí el estado de la deuda de la nación, a fines del primer semestre de 1879:

INTERIOR.

Primitiva.....\$	25.345.390,80
Servicio anual por intereses.....	1.354.316,50
Servicio anual por amortización.....	629.723,75
Amortizado hasta el 31 de julio de 1879.....	6.024.840,80
Estado de la deuda en 31 de julio de 1879...	19.320.550,00

EXTERIOR.

Deuda primitiva.....\$	53.107.100,00
Servicio anual por intereses.....	1.837.900,00
Servicio anual por amortización.....	1.567.519,00
Amortizado hasta el 31 de julio de 1879.....	18.228.100,00
Estado de la deuda pública en 31 de julio de 1879	34.879.000,00

El escalafón del ejército tenía el siguiente efectivo:

Generales de División.....	3
Generales de Brigada.....	5
Coroneles.....	7
Tenientes coroneles.....	29
Sargentos mayores.....	38
Capitanes.....	100
Ayudantes mayores.....	20
Tenientes.....	82
Subtenientes.....	117
Total:.....	401

Y la tropa de línea no alcanzaba a dos mil hombres.

Creemos que el Excmo. señor Pinto tenía la evidencia, sino la convicción, de la existencia del tratado secreto por las siguientes razones:

1º El Ministro de Chile en Lima le manifestó en varias ocasiones que el Perú hacía toda clase de aprestos bélicos, tanto en tierra como en mar, en una palabra, que se preparaba para tomar parte en la contienda. Agregaba en sus notas oficiales, que esta conducta del Gobierno del Perú obedecía al hecho de encontrarse ligado a Bolivia por un pacto de alianza contra nosotros.

2º El coronel Sotomayor, en los primeros días de la ocupación de Antofagasta, interceptó una carta del Presidente de Bolivia al coronel Prefecto del Departamento del Litoral. En ella S. E. el general Daza, después de darle cuenta de diversos asuntos, dice bajo el rubro “Reservado”:

“La Paz, Febrero 6 de 1879. - Señor Coronel don Severino Zapata.

Querido amigo:

Reservado El Ministro Reyes Ortiz marcha a Lima dentro de dos días a ponerse de acuerdo con el Gobierno del Perú, a fin de que Chile, en caso de agresión, tenga un enemigo a quien respetar y arríe banderas, como lo ha hecho con la Argentina. Reyes igualmente pasará a ese litoral y él te expondrá las ordenes e instrucciones que por escrito se le han dado. *H. Daza*”.

Esta carta original fué remitida por Sotomayor a S. E.

3° Porque la cancillería chilena tuvo conocimiento en 1873, de las estipulaciones del convenio.

En efecto, en 1918, don Armando Quezada Acharán, Ministro chileno del Interior, se expresa en los siguientes términos en un reportaje publicado en la “Razón” de Buenos Aires, el 4 de Diciembre de 1918.

Habla el señor Quezada:

“Según versión recogida del mismo Ministro de Chile en la Argentina, don Guillermo Blest Gana, una noche a las dos de la mañana, se hizo introducir en su dormitorio el Ministro del Brasil en la Argentina, para advertirle que en esos momentos se discutía en el Senado un tratado secreto acordado entre el Perú y Bolivia, en contra de Chile, y al cual se invitaba a asociarse a la Argentina, y que todo inducía a creer, dada la hidalguía de esa nación, que no sería aprobado.

Interrogado nuestro Ministro por su colega, de si tenía dinero para buscar los medios como imponerse de ese tratado, contestó que no. Entonces el Ministro del Brasil replicó: Tengo en caja unos 20.000 nacionales, que pongo a su disposición, y al día siguiente, a las nueve de la mañana, tuvo el señor Blest Gana en sus manos el Tratado íntegro entre el Perú y Bolivia”.

El hecho es que el Excmo. señor Pinto no quería provocar un rompimiento, Y le halagaba la idea de convencer al Perú de la necesidad de conservar la paz.

Desgraciadamente, todos los anhelos de S. E. resultaron fallidos: y contra sus íntimas convicciones, se vió arrastrado al conflicto.

Y mientras el señor Lavalle, nos traía la oliva de la paz, el Gobierno del Perú trataba de atraerse a la República Argentina, ofreciéndole nuestro litoral desde Copiapó al norte, hasta el paralelo 23, en caso de entrar en la alianza contra Chile.

Sobre hecho tan grave, nos atenemos a las palabras pronunciadas en el Senado chileno, por el representante de Malleco, don Gonzalo Bulnes, en una de las sesiones ordinarias de la legislatura de 1923.

Dijo el honorable senador:

“Vino la guerra de 1879, y cuando se trataba de armonizar la situación de Chile con la del Perú, después de la ocupación de Antofagasta, cuando el Perú había enviado a Chile al Ministro Plenipotenciario señor Lavalle, para negociar la paz, el Gobierno del Rimac inició secretamente una negociación en Buenos Aires, con el objeto de ofrecer a la República Argentina toda la zona del territorio chileno que queda al norte de Copiapó hasta el grado 23, como compensación y estímulo para que tomara parte en la guerra a favor de los aliados. Eso importaba la conquista de nuestro territorio estando aun en paz, como halago a una nación vecina para inducirle a tomar parte en la guerra; de manera que antes que el conflicto llegara a los campos de batalla, estaba decretado, en caso de que la suerte de las armas fuera adversa para Chile, la desmembración del territorio.

Esta afirmación que hago no consta en la historia (Guerra del Pacífico, por Gonzalo Bulnes), porque en la época en que me ocupé de rememorar estos hechos, no la conocía. Pero con posterioridad obtuve la documentación original de este grave incidente, que tuvo por protagonista al señor Latorre, por parte del Perú, y al señor Montes de Oca, por parte de la Argentina.

Debo agregar, que la cancillería del Plata rechazó la inmoral proposición.

Comprendo toda la gravedad de la afirmación que hago ante este Honorable Cuerpo, y ciertamente, no me atrevería a hacerla, si no tuviera en mi poder los documentos originales e irredargüibles que la comprueban.

Es bueno que esto se sepa y se diga; es conveniente que el mundo no se alimente sólo de las afirmaciones que hacen Bolivia y el Perú”.

Las anteriores afirmaciones del honorable senador, comprueban una vez más, la felonía con que procedieron los Gobiernos de La Paz y Lima, al disponer entre las sombras la desmembración de nuestro territorio.

El discurso del señor Lavalle, al entregar sus credenciales al Excmo. señor Pinto, sintetiza su misión en los siguientes términos:

“El general Pardo, se ha dignado acreditarme, con el objeto de procurar remover todo obstáculo que pueda oponerse al restablecimiento de la buena armonía entre Chile y Bolivia, naciones ambas amigas del Perú, y a la reanudación de sus relaciones, hoy desgraciadamente interrumpidas”. (Memoria de Relaciones Exteriores, 1879, pág. 179)

Reconocido en su alta investidura, entra en funciones con una actividad digna de encomio.

Como hemos dicho, el señor Lavalle tenía autorización para pedir explicaciones a su Gobierno, acerca de la existencia del pacto, que traía en cartera.

El 7 de Marzo creyó conveniente hacerlo, en la siguiente nota:

“A todas las personas que me han hablado sobre el pacto, les he contestado que en las legislaturas de 1874, 76 y 78, en que he presidido la Comisión Parlamentaria de Relaciones Exteriores, no se ha sometido al Congreso nada semejante; y que quizás se da carácter de pacto de alianza a la Convención de Tránsito celebrada con Bolivia en 1874.

Anoche, después de una larga conversación con mi excelente amigo don Domingo Santa María, persona altamente colocada en el país, me dijo que sospechaba que el Gobierno de Chile, previa toda discusión, me exigiría una explicación categórica y terminante sobre la existencia del pacto en cuestión, de cuya explicación es posible dependiese la continuación o ruptura de las negociaciones.

El caso no ha llegado aun, y si llegase antes de recibir instrucciones de V. S., me limitaré a contestar que no teniendo conocimiento del convenio en cuestión, pediré a V. S. datos y las instrucciones convenientes”.

En nota de 7 de Marzo hace el Ministro una exposición de la situación de Chile, y llega a la conclusión de si éste puede quedarse pacíficamente con los territorios al sur del grado 23, o si pudiera abandonarlo sin menoscabo de su interés y sin mengua de su prestigio, ese medio sería aceptado por el Presidente Pinto.

El medio, el arbitraje.

Pero durante el arbitraje ¿quién administraría el territorio?

Imposible que Chile quiera abandonarlo; imposible que Bolivia vaya al árbitro despojada de ese territorio.

Así, es imposible todo arreglo pacífico.

En nota 13 de Marzo, el señor Lavalle va al fondo de la cuestión.

Dice:

“Hoy hablé con el señor Pinto, y entramos a tratar de lleno el asunto.

1º Propuse el arbitraje.

2º La desocupación.

3º La entrega de las rentas del territorio a un tercero, mientras el árbitro daba su fallo.

Me despedí con mucha cordialidad y pasé a la oficina del señor Fierro, y hablamos sobre la misma materia, quedando de estudiarla detenidamente; al despedirme me preguntó, qué había del

tratado; contesté lo de siempre, “pero que oyendo hablar tanto en Chile acerca de él, había pedido informes a Lima sobre el particular”.

La nota del 13 del mismo mes, refiere una conversación extraoficial tenida con don Domingo Santa María. Sostuvimos, dice, un larguísimo debate acerca de la desocupación, como medio de llegar al arbitraje.

El señor Santa María me manifestó en un intervalo, que el Gobierno me iba a preguntar categóricamente si el Perú se mantendría neutral.

Contesté: Mi misión tiene un objeto dado; no sé cuál será el pensamiento de mi Gobierno.

Pero eso es la guerra, me interrumpió Santa María.

Qué le hemos de hacer le dije.

Hablamos largo sobre este tópico y quedamos de juntarnos en la tarde.

Nos reunimos poco después y convinimos en esperar los acontecimientos.

Esta facilidad de Santa María para dejar las cosas al tiempo, alarma al señor Lavalle; y por vía de comentario termina la nota en esta forma:

¿Qué ha motivado este cambio?

Puede ser:

1° Que Chile trate de derrocar a Daza por una revolución.

2° Que quiera arreglarse con éste sin nuestra intervención.

3° Que el Gobierno confíe en nuestras dificultades actuales con Gran Bretaña.

4° Que lo haga reflexionar la noticia de la venida de la cañonera argentina “Paraná”, a Antofagasta.

5° Que trame alguna revolución en el Perú.

El 18 de Marzo, el señor Lavalle envía al Ministro señor Irigoyen un razonado estudio, que en su parte pertinente dice:

“Mientras permanecemos a la expectativa, conviene que V. S. tenga presente estos puntos:

1° Chile no quiere la guerra.

2° Chile no desocupará el litoral sino por sentencia arbitral o por la fuerza.

3° Chile someterá al arbitraje sólo la cuestión del dominio real entre los paralelos 23 y 24.

Agregaré que Chile está dispuesto a entenderse con Bolivia para la posesión pacífica de esos territorios, mediante una indemnización pecuniaria.

Además, Chile estaría dispuesto a entenderse directamente con Bolivia, en nuestro detrimento, o con nosotros y la Argentina, para dividir a Bolivia entre los tres. Continúo a la expectativa”.

Mientras el señor Lavalle gozaba de relativa tregua, y estudiaba las causas de la poca prisa del Gobierno chileno para continuar las negociaciones, éste, en constante comunicación con nuestro Ministro Godoy, quedaba impuesto el 18 de Marzo, por comunicación del día anterior, 17, de la existencia del pacto secreto, y de una nota clara y terminante de nuestro Ministro al Gobierno de Lima.

Dice el señor Godoy, después de una detallada exposición de agravios por los preparativos bélicos, el apertrechamiento de la escuadra, el envío de una fuerte división al sur, y las incitaciones de la prensa y el pueblo que piden la guerra con Chile!

“Mi Gobierno tiene motivos, en salvaguardia de sus derechos, para preocuparse de la actividad que revelan de consuno, *la existencia del tratado secreto con Bolivia*, las demostraciones hostiles del pueblo, y los aprestos bélicos de toda clase.

Cree lógico mi Gobierno inquirir seriamente si V. E. tiene intención de permanecer neutral ante los acontecimientos”.

Esta nota causa honda impresión en la cancillería del Rimac, la que para evitar pronunciarse con respecto a la neutralidad, contesta “que el Gobierno peruano ha constituido una misión en Santiago, para que se entienda con el Gobierno de Chile, sobre la situación creada en el litoral boliviano”.

Dicha misión contestará a la Moneda los puntos tocados por el señor Godoy”.

Conviene notar aquí, que el señor Irigoyen esquivó pronunciarse, en Lima, sobre la neutralidad y el señor Lavalle declara en Santiago que dicho punto queda fuera de sus instrucciones.

El Ministro Fierro contesta a don Joaquín Godoy este lacónico telegrama:

“No aceptamos, este asunto se trate en Chile.

Declaración neutralidad debe hacerse en Lima. Vea si pacto secreto esta perfeccionado”.

Godoy contesta:

“El pacto secreto está revestido de todos los requisitos de aprobación legislativa en los dos países, ratificación y canje”.

En la abundante documentación de aquella época, no hemos encontrado rastro alguno de la manera como tuvo conocimiento nuestro Ministro en Lima de la existencia del tratado secreto; pero debe haber tenido copia a la vista, cuando pasó nota oficial sobre ello a la cancillería peruana, dió aviso a nuestro Gobierno y anunció después que había sido aprobado por el Congreso de ambos países, ratificado y canjeado debidamente.

Por aquel tiempo se corrió que don Joaquín lo adquirió previo juramento de no revelar jamás a nadie la manera como había llegado a su poder.

Esto se dijo entonces; pero no hay constancia alguna para aceptar o negar esta especie.

Irigoyen, en 23 de Marzo, se apresura a comunicar al señor Lavalle, la nota de Godoy, que divide en cuatro puntos, y le da instrucciones sobre ellos:

1° Manifestación de la opinión pública.

2° Aprestos bélicos.

3° Tratado secreto.

4° Neutralidad del Perú.

A lo primero que debe contestar el Gobierno de la Moneda.

A lo segundo, necesitamos reforzar la frontera, en previsión, por la vecindad con ambos contendientes.

A lo tercero, atégase a las instrucciones. (Es decir, siga negando la existencia del tratado).

A lo último, la neutralidad queda sujeta a la decisión del Congreso.

Lavalle, hombre de talento, presentía que iba a reventar la mina y trataba de demorar el momento decisivo, pues, Canevaro, Vicepresidente del Perú, comunicaba de Europa, que estaba en vías de adquirir dos blindados.

Por ese tiempo don Mariano E. de Sarratea acababa de ser nombrado Ministro de Argentina en Chile.

Lavalle aprovecha una entrevista para sugerirle la utilidad en bien de la paz de América, de que tomase parte en las conferencias, cosa fácil, dada la estrecha amistad, que le unía con S. E.

Acordaron lo siguiente: “Que procuraremos, ya por indicación del Gobierno de Chile, ya por iniciativa mía (habla el señor Lavalle) se invitase al representante argentino a tomar parte amistosa en nuestras discusiones, a fin de facilitar un arreglo aceptable al Gobierno de Chile, en la difícil posición en que se encuentra y que teniendo la sanción del Gobierno argentino, pudiese éste influir en la aceptación por el Gobierno de Bolivia”.

El señor Sarratea quedó de hablar al señor Pinto; pero éste no cayó en el garlito.

El 21 comunica el señor Lavalle a su Gobierno, textualmente:

“Me visitó Sarratea y me dijo que había indicado al Presidente la idea de asociarse a estas conferencias sin carácter oficial ninguno, y solo como amigo particular interesado en la conservación de la paz, con el objeto de ver si podía atraernos a un punto que respondiese satisfactoriamente a las exigencias de todos; y que el Presidente se había callado, sin dar contestación a la idea”.

El mismo día, don Domingo Santa María le significó que la entrada de un tercero, complicaría más bien la situación.

Y no se habló más del asunto.

La inventiva del señor Ministro peruano era fértil. Fallada la intromisión de la Argentina en las conferencias, maniobró en el sentido de trasladar las negociaciones a Lima. He aquí como:

En una de las frecuentes reuniones que tenía con Santa María, el señor Lavalle le expresó: “que no aceptando el Gobierno de Chile las bases presentadas por la Misión, y no teniendo autorización para presentar ni aceptar otras, creía oportuno que Chile enviara un agente especial al Perú, o autorizara al que allá tenía, para que se entendiese directamente con el Gobierno del Perú, a fin de abreviar las dificultades de las distancias, y que allí, y alrededor de una mesa, en amistosa plática entre el Ministro de Relaciones Exteriores del Perú, el de Bolivia actualmente en Lima y el que Chile enviase, que a mi juicio debía ser el mismo señor Santa María, se llegará más fácilmente a un arreglo definitivo y estable, que por medio de notas, proposiciones, contraproposiciones y arbitramientos; que yo daría mi misión por terminada, puesto que mi objeto era ofrecer la mediación del Perú, y llegar a un arreglo pacífico; que la mediación estaba aceptada, y que al arreglo se llegaría a mi entender de esa manera. Me expreso el señor Santa María que había en mi idea materia para pensar, con lo que terminó nuestra conferencia”.

Conversando después con el señor Fierro y buscando una solución eficaz, “me indicó éste un arreglo directo con Bolivia, por intermedio y mediación del Perú, un arbitraje, etc., y como un medio de llevarlo a cabo, el que yo había indicado al señor Santa María.

Aceptélo con entusiasmo, y con mucho mayor, la indicación que se me hizo de que el Gobierno se había fijado al intento en el señor Santa María, el cual no se había aun decidido a admitir, y que en todo caso iría como agente confidencial, quedando el señor Godoy con el carácter oficial, porque el señor Santa María era senador, cargo incompatible con una comisión al exterior.

Quedamos en que realizado el viaje, la partida sería el 29 del corriente”.

En nota 21 de Marzo, el señor Lavalle da cuenta a su Gobierno de que el señor Santa María se excusa de ir al Perú, pues teme que ello sea demasiado tarde; y que le había mostrado una carta de Lima en que se le anunciaba que la guerra era inevitable.

El señor Lavalle frustrado por este lado, tejió nuevo enredo por otro.

Dada su gran amistad con don José Victorino Lastarria, en una conversación que tuvo con este distinguido hombre público, en unión del señor Paz Soldan, echaron las bases de un arreglo concebido en los siguientes, términos:

1° Tregua y suspensión de hostilidades entre Chile y Bolivia por el tiempo que se fijase.

2° Retiro de las fuerzas chilenas a los límites del territorio comprendido entre los paralelos 23 y 24 latitud sur, y restitución a Bolivia de Cobija, Tocopilla, Calama etc.

3° Suspensión por parte de Bolivia de los decretos de expulsión de chilenos, confiscación de sus propiedades, etc.

4° Suspensión de los armamentos de Chile, Perú y Bolivia.

5° Reunión de una conferencia de Plenipotenciarios en Lima, para transar y arreglar definitivamente las cuestiones.

Como los señores Pinto y Fierro tenían pleno conocimiento del tratado secreto, la idea de tregua y Congreso de Plenipotenciarios en Lima fué rechazada de plano por el Presidente y el Ministerio.

Esta fué la última tentativa del señor Lavalle para seguir adormeciendo al Gobierno de Chile, y ganar tiempo para que el Vicepresidente Canevaro ultimara algunos contratos, con Dreyfus y la Peruvian Company para hacerse de fondos; y con algunos astilleros para la adquisición de blindados, armamentos y equipo para el ejército de tierra.

CAPÍTULO VI.

El Perú causante de la guerra.

Nuestro Gobierno, que hacía toda clase de esfuerzos para evitar un rompimiento, hubo de convencerse al fin de la mala fe del representante peruano.

Agotados los medios de avenimiento, tanto en Santiago como en Lima, el señor Fierro pasó una breve nota al señor Lavalle, requiriendo una contestación explícita respecto a la existencia del tratado secreto.

Damos íntegra la comunicación del Ministro chileno y la respuesta del Plenipotenciario peruano.

El lector juzgará acerca del grado de fe que merecen las afirmaciones de los hombres públicos del Perú.

Santiago, Marzo 24 de 1879.

Señor Ministro:

V. E. no habrá olvidado que en la primera de nuestras conferencias tuve ocasión de manifestarle que mi Gobierno *tenía noticias*, aun cuando no bastante positivas sobre *la existencia de un tratado secreto de alianza* entre las Repúblicas del Perú y Bolivia. V. E. en aquella oportunidad me indicó que *creía que tal tratado no existía*, tanto más, cuanto que era extraño que V. E. *no tuviera de él ningún conocimiento*. Además *me agregó que en el año 1873 no había funcionado el Congreso Nacional peruano*; y que posteriormente V. E. habiendo presidido desde 1874 la comisión diplomática de aquella legislatura, en la cual deben discutirse negocios de esta especie, *podía asegurar que jamás se trató de un pacto semejante*. Espero que V. E. tenga la bondad de acusarme recibo en conformidad con lo que precede.

Con sentimientos de distinguida consideración soy de V. E. atento y S.S. (Firmado) *Alejandro Fierro*".

"Santiago, 25 de Marzo de 1879.

Señor Ministro:

El abajo firmado, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de la República del Perú, acaba de recibir en este momento, las 3.20 P. M., un oficio que S. E. el señor Ministro de Relaciones Exteriores de Chile se ha servido dirigirle con fecha de ayer 24 y cuyo portador le pide en nombre de S. E. *conteste el que subscribe tan pronto como posible sea*.

No obstante lo avanzado de la hora y la postergación con que el infrascrito ha recibido el oficio a que alude, y a pesar de carecer en el momento del auxilio de los empleados de la Legación, deseoso siempre de complacer a S. E. el señor Fierro en cuanto a su alcance está, procede a dar a S. E. la contestación que tan urgentemente solicita.

En la primera conferencia que el infrascrito tuvo la honra de tener con S. E. el señor Ministro de Relaciones Exteriores el día 11 de los corrientes, y al dar término, *pregantóle S. E. qué había sobre la existencia de un tratado secreto de alianza* entre el Perú y Bolivia que se suponía existente desde 1873 y de cuya existencia S. E. tenía noticias aunque no bastante positivas, yendo aun S. E. hasta indicar al infrascrito algunas razones fundadas que de esa existencia lo hacían dudar.

El abajo firmado contestó a S. E. *que no tenía noticia de semejante tratado; que dudaba que existiese*, puesto que *se suponía* aprobado por el Congreso del Perú en 1873, año en que no correspondía la reunión del Congreso del Perú, cuyas legislaturas eran bienales, hasta la reforma constitucional realizada en la última legislatura de 1878; que ciertamente no había sido aprobada en las

de 74, 76, 78, en todas las cuales había cabido al que subscribe la honra de presidir la comisión diplomática del Congreso; que, esto no obstante, *desde la llegada del infrascrito a Chile, habiendo oído hablar a varias personas caracterizadas sobre la existencia de este tratado, tenía ya pedido a su Gobierno informes sobre el particular*, que cuando llegasen se apresuraría a comunicar a S. E.

En efecto, antes de tener el que subscribe, la conferencia a que alude con el señor Fierro, el 11 de los corrientes, se había dirigido con fecha 7 de los mismos al señor Ministro de Relaciones Exteriores del Perú, pidiendo los informes que indicó a S. E. el señor Fierro en la conferencia referida. Juzga el infrascrito que esto es exactamente, lo que se habló entre S. E. el señor Fierro y él, en la conferencia de 11 de Marzo, con relación al tratado en cuestión; y con la esperanza que así lo juzgue también S. E., tiene el honor de renovarle la expresión de los sentimientos de alta y distinguida consideración, con la que es de S. E. muy atento y seguro servidor. (Firmado) *J. A. de Lavalle*.

Lavalle mantenía en Santiago un perfecto servicio de espionaje, que le comunicaba oportunamente los acuerdos y decisiones de nuestra cancillería.

Merced a tales informaciones, sabía que nuestro Gobierno esperaba, para proceder, la comunicación de Lavalle respecto a los informes que había pedido a Lima, sobre la existencia del tratado secreto, asunto del cual dió aviso a la cancillería del Rimac, con veinticuatro horas de anticipación.

Dice al respecto, a su Gobierno:

“Acabo de adquirir datos que me permiten suponer con casi seguridad plena, que la inacción de este Gobierno tiene por causa la seguridad que ha adquirido, mediante las comunicaciones del señor Godoy, de la existencia de un tratado secreto, de alianza entre el Perú y Bolivia, y la de que le asiste de que yo daré a ese respecto explicaciones oficiales en breves días más, en mérito de habérmelas pedido el señor Fierro en la conferencia que tuvimos el 11 de los corrientes, y de haberle yo dicho entonces que los había pedido a V. S. con fecha 7 de los mismos.

Cuando ese caso llegue, el Gobierno de Chile declarará *el casus belli*, fundándose en la existencia de ese pacto. Como esto debe tener lugar del 2 al 3 de Abril, puede estar V. S. seguro, que, para esa fecha se iniciaran violentamente las hostilidades”.

Por fin, el 31 de Marzo, el señor Lavalle se apersonó al señor Ministro de Relaciones y le dió conocimiento del tratado secreto, que acababa de recibir de Lima, en circunstancia que hacía días, el general Prado le había confesado su existencia a nuestro Ministro Godoy, en una conferencia tenida en Chorrillos.

Fierro, después de oír la lectura y comentarios del pacto, le contestó a Lavalle que daría cuenta al Gobierno, y terminó la conferencia.

Al día siguiente, 1° de Abril, el señor Lavalle se dirige al señor Fierro, en esta forma:

“El diario “Las Novedades” asevera que el Gobierno de V. S. ha pedido el acuerdo del Consejo de Estado, para declarar la guerra al Perú.

Noticia semejante que la opinión general acepta sin discusión, me obliga a dirigirme a V. E. para inquirir seriamente lo que haya de cierto a ese respecto, y rogarle que en el desgraciado caso de que tal determinación se hubiese tomado por el Gobierno de Chile, se sirva enviarme inmediatamente mis pasaportes, pues fácil le será comprender a V. E. que mis relaciones oficiales con su Gobierno habrían terminado de hecho”.

Al día siguiente temprano reitera la petición de pasaportes; y como no se le envían con la presteza deseada, escribe sobre ésto a S. E. el señor Pinto.

Se queja el señor Ministro de la demora del señor Fierro, y rompiendo con sus tradicionales buenas formas, agrega este último párrafo:

“Vista la extrema excitación del pueblo de Chile, y en especial del de Valparaíso, no sería raro que los actos de violencia que se han practicado con el símbolo del Perú en la noche del 1º, se repitiesen con quien es su representante viviente, y como eso redundaría más en baldón para Chile, que en mengua para el Perú, me permito dirigirme a V. E. no como a Presidente, sino como a un cumplido caballero que me ha favorecido con su honrosa benevolencia, a fin de que se sirva ordenar lo que sea conveniente para la seguridad de mi persona y comitiva, evitando así un escándalo para el mundo civilizado y nuevos motivos de odio y, encono entre dos países que Dios no crió ciertamente para que se devoraran entre sí”.

Como ya se habían remitido los pasaportes, S. E. contestó con su acostumbrada gentileza, en una carta afectuosa, poniendo en conocimiento del señor ex-Ministro, que se habían dado las ordenes convenientes para que efectuara el regreso a su patria sin inconvenientes *de ningún* género.

Mientras tanto funcionaba el cable.

El día 1º de Abril, el señor Lavalle envió a Valparaíso al correo de gabinete, señor Vicente Pacheco, quien puso el siguiente parte:

“Presidente.- Lima.- Se va a declarar la guerra al Perú el 4.- Refuerce Iquique. Lavalle”.

El 3 envió este otro al Encargado de Negocios en Viña del Mar.

“Santiago, Abril 3 de 1879.

Telegrafía Lima lo que sigue:

Presidente.- Lima.- Relaciones oficiales rotas hoy. Perú considerado beligerante. Pasaportes recibidos. Salgo mañana.- Lavalle”.

El señor Lavalle temía o fingía temer las iras de nuestro pueblo, justamente indignado por la doblez y perfidia de su conducta.

Sin embargo, hizo un viaje tranquilo, hasta embarcarse en Valparaíso.

Veamos como relata sus impresiones el propio señor Ministro:

“A bordo del “Liguria”, Valparaíso, 4 de Abril de 1879. (Reservado).....

Tomaba mis disposiciones de viaje (en el Hotel Inglés, de Santiago) cuando se me presentó el capitán de navío don Patricio Lynch, encargado por S. E. de ponerse a mis órdenes hasta el día de mi salida del territorio chileno y de tomar las mías respecto al modo como quisiera efectuarla, expresándome que S. E. había ordenado que se tuviese en Santiago un tren especial a mi disposición y, que en Valparaíso se tomasen todas las precauciones necesarias para la seguridad y respetabilidad de mi persona.

Agradecí debidamente la bondad de S. E. y expuse al señor Lynch que mi deseo era salir cuanto antes del territorio chileno, pero que, como no deseaba provocar un escándalo fácil de preveer, visto lo acontecido en Valparaíso y Antofagasta, y en atención a las precauciones que el Gobierno mismo de Chile respecto a mi seguridad tomaba, establecido mi deseo de partir cuanto antes, dejaba al señor capitán Lynch la libre disposición en la manera de realizarlo.

Manifestóme el capitán Lynch, que lo mejor sería que saliésemos en un tren especial a las 8.30 P.M. de Santiago, en cuyo caso llegaríamos a Valparaíso a las doce de la noche, en donde me esperaba el Intendente Altamirano, y procedería a embarcarme, si así lo deseaba, inmediatamente, a todo que convine gustoso.

Arreglada así nuestra salida de Santiago, dirigí al señor Encargado de Negocios de la República la nota anexa, y a cosa de las 5.30 P. M. recibí de V. S. el despacho cifrado que decía: “Retírese decorosa y convenientemente”. Las órdenes de V. S. estaban cumplidas antes de ser recibidas.

Corno había sido convenido con el capitán Lynch, salí de Santiago en un tren especial a eso de las 9 P. M., acompañado por el Secretario de la Legación señor Casós, y el adjunto teniente Lavalle, el

teniente de la armada nacional Felipe de la Torre Bueno, el capitán Lynch y el señor don Domingo de Toro Herrera, amigo particular, y al que debo las más finas atenciones. Corrimos sin parar hasta Llay-Llay, lugar en el cual el capitán Lynch hizo detener el tren para pedir noticias del estado de Valparaíso, que debían ser transmitidas a Viña del Mar, y después de un rato de descanso, durante el cual fuimos objeto de una impertinente y hostil curiosidad, proseguimos nuestro viaje a Viña del Mar. Allí recibió el capitán Lynch, noticias del Intendente Altamirano, y en mérito de ellas, seguimos a Valparaíso.

Llegamos a este puerto a más de las 12 P.M. y fuimos recibidos por el Intendente Altamirano, rodeado de varios oficiales de uniforme, el capitán de puerto, señor Urriola, y varios amigos, extranjeros todos. Embarcarnos en el acto, y a instancias del señor Hayne me dirigí a este buque (“Liguria”), en vez de hacerlo directamente al que debe conducirme al Callao el 5, al que llegué pocos minutos después.,

Al terminar este oficio cúmpleme manifestar a V. S. cuan satisfecho estoy de los procedimientos del señor Intendente de Valparaíso, que ha hecho todo lo posible y con el mayor éxito, para evitarme todo disgusto, cosa no muy fácil por cierto, dadas las condiciones del pueblo que le cabe gobernar”.

A pesar de la gratitud que demuestra el señor Lavalle, no tuvo la hidalguía de desmentir a la prensa de Lima y Callao, acerca de los supuestos vejámenes recibidos por la Legación a su regreso de Santiago, como lo propalaron los principales diarios de aquellas ciudades.

Los causantes de la guerra.

El señor don Joaquín Walker Martínez publicó en Agosto de 1920, la importante carta que copiamos en seguida, para deshacer una vez más, las afirmaciones peruanas que cargan a Chile la responsabilidad de la guerra.

Dice dicho documento:

Tengo recuerdos personales que me han impedido morir de espanto al recorrer hoy los papeles referentes a la misión Lavalle.

Oportunamente, antes que ella saliera de Lima, para Santiago, me fué dado formar juicio de que venía *solo a ganar tiempo!*

Me encontraba accidentalmente en la capital del Perú, cuando estalló el conflicto con Bolivia. Desde ese instante nos constituimos algunos chilenos en auxiliares de la laboriosa secretaría de nuestro Ministro, don Joaquín Godoy y nos adherimos al egregio compatriota con una admiración y un afecto que, por mi parte, lo conservé hasta su muerte.

Una noche que regresábamos juntos a Lima en el tren de Chorrillos, se acercó a saludar al señor Godoy, don José Antonio de Lavalle, que debía partir para Santiago dos días después. Le cedí yo mi asiento, comprendiendo que aquellos dos expertos diplomáticos desearían hacer un paso de esgrima durante el viaje.

Al volver a reunirme con el señor Godoy, supe de sus labios que había aconsejado al enviado especial, que no negara en Chile el tratado secreto, porque él tenía dadas a nuestro Gobierno seguridades *de su efectiva existencia*. Supe, además, que con la misma franqueza le había declarado que *informaba constantemente* sobre el progreso creciente de los preparativos bélicos que se hacían en el Perú, y sobre el favor que ganaba en la opinión pública la idea de una guerra contra Chile.

La impresión que recogí en aquella conversación con el señor Godoy, fué, que la paz o la guerra dependía de la voluntad del Perú, y que Chile entraría en arreglos diplomáticos si encontraba lealtad para procurarlos; pero obtuve, igualmente el convencimiento, de que el señor Godoy no creía en esa lealtad. Su opinión arraigada era que el Perú anhelaba la guerra, que se consideraba suficientemente fuerte para vencernos, y que la misión Lavalle partía con el único propósito de ganar tiempo para avanzar la preparación de elementos militares y para obtener algunos buques que los agentes peruanos buscaban con ahínco en Europa y Estados Unidos.....

En Lima residía entonces don Benicio Álamos González, y en su departamento nos reuníamos un crecido número de compatriotas. Acudían allí ancianos que habían quedado en el Perú desde la campaña del año 39, los cuales habían formado familias peruanas: emigrados de la revolución de 1851, que se habían virtualmente incorporado a la sociedad limeña; industriales y comerciantes, cuyos intereses estaban ligados a la conservación de la paz. En todos ví formarse y crecer, poco a poco, el convencimiento que tenía el señor Godoy. Los más viejos recordaban que jamás habían visto en el Perú una decisión más general, más resuelta y más entusiasta por ir a una guerra contra Chile.

Los órganos de publicidad, dispersos y, en desacuerdo al principio, porque algunos se manifestaron corteses y hasta benévolos para con nuestra causa, fueron adquiriendo calor y unidad a medida que la opinión se pronunciaba por la guerra a toda costa. Palpé yo grado por grado, el alza de aquella temperatura febril que llevó a la prensa de Lima a embarcar a su país en la calaverada que, después del desastre, habría de atribuir, inescrupulosamente, a un plan preconcebido de Chile.

El departamento del señor Álamos González convirtióse en aquellos días en una verdadera sala de redacción periodística. Los muchachos redactábamos a diario artículos inspirados en las ideas que nos sugerían los expertos en política americana y en el conocimiento del país. Entre estos figuraba en primera línea don Rafael Vial, que había residido más de veinte años en Lima, envuelto siempre en las luchas de su prensa, fundando diversos diarios, y formando muchos jóvenes que a su lado alcanzaron renombre de diaristas.

El maestro obtenía de sus amigos y discípulos la inserción leal de esos artículos en las publicaciones que dirigían; pero, un día esa lealtad vaciló, y se impuso al señor Vial la restricción de que solamente se admitirían sus propios escritos y sobre su firma.

Nuestra labor no cesó con esta restricción. El anciano periodista chileno vaciaba en el papel, con letra difícil de descifrar, pero con profundidad prodigiosa, ideas y observaciones serenas tendientes a recordar al Perú los tradicionales lazos de amistad que le ligaban a Chile desde los días de la independencia, y la sin razón con que se le lanzaba a una guerra fratricida. Traducíamos y aclarábamos, los amanuenses del señor Vial, esos apuntes, e iban a la prensa con su firma responsable. Tal circunstancia y el hecho de que se publicaran en diarios del país, hasta para dejar establecido que, de aquella manera, plumas chilenas se consagraban a trabajar por la paz.

Más, corriendo los días y creciendo el espíritu belicoso de los diaristas peruanos, negaron en absoluto sus columnas a la propaganda de su viejo maestro. No se querían oír palabras de paz! Sólo se pensaba en ejercer presión sobre el Gobierno del general Prado, para que rompiera cuando antes sus relaciones con Chile!

A los escritores de las tres Américas que ven de cerca la cuestión del Pacífico, así como a los europeos que están prestando sus plumas para escribir en contra de Chile, sin más antecedentes que los mentidos apuntes que ponen en sus manos los agentes peruanos, les pediría yo que se dieran la pena de acudir por una hora a cualquiera bien provista biblioteca pública y que abrieran el tomo correspondiente a la prensa peruana de los meses de Febrero y Marzo de 1879. Allí encontrarían sin mayor esfuerzo, la simiente de la guerra cuya responsabilidad se trata de cargar hoy a la cuenta de nuestro país.

La prensa más que el Gobierno del Perú, tuvo toda la responsabilidad del rompimiento. El general Prado es sólo culpable de debilidad, por no haber sabido desprenderse de la red que dejara

urdida, para maniatar a sus sucesores el Presidente Pardo, al idear, negociar y firmar el tratado secreto de 1873; pues pudo sacudirse de esas tramas, dentro de los mismos términos del tratado secreto, en el momento en que el Presidente de Chile le abrió camino con proposiciones discretas, sinceras y generosas.

¿Por qué el general Prado no aprovechó esa oportunidad ? ¿Por qué no tuvo tacto diplomático bastante para ahondar una negociación que, seguramente, le habría conducido a evitar la guerra de su país con Chile y a detener la de éste con Bolivia?

El mismo general Prado se encargó de dar a nuestro Ministro en Lima la clave de su claudicación en tan solemne momento histórico al declararle que “si personalmente aspiraba a que la paz se mantuviese inalterable entre Chile y el Perú, tenía, como mandatario del país, que anteponer sus inspiraciones a las propias”.....

Cuarenta años más tarde se atribuye a Chile la responsabilidad de una guerra que su primer mandatario quiso evitar sin sentirse para ello entrabado por su pueblo, mientras el jefe del Estado peruano la precipitaba en homenaje al sentimiento predominante de sus gobernados!

Don Aníbal Pinto, Presidente de Chile, pudo buscar francamente la paz, porque estaba seguro de gobernar a una república organizada, cuyas relaciones exteriores no son dirigidas desde las vías públicas! Don Mariano Ignacio Prado, Presidente del Perú, hubo de dejarse arrastrar por las muchedumbres a trueque de que no rodara su cabeza como las de sus tres inmediatos predecesores, Balta, Gutiérrez y Pardo.

En aquellos mismos días, estando aun la misión Lavalle en Santiago, el caudillo Piérola se encargaba de pintar la situación de su país, diciendo, en una proclama a sus compatriotas:

“Mientras el Perú llena en el extranjero una misión de concordia y de paz, ambiciosos vulgares, traficantes conocidos y anatematizados por el sentimiento público, se esfuerzan por levantar en el país pasiones de guerra e incendios de odio, para explotar en provecho suyo la situación que estos traigan y sacar partido de los generosos transportes del sentimiento, nacional. Están resueltos a empujarnos a la guerra, no en el interés del Perú, menos aun en el de Bolivia, sino en interés personal y propio. Sería injusto descargar sobre todo un círculo político la responsabilidad de tan condenables propósitos. No son, no pueden ser extensivos al mayor número de los que se llaman civilistas, pero es de entre ellos de donde vienen tales maniobras y deben ser ellos los primeros en conjurarla...”

Pues esos civilistas de la prensa, del parlamento y de los círculos más influyentes del país que encendieron los ánimos y precipitaron la guerra en 1879, para explotar una situación y sacar partido de los generosos transportes del sentimiento nacional, según los pronosticara don Nicolás de Piérola, el 21 de Marzo del mismo año, son los que han vivido, después del desastre, acusando y reiterando a Chile de provocador de una guerra no buscada por el Perú.

Santiago, Agosto 14 de 1920.

Joaquín Walker Martínez.

No obstante documentos tan fehacientes, los escritores del Rimac continúan en la eterna canción de que Chile fué a la guerra por ambición, por espíritu de conquista, por el interés del salitre.

Esa voz de orden nació hace pocos años, cuando los políticos del Perú inventaron la liberación de las cautivas como plataforma electoral.

Si el actual dictador señor Leguía se mantiene en el poder, debido es sólo a la mistificación de que Tacna y Arica y aun Tarapacá, volverán al dominio del Perú, no obstante la estipulación solemne de los tratados.

Pura cuestión de política casera.

Con todo, los mismos peruanos se han encargado de comprobar que el Gobierno del Rimac preparaba la guerra desde 1875, es decir, cuatro años antes a los sucesos que relatamos.

En las columnas de la “Prensa” de Lima se sostuvo a principios del año pasado, (1925) una animada polémica entre dos conocidos hombres públicos del Perú, y al calor de la discusión salió a luz, una revelación tan sensacionalmente histórica, que viene a destruir por completo el cúmulo de mentiras de aquel Gobierno, que ha sostenido ante el mundo entero, que Chile fué quien arrastró al Perú a la guerra de 1879, confesando que desde mucho tiempo antes, desde 1875, esta nación se preparaba contra sus vecinos del sur.

Este artículo a que aludimos, se publicó el 30 de Marzo de 1925 en “La Prensa” de Lima. El párrafo principal dice así a la letra:

“El Gobierno de don José Balta, previsor y patriota, ante la inminencia de la guerra con Chile, mandó construir dos acorazados de combate, armados con cañones de a 300. El contrato se celebró con los astilleros de Hull. Estos acorazados, que eran de los más potentes que surcarían los mares, debían estar terminados a fines de 1875. Su valor era de ocho millones de pesos oro, contando la artillería y se llamarían “Patria” y “Dos de Mayo”. Junto con el contrato para los acorazados, el Gobierno peruano firmó en Europa, otro para la entrega de 50.000 rifles, cañones, ametralladoras y equipo completo, para un ejército de 40.000 hombres. Estos armamentos de mar y tierra debería pagarlos la casa Dreyfus Hnos. y Cía., consignatarios del guano, con los depósitos en oro existentes en Londres a las órdenes del Gobierno del Perú.

La negociación fracasó únicamente por algunas exigencias judaicas de la firma Dreyfus, a las cuales no consideró decoroso aceptar el Gobierno del Perú.

Sin este inconveniente, la armada peruana habría sido de un poder aplastante sobre la nuestra; y con armamento y equipo para 40.000 hombres, habrían podido levantar fuerzas muy superiores a nuestros 2.500 soldados, cuyo núcleo principal se hallaba en la frontera conteniendo a los indios.

CAPÍTULO VII.

Preparativos bélicos.

El estallido del conflicto encontró a Chile enteramente desprevenido, con las fuerzas armadas reducidas a menos de tres mil hombres, y la mayoría de las naves de la escuadra inhábiles para el servicio activo.

Para comprobar este aserto, damos aquí la tabla de los efectivos de la fuerza de mar y tierra fijados por las leyes constitucionales, dictadas durante los diez años que precedieron a la guerra:

1869.....	3.705 plazas
1870.....	3.705 “
1871 -1872.....	3.568 “
1873-1874.....	3.578 “
1875.....	3.573 “
1876.....	3.573 “
1877-1878.....	3.316 “
1879.....	3.122 “

Como ocurre siempre, los cuadros no estaban completos; descontando el 10% establecido por la práctica, el ejército de Chile ascendía en 1879, a dos mil ochocientos diez hombres (2.810) entre jefes, oficiales y tropa.

Los hombres públicos y diaristas del Perú y Bolivia han sostenido que Chile preparaba la guerra y la llevó a cabo cuando tuvo listo un poderoso ejército.

El lector aquilatará la veracidad de los aliados, con solo mirar el cuadro precedente, en el que se establece el máximo de tropas que podía levantar el Gobierno en conformidad a las leyes.

La marina no se encontraba en mejor situación que el ejército.

La mayor parte de los buques estaban amarrados en Valparaíso en estado de desarme, incapaces de prestar servicio por las pésimas condiciones del casco y calderas.

El comandante de arsenales, capitán de navío don Francisco Vidal Gormaz, en memoria presentada al Gobierno en 1878, expone con franqueza “que los únicos buques con que se puede contar, son los blindados y la “Magallanes”; los demás apenas merecen el nombre de pontones”. “Las corbetas “O’Higgins” y “Chacabuco”, agrega el citado jefe, deben pasar a fines del año, a la categoría de buques de vela, pues la destrucción de las calderas las priva del carácter de buques mixtos”. (Memoria del Ministerio de Marina, 1878.)

El comandante Vidal no menciona en la nómina de naves de guerra, ni a la “Abato”, ni a la “Esmeralda”. La primera había sido rematada en subasta pública, pocos meses antes, en la módica suma de 18.000 pesos; declarada la guerra, el Gobierno la compró a sus armadores, y la envió al norte con el casco podrido, y como arnero las paredes de las calderas.

La “Esmeralda” desempeñaba el oficio de pontón naval en Valparaíso.

Los blindados mismos se encontraban en condición precaria, con los fondos sucios por falta de diques para su tonelaje y peso. No es de extrañar que las máquinas les imprimieran una velocidad de 9 1/2 millas a toda presión en vez de las 11 1/2 de la prueba.

Las economías del Gobierno para establecer el equilibrio de los presupuestos originaron medidas de serias consecuencias para el porvenir de la marina de guerra, como la clausura de la escuela naval y la de aprendices de marineros, en 1876.

Años atrás se había suprimido el puesto de comandante en jefe de la escuadra; no existía, pues, a flote una autoridad superior que valorara la eficiencia del personal y material; que velara por la

formación de, oficiales del porvenir y por la instrucción de los equipajes; que imprimiera un rumbo fijo a los servicios, y se preocupara de echar las bases para pasar del estado de paz al de guerra, sin violentas transiciones.

Rotas las hostilidades, se hizo sentir la falta de oficiales, para armar las nuevas unidades que ingresaron al servicio; se echó mano de pilotos mercantes, que naturalmente carecían de las dotes profesionales y técnicas, propias de los cadetes educados especialmente para la guerra.

La oficina de enganche de gente de mar, abierta en Valparaíso, efectuó el reclutamiento con manga ancha, pues las naves tenían necesidad de tripulantes y había que completar los equipajes a la carrera. Se envió a bordo un conglomerado de individuos, de diversa índole, edad, conformación física, instrucción, y aptitudes. Los comandantes amalgamarían después esta materia prima heterogénea.

Hemos visto que el coronel Sotomayor desembarcó en Antofagasta con una compañía de artillería de marina, otra de artillería N° 1 y otra de cazadores a caballo.

Poco a poco le llegan como refuerzo tropas de línea.

No contamos como fuerza eficiente los batallones cívicos mandados organizar en Antofagasta, Carmen Alto, Salinas y Caracoles y la compañía de Mejillones.

Estos cuerpos no desempeñaron influencia bélica alguna durante la campaña, pues los individuos de tropa, apenas adquirían instrucción suficiente, se pasaban a los cuerpos destinados al teatro de las operaciones activas; querían pelear. Los cuerpos cívicos sirvieron sin saberlo de depósitos de reclutas y reemplazos, y después para custodia de las poblaciones.

El resto de las fuerzas de línea se encontraba distribuido entre Santiago y la frontera; en la capital, el regimiento de artillería N° 1 y un regimiento de caballería; el otro regimiento de esta arma y los batallones de infantería de línea Buin, 4° y zapadores, en los fortines de la alta y baja frontera, conteniendo a los indígenas.

Esta tropa no pudo moverse hasta no ser reemplazada por guardias nacionales movilizados; estos lleulles hicieron una labor tan ruda como obscura durante los años 79 - 84, al cuidar los intereses y vidas de la frontera, siempre listos para rechazar las incursiones de las hordas araucanas todavía fuertes, numerosas y soberbias.

El comando en jefe trabajaba sin descanso para poner en pie de guerra a la guarnición de Antofagasta, en su mayoría reclutas, pues los regimientos de línea, elevados a un efectivo de 1.000 plazas y después a 1.200, tenían más de la mitad de voluntarios, ajenos a la instrucción militar.

Necesitó además edificar barracas, cuarteles para alojar a la, tropa, campos de tiro para el entrenamiento, y hospitales para enfermedades comunes, pues ya llegaban al puerto numerosos enfermos de los pueblos del interior.

A fines de Marzo desembarcó en Antofagasta don Rafael Sotomayor, asesor legal de la Armada y Ejército en campaña, y secretario titular del almirante Williams. Era un curador disfrazado puesto por el Gobierno a los jefes de mar y tierra, frente al enemigo.

El señor Sotomayor gozaba de alto prestigio en el país, y su opinión ejercía decisiva influencia en las esferas de Gobierno. Don Aníbal Pinto le guardaba marcada deferencia, y le consideraba como un amigo discreto y leal; y con sobrada razón.

Nacido en 1822, abogado en 1848, sirvió, a don Manuel Montt: durante todo su período presidencial (1851-1861), como secretario de Intendencia, Intendente, juez Letrado, Ministro de justicia, Culto e Instrucción Pública, desempeñando estos cargos con acierto y probidad.

Terminada la administración Montt, vivió alejado de la política. El Presidente don José Joaquín Pérez, le sacó de su retiro para enviarle al Perú al lado del coronel don Mariano Ignacio Prado, que se había levantado en Arequipa contra el 1er Vicepresidente en ejercicio, don Juan Antonio Pezet. Don Rafael Sotomayor hizo toda esta campaña, de Arequipa a Lima, al lado de Prado, a quien la opinión pública acompañaba en su patriótica cruzada.

El almirante español Pinzón había ocupado las islas de Chincha el 14 de Abril de 1864. La diferencia hispano-peruana terminó por lo pronto por el tratado de 27 de junio de 1865, celebrado a bordo de la “Villa de Madrid”, entre el general Vivanco, por parte del Perú y el almirante Pareja, por su Majestad Isabel II.

Pezet aprobó y sancionó el tratado, sin anuencia del Congreso. Se levantó Arequipa el 1º de Marzo a las órdenes de Prado, a quien se unió en Ayacucho el 24 de junio el general Canceco, segundo Vicepresidente.

Triunfante la revolución y ocupada la capital, Prado fué designado Jefe Supremo del Estado, y procedió a sellar alianza con Chile, y declarar la guerra a España.

Llenada con todo éxito su misión, vuelve Sotomayor a Santiago a desempeñar el alto cargo de Superintendente de la Casa de Moneda.

Senador en 1879, no ejerció su mandato, porque el Gobierno lo envía al norte como asesor letrado de la escuadra. Se embarca en el “Blanco Encalada”, con el modesto título de Secretario del almirante Williams.

El puesto era difícil de desempeñar, sobre todo cuando se ignoraba la extensión de los poderes conferidos al señor Sotomayor.

¿El señor secretario sería un compañero amigable, un consejero desinteresado, un vigilante acucioso, o un comisario director, sobre la autoridad del almirante?

La idea de tener un asesor a bordo, no pudo ser más desgraciada por parte del Gobierno.

Como los chismosos caritativos sobran en la Moneda, el almirante y el general en jefe supieron luego de que tenían un superior jerárquico, con lo que se juntaron tres cabezas dirigentes en Antofagasta, amén de la Dirección General de la campaña, ubicada en el Gobierno de Santiago.

Y donde muchos mandan, nadie manda.

El señor Sotomayor traía la misión de *proponer* al almirante Williams el ataque al Callao, tan pronto como se declarara la guerra.

El Consejo de Gabinete había aprobado la idea, que por lo simple suponía fácil realización y óptimos resultados: La escuadra caía de sorpresa sobre el Callao, destruía los buques enemigos y la guerra se iniciaba con este golpe teatral.

Veamos la posibilidad de este plan y las probabilidades de éxito.

El almirante Williams tomó posesión de su cargo en Antofagasta, el 23 de Marzo, y desde esa fecha se dedicó a alistar sus fuerzas para el combate, abnegadamente secundado por su mayor de órdenes, capitán de fragata graduado don Domingo Salamanca, sus ayudantes 1º y 2º capitán de corbeta don Alejandro Walker Martínez, teniente 1º don Manuel García y comisario don Manuel Redolés.

Dieron muestra de trabajadores incansables los comandantes de las naves, capitán don Jorge Montt de la “O’Higgins”; don Oscar Viel, de la “Chacabuco”; don Manuel Thompson de la “Esmeralda” y don Juan José Latorre de la “Magallanes”. Y por su mayor responsabilidad, los capitanes de navío don Juan Esteban López, jefe del “Blanco”, y Enrique Simpson del “Cochrane”.

De día y de noche se sucedieron los ejercicios de combate, de incendio, de tiro, de abordaje, junto con las demás complicadas faenas de a bordo. De capitán a paje se trabajaba duro y parejo, con todo gusto y entusiasmo por tratarse de la salvación de la patria.

El almirante contaba con las siguientes fuerzas:

“Cochrane” y “Blanco”, con 9 pulgadas de coraza, 11 millas de andar y 6 cañones de 250 libras.

“Chacabuco” y “O’Higgins”, 11 millas nominales de marcha y 3 piezas de a 115, con 2 de a 70 y 2 de a 40, cada una.

“Esmeralda”, 6 millas, y 12 piezas de a 40 libras.

“Abato”, 4 á 5 millas, 3 cañones de a 115.

“Magallanes”, 10 1/2 millas, 1 cañón de a 115 y otro de 64.

“Covadonga”, 5 millas, 2 piezas de a 70.

El armamento correspondía a estas características, pero la velocidad distaba en gran manera de la realidad.

Los blindados no daban las 11 millas, y los barcos de madera se arrastraban apenas a un tercio del andar asignado a sus máquinas. Las calderas de las corbetas tenían 14 años de uso y urgía la renovación. La “Abato”, “Esmeralda” y “Covadonga” estaban buenas para depósitos en puerto.

Don Rafael Sotomayor comunicó al Almirante Williams el proyecto del Gobierno, de atacar al Callao y destruir la escuadra ahí fondeada. El almirante preguntó al delegado, si se trataba de una *orden* del Gobierno. El señor Sotomayor se apresuró a replicar que le transmitía una *insinuación* encomendada a su estudio.

Hay que hacer hincapié, para los efectos de la responsabilidad, de la diferencia entre orden y consulta.

En el primer caso el almirante habría levado anclas, rumbo al Callao, lisa y llanamente. La obediencia es la base de la disciplina.

Pero se trataba de una consulta, de un parecer, que ponía al comandante en jefe en situación delicada.

Si resolvía ir al Callao, y fracasaba, la responsabilidad era suya.

Si no iba, y fallaban sus previsiones, le cabía igual responsabilidad.

El Consejo de Ministros y el Delegado se lavaban las manos.

El almirante, estudió el problema, y con noble franqueza, expuso al señor Sotomayor que la expedición al Callao, por el momento, no era realizable. He aquí los motivos:

La escuadra tenía como base de operaciones a Valparaíso; una vez en el Callao, su enorme línea de comunicaciones quedaba a merced de cualquier buque enemigo de rápido andar, por débil que fuera su poder, dada la distancia de 1.306 millas, entre Valparaíso y Callao, en derechura y siguiendo la costa, 1.499, según itinerario de la P. S. N. C

En segundo lugar, la expedición podía efectuarse únicamente con los blindados y la “Magallanes”.

Llevar a los demás barcos, era ir a cuatro, a tres o a dos millas por hora, pues la marcha de un convoy se regula por la del buque de menos andar.

Estos temores se realizaron en la expedición efectuada en Mayo, en la cual hubo que remolcar a dos buques y enviar las corbetas a la vela, porque apenas hacían dos millas por hora.

En tercer lugar, carecía de transportes carboneros.

El almirante no tenía una sola nave en que llevar siquiera una tonelada de combustible.

Es verdad que se encontraban fondeados en la rada de Antofagasta, con cargamento de carbón, el vapor “Matías Cousiño” y la barca “Rimac”; pero ambas naves enarbolaban bandera inglesa, lo que las imposibilitaba para acompañar a nuestra escuadra como transportes.

Los Ministros de S. M. en Santiago y Lima ordenaron estricta neutralidad a los barcos de pabellón británico. Mr. Firth, agente general de la P. S. N. C. en el Callao, prohibió bajo pena de destitución inmediata el transporte de tropas o artículos bélicos de cualesquiera especies, en las naves de la compañía. Los capitanes no entregarían correspondencia, ni despachos sino al destinatario; ni permitirían extracciones de pasajeros contra su voluntad. En caso de fuerza, comunicarían el hecho al primer buque de guerra inglés que encontraran en su camino. (Circular 422, de 10 de Abril de 1879).

La “Tourquoise” y la “Thetis” montaban guardia en la costa para hacer efectiva la neutralidad. Por vía del Estrecho venía la “Alert” a reforzar la estación naval.

Los vapores “Itata” y “Loa” cambiaron en mala hora, su bandera, por la americana, en el puerto del Callao, por transferencia de los vapores a un súbdito yanqui. Mr. Gibbs, Ministro de Estados

Unidos en Lima, negó la autorización consiguiente, lo que nos libró de futuras complicaciones desagradables.

Mr. Henry S. Wetmore, cónsul de Estados Unidos en el Callao, censuró el cambio de banderas, agregando que agradecería al Perú, si sus autoridades impidieran el uso indebido, en su territorio, del pabellón de su país. Más aun declaró que si el "Itata" entrara a un puerto de Estados Unidos, su carga estaría sujeta a confiscación, de acuerdo con el reglamento consular americano.

Los buques volvieron a enarbolar pabellón chileno y abandonaron el Callao, con lo que terminó el incidente.

En cuarto lugar, la marcha lenta y fatigosa destruía toda idea de sorpresa; no uno, sino decenas de vapores de tráfico costero harían pública en la costa la marcha del convoy rumbo al Callao, eliminando el factor sorpresa. Los peruanos tenían un bien montado servicio de comunicaciones por señales, en toda la costa.

Supongamos la escuadra frente a San Lorenzo. Sin carboneros, ¿de dónde sacar combustible para operaciones que podían ser largas?

Sin transportes, ni avisos rápidos, ¿cómo comunicarse con Antofagasta o Valparaíso?

Como un jefe debe ponerse en todas las situaciones, ¿cómo reparar averías tal vez graves en caso de un recio combate con los buques enemigos, sostenidos por las poderosas fortificaciones de tierra, que tan ruda lección dieron el 2 de Mayo de 1866 a la escuadra española atacante?

El almirante carecía de buque parque para reponer las municiones consumidas; de buque depósito de víveres; de buque arsenal y maestranza con operarios y útiles para reparaciones; de buque hospital para heridos; y de uno o dos avisos rápidos para mantener expedita su línea de comunicaciones.

Historiadores civiles, y lo más sensible, profesionales, hacen cargos al señor Almirante por no haber atacado al Callao a raíz de la declaratoria de guerra.

Si el Gobierno quiso el ataque, debió ordenarlo y dejarse de rodeos. Así cada uno en su puesto: el Gobierno manda, el jefe ejecuta, y cada cual asume la responsabilidad correspondiente.

El almirante respondió a la consulta de don Rafael Sotomayor, decidiéndose por el bloqueo del puerto de Iquique, centro de la exportación del salitre, y por la destrucción de los elementos de carguío en Huanillos y Pabellón de Pica, en donde centenares de buques embarcaban guano con destino a Europa.

El erario peruano recibiría un golpe mortal con estas operaciones que cegaban sus dos grandes fuentes de entradas, el salitre y el guano.

Williams juzgaba además que el Presidente Prado se vería obligado a movilizar su escuadra hacia el Sur en defensa de tan vitales intereses, y entonces se realizarían los anhelos de la marina de medirse con la armada peruana en mar abierto. Quedaban así colmados sus dos fines estratégicos: el próximo, anulación de la riqueza fiscal peruana de exportación de abonos; el remoto, combate decisivo con los elementos navales enemigos.

El almirante abrigaba la certidumbre de que el pueblo peruano, de suyo impresionable, presionaría al Gobierno para hacer salir a la escuadra, en demanda de la chilena, para obligar a ésta a cesar en la destrucción de los elementos de carguío y a levantar el bloqueo de Iquique.

Igual convicción tenía nuestro Ministro en Lima, don Joaquín Godoy, caballero discreto y talentoso.

"Continuando como hasta el presente, decía Godoy, la indecisión de este Gobierno para tomar una actitud definida en el actual conflicto, mantendrá materialmente su escuadra, como en el día lo está, *reunida y lista*, al abrigo de las baterías del Callao. Como nos ofrecería mucha más dificultad venir a encontrarla en esa situación, nos sería forzoso obligarla a salir, lo que sin duda tendría lugar si nos resolviéramos, por ejemplo, a ocupar a Iquique u otro puerto del litoral peruano".

(Nota al Ministro de Guerra don R. Sotomayor, Antofagasta, fechada en Lima el 26 de Marzo de 1879, diez días antes de la ruptura).

Para llenar cumplidamente su objeto, el almirante necesitaba una base de operaciones más cercana; se decidió por Mejillones, amplio puerto de buen surgidero, a 623 milla; de Valparaíso y a 778 del Callao, al norte de la plaza de concentración de nuestro ejército, Antofagasta, en comunicación telegráfica con el general en jefe con la Moneda.

Debía, pues, habilitarse a Mejillones como base de las operaciones navales, llevando ahí guarnición militar encargada de fortificación de la bahía, de la edificación de barracas para almacenar equipo, carbón, municiones, víveres, y material de guerra, necesarios para las operaciones ulteriores.

El Gobierno se contentó con enviar a Mejillones, al batallón de infantería movilizado Chacabuco, desentendiéndose de los demás pedidos del almirante.

¿Cómo exigir entonces servicios positivos de una escuadra sin dotarla de los elementos más necesarios para operar?

Formalizada la campaña, y en vista de que nos echábamos encima una guerra sobre dos fronteras, el Gobierno designó el 18 de Abril de 1879, a don Justo Arteaga, general en jefe del ejército del norte.

Los generales de brigada don Erasmo Escala y don Manuel Baquedano, recibieron nombramiento de comandante general de infantería y caballería respectivamente.

El coronel, don Emilio Sotomayor, que había dirigido las primeras operaciones, quedó investido del cargo de jefe de Estado Mayor General, interino.

Estos oficiales, generales formados en la dura vida de las campañas de Arauco, continuaron la tradicional consigna, de obedecer y acatar las órdenes superiores, y hacerla cumplir a la letra a los subordinados.

La disciplina, ante todo, según la ordenanza general del Ejército, la Biblia Militar, el libro de los libros.

Muchos, en su mayoría, sin leer la Ordenanza y especialmente los periodistas, hablan pestes de este código secular, basado estrictamente en las leyes del honor.

Un ejemplo.

El individuo de tropa, desertor en campaña, tiene pena de la vida.

¿Y el oficial?

La Ordenanza no establece sanción alguna; da por sentado que este delito jamás puede existir.

El oficial debe ser ante todo un caballero.

Un decreto-ley ha puesto en vigencia un Código Militar; ojalá conserve las bases fundamentales del antiguo, armonizándolas a las exigencias de actualidad.

La Ordenanza es estricta en materia de grado. El superior tiene siempre la preferencia. No puede haber subalterno sentado, encontrándose un capitán de pie. El respeto a la jerarquía, engendra el trato caballeresco e impide los avances familiares y chacoteros.

Y estos principios de dignidad se infiltran paulatinamente y tallan al oficial para los momentos difíciles.

“El oficial encargado de defender un puesto, lo hará”, reza un artículo con sublime laconismo. Ese oficial no se preocupa de contar al enemigo, ni si puede ser socorrido, o si carecerá de víveres y municiones. Lo hará y basta.

El historiador señor Bulnes juzga desacertado el nombramiento del general Arteaga para comandar el ejército.

1° Porque era viejo.

2° Porque no era inclinado a escuchar consejos ajenos.

3° Porque conservaba íntegras las atribuciones que la Ordenanza confería a su cargo.

4° Porque “el Gobierno aspiraba a tener un subordinado sumiso, a quien consultarle lo relativo a la guerra después que lo había resuelto; a lo más le reconocía la facultad de realizar los planes elaborados por él”. (Bulnes, Guerra del Pacífico, Tomo 1, pág. 244).

En una palabra, el Gobierno quería un fantoche obediente; pero responsable ante la nación, en caso de desastre.

El general andaba en los 74 años, pues había nacido en 1805. Cadete de la Patria Vieja, hizo las campañas del año 18, la expedición a Chiloé el 24, y asistió al asedio del Callao.

Coronel en 1846, marchó a Europa enviado por el Gobierno a estudiar artillería, ingresando a Saint Cyr. A su vuelta publicó varias obras militares, y confeccionó el reglamento para el cuerpo de su arma.

En 1851 tuvo que salir del país a causa de los movimientos políticos. Permaneció expatriado durante toda la administración Montt dedicado al comercio en Cobija y Arequipa.

De regreso a Chile, el Presidente Pérez lo llamó al servicio en 1862, y le encomendó la redacción de un Código Militar, que reemplazara a la ordenanza. Como jefe de Ingenieros fortificó a Valparaíso en 1866.

En 1879, cuando fué llamado al comando superior del ejército, se encontraba en pleno vigor intelectual y físico, como lo demostró en Antofagasta.

Desde las 4.30 de la mañana, hora de diana, hasta las 8.30 P. M., toque de silencio, el ejército se dispersaba por la extensa pampa arenosa y no obstante el sol de fuego, no esquivaba un momento a la instrucción, El general *viejo* de Bulnes llegaba de los primeros al campo de maniobras.

Arteaga se preocupó igualmente de la vigilancia de las fronteras. Las guarniciones de San Pedro de Atacama y Calama, cuidaban los caminos a Bolivia; la línea del Loa, apoyada en las guarniciones de Mejillones, Cobija y Tocopilla, dueñas de la costa, cerraba a los peruanos el acceso por el norte.

De esta manera, el ejército se preparaba para una ruda campaña, entrenándose con la convicción de que por entero se debía a la Patria. En tanto, mantenía seguras sus fronteras norte y oriente.

El Gobierno del Perú alistaba las fuerzas de mar y tierra desde fines de 1878, época en que culminaron las diferencias entre Chile y Bolivia.

A medida que se complicaba la situación, imprimía febril actividad a los aprestos bélicos; para ganar tiempo envió a Santiago a la misión Lavalle, a sabiendas de su fracaso, tan pronto como el Gobierno de Chile exigiera la neutralidad, que el Perú no podía declarar por su alianza con Bolivia; o explotara la mina con el conocimiento del tratado secreto.

El Perú jugaba con naipes marcados; era lógico que se preparara para los acontecimientos.

En cuanto al exterior, el 2° Vicepresidente, don César Canevaro, con numeroso séquito, recorría los astilleros de Europa, en demanda de buques de combate y elementos navales.

La escuadra contaba para su alistamiento con la plaza del Callao, apostadero de las naves desde los tiempos de la colonia: puerto espacioso y abrigado de vientos y tempestades, con capacidad para que numerosas escuadras fondeen seguras en cualquier lugar de la bahía.

Muy cerca de tierra, la sonda acusa 7,3 metros de profundidad; a cuatro millas, 33 metros. La profundidad media a dos o tres cables, fluctúa entre once a trece metros.

Desde 1866, posee un dique flotante, de costados y armazón de hierro, recubiertos de madera forrada en zinc. Mide 100 metros de longitud, 25 de ancho, 7,50 de puntal y 1,22 de calado, con capacidad para buques de 5.000 toneladas, que no calen más de 6,40 metros. No debemos extrañar que las naves estuvieran listas, a excepción de la “Independencia”, que recorría la máquina y, cambiaba calderas, mucho antes de declararse la guerra.

Existe una dársena, para las faenas de embarque de carbón, víveres materiales; forma un rectángulo de 250 x 200 metros, con 1.640 metros cuadrados para el servicio de carga. Varios muelles completan su dotación, en especial el de Este, de donde arranca el ferrocarril a la *Oroya*.

Las casas matas del tiempo colonial comprenden vastos almacenes, arsenal, maestranzas y cuarteles, al abrigo de todo peligro de parte del enemigo; además, el establecimiento de fundición de acero de Bella-Vista a 1.170 metros sobre el nivel del mar, y fuera de tiro de la artillería de buques atacantes, constituía un poderoso auxiliar de las defensas de la plaza.

El poder de la flota peruana era por esos momentos el siguiente:

Acorazado “Independencia”, con 4 1/2 pulgadas de protección, 12 millas de andar, con dos cañones de 150, doce de a 70 y 4 de 32

Monitor “Huáscar”, 4 1/2 pulgada de coraza, 11 millas de andar, y dos cañones de 300 libras, en torre.

Corbeta de madera “Unión”, 12 millas de velocidad y doce cañones de a 70.

Corbeta de madera “Pilcomayo”, 10 1/2 millas, dos cañones de a 70, y 4 de a 40.

La guardacostas “Manco Capac” y “Atahualpa”, con 'dos cañones de a 500 libras cada uno, 4 millas de andar, y coraza de 10 pulgadas.

El Gobierno confió los buques al capitán de navío don Miguel Grau, muy conocedor de la costa, pues navegó en la marina mercante mientras permaneció retirado del servicio. Recibido del mando, dividió las fuerzas en tres divisiones:

1ª Buques de combate “Huáscar” e “Independencia”, a cargo del comandante en jefe de la escuadra, capitán de navío, don Miguel Grau.

2ª Buques cruceros, “Unión” y “Pilcomayo”, comandada por el capitán de navío don Aurelio García y García.

3ª Buques guardacostas, “Manco Capac” y “Atahualpa”. No hubo comandante divisionario por proceder estas naves separadamente, una en el Callao y otra en Arica. Pero mientras permanecieran en el Callao, ejercería el comando divisionario el capitán de navío don Manuel Carrillo.

Añádanse a estas unidades los transportes armados en guerra “Chalaco”, “Talismán” y “Limeña”, a los que se agregó más tarde el “Oroya”, comprado a la Compañía Inglesa de Vapores.

Estos barcos habían limpiado y pintado los fondos en el dique del Callao, de suerte que estaban preparados para iniciar correrías en la costa, seguros de la impunidad. Solo tres buques chilenos podían entabrar su acción: la “Magallanes”, que necesitaba acoplarse a un blndado para escapar a la segunda división enemiga; y el “Blanco” y “Cochrane”, cuya misión combativa no podía desvirtuarse, transformándose en cazadores de transportes.

Nuestro Ministro en Lima, que tenía un magnífico servicio de información, como lo tenía en Santiago el Ministro señor Lavalle, comunicaba día a día a nuestro Gobierno los aprestos navales del Perú.

En nota de 1º de Marzo de 1879, dice el señor Fierro, Ministro de Relaciones: “La fragata blindada “Independencia”, la corbeta “Unión” y la cañonera “Pilcomayo”, estaban de antemano listas. El monitor “Huáscar” lo está al presente y en él se ha embarcado cautelosamente en estos días un numeroso cuerpo de guarnición. Los monitores de torreón “Manco Capac” y “Atahualpa” se están reparando, hasta alcanzar a ponerse en el mediano estado que a lo sumo pueden alcanzar. Se han efectuado algunos enganches para completar las dotaciones de la Armada, y aunque sin informes todavía sobre trabajos en las baterías del Callao, tengo noticias de que son objeto de la atención actual del Gobierno”.

En nota de 5 de Marzo, un mes justo antes de declararse la guerra, el señor Godoy dice explícitamente: “.....de la certidumbre de que tendrá que hacernos la guerra, ha nacido, naturalmente,

su empeño de alistar sus naves, incrementar su ejército y marinería, guarnecer a Iquique y aprestar las baterías del Callao, descuidadas poco tiempo ha”.

En el alistamiento de las naves es de notarse que todas las que requerían reparaciones en el dique flotante del Callao, han sido sometidas a esa operación. Los monitores “Huáscar”, “Manco Capac” y “Atahualpa” han sido sucesivamente reparados de esa suerte, y la fragata blindada “Independencia” está hoy mismo en el dique. Se dice, pero no tengo todavía por cierto tal rumor, que este buque cambiará su artillería (dos cañones de a 150 y doce de 70, sistema Armstrong) por otra de más grueso calibre. La corbeta “Unión” y la cañonera “Pilcomayo”, que han estado de estación en los puertos del sur, han sido llamadas al Callao para incorporarse a la escuadra, que, según cálculos aproximativos, en poco más de una semana estará expédita para moverse hacia donde se la destine.

“Las baterías del Callao se les ha destinado alguna fuerza que, careciendo todavía de pericia en el manejo de los cañones de grueso calibre, ha empezado a ejercitarse bajo la dirección de oficiales de artillería, y de marina que, retirados temporalmente del servicio, han sido llamados a él con precipitación”.

Tan seguro estaba el señor Godoy de que la escuadra peruana estaba lista, que por temor a un golpe de mano, envió al Gobierno, con fecha 12 de Marzo de 1879, el siguiente cable: “Creo conveniente nuestra escuadra esté reunida”.

El incansable Godoy, en nota de 15 de Marzo de 1879, añade los siguientes datos a los anteriores: “Los buques de línea, todos los cuales, a excepción de la cañonera “Pilcomayo”, se hallan ya reunidos en el Callao, están, mientras algunos completan sus reparaciones, haciendo diarios ejercicios de tiro al blanco fuera de la bahía. Los transportes, a excepción del “Limeña”, que no ha regresado aun de su comisión a Iquique, se hallan listos para partir con cualquier destino sobre la costa. La corbeta “Unión” apresura la limpia de sus fondos, estando lista en cuanto a lo demás; y la fragata “Independencia” activa la recolección de sus antiguos cañones, habiendo prevalecido la idea de no cambiar las dos baterías, y la de sustituir tan solo uno de los cañones de 150 libras por otro de a 300. Las baterías del Callao, dotadas ya de un buen número de gente de servicio, que, sino es suficiente, es buena base para ulterior momento, hacen diarios ejercicios de fuego y de maniobra bajo la dirección de una Comisión especial”.

El 26 de Marzo, todavía el señor Joaquín Godoy informa al Gobierno de que el Presidente general Prado, viniendo de Chorrillos, no se detuvo en Lima, sino que se trasladó al Callao a presenciar los aprestos de la escuadra; y temeroso de que se dirijan al sur, avisó al Ministro Sotomayor, en Antofagasta, recomendándole redoblar la vigilancia sobre nuestra escuadra y ejército, pues un ataque de sorpresa no debe estar fuera de nuestra previsión.

No pasaron muchas semanas, sin que las poderosas y seculares fortificaciones del Callao estuvieran en tren de desempeñar su cometido. Completaron su dotación de guerra los fuertes Independencia (antes Real Felipe), Santa Rosa (ex-San Rafael) y Ayacucho (ex-San Miguel) y las torres de la Merced y Junín, Independencia y Pichincha.

La artillería fluctuaba entre los calibres 500; 400, 300 y 150; con buena provisión de proyectiles fabricados en Bella-Vista y saquetes en la casa de Pólvora del Estado. Más tarde se emplazó una batería con dos cañones de a mil.

Constató estos trabajos el coronel don Balbino Comella, ciudadano chileno, edecán del Presidente Prado, a Inspector de la Plaza del Callao, que hubo de regresar a su hogar en La Serena, al cerciorarse de que la guerra se hacía inevitable.

El coronel Comella, era uno de los pocos oficiales chilenos, sobrevivientes de los instructores enviados por nuestro Gobierno en auxilio del Perú a principios de 1866. Los condujo al Callao el capitán de fragata graduado don Patricio Lynch, a bordo del “Dart”.

Nuestros connacionales se batieron bravamente el 2 de Mayo de 1866; y dos de ellos, el capitán don J. Díaz y el teniente don Juan Felipe Machuca, rindieron la vida al lado del Ministro de la Guerra, coronel don José Galvéz, y el coronel de ingenieros señor Borda, colombiano, al volar la torre de la Merced.

Contra esta línea de fortificaciones que abrigaba a la escuadra, el consejo de civiles que dirigía la campaña desde Santiago, pretendía lanzar a nuestra flota en los comienzos de Abril, cuando carecía de buques carboneros y avisos ligeros, y cuando aun no se establecía la homogeneidad y cohesión en nuestro personal, por haber tomado el mando el almirante apenas el 23 de Marzo de 1879.

Este Consejo había olvidado el 2 de Mayo de 1866, hecho de armas ocurrido trece años antes, entre la escuadra española y las fortificaciones del Callao.

Conviene rememorarlo.

El almirante don Casto Méndez Núñez, atacó la plaza con la escuadra en tres divisiones.

1ª La “Numancia”, “Blanca” y “Resolución”, contra los fuertes del sur.

2ª “Berenguela” y “Villa de Madrid”, contra los del norte.

3ª “Almanza” y “Vencedora”, contra el centro y los buques peruanos asilados bajo baterías.

A retaguardia el “Paquete de Maule”, para remolcar a las naves que precisaran de auxilio.

En el cabezo de San Lorenzo fondearon los transportes de vela, “Montaura”, “María” y “Selle María”, en tanto se mantenían sobre la máquina el “Márquez de la Victoria” y los vapores “Matías Cousiño” y “Oncle Sam”.

La “Numancia” era el único buque blindado.

Durante cuatro horas y media tronó la artillería sin intermitencia; ambos contendores arreciaban el fuego con encarnizamiento. A las 4:40 P. M., al caer la camanchaca, el comandante Antequera de la “Numancia”, que tomó el mando por hallarse herido Méndez Núñez, dió orden de retirada a San Lorenzo.

La acción costó a los atacantes 38 muertos y 150 heridos, entre ellos el jefe, con averías en todas las naves y muy gruesas en la “Villa de Madrid” y “Berenguela”, que dejaron la línea por los graves daños recibidos en la máquina y casco.

Los españoles pasaron ocho días en San Lorenzo, fuera de tiro de las baterías del Callao, reparando averías y enterrando sus muertos. Levaron ancla enseguida para regresar a la península.

Fuera de la voladura de la torre sur, llamada de la Merced, con el Ministro de la Guerra, coronel Gálvez y sus ayudantes, las obras de tierra no recibieron mayores daños.

Estos hechos llamaban a meditar a los hombres de la profesión, antes de resolver el arduo problema del ataque al Callao, y a la escuadra abrigada bajo sus baterías, acariciado por el Gobierno.

CAPÍTULO VIII.

Operaciones activas.

El 5 de Abril de 1879, se publicó solemnemente por bando, la declaración de guerra a los Gobiernos de Perú y Bolivia. Firmaban el decreto S. E. don Aníbal Pinto y los Ministros del despacho señores Belisario, Prats, Alejandro Fierro, Cornelio Saavedra, Joaquín Blest Gana y Julio Zegers.

Ese mismo día se presenta en Iquique la escuadra chilena, y su jefe el almirante Williams Rebolledo, notifica a las autoridades el bloqueo de la plaza, al mismo tiempo que concede a los buques neutrales un plazo prudente para abandonar la bahía.

La destrucción de la escuadra enemiga, para adueñarse del mar, es la misión de la adversaria al romperse las hostilidades. Ambos almirantes deben tender a este fin primordial, en conformidad a los principios fundamentales de la guerra. (A. T. Mahan – “Influencia del poder naval”. Traducido del capitán Linacre. - Pág. 13. - Valparaíso.) Tales principios, frutos de la observación y de la experiencia, continúan inamovibles a través de la sucesión del tiempo, de las transformaciones de las armas, del cambio de la locomoción y de la evolución de los sentimientos morales de los combatientes, que transforman progresivamente a los pueblos y a las instituciones armadas.

El Almirante se hizo cargo de la escuadra sin recibir instrucciones de ninguna clase; ni siquiera un bosquejo o memorándum del pensamiento gubernativo, que sirvieran de plataforma a sus actividades.

El 2 de Abril se presentó y se instaló en el “Blanco” el señor don Rafael Sotomayor, asesor del Almirante y Secretario General de la Armada.

Tampoco llevaba instrucciones, o al menos, no le mostró ninguna a Williams.

Solo el 3 de Abril llegó el siguiente telegrama del Gobierno, cuya dirección revela la existencia de dos jefes a bordo:

Nº 22.- Señores Williams y Sotomayor, Antofagasta. - Se sabe ya en Lima la declaración de guerra. Ud. procurará destruir u inhabilitar a la escuadra peruana, impedir fortificaciones de Iquique o destruirlas, aprehender transportes y bloquear puertos y proceder en todo con amplias facultades. Avise su partida y propósitos. *C. Saavedra.*

El almirante chileno debía resolver una disyuntiva para anular el poder naval peruano: o marchar contra el enemigo refugiado bajo los fuegos de las fortalezas del Callao, u obligarlo a salir por medios indirectos para batirlo en mar abierto. Optó por la segunda proposición, y en conformidad a ella, trazó su plan estratégico sobre las siguientes bases capitales:

“Bloquear el puerto de Iquique, para impedir el embarque de salitre, segando la principal fuente de riqueza del fisco peruano.

Destruir los elementos de carguío del guano, para matar los fuertes ingresos que afluían a Lima, por este importante ramo de exportación.

Hostilizar crudamente la costa de Tarapacá para exacerbar los ánimos del pueblo en Lima y Callao, en contra de los chilenos, hasta el punto de que el pueblo y la prensa presionaran al Gobierno y le obligaran a mandar la escuadra al sur, para contener a los chilenos en sus depredaciones.

Mantenerse cercano, a Antofagasta, su base accidental de operaciones, cuya distancia de 220 millas, le permitía velar por el ejército acantonado en dicha plaza, y cuidar sobre todo las máquinas resacadoras de agua, sin cuyo indispensable elemento no podían mantenerse las tropas. La escuadra debía estar pendiente de Antofagasta mientras no se le pusiera a cubierto con buena artillería, de las incursiones de buques enemigos que podían destruir las maquinarias surtidoras de agua, situadas en la playa, en lugares perfectamente visibles para blancos desde a bordo.

Conservar la prudente distancia de 800 millas de Iquique a Valparaíso, base naval y plaza de guerra única para refugio, aprovisionamiento y refacción de naves.

Establecer en Mejillones una fuerte y definitiva base de operaciones, convenientemente artillada y guarnecida, para establecer ahí depósitos de carbón, víveres, municiones, equipo, etc.

Disciplinar y preparar al personal para el choque de escuadras que debía venir; hasta el presente, por premura de tiempo y la diversidad de comisiones desempeñadas por los buques, no había efectuado evoluciones, para la instrucción de conjunto, en tan importante rama de la táctica naval”.

Para iniciar sus operaciones activas, el almirante Williams forma dos divisiones.

La 1ª compuesta del “Cochrane” y “Magallanes”, se dirige a Mollendo, para destruir el muelle, las lanchas, y elementos de carguío que juzgue conveniente el comandante Simpson, jefe divisionario. Recibidos a balazos los botes que alcanzaron hasta el fondeadero, el comandante Simpson ordena bombardear la plaza.

La otra división, “Blanco”, “Chacabuco” y “O'Higgins”, se dirige a Huanillos y Pabellón de Pica a inutilizar los aparatos de embarque del guano, en cuya faena trabajaban cincuenta buques en aquel puerto y treinta en éste. Las plataformas quedan destruidas y se capturan un remolcador y varias lanchas de carga.

El Gobierno peruano, entretanto, activa el movimiento de los transportes, para concentrar y robustecer las divisiones del ejército, acantonadas en Iquique y Arica.

El comodoro Grau establece en este puerto la base de operaciones para sus buques, fortifica el puerto y lleva al Morro artillería gruesa, para tener a raya a los blindados enemigos, y fondea ahí al guardacostas “Manco Capac”, de poco andar, pero con dos cañones de a quinientas libras y coraza de 10 pulgadas. Desde antes de la ruptura de relaciones ambas plazas recibieron gran acopio de pertrechos, y aumentaron las guarniciones con tropas de línea traídas del centro y norte del país. El ferrocarril a Tacna facilita el abastecimiento de víveres frescos; la maestranza basta para las reparaciones de urgencia, y como Arica dista apenas 120 millas del enemigo, puede conservar contacto con él por medio de los avisos rápidos “Chalaco”, “Talismán”, “Limeña” y “Oroya”.

Las depredaciones de la escuadra chilena en la costa sur peruana originan tremendas explosiones de odio y de venganza, en la Ciudad de los Reyes; el pueblo en numerosos mítines pide al Gobierno la pronta salida a campaña de los buques para castigar los desmanes de las hordas chilenas.

De esta manera el pueblo peruano secundaba los planes del almirante chileno y justificaba sus previsiones.

Desgraciadamente, Prado se opuso siempre a tal medida, pues su objetivo marítimo era atraer a Williams al Callao, para que sus naves empeñaran el combate bajo el fuego de las fortalezas.

Al final del capítulo reproducimos el discurso pronunciado por el general Prado ante el pueblo del Callao, que le pedía tumultuosamente la salida de la escuadra.

El almirante chileno no perdía de vista a Mejillones, para evitar el envío de naves a Valparaíso; tenía mala voluntad a Antofagasta, cuyas bravezas de mar le incomunicaban constantemente con tierra; echaba también de menos algunos buques rápidos que sirvieran su línea de comunicación y perturbaran las correrías de los transportes enemigos de cuyas idas y venidas a Mollendo, Arica y aun a Pisagua tenía conocimiento, pero que no podía impedir, por falta de barcos ligeros, apropiados para la caza de los ágiles transportes armados en guerra, “Oroya”, “Limeña”, “Chalaco” y “Talismán”.

Mientras tanto, organizaba los servicios de a bordo, daba homogeneidad a los equipajes, cuya instrucción avanzaba merced al constante sacrificio de los oficiales.

Necesitaba ir especializando la gente para el combate, principalmente los artilleros y apuntadores, cuya eficiencia se obtiene después de meses o de años de constante labor. No había efectuado aun el tiro de guerra, por buque, división, ni escuadra.

Aunque contaba con buenos ingenieros, que habían practicado en Europa durante la construcción de nuestros buques, necesitaba seleccionar la escala descendente de mecánicos, caldereros, herreros y fogoneros, de cuya idoneidad depende la buena marcha de las naves y el máximo rendimiento de las máquinas.

El escaso personal de electricistas y buzos necesitaba desarrollar un programa metódico de estudios, para su eficaz cooperación.

La aglomeración de buques no constituye una escuadra de combate. La verdadera fuerza reside en la educación, destreza y disciplina del personal, cuestión de lapsos de paciente labor y de rudo trabajo, desarrollados durante la paz. Declarada la guerra, terminan los estudios; se entra de lleno a la acción.

La franqueza del almirante al desestimar el plan de atacar el Callao, disgustó profundamente al Gobierno. Don Rafael Sotomayor, asesor del ejército y armada, recibió autorización para proveer el comando de la escuadra con el jefe que juzgara más apto. Aunque el asesor no procedió al relevo, la noticia trascendió como reguero de pólvora, fomentando la indisciplina y, produciendo la discordia entre el personal de a bordo, que se dividió en dos bandos, con grave perjuicio del servicio.

El ejército y la marina pasaron del estado de paz al de guerra, careciendo de muchos servicios, escatimados por economía, como la *Oficina de Informaciones*, indispensable para proporcionar a los comandos superiores datos efectivos respecto del enemigo, sus fuerzas y medios de acción, al romperse las hostilidades.

El coronel Sotomayor y el almirante Williams despacharon hasta Panamá y Guayaquil, jóvenes de buena posición social, que se prestaron por patriotismo a inquirir noticias para instruir a los Estados Mayores.

Descendientes de extranjeros, generalmente de ingleses, se embarcaban como negociantes en los vapores de la Compañía Inglesa, que neutral, no admitía a bordo ni tropas ni elementos de guerra. Estos retoños, en gran parte alumnos del Colegio de Mackay, viajaban con la corrección del gentlemen, y usaban en la conversación un acento británico muy pronunciado.

El Perú contaba con numerosos espías que viajaban libremente entre Valparaíso y el Callao. Además “El Mercurio” y “La Patria” de Valparaíso, y los periódicos de la costa, se complacían en describir minuciosamente, las órdenes del Gobierno, la movilización de las tropas, el embarco de los cuerpos, la salida de los transportes, con cuantos comentarios pudieran perjudicarnos y servir al enemigo.

Los vapores de la P.S.N.C repartían en los puertos de tránsito los paquetes de estos diarios que seguían al Perú, Ecuador y Colombia, destinados a los suscriptores, como en época normal.

Por una aberración sin nombre, las autoridades no cuidaron de intervenir en las oficinas del cable submarino de Valparaíso y La Serena. Funcionaba con toda libertad y aun admitía comunicaciones en clave para Mollendo, Arica y Callao. El Gobierno del Perú puso guardias con técnicos especiales para la censura de cablegramas, quedando absolutamente prohibidas las comunicaciones en clave.

El almirante tuvo noticias de que la “Unión” y “Pilcomayo” habían partido rumbo al sur. Temeroso de que pudieran bombardear a Antofagasta y destruir las máquinas resacadoras de agua, destacó hacia este puerto al “Blanco” y “Magallanes”, con orden estricta al comandante Simpson de no perder de vista a la cañonera, que podía ser copada por la 2ª división peruana.

El comodoro Grau tuvo por su parte noticias de que el “Copiapó”, al servicio ya del Gobierno de Chile, debía salir para el norte en un día fijo y pasar a la altura de Huanillos el 12 de Abril.

Ambos contendores estaban bien informados.

El Gobierno seguía fabricando planes de campaña en la Moneda. Fracasada la idea de un ataque al Callao, el Consejo de Gabinete resolvió el envío de una expedición de 5.000 hombres a destruir la guarnición de Iquique.

Antes de llevar a la práctica el acuerdo, el Presidente Pinto consultó a don Rafael Sotomayor, a la sazón a bordo en Iquique. Envió el telegrama a Antofagasta, al coronel Emilio Sotomayor, con orden de hacerlo llegar cuanto antes a su destino.

El “Cochrane” y la “Magallanes” estaban al ancla en este puerto; se echó mano de la cañonera para conducir la comunicación, la que partió sola el 11 de Abril, por disposición de la Moneda, contra la orden expresa del almirante.

A las 10.30 A. M. del día siguiente, cuando arrumbaba con dirección a Huanillos en averiguación de si había buques a la carga, comisión que le encomendara el almirante para la vuelta, los vijías anuncian humos al N. E. Resultan ser la “Unión” y “Pilcomayo”, a cargo del capitán de navío don Aurelio García y García, jefe de la 2ª división peruana, en acecho ahí del transporte “Copiapó”.

El comandante Latorre se encuentra en situación delicada: o abandona el campo y escapa ante enemigos superiores; o se abre paso a viva fuerza, para llenar su comisión. Latorre opta por el segundo partido.

Se impone de la correspondencia, la rompe y arroja al mar, y se dirige resueltamente al norte.

Los barcos peruanos gobiernan sobre la cañonera, que a toda fuerza continúa su ruta; pero no ponen empeño en cortarle la proa.

El comandante García ordena la persecución en caza. A las 11.30 A. M. la “Pilcomayo” rompe el fuego, a 3.500 metros; un proyectil toca ligeramente el casco de la cañonera, que no contesta. La “Unión” aviva el andar hasta colocarse a 2.300 metros de la “Magallanes” por su aleta de estribor, e inicia el combate por andanadas con la batería de babor.

Latorre responde primero con el cañón de popa, y después con la coliza de a 115, sacrificando la lancha a vapor que arroja al mar, para dar campo de tiro a la pieza. El funcionamiento de esta coliza obliga a la “Magallanes” a guiñar sobre estribor, movimiento que la acerca más a la “Unión”, y perjudica la puntería.

El cañoneo se mantiene vivo durante una hora para declinar paulatinamente. A las 12:55, después de dos certeros disparos de a 115 que dieron en el costado de la “Unión”, se apercibió un gran escape de vapor por la chimenea de esta nave, que, inmediatamente, virando por estribor, se aleja del campo para ir a reunirse con la “Pilcomayo”, mientras la cañonera chilena continúa gallarda y ligera la interrumpida marcha.

El comandante Latorre se portó a la altura de su puesto; acepta combate en la proporción de uno a cinco, en el cual no era problemático el hundimiento de su buque.

La “Unión” andaba milla y media más que la “Magallanes”; ésta estuvo bajo sus fuegos, pues sus cañones sobrepasaban la distancia. Persiguiéndola encarnizadamente, la “Magallanes” habría sucumbido a la larga, porque la ubicación de la coliza de a 115 la imposibilitaba para hacer fuego paralelo a la quilla, única manera de evitar que la “Unión” la bombardeara por su aleta de estribor. Pero las dos granadas de a 115 hicieron desistir al comandante García y García.

He aquí el orden de combate de la “Magallanes”:

Comandante Capitán de Fragata don Juan José Latorre.

Oficial de detall teniente 1º graduado don Cenobio Molina.

Teniente 2º don Ramón Serrano M. y don Federico Chaigneau.

Guardias marinas, señores Luis V. Contreras, Ricardo Borcosque, Onofre Pérez, Recaredo Amengual, Vicente Zegers y José María Villarreal.

Cirujano 1º don Manuel I. Aguirre.

Contador 2º don Emiliano Lorca.

Ingeniero 1º don Ladislao Medina, 2º don Emilio Cuevas; terceros señores Manuel J. Muñoz, Carlos Warner y Nicanor del Pino.

Subteniente de la guarnición, don Luis A. Díaz Muñoz.

Durante la larga hora que duró el cañoneo gastó la cañonera los siguientes proyectiles.

2 granadas dobles de 115 libras con espoletas de percusión.

2 id. comunes de 115 libras con espoletas de percusión.

19 id. comunes de 64 libras con espoletas de percusión.

11 id. comunes de 20 libras con espoletas de percusión.

8 id. segmento de a 20 libras con espoletas de percusión.

Distancia máxima 4.300 metros; mínima, 2.300 metros.

Orden de batalla de la División Peruana.

En la nave capitana “Unión”:

Comandante en jefe, capitán de navío don Aurelio García y García.

Mayor de órdenes, capitán de corbeta don Elías Aguirre.

Secretario, teniente coronel de guardias nacionales don Ricardo M. Espiel.

Ayudantes: capitanes de guardias nacionales don Nicanor Álvarez Calderón. Tenientes segundos señores Julio E. Benítez, Pedro Real, Cristóbal Lastres y archivero del Ministerio de Relaciones Exteriores don Julio E. Benavides.

Corbeta “Unión”

Comandante, capitán de navío don Nicolás F. Portal.

2º comandante, capitán de corbeta don Juan Salaverry.

Tenientes, los graduados, don Armando Larrea y, José Barloque.

Teniente 2º don Juan M. Ontaneda.

Alférez de fragata, don Federico E. Matas.

Guardias marinas, señores Héctor Harvey, David Flores y Enrique Gamero.

Aspirantes, señores Emilio Escobar, Guillermo Spiers y Oliverio Saenz.

Teniente de infantería, don Cruz Carranza.

Teniente de guardias nacionales, don Manuel Péjoves.

Contador, don Exequiel Fernandini.

Cirujano contratado, don Pedro Irujo.

1.er Ingeniero, don James Wallace.

2º Ingeniero, don Alfredo Pavis.

3º Ingeniero, don Pedro L. Estovase.

4º Ingeniero, don Federico Bullack.

Cañonera “Pilcomayo”

Comandante, capitán de fragata don Antonio de la Guerra.

2º Comandante, capitán de corbeta graduado, don Octavio Freyre.

Teniente 1º, don Teodoro J. Otoyá; y graduados señores Carlos La Torre y, Manuel G. de la Haza.

Alférez de fragata, don Reinaldo de la Lama.

Guardia Marina, don Benjamín de la Haza.

Cirujano 2º, don Ricardo Pérez.

Contador 3º, don Wenceslao Alvarado.

Aspirante, don Ernesto Silva Rodríguez.

La acción de Chipana careció de importancia material; pero afirmó el poder moral de la marina de guerra, y dió alivio a la opinión pública que exigía acción rápida a la escuadra, ignorante del estado de abatimiento del mayor número de sus unidades.

Pasemos ahora a tierra.

El 28 de Abril se hace cargo del comando supremo en Antofagasta el general en jefe don justo Arteaga.

Llegan con él, el general don Erasmo Escala, comandante general de infantería, y el general don Manuel Baquedano, comandante general de la caballería. El general don José Antonio Villagrán fué designado jefe de Estado Mayor, y comandante en jefe de la reserva, el coronel don Emilio Sotomayor.

Con respecto a este nombramiento dice jocosamente Vicuña Mackenna, para aquilatar la dirección civil de la campana:

“Parecía indicado que el coronel Sotomayor, como organizador del ejército y conocedor de los lugares, hubiera sido utilizado en aquel servicio científico.

Pero se le nombró comandante general de la reserva.

¿Dónde está la reserva? telegrafiaba el coronel Sotomayor a la Moneda, como buscando su puesto con una linterna.

El general en jefe se lo dirá a Ud., fué la respuesta.

Interrogado a su turno el general sobre aquella invisible reserva, contestó lealmente que ignoraba su paradero”. (Vicuña Mackenna, “Campana de Tarapacá”, Tomo II, pág. 77 Santiago)

El general en jefe trajo en los, transportes del convoy en que arribó a Antofagasta, los refuerzos siguientes:

Zapadores.....	400
Navales.....	640
Valparaíso.....	300
Bulnes.....	500
Chacabuco.....	640
Cazadores a caballo.....	250
Total:.....	2.730

De estos contingentes pertenecían al ejército de línea Zapadores y Cazadores; a la guardia nacional movilizada, Navales y Chacabuco. La Municipalidad de Santiago movilizó la policía, con el nombre de Batallón Bulnes, de suerte que debe considerarse como, cuerpo veterano; igual medida tomó la Municipalidad porteña, alistando al Valparaíso, lindo cuerpo con sus 300 plazas formadas por licenciados del ejército, con buenas notas, y más de la mitad, premiados en el servicio.

El coronel Sotomayor, al hacer entrega del puesto, puso a las órdenes del general Arteaga, unos 4.500 hombres, distribuidos en las unidades que se expresan:

Regimiento 3º de línea.....	1.200	hombres
Regimiento Buin, 1º de línea.....	700	“
2º de línea.....	700	“
4º de línea.....	800	“
Artillería de Marina.....	600	“
Artillería de línea, una brigada de dos baterías, con 12 piezas Krupp.....	200	“
Caballería: una compañía de ganaderos y otra de cazadores a caballo.....	280	“

Total:..... 4.480 hombres

Toda esta gente era de línea; con ella y la traída por el general, formó un núcleo de 7.210 individuos.

La tropa de Sotomayor se componía de gente joven, robusta, deseosa de pelear, en gran parte acostumbrada al clima y a las penalidades del desierto, pues muchos trabajadores de las salitreras, expulsados por el Gobierno del Perú, ingresaron a las filas en Antofagasta.

La base de los regimientos de línea se componía de jefes, oficiales y clases veteranas; pero el setenta y cinco por ciento de los efectivos de tropa, no tenía cuatro meses de instrucción, y había que desbistar a estos reclutas para convertirlos física y moralmente en elementos de combate.

Muchos creen que basta juntar mil doscientos hombres, darles uniforme y rifle, para tener un regimiento. Tal pensaban en el Sur, donde el elemento civil clamaba, porque no se activaban las operaciones, y llamaban inacción a la permanencia de las tropas en Antofagasta, en donde precisamente se tallaban soldados, capaces de hacer una campaña y empeñarse en una batalla.

De estas fuerzas cubrían destacamentos:

2º de línea a cargo del teniente coronel Vivar en Caracoles.....	500
2º de línea, 250 plazas, granaderos y cazadores, 200; artilleros, 22, a cargo del comandante Eleuterio Ramírez, en Calama...	472
Artillería de Marina, 287; y 25 Cazadores, mandados por el comandante don José Ramón Vidaurre, en Tocopilla y Quillagua.....	312
Artillería de Marina, a cargo del mayor don Jorge Word en Cobija y Tocopilla.....	89

Más o menos, unas 1.400 plazas.

El comando supremo cuidaba las fronteras en previsión de cualquier sorpresa. De ahí las guarniciones de Cobija, Tocopilla, y la línea del Loa desde Quillagua a Calama, con piquetes en Chacance y Miscanti.

En Mayo de 1879, llegaron al puerto de Antofagasta, 104 repatriados; y en Abril 7.500.

Varios buques siguieron al sur con su cargamento humano, pues no había materialmente como alojar en Antofagasta, a tanta gente llegada de improviso. Fueron desembarcando en Caldera, Coquimbo y Valparaíso. En este último puerto dieron la base para la formación del Regimiento Lautaro.

El Buin, 2º y 3º de línea y artillería de marina completaron sus efectivos con repatriados, que llegaban furiosos para ir a vengar los agravios recibidos durante la expulsión. La chusma de cholos y zambos los había desvalijado en los muelles a la vista y paciencia de las autoridades peruanas.

El señor Pinto y el Ministerio sonreían ante el trabajo de los jefes, para mantener plena seguridad en las dos líneas fronterizas, reforzadas con los atrincheramientos de Carmen Alto, centinela avanzado de Antofagasta, porque no creían en expediciones enemigas; pero los jefes responsables del ejército y de la seguridad de la zona, procedían con la necesaria prudencia, en previsión de cualquiera intentona de los aliados, y en conformidad al tecnicismo de la profesión.

S. E. miraba las cosas desde Santiago; los jefes responsables operaban sobre el terreno, y se amoldaban a las exigencias de la situación.

El Ministerio Varas sucedió al Ministerio Prats, caído por el peso de las circunstancias, aunque trabajó con ahínco por poner al país en estado de defensa.

Las cosas andaban tan revueltas, que nadie se entendía. El Presidente estaba disgustado con los Ministros, que lo llevaron a la guerra contra su voluntad; los Ministros con el Almirante y hasta con el General en jefe, tachado de inactividad senil; estos funcionarios lo estaban con el Gobierno, que no

atendía sus justos pedidos; y la prensa y el público con todos, que no sabían dar a las operaciones el impulso exigido por las impacencias de las masas.

El nuevo Ministerio contaba con hombres de reconocido mérito, encanecidos en el servicio del país. Con don Antonio Varas, Secretario del Interior, compartían las tareas de Gobierno don Domingo Santa María, en Relaciones, don Basilio Urrutia, en Guerra y Marina; don Jorge Huneeus, en justicia e Instrucción; y don Augusto Matte, en Hacienda,

El señor Santa María, hombre de acción, deseaba una guerra rápida y activa; quería infringir al enemigo un golpe aplastante.

El Gobierno acariciaba en esos momentos dos nuevos planes: bloquear al Callao y desembarcar tropas en Iquique.

Antes de una resolución definitiva, acordó consultar al Almirante, al General en jefe y a don Rafael Sotomayor, oráculo del Presidente, puesto al lado de Williams Rebolledo “como secretario general, con amplias facultades, para asesorar a dicho jefe, y en caso necesario al del ejército del norte, en lo concerniente a todas las operaciones bélicas que puedan efectuarse en Bolivia y en el Perú, y a las medidas administrativas que demanden tanto el ejército como la escuadra”. (Decreto Supremo, N° 268 B., de 28 de Marzo de 1879).

El Gobierno nombró además secretario del general en jefe, sin consulta, ni propuesta, a don José Francisco Vergara, a quien confirió el empleo de teniente coronel de guardias nacionales movilizados.

No puede negarse que es algo fuerte para un general en jefe que le metan sin solicitarlo, sin proponerlo, y sin mediar siquiera una consulta de cortesía, a un empleado de alta confianza y responsabilidad; pero los Ministros no guardaban ninguna consideración a los militares, obligados únicamente a obedecer y callar.

El señor Arteaga tascó el freno en honor de la disciplina, pero no requirió los servicios del señor Vergara, contentándose con su secretario privado, don Pedro Nolasco Donoso, lo que fué una lástima, porque el señor Vergara unía a un patriotismo ardoroso, una inteligencia clara y una audacia a toda prueba. Estuvo movilizado en 1865-66 como teniente coronel, comandante de la brigada cívica de Viña del Mar, con la que hizo vida de campaña.

La imposición del nombramiento tuvo la culpa de que estos dos grandes caracteres no se comprendieran, ni se juntaran en una acción común.

Vergara nació en 1833, con la Constitución, en el villorio de Colina. Ingresó al Instituto Nacional muy niño; y aunque huérfano a los 14 años, continuó sus estudios de matemáticas con infatigable ardor.

En 1853, desempeñaba el puesto de inspector en el establecimiento, cuando fué agraciado con el nombramiento de ingeniero ayudante del ferrocarril de Valparaíso a Santiago, contratado por Mr. Meiggs.

Trabajó rudamente en la línea, estableciendo su carpa carrilana en la hacienda de Viña del Mar.

Renunció el puesto de ingeniero ayudante, para arrendar este fundo, casándose poco después con la nieta y heredera de la propiedad, doña Mercedes Álvarez.

Dedicado a los trabajos agrícolas, no dejó de preparar sus exámenes, recibiendo el diploma de agrimensor en 1856, equivalente al de ingeniero geógrafo.

Afiliado al partido radical, fundó en Valparaíso el diario “El Deber”, en el cual libró batallas de resonancia en pro de sus ideales.

En 1875 se formó un Ministerio en que por primera vez ingresaba al Gobierno un miembro de su partido, el señor José Alfonso.

Tan pronto como tuvo conocimiento de tan importante acontecimiento político, escribió a su amigo y correligionario Alfonso, una carta de alta resonancia política en todos los partidos, por la pureza de su doctrina. Decía con respecto a la misión del partido radical en el poder: “debe rendir culto

a la ley, respetar y ensanchar los derechos del hombre, guardar la dignidad y la justicia con todos, sin distinción de parciales, ni de adversarios”.

Encontrábase en Viña del Mar, de vuelta de un viaje a Europa y Estados Unidos, entregado a sus tareas agrícolas. De ahí le sacó el Gobierno para enviarlo al norte, a desempeñar el importante puesto de secretario del general en jefe, sin sospechar que iba como brulote a herir la susceptibilidad del general Arteaga, que con justicia se mostró frío con él, y prescindió en absoluto de su colaboración.

Como hemos dicho, el Gabinete quería andar ligero.

En Consejo de Ministros se acordaron dos medidas de trascendencia: primero, pasar una nota al general en jefe, expresándole este modo de sentir del Gobierno e instándole a dar mayor actividad a las operaciones; y segundo, enviar secretamente a Antofagasta a don Francisco Puelma para conferenciar con don Rafael Sotomayor, y confeccionar entre ambos el plan de campaña que les sugiriera el estado del ejército y de los recursos acumulados. Este segundo acuerdo se mantuvo en estricta reserva.

El señor Arteaga creyó ver en la comunicación ministerial una censura, Y resolvió dimitir. He aquí una parte de su nota al Gobierno:

“En cuanto a operaciones de guerra soy yo quien debe dirigirlas, pesar sus probabilidades el de buen éxito, y obrar en definitiva en completa independencia, porque si bien privado de ella desaparecerá ante el Gobierno la propia responsabilidad de una aventura, no por eso desaparecería ante el país que ignoraba sus causas y sus determinaciones. Ahora, si mis conocimientos militares, si mi dedicación a la grande obra de que estoy, encargado, obra tan solo de sacrificios, abnegación y patriotismo, no inspiran al Gobierno una confianza plena, paréceme que debiera usar de su poder para darme un reemplazante que le preste mayores seguridades”.

El Gobierno explicó el sentido de la nota del señor Varas, indicándole que no se había pensado en hacerle cargos de ninguna especie.

El señor Arteaga, satisfecho, continuó en sus tareas habituales, disciplinando a los cuerpos, preparando a oficiales y tropa para los rigores de una campaña en el desierto, y más que todo, completando la dotación de armamento, vestuario y equipo, de que carecía en gran parte el ejército.

En estas circunstancias llegan a Antofagasta don Rafael Sotomayor y don Francisco Puelma, el primero de Iquique y de Santiago el segundo, para estudiar en secreto el estado de las fuerzas, y elaborar los planes de campaña convenientes, S. E. el Presidente Pinto entregaba a los paisanos la solución técnica de un complejo problema militar.

Los diarios denunciaron la misión poco decorosa de Puelma y los amigos del general le comunicaron la verdadera significación del viaje de éste; Arteaga era un caballero, cerró los oídos a periodistas y amigos, y dió completa fé a la carta que S. E. le remitió con Puelma, en la cual le decía:

“Don Francisco Puelma, *que va a esa por asuntos particulares*, y le entregará ésta a Ud., le informará detalladamente lo que por aquí ocurre”.

Después de estas líneas del serio y probo Presidente señor Pinto, crea Ud., sin beneficio de inventario, las memorias, diarios, memorandums de los políticos de esa época, destinadas a alivianar responsabilidades, y a preparar sus descargos para el porvenir. No obstante, el historiador señor Bulnes presta fé notarial a estos estudiados documentos escritos para la posteridad, y para resguardo propio.

Puelma y Sotomayor estudian detenidamente el estado del ejército y armada y llegan a la conclusión de que ambos organismos están en buen pie. Puelma tuvo la franqueza de decir al Gobierno que el efectivo de tierra no bastaba para operaciones de mayor aliento, y que debía aumentarse a 10, a 12, y quizás a 20.000 plazas, pues nadie podía adivinar las contingencias del porvenir.

El Gobierno había pedido informes a Williams y a Arteaga, respecto al bloqueo del Callao y el ataque a Iquique.

El Almirante se expide con su habitual y honrada franqueza, negando la eficacia del bloqueo del Callao por las siguientes razones:

1ª La escuadra peruana podía ejercitar la ofensiva a voluntad o en circunstancias imprevistas, propias de toda guerra, eligiendo lugar y tiempo para dar una sorpresa a los bloqueadores.

2ª El bloqueo de un puerto con dos salidas, exige dos divisiones, cada una más fuerte que la escuadra bloqueada.

3ª El bloqueo solo de la boca principal dejaría el Boquerón entre la Punta y San Lorenzo, a merced del enemigo para la salida de los buques ligeros a expedicionar sobre la costa sur, amenazando la extensa línea de comunicaciones chilena.

4ª La incursión de naves enemigas en el mar libre, desorganizaría la línea bloqueadora, si hubiera que perseguir o batir a dichos buques.

5ª La base de operaciones quedaba a distancia insólita, con líneas de comunicaciones a merced del adversario.

6ª La armada carecía de avisos para su contacto con la base.

7ª El aumento que había tenido en cantidad con el ingreso del “Abato”, “Covadonga” y “Toltén” había disminuido en razón inversa la calidad del conjunto.

Por tales antecedentes, el almirante se pronunciaba en favor de la expedición a Iquique, y en último término, por un ataque decisivo al Callao y a su escuadra; pero nada de bloqueo.

Don Rafael Sotomayor fué del mismo parecer respecto a la operación sobre Iquique.

El General en jefe aprobó calurosamente el desembarco en Iquique, para empeñar acción contra las tropas acantonadas en dicha plaza. El enemigo tenía 6.000 hombres en esta línea y con 4.000 que podían venirle de Arica y Tacna, reunía un total de 10.000 combatientes, para batir a los cuales juzgaba necesarios un refuerzo de dos mil quinientos individuos que solicitaba con urgencia para entrar lo más pronto posible en campaña, que él y el ejército deseaban ardientemente.

El general empezó a preparar la movilización de las tropas, y con más ahinco cuando le llegaron los 2.500 hombres solicitados. Radiante de ardor no se daba tregua ni descanso, y comunicaba entusiasmo bélico a todos sus subordinados. No se hablaba de otra cosa en los campamentos y en la ciudad, que de la próxima salida, aunque no se sabía a donde.

He aquí las tropas con que contaba el señor general en el mes de Mayo:

	Ejército	Parciales	Sumas
Artillería	Batallón Artillería de línea	305	
	Regimiento de Marina	673	
Infantería	id. Buin 1º de línea	852	
	id. 2º de línea	685	
	id. 3º de línea	1.992	
	id. 4º de línea	1.096	
	id. Zapadores	395	
	id. Santiago	1.234	
	Batallón movlizado Chacabuco	601	
	id. Naval de Valparaíso	640	
	id. Bulnes	492	
	id. movlizado Valparaíso	350	9.127
Caballería			

Regimiento Cazadores a caballo	493	
Regimiento Granaderos	119	612

Guardia Nacional

Cuerpos cívicos improvisados en el Departamento de Antofagasta.

Artillería			
	Brigada de Artillería de Antofagasta	95	
Infantería			
	Batallón movilizado de Antofagasta	539	
	Batallón N° 2 de Antofagasta	763	
	Batallón de las Salinas	500	
	Batallón de Caracoles	665	
	Brigada de Infantería de Mejillones	50	2612
Caballería			
	Escuadrón Antofagasta		86

Resumen General

Ejército	Artillería e Infantería	9.127		
	Caballería		612	9.927
Cívicos de la zona del litoral	Artillería e Infantería	2.612		
	Caballería		86	2.698
	Suma Total.....			12.625

Notas

I.

Los 2.698 cívicos del litoral no pueden considerarse como fuerza apta para una expedición; apenas se les podría utilizar para servir guarniciones o llenar bajas con los individuos mejor preparados. Carecían no solo de instrucción, sino de vestuario, equipo y aun el armamento estaba incompleto.

II.

De la fuerza disponible hay que restar:

Destacamentos de Loa, Mejillones, Tocopilla, etc.....	932
Reclutas en la instrucción	370
Enfermos en el hospital.....	64
Enfermos en las cuadras.....	212

Total de empleados..... 1.568

III.

Reemplazando los destacamentos y llenando bajas con cívicos de los cuerpos del litoral, el general podía contar, de los 9.927 hombres de fuerza presente, con 8.000 disponibles, listos para la marcha.

El Cuartel General, que tenía la previsión a la experiencia, ordenó una revista general y minuciosa de armamento, vestuario y equipo en todos los cuerpos; un inventario solemne de existencia de municiones en cuarteles, almacenes y aduana; y un balance del ganado de las armas montadas.

Pasadas las listas por los jefes de cuerpo, se evidenció la falta de frazadas, botas, cananas y caramayolas; la deficiencia de vestuario, en especial de capotes y chaquetas de paño para las frías noches de la pampa y las consiguientes camanchacas. La caballería precisaba repuesto de ganado, y existencia regular en Antofagasta para futuras remontas.

La escasa suma de municiones que arrojaron los estados, puso en alarma al general. La división de 8.000 hombres contaba apenas, para iniciar la campaña, con 1.800.000 tiros a bala, que unidos a 600.000 recién llegados, arrojaban un total de 2.400.000, de los que se habían consumido 200.000 en practicar al blanco. Quedaban, en consecuencia 2.200.000 de cartuchos a bala, que distribuidos entre 8.000 infantes, dan un promedio de 275 tiros por plaza.

El general presuponía 400 cartuchos por combatiente, o sean 3.200.000; faltaban en consecuencia millón y medio.

Todavía, el Estado Mayor exigía una reserva en el Parque General de 4.800.000, que estimados con la dotación de la tropa, 3.200.000, formaban un total general de mil disparos por expedicionario, para los futuros combates.

En virtud de los anteriores datos arrojados por los inventarios, el general en jefe, solicitó se le remitieran a la brevedad posible los siguientes artículos, imprescindibles para la iniciación de las hostilidades en territorio enemigo:

Municiones

- 1.800 tiros de artillería de montaña para cañón Krupp.
- 400 tiros de artillería de campaña para id.
- Munición suficiente para la artillería francesa de montaña.
- 40.000 cápsulas para ametralladoras.
- 2.600.000 tiros Comblain, por ahora.
- 30.000 tiros Winchester para Cazadores.

Armas

- 400 carabinas Winchester, 200 para los pontoneros, 200 para la artillería.
- 2 ametralladoras y sus municiones.

Equipo

- 200 caballos, de los cuales 100 aptos para la artillería.
- 50 monturas con frenos y espuelas.
- 200 aparejos completos para las mulas, incluso lacillos, sobrecargas y demás útiles para cargar.

100 cargas odres para agua.
1300 porta mosqueteros para cazadores.
100 maneas.
480 mantas de abrigo para caballos.
480 frazadas.
150 mantas para ensillar.
112 cascos de silla.

Víveres

500 sacos harina tostada.
1000 quintales cebada triturada.

Otros artículos

400 kilómetros alambre gutaperchado para telégrafo.
6 gatas o criquet hidráulicos; dos de movimiento horizontal y dos comunes.
10 docenas palas punta acerada.
4 docenas de zapapicos.

Igualmente, el general hizo presente al Gobierno que el agua, forraje, municiones, etc., que debía conducirse a lomo de mula o en carretas, ascenderían a 301.300 kilogramos, en la forma siguiente:

1° El agua se llevará en 50 toneles con 56.000 litros en carretas; y en 150 barriles con un total de 9.000 litros. Total 65.000 litros.

2° Los 150 barriles pesan 1.150 kilos.

3° Forraje para 1.300 animales del ejército y 1.200 de carguío, a razón de 4 kgs. y 60 gramos diarios, para 4 días, pesa 69.000.

4° Peso de la munición de artillería, sin contar la que ésta lleva en sus cimas, se calcula en 11.500 kgs.

5° Municiones de infantería, 3.450.000 que pesan, 158.700 kgs.

6° Camillas de hospital, boticas, ambulancias, etc., peso calculado 18.400 kgs.

7° Útiles de rancho de los contratistas, 23.000.

8° Tiendas y equipaje, 9.200. Total 30.300 kgs.

El total de municiones de infantería ascenderá a 4.500.000 tiros; de éstos lleva la tropa, 1.050.000, y el resto, 3.450.000 deberán ir en cimas o a lomo de mula.

La tropa llevará igualmente charqui, harina tostada y galletas para los 4 días.

El general anunciaba al Gobierno que la tropa estaba lista, y que esperaba que en los transportes adquiridos por el Gobierno, viniera la totalidad del pedido, y especial las municiones.

La nota del general Arteaga cayó como una bomba. Recién se daban cuenta los civiles que en los diversos planes de campaña ideados en las juntas del Gobierno, habían olvidado las municiones y los bagajes. Efectuadas prolija revistas, se encontraron entre la frontera, Santiago, Valparaíso y Antofagasta, 2.000.000 de tiros o sean 250 para cada uno de los 8.000 soldados listos para el embarco. No quedaba reserva alguna en el país para el caso de la prolongación de la campaña, menos para reponer las pérdidas de una acción desafortunada.

Otro incidente dilatorio se presenta en seguida, de que tampoco se habían apercibido los dirigentes.

El comandante don Patricio Lynch, se había hecho cargo de los vapores “Loa”, “Itata” y “Rimac”, requisados a la Compañía Sudamericana. Para entrar al servicio, necesitaban limpiar los fondos en el dique, rellenar las carboneras en Coronel y enrielar la cubierta en Valparaíso para tomar artillería; según cálculos prudentes, el señor Lynch suponía un mes para estas diversas operaciones.

¿Cómo expedicionar inmediatamente?

El Gobierno quiso aprovechar este lapso, efectuando algunas expediciones parciales a diversos pueblos costeros de Tarapacá, en especial a Pisagua, para apresar su guarnición.

El general rechazó de plano esta nueva concepción gubernativa, por las siguientes razones:

1ª Una expedición a Pisagua, aun afortunada, no traería beneficio alguno.

2ª El Cuartel General descubriría al enemigo la resolución de expedicionar sobre Tarapacá, pues ocupado un punto, era lógico inferir que se procuraría ensanchar la conquista.

3ª Las operaciones parciales fraccionarían el ejército; por estar en todas partes, no estaría en ninguna.

4ª La expedición a Pisagua demandaría el mismo tiempo y mayores pérdidas que la de Iquique, sin los frutos de la captura de esta plaza.

La contestación del general afirmó al Gobierno en la convicción de que no quería salir a campana, cuyas penalidades no se avenían con los achaques de su avanzada edad.

Su reemplazo quedó resuelto en la Moneda, como lo estaba el del almirante; sobre todo cuando declaró enfáticamente que no se movería mientras las tropas no estuvieran debidamente equipadas, para no exponerlas a un fracaso. Consideraba una herejía llevar soldados al desierto árido y caldeado por un sol de fuego, sin un barril, sin un odre para agua, sin mulas, ni carretones para la conducción de agua, víveres y municiones; sin los servicios de ambulancia, de parque, bagaje y maestranza. Más todavía, varios cuerpos no tenían fondos para la confección del rancho y carecían de platos de lata y cucharas para recibir la ración caliente y el café.

Y para colmo de locura, se iba al combate con solo 230 tiros por plaza, sin un solo cartucho de reserva en Antofagasta o en el Sur, para una campaña que podía prolongarse bastante tiempo. Ningún general consciente de su deber, responsable ante la Patria y ante sus conciudadanos de la vida de su tropa, del honor de las armas y de la existencia misma de la República, podía prestarse a una aventura con tropa bisoña, todavía poco entrenada y desprovista de los elementos más indispensables, para expedicionar en un territorio desprovisto de todo recurso, con temperatura tropical durante el día y descensos de 15 y de 20 grados bajo cero en las noches, sin contar con la camanchaca de mañana y tarde que empapa el uniforme y cala al soldado hasta los huesos.

Todos los cuerpos carecían de carpas; algunos tenían capotes; otros ponchos; otros frazadas grises del Tomé. No faltaban batallones con uniforme de brin, únicamente.

Parece que los hombres de Gobierno creían que bastaba ordenar al soldado echar armas al hombro y marchar adelante, para conquistar territorios enemigos.

Por fortuna para la suerte de nuestras armas, todos los planes vinieron al suelo por una noticia sensacional. El general en jefe comunica a la Moneda que el almirante Williams había zarpado de Iquique, rumbo al norte, el día 15 de Mayo, con destino ignorado.

CAPÍTULO IX.

Preparativos bélicos de los aliados hasta el mes de Mayo.

La declaratoria de guerra por parte de Bolivia no se hizo esperar.

El Gobierno la publicó solemnemente por bando el 26 de Febrero de 1879, doce días después de la ocupación de Antofagasta, y, la comunicó por telégrafo a los Ministros extranjeros acreditados en Lima. Estos no se dejaron sorprender y se abstuvieron de poner el hecho en conocimiento de sus representados.

El Ministro boliviano de Relaciones dió tan insólito paso, para evitar la adquisición de armas por Chile en el extranjero.

El Presidente Daza desplegó gran actividad para armar al país contra la invasión chilera; y, los ciudadanos, llenos de ardiente patriotismo, se apresuraron a reconocer cuartel.

Los jóvenes de La Paz y Cochabamba formaron sendos escuadrones de caballería, aportando los voluntarios uniforme, caballo, arreos. La juventud, en especial los estudiantes, dieron alta nota de entusiasmo, por acudir a las filas.

El Ejecutivo presentó algunos mensajes al Congreso, que éste despachó sobre tabla.

El día del bando, 26 de Febrero, se promulgaron dos leyes: La que concedía amplia amnistía política y la que declaraba a la República en estado de sitio, por hallarse la patria en peligro.

Otra ley, de 1° de Marzo, dispuso que los residentes chilenos deberían salir del país en el término de diez días, llevando consigo únicamente sus papeles privados, equipaje y artículos de menaje particular.

Las propiedades muebles e inmuebles de súbditos chilenos quedaban embargadas. Las empresas mineras pertenecientes a chilenos o en las que hubiere accionistas de esa nacionalidad, podían continuar sus giros, a cargo de un administrador nombrado por la autoridad, o con intervención de un representante del fisco, según juzgare conveniente.

Los productos netos de las empresas mineras pertenecientes a chilenos, o de las acciones correspondientes a los mismos, empozarían en el Tesoro Nacional. Este embargo se convertía en confiscación, cuando Bolivia creyera necesaria una retaliación enérgica.

La ley de 28 de Febrero organizó la guardia nacional, dividiéndola en activa y pasiva. Forman la primera todos los solteros y viudos de menos de cuarenta años; y la segunda, los casados y los ciudadanos de cuarenta años arriba.

Tan pronto como la Nación declare al ejército en campaña, la milicia de la 1ª categoría tomará las armas y se trasladará a los campamentos que de antemano le estarán designados.

He aquí la composición de la Guardia Nacional activa:

Infantería

DEPARTAMENTO DE LA PAZ

Batallones La Paz, Omasuyos, Pacajes e Ingavi, Tungas, Sicasica, Inquisivi, Larecajas y Muñecas.

DEPARTAMENTO DE ORURO

Batallones Parias y Carangas.

DEPARTAMENTO DE COCHABAMBA.

Batallones Cochabamba, Tapacarí, Gliza, Tarata, Totorá, Arque y Chaparé.

DEPARTAMENTO DE POTOSI

Batallones Potosí, Porco, Chayanta, Colquechaca. Chorolque y Chichas.

DEPARTAMENTO DE CHUQUISACA

Batallones Sucre (Cazadores), Cinti y Iamparez.

DEPARTAMENTO DE TARIJA

Batallones Tarija y Tomayapo.

Caballería

DEPARTAMENTO DE COCHABAMBA

Escuadrones Punata y Misque.

DEPARTAMENTO DE CHUQUISACA

Escuadrones Padilla y Azero.

DEPARTAMENTO DE TARIJA

Regimientos San Lorenzo, Concepción, Salinas y San Luis.

DEPARTAMENTO DE SANTA CRUZ

Regimientos Santa Cruz, Valle Grande y Cordillera.

Artillería

DEPARTAMENTO DE ORURO

Batallón Oruro.

Además de estos cuerpos, se forma uno de preferencia, de rifleros a caballo, titulado *Legión Boliviana*, compuesta de jóvenes voluntarios, armados y montados a su costa. Jefe: El capitán General.

El ejército de línea de Bolivia constaba de dos mil plazas, distribuidas en tres cuerpos de infantería, N° 1, 2 y 3; dos de caballería, *Húsares* y *Coraceros* y una sección de artillería de dos piezas.

El 1 de infantería usaba Remington; el 2 y 3 Martini-Henry; la caballería disponía de sable y carabina Remington y la dotación del trozo de artillería constaba de dos cañones de montaña y 4 ametralladoras.

El N° 1 *Colorados* gozaba de la preferencia del Capitán General, que sobre él basaba la dictadura. Se componía este cuerpo de soldados aguerridos, de clases que habían figurado en los diversos motines y tiroteos de cuartel, y de oficiales enteramente adictos al Dictador. Muchos suboficiales y tropa gozaban renta de mayor, capitán u oficial subalterno, por haber tenido estos empleos durante el apogeo de algún caudillo, que les había arrastrado en su caída a la categoría de, *indifinidos*, o simplemente habían ascendido por gracia del jefe.

El 1° de Marzo se publicó la ley que declaraba al ejército en campaña, movilizaba la guardia nacional y dividía las tropas en seis divisiones, en el siguiente orden de batalla:

Marzo 1° de 1879.

EJERCITO DE LINEA

Comando Supremo.

Capitán General y en jefe del Ejército, el Capitán General Presidente de la República, don Hilarión Daza.

Ayudantes Generales del Capitán General.

Coronel Luciano Mendizábal; graduado José R. Avila, Angel Zarco, Bonifacio Pacheco y Pablo Quiroga.

Ayudantes Primeros.

Tenientes Coroneles Federico Guillen, Salustiano Trigo, José E. Vizcarra, José María Guzmán; graduados Cleto Pérez, Mariano Calvimonte, Napoleón Quijano y Guillermo Martínez.

Ayudantes Segundos.

Comandante, Francisco J. Villegas, Casto I. Suárez y Néstor E. Romero.

Ayudantes de Camino.

Capitán graduado Daniel L. Pedregal.

Tenientes segundos, Manuel de la Quintana y Manuel Canseco.

Subteniente, José R. Quiroga.

Estado Mayor General.

Jefe-General de Brigada Manuel Othon Jofré.

Ayudantes Generales.

General de Brigada, Juan Mariano Mujía.

Coroneles Miguel Armaza, Ignacio Ceballos y Uladislao Silva.

Primeros Ayudantes.

Coronel Emilio Silva; graduado Gavino Mangudo, Luciano Revilla, Manuel Vila y Corsino Balsa.

Tenientes Coroneles, Zacarías Alve y graduado José I. España.

Segundos Ayudantes.

Comandante, Belisario Ruiz; graduado, Benjamín Palzi y Gregorio Alarcón; Sargentos Mayores, Eduardo Gutiérrez y, Luis Ortega.

Adjuntos.

Mayores graduados, Eloy C. Pérez, Melchor Argandoña, Juan Velasco N, Manuel S. Velasco. Ayudante privado del J. de E. M. J., teniente 2.º graduado Juan Othon Jofré.

Sección de Ingenieros y Estadística.

Jefe de la Sección: General Juan Mariano Mujía, adjunto, coronel graduado Lucindo Revilla.

Cuartel Maestro General.

General, Manuel de C. Pomimier; 1er ayudante, coronel José María García; segundo, id. graduado Francisco Solís, teniente coronel graduado Tuburcio R. Ponce, comandante José de la Viña; auditor general de Ejército, doctor Pedro H. Vargas.

Servicio Sanitario.

Cirujano Mayor del Ejército, doctor Donato D. Medina, inspector y director de Ambulancias. Dr. Constantino Medina, médico del Cuartel General y cirujano de los cuerpos de servicio.

Parque General.

Jefe del Parque y Convoyes, coronel graduado Zenón Ocampo; adjuntos, mayores graduados Valentín Delgado, Manuel S. Velasco y Simón Rentería; teniente 2º graduado Asencio Barrón.

Comisaría General.

Comisario General, coronel José Iriondo; oficial mayor Modesto Ramírez, oficial primero contador, Genaro Cueto, cajero Jorge Olmos, auxiliar José María Hermosa.

Servicio del Culto.

Vicario General, monseñor Manuel Facundo Castro.

1ª División.

Comandante, General de División Carlos de Villegas.
 Jefe del Estado Mayor Divisionario, coronel Exequiel de la Peña.
 Primeros Ayudantes, coronel graduado Pablo Idiaquez y teniente coronel Angel María Guzmán;
 segundo, comandante graduado, Rufino Gutiérrez.
 Ayudante del Comandante General, subteniente Zoilo Rivera.

Cuerpos de la 1ª División.

Batallón Daza Granaderos de la Guardia. (Colorados)			
Comandante, coronel Ildefonso Murguía, con.....	50	oficiales y	540 soldados
Batallón Paucarpata, 2º de La Paz..			
Comandante, coronel Pablo Idiaquez, con.....	36	id. y	400 id.
Batallón Olañeta, 2º Cazadores de la Guardia,			
Comandante, coronel Julián López, con.....	31	id. y	439 id.
Regimiento Bolívar, 1º de Húsares, con.....	30	id. y	251 id.

2ª División.

Comandante, General de Brigada, Casto Arguedas.
 Jefe de Estado Mayor Divisionario, coronel Claudio Rada.
 Primeros Ayudantes, coronel Jacinto Virreira, id. graduado Gavino Valle; segundo, teniente coronel graduado Manuel Glanre, adjunto sargento mayor Manuel Cordero.
 Ayudante del Comandante General, mayor Rodolfo Guilarte.

Cuerpos de la 2ª División.

Batallón Sucre N.9 2, Granaderos de la Guardia,			
comandante, coronel Rudecindo Niño de Guzmán, con...	41	oficiales y	500 soldados
Victoria 1º de La Paz, comandante coronel Juan			
Granier, con.....	37	id. y	500 id.
Batallón Dalence, Carabineros 1º de Oruro,			
comandante coronel Donato Velásquez, con.....	38	id. y	500 id.
Regimiento de Artillería Santa Cruz, comandante, coronel			
Adolfo Vásquez (2 cañones, 4 ametralladoras), con.....	26	id. y	200 id.

3ª División.

Comandante, General de Brigada, Pedro Villamil.
 Jefe de Estado Mayor Divisionario, coronel Claudio Sánchez
 Primeros Ayudantes, coronel Narciso Tablares y graduado Quintín Sains; adjunto, capitán graduado Ladislao Oquendo.
 Ayudante del Cuartel General, Comandante graduado Lorenzo Acosta.

Cuerpos de la 3ª División.

Batallones Illimani, Cazadores 1º de la Guardia,			
comandante coronel Ramón González, con.....	37	oficiales y	500 soldados

Batallón Independencia, 3° de La Paz, comandante coronel Pedro Vargas, con.....	35	id.	y 400	id.
Batallón Vengadores, 3° de Potosí, comandante Federico Murga, con.....	26	id.	y 506	id.
Escuadrón Escolta, 1° de Coraceros, comandante coronel Melchor González, con.....	6	id.	y 62	id.

División Vanguardia o Legión Boliviana.

Jefe, S. E. Capitán General, don Hilarión Daza.				
1er Ayudante, coronel graduado Miguel Aguirre.				
2° Ayudante, comandante Benedicto Rodríguez.				
1er Escuadrón Murillo, Rifleros del Norte, comandante coronel Juan Saravia, con.....	31	oficiales	y 253	soldados
2° Escuadrón Rifleros del Centro, comandante, coronel Eleodoro Camacho, con.....	27	id.	y 200	id.
3er Escuadrón Libres del Sur, Rifleros del Sur, comandante coronel I. Castro Pinto, con.....	25	id.	y 200	id.

Esta División vino al Perú a cargo del General don Juan José Pérez, veterano de la Independencia, con 51 años de servicios en las filas. Herido en Socabaya, como teniente, y en Yungay, como capitán, ganó uno a uno sus galones por servicios positivos.

Después de un altercado con Daza, huyó a Lima, pues el dictador lo hacía buscar para degradarlo. Depuesto Daza, volvió a Tacna, y cayó como bueno en el campo de la Alianza, en el puesto de jefe de Estado Mayor del Ejército de su patria.

Los jefes de estas cuatro divisiones recibieron orden de no omitir esfuerzos para alistar a su tropa; debían concentrarse en La Paz, para marchar cuanto antes a reforzar el ejército peruano acantonado en la línea Arica-Tacna.

4ª División. (En Cochabamba)

Comandante, General de Brigada, don Luciano Alcoreza (hijo).

Cuerpos:

Batallón Oropesa 1° de Cochabamba.

Batallón Aroma 2° de Cochabamba.

Batallón Padilla, 4° de Cochabamba.

Escuadrón Junín, 3° de Coraceros.

Escuadrón Libertad, 4° de Coraceros.

5ª División. (En formación en el Sur)

Comandante General de División, Narciso Campero.

Jefe de Estado Mayor Divisionario, coronel Francisco Benavente; 1er Ayudante, coronel Exequiel Apodaca.

Cuerpos de la 5ª División.

Batallón Bustillos, 1° de Potosí.

Batallón Ayacucho, 2° de Potosí.
Batallón Chorolque, 4° de Potosí.
Batallón Tarija, 3° de Granaderos.
Escuadrón Méndez, 2° de Coraceros.

Se decretó también la formación de una 7ª división, que quedó en el papel, formada con los fugitivos del Litoral. Dicha unidad debía componerse de los Batallones Antofagasta, Mejillones y Caracoles; y el escuadrón Rifleros de Atacama.

La movilización del ejército costaba caro y las arcas fiscales sufrían de anemia crónica.

Daza no repara en pelillos. Echa mano de las propiedades de los chilenos expulsados, realiza las pulperías de sus establecimientos y liquida los minerales en cancha de Huanchaca, Colquechaca, Corocoro y demás faenas chilenas intervenidas por las autoridades. El rendimiento sufrió recias mermas al pasar por manos de síndicos e interventores. Un compadre del dictador, don Otto Richiter, obtuvo una comisión de 200.000 bolivianos en 5 meses, con la venta de los minerales en cancha, de Corocoro.

Los nacionales no salen tampoco bien parados. La ley de 19 de Marzo de 1879, ordena levantar un empréstito forzoso por departamentos, cuyas cuotas se fijan en las siguientes sumas:

La Paz	350.000
Oruro	120.000
Chuquisaca	100.000
Cochabamba	160.000
Potosí	200.000
Tarija	30.000
Santa Cruz	10.000
	1.000.000

Los prestamistas reciben bonos a la par, con 6% de interés anual.

Los empleados públicos caen también bajo la guadaña. Una ley con efecto retroactivo declara que desde el 1.9 de Marzo todos los empleados civiles y eclesiásticos sufrirán los siguientes descuentos en sus sueldos y pensiones:

De 300 a 800 Bs	10%
De 800 a 2.000 Bs20%
De 2.000 a 5.000 Bs25%
De 5.000 adelante	3ª parte

No tienen descuento los sueldos y pensiones inferiores a 300 Bs. anuales.

El Banco Nacional concedió un préstamos de 600.000 al 6%.

Como necesitaba uniformar al ejército, y la internación de géneros se hacía por el Perú, el Capitán General decomisó toda la bayeta existente en el país, de fabricación nacional, medida que le dió con creces buena vestimenta, eso sí, con los colores chillones que hacen las delicias de las cochabambinas: verdes, amarillos y colorados.

Los batallones de línea 1, 2 y 3 usaban rifle de retrocarga, Remington y Martini-Henry; los demás distintos sistemas, hasta el anticuado de cazoleta. Al poco tiempo, se uniformó el armamento con dos partidas Remington de 3.000 y 2.000, llegados de Estados Unidos, vía Mollendo - Titicaca.

El calzado consistía en chalitas, o sandalias de cuero crudo, que fabrica cada cual.

El Gobierno consumió las primeras semanas de Abril en preparar el viaje del ejército a Tacna. Al principio, de acuerdo con el Ministro Quiñones, Plenipotenciario peruano en La Paz se había proyectado hacer el trayecto de La Paz a Chililaya, atravesar el lago Titicaca en los vaporcitos del

empresario Speedy, a quien se adelantaron 100.000 bolivianos; seguir después por el ferrocarril de Puno, a Arequipa y Moliendo, y desde este puerto, por mar o tierra, a la línea Tacna-Arica.

A última hora se reemplazó este itinerario por el de La Paz, Desaguadero, Mauri, y el valle del Caplina, hasta Tacna. Leguas más o menos, nada significan para el indio boliviano, habiendo coca y cancha, o maíz tostado.

El Domingo 13 de Abril tuvo lugar en la plaza de La Paz una solemne misa de campaña, oficiada por el Arzobispo de Cochabamba, con asistencia de S. E. el Presidente de la República, los Ministros del Despacho, empleados superiores, vecinos caracterizados y todo el ejército.

Terminada la ceremonia, el Presidente dirigió a los batallones una sentida alocución, que conmovió a la concurrencia; luego colocó en el cuello de la Virgen de Copacabana la banda presidencial, y su espada a los pies de Nuestra Señora de La Paz.

El 16 se celebró análoga fiesta presidida por el obispo de la Capital en la cual las señoras repartieron escapularios, a Jefes, Oficiales y tropa.

Después se llevó a cabo la procesión de la Virgen de Lourdes, cuyas andas fueron cargadas por las más distinguidas damas, una de las cuales era la mujer de S. E.

Por fin, el 18 de Abril formaron en la plaza de La Paz las tropas de las Divisiones 1ª, 2ª, 3ª y Legión Boliviana, para ser revistadas por el Capitán General y emprender seguidamente marcha sobre Tacna.

El general Daza había delegado el mando en el Consejo de Ministros, compuesto de los señores Pedro José de Guerra, Eulogio Doria Medina y Julio Méndez

El ejército desfiló por las calles atestadas de gente hasta la Garita, en donde hizo alto para que las familias se despidieran de los deudos que iban a campaña.

Siguió después la penosísima marcha a través de la cordillera, cruzando los ríos Desaguadero y Mauri, para caer al valle del Caplina, por el Tacora, Calientes, Pachía y Calana, y entrar a Tacna el Miércoles 30 a las 12 M.

El ejército recorrió los 450 kilómetros que separan a La Paz de Tacna, en 12 días, a razón de 37 1/2 kilómetros diarios, por agrios caminos, cordilleras fragosas, bajando quebradas profundas y ascendiendo alturas de 3.000 y 4.000 metros.

Las historias militares no consignan marchas semejantes, ni aun en circunstancias muy favorables.

El Ministro de la Guerra y Jefe de Estado Mayor General, General don Manuel Othon Jofré, se adelantó para pedir al alcalde del Consejo Provincial, tuviera a bien colocar en los balcones de la casa consistorial, el retrato de S. E. el Presidente del Perú, para que el ejército boliviano le hiciera los honores correspondientes a su paso.

A la una menos veinte minutos de la tarde, entró el Capitán General, señor Hilarión Daza, acompañado de los consejos Departamental y Provincial, que en corporación y a caballo marcharon a recibirlo a las afueras de la ciudad. Seguían los edecanes, ayudantes, Estado Mayor General y un pelotón de coraceros.

Terminado el desfile de la comitiva presidencial, descendieron por la calle de Comercio, pasaron por delante del Consejo Provincial, e hicieron los honores al retrato del Presidente Prado, las tropas bolivianas en columnas de honor.

En la tarde S. E. fué visitado en su alojamiento, por el contralmirante don Lizardo Montero, comandante militar de Arica, por los Consejos del Departamento y, Provincia, por el prefecto don Carlos Zapata, y por distinguidos vecinos de la localidad.

El 30 entraron a Tacna únicamente el Cuartel General, Estado Mayor y las Divisiones 1ª, 2ª y 3ª, con el siguiente efectivo:

Capitán General..... 1

General de División.....	1
Generales de Brigada.....	5
Jefes.....	124
Oficiales.....	383
Cirujanos.....	15
Capellanes.....	2
Tropa.....	5.451
Total general de combatientes de Capitán	
General a tambor.....	5.992

El 11 de Mayo arribaron a Tacna, el batallón Olañeta, compuesto de 500 plazas; y el escuadrón lanceros de Luribay, con 113 jinetes.

La 4ª división que venía directamente de Cochabamba, llegó a Pocollay a la semana siguiente y recibió orden de permanecer en este cantón, mientras se le arreglaban cuarteles en la ciudad, adonde entró el 29 de junio a ocupar los cuarteles de la División Villegas, que partió por tren a Arica el 13 de Mayo, y de ahí siguió a pie hasta Pisagua.

Preparativos peruanos.

Las fuerzas, de línea del Perú ascendían en 1879, a siete mil plazas, según la publicación de fines de este año del estadístico oficial señor Clavero.

Este total se descomponía así:

Oficiales de guerra y marina, escuelas, parque, maestranzas, etc., etc, etc.	547
Ejército de línea.....	5.613

6.160

De estos 6.160 hombres, 25 eran generales y 2.654 jefes y oficiales en servicio activo y retiro; estos últimos disponibles para ser llamados en caso necesario.

El ejército de línea constaba de ocho batallones de infantería, numerados del 1 al 8; de tres regimientos de caballería, denominados Húsares de Junín, Lanceros de Tarata y Guías; y de dos regimientos de artillería, el de Campaña N° 1 y el 2.

La infantería usaba rifle de retrocarga; la caballería carabina, o lanza y sable; y la artillería, piezas Krupp a razón de ocho por batería,

Contaban además las fuerzas de tierra con la guardia nacional, cuyo efectivo ascendía a 65.000 hombres.

Con respecto a la marina, oportunamente daremos sus efectivos.

El Gobierno tenía diseminados los cuerpos de ejército en diversas guarniciones del país, atento a evitar desórdenes políticos o pronunciamiento de cuadrillas.

Pero en cuanto las relaciones entre Bolivia y Chile tomaron mal cariz, el general Prado empezó a concentrar los cuerpos en Lima, Arequipa e Iquique, preparándose para las contingencias que veía acercarse.

Las febriles actividades bélicas desarrolladas por el Gobierno peruano alarmaron justamente a nuestro Ministro en Lima.

El señor. Joaquín Godoy, con justicia llama la atención del Ministro de Relaciones Exteriores del Perú, en nota de 17 de Marzo, al considerable aumento que ha recibido el ejército, que se, eleva a una cifra que sobrepasa, a la requerida por el servicio ordinario, a que una fuerte división bien armada y

aprovisionada ha sido aproximada al sitio de la contienda chileno-boliviana; que las naves que componen la armada se concentran, se equipan y se aprontan como para abrir una campaña, aumentando aceleradamente su dotación, reforzando su armamento, embarcando municiones, víveres y combustibles y entregándose a frecuentes y no usuales ejercicios; que nuevos buques han sido pedidos aceleradamente a Europa para reforzar la escuadra; las fortalezas que defienden la plaza del Callao y dan abrigo a la escuadra, se artillan y aglomeran gente para su servicio, acopian materiales, ejercitan diligentemente su artillería y se aprestan en una palabra, para sostener combate.

Tan convencido estaba el señor Godoy de la próxima ruptura con el Perú, que insinuó al Gobierno la captura del transporte “Limeña”, que conducía a Iquique la división Velarde, con abundante copia de armamentos, municiones y víveres, para echar las bases en esa ciudad de un núcleo de fuerzas, capaz de contener los ímpetus de Chile, para tentar la captura de la plaza.

El Gobierno no se atrevió a dar este paso, temeroso de la resonancia que tendría en los países de América, en varios de los cuales la voluntad no era deferente con nosotros.

El derecho internacional tenía entonces leyes fijas, que se aplicaban con rigor a los países débiles, se entiende; y seguirán aplicándose a los chicos. Más tarde el Japón en las guerras con China y con Rusia rompió las hostilidades, destrozando las escuadras enemigas sin previa declaración; en 1914, el ejército alemán atravesó las fronteras del Luxemburgo y Bélgica, sin declaratoria de guerra y decretó la anexión de este reino, sin plebiscito ni consulta a sus habitantes.

El derecho internacional se invoca cuando conviene a los poderosos; e igualmente los tratados. Estos pasan a simples hojas de papeles cuando así se quiere.

En Enero de 1879, se encontraban en Lima, el Batallón Ayacucho N° 1 del Perú; el N° 5, Cazadores del Cuzco; el Puno N° 6, el Cazadores de la Guardia N° 7 y el Lima N° 8; el Regimiento de Artillería de Campaña; y los de Caballería, Húsares de Junín que fué traído del Departamento de la Libertad y Lanceros de Torata, de su guarnición de Lambayeque.

El Dos de Mayo sale de Ayacucho, atraviesa la cordillera, y junto con el Regimiento Guías de caballería, acantonado en Ica, baja al puerto de Pisco donde se alista para embarcarse.

El Zepita N° 2, que guarnecía al Cuzco, recorre a pie el trayecto de esta ciudad a la estación de Juliaca, del ferrocarril de Puno, en donde se embarca para Arequipa y Mollendo. En este puerto espera órdenes.

El prefecto de Arequipa, coronel Bezada, moviliza las gendarmerías de Arequipa y Puno y un batallón de guardias nacionales.

En Enero empezó el alistamiento de las fortalezas del Callao, poniéndose en pie de guerra, los fuertes Santa Rosa, (antiguo San Rafael, español), Independencia (ex Real Felipe) y Ayacucho (ex San Miguel); la torre blindada de Junín; el torreón Manco Capac; y las baterías Maipú, Zepita, Provincial, Abtao y Pichincha, macizas defensas de antigua data.

Inicióse también la construcción de nuevas baterías, en especial la de la Punta, artillada más tarde con dos cañones de a mil, que dieron que hacer a la escuadra bloqueadora.

El Gobierno pidió por cable a Estados Unidos gruesas partidas de armamento, con fecha 1° de Marzo. El encargo comprendía cañones de grueso calibre para la fortificación de las costas; torpedos, dos lanchas torpederas, y 5.000 rifles Peabody, con su correspondiente dotación de municiones.

El armamento menor fué acarreado desde fines de Marzo por los transportes, que lo embarcaban libremente, a la luz del día, en Panamá, capital del Estado de su nombre, cuyo Gobernador, don Genaro Ortega, había recibido una gruesa subvención del Gobierno del Perú.

Mientras llegaba la artillería de costa, se habilitaron las piezas en las fortalezas del Callao, que se emplearon en el combate de 2 de Mayo de 1866 contra la escuadra española; y se dotó a los fuertes con comunicación eléctrica.

Baterías del Sur.- Dos piezas Armstrong de 300 libras; dos de 500 libras Blakeley; 20 de a 68; 18 de 32.

Batería del Oeste.- 20 cañones de 68.

Baterías del Norte.- Dos piezas Armstrong de 300 libras, torre giratoria; una batería al norte de ésta, de 10 cañones de a 32.

Baterías del Oriente.- Una con dos Blakeley de a 500; y otra, con 20 de a 68.

En casamatas estaba depositado desde fines de 1866, el siguiente armamento grueso, rayado, procedente de Estados Unidos, después de la retirada de los españoles de las costas del Pacífico, que fueron izadas y montadas en breve tiempo:

2	cañones Rodman de 29"
21	" " de 15"
16	" " de 10"
1	" Blakeley de a 11"
1	" Vavaseur de a 9"
13	" Dallgreen de a 8"
7	" Parrot de a 8"
4	" " de a 6.10"
4	" " de a 5"
4	" " de a 4.10"

Algunos autores aseguran que la pólvora escaseaba para el servicio de la artillería, guardando en almacenes la cantidad apenas suficiente para saludos; (Langlois, *Influencia del Poder Naval*, pág. 227. Valparaíso, 1911.) debe haber un error, pues a fines de 1878 y principios de 1879, la fábrica nacional de Bellavista funcionaba con numeroso personal.

El Gobierno del Perú, bien instruido de lo que ocurría en Chile, por su Ministro Lavalle, se convenció de que la guerra era inevitable, llegado el momento de declarar la efectividad de la existencia del tratado secreto, u de declarar la neutralidad en la contienda chileno-boliviana, cosas ambas que llegarían antes de expirar el mes de Marzo.

En consecuencia, el Presidente Prado tomó las medidas conducentes a encarar la situación. Por de pronto, creyó de urgencia organizar un ejército, que sirviera de custodio a Tarapacá; establecer en Arica una segunda línea de concentración, apoyada en las fortificaciones que se levantaban en este puerto; y movilizar la gendarmería de la capital y tres cuerpos de la guardia nacional, con la designación de Batallones Provisional de Lima, N°. 1, 2 y 3.

Para guarnecer a Tarapacá, zarpa del Callao el 7 de Mayo de 1879, el transporte "Limeña", conduciendo una división de 1.000 hombres veteranos, compuesta de los batallones 5° Cazadores del Cuzco, y Puno N° 7, o Cazadores de la Guardia.

Una batería de artillería de 4 piezas de a 7 centímetros.

Además, 30.000 raciones; 150.000 tiros de guerra; 1.000 rifles para armar la guardia nacional de Iquique, y pertrechos para las guarniciones de Mollendo y Arica.

Mandaba la división el coronel don Manuel Velarde, que llevaba como jefe de Estado Mayor al coronel don Agustín Moreno.

Esta era la división, cuya captura recomendaba nuestro Ministro en Lima, don Joaquín Godoy.

El 17 de Marzo, todavía en plenas conferencias en Santiago, el vapor "Limeña" vuelve a zarpar del Callao, rumbo al Sur. Lleva a bordo al coronel don Belisario Suárez, jefe de la 2ª división, a su jefe de Estado Mayor, y ayudantes, y al Húsares de Junín, que la "Pilcomayo" había traído de Salaverry el 13 del mismo mes.

Además, una brigada de artillería de dos baterías, víveres, pertrechos y cañones de costa.

El vapor tocó el 20 en Pisco, para embarcar al batallón Dos de Mayo, bajado de Ayacucho, y al Escuadrón Guías, que se hallaba en el puerto procedente de Ica.

En Moliendo tomó a bordo al Zepita N° 2, y zarpó en dirección a Arica para recoger 102 individuos de la 5ª compañía del Batallón Ayacucho N° 1.

El transporte zarpó a la una y media de la mañana, y largó anclas en Iquique en la tarde del 30, procediéndose al desembarco con toda celeridad.

En Arica quedó el coronel don Emilio Castañón, pasajero del “Limeña”, para ubicar las baterías que debían defender el puerto, tanto por tierra, como por mar.

El señor Castañón, técnico en artillería, hizo estudios de su arma en Europa, y transformó los rifles Chassepot de aguja en espiral, en un arma de retrocarga, mucho más segura, que lleva su nombre.

Todavía resonaban los ecos de las bandas de la 2ª división en Iquique, y ya se despachaba al mismo puerto una 3ª a Cargo del general don Manuel González de La Cotera, jefe instruido con buenos estudios en el viejo mundo, ex-miembro del Parlamento, y situación social distinguida por su nacimiento y finas maneras.

En la noche del 1º al 2 de Abril abandona la rada del Callao el transporte “Chalaco”, con la división La Cotera, compuesta de los batallones Puno N° 6 y Lima N° 8, una batería de artillería de 4 piezas y el resto del regimiento Húsares de Junín, 2 cañones de a 250 y 2 de a 100, para fortificar a Arica, cuyos trabajos dirige el coronel don Arnaldo Panizo.

El sábado 5 en la tarde arriba el transporte a Arica, en donde La Cotera, espera órdenes, dado el estado de guerra.

El 7, el “Chalaco” sigue a Pisagua, en donde desembarca a La Cotera, y su tropa en 54 minutos, antes que se apercibiera la escuadra chilena bloqueadora de Iquique. En Pisagua tomaron tierra varios voluntarios tacneños, que venían a ofrecer sus servicios, entre ellos los señores Oviedo y Blondel, que ingresaron al ejército.

La Cotera marchó por tierra a Iquique, dejando en Pisagua al Húsares de Junín, desmontado.

Apenas de regreso, el capitán Villavicencio, comandante del “Chalaco”, recibe orden de tocar en Arica, y embarcar al coronel don Alejo Bezada, prefecto de Arequipa, que había organizado una pequeña división, poniendo en campaña a los gendarmes de dicha ciudad y de Puno y movilizándolo un batallón de guardias nacionales, con los que enteró un efectivo de 1.750, en esta forma:

Batallón Celadores de Arequipa.....	600 plazas
Batallón Celadores de Puno.....	600 “
Batallón Guardias Nacionales de Arequipa...	550 “
Total.....	1.750 plazas

El coronel Bezada hizo el trayecto de Arequipa a Mollendo por ferrocarril; pero marchó a pie, desde este puerto a Tacna, para continuar por ferrocarril a Arica.

La concentración de importantes fuerzas en Iquique, hizo necesario el nombramiento de general en jefe, para familiarizarse con ellas, y luego dirigir la campaña próxima a abrirse.

Después de muchas cavilaciones, Prado pensó en el general Pezet, su émulo político, que vivía en Chorrillos, alejado del bullicio y de la política.

“Cuando la guerra con Chile, dice Markham, (A history of Perou, Chicago, 1892) su antiguo opositor, el general Prado, dijo a sus Ministros, que el hombre más apropiado para tomar el mando en jefe del ejército de la República, era el general Pezet. Dice que, cuando a éste, muy decaído de salud, se le propuso por el Ministro don M. F. Paz Soldán, en nombre del Presidente ese importante puesto, volteándose a la pared, replicó: “Diga Ud. a Prado, que al asno muerto, la cebada al rabo”.

El general don Juan Antonio Pezet habría sido un formidable enemigo para Chile, dada su ilustración, talento y experiencia.

Nacido en 1810, hizo las campañas de la independencia con San Martín, empezando su carrera como cadete. Estuvo en Junín y Ayacucho; en las campañas contra Bolivia y el Ecuador. A la muerte del Presidente San Román, se hizo cargo del poder ejecutivo, como 1er vice en ejercicio. Más, Prado y la opinión pública le derribaron por la desgraciada convención celebrada entre Vivanco y Pareja, a bordo de la “Villa de Madrid”, que aprobó por sí y ante sí, sin consulta al Congreso.

Ante la negativa de Pezet, el Gobierno nombró comandante en jefe del Ejército del Sur, al general don Juan Buendía, militar recto, de 65 años de edad, y muy conocedor de los jefes y oficiales del ejército.

Se embarcó en el Callao, el 5 de Abril, día de la declaratoria de guerra, con su jefe de Estado Mayor, general don Pedro Bustamante, caballero anciano, pero ágil y buen oficinista.

Hubo de desembarcar en Chala, porque el vapor estaba lleno de chilenos que regresaban a su patria y sé temió el desmán de algún exaltado. Se dirigió por tierra a Arica, dándose un galope de sesenta leguas. Salió del Callao el 3 de Abril y el 12 encontrábase en su puesto en Iquique.

El 13 presentaba el ejército el siguiente orden de batalla:

Cuartel General.

Jefe.- General de División don Juan Buendía.

Ayudantes..... 6.

Estado Mayor General.

Jefe.- General de Brigada don Pedro Bustamante.

Subjefe, coronel don Antonio Benavides.

Ayudantes..... 14.

Se compone de cuatro secciones:

La 1ª a cargo del coronel graduado don Francisco Bolognesi; la segunda a cargo del coronel graduado don Santiago Contreras; la tercera a cargo del coronel graduado don Manuel Carrillo y Ariza; y la cuarta del coronel graduado don Manuel Zeballos.

1ª División.

Jefe, coronel don Manuel Velarde.

Jefe de Estado Mayor, coronel graduado, don Federico Ríos.

Batallón Cazadores del Cuzco N°5, comandante don Víctor Fajardo..... 392 plazas

Batallón Cazadores de la Guardia o Cuzco N° 7, comandante don Alejandro Herrera..... 363 “

2ª División.

Jefe, coronel don Belisario Suárez.

Batallón Zepita N° 2, comandante don Andrés Avelino Cáceres..... 618 “

Batallón 2 de Mayo, comandante don Manuel Suárez..... 409 “

3ª División.

Jefe, coronel don Alejo Bezada.

Jefe de Estado Mayor, coronel graduado, don Augusto Freire.

Gendarmes de Arequipa y Guardia Nacional Arequipeña..... 559 “
(Los gendarmes de Puno quedaron en Arica)

División Vanguardia.

Jefe, general de brigada don Manuel González de La Cotera.
Batallón Puno N° 6, comandante Ramírez..... 350 “
Batallón Lima N° 8, comandante don Remigio Morales Bermúdez..... 391 “
Una Compañía Caballería del Regimiento Húsares de Junín..... 48 “

Artillería.

Dos baterías, de ocho piezas de bronce cada una, coronel graduado, don Emilio Castañón.

Guardia Nacional.

Columna Naval, comandante don Carlos Richardson..... 203 “
Columna de Honor, coronel don Juan de Dios Hidalgo..... 94 “
Batallón Iquique, comandante don Alfonso Ugarte..... 357 “
Columna Loa (bolivianos trabajadores de las salitreras)..... 286 “

Destacamento de Pisagua.

Batallón Ayacucho N° 1, comandante don A. Manuel Prado..... 300 “
Una compañía de la Columna Guardia Nacional de Arequipa..... 120 “
Total..... 4.672 plazas

En los alfalfaes de la quebrada de Tarapacá forrajeaban los escuadrones Guías del comandante González, Y Húsares de Junín, del comandante Ramírez, casi todos desmontados; y el escuadrón Tarapacá, en formación, mandado por el coronel Castilla.

El contraalmirante don Lizardo Montero tenía mil hombres, más o menos, para cubrir la guarnición de Arica, espaldeado desde el 30 de Abril por el ejército boliviano acantonado en Tacna.

De los mil defensores de Arica, unos 300 pertenecían a unidades de línea, 60 a la artillería y 240 a las columnas gendarmes de Tacna y Policía de Tacna. Los 700 restantes eran cívicos movilizados de Tacna y Arica y un escuadrón de caballería reclutado en el valle de Lluta.

Lima y Callao tenían unos 6.000 hombres de guarnición, en gran parte reclutas, destinados a completar los cuadros dejados por los cuerpos de línea que marcharon a reforzar el ejército del sur.

El general Prado se entregó de lleno a la defensa nacional, secundado por jefes laboriosos que tenía a su lado, y presionado por las masas populares cada día más entusiastas para hacer la guerra a Chile. El patriotismo se desbordaba en mítines, desfiles y demostraciones callejeras, en las cuales trataban de obligar al general Prado a ir a ponerse a la cabeza del ejército para barrer con los chilenos que hollaban el suelo de la noble aliada en Antofagasta.

La llegada del general Daza con su ejército al teatro de las operaciones, exaltó el espíritu levantisco de los limeños; que consideraban deprimente para el orgullo nacional, que las tropas perúbolivianas combatieran al enemigo bajo las órdenes de Daza, general en jefe aliado, pero extranjero.

El Congreso, la prensa, los altos jefes del ejército y armada fueron de la misma opinión. Prado resolvió marchar al sur a tomar el mando supremo de las tropas aliadas. El Congreso le concedió licencia para ponerse a la cabeza de las tropas, salir del territorio nacional si era preciso y aumentar las fuerzas de mar y tierra sin limitación alguna.

El general don Luis La Puerta, se hizo cargo de la suprema magistratura, como 1er Vicepresidente en ejercicio.

Prado reunió algunos consejos de guerra para trazar el plan de las futuras operaciones, y se embarcó en el Callao, en la escuadrilla compuesta de los blindados “Huáscar”, e “Independencia”, y transportes “Oroya”, “Chalaco” y “Limeña”, que navegaban atestados de tropas, armas, municiones y víveres.

El capitán de navío don Aurelio García Y García, comandante del convoy, se transbordó de la “Unión” al “Oroya”, en cuya nave viajaba S. E. el Presidente de la República, Estado Mayor General, y los jefes de los servicios anexos. El “Oroya” lucía la insignia del comando supremo.

El 16 de Mayo se puso en marcha la escuadrilla, siguiendo las aguas del “Oroya”, con rumbo a Arica, en cuya rada largó anclas el 20 a las 2 P. M., después de una corta visita a las autoridades de Mollendo, para inquirir noticias de la escuadra chilena. Ahí tuvo conocimiento de la partida del almirante Williams al norte, dejando a cargo del bloqueo a la “Esmeralda” y la “Covadonga” y el transporte “Lamar”.

El general Daza y su Estado Mayor, el almirante Montero y ayudantes y una numerosa comitiva de autoridades administrativas y vecinos caracterizados del departamento, subieron a bordo del “Oroya”, a saludar al jefe de la nación, tan pronto como el buque largó anclas en Arica.

Terminados los cumplimientos de bienvenida, S. E. llamó a consejo a los capitanes de navío señores Grau, Moore y García y García. Después de una corta deliberación, se resolvió que los blindados se abastecieran de carbón y a las 8 P. M. partieran al sur para amanecer en Iquique y atacar a los buques chilenos que hacían efectivo el bloqueo.

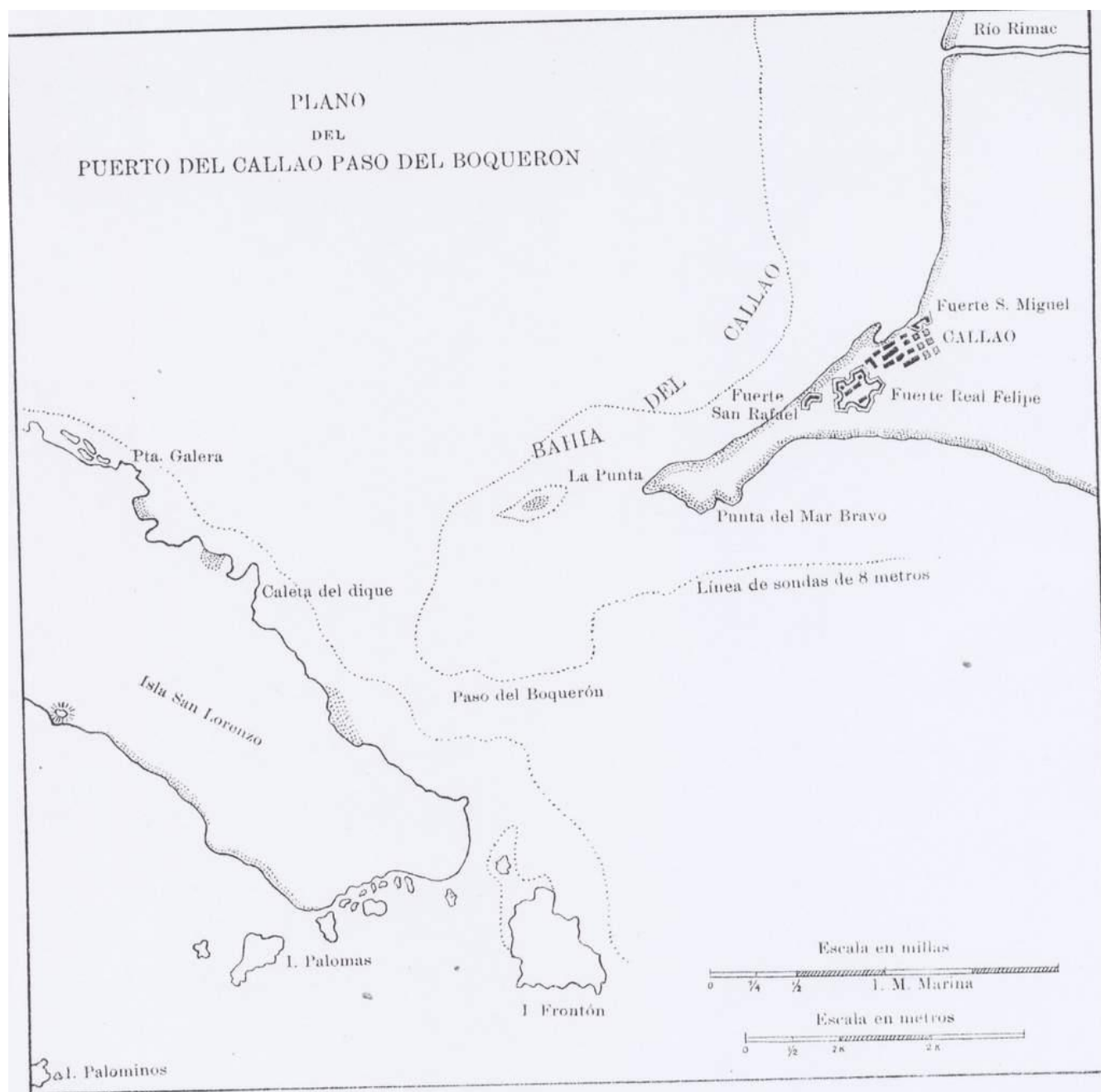
Los transportes echaron a tierra los cuatro mil hombres que conducían y el enorme material de guerra encerrado en sus bodegas.

El “Oroya” embarcó el 22 al batallón boliviano Olañeta, para conducirlo a Pisagua, a cuyo puerto había marchado por tierra el general Villegas con 2.000 hombres del ejército boliviano.

El “Oroya” zarpó a las 10 A. M., a las 5 P. M. fondeó en Pisagua, y a las 7 P. M. estaba en tierra el Olañeta con pertrechos y víveres en abundancia.

CAPÍTULO X.

La expedición al Callao.



El Gobierno se preocupaba seriamente del bloqueo del Callao, y en su defecto de expedicionar sobre Iquique.

Ambos proyectos se derrumban por su base con el siguiente telegrama del General en jefe, fechado en Antofagasta el 18 de Mayo:

“Presidente.- Cartas interceptadas de Lima en Cobija dicen que Prado salió del Callao con la escuadra y 4.000 hombres a Arica. Williams salió el 15 al norte. Espero resultados. -Arteaga”.

Grande alarma invade la Moneda; el almirante marcha al norte y no se sabe su objetivo.

En efecto, Williams movió la escuadra, con conocimiento solo del señor Sotomayor y de dos o tres jefes superiores de confianza. Temía la indiscreción de los corresponsales que infestaban sus buques.

El 16 de Mayo, a las 4 P. M., abandonan la rada de Iquique el “Cochrane”, “Chacabuco”, “O’Higgins”, “Abtao” y el carbonero “Matías Cousiño” con rumbo al oeste. Al otro día de mañana zarpan el “Blanco” y la “Magallanes”, dejando a cargo del bloqueo al capitán de fragata don Arturo Prat, con los buques “Esmeralda” y “Covadonga”, mandados respectivamente por el capitán Prat el primero y el segundo por el capitán de corbeta don Carlos Condell.

Ambas naves quedan en esta comisión, por el mal estado de las calderas que les daban un andar insignificante.

Antes de partir, Williams llama a bordo al capitán Prat para entregarle comunicaciones cerradas, que abriría al tercer día. Pero el señor Sotomayor le participa en privado el objetivo de la expedición. Ello significa que el asesor se sentía desligado de obediencia al jefe de la escuadra, lo que es natural, pues tenía en cartera el decreto presidencial que le autorizaba para reemplazar al almirante a su voluntad.

El convoy hace rumbo al norte en la tarde del 17, maniobra que el capitán del “Ilo”, Mr. Cross, percibe al salir de Pisagua.

En primera oportunidad comunica la noticia a nuestros enemigos.

La escuadra enmienda el rumbo el 19 a O. 1/4 N. en el siguiente orden de combate:

Comandante en jefe contraalmirante don Juan Williams Rebolledo.

Mayor de órdenes, capitán de fragata don Domingo Salamanca.

Ayudantes, capitán de corbeta don Alejandro Walker Martínez, y teniente 1º don Manuel García.

Secretario general, asesor, don Rafael Sotomayor.

Comisario general, don Nicolás Redolés.

Naves.

Blindado “Blanco Encalada”, insignia, comandante, capitán de navío don Juan Esteban López.

2º capitán de corbeta don Guillermo Peña.

Oficial del detall, teniente 1º don Basilio Rojas.

Blindado “Almirante Cochrane”, comandante, capitán de navío don Enrique Simpson.

2º capitán de corbeta don Luis A. Castillo.

Oficial del detall teniente 1º don Pablo S. de Ferrari.

Corbeta “O’Higgins”, comandante, capitán de fragata don Jorge Montt.

2º y oficial del detall, teniente 1º don Miguel Gaona.

Corbeta “Chacabuco”, comandante, capitán de fragata don Oscar Viel.

2º y oficial del detall, teniente 1º don Manuel Riofrío.

Cañonera “Magallanes”, comandante, capitán de fragata don Juan José Latorre.

2º y oficial del detall, teniente 1º don Zenobio Molina.

Vapor “Abtao”, capitán de fragata don Manuel Thompson.

Guarnición.

Regimiento de Artillería de Marina. Coronel don Ramón Ekers, 2º teniente coronel don José Ramón Vidaurre; 3º sargento mayor, don Guillermo Zilleruelo.

Casi todos los jefes habían navegado como subalternos del Almirante, y el capitán Thompson servía el puesto de 2º jefe de la “Esmeralda” en el combate de Papudo. Capturada la “Covadonga”, fué nombrado comandante de la goleta.

El almirante chileno desarrolló durante cuarenta y cinco días, su primer plan estratégico para obligar a salir del Callao a la escuadra enemiga, y batirla en mar abierta. Juzgaba que el pueblo presionaría al Presidente Prado para enviar los buques al sur, a contener las depredaciones de la armada enemiga.

Las previsiones del almirante estuvieron a punto de cumplirse.

Los mítines, pidiendo la acción de la escuadra, se multiplicaban en el país y tomaban un carácter amenazador.

A fines de Abril, S. E., se trasladó a bordo de la “Independencia” a presenciar un tiro de guerra, frente al Callao.

Terminado el ejercicio, el general Prado baja al Palacio de la Prefectura, para conferenciar con los altos jefes de la plaza.

El pueblo se impone de que el primer mandatario de la nación se encuentra en palacio, y se forma una avalancha humana, que pide la palabra del Presidente.

El prefecto del Callao, señor Rodríguez Ramírez, habla a la concurrencia, y le manifiesta que el señor Presidente se encuentra en Consejo de Guerra, para la defensa nacional.

El pueblo no admite razones.

S. E. hubo de presentarse en uno de los balcones del palacio, y arenga a la multitud.

En su discurso, S. E. no habla de que la escuadra no está lista; ni tampoco denuncia su plan estratégico, de atraer a la armada chilena a combatir bajo las baterías del Callao.

Después de muchas flores tropicales, el Presidente condensa así el pensamiento del Gobierno:

“La guerra nos ha tomado de improviso. Los chilenos estaban preparados para la guerra; nosotros, por desgracia, no lo estábamos, porque confiábamos en la paz.

No conviene, por ahora, enviar uno, dos o tres buques; no hay esperanzas de éxito; y su pérdida sería muy sensible.

Nuestra escuadra no está en aptitud de batirse; sería muy posible su pérdida, y entonces me echarían en cara mi falta de previsión”.

Como se ve, en ningún punto de su arenga, S. E. hace hincapié en que los buques no estén listos para entrar en campaña.

El general Prado mantuvo su flota en el Callao, incitando a Williams a ir a buscarla bajo las baterías chalacas.

El coronel don Balbino Comella vivía en La Serena en completo retiro, en el seno de su familia. Amigo íntimo del Presidente del Perú, le había salvado la vida en un motín de cuartel, interponiéndose entre él y el soldado asesino, que disparaba contra el Coronel Prado, recibiendo la bala en la cara, que le atravesó ambas mejillas.

Llegado Prado a la Presidencia, le ascendió a coronel, le nombró edecán y para aumentarle la renta, le hizo inspector de los fuertes del Callao.

Comella, vivía. en casa de su familia, Plaza de Armas de La Serena, sin ocuparse de la guerra, de la que le alejaba su edad avanzada, las dolencias de las heridas y el compromiso de honor contraído al ausentarse del Perú.

Tenía como comensal diario a su cuñado don Eduardo Marx, hombre de acción, patriota entusiasta y vehemente. Iniciada la campaña de Lima, no pudo contenerse, marchó a Lurín al lado del coronel Lagos, su querido compadre, a quien sirvió de ayudante en las batallas de Chorrillos y

Miraflores, escapando ileso, aunque transmitió las órdenes de Lagos sobre las líneas de fuego, durante estas rudas acciones de guerras.

Marx resumió en un memorando las conversaciones habidas con el coronel Comella, y lo envió a su compadre Lagos a Santiago, apenas operada la ocupación del Litoral. Tradujo con fidelidad el plan estratégico de Prado, relativo a la escuadra, en los siguientes términos:

1° Establecer la base naval de operaciones en Arica fortificando debidamente este puerto, con carboneras en Ilo y otros puertos del Sur.

2° Tener en jaque los transportes enemigos en su línea de comunicaciones Antofagasta - Valparaíso.

3° Hostilizar las costas chilenas, con apariciones sorprendidas.

4° Mantener el contacto entre, los puertos del Callao, Arica e Iquique con sus avisos armados “Chalaco”, “Limeña” y “Talismán”. Después adquirió el “Oroya”.

5° Conservar expedita la ruta Panamá, para el abastecimiento de artículos bélicos, para lo cual tenía subvencionado al gobernador Ortega, del Estado de Panamá.

6° No aceptar combate con la escuadra adversaria sino dentro de la rada del Callao, cuyas fortalezas estaban listas desde antes del 5 de Abril, fecha de la declaratoria de guerra.

Para desarrollar su plan, el gobierno del Perú contaba con un espléndido personal de espionaje; con un bien organizado servicio de señales en la costa, a cargo de individuos adiestrados; con el cable corriente entre Valparaíso, Mollendo, Arica y Callao intervenido militarmente por las autoridades peruanas; con siete capitanes subvencionados de la Pacific Steam Navigation Company, con cuyos apellidos se formaba la palabra *traidor*; con tres rápidos transportes de guerra en actividad, y más que todo, con la prensa chilena cuyas indiscreciones servían admirablemente al enemigo.

Williams, fracasado el plan estratégico primitivo, de sacar la escuadra enemiga del Callao para atacarla en mar libre, atacado por la prensa y sus patriotas, molesto con el censor que vigilaba su conducta a nombre del gobierno y agriado por las *correspondencias de la Escuadra* que los diarios publicaban, en gruesos caracteres, en que se discutían las órdenes y se comentaban torcidamente sus acciones, resolvió meterse al Callao a echar a pique a los buques enemigos arrastrando los peligros consiguientes.

El plan, sencillo y audaz tenía la posibilidad del éxito. Helo aquí:

La escuadra chilena entraba de noche al Callao y hacía volar el *Abtao* entre los buques enemigos. A la luz de la explosión, el “Blanco” y el “Cochrane”, atacaban a espolón el material enemigo que quedara a flote, acompañados de tres lanchas armadas con torpedos de botalón. Los cañones de los blindados y demás buques incendiaban el puerto, o se empeñaban con las fortalezas.

Suponemos que el plan recibió la aprobación del señor Sotomayor, pues tenía facultad para ello, como para rechazarlo, en virtud de los poderes *omnímodos* de que estaba investido, quien consigna en su *Diario de Campaña*, con respecto al asunto, lo siguiente:

Este plan tiene, como se ve, el mérito de una gran audacia y principalmente exige esa condición en el comandante del *Abtao*, base de todo el proyecto; pero los detalles son confusos y expuestos a un fracaso entre los mismos buques. Los torpederos entrando a la vez que los blindados pueden embarazarse mutuamente, o ser sacrificados los primeros. *Espero que aún se mejorará este plan*. Falta aún determinar la distancia a que debe conservarse la escuadra para no ser ofendida por la explosión del *Abtao*. El ataque a la escuadra en el Callao lo había propuesto a Williams desde el primer día y entonces encontró el proyecto descabellado. Hoy va en vía de realizarlo con más riesgos, pero con más audacia aún, que la que entonces se necesitaba”.

La anotación del Ministro consta de dos partes:

En la primera establece la paternidad del plan; si surge, la gloria le pertenece. Agrega después, que Williams va en vía de realizarlo con más riesgo, es decir, si fracasa, la culpa cae sobre el almirante que no obró en tiempo oportuno.

Lo de siempre: la casaca a las duras; la levita a las maduras.

En la segunda, las apreciaciones técnicas del asesor, como la entrada conjunta de torpederos y blindados, la distancia de éstos al brulote, para no ser ofendidos por la explosión, indican que el señor Sotomayor tenía sus consejeros a bordo a espaldas del almirante, que le iniciaban en la técnica profesional.

El capitán del “Matías Cousiño”, don Augusto Casteltón, recibe orden por bocina, por que no conocía las señales de guerra, de ir a esperar a la escuadra a un punto determinado del paralelo de Camarones. Entiende mal la orden, y en la noche del 17 se desprende del convoy para ir a cruzar sobre el paralelo de Camarones.

En la mañana siguiente, se nota la ausencia del carbonero; se le busca en dirección al S. E. y como no aparece, el almirante ordena avante, a 35 millas de costa.

La actividad es grande a bordo. Los comandantes alistan la gente para el combate, y toman las disposiciones pertinentes al éxito del plan, dado a conocer en conjunto y en detalle, a los jefes de unidades, en la tarde de este día 18. Cada cual procura desarrollar el máximo, de acción de su barco, dentro de la concepción de conjunto del comando supremo.

El almirante persigue como único objetivo la destrucción de la escuadra peruana, dentro o fuera del Callao. El bombardeo, el incendio de la población y el ataque a las fortalezas enemigas, constituyen fines secundarios, destinados a reforzar la idea básica: hundir las naves enemigas. El almirante dividió las fuerzas en tres secciones, destinadas cada cual a operar en situación claramente determinada según instrucciones precisas, que transcribimos íntegras para la más clara comprensión de las ideas del jefe.

Dicen las instrucciones:

Primera Sección - Se compondrá del “Abtao” y blindados “Blanco” y “Cochrane”, que obrarán en la forma siguiente:

1º “Abtao” - A la hora indicada este buque entrará en acción, dirigiéndose con su andar máximo sobre la línea enemiga y tratará de forzarla a franquearla según convenga a su situación, viendo modo de tomar su colocación entre las baterías y la línea enemiga. - Al cruzar la línea disparará sus piezas a fin de utilizar por última vez su artillería.

Colocado en aquella situación, que lo cubrirá la intersección de los fuegos del enemigo, procederá acto continuo a poner fuego al buque, haciendo uso para ello de los elementos que tiene a su disposición. En seguida el comandante Thompson, jefe de este buque, procederá a aplicar las mechas que comunican a la Santa Bárbara, para efectuar su explosión, encargando al mismo tiempo al maquinista adopte las medidas del caso para la explosión simultánea e inmediata de los calderos. Preparado así el buque, tomará todas las providencias necesarias a fin de abandonarlo con sus tripulantes y tratará en seguida, aprovechando la confusión, de sacar el partido que pueda en aquellos momentos. Imposibilitado de hacer algo, se replegará con su gente a la segunda división de la escuadra.

Al penetrar a la línea enemiga, el comandante Thompson cuidará de orientarse de la situación de ella, y si los buques que la componen presentan su línea de frente a San Lorenzo, o lo que es igual, se encuentran colocados de Norte a Sur, disparará uno o más voladores. El acto de no disparar ningún volador, significará que el enemigo se encuentra situado de Oriente a Poniente o bien, agrupado sin línea de formación.

Se recomienda al comandante Thompson pase a esta comandancia en jefe una relación nominal y clasificada de los individuos de su dotación que deberán acompañarlo en el desempeño de esta comisión. Al abandonar el buque con su gente dará el grito simultáneo: “Cuidado con el brulote, hay 200 quintales de pólvora, vamos a volar”.

2º *Blindados* - Los blindados “Blanco” y “Cochrane”, aprovechando la luz que irradiará del vapor “Abtao” y que hará visible la situación de los buques enemigos se lanzarán a toda fuerza, el “Blanco” primero y el “Cochrane” en seguida, atacando uno en pos de otro con la presteza y agilidad posible, empleando para ello el espolón y haciendo uso de las artillerías si así conviniere, usando para este acto balas y granadas refriadas.

Al girar sobre la línea enemiga, el blindado de estribor girará sobre estribor y el de babor sobre el de babor. Se recomienda este movimiento a los comandantes a fin de evitar una colisión entre ambos blindados que podría fácilmente suceder en aquellos momentos de confusión y cuyos resultados nos serían muy funestos. Si en los momentos de confusión, algunos de los blindados tiene oportunidad de lanzar una o más granadas sobre la población del Callao, tratará de aprovecharla, pues si con este acto de hostilidad se consigue incendiar la población, importará para nosotros una gran ventaja.

Uno o más cohetes lanzados desde el buque de mi insignia o visto en el espacio indicará la orden de replegarse inmediatamente sobre la 2º sección de la escuadra, para esperar ulteriores órdenes.

Sección Especial.

3º *Botes torpedos* - La sección de botes torpedos la formarán las lanchas del “Blanco”, “Cochrane” y bote de la “Chacabuco”, al mando de los tenientes señores Señoret, Simpson y Goñi respectivamente.

Estas embarcaciones aprovechando el momento de confusión de la línea enemiga o con el fragor del combate, se deslizarán suavemente y con todo el sigilo posible entre los buques enemigos, y eligiendo el momento oportuno, aplicarán sus torpedos con preferencia contra los blindados y monitores peruanos.

Para la realización y buen éxito de esta delicada empresa se recomienda a todos y a cada uno de los tripulantes la mayor serenidad y calma; toda imprudencia o precipitación nos expondrá a un lamentable fracaso.

La misma señal de uno o más cohetes largados desde el buque de mi insignia determinará el momento de replegarse a sus respectivos buques, los cuales se habrán reunidos a la segunda sección, a no ser que a alguno de los citados botes torpedos se le presente una nueva oportunidad de aprovechar sus torpedos; pero terminada esta operación se replegará inmediatamente a su buque.

Segunda Sección.

Buques de madera - Esta sección se compondrá de las corbetas “Chacabuco”, “O’Higgins” y cañonera “Magallanes”.

4º Las corbetas “Chacabuco” y “O’Higgins” tomarán su colocación a retaguardia de la primera sección, a distancia conveniente y durante el incendio de la “Abtao”, mientras puedan, sin ofender a los blindados “Blanco” y “Cochrane”, bombardearán la población o tirarán sobre algunos de los fuertes, dirigiendo siempre con preferencia sus disparos sobre la población. Se recomienda a los comandantes de las corbetas el cambio continuo de situación, no debiendo en ningún caso aproximarse menos de 2.000 metros, salvo que la obscuridad les permita acercarse impunemente para dañar con buen éxito.

Este cambio de situación se efectuará de popa a proa, hasta dos o tres largos de buque a fin de burlar las punterías fijas de las baterías de tierra. Así mismo se recomienda la mayor vigilancia posible a fin de evitar la aplicación de torpedos por el enemigo.

Si algunas de estas corbetas fuera dañada por la artillería enemiga y las averías fueran de consideración, se retirará a retaguardia a una distancia conveniente, sin dejar por esto de utilizar sus proyectiles, cuidando de no dañar a los blindados “Blanco”, “Cochrane” y “Magallanes” y buques de guerra extranjeros y mercantes que se encuentren al oriente de la bahía, pues los fuegos deben pasar paralelos a esa línea, pudiendo herir a estos últimos.

5º La “Magallanes” acercándose a la línea de buques mercantes, tratará de aproximarse en lo posible al lugar del combate y cuidará de destacar algunas embarcaciones menores para salvar la gente

que flote sobre los fragmentos después del incendio del “Abtao”, ya sean amigos o enemigos. Estos botes tomarán toda clase de precauciones para llevar a término su cometido quedando a la prudencia y buen juicio del oficial el número de individuos que sin peligro puede admitir en su embarcación.

El comandante de la “Magallanes” queda autorizado, para abandonar su colocación siempre que vea comprometidas alguna de las corbetas.

6º “Matías Cousiño” - Este transporte permanecerá fuera de tiro de cañón y esperará el resultado del combate, conservándose a la vista de los buques de retaguardia y se recomienda a su capitán el ocultamiento de todas sus luces. Si algunos de los buques destellase el absoluto del “Matías Cousiño”, significará: acérquese el “Matías” y el capitán de ese buque se limitará a obedecer sin contestar.

Recomendaciones Adicionales

Los buques que se retiren del combate mostrarán por la proa su respectivo absoluto, pero de modo que no sea visible por el enemigo.

Esta señal no se contestará en ningún caso por los buques que forman la segunda sección y lo mismo harán los botes torpedos que mantuvieren luces en el acto de replegarse a sus respectivos buques, y si no las tuvieren se limitarán a la palabra de orden.

Al bote que estando dentro del alcance de la voz no contestara con la contraseña respectiva a la tercera vez y continuara avanzando sin hacer alto a la intimación, se le disparará hasta echarlo a pique. Esta orden regirá en todo caso.

En general y a fin de desorientar al enemigo, se recomienda la mayor vigilancia sobre luces, de modo que no haya una sola visible, ya sea de cubiertas, claraboyas etc., etc.

Palabra de orden

Queda suprimida hasta segunda orden la frase “quién vive” la que será reemplazada por la palabra “Esmeralda”.

Toda otra contestación establecida o la de uso a bordo de los buques de la Armada será substituida por la palabra “Covadonga”.

Los comandantes de los buques de la escuadra darán lectura a sus tripulaciones, con las formalidades de estilo, a la adjunta orden general, el día que preceda a la noche en que tendrá lugar el ataque.

A bordo del “Blanco Encalada”

En la mar, Mayo 18 de 1879

Williams Rebolledo.

Comandancia en jefe de la Escuadra

Llegado el momento de recalar, y cuando se dé la orden de tomar colocación, los buques de la escuadra se situarán en la forma indicada en el croquis que se acompaña.

Al aproximarse a la costa, la “Magallanes” se encargará de efectuar los reconocimientos que se le ordenen, ya sea respecto a la distancia a tierra, reconocimientos de bajos o peligros y finalmente el del cabezo de la isla de San Lorenzo, etc., etc.

Los demás buques continuarán su marcha midiendo su andar por el de los blindados y a una distancia conveniente, a fin de evitar colisiones.

Si la noche es oscura, los comandantes cuidarán de estrechar la distancia lo más posible, a fin de que los buques sean visibles unos a otros, a través de la oscuridad. Se deja a la prudencia de los comandantes medir esta distancia.

Cuando la “Magallanes” haya terminado sus reconocimientos y observe que la “Abtao” avanza a la vanguardia de los blindados, la “Magallanes”, girará por estribor y pasará a situarse sobre la aleta de estribor del “Blanco”.

Cuando se llegue al paraje en que se dé la orden por el buque de la insignia de parar, los buques darán cumplimiento a esta orden, conservando las colocaciones que se indican en el croquis y rectificando las distancias entre sí.

Situados así, esperarán órdenes del almirante, debiendo todos estar en s6n de combate.

Se reitera el completo ocultamiento de luces y cualquiera se6al por destellos impartida por el buque de la insignia, se cumplirá sin contestaci6n de ninguna clase.

A fin de que no pase desapercibida en aquellos momentos cualquiera se6al de destellos dada por el buque de la insignia, se recomienda la mayor vigilancia y atenci6n a las se6ales que deber6 hacer el buque de la insignia.

A bordo del “Blanco Encalada” Mayo 18 de 1879.

El convoy navega a 60 millas de costa y a las 12 del d6a se encuentra a la altura de Mollendo. La marcha es de 7 millas hasta las 4 P. M., en que la “O'Higgins” anuncia la inutilizaci6n de las calderas; le da remolque la “Magallanes” y el inspector de m6quinas se6or Marazzi pasa a bordo a arreglar los desperfectos. El convoy reduce el andar a 5 millas, no obstante que la “O'Higgins” larga todas las velas.

El 19 continúa la marcha sin novedad; se reparte a los comandantes la siguiente orden del d6a:

Orden complementaria al plan general de ataque.

1° El comandante del “Blanco” har6 preparar y tendr6 listo para entregar al comandante de la “Magallanes” un tubo con sus 6tiles y 18 cohetes Hale, para disparar por el 6ltimo de estos buques sobre la poblaci6n del Callao.

2° El comandante del “Blanco” har6 preparar cien fajas de lona de 4 pulgadas de ancho, de modo que terci6n del hombro a la cintura.

Estas fajas servir6n de distintivos para una acci6n de abordaje; al mismo tiempo har6 preparar aparejos y bozas de abordaje.

3° El comandante del “Abtao” proceder6 a elegir cincuenta marineros de los m6s decididos y les distribuir6 rev6lver, sable y cuchillo.

Estos individuos deben estar listos para transbordarse al “Blanco” inmediatamente que se d6 la orden.

Si el “Abtao” no tuviese el n6mero de rev6lveres que se necesitan, las corbetas “Chacabuco” y “O'Higgins” proporcionaran en cantidades iguales los que se necesitan para completarlos.

4° Si la suerte nos favorece y conseguimos apoderarnos de alguno de los buques enemigos, 6ste se distinguir6 por una luz verde o roja, que en el acto se colocar6 en un punto visible para nosotros, a fin de no confundirlo con el resto de los buques enemigos.

5° Si los botes torpedos notaren que alguno de los blindados se encontrase unido a un buque enemigo, antes de aplicar el torpedo, se asegurar6 de las causas que motivaron esa uni6n. Si ven que la causa es meramente transitoria y que el blindado no tiene inter6s en abordarlo, le aplicaran sus torpedos.

6° Se recomienda a los comandantes de los blindados que al desprenderse del centro enemigo, dada la orden de replegarse sobre la segunda secci6n de la escuadra, cuiden de hacer este movimiento,

dirigiéndose, si así conviene al paraje que ocupen los buques neutrales o mercantes, continuando, a lo largo de la línea que éstos ocupen en la bahía. Una vez replegados, esperarán orden.

A bordo del “Blanco Encalada”, en la mar, Mayo 19 de 1879.

El 20 por la mañana, se lee a las tripulaciones el plan de ataque, que reciben contentas la noticia del próximo combate.

Por fallar el remolque de la “O’Higgins”, se ordena a las corbetas, seguir a la vela. Se obtienen ocho millas, por haber refrescado el viento sur.

El 21 aparecen en el horizonte las Hormigas de Afuera. La “Magallanes” avanza en comisión hacia dichas islas, para apresar a los pescadores que hubiere en ellas.

A las 6 P. M. los comandantes leen personalmente desde la toldilla la siguiente proclama a las tripulaciones formadas:

Orden General.

Esta noche pienso atacar a la escuadra peruana bajo los fuegos de las baterías del Callao.

En pocas horas más habrá llegado el momento de la prueba.

La patria, todo lo espera de vosotros.

Un descalabro sería la ruina de la República.

Hundir al enemigo o sucumbir con gloria es nuestro deber. La audacia de Cochrane nos guía.

Seguir su ejemplo es lo que deseo.

Confío en vuestro valor jamás desmentido.

A bordo del blindado “Blanco Encalada”, Mayo 21 de 1879.

Williams Rebolledo.

Al terminar la lectura, la gente estalla en hurras y vivas a la Patria. Se toca la canción nacional, y con loco entusiasmo corre cada cual a su puesto al toque de zafarrancho.

En seguida se reparten las dos órdenes generales que siguen:

“Desde la noche en que va a tener lugar el ataque, todas las embarcaciones menores usarán un farol de luz roja, que harán centellar a cortos intervalos sucesivamente.

Esta luz roja será el distintivo para conocer a los nuestros, de suerte que toda otra luz deberá considerarse como de embarcación enemiga.

Los comandantes de los buques proveerán a cada una de las embarcaciones de sus buques respectivos de tales faroles rojos, y los que, no tengan, les harán colocar fundas de lanilla roja o pintura del mismo color, a los vidrios blancos de los faroles comunes. *Williams Rebolledo.*”

“Si al replegarse los blindados notasen que los buques de guerra extranjeros pusieran alguna señal convencional con la autoridad del puerto, esta señal será repetida por los buques de la escuadra que se encuentren al alcance de los tiros de las baterías, a fin de desorientar al enemigo.

“Blanco Encalada”, en la mar, Mayo 21 de 1879.-*Williams Rebolledo.*”

En tan solemnes momentos, el ingeniero 2º don Juan de la Cruz Vial, pide audiencia al almirante. Concedida, solicita el honor de hacer saltar el buque, que le corresponde como chileno, pues el ingeniero de la “Abtao” es extranjero.

El almirante conmovido, estrecha la mano de Vial, y le hace transbordar a la “Abtao” como ingeniero del brulote.

Se bajan y alistan las lanchas torpedos; la del “Blanco” a cargo del teniente Leoncio Señoret, la del “Cochrane” mandada por el teniente Juan M. Simpson, y por el teniente Alberto Goñi, la de la “Chacabuco”.

El comandante López solicitó el honor de comandar las lanchas torpedos. No accede Williams, pero le designa jefe de los trozos de abordaje, con el capitán don Alejandro Walker Martínez como segundo.

Thompson manifiesta deseos de que se le permita abordar a los barcos enemigos; el almirante niega tal autorización, debiendo concretarse únicamente a la voladura del “Abtao”.

Ordena avante. La escuadra dobla el cabezo de San Lorenzo. Las lanchas marchan a la descubierta. Aun no aclara.

Entre dos luces, el teniente Señoret regresa al buque insignia con una chalupa tripulada por un italiano, quien asegura que la primera división de la escuadra peruana había partido el 16 de Mayo, escoltando a un convoy con tropas de desembarco.

A la claridad del día, el almirante constata que no están en el Callao el “Huáscar” y la “Independencia”. El plan ha fallado; ordena proa al sur y regresa a Iquique.

La vuelta se inicia en plena vía crucis, con sur duro a cuatro millas el 23 y a dos el 24. El viento se transforma en huracán el 25. El almirante fondea en San Nicolás, y transborda el carbón de las corbetas a los blindados, a la “Magallanes” y “Abtao”.

Al día siguiente la “Chacabuco” y “O'Higgins” largan velas; aquélla con rumbo a Iquique, ésta a Valparaíso.

En tanto ¿qué había sido de la primera división enemiga?

El 16 de Mayo zarpan del Callao los blindados “Huáscar” e “Independencia”, convoyando a los transportes “Oroya”, “Chalaco” y “Limeña”, que conducen numeroso contingente de tropas, destinado a reforzar la guarnición de Arica. S. E. el Presidente de la República, general don José Ignacio Prado, viaja en el “Oroya”, que ostenta la insignia de mando.

El tiempo claro a la salida empieza a nublarse una vez doblado el cabezo de San Lorenzo. Al amanecer se echa de menos al “Chalaco”, extraviado a causa de la neblina.

El 17 pasa el “Oroya” a Pisco, dejando a la “Independencia” en espera del “Chalaco” frente a San Gallan, después de señalar la punta de Alico.

El 18 y 19, la escuadra reunida sigue al sur. Precisamente, el 19 a las 9 A. M., como rezan los libros de bitácora del “Blanco” y del “Huáscar”, ambas escuadras se cruzan en este día sin divisarse a treinta y cinco millas de distancia.

Muchos cargos se hacen a Williams por no haber llevado buques exploradores cercanos a la costa; ellos habrían denunciado la presencia de la escuadra enemiga.

De seguro el almirante habría deseado llenar esta previsión propia de un jefe que marcha en demanda del adversario. Desgraciadamente, no disponía de barcos, pues la “Magallanes” iba atareada en remolcar ya a las corbetas, ya a la “Abtao”, que se plantaba en el camino por falla de las calderas.....

Este cargo hace parejas con el reproche al jefe de una plaza que no hizo salvos, por varias razones, de las cuales, no tener pólvora era la capital.

El convoy peruano recalca en Mollendo, en donde el prefecto de Arequipa comunica al general Prado la salida de la escuadra chilena con rumbo al norte, noticia que ya le había dado el capitán del vapor “Ilo”, de la P.S.N.C., que presencié la partida desde Pisagua.

El 20 llega la escuadrilla de Prado a Arica sin novedad, con 4.000 hombres de desembarco y gran cantidad de armas y pertrechos, especialmente cañones de grueso calibre para las fortificaciones del puerto.

CAPÍTULO XI.

Organización del Ejército.

El efectivo del ejército de Chile ascendía el 1° de Mayo de 1878, o sea seis meses antes de la declaratoria de guerra, a 3.122 plazas, autorizadas por la ley que fija cada dieciocho meses las fuerzas de mar y tierra. Como faltaban 527 individuos para el completo de la fuerza presente, había bajo banderas un total de 2.595 hombres, distribuidos en los siguientes cuerpos:

Artillería.

Un regimiento..... 400

Infantería.

Buin 1° de línea..... 302
2° de línea..... 321
3° de línea..... 300
4° de línea..... 304
Batallón de Zapadores..... 334
Regimiento Cazadores a caballo..... 404
Regimiento Granaderos a caballo..... 230

Total general..... 2.595

La comisión de presupuestos rebajó aun más la dotación del tiempo de paz, de tal suerte, que el 14 de Febrero, día de la ocupación de Antofagasta, el total de tropas de línea alcanzaba apenas a 2.440 hombres.

Los oficiales generales, jefes y oficiales en servicio activo, en esta misma fecha estaban clasificados, según sus empleos, en esta forma:

Generales de División..... 3
Generales de Brigada..... 5
Coroneles..... 7
Tenientes Coroneles..... 29
Sargentos Mayores..... 28
Capitanes..... 100
Ayudantes Mayores..... 20
Tenientes..... 82
Subtenientes..... 117

Total..... 401

La diminuta dotación del ejército de línea manifiesta con elocuencia el estado de desarme en que sorprendió al Gobierno el conflicto de 1879.

Los presupuestos de guerra y marina para 1879, asignaban exiguas sumas para el ejercicio de ambos ministerios. La ley de gastos públicos de 21 de Enero de 1879, en un total de egresos de \$ 17.072.712,20 concedía a dichas reparticiones:

Guerra.....	1.535.933,14
Marina.....	1.136.050,10

Los escritores del Perú y Bolivia aseguran que Chile estaba preparado para la guerra, con numeroso ejército listo para entrar en campaña.

Los anteriores datos destruyen tales aseveraciones.

Y en la misma relación de escasez andaban las municiones, el armamento y el equipo. Ya hemos manifestado como no fué posible la ofensiva sobre Iquique, por falta de municiones, no obstante el acuerdo del Gobierno, del general en jefe y del almirante, para llevar a cabo dicha expedición.

El Congreso al autorizar la declaratoria de guerra al Perú y Bolivia, en las sesiones de 3 y 4 de Abril de 1879, aprobó el aumento de las fuerzas de mar y tierra hasta el número que el Gobierno creyera necesario para el éxito de la contienda.

En consecuencia, se concentraron en Antofagasta los cuerpos de línea, y los coroneles don Cornelio Saavedra, Ministro de la Guerra, y Emilio Sotomayor, comandante en jefe, echaron sobre sus hombros la difícil tarea de improvisar un ejército sobre el escaso núcleo de gente veterana.

Elevaron a 600 hombres los batallones de 300; después los aumentaron a 1.000 en 5 compañías de 200 hombres; y por fin, los convirtieron en regimientos de 1.200, con dos batallones de 600 plazas a cuatro compañías.

Los cuerpos de infantería recibieron término medio, 900 reclutas, que debieron instruir y transformar en soldados de la mañana a la noche.

Por fortuna, los jefes contaban, para la instrucción, además de los oficiales y clases, con buen número de tropa premiada, que llenó las numerosas vacantes de cabos y sargentos que requería el aumento de dotación. En las listas de revistas aparecen 587 individuos con premios de constancia, de los cuales pertenecen 321 a primeros premios, 142 a segundos, 97 a terceros y 20 a cuartos. Todos ellos se dedicaron a instruir voluntarios, en este primer período de transformación del factor ciudadano en factor soldado.

El general don Justo Arteaga continuó la tarea de los coroneles Saavedra y Sotomayor, con igual entusiasmo.

Tambores y cornetas resonaban desde el amanecer hasta cerrada la oración en los arenales vecinos a Antofagasta, donde la gente se entrenaba para la campaña del desierto y se aclimatava al sol ecuatorial de la zona norte.

Después del rancho, seguían las academias de oficiales, los ejercicios de tarareos de toques y las clases de ordenanza, para estudiar los deberes del soldado, centinelas, cabos y sargentos. A las 9 P. M. se tocaba silencio para la tropa; los oficiales continuaban una o dos horas más, en el estudio de los servicios de ronda, recepción de jefe de servicio, órdenes generales para oficiales, deberes de cada empleo y demás conocimientos anexos a la profesión.

El general Arteaga no se daba momento de reposo; se le veía en todas partes y cada cual recibía una palabra de estímulo.

Los cuerpos tomaron nueva fisonomía; las tropas mostraban marcialidad y soltura. Había emulación noble y entusiasta en todos los grados, para desarrollar el máximo posible de energías.

El ejército entregado por entero a la misión de instruirse para la guerra, no se preocupaba en absoluto de las luchas bizantinas de la política de Santiago. Renuncia el gabinete Prats, bueno; le sucede el gabinete Varas, bueno también.

Pero es justo reconocer que los moros o cristianos que dirigían el Gobierno, tuvieron por norma el aumento del ejército, y la adquisición de los elementos bélicos, de que carecía el país.

El gabinete presidido por don Belisario Prats, elevó a 8.800 hombres las fuerzas de guarnición en Antofagasta. Su sucesor, el gabinete presidido por don Antonio Varas, siguió la misma huella, incansable para aumentar los efectivos de la defensa nacional.

El 20 de Mayo llegaron al puerto de Antofagasta en los transportes “Itata” y “Rimac” 2.500 hombres pedidos por el general en jefe, como complemento, para expedicionar sobre Iquique. Dichos barcos permanecieron en la bahía cargados de gente, desde el 20 hasta el 24, hecho que censura acremente el historiador don Gonzalo Bulnes, pues pudo constituir una catástrofe, en caso de haberse presentado la 1ª división peruana, compuesta del “Huáscar” e “Independencia”, que operaba por la vecindad.

La censura cae por su base; la barra se descompuso y cuando tal sucede no hay quien se atreva a desembarcar, ni siquiera los más avezados fleteros del puerto. Por eso el almirante prefería a Mejillones, como base para las operaciones navales.

El Gobierno disponía pues, el 1º de junio, de un ejército de 10.000 hombres más o menos homogéneos, en la plaza de Antofagasta, destinados a tomar la ofensiva, sin contar la artillería de marina, dependiente aun de la Armada, para cubrir la guarnición de las naves.

El considerable aumento de las tropas concentradas en Antofagasta, exigía cuarteles espaciosos, para el alojamiento de los soldados, cuya salud se resentía con el cambio de clima. Sabido es que en dicho puerto, los vaivenes de temperatura se suceden bruscamente: al sol de fuego, del día, sigue la camanchaca húmeda de la tarde, y el descenso inferior a 0º centígrado entre dos y tres de la mañana.

El alimento suministrado por el contratista Puelma dejaba algo que desear; y el agua desabrida de las resacadoras, que a veces se repartía caliente, predisponía a la disentería, enfermedad que empezaba a desarrollarse de una manera alarmante. A esto, se unía el mal alojamiento de los cuerpos, por falta de edificios apropiados, en una ciudad de construcciones ligeras, casi en su totalidad techadas con latas de tarros de parafina, y cubiertos los costados con barro sacos excluidos de las salitreras.

Fuera del edificio de la Compañía de Salitres, y de una decena de casas modernas, el resto formaba un laberinto de callejuelas, semejante a un campamento de gitanos.

El general acopió toda la madera llegada del sur, para edificar barracas cómodas e higiénicas destinadas al ejército.

Para acelerar la construcción, dictó un decreto, por el que creaba una Brigada de Pontoneros y Constructores, bajo la dirección de oficiales ingenieros militares, con la dotación siguiente:

Un teniente coronel comandante, un sargento mayor 2º jefe, cuatro subtenientes y dos compañías, compuesta cada una de un sargento 1º, seis segundos, ocho cabos 1º, ocho 2º, dos cornetas y setenta y cinco individuos de tropa.

Nombró jefe al teniente coronel graduado don Arístides Martínez; y la brigada compuesta de artesanos bajados de las salitreras, empezó a construir cuarteles.

Catorce días después, el general recibió la nota N° 2065, que desaprobaba el decreto, debiendo utilizar la Brigada de Zapadores actualmente en Antofagasta.

El Gobierno hacía comprender al general que era un simple ejecutor de órdenes, sin iniciativa ni autoridad propias.

Arteaga, con la paciencia de un patriota, entró a explicar al Gobierno la necesidad de este cuerpo, tanto al presente, como en las vicisitudes de la campaña.

Decía el señor general que Zapadores no está llamado a prestar servicios privativos de Pontoneros y Constructores. Aquellos están destinados a abrir fosos y caminos, por lo que carece de artesanos; la nueva Brigada, al revés formada por herreros, carpinteros, albañiles, pintores, etc., se aplica a la edificación de cuarteles, telégrafos, puentes, hospitales y otros trabajos de carácter especial.

Hoy mismo, agregaba en su nota, la Brigada construye un lazareto para variolosos, pues por desgracia la viruela empieza a declararse en la tropa. Además, el ejército, llamado a operar en territorio desconocido en sus condiciones topográficas, exige una organización completa en este orden de servicios.

En consecuencia, pide la derogación del decreto y llama la atención del Gobierno a sus fueros de general en jefe, en los siguientes términos:

“Sin ánimo de detenerme a poner de manifiesto los graves inconvenientes que envuelve la desaprobación de las medidas que se dictan en presencia de necesidades maduramente estudiadas en el campo mismo de operaciones, me voy a permitir insistir en la eficacia del decreto que motiva esta nota”.

El Gobierno tuvo que rendirse a la evidencia; pero no creó la Brigada, sino una compañía, con exclusión de los ingenieros.

Tuvo que reclamar nuevamente el general, para organizar la compañía con plana mayor de técnicos y facultativos, merced a lo cual se llevaron a cabo los importantes trabajos siguientes:

La artillería, alojada en una casa de arriendo, tuvo a los dos meses, galpones, pesebreras y buenas cuadras.

El Buin ocupó el ex-cuartel boliviano, al que dió ensanche y comodidades.

Para la artillería de la marina, edificó cuartel, en un corral cedido por el señor Barazarte.

La Beneficiadora proporcionó un galpón de 15 metros, para Cazadores. Como no cabía el regimiento, se construyeron cuadras y pesebreras.

El batallón Bulnes, ocupó una bodega de los señores Dorado; y el Valparaíso se instaló en la Barraca del señor Neves.

Para Granaderos, se arrendó un sitio baldío, que los pontoneros transformaron en un extenso cuartel.

El Santiago acampaba al raso. También tuvo abrigo en sitios cedidos por los señores Barnet y Mesa.

La húmeda bodega que ocupaba Navales se forró en madera, y con piso de roble, quedó más o menos confortable.

El parque no tenía edificio apropiado; las municiones estaban almacenadas en uno de la calle Bolívar, perfectamente visible desde el mar.

Los Pontoneros desmontaron a dinamita los flancos de una quebrada, y construyeron en el fondo un edificio sólido de madera de pino, de nueve metros de largo, por siete de ancho. Llevado ahí el parque, se cubrió el edificio con tierra y arena, *comouflage* que disimulaba enteramente la construcción.

La Compañía estableció en el cuartel un taller de carpintería blanca, para proveer de catres al hospital, de mesas y estantes a la botica, de muebles a las comandancias y mayorías de los cuerpos. En el mismo taller se confeccionaron las plataformas para los tres cañones de a 150; y la herrería forjó barras de hierro, con las respectivas roscas y tuercas.

El general trabajaba desde el amanecer hasta entrada la, noche, con vigorosa actividad; en tanto, en Santiago se le tachaba de inepto por la edad. Lo que más apenaba al general era no poder remediar las deficiencias que comprobaba. De ahí las notas y telegramas de constantes pedidos, que molestaban en las alturas.

Después de una visita de hospital, ordenó al cirujano que le pasara una lista de las necesidades más urgentes. El doctor Arnao pidió: 10 cirujanos de primera clase; 20 de segunda; 10 farmacéuticos; cuatro contralores o ecónomos y 40 practicantes, con sus útiles correspondientes para prestar en el acto sus servicios.

Con respecto al material, había apenas para la atención escasa de 200 hombres. Faltaban mantas, capotes y frazadas para las noches frías, en que el termómetro baja de 0 grado, y las pulmonías se hacen frecuentes.

Hizo construir letrinas en la playa, para impedir las mismas y las moscas, en una ciudad sin agua potable, sin alcantarillas, ni desagües; y sin siquiera excusados.

Por disposición del Cuartel General entró en vigencia el decreto de 27 de Agosto de 1836, que a la letra dice:

Art. 1º El cirujano mayor visitará los cuarteles y puestos de guardia y pasará una lista de los no apestados.

Art. 2º El Inspector General ordenará que estos individuos concurren al punto y hora para la inoculación de la vacuna, debiendo apersonarse el cirujano mayor a esta operación hasta que concluya.

Art. 3º Transcurrido el tiempo necesario, el cirujano mayor por la lista del Art. 1º, verá si la vacuna es verdadera o falsa, para repetirla en el segundo caso.

Los civiles sonreían por estas añejeces del general; no comprendían en su santa ignorancia, que las medidas higiénicas se hacen pocas para conservar la salud del ejército.

Merced a un esfuerzo sobrehumano, el Gobierno había movilizado alrededor de veinte mil hombres; aunque no todos se hallaban bien equipados, se dedicaban en cambio a la instrucción.

Componían tres grandes núcleos: Antofagasta, Frontera y Reserva diseminada en el resto del país:

Ejército de Antofagasta.

Artillería.

Batallón, después Regimiento N° 2..... 536 plazas

Caballería.

Regimiento Cazadores..... 489 “
1 Compañía Granaderos..... 127 “

Infantería.

Regimiento Buin 1º de línea..... 1.209 “
Regimiento 2º de línea..... 1.177 “
Regimiento 3º de línea..... 1.133 “
Regimiento 4º de línea..... 1.076 “
Regimiento Santiago 5º de línea..... 1.168 “
Una brigada (2 compañías) de Zapadores..... 410 “
Batallón Naval..... 637 “
Batallón Chacabuco..... 600 “
Batallón Bulnes..... 486 “
Batallón Valparaíso..... 338 “
Artillería de Marina..... 1.400 “
Total..... 9.382 plazas

Cuerpos de la Frontera.

Regimiento Zapadores (resto)..... 600 plazas
Regimiento Granaderos a caballo (resto)..... 240 “

Batallón Algol.....	200	“
Artillería cívica de Malleco.....	60	“
Infantería cívica.....	360	“
Caballería cívica.....	200	“
Total.....	1.860	plazas

Reserva.

(Distribuida en diversas guarniciones).

Regimiento Valdivia.....	1.200	plazas
Batallón Cazadores del Desierto.....	600	“
“ Lautaro.....	600	“
“ Andes.....	600	“
“ Atacama.....	600	“
“ Coquimbo.....	600	“
“ Carampangue.....	600	“
“ Pudeto.....	600	“

Artillería Cívica.

Brigada de Artillería de Coquimbo.....	300	“
Brigada de Artillería de Caldera.....	300	“

Caballería de Línea.

1° Escuadrón del Regimiento Carabineros de Yungay. 240 “

Artillería de Línea.

Regimiento N° 1.....	1.200	“
Total.....	7.440	plazas

Tenemos en resumen:

En Antofagasta.....	10.782	plazas
En la Frontera.....	1.860	“
En el centro del país.....	7.440	“

Total general..... 25.662 plazas

Conviene una aclaración respecto a los efectivos mencionados. Los 1.860 hombres de la frontera formaban una división disciplinada, capaz de batirse con éxito desde el primer momento, como que estaban día a día frente a los indios, que levantaron cabeza al noticiarse de que Chile entraba en guerra con los vecinos del norte. De estas tropas marcharon a la campaña las dos brigadas de Zapadores que fueron a juntarse con la brigada mandada por el comandante Santa Cruz; y el Regimiento Granaderos a caballo, que tenía una compañía en Antofagasta, desde la iniciación de las operaciones.

Los 7.740 hombres de la zona central, figuraban más en el papel, que en los cuarteles, y los cuerpos pasaron por diversas vicisitudes.

El regimiento Valdivia sirvió de base para la formación del regimiento movilizadado Esmeralda, organizado en Santiago. Más tarde, se creó un batallón Valdivia, que hizo la campaña del Perú.

El batallón Cazadores del Desierto, fué a cubrir guarniciones en Tarapacá, cuando el ejército partió al norte.

La Brigada de Artillería de Coquimbo como igualmente la de la misma arma de La Serena (Cuerpo de Bomberos), pasaron a la categoría de sedentarias, organizándose en su lugar, el Batallón N° 1 de Coquimbo, de 600 hombres, que marchó a campaña junto con el Atacama N° 1, creado en Copiapó.

El Batallón de Artillería del Coronel Velásquez, ingresó al ejército de invasión, en el cual desempeñó lucido papel, con el nombre de Regimiento N° 2.

El Lautaro, que se disciplinaba en Quillota, aumentó su personal a 1.200 hombres y como Regimiento marchó primero a La Serena, y después a la zona activa.

Los batallones Andes, Carampangue y Pudeto, sirvieron de base para la formación de otras unidades, también cívicas movilizadas.

Pasaron algunos meses, pues, antes de que las fuerzas de la zona central pudieran considerarse como tropas efectivas.

El Gobierno, para movilizar e instruir a tantos cuerpos, echó mano de los oficiales de la guardia nacional, y de los jefes y oficiales retirados temporalmente antes de la declaratoria de guerra. He aquí la clasificación de estos últimos:

Tenientes coroneles.....	3
Sargentos mayores.....	14
Capitanes.....	20
Ayudantes mayores.....	3
Tenientes.....	13
Subtenientes y Alféreces.....	17
Total.....	70

Entre los retirados figuraban jefes de mucho mérito, que dejaban las filas decepcionados por la parsimonia en los ascensos y la miseria del sueldo, como los comandantes don José Velásquez de artillería; don Emeterio Letelier de caballería; don Alejandro Gorostiaga de infantería, y el mayor don José Antonio Gutiérrez, que dieron lustre y renombre a las armas chilenas.

Acudieron igualmente al toque del clarín guerrero, viejos servidores de la Independencia, como el teniente Arriagada del 3° de línea, y el sargento mayor de caballería don Rosauero Gatica, el mismo que en la batalla de Yungay sacó del caballo, ensartado en su lanza, a un oficial enemigo, y lo levantó en alto a la vista de todo el ejército.

Veinticuatro de estas reliquias sobrevivían a la fecha: los que no pudieron entrar a las filas por la edad y achaques, ingresaron a las oficinas de guerra o formaron parte de comisiones destinadas a mejorar las condiciones de los heridos, a socorrer a los enfermos e inválidos, a la protección de las viudas y al asilo y educación de los huérfanos.

Se presentaron asimismo, sin excepción, desde el primer momento, los individuos de tropa licenciados absolutamente, con goce de pré, por inutilidad física o con premio de constancia.

El presente cuadro demuestra que su número era digno de tomarse en cuenta:

Sargentos 1°.....	40
Sargentos 2°.....	93
Cabos 1°.....	64
Cabos 2°.....	34
Cornetas.....	2
Soldados.....	290

Unos trescientos ingresaron a los cuerpos de nueva formación, en donde prestaron utilísimos servicios como instructores. Muchos que apenas sabían leer, enseñaban de memoria, al pie de la letra, las obligaciones de los individuos de tropa, el título LXXX de la Ordenanza, o sea, crímenes militares y comunes y penas que a ellos corresponden, los toques de corneta simples y combinados, con su número y significación.

Encontrándose el país con fuerzas suficientes para hacerse respetar, el Gobierno les dió una organización definitiva, para su mayor eficiencia.

Ejército Activo.

Tuvo esta denominación el ejército concentrado en Antofagasta, a las órdenes del general Arteaga, como comandante en jefe, y el coronel Sotomayor como jefe de Estado Mayor General.

Reserva.

El coronel don Cornelio Saavedra, ex-Ministro de la Guerra, recibió el mando del ejército de reserva, compuesto de los siguientes efectivos:

Regimiento N° 1 de Artillería, coronel don Marco Aurelio Arriagada.

Batallón Valdivia, comandante, teniente coronel don Egidio Gómez Solar, en Santiago.

Batallón Cazadores del Desierto, teniente coronel don Hilario Bouquet, en Santiago.

Batallón Lautaro, poco después regimiento, coronel don Mauricio Muñoz, en Quillota.

Batallón Atacama, teniente coronel don Juan Martínez, en Copiapó.

Batallón Coquimbo, teniente coronel graduado don Alejandro Gorostiaga, en La Serena.

Batallón Esmeralda, luego regimiento, coronel don Santiago Amengual, en Santiago.

Todos estos cuerpos pertenecían a la Guardia Nacional movilizada.

Escuadrón de caballería de línea Carabineros de Yungay, teniente coronel don Manuel Bulnes, en Santiago.

Cuerpo Especial.

Se decretó la formación de un cuerpo de dotación indefinida llamado Depósito de Reclutas y Reemplazos, destinado a cubrir las bajas de los cuerpos de línea del ejército del norte.

Los claros de la Guardia Nacional movilizada se llenaban con voluntarios de la provincia, cuyo nombre llevaba el batallón o regimiento.

Guarnición Independiente.

Una unidad de artillería y otra de infantería movilizadas tuvieron a su cargo la custodia de la plaza de Valparaíso, base de operaciones del ejército y la armada, y en el cual, además del dique, se habían concentrado enormes depósitos de víveres, municiones y equipo para las necesidades de la campaña.

El Gobierno creó el regimiento de artillería cívica Andes, para el servicio de las baterías de este puerto, compuesto de tres batallones: el 1° con la base del batallón cívico N° 2 de la ciudad; el 2° con los empleados del ferrocarril; y el 3° con voluntarios de Viña del Mar.

La plana mayor constaba de un coronel, comandante; tres tenientes coroneles; tres sargentos mayores; tres capitanes ayudantes; y un porta.

Cada batallón se componía de cuatro compañías, cada una con un capitán, dos tenientes, tres subtenientes y 150 hombres de tropa.

El benemérito coronel de la Independencia don Santiago Faez, recibió el comando del cuerpo; y don Agustín Edwards, los despachos de teniente coronel jefe del 1º Batallón, cuyo cuartel hizo arreglar a su costa.

Las baterías de la plaza se agruparon en cuatro secciones, para el mejor servicio:

1º sector norte. Fuertes Valparaíso, Barón, Andes y Maipú.

2º sector norte. Fuertes Papudo, Callao y Pudeto.

1º sector sur. Fuertes Bueras Alto, Bueras Bajo, Torre de Bueras, Esmeralda y Covadonga.

2º sector sur. Fuerte Valdivia, Yervas Buenas y Talcahuano,

Algunas baterías merecían respeto por el poder de la artillería y otras por el blindaje, que trajeron de Europa las corbetas “O’Higgins” y “Chacabuco”, y que se encontraba almacenado en los arsenales de marina.

Quedaron blindadas, una batería a barbata emplazada cerca del fuerte Bueras; y otra, al frente de los almacenes de aduana, artillada además con dos piezas Rodman de a 600 libras. Dos cañones de igual calibre recibieron los fuertes Esmeralda y Covadonga; otras baterías tenían dotación de Armstrong de 20 toneladas y Krupp de 21 centímetros.

Movilización para la Frontera.

Con motivo de la partida al norte de las dos brigadas Zapadores y regimiento de Granaderos a caballo, quedó debilitada la guarnición de la frontera, en donde caciques levantiscos predicaban la guerra secular. El Gobierno puso sobre las armas a los cívicos sedentarios, que supieron contener todo conato de revuelta, después de una ruda campana.

Movilización de otros cuerpos.

Organizadas la División del norte, la de reserva, la custodia de la frontera y la guarnición especial de Valparaíso, el Ministro pidió a las provincias nuevos contingentes de sangre que respondieron movilizando nuevos cuerpos.

Bien pronto se formaron los batallones de infantería Atacama Nº 2, Aconcagua Nº 1, Aconcagua Nº 2, Caupolicán, Rengo, Colchagua, Melipilla, Curicó, Talca, Chillán, Concepción, Bio-Bio y Angol, y los escuadrones de caballería Maipú, Frontera y Angol.

La organización de cuerpos regionales produjo noble emulación en las provincias, que contribuyeron gustosas con la sangre de sus hijos y con los gastos originados por el vestuario y equipo, que el Gobierno no podía sufragar, agobiado por los gastos originados por la guerra.

Se formaron comités en las cabeceras de provincias y departamentos encargados de recibir erogaciones para la adquisición de telas para el uniforme y la confección de prendas interiores para la tropa.

Las señoras formaron talleres en sus casas, a los cuales acudían niñas de toda condición a trabajar en la costura.

Agotado el paño y brin en las plazas de Santiago y Valparaíso, los comités adquirían cualquier tela en cantidad suficiente, para el uniforme de los cuerpos, Así las señoras de La Serena aprorataron toda la mezclilla azul de la provincia y confeccionaron el traje de diario con que el Batallón Coquimbo marchó a Antofagasta.

En este delirio bélico, cada cual contribuía en la medida de sus fuerzas o de sus haberes.

Una nota desgraciada y amarga entristeció por un momento a los corazones patriotas, especialmente en provincia.

Decretada la formación de cuerpos cívicos regionales, el centralismo Santiaguino se puso en campaña para apoderarse de los puestos de oficiales en favor de los segundones que pululan en la calle de Huérfanos, entre Estado y Ahumada.

El Gobierno asediado, por los caciques políticos, tuvo la debilidad de ceder; y los jefes de cuerpo recibieron nubes de zánganos, mal de su grado.

Hubo naturalmente, excepción y muy honrosa de jóvenes que no encontrando colocación en la metrópoli, buscaron en provincia un puesto para ir al combate.

La importación de advenedizos amenazaba tomar vuelo; los dirigentes del país, pusieron en guardia a sus relaciones de Santiago, para poner coto a esta irritante irregularidad que mataba todo entusiasmo.

El primer grito de alarma partió de La Serena, cuya sociedad recibió con brazos abiertos a tres distinguidos oficiales importados, dignísimos por su ilustración, por su ardor bélico y prendas personales.

Pero llegó un individuo de policía como teniente del Coquimbo. Dadas las costumbres de la época, la llegada del paco se consideró como una afrenta para la provincia.

Los oficiales le hacen el vacío; no le admiten en sus habitaciones ni en su rancho.

La provincia de Aconcagua se mostró más enérgica.

El Gobierno decretó la movilización del Batallón Aconcagua, y designó a San Felipe como capital del reclutamiento.

Un buen día llega a esta plaza el teniente coronel don Rafael Díaz Muñoz, designado jefe del Batallón Cívico movilizado de Aconcagua; y con él se descarga el cuadro, completo de oficiales, sargentos y cabos del futuro cuerpo, todos extraños a la provincia.

La indignación de los nativos no tuvo límites. La sociedad cerró sus puertas a jefes y oficiales, y ni un voluntario se presenta al cuartel.

La formación del Batallón Aconcagua se considera un fracaso. Sin embargo, las autoridades y vecinos prestigiosos habían prometido al Gobierno un regimiento en 48 horas.

Ejercieron entonces influencia mediadora, el intendente señor Blest Gana, el inolvidable cura párroco don José Agustín Gómez, y el sargento mayor don Juan Pablo Bustamante, muy apreciado en la localidad.

A la borrasca sucede la calma, aunque forzada. La gente acude al cuartel; el Aconcagua completa la dotación; pero el Gobierno hubo de trasladarlo a Quillota, dada la hostilidad de que eran víctimas los jefes y oficiales escomulgados de los salones.

En víspera de la partida, el comandante solicita la bandera que lució en Lima el Batallón Aconcagua el año 38, en la toma del Pan de Azúcar y en la batalla de Yungay, que la Ilustre Municipalidad conservaba en la sala de sesiones, como una preciada reliquia.

La Ilustre Corporación se negó redondamente; la habría confiado a oficiales aconcagiinos, dijo, que sabrían morir para sostener el lustre de la sagrada insignia.

El comandante herido en su amor propio: hizo leer al emprender la marcha, la siguiente orden del día:

“Es posible que el glorioso estandarte que tremoló en Pan de Azúcar y en las torres de Lima, no nos acompañe; pero eso poco y nada importa, a los valientes, porque bien sé, soldados, que vuestros corazones serán en la hora del combate un estandarte más poderoso, y más dignamente representará a la heroica provincia de Aconcagua”.

El incidente repercutió en todo el país; unánime fué la censura del centralismo santiaguino, que ofendía el sentimiento nacional.

Vicuña Mackenna, senador por Coquimbo, adalid del patriotismo y paño de lágrimas para enjugar toda injusticia, publica un brillante manifiesto, llamando al Gobierno al camino del deber. Se expresa así:

La Composición del Ejército Nacional.

El tercer error de suma gravedad cometido, a nuestro humilde entender, en la organización de los elementos de la presente y ardua guerra, es la forma absorvedora, centralista, casi exclusivamente “santiaguina”, que se ha dado a la organización del ejército, dejando a un lado, sin duda alguna, sin propósito preconcebido, el elemento provincial y autonómico, que es tan poderoso estímulo en la composición de las fuerzas militares, especialmente en países como el nuestro y en una guerra más de sentimientos que de intereses, como a la que nos ha arrastrado el Perú. No va esto a cargo ciertamente del noble soldado que se halla hoy a la cabeza del Ministerio de Guerra, ni tampoco al de su honorable proceder, ni menos es un dardo lanzado al Gobierno general de la República, sino una condenación absoluta de algo peor que los malos Gobiernos, es decir condenación de la rutina centralista, que lo devora todo, y en lo cual son cómplices voluntarios y antiguos las provincias mismas.

Para reclutar un ejército nacional como el que va a hacer la campaña, compuesto todo de entusiastas voluntarios, se ha seguido en efecto, el mismo sistema de leva que para el ejército ordinario en tiempo de paz, esto es, pedir a cada provincia, a cada ciudad, a cada aldea un contingente aislado, a fin de refundirlo, como un ingrediente anónimo, en el conjunto de un batallón o regimiento que se llamará Lautaro, Chacabuco, Esmeralda, o lo que se quiera, pero que no representa la autonomía de las localidades y el verdadero espíritu de cuerpo y paisanaje, que es tan importante en la composición de los ejércitos.

No tenemos por esto, como los teníamos en la guerra de la independencia, y después de la historia militar del país, un batallón *Nº 1 de Coquimbo*, compuesto todo de hijos de esa valerosa provincia, ni un batallón *Carampangue*, ni un Valdivia, de soldados de *Concepción* y de *Valdivia*; ni siquiera el *Colchagua*, el *Talca*, el *Aconcagua* y el *Chillán* de 1839.

Al contrario, es notorio que, a pesar de ardientes peticiones locales, se ha pretendido sacar y romper en girones la masa de voluntarios que en cada localidad se presentaba; y así se explica, como la belicosa y granada provincia de *Aconcagua*, por ejemplo, que pudo poner sobre las armas, en una semana, un regimiento (y así lo solicitó hasta la humildad y el cansancio) haya enviado solo 270 hombres desgastados al cantón de *Quillota*, para incorporarlos en el regimiento *Lautaro*. Otro tanto ha sucedido en Concepción con el *Carampangue*, y en Talca y otros lugares, que podríamos citar con extensión y documentos. Más, ¿qué importaba todo esto, si en Santiago se organizaba el batallón Bulnes y teníamos ya la brigada Francisco Antonio Pinto y tuvimos el peligro de tener dos batallones con el nombre Santiago, un Santiago de línea y un Santiago de cívicos?

Un deber de lealtad, nunca desmentido nos hace notar a última hora una consoladora reacción en este sentido, pues se habla de un batallón o regimiento Coquimbo, formado exclusivamente por coquimbanos en la capital de su provincia. Pero es preciso confesar que ese mismo regimiento pudo estar sobre las armas hace tres meses, si se hubiera hecho resonar la corneta de la tropa ligera en las montañas de los antiguos *cazadores* todos montañeses.

Entre tanto ha sido tal la plétora soldadesca de Santiago, que ya desborda. Aconcagua no tiene ni tendrá un regimiento, ni siquiera un batallón, pero se va a mandar a sus cuarteles un batallón santiaguino. ¿No es esto suficiente desilusión para el ardoroso patriotismo de ese pueblo?

Pero habrá gentes que delante de todo esto se encogerán de hombros y exclamarán: ¡Nimiedades! Cuestión simplemente de nombres, que en nada afecta al fondo de la situación”.

Nosotros, a nuestro turno, observaremos sin embargo, que dado nuestro modo de ser social y político, esa es cuestión gravísima, y que si se hubiera dejado o se concediese aun hoy mismo todo su legítimo desarrollo al elemento local, habríamos formado nuestro ejército con dos meses de anterioridad, tendríamos una masa de tropa mucho más homogénea y manejable, rivalizando cada cuerpo en su amor a la patria. Y lo que es mucho más importante que todo esto, en el cuerpo de oficiales de cada regimiento estarían comprometidas todas las familias y círculos influyentes del país por medio de sus hijos, mientras que hoy el gran núcleo de esa clase se ha sacado de los inevitables *empeños* de Santiago, pudiendo asegurarse que de cada cien oficiales de la nueva planta no hay diez que representen el espíritu de la nación, sino el espíritu de la capital.

Es muy posible que estas impresiones y estas protestas hieran por primera vez el oído de los hombres que están en el poder y que viven y que deliberan de ordinario tras las paredes demasiado espesas de un palacio de piedra para escuchar los acentos genuinos de la opinión pública desde *Atacama a Puerto Montt*. Pero de lo que decimos tenemos numerosos testimonios, que en caso necesario presentaríamos día por día al país y a los directores de la guerra, del mal que estos simples yerros de detalle han causado y causan a la dirección de las operaciones y a la larga al país.

Y téngase entendido que esto que pedimos lo han practicado mucho mejor nuestros adversarios, porque en medio de su bombástica y altisonante nomenclatura guerrera han conservado a cada cuerpo su nombre originario y local.

Si se hubiera tratado simplemente de un ejército de línea y estacionario, los números del sistema decimal no habrían tenido objeción alguna, y aun son cómodos y convenientes. Pero en un ejército de voluntarios ¿porqué no se ha hecho lo que en Francia, lo que en Estados Unidos, donde el nombre de la localidad es invariablemente el nombre del regimiento, y, de allí esa admirable emulación que engendra las victorias?

En suma, y para poner ya término a estas explicaciones que no tienen remotamente el más mínimo espíritu de hostilidad, sino por lo opuesto, de simple buena intención y de luz, pedimos, en nuestro simple carácter de escritores públicos, estas cosas, que, a nuestro juicio, ponen a salvo tres grandes dificultades nacionales.

1° Que se abrogue totalmente el decreto de bloqueo interno de 7 de Abril de 1879.

2° Que se emprendan las operaciones de la guerra conforme a los consejos de una experiencia salvadora pero caramente comprada.

3° Que se de entrada en la organización futura del ejército al *patriotismo*, en su forma más legítima y potente, que es la *autonomía local* en lugar del *empeño santiaguino*.

Santiago, julio 13 de 1879,

B. Vicuña Mackenna.

El Gobierno, presionado por la opinión pública, reacciona. Las vacantes que se presentan en el Aconcagua, de guarnición en Quillota, se llenan con distinguidos jóvenes de la provincia; y se nombra abanderado, a don Belisario del Canto, hijo de un sobreviviente del “Aconcagua” de Yungay y Pan de Azúcar, san felipeño de antigua cepa.

Se efectúa la reacción ante la Patria, se deponen las suspicacias. Los cabildos de los cinco departamentos, decretan por unanimidad, la entrega del estandarte al batallón que lleva el nombre provincial.

El intendente señor Blest Gana con brillante comitiva se traslada a Quillota, custodiando la gloriosa bandera. La conduce en su terciado el veterano don Gregorio del Canto, padre del nuevo abanderado, luciendo sobre el pecho las medallas de Guías y Yungay y en la manga izquierda, el rojo parche de Buin.

La ciudad de Quillota en masa forma calle a la numerosa comitiva, desde la estación hasta la plaza de armas; las damas arrojan flores y los hombres se descubren al paso de la bandera.

El Batallón Aconcagua en batalla, recibe a la delegación.

El intendente Blest Gana, en un sentido discurso hace la entrega de la reliquia; el comandante Díaz Muñoz, altamente emocionado, la recibe con una brillante improvisación.

Hace avanzar al abanderado, de circunstancias, al viejo del Canto, quien sacándose el terciado, decora con él a su hijo, y le dice con tono firme, que resuena en los cuatro ámbitos de la plaza:

¡Abanderado, os entrego esta bandera sin mancha; que solo la muerte os desprenda de ella!

El joven del Canto toma su colocación a la cabeza de la tercera compañía; el comandante manda presentar armas y grita:

“Jefes, oficiales, clases y soldados del Aconcagua, juráis defender esta bandera, hasta perder la vida”.

Juramos, responde el cuerpo.

Si es así, Dios os lo premie; si no, él os lo demande. Batallón, carguen, apunten, fuego!

Una descarga cerrada sella el pacto; se echan a vuelo las campanas de la Matriz y conventos de la Merced y San Francisco, en tanto la banda rompe con los acordes de la canción nacional.

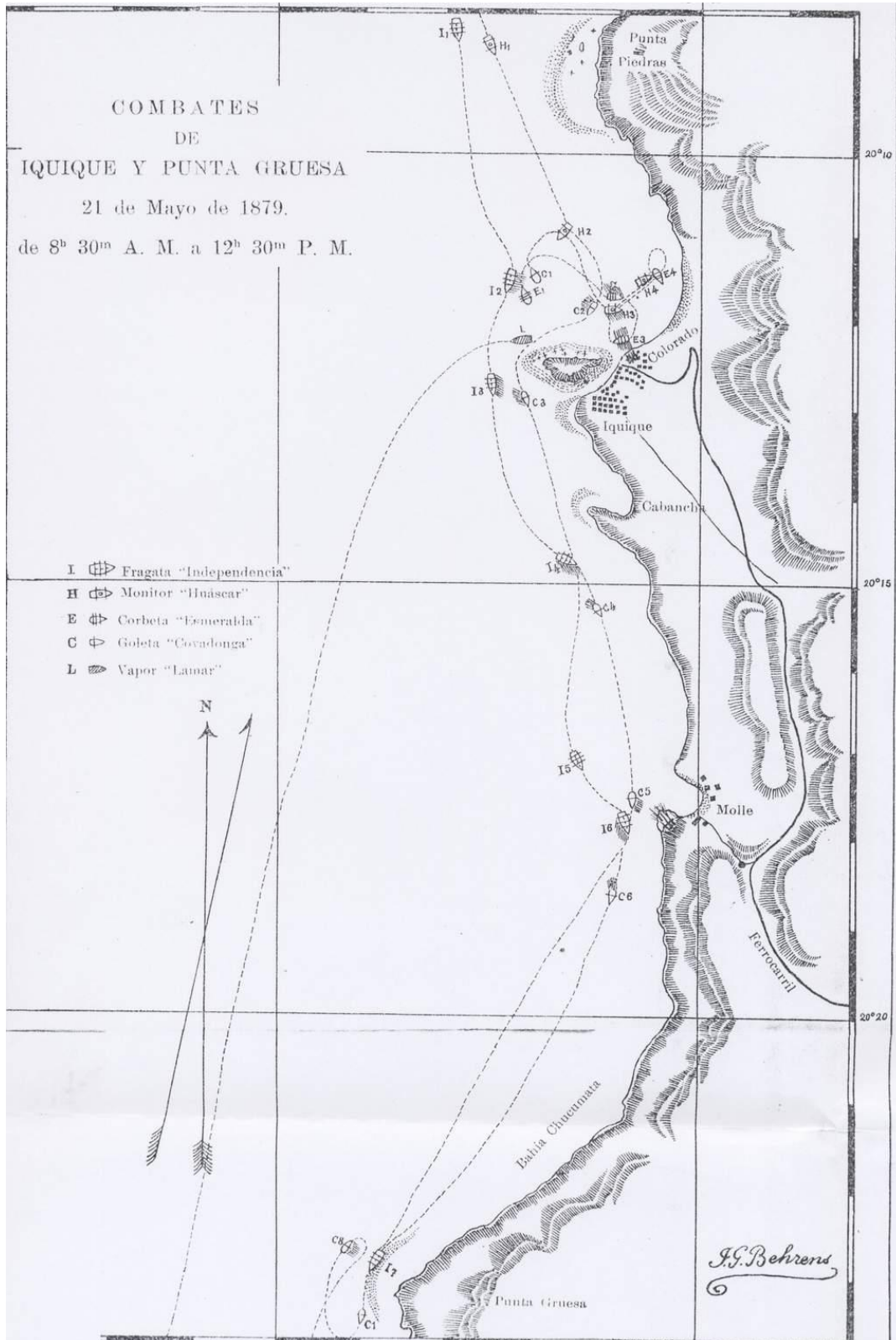
El pueblo delirante de entusiasmo, viva a la Patria, al ejército, a los héroes y acompaña al batallón hasta su cuartel en medio de vítores y aplausos.

Dura fué la lección; pero los hombres de Gobierno, como chilenos también, supieron aprovecharla.

Los cuerpos cívicos movilizados llevaron el nombre de la provincia o departamento que les sirviera de cuna, y oficiales y tropa representaban genuinamente el terruño a la sombra del querido tricolor que a todos nos cobija.

CAPÍTULO XII.

El combate naval de Iquique.



En cumplimiento de las instrucciones verbales de S. E. el general Prado, el comandante Grau zarpa de Arica a las 8:30 de la noche del 20 de Mayo, al mando del monitor “Huáscar” y de la fragata “Independencia”, en el siguiente orden de combate:

“Huáscar”

Comandante, capitán de navío don Miguel Grau.

Mayor de Ordenes, capitán de navío don Enrique Carreño.

Secretario de la 1ª División Naval, capitán de fragata don Melitón Carvajal.

Ayudante del comandante, teniente 1º don Diego Ferré.

2º comandante, capitán de navío don Exequiel Otoyá.

Jefe de la torre, capitán de fragata don Ramón Freyre.

Teniente 1º don Pedro Rodríguez Salazar.

Tenientes 2º, señores Jorge Velarde, Carlos de los Heros, José Martín Rodríguez, Gervasio Santillana y Fermín Diez Canseco.

Guardias Marinas, señores Grimaldo Villavicencio, Carlos R. Tizón, Federico Sotomayor, Manuel Elías Bonmaison, Daniel S. Rivera, Bruno Bueno y Felipe Rotalde.

Practicante, don José Ignacio Canales, estudiante del último año de medicina.

Ayudante, don Alberto Huertas.

Contador, don J. Alfaro.

Capitán de la guarnición, don Mariano Bustamante.

Capitán de la columna Constitución, don Manuel Arellano

Corresponsales, señores Antonio Cucalón y Francisco Retes.

“Independencia”

Comandante, capitán de navío don Juan Moore.

2º comandante, capitán de fragata graduado, don Eugenio Raygada.

3º comandante, capitán de corbeta don Eugenio Gutiérrez.

Tenientes 1º señores Enrique Taboada, Narciso García y García, Justiniano Cavero, Francisco León, Eduardo Hidalgo, y graduados Merchor Ulloa y Pedro Gárezon.

Alféreces de fragata: señores Mariano La Foxkoncal, Fortunato Salaverry, Ricardo Herrera y Aurelio Ureta.

Subteniente, don Ruperto Casopia.

Guardias Marinas, don Carlos Eléspuru.

Aspirantes, señores Florentino Flores, Álvaro de la Haza, José Andrés Morante, Carlos Swett, Manuel Villar, Javier García Maldonado, José Morales Saavedra y Adolfo Santillana.

Contador, don Otoniel Melena.

Cirujano, don Ignacio Diandens.

Capellán, don José C. Sotil.

Practicante de medicina, don Manuel S. Ugarte.

Ingeniero 1º don Tomás Vilkins.

id. 2º don John Dorward.

id. 3º don J. Mac Carley.

id. 4º don Pedro Falcón.

id. 4º don Archibal Mac Callum.

Ayudantes, señores Juan Buendía y José M. Fuentes.

Guarnición:

Comandante, teniente coronel don José Sánchez Lagomarsino.

Capitán, don Emilio Chapell.

Subteniente, don Luis Ballesteros.

A las 4h. 20' la división recalca en Pisagua para inquirir noticias de los buques enemigos. El capitán de puerto le muestra un telegrama del Prefecto del Departamento de Tarapacá, con la noticia de que hacen efectivo el bloqueo de Iquique, la corbeta “Esmeralda”, la cañonera “Covadonga” y el transporte “Lamar”, de la armada de Chile.

Al acercarse en la mañana a Iquique, Grau reconoce a los mencionados buques que caldean y se ponen a la defensiva en el siguiente orden de batalla:

“Esmeralda”

Comandante, capitán de fragata don Arturo Prat.

Oficial del detall, teniente 1º don Luis Uribe.

Teniente 1º graduado, don Francisco 2º Sánchez.

Teniente 2º, don Ignacio Serrano.

Guardias Marinas, señores Ernesto Riquelme, Arturo Fernández Vial, Arturo Wilson y Vicente Zegers.

Cirujano 1º, doctor Cornelio Guzmán.

Contador 2º, don Juan A. Goñi.

Guarnición:

Subteniente don Antonio D. Hurtado.

Ingeniero paisano, don Juan A. Cabrera Gacitua.

Ingeniero 1º don Eduardo Hyatt.

id. 2º don Vicente Mutilla.

id. 3º don Dionisio Manterola.

id. 3º don J. Gutiérrez de la Fuente.

“Covadonga”

Capitán de corbeta graduado, don Carlos Condell.

Oficial del detall, teniente 1º don Manuel J. Orella.

Tenientes segundos, señores Demetrio Eusquiza y Eduardo Valenzuela.

Guardia Marina, don Miguel Saenz.

Cirujano 1º, don Pedro R. Videla.

Contador 2º, don Enrique Reynolds.

Ingeniero 2º, don Emilio Cuevas.

Ingenieros 3º, señores Protasio Castillo y Roberto Osorio.

Rondaba la “Covadonga” por las afueras de la bahía; el transporte “Lamar” permanecía en las vecindades de la isla y la “Esmeralda” fondeada en el puerto.

El vigía de la “Covadonga”, al despuntar el sol, grita desde su puesto de observación: ¡Dos humos al norte!

Condell reconoce al “Huáscar” e “Independencia”, y lo comunica por señales a Prat. La “Esmeralda” se pone en movimiento, y al acercarse la “Covadonga”, Prat ordena: Seguir mis aguas.

Al virar en dirección al puerto, Prat reúne la tripulación, y pronuncia la arenga legendaria:

“Muchachos, la contienda es desigual. Nunca se ha arriado nuestra bandera ante el enemigo, y espero que no sea ésta la ocasión de hacerlo.

Mientras yo viva, esa bandera flameará en su lugar; y si yo muero, mis oficiales sabrán cumplir con su deber”.

Dijo, y batiendo la gorra, da un sonoro ¡Viva Chile!; la tripulación toda se descubre, y clama a su vez ¡Viva Chile!

La “Covadonga” está cerca; Prat ordena: Que almuerce la gente. Reforzar las cargas. Condell contesta: All right! y hace cumplir las órdenes.

Pocos momentos después cae entre ambos barcos, una granada de a 300 con que el “Huáscar” inicia la acción.

La “Esmeralda” se dirige al fondeadero, a interponerse en poco fondo entre la ciudad y el monitor, para obligar a éste a disparar por elevación, cosa de no dañar con los tiros los edificios del puerto.

El “Lamar” se aleja a toda máquina para no caer en manos del enemigo; y la “Covadonga” se corre por la orilla de la isla, atravesada de banda a banda por una granada de a 300, que el “Huáscar” le propina de pasada.

El proyectil causa serias averías y produce la baja del cirujano don Pedro Regalado Videla, y de otros tripulantes; la cañonera costea la isla y pone proa al sur.

Se inician dos combates, independientes uno de otro: el “Huáscar” contra la “Esmeralda” y la “Independencia” contra la “Covadonga”.

Al penetrar Grau a la bahía aborda al monitor un bote de tierra que conduce al capitán de corbeta don Salomé Porras, jefe del puerto; y al práctico don Guillermo Checle, los cuales informan al comodoro de que la “Esmeralda” se halla defendida por minas y torpedos.

Había cierto viso de verdad en esta errada información: Se encontraba a bordo de la “Esmeralda” el ingeniero electricista don Fernando Cabrera Gacitúa, enviado por el Gobierno para usar el cable, comunicando a la escuadra con la oficina de Valparaíso, con uno de los chicotes.

La partida del almirante paraliza los trabajos; pero el capitán Prat se propone utilizar los conocimientos del señor Cabrera en la fabricación de minas, que fondeadas alrededor de la corbeta, le protegerían en caso de combate.

Muy poco antes, los oficiales habían ensayado uno de estos torpedos sumergidos que se hizo estallar eléctricamente con buen resultado; la explosión levantó una enorme columna de agua por la popa de la “Esmeralda”, explosión atribuida por los jefes de tierra a algún descuido de los tripulantes encargados de las minas.

Recibido el aviso, el comodoro peruano toma distancia para hundir la corbeta a cañonazos.

Empieza el duelo.

Grau dispone de dos piezas de a 300 libras, emplazadas en la torre del monitor; y tres más, dos de a 40, situadas respectivamente a estribor y a popa, y una tercera de a 12 a babor. La artillería de la “Esmeralda” consta de 12 piezas de a 40 libras.

La nave peruana con 4 1/2 pulgadas de blindaje, desarrolla un andar de once millas, en tanto la vieja corbeta de madera alcanza un máximo de seis millas, en la más favorable de las circunstancias; y su casco corroído por las aguas, no presenta resistencia alguna a la artillería, aun de mínimo calibre.

Grau derrocha municiones sin éxito alguno, por la mala puntería de los sirvientes de las piezas; Prat al contrario, rocía la cubierta y costados de la nave enemiga, con sus proyectiles de a 40, que se aplastan contra la coraza. La tripulación chilena saluda los impactos con entusiastas hurras, que se oyen distintamente en tierra, y que los nativos contestan con mueras a Chile y vivas al Perú, al Presidente Prado y al comandante Grau.

La población de Iquique asiste en masa a celebrar la victoria; y había tal seguridad de triunfo, que el jefe de la plaza envió al muelle al batallón N° 7, Cazadores de la Guardia, para escoltar a los prisioneros.

El elemento criollo demuestra su gozo con continuas libaciones, que inflaman los ánimos; los extranjeros se mantienen circunspectos al contemplar la sangre fría con que los marinos chilenos ofrecen el sacrificio de la vida.

Las horas pasan; la “Esmeralda” resiste, embanderada como para una fiesta.

El coronel Benavides, jefe de Estado Mayor de la guarnición de Iquique, ganoso de saborear el triunfo, coloca una batería de campaña en unos alcores vecinos, que rompe los fuegos de cañón sobre el buque chileno, en tanto la escolta de infantería inicia con sus rifles nutrido fuego de salvas. Esta batería, al mando de] capitán graduado don Francisco Postrana, envió a la corbeta 72 granadas de a nueve, que originan numerosas bajas. La primera sangre chilena enrojece la cubierta.

Prat contesta con una andanada de la batería de estribor; pero la posición se hace insostenible entre dos fuegos. Deja el fondeadero equidistante de la Puntilla y de la punta del Colorado y gobierna hasta ubicarse frente a Punta Negra, remate de la Cuesta del Anzuelo, por el lado de la playa. De ahí continúa luchando con el “Huáscar”, libre del peligro de tierra.

El enemigo no dá tregua; una granada de a 300 atraviesa la “Esmeralda” casi en la línea de flotación; produce un incendio que se logra extinguir, y provoca una gruesa vía de agua que la tripulación consigue tapar después de rudo trabajo.

Son las 11:30 A. M. La agonía dura ya tres horas, pero el entusiasmo no decae en la nave chilena.

La impericia de los astilleros hace que el comodoro Grau se resuelva a emplear el espolón, seguro ya de que la “Esmeralda” carece en su nueva ubicación de defensas submarinas. Endereza proa al enemigo y se lanza avante gobernando para herirla medio a medio.

Prat divisa el peligro; hace girar la nave sobre el centro para recibir el espolonazo de refilón, único partido en tan difíciles momentos.

No obstante, la enorme masa del blindado hace gemir el maderamen de la corbeta que se recuesta a estribor, a la vez que los cañones del “Huáscar” disparados a toca pañoles, barren la cubierta que queda sembrada de informes restos humanos palpitantes. Cerca de cincuenta hombres se revuelcan en los extertores de la agonía.

La “Esmeralda” contesta el espolonazo con todas sus piezas y una descarga cerrada de fusilería. En el momento que el “Huáscar” hince el ariete en la corbeta, el comandante Prat, espada en mano, salta sobre la cubierta del monitor, gritando a su gente: ¡Muchachos, al abordaje! orden que sólo oye entre el humo y fragor de la pelea, el sargento Juan de Dios Aldea, y un marinero que no se ha podido identificar, que siguen a su jefe.

Invisibles soldados tras parapetos de acero, reciben a los asaltantes con descargas de ametralladora y fusil, y los acribillan a balazos; Prat, herido mortalmente, dobla una rodilla y mientras se equilibra, un soldado salido de la torre de la artillería, le pone el cañón del rifle a la altura de la frente, dispara y le da el golpe de gracia.

El “Huáscar” se retira y disminuye un tanto sus fuegos, como para dar tiempo a la “Esmeralda” para su rendición.

Como ésta intensifica la resistencia, el comodoro peruano prepara un segundo golpe de espolón. El teniente 1° don Luis Uribe, que sucede a Prat en el puente de mando, hace girar el barco para aminorar el choque, no obstante, el espolón abre una vía de agua, inunda la Santa Bárbara, y el departamento de máquinas. Los cañonazos a boca de jarro arrasan nuevamente la cubierta, acaban con el personal de máquinas y destrozan a todos los heridos acumulados en la enfermería.

En el instante del choque, el teniente Serrano, dá el grito de: ¡Al abordaje!, Y salta sobre la cubierta enemiga con un trozo de doce hombres que se lanzan sobre una cincuentena, subida a repeler el asalto.

Los chilenos sucumben ante el número, después de matar al teniente 2º don Jorge Velarde, oficial de señales, que cae al pie de la torre del comandante, herido por tres balazos.

Dos o tres asaltantes, viendo caídos a sus compañeros y frustrado el golpe, se echan al mar y regresan a la “Esmeralda” a nadó.

El fuego continúa aun por veinte minutos más,

El “Huáscar” elige por tercera vez el momento oportuno para asestar el 3.er golpe; se retira, da a la máquina el máximo de velocidad, y cae sobre la “Esmeralda”, convertida en pontón, a la vez que dispara toda la artillería. La corbeta herida por mitad, se inclina de proa, hundiéndose lentamente con sus palos embanderados. Al quedar un tercio de buque fuera del agua, resuena un disparo; es el último cartucho del último cañón, que se dice servido por el guardia marina Ernesto Riquelme.

Húndese por fin la toldilla de popa; se bate por última vez al tope la gloriosa bandera, sepultándose en el mar con la tripulación. Los naufragos se asen a los remos, coyes y restos de madera, en la lucha por la vida.

Son las 12:10 de la tarde. La “Esmeralda” se sumerge después de tres horas y cuarenta minutos de pelea, con pérdida de las $\frac{3}{4}$ partes de la dotación. Ha recibido tres espolonazos y cinco granadas de a 300, de las 15 que disparó el “Huáscar”, fuera de las de menor calibre, y los tiros de ametralladora y rifles, que bañaban la cubierta, dada la cercanía de las naves.

El “Huáscar” echa botes agua que recogen y llevan a bordo, a los siguientes prisioneros:

Teniente 1º don Luis Uribe. Teniente 1º graduado, don Francisco 2º Sánchez.

Guardias marinas, señores Arturo Wilson, Arturo Fernández Vial y Vicente Zegers.

Cirujano Doctor don Cornelio Guzmán.

Ayudante, don Germán Segura.

Jefe de la guarnición, subteniente don Antonio Hurtado.

Ingeniero electricista agregado don Fernando Cabrera Gacitúa y 42 hombres de equipaje.

Precieron en la acción:

Comandante, capitán de fragata don Arturo Prat.

Teniente 2º don Ignacio Serrano.

Guardia marina don Ernesto Riquelme.

Ingenieros, señores Eduardo Hyatt, 1º; Vicente Mutilla, 2º ; y los terceros, Dionisio Manterola y J. Gutiérrez.

Sargento 2º Juan de Dios Aldea, y 154 hombres de tripulación.

La ciudad de Iquique contempla el combate, primero con demostraciones de júbilo, después con marcada ansiedad, y al final con estupor, pues creía fácil la captura de la cañonera chilena. La muchedumbre se dispersa silenciosa, impresionada por la heroicidad de la lucha. El mismo comodoro Grau, admirado de la obstinación de la “Esmeralda”, no pudo menos de exclamar, al oído del cirujano doctor Santiago Távara, que se encontraba a su lado: “¡Cómo se batían estos chilenos!”

Las bajas habidas en el “Huáscar”, fueron pocas: el teniente 2º don Jorge Velarde, muerto. Y heridos el capitán de fragata don Ramón Freyre y seis individuos de la tripulación.

En cuanto a las pérdidas materiales, recibió 32 balas de cañón que hicieron algunos destrozos en la cubierta y arboladura, pero sin causar perjuicios en partes vitales protegidas por la coraza.

Las cubiertas, puentes, amuradas, toldillas, chimeneas y embarcaciones quedaron acribilladas de balas de rifle Comblain, además de las torres, carrozas y ventiladores.

La avería más seria, se la causó el mismo monitor al efectuar los espolonazos; una plancha quedó rasgada en toda su extensión transversal y cuatro pulgadas de la inmediata, a cuatro pies debajo de la línea de agua, cerca de la roda.

Los restos de Prat, Serrano y Aldea, fueron enviados a tierra, y colocados en la acera de la calle, cerca de la Aduana.

Nadie se atrevía a sustraer los cadáveres a la espectación pública, por temor a la chusma ebria y rabiosa.

El caballero español don Eduardo Llanos, secundado por don Benigno Posada y otros connacionales, se encargó de dar secretamente sepultura a los restos de Prat, Serrano y Aldea en el cementerio de la ciudad.

Los chilenos tenemos una sagrada deuda de gratitud para con el señor Llanos y la colectividad española.

Nació don Eduardo Llanos y Álvarez de las Asturias en Corso el 12 de Agosto de 1833, de ilustre abolengo asturiano, de los tiempos de la guerra contra los árabes. En la sepultura de la familia fué enterrado don Pelayo y su mujer doña Gaudiosa. Por respeto a estas reliquias se clausuró dicha tumba.

En 1850 vino a América, desembarcando en Valparaíso.

Desempeñó el cargo de administrador de la hacienda de Viluco, de don José Toribio Larraín; tuvo un alto puesto en el Banco de Ossa y Escobar, y se trasladó después a Iquique como administrador de los molinos Deva, Desempeñó en esta ciudad el consulado de España, la dirección de la bomba española y la presidencia de las instituciones sociales y benéficas de sus compatriotas.

El Gobierno de Chile, en agradecimiento, le nombró Inspector General de Obras Fiscales, Delegado a la Exposición de Chicago y Superintendente de la Exposición de Santiago en 1884.

En el mismo año regentó en Londres la Oficina salitrera Matías Granja y Cía., para ir a descansar al poco tiempo a su pueblo natal.

En 1923 los vecinos de Corso celebraron el nonajésimo aniversario de su nacimiento con solemnes fiestas, que describe con singular colorido “El Popular”, revista de Congos de Oris, en Asturias.

De esta publicación tomamos los siguientes acápites que tienen relación con la epopeya del 21 de Mayo.

“El hecho cumbre de su vida, el rastro que retrata como ninguno la entereza de su carácter que era difícil adivinar bajo su exterior apacible y casi tímido, ocurrió en 1879, durante la guerra entre el Perú y Chile. Residía entonces en Iquique y el 21 de Mayo de aquel año tuvo lugar en la rada de este puerto un combate naval entre buques peruanos y chilenos. Figuraba entre los últimos la fragata “Esmeralda”, que luchó heroicamente, lanzándose dos veces al abordaje sobre la nave enemiga, hasta que al fin fué hundida por el “Huáscar”, monitor peruano. Sobre la cubierta del buque abordado quedaron los cadáveres del comandante de la “Esmeralda”, don Arturo Prat, del teniente Serrano, del sargento Aldea y de otros tripulantes, que como ellos perdieron la vida en supremos actos de patriótica locura. El comandante del “Huáscar”, después de echar a pique la fragata “Esmeralda”, mandó bajarlos a tierra y emprendió la persecución de la goleta “Covadonga”, compañera de la “Esmeralda”, que huía hacia el sur.

Sobre la playa quedaron tirados los cuerpos todavía calientes de los heroicos marinos chilenos y la chusma peruana que presenciaba el combate, formada en su mayoría de zambos y cholos (mestizos de negros y de indios), ebria por el alcohol y entusiasmada por el triunfo naval de su escuadra, profanaban aquellos cadáveres de combatientes enemigos, sin respeto a la muerte, ni a la heroicidad demostrada. Era un espectáculo repugnante y merecedor de la condenación de los espíritus nobles y caballerosos, que el mismo comandante peruano del “Huáscar” no pudo sospechar que ocurriese; pero

las turbas cuando están poseídas por la borrachera del triunfo, son siempre insolentes, desalmadas, crueles, y aquel día en Iquique hubiese sido demasiado peligroso para cualquiera, hacer la más pequeña manifestación de simpatía hacia Chile o sus combatientes. Pero don Eduardo Llanos, despreciando el peligro en que ponía su vida, mayor por su calidad de extranjero, y realizando personalmente casi todas las diligencias necesarias, recabó de las autoridades peruanas el permiso, para hacerse cargo de aquellos cadáveres chilenos, los recogió de la playa, les hizo amortajar y les dió honrosa sepultura en terreno que compró en el cementerio con tan piadoso objeto.

Pasaron los años y un día Chile, vencedor en la guerra fratricida contra las repúblicas de Perú y Bolivia, al pasar el balance de aquellos años ingratos, notó que de los heroicos marinos que con su abnegación patriótica habían dado la pauta que luego siguió el ejército, no quedaba más que el recuerdo de su heroico sacrificio. Tan discretamente había realizado don Eduardo su obra de altruismo que en el mismo Iquique, ciudad ya chilena, desde hacía años se ignoraba dónde habían ido a parar aquellos cadáveres que todo el mundo había visto tirados y profanados por el populacho en la playa; creíase que habrían sido arrojados al mar o a un muladar en los días siguientes al combate naval de Iquique durante los cuales la canalla celebraba el triunfo con orgías desenfundadas.

Se enteró don Eduardo de lo que ocurría y dijo a las autoridades de Iquique que los restos de los heroicos marinos chilenos no estaban perdidos. Y exhibiendo las cuentas por él pagadas de los ataúdes, conducciones, sepulturas y derechos de enterramiento, indicó el sitio donde había sido enterrado cada uno de los valerosos tripulantes de la “Esmeralda”, muertos en el combate naval. Al exhumar los cadáveres, se les encontró amortajados en sábanas marcadas E. LI., nuevo dato que no permitía dudar de que aquellos eran los restos de los héroes que Chile buscaba.

Corrió la noticia por toda la república, como por un reguero de pólvora, haciendo vibrar el patrio sentimiento, que como el que más siente el pueblo chileno y enterados de que había sido un español, un ciudadano del pueblo progenitor quien había salvado para Chile los restos venerandos, eran abrazados en las calles y en los lugares públicos todos los españoles, de un extremo a otro de la república; se olvidaban agravios y sólo se recordaba cuanto de bueno hizo en el mundo España, diciendo a gritos que se consideraban orgullosos de pertenecer a tan hidalga y caballerosa raza.

A consecuencia de este acto fueron reanudadas las relaciones con España, que estaban suspendidas desde la impolítica guerra del Pacífico, y el Gobierno de Chile invitaba al de España a que enviase una comisión para rendirle homenaje, y en 1884, se hacia a la mar rumbo a Chile, en visita de cortesía, la fragata de guerra española “Las Naves de Tolosa”.

Este rasgo descubre cual ningún otro, el temple espiritual del señor Llanos, del asturiano abnegado, trabajador y de sencillas costumbres, a quien más tarde al marchar de Inglaterra, despedían los dueños del Boarding House, donde se albergaba en Londres, haciéndole observar que durante los once años que había residido en su casa, no había llamado al timbre una sola vez, ni siquiera para pedir un vaso de agua.

De su estancia en Chile conserva don Eduardo un amor hacia aquella nación, sólo comparable al que siente por su patria propia. Hace apenas dos años que tenía en proyecto un último viaje a Iquique para despedirse de sus amigos chilenos, y en 1918, cuando la fiesta de la coronación de la Virgen de la Covadonga, desde la explanada de la Catedral y a ambos lados de la Cruz de Priena, hoy substituida por otra hecha con el tronco de un árbol plantado por los niños de la escuela, que él fundara en Corso, podían verse ondear gallardamente veinte banderas españolas enclavadas en el espinazo de la montaña y, a su lado, una bandera chilena. Esta presencia de la bandera chilena entre las españolas, aquel día memorable, mientras los montes se estremecían al rugido de las salvas de artillería, provocaba la extrañeza de las gentes, ignorantes de la deuda de cariño que don Eduardo Llanos pagaba a Chile al

colocar su enseña nacional al lado de la de España, sobre las montañas de Covadonga, al cumplirse el duodécimo aniversario de la primera batalla de la Reconquista”.

Perdónese esta digresión, en honra de un preclaro hijo de la madre patria. Continuamos nuestro relato:

Mientras la “Esmeralda” pelea con el “Huáscar”, la “Covadonga”, atravesada de banda a banda por una bomba de a 300 del monitor, se trenza con la “Independencia”.

Se reproduce la lucha entre Goliat y David.

La fragata peruana, con coraza de cuatro y media pulgadas, 12 millas de andar, dispone de dos cañones de 150, doce de a 70 y cuatro de a 32. La goleta “Covadonga”, con cuatro millas de marcha que desarrolló como máximo durante la acción, cuenta únicamente con dos cañones de 70 libras.

Como Prat, el comandante Condell desarrolla su defensa táctica barajando la costa, encaletándose pegado a tierra para evitar el espolón de la poderosa nave enemiga.

La “Independencia”, persigue su presa, ora siguiendo, ora rebasando a la cañonera, sobre la que descarga sus piezas por andanadas, Condell contesta con sus cañones hábilmente dirigidos por los tenientes Manuel J. Orella y Estanislao Lynch.

El coronel Benavides, el jefe de Estado Mayor peruano que mandó cañonear a la “Esmeralda” desde tierra, lanza ahora sobre la “Covadonga”, para abordarla, una escuadrilla de botes armados, al salir de entre los bajos y entrar a la caleta de Cavanha. Condell rechaza este ataque con tarros de metralla de a nueve y fuego de fusilería de salva; continúa entre los arrecifes cobrando la punta del Molle, bajo la lluvia de proyectiles que consumen las inespertas manos de los artilleros de la fragata.

La goleta contesta con vigor. Una bomba desmonta a la “Independencia” el cañón de popa; otra destroza la escotilla de la máquina, hiriendo al tercer jefe, capitán de corbeta don Ruperto Gutiérrez, que es reemplazado por el teniente coronel don José Sánchez Lagomarsino.

Se estrecha la distancia; el fuego arrecia con igual vigor. Los artilleros chilenos hacen ocho impactos seguidos sobre el barco enemigo: Uno sobre la batería de estribor; otro al lado del portalón, mata al centinela, rompe un bote y astilla la batallola; dos hieren la obra muerta de popa; los otros dos a proa dividen el puente del comandante y cortan la telera.

El casco recibe dos balas por babor, que resbalan sobre la coraza. La chimenea semeja un harnero con más de cien agujeros de rifle.

En mar libre, la fragata inicia la persecución en caza con su cañón de proa. El teniente Orella coloca en el castillo de popa al sargento Olave, con un pelotón de la Brigada de Marina, con orden de derribar a los sirvientes de dicha pieza de proa, e impedir que haga fuego. Los niños de la Marina cumplen tan a la letra, que el Vavaseur enmudeció durante el resto de la acción, pues nuestros tiradores cazaban a los sirvientes apenas aparecían.

Exasperado el comandante Moore por las bajas que sufre, y la ineficacia de la artillería, ataca dos veces al espolón; pero a un cumplido de buque, se detiene temeroso de que falte fondo para el calado del barco.

Por fin se decide a dar el golpe de gracia, cuya descripción copiamos del parte oficial pasado por el comandante Moore, al jefe de la 1ª División, comandante Grau. Dice así:

“Decidí por tercera vez embestirle con el ariete, pegándome a la Punta Gruesa, para impedirle la salida de la bahía, estrechándolo en la última caleta, y cuando los sondajes repetidos marcaban de ocho a nueve brazas de agua, y siendo limpia la bahía, según las cartas.

En este momento notando que se pegaba más a las rompientes de la Punta, ordené poner la caña a babor para poder rebasarla y atacar así con ventaja por el otro lado, lo que no pudiendo realizarse con la rapidez necesaria por haber sido en ese momento heridos tres timoneles, por el fuego nutrido de ametralladoras (que no tenía la “Covadonga”) y fusilería, que el enemigo nos hacía desde las cofas,

mandé dar atrás con toda fuerza de la máquina, cantando durante todo este tiempo los timoneles el mismo sonduje anterior, es decir, de nueve brazas de agua.

En este instante y cuando tocaba con el ariete a la “Covadonga”, se sintió un gran choque y quedó detenida la fragata.

El golpe había sido sobre una roca que no está marcada en la carta, pues se encuentra al norte del último bajo que aparece en ella”.

El blindado chocó en la roca sobre la cual había pasado la “Covadonga”, rozando la quilla; recostado sobre estribor, queda ahí clavado para siempre.

Condell vira de bordo y lo cañonea hasta que baja la bandera en señal de rendición. En momentos en que el teniente Orella iba a pasar a bordo, aparece el “Huáscar” por el norte. Ante el nuevo enemigo, no hay tiempo que perder; la goleta hace agua por varias partes y las máquinas apenas desarrollan cuatro millas.

Por fortuna el “Huáscar” se detiene en Punta Gruesa, a cerciorarse del estado de la “Independencia”, víctima de la indisciplina de la tripulación. Algunos marineros se tiran al agua; pero los oficiales se imponen y consiguen embarcar la gente y conducirla a tierra, a las órdenes del comandante Raygada, 3.er jefe del buque.

El comandante Grau da sus órdenes y continúa al sur tras la “Covadonga”, a la que persigue durante dos horas., Vira después al norte en dirección a la “Independencia”.

¿Porqué abandonó la caza el jefe peruano?

Hé aquí la explicación del almirante Wilson, guardia marina de la “Esmeralda”, entonces prisionero a bordo del “Huáscar”:

“Luego después sentimos que el monitor se ponía nuevamente en movimiento, a toda fuerza, rumbo al sur, según indicaba el compás colgado. Pero antes vimos que el ayudante de cirujano de la “Esmeralda”, señor Segura, salía también de la cámara, invitado por uno de los oficiales peruanos, y según supimos después, estando ya prisioneros en tierra, este oficial, después de haberle proporcionado ropa para vestirse, conversando con él, mucho le preguntó referente a las cualidades de la “Covadonga”, especialmente respecto a su velocidad de marcha, contestándole que no siendo oficial de guerra, no estaba muy informado al respecto; pero que había oído a los oficiales, que en la prueba había dado nueve millas. Después de esto, el oficial peruano pidió que le excusara por un momento, dejándolo acompañado por otro oficial, volviendo poco rato después con quien regresó a la cámara, para reunirse nuevamente con nosotros.

El “Huáscar” no continuó persiguiendo a la “Covadonga”, por la noticia que inconscientemente, dió el ayudante de cirujano Segura, al oficial peruano, de que la “Covadonga” andaba nueve millas, y como el “Huáscar” daba solo diez, tenía una milla de ventaja para ganar las nueve o diez que le faltaban; llegándole así la obscuridad de la noche, abandonó la caza”. (*Revista de Marina*, tomo LXXI, N° 413, pág. 483).

Vuelve Gran al lado de la “Independencia”, y envía a bordo a su segundo comandante, don Exequiel Otoyá, que se concretó a trasladar a su buque al comandante Moore y oficiales que le acompañaban. En vista de que la fragata estaba totalmente perdida, se la abandonó, después de pegarle fuego.

Libre de la persecución, la “Covadonga”, que navegaba al oeste, vira hacia tierra y recalca en Tocopilla, en donde se le hacen las reparaciones de urgencia para seguir al sur, y fondear en Antofagasta, remolcada por el “Rimac”, enviado en su auxilio.

Las siguientes fueron las bajas habidas en el personal:

Muertos, el cirujano don Pedro Regalado Videla, y dos hombres de la tripulación.

Heridos, el contador, que servía de ayudante, don Enrique M. Reynolds y cinco del equipaje.

Los daños originados en el material, se clasifican así:

Una bala de a 300 del “Huáscar” atravesó el casco de babor a estribor, rompió el palo trinquete en el entrepuente y salió a flor de agua.

Dos balas de a 150 de la “Independencia” entraron a flor de agua por estribor, para alojarse respectivamente en las carboneras de proa y popa.

Un bote destrozado.

La chalupa amancada con uno de los pescantes por un proyectil de artillería.

Una bala de a 70 se alojó en la bobedilla de popa; y otros dos proyectiles también medianos, cortaron la jarcia del palo mayor y trinquete, el primero de banda a batida y el segundo a estribor.

Las municiones consumidas durante las cuatro horas de pelea suman:

38 balas sólidas de a 70.

37 granadas de a 70.

15 tarros metralla.

30 granadas comunes de a 9.

4 granadas comunes de segmento, de a 9.

34 balas de a 9.

3.500 tiros de rifle.

500 tiros de revólver.

Los tenientes 1° don Manuel J. Orella y 2° don Estanislao Lynch dirigieron la artillería; y las máquinas el ingeniero 2° don Emilio Cuevas, que no obstante su celo, apenas alcanzó a desarrollar cuatro millas por hora.

La “Independencia” tuvo tres muertos, de ellos el alférez de fragata don Guillermo García y García, un soldado ahogado y 21 heridos. Entre éstos últimos un jefe, el capitán de corbeta don Ruperto Gutiérrez, 3er comandante y un subteniente de la guarnición.

Hemos dicho que la crítica se cebó en el almirante, por haber dejado dos débiles barcos bloqueando a Iquique, durante su marcha al Callao.

En obsequio a la verdad, el almirante había recibido al respecto una nota del Ministerio del Interior don Antonio Varas, cuya parte dispositiva dice así:

“Si el provocar a la escuadra peruana a buscar a la nuestra fué uno de los fines del bloqueo de Iquique, es más eficaz a ese fin el bloqueo del Callao. Este bloqueo establecido cuando se sepa que todos los buques de la escuadra peruana están en el Callao, priva desde luego al Perú de los servicios que esa escuadra le presta. Esto sólo es una gran ventaja. Cuando el encierro de la escuadra enemiga en el Callao se prolongue algunos días, el Gobierno se sentirá humillado ante la opinión y se decidirá a hacerla salir para que obligue a la nuestra a levantar el bloqueo, así se obtendrá más pronto el combate naval que quería alcanzar con el bloqueo y ocupación de Iquique”.

Mientras dure el bloqueo del Callao, podrá mantenerse el bloqueo de Iquique *con los buques de segundo orden que quedan acá*, la “Covadonga”, “Abtao” y “Toltén”, pues aquel bloqueo inhabilita los buques peruanos de más fuerza que pudiesen combatirlos”.

El Ministro del Interior don Antonio Varas encarecía al almirante la conveniencia de bloquear el puerto del Callao, para limpiar nuestra costa de las acechanzas enemigas.

El bloqueo del Callao obsesionaba la mente de los hombres de Gobierno y de gran parte del país; y hoy día, distinguidos e ilustres marinos de la actual generación, coinciden con este modo de pensar de los populacheros de aquel otro tiempo.

El contralmirante don Arturo Cuevas, dice: “El objetivo de nuestra escuadra en esta campaña debió ser la flota enemiga, el *bloqueo del Callao*, y la interrupción de comunicaciones marítimas con el istmo de Panamá”. (*Guerra del Pacífico*, por A. Cuevas, Pág. 21, Valparaíso. 1901.)

El vicealmirante don Luis Langlois no es menos explícito: “No había, pues, otro plan, que el atacar a la escuadra enemiga, esto es, *haber bloqueado el Callao en vez de Iquique*, para obligar a los

buques peruanos a salir a batirse”. (*Influencia del Poder Naval*, por Luis Langlois. Pág. 169, Valparaíso. 1911.)

El bloqueo de una escuadra requiere fuerzas superiores sobre la embotellada, como ocurrió a Cervera, en Santiago de Cuba, ante la flota de Sampson y Schley y como acaeció a las rusas, embotelladas por Togo, en Port Arthur.

El problema del Callao, exigía soluciones distintas, pues tiene dos puertas de escape: al norte, el ancho piélagos, desde San Lorenzo hasta tierra firme; al sur, el Boquerón, trozo de mar entre San Lorenzo y la Punta, que une las bahías de Callao y Chorrillos.

Como lo demuestra la carta adjunta, el canal tiene más de ocho metros de fondo, o sean 28,68 pies, demarcados entre las líneas de puntos. La escuadra peruana podía pasarlo cómodamente, pues, sus naves calaban a popa: “Independencia” 22,6 pies; “Unión” 19; “Huáscar” 17; “Atahualpa” 13,6; “Limeña” 13; “Manco Capac” 12,10, y “Chalaco” 12.

El buque de guerra inglés “Beagle”, recorrió y sondeó el Boquerón en 1835; desde entonces el tráfico se efectuaba normalmente.

En cuanto a viajar por el Boquerón, tomamos del “Derrotero de la Costa del Perú”, los siguientes datos:

“Al salir de la rada del Callao, se hace rumbo al pico norte de San Lorenzo, hasta tanto que la roca Horadalda abra con la punta del Callao; luego al S. W. 5° W, a la ensenada en que estaba colocado el dique flotante, y cuando se confundan las colinas del Fronton y de San Lorenzo, se cíñe al viento, tomando la otra vuelta cuando el agujero del islote Redondo cierre con San Lorenzo. Al ir en vuelta de los Lomos de la Ballena, se virará tan luego como abran las colinas del Fronton de San Lorenzo; pero los buques que calen más de cuatro brazas deberán verificarlo un poco antes, o sea en el momento en que vean una mancha negra notable en dicho Fronton. Cuando el mogote rojizo de San Lorenzo enfile con la silla de la cumbre de la isla, demorando al W. 5° S., se estará franco del arrecife del Callao, con lo cual se pueden ya hacer rumbos en el segundo cuadrante”. (“Derrotero de la Costa del Perú” por Rosendo Melo, piloto Pág. 184 Lima. 1913 Segunda Edición.)

El jefe chileno, para embotellar al enemigo, necesitaba dos divisiones, cada cual más fuerte que la contraria, para cerrar las dos puertas de salida. Y como carecía de suficientes elementos, la operación no era técnicamente practicable. Más aun, los buques de segundo orden que el señor Ministro señalaba para sostener el bloqueo de Iquique, “Covadonga”, “Abtao” y “Toltén”, quedaban a merced de las divisiones peruanas, 1ª y 2ª, capacitadas para burlar la guardia de los buques chilenos, e ir a Iquique a hundir aquellas naves, antes que los bloqueadores tuvieran tiempo de socorrerlas.

Una última observación.

Los escritores peruanos niegan al capitán Prat la gloria de haber abordado al “Huáscar”; aseguran que el jefe chileno se cayó sobre la toldilla del monitor, por el choque del espolonazo.

El señor Celso N. Zuleta, coronel de artillería, benemérito de la patria, vencedor del 2 de Mayo de 1866, se expresa en estos términos:

“Por efecto del último choque, el comandante Prat, capitán de la “Esmeralda”, cayó sobre la cubierta del “Huáscar”, llamando en su auxilio al almirante Grau, a quien le ligaba amistad, buscándolo alrededor de la torre del monitor para entregarse rendido; pero un marinero que no se daba cuenta del suceso, descargó sobre el cráneo del oficial chileno un culatazo de rifle que lo mató instantáneamente”. (*Historia Militar del Perú* Pág. 99. Lima. Imprenta Santo Toribio, 1920 reimpresión de 1914.)

A esta temeraria afirmación del señor coronel, oponemos la del comandante Gran, que dice:

“El comandante de ese buque nos abordó, a la vez que uno de sus oficiales y algunos de sus tripulantes, por el castillo, y en la defensa de este abordaje perecieron víctimas de su temerario arrojo”.

(Parte oficial de don Miguel Grau, a bordo del monitor “Huáscar”, al ancla en Iquique. 22 de Mayo de 1870).

CAPÍTULO XIII.

Preparativos para la Campaña Terrestre.

El general Arteaga había aceptado el ataque a Tarapacá, propiciado por los dirigentes de la Moneda.

Pero noticias posteriores llegadas al Cuartel General por conductos fidedignos, aseguraban que el ejército peruano que guarnecía a esta provincia, había sido considerablemente reforzado. El general creyó entonces más hacedero invadir y atacar la línea Perú-boliviana Tacna-Arica.

El Consejo de Ministros celebrado en Santiago el 10 de junio de 1879, aprobó la ocupación del Departamento de Moquegua, abundante en agua y víveres como base para la marcha contra el enemigo, establecido en las plazas de Tacna y Arica.

El Ministro del Interior, don Antonio Varas, disintió del parecer de sus colegas; quería ir directamente a Lima.

En vista de la diversidad de opiniones, el Ministerio resolvió consultar al general Arteaga, al almirante Williams y a don Rafael Sotomayor acerca de si se llevaría el ataque a Tarapacá, a Tacna, o a Lima.

Efectuada la conferencia de los tres personajes nombrados, el señor Sotomayor se trasladaría a Santiago llevando la decisión.

El Presidente Pinto, los Ministros Santa María y general Basilio Urrutia estaban decididos por Tacna,

De la noche a la mañana, cambió el criterio del Gobierno, optando por la invasión de Tarapacá.

¿A qué se debió este cambio de frente?

El Gobierno creía poder separar al Presidente Daza de la Alianza, con promesas tentadoras, para lo cual se le enviaron emisarios.

Nuestros dirigentes creían de buena fé que Daza se dejaría seducir; pero este serrano macuco jugó con nuestros hombres públicos, enviando a la cancillería del Rimac las comunicaciones del Gobierno chileno.

Dentro del concepto de halagar a Daza, el Ministerio creyó más prudente destruir el ejército de Tarapacá, cosa que el Presidente boliviano al contemplar la derrota, no tendría escrúpulos en separarse del aliado y firmar una paz substancial con el Gobierno de Chile.

Para llevar la palabra oficial a Antofagasta, se designó al Ministro don Domingo Santa María, quien arribó a dicho puerto a fines de Junio.

Desde la primera conferencia, el Ministro habló al general de las esperanzas cifradas en Daza; el general no pudo dejar de reírse de la ingenuidad de los hombres de Gobierno, cosa que hirió profundamente al señor Santa María, orgulloso y autoritario, y muy aferrado a sus ideas.

El Ministro reunió en junta de Guerra, al general Arteaga, a don José Francisco Vergara, a don Rafael Sotomayor, a don José Alfonso; y presidió naturalmente, el Ministro en representación del Gobierno.

El almirante, invitado, no citado, se negó a concurrir.

El ejército vió con profunda extrañeza esta reunión de cucalones, para decidir de la fortuna de la patria y de la vida de 10.000 hombres que irían a hacerse matar, quedando ellos bien lejos de las balas.

Fueron excluidos del Consejo los generales don Manuel Baquedano, don José Antonio Villagran y don Erasmo Escala, todos con mando efectivo; y los jefes de unidades, coroneles señores Emilio Sotomayor y Luis Arteaga; y comandantes José Velásquez, Pedro Lagos, Eleuterio Ramírez, Ricardo Santa Cruz y muchos otros jefes de saber y de experiencias en achaques de guerra.

Reunido el Consejo, el señor Santa María presenta un proyecto de invasión de Tarapacá, por Tocopilla y Quillagua, en quince jornadas, por el árido desierto, sin agua y sin recursos de ningún género.

Tan absurda era la proposición del Ministro, que el Consejo la rechazó de plano, sin siquiera discutirla.

En vista de esta decisión, después de exponer que el Gobierno había resuelto tomar la ofensiva, preguntó sobre cuál de estos tres puntos estimaban que debía llevarse el ataque: Tarapacá, Tacna o Lima.

Desde luego, sin esperar su turno, que como Presidente debía opinar al último, habla él primero y da su voto en favor de Tarapacá. Los señores Sotomayor, Alfonso y Vergara adhieren a la opinión del señor Ministro; sólo el general propuso a Moquegua, para marchar sobre Tacna. Pero agregó: “como militar estoy dispuesto a marchar a donde se me mande”.

En cuanto a las expectativas de los políticos respecto a Daza, declaró sin rodeos “que las promesas del Presidente boliviano debían eliminarse por completo en las consideraciones del plan que convenga seguir. Esas promesas pueden ser una celada, agregó, o un anzuelo tendido a nuestra credulidad”.

Los hechos dieron plena razón a la perspicacia del general, en contra de todos los políticos empapados en la idea de que Daza podía separarse de la Alianza por halagos, promesas o la convicción de que el Perú no podría protegerle.

El señor Santa María, autorizado por el Gobierno, envió a entrevistarse con el Presidente general Daza, al joven boliviano don Luis Salinas Vega, que residía desde largos años en nuestro país.

No conocemos documentos escritos de la negociación; pero existe constancia de que el señor Daza no aceptó como agente confidencial al señor Eusebio Lillo, ex-Ministro de Chile ante el Gobierno de Melgarejo. Exigió, para entrar en *pour parlers*, que se le acreditara en tal carácter al señor René Moreno, caballero boliviano, profesor en el Instituto Nacional, y muy, querido de los intelectuales santiaguinos.

El señor Santa María obtuvo que Moreno aceptara la misión, y llevara al Gobierno del altiplano, la oferta del Presidente Pinto, de ceder a Bolivia las provincias de Tacna y Arica, más un millón de pesos, como auxilio al tesoro boliviano, para establecer ahí los servicios de administración, en cambio de la ruptura de la Alianza y el retiro de las tropas y del Presidente de Bolivia del territorio peruano.

Daza contestó verbalmente con una rotunda negativa, y puso en conocimiento del general Prado las insinuaciones chilenas. Remitió, además, al Ministro de Bolivia en Lima, doctor don Zoilo Flores, dos cartas recibidas de su amigo, don Justiniano Sotomayor, ex-Cónsul de Chile en Corocoro, para que las entregara a la cancillería del Rimac, autorizando su publicación.

Por estos trajines, el señor René Moreno fué tachado de traidor en su patria; pero un Tribunal de Honor, reunido en Sucre, el 8 de Agosto de 1880, le absolvió por unanimidad, después de oír al señor Moreno, e imponerse de los documentos acompañados a la defensa.

Después de este Consejo, que los militares llamaron de “Doctores”, aludiendo a que en el Perú y Bolivia los doctores manejan todos los servicios públicos, los señores Santa María y Sotomayor regresaron a Santiago, dispuestos a pedir la exoneración del general en jefe y del almirante de la escuadra; sobre todo, después que el general dijo cara a cara al Ministro que había sabido que se había entrevistado con algunos jefes, y como esta conducta pugnaba con las leyes militares, estaba dispuesto a castigar severamente todo acto de indisciplina.

El hecho era cierto; el Ministro tuvo que tragarse la píldora.

El general Arteaga continuó su ruda labor, sin preocuparse de las intrigas que le rodeaban y de la cólera de Santa María, a quien había herido de lleno, con el rechazo del famoso proyecto de Quillagua y la burla que hacía de las esperanzas cifradas en Bolivia; continuó la organización del

ejército, para darle homogeneidad, disciplina, instrucción técnica y conciencia de sus deberes para con la Patria, lo que consiguió con creces.

Cada cual se complacía en llenar cumplidamente sus funciones, y aun en obsequió a la buena preparación del ejército.

Mientras más alta la gerarquía, mayor era la suma de sacrificios para el éxito del conjunto.

No había distinción alguna entre jefes y oficiales de línea y movilizados. Todos se fundieron dentro del crisol de la Ordenanza General, sabio código edificado sobre las leyes del honor.

Los mayores encargados de la educación militar de los oficiales, se esmeraban en inculcarles los sólidos principios del título XXXII, o sea: “Ordenes Generales para Oficiales”.

Explicaban el alcance de las disposiciones e infiltraban en el corazón de la joven oficialidad, la simiente del honor y del deber.

Los siguientes artículos marcaban la preferencia en las academias:

Art. 3° Los oficiales tendrán siempre presente que el único medio para hacerse merecedores al concepto y estimación de sus jefes, es el cumplir exactamente con las obligaciones de su grado, el acreditar mucho amor al servicio, honrada ambición y constante deseo de ser empleado en las ocasiones de mayor riesgo y fatiga, para dar a conocer su valor, talento y constancia.

Art. 12° El oficial cuyo propio honor y espíritu no le estimulen a obrar siempre bien, vale muy poco para el servicio.

Art. 18° En un oficial es acción distinguida el batir al enemigo con un tercio menos de gente en ataque o retirada; en detener con utilidad del servicio a fuerzas considerablemente superiores con sus maniobras, posiciones y pericia militar, mediando al menos, pequeñas acciones de guerra; el defender el puesto que se le confíe hasta perder entre muertos y heridos hasta la mitad de su gente; el ser el primero que suba a una brecha o escala y que forme la primera gente en la cima del muro o trinchera del enemigo; el tomar una bandera en medio de tropa formada.

Y el célebre Art. 21, que dió la inmortalidad a los 77 de la Concepción y la gloria a los héroes de Sangra, y el renombre a centenares de oficiales durante la campaña, el art. 21 que dice:

“El oficial que tuviera orden absoluta de conservar su puesto a toda costa, lo hará”.

El general implantó una innovación muy importante en el reglamento de la infantería. Hasta la fecha, cada batallón tenía una compañía que entraba en acción en orden disperso; las demás apoyaban la línea de fuego en orden cerrado. Al toque de atención, marcha regular y dispersión, salían las cuartas compañías a vanguardia y se desplegaban en guerrilla de frente o por los flancos, dejando un claro de cuatro pasos de hilera a hilera, conforme al reglamento, impropriamente llamado táctica, del coronel Silva Chávez.

Una vez que los cuerpos completaron su dotación, el general ordenó que todas las compañías debían entrar al fuego en orden disperso; desde ese día, la 1ª Compañía de Granaderos y las 2ª y 3ª de fusileros de cada batallón se transformaron en guerrilleras, tal como la 4ª de Cazadores.

El general presencié un día el ejercicio en orden disperso de los Zapadores del comandante Santa Cruz, quien había implantado en su brigada (dos compañías) el reglamento del ejército inglés para la dispersión de la infantería. La brigada trabajaba holgadamente, formando rombos en lugar de los escaques del tablero de ajedrez, del orden disperso alemán.

El cuartel general abarcó desde el primer momento la importancia del nuevo método, y ordenó su inmediata introducción en nuestros batallones de infantes.

Los soldados bautizaron con el nombre de *guerrilla inglesa* el nuevo orden introducido en Antofagasta, en el cual pelearon las tropas chilenas desde Pisagua hasta Huamachuco.

El general gustaba de implantar las reformas útiles a nuestro ejército en uso en las grandes naciones del viejo mundo. Así, reunió a los jefes que habían sido alumnos de Metz, Saint Cyr, Lieja u

otros institutos semejantes, para que establecieran entre los jefes el juego de la guerra, para lo cual se tradujo el manual inglés "RULE FOR THE CONDUCT OF THE WAR GAME".

De los jefes de nuestro ejército que habían hecho estudios especiales en Europa, se encontraban entonces en Antofagasta:

General don Justo Arteaga, mandado por el Gobierno a estudiar especialmente artillería.

Comandante don José Francisco Gana. Alumno de la Escuela de Artillería de Metz, formó parte de la guarnición francesa de Estraburgo. En Inglaterra estudió ingeniería y artillería.

Ingeniero de Ferrocarriles, don Federico Stuken. Se dedicó en Alemania e Inglaterra a la organización y explotación de líneas férreas.

Coronel don Emilio Sotomayor, Alumno de las Escuelas de Aplicación en París y Lieja. Estudió las diversas clases de armamento y trajo para el ejército, por comisión del Gobierno, el rifle Comblain y el cañón Krupp.,

El comandante don Benjamín Viel hizo su carrera de ingeniero militar en Saint Cyr, en donde se educó también el comandante don Oscar Viel, que pasó después a la marina de guerra.

Los mayores don Diego y don Baldomero Dublé Almeyda recibieron diplomas de ingenieros militares, por Lieja y por Metz.

Estos jefes sirvieron de base para las academias de tan importante rama de la profesión militar.

El Estado Mayor Inglés, confeccionó los reglamentos del juego de la Guerra sobre la base de los publicados en 1872, por el comando en jefe. Un comité de oficiales reunido en Aldershot efectuó la revisión bajo la presidencia del Mayor General F. Willis, C. B.

Las materias contenidas en el Manual se reducen a cuatro capítulos y cuatro apéndices.

El capítulo I se ocupa de la Descripción General del juego.

El II establece las reglas para la conducta de los árbitros: infantería versus infantería; infantería v. caballería; infantería v. artillería; caballería v. caballería; caballería v. artillería y artillería v. artillería.

El capítulo III expone las reglas a que deben sujetarse los jugadores.

El capítulo IV encierra la descripción de las tablas:

Tabla A.- De las posibilidades.

Tabla B.- Probabilidades en el resultado decisivo de las colisiones.

Tabla C.- Para determinar los casos de posibilidad y resultado de las colisiones.

Tabla D.- Para determinar la normal del juego.

En cuanto a los apéndices, comprenden:

I.- Mapa y piezas.

II.- Evaluación de la marcha.

III.- Largo de las columnas en marcha.

IV.- Tiempo requerido para la construcción y destrucción de puentes. Como nuestro ejército no estaba aun distribuido en divisiones y brigadas, se tomaron como base para las maniobras en la carta, las unidades tácticas y estratégicas del ejército inglés, en aquella época:

Un batallón de infantería compuesto de ocho compañías, cada una con tres oficiales y 118 de tropa. Total 1.097 plazas,

Un regimiento de caballería compuesto de cuatro escuadrones, cada uno con cinco oficiales y 120 hombres montados no oficiales; 653 individuos de todos rangos y 615 caballos.

Una batería de artillería:

a) De campaña, 200 hombres, 158 caballos, 6 cañones, 13 carros.

b) A caballo, 181 hombres, 183 caballos, 6 cañones, 10 carros.

Una compañía de ingenieros:

a) Pelotón montado: 37 hombres, 6 carros almacenes.

b) Pelotón desmontado, 165 hombres.

Una división:

Dos brigadas de infantería, cada una con tres batallones.

Un batallón divisionario.

Un regimiento de caballería.

Tres baterías de artillería de campaña,

Total: 7 batallones, 4 escuadrones, con 18 cañones.

Y como adición, una compañía de ingenieros, una reserva de municiones de infantería y artillería, un departamento de comisaría y otro de sanidad.

Un cuerpo de ejército:

Tres divisiones de infantería.

Una brigada de caballería con tres regimientos y una batería de artillería a caballo.

Artillería, compuesta de:

Tres baterías de artillería a caballo.

Dos baterías de campaña.

Una reserva de municiones de Cuerpo de Ejército.

Una dotación de ingenieros con:

Una compañía y parque de campaña.

Un pelotón de pontoneros, con material y carros para construir un puente de 120 yardas de largo.

Medio pelotón de telégrafo, con carros con 80 millas de alambre.

Una sección divisionaria de comisaría, una de almacenes de bagaje y una de servicio de sanidad.

Las reuniones de juego de la Guerra tenían lugar en la noche, tres veces a la semana, en la oficina del jefe del Estado Mayor. El general Arteaga vigilaba muy de cerca la marcha de los juegos, que por desgracia quedaron bruscamente interrumpidos por su relevo.

El decreto, supremo de 5 de Mayo de 1879, creó la Intendencia General del Ejército y Armada, cuyas funciones fueron ampliadas por decreto de 9 del mismo mes y año.

Nombrado para tan importante cargo, don Francisco Echaurren Huidobro, caballero integérrimo, envió a Antofagasta, como delegados suyos a los hermanos Diego y Baldomero Dublé Almeyda, jefes ambos de vasta ilustración, honradez reconocida y buena hoja de servicios en el ejército; y llamó a servir la secretaría a don Juan E. Mackenna.

Hasta la creación de la Intendencia General, el Ministerio de Guerra despachaba los pedidos del General en jefe, consignando directamente a su nombre los cargamentos de víveres, forraje, municiones, equipo y demás artículos necesarios para atender las necesidades de un ejército en campaña; y la Comandancia General de Marina, anexa a la Intendencia de Valparaíso, atendía a la provisión de la armada y corría igualmente con el movimiento de los transportes.

La alimentación preocupaba grandemente a los jefes, pues el racionamiento de las tropas en campaña constituye una de las labores más arduas del comando supremo.

El soldado debe comer diariamente, esté donde esté, cerca o lejos de la guarnición, por movimientos repentinos de cuerpos, brigadas o divisiones, en avance o retirada, en viajes o campamentos.

Los grandes conductores de hombres han tratado la materia, con la atención que se merece.

Vauban decía: "El arte de la guerra no es sino el arte de subsistir".

Más explícito es Federico II: "Si queréis un ejército sólido, satisfacéd su vientre".

Barriga llena corazón contento reza el refrán chileno. Nada más cierto: no puede pedirse un esfuerzo supremo a un estómago vacío; no hay, materia prima para el asalto o la victoria, cuando grita el hambre.

La Intendencia debe asegurar a la tropa y al ganado el sustento diario, si quiere conservar en ambas entidades buena salud y eficiencia. Para ello, los delegados echan mano de cuantos recursos encuentran a su alcance; exigen su colaboración a la ciencia, a la industria, a la mecánica, a la agricultura, a los ferrocarriles, a las empresas navieras, y a cuantas actividades son capaces de producir, para calmar las exigencias del estómago de los combatientes, gente o ganado.

Las experiencias fisicoquímicas-biológicas determinan el minimum de alimentos que debe ingerir el soldado para conservarse sano, fuerte y apto para la lucha.

El ejército francés (año 1925) consume diariamente por individuo:

Pan.....	700	gramos
Carne fresca.....	500	“
En conserva.....	300	“
Puré de legumbres.....	50	“
Legumbres secas.....	100	“
Tocino o grasa.....	30	“
Café tostado.....	24	“
Azúcar.....	31	“
Vino.....	25	centilitros por hombre.

Tiene también una ración de reserva para los casos de apuro:

Pan de harina.....	300	gramos
Carne en conserva.....	300	“
Sopa en cubos sólidos.....	50	“
Café.....	30	“
Azúcar.....	80	“
Aguardiente.....	1	litro por cada 16 hombres.

Los fisiólogos clasifican la alimentación por el número de calorías necesarias para que el sujeto pueda llenar la misión de soldado en campaña, que calculan en 3.950 a 4.090 calorías.

Mr. Armand Gautier ha traducido en calorías la actual ración francesa, en sus principales elementos, según las siguientes proporciones.

1°.- 1,582 gramos de albuminoide.

2°.- 65,3 gramos de grasa.

3°.- 525,5 gramos de hidratos de carbono.

Multipliquemos a los albuminoides por 3,7 calorías; a los grasos por 8,5 calorías, y a los hidratos de carbono por 8,5 y tendremos:

1° Albuminoides.....	575,3	calorías
2° Grasos.....	555,0	“
3° Hidratos de carbono.....	2.049,45	“

Total de calorías en la actual ración del soldado francés, 3.179,75 cantidad inferior a la de un obrero con fuerte trabajo material, que exige 4.123 calorías en país templado, y 4.250 en regiones frías.

En los ejercicios que acaba de terminar la II División de nuestro ejército, en las vecindades de Quillota (Marzo de 1926), el general Lagreze estableció por la orden del día, la siguiente ración para el personal de su dependencia:

Carne.....	350	gramos
Pan.....	350	“
Fréjoles.....	250	“
Papas.....	300	“
Azúcar.....	40	“
Mote.....	40	“

Café.....	20	“
Grasa.....	20	“
Sal.....	30	“
Verduras.....	200	“
Ají.....	1	“
Condimentos.....	1	“

Y para el ganado:

Caballos.....	Pasto seco.....	7 Kgs.
	Avena.....	4 “
Mulas.....	Pasto seco.....	6 “
	Avena.....	2 “

Merced a tan sana y abundante alimentación, los cuerpos concentrados en Quillota no tuvieron un solo enfermo, durante el rudo período de ejercicios.

Para estudiar un tipo de racionamiento, dado el clima y el terreno en que operarían las tropas, el general Arteaga nombró una comisión compuesta del jefe del Estado Mayor, de dos delegados de la Intendencia, de un contador de la Armada, y de dos cirujanos, uno de mar y otro de tierra, que inmediatamente entraron en funciones y buscaron durante algún tiempo la fórmula de una ración apropiada para la tropa y ganado, tanto en marcha como en guarnición.

Los comisionados estudiaron el racionamiento en uso en los ejércitos de Francia, Austro-Hungría, Baviera, Estados Unidos, Holanda, Italia, Portugal, Prusia, Rusia, Sajonia, Suecia y Turquía. Tratábase de simplificar las raciones en volumen y cantidad, conservando las cualidades nutritivas productoras de las calorías necesarias a un hombre dedicado a faenas penosas.

Prusia tenía una ración de muy fácil transporte, compuesta de pan, carne, arroz, papas, café; pero distante de los usos y costumbres de nuestro pueblo, acostumbrado a la fuerte alimentación del fréjol, arveja, harina tostada, etc....

La tropa estaba contenta con el rancho de Antofagasta, que había mejorado bastante; más su complejidad dificultaba el fácil acarreo. Además, la falta de algunos complementos, desbarata la confección y produce descontento en la gente, cuyo apetito se aviva con los ejercicios violentos desde el amanecer.

Esta ración se componía de :

Pan, galletas o harina tostada.....	340	gramos
Carne.....	230	“
Fréjoles.....	300	“
Frangollo.....	120	“
Grasa.....	50	“
Sal.....	20	“
Azúcar.....	35	“
Café.....	15	“
Ají.....	3	“
Papas.....	100	“
Cebollas.....	50	“

Se agregaban 120 gramos de arroz a la ración de los oficiales y a la de los enfermos de tropa.

Se aprobaron dos fórmulas: una ración de fierro para marchas y expediciones y una fresca de campamento, a la que se suprimiría el fréjol momentáneamente, porque los conocedores de las pampas aseguraban que las aguas cargadas de sales, endurecían los porotos e impedían la cocción.

He aquí las dos raciones:

1ª Seca o de fierro:

Galletas.....	460 gramos
Charqui.....	460 “
Cebollas.....	120 “
Ají.....	100 “

La galleta podía reemplazarse por 200 gramos de harina tostada.

2ª Ración fresca o de campamento:

Galletas o harina tostada.....	200 gramos
Carne.....	460 “
Fréjoles o arroz.....	120 “
Grasa.....	50 “
Sal.....	20 “
Azúcar.....	35 “
Café.....	15 “
Ají.....	3 “
Papas.....	150 “
Cebollas.....	100 “

Como se ve, se dobló la cantidad de carne, cebollas y ají, se aumentaron las papas en un 50%, y se alternó el frangollo con el arroz, para reemplazar el fréjol, alimento favorito de nuestro pueblo, especialmente en la zona norte.

Por fortuna no se realizaron los temores de que el agua de Tarapacá endurecía los porotos, restableciéndose la cuota de esta farinácea en la ración.

La ración de la armada no sufrió alteraciones. La fresca o de puerto continuó en la siguiente forma:

- Una libra de pan.
- Libra y media de carne.
- Una onza de cacao.
- Onza y media de azúcar.
- Cuatro onzas de verduras.
- Una libra de papas.
- Cuatro onzas cabezas de cebollas.
- Media onza de sal.
- Un décimo de cuartillo de aguardiente.
- Una libra de leña.
- Dos libras de carbón de piedra.

Y la seca, navegando:

Carne salada de vaca, 150 gramos; de chanco, 150; cocoa, 35; azúcar, 35; fréjoles, 50; arvejas secas, 50; harina flor, 100; grasa, 25; ají, 3; sal 20; arroz, 100; extracto de carne, 3; galleta, 360; carbón de piedra, 1,000.

Los jueves y domingos se reparten 100 gramos de huesillos y 15 de azúcar por plaza; y en la mar, un litro de jugo de limón o vinagre, por mes.

La Delegación de la Intendencia empezó a proveerse de los artículos enumerados, en cantidad suficiente y proporcional, para una expedición de 10 mil plazas.

Con respecto al ganado, se fijó el forraje diario en:

Pasto picado.....	9 Kgrs.
Cebada.....	4 “

Mientras el ejército y la armada se entrenan para la próxima campaña, el Gobierno se preocupa de preparar el plan definitivo de la ofensiva sobre la costa peruana.

El Gabinete después de varios Consejos celebrados en la primera quincena de julio, acuerda la expedición a Tarapacá. Se determina igualmente que los señores Santa María y Sotomayor vuelvan al norte, el primero como Delegado del Gobierno, con mando sobre el general en jefe y las tropas, y don Rafael Sotomayor, como Comisario General, título con que se disfrazó el cargo de Presidente de la República, en campaña, con que te invistió un decreto supremo, enteramente legal y crudamente inconstitucional. Los civiles no se ahogaban en poca agua para ejercer el control del ejército y marina, pues tenían a un general vencedor, que debaratará los cambullones para la futura Presidencia de la República. No olvidaban los presuntos candidatos, especialmente don Domingo Santa María, la vuelta de Bulnes el año 39, y su ascensión al poder.

El Ministerio, y por su parte el señor Sotomayor, cuidaron de mantener secreto el monstruoso decreto, para evitar que la indignación estallara en el país, y las fuerzas armadas heridas en su dignidad, dieran al traste con las intrigas políticas.

He aquí la copia a la letra:

Santiago, Julio 11 de 1879.

Teniendo presente:

1° Que con arreglo a lo dispuesto en el artículo 81 y en la parte 16 del artículo 82 de la Constitución, la autoridad del Presidente de la República se extiende a todo cuanto tiene por objeto la seguridad exterior de la nación, y a él compete disponer de la fuerza de mar y tierra, organizarla y distribuirla, según lo hallare por conveniente;

2° Que la inspección y dirección superior de las operaciones de la guerra que corresponden constitucionalmente al jefe Supremo del Estado sin perjuicio de las facultades que conforme a las leyes competen a un General en jefe para la ejecución del pensamiento del Gobierno, no podrán ejercerse cuando aquel no mandare personalmente las fuerzas de mar y tierra, y cuando hay que emprender operaciones distantes de la residencia del Ejecutivo, sino por medio de un *Delegado* investido de las atribuciones necesarias para hacerlas efectivas.

He acordado y decreto:

1° Nombrar a don Rafael Sotomayor Comisario General del Gobierno, para que cerca del Ejército Expedicionario del Norte, y cerca de la Armada Nacional, ejerza durante la campaña que está para emprenderse, las atribuciones de inspección y dirección superior que corresponden al Ejecutivo., conforme a las instrucciones reservadas que le serán impartidas.

2° Todas las autoridades del ejército y de la armada, y todas las administrativas y judiciales de los territorios ocupados por las fuerzas de la nación, sin excepción alguna, reconocerán a don Rafael Sotomayor en el carácter que le confiere el inciso precedente y darán en consecuencia cumplimiento a cuantas ordenes y disposiciones impartiere, como si emanaran del Presidente de la República.

3° El comisario nombrado dará cuenta de las medidas y disposiciones que dictare, recabando la correspondiente aprobación suprema, y sin perjuicio de su inmediata ejecución.

Comuníquese y resérvese. - *Aníbal Pinto. Basilio Urrutia.*

Se hicieron tres ejemplares rotulados:

“Al General en jefe del Ejército”.

“Al Almirante de la Escuadra”.

“A las autoridades militares, administrativas y judiciales de los territorios del norte”.

No caben comentarios sobre este desconocimiento de la ley y, de la constitución.

Los señores Santa María y Sotomayor, se embarcaron en Valparaíso el 14 de Julio, acompañados de don José Alfonso, auditor de guerra, y de don Isidoro Errázuriz, secretario privado del señor Santa María, que atacaba rudamente al general Arteaga desde las columnas de “La Patria” de Valparaíso, diario de que era redactor-propietario.

Apenas llega la comitiva a Antofagasta, el general, siempre correcto, envía un ayudante a saludarla, pero después de presentar su renuncia, al Gobierno, por telégrafo.

Se conocían las intenciones de los señores Santa María y Sotomayor, venidos expresamente a Antofagasta, para relevar al general Arteaga y al almirante Williams, de lo que no se hacía misterio alguno.

Apenas en tierra el Ministro Santa María, pasa al comando supremo una estirada nota, en que le comunica de parte del Gobierno, “las determinaciones y resoluciones que adoptare o dictare el señor Santa María, sea cual fuere su carácter y alcance que tuvieren, serán consideradas por US. como determinaciones y resoluciones del Gobierno mismo, comunicadas a US. por el órgano respectivo.

El general contestó lisa y, llanamente reiterando la renuncia y, comunicando que se embarcaba al día siguiente.

El Ministro vivamente instado por los señores José Francisco Vergara e Isidoro Errázuriz, acepta la renuncia, y el Gobierno nombra comandante en jefe del ejército, al general de brigada don Erasmo Escala, comandante general de infantería.

El general Arteaga trató de embarcarse privadamente al otro día, muy de mañana; pero todos los jefes acudieron al muelle a dar el adiós al militar leal, al servidor abnegado, al trabajador activo y patriota, que no tuvo en vista sino la salvación de la Patria, mostrándose ajeno a los enredos de la política o ambiciones de los partidos.

El ejército se encerró en un crudo mutismo, ante la injusticia atroz que se cometía con su cabeza visible.

Los políticos auscultaban en el horizonte la candidatura presidencial y tomaban posiciones.

El ejército obedecía y callaba: La Patria ante todo.

Documentos relativos al relevo del general Arteaga:

Antofagasta, 18 de Julio de 1879.

A S. E el Presidente. Permitirá V. E. retirarme. - *General en Jefe.*

Antofagasta, 18 de Julio de 1879.

A S. E. el Presidente de la República.

Después de mi telegrama de hoy en la mañana a V. E., he recibido la nota del Ministro de la Guerra, en la que se me comunican los plenos poderes de que viene investido el Ministro de Relaciones Exteriores para la conducción de las operaciones de guerra de este ejército. Ante él, he hecho renuncia del mando, que reitero a V. E. y que espero sea aceptada: tomaré el vapor de mañana.- *General en Jefe.*

Nota del Ministro de Bolivia en Lima, al Ministro de Relaciones Exteriores del Perú.

“Legación de Bolivia en el Perú.- Excmo. señor Ministro de Relaciones Exteriores del Perú.-
Lima, 8 de Mayo de 1879.

“En confirmación de lo que tuve el honor de asegurar a V. E. en mi oficio de 22 de Abril último, respecto de la perseverante labor de Chile en el sentido de unirse a Bolivia para desmembrar el territorio del Perú, me es grato adjuntar, en copia legalizada, dos cartas dirigidas de Santiago de Chile, con fecha 8 y 11 de Abril último, al señor Presidente de Bolivia, general don Hilarión Daza, por don Justiniano Sotomayor, ex-Cónsul de Chile en Corocoro, hermano del coronel don Emilio Sotomayor, actual jefe del estado mayor general del ejército chileno en campaña sobre el Perú y Bolivia, y hombre influyente en la política de Chile.

Séame permitido, además, llamar la atención de V. E. sobre la invasión que se hace ahora en la amplitud del ofrecimiento con que Chile ha pretendido siempre seducir la lealtad de Bolivia para con su hermana y aliada la República del Perú, pues ese ofrecimiento reiterado y perseverante ha consistido en ayudar a Bolivia a conquistar el territorio peruano comprendido entre el río Loa y el morro de Sama en cambio de la cesión que Bolivia debía hacerle de todo su litoral hasta el río Loa, mientras que en las cartas adjuntas se excluye de ese ofrecimiento toda la provincia de Tarapacá y se limita solo al territorio comprendido entre los puertos de Arica e Islay.

No me persuado que cause extrañeza en el ánimo de V. E. el uso que esta legación hace de las cartas aludidas, pues además de hallarme plenamente autorizado para hacer de ellas el uso que crea conveniente, no puede escaparse a la penetración de V. E. que dichas cartas salen por su naturaleza de la esfera de lo confidencial; que su contenido tiene un carácter de pública notoriedad en Bolivia, Chile y el Perú; y que es necesario, en fin, descorrer el velo de mentida lealtad y circunspección con que Chile encubre su alevosía y la desmoralización de sus relaciones político-internacionales.....

Z. Flores, Ministro Plenipotenciario de Bolivia”.

Las cartas al general D. Hilarión Daza.

Primera carta al general Daza.

“Santiago, Abril 12 de 1879.

Señor don Hilarión Daza,

La Paz.

“Apreciado amigo: Me encuentro aquí desde hace un mes y usted no tendrá necesidad de que le diga por qué he venido. La ruptura de relaciones entre Bolivia y Chile me ha sido muy dolorosa, porque siempre he sido de opinión que no debería haber en la América del Sur países que cultivasen más estrechas relaciones de amistad. El Perú, por el contrario, es el peor enemigo de Bolivia; es el que lo agobia bajo sus trabas aduaneras, el cancerbero de la libertad comercial, industrial y hasta cierto punto política de Bolivia.... Chile es el único país que puede librar a Bolivia del pesado yugo con que el Perú la oprime, Chile es también la única nación que, aliada a Bolivia puede darle lo que le falta para ser una gran nación, es decir, puertos propios y vías expeditas de comunicación. ¿Puede pensarse seriamente en Bolivia en buscar por Cobija y demás puertos de su litoral una salida para su comercio? Profundo error. Los únicos puertos naturales de Bolivia son Arica, Ilo y Mollendo o Islay; aliada al Perú y haciendo la guerra a Chile, ¿qué le sucederá a Bolivia si Chile es vencido? que caerá en manos del Perú, y gemirá como antes bajo el peso de sus gabelas. Y si Chile triunfase, ¿qué ganarían los aliados? Bolivia vencedora o vencida quedará sin puertos y anulada como nación. Por el contrario Bolivia unida a Chile ¿no tendrá seguridad de vencer al Perú? ¿No tendría en sus manos apoderarse de la puerta de calle de que carece?”

Una cosa he notado aquí desde mi llegada. No hay odio alguno contra Bolivia, se han respetado los bienes y personas de los bolivianos, la guerra a Bolivia no ha conmovido al país; salvo alguno que otro movimiento de tropas, parecíamos estar en paz. Pero llegó el momento de declarar la guerra al Perú y el país se levantó en masa como un solo hombre...

Al Perú le haremos la guerra a muerte; a Bolivia no podemos odiarla. ¿Por qué andamos tan descaminados haciendo guerra que no nos conviene, y contrayendo alianzas que nos convienen menos aun? Sería aun tiempo de poner las cosas en orden? ¿Por qué nó? Ahora o nunca debe pensar Bolivia en conquistar su rango de nación, su verdadera independencia que, por cierto, no está en Antofagasta, sino en Arica. Después de esta guerra ya será tarde, Chile vencedor no lo consentiría, a menos de tener a Bolivia de su parte. El Perú vencedor le impondrá la ley, a Bolivia su aliada, y a Chile su enemigo; y Chile debilitado no podrá ayudar a Bolivia, aunque ésta se lo pidiese. El hombre que dé a Bolivia su independencia del Perú, será más grande que Bolívar y Sucre, porque aquellos solo le dieron un simulacro de libertad y éste se la daría real y verdadera. ¿Estaba reservada a Ud. tan colosal empresa?

Su afectísimo amigo y S, S.- *J. Sotomayor*".

2º carta al general Daza.

“Santiago, Abril 11 de 1879.

La Paz.

Señor Don Hilarión Daza.

Estimado amigo: Con fecha 8 del corriente me he tomado la libertad de dirigirle una cartita, sometiéndole ciertas ideas que espero le hayan merecido alguna atención; porque no ha de tardar mucho en llegar el momento en que puedan ser llevadas al terreno de la práctica... Durante mi permanencia en Bolivia he expresado siempre mi parecer de que Bolivia no tiene mejor amigo que Chile, ni peor verdugo que el Perú. Este hace el papel de vampiro, que chupa a Bolivia toda su savia vital, mientras Chile le ha llevado brazos, capitales e inteligencia para desarrollar su riqueza nacional. El Perú oprime a Bolivia con sus leyes de tránsito o de aduanas, y en Chile se ha visto con pena ese estado de cosas, y se ha simpatizado con la aspiración de un noble país que lucha en vano por obtener vías propias para ponerse en relación con el resto del mundo. Buscar esa solución por el Amazonas o por Cobija o Mejillones, son sueños; porque esas vías serán en todo caso mucho más caras que la de Tacna y Arica, aun cuando en esta se bebe la codicia del Perú. Para Bolivia no hay salvación, no hay porvenir, mientras no sea dueña de Ilo y Moquegua, Tacna y Arica. Imagínese usted a Bolivia en posesión de esos territorios. En muy poco tiempo una línea férrea uniría a Tacna con La Paz, y el telégrafo la pondría en contacto con el mundo entero. La industria y comercio tomarían un inmenso desarrollo. Bolivia vería incrementarse rápidamente sus rentas, afluir la inmigración, crecer la población; sus importantes productos agrícolas y mineros irían a competir con los de sus vecinos en los mercados del mundo. Bolivia podría tener marina de guerra y marina mercante. En vez de consumirse en disturbios y revoluciones internas, emplearía su actividad en progresos y enriquecerse. La posesión de Tacna y Arica sería para Bolivia la varita mágica que todo lo transformaría. Bolivia que encierra en su seno tantas o mayores riquezas ¡que Chile y el Perú, y a las que solamente faltan puertos propios en situación conveniente, llegaría en muy poco tiempo a competir con sus vecinos en población, rentas y riquezas y adelanto materiales de todo género. La alianza del Perú, la derrota de Chile, ¿pueden darle algo parecido? ¿Tendría siquiera gloria? ¿La gloria no sería para el Perú, y los gastos y perjuicios de la guerra no serían para Bolivia? ¿No quedaría Bolivia más oprimida que antes por el Perú; y con probabilidades de salir jamás de su posición secundaria y avasallada? Y en caso de vencer Chile por mar, que es lo más seguro, a la escuadra peruana, ¿cómo podría Bolivia pensar en Antofagasta? Todo su valor y decisión ¿no serían vencidos por el desierto aun antes de llegar a las manos? El Perú que ha sido, desleal con Chile y con Bolivia en repetidas ocasiones, no tardará en dar a usted un motivo

poderoso de queja que sirva de punto de partida para la alianza con Chile la cual aquí no encontraría grandes dificultades para ser aceptada, según el espíritu que he podido observar en la generalidad del pueblo, el cual, si odia al Perú, ha tenido más bien simpatía por Bolivia, hasta la última emergencia que nos ha hecho romper las relaciones.

Con gusto me impondré de la contestación que tenga a bien darme, para seguir trabajando por la difusión de mi idea, dado caso de ser aquella favorable.

Su afectísimo amigo y S. S.- *J. Sotomayor*".

CAPÍTULO XIV.

Operaciones de la Escuadra Peruana.

(Desde el 23 de Mayo al 30 de Setiembre.)

Después del combate del 21 de Mayo, Grau permanece en Iquique haciendo carbón y víveres, hasta el 23, en que zarpa rumbo a Antofagasta, con orden de apresar los trasportes que ahí hubieren, y destruir los establecimientos de resacar agua, cosa que hubiera puesto en duro trance a la guarnición chilena.

El 25 se encuentra con el “Amazonas” de la P. S. N. C. cuyos pasajeros (y los espías) le comunicaban que el 23 habían llegado a Antofagasta cuatro transportes con 4.030 hombres y que en el puerto quedaba únicamente el “Lamar”; también le aseguran que la plaza se encuentra bien artillada.

A las 8 1/2 P. M. el “Huáscar” entra a Mejillones. Grau manda a tierra al teniente 1º don Diego Ferré, a comunicar al jefe de la plaza, mayor don Polidoro Valdivieso, que va a destruir las lanchas.

Valdivieso contesta que puede hacerlo; pero si toca tierra sabrá rechazarlo.

El “Huáscar” quema siete lanchas y la goleta “Clorinda”; de una lancha toma 38 rollos de alambre, útiles de telégrafo, cuatro bueyes y algunos sacos de papas; y se apodera de la chalupa de la capitania que iza al costado del monitor. A las 10 P.M. abandona el puerto.

El lunes 25, a las 12:30 P.M. se presenta el “Huáscar” en Antofagasta. En la poza se encuentra la “Covadonga” al abrigo de toda emergencia; en la rada el “Rimac”, mandado por el capitán Gana.

La ciudad no se halla indefensa. Los ingenieros militares construyeron tres plataformas atrincheradas, al norte, centro y sur de la bahía, para tres cañones de a 150 y uno de a 300.

El Jefe de Estado Mayor, además de cubrir las máquinas resacadoras, con gruesas murallas de sacos de arena, las hace custodiar con dos baterías de campaña del regimiento N° 2 de Velásquez, una Krupp y otra Armstrong, a cargo de los capitanes Juan de la Cruz Salvo, y Benjamín Montoya. El mayor don José Manuel Novoa comanda dichas baterías.

El “Huáscar” después de perseguir al “Itata”, se lanza sobre el “Rimac”, en el fondo de la bahía, pero se ve bruscamente cañoneado por la “Covadonga”, desde la poza. El monitor se empeña en combate con ella, lo que da tiempo al “Rimac” para escapar al sur. El “Huáscar” hace fuego sobre la “Covadonga”, y los fuertes de tierra. Dispara 16 tiros de a 300 y ocho de a 40.

El “Huáscar” vuelve a Antofagasta nuevamente el 27, pero avista a nuestros buques y regresa a Arica.

El 30 nuestra escuadra divisa al “Huáscar” frente a Iquique. El “Blanco” y la “Magallanes” le persiguen desde las 7 hasta las 3 P.M. hora en que desisten de la caza por falta de combustible. El “Blanco” tenía apenas 15 toneladas en las carboneras.

En su huída a Arica el monitor pasa por el sitio en que cruza el “Matías”. Este sale a su encuentro creyéndole buque amigo; cerciorado de lo contrario, huye perseguido por el “Huáscar”. En su fuga para alivianarse y avanzar camino, el transporte corta los cabos de las lanchas atadas a los costados, que siguen a la deriva, en la línea de la estela; Grau cree que se trata de torpedos, guiña fuerte a estribor para esquivarlos, con lo que el “Matías” gana distancia y escapa, rumbo a Iquique a donde llega con el deseado combustible después de un forzado crucero de catorce días.

El “Huáscar” rellena las carboneras en Ilo; en Pisagua recibe orden el 2 de Junio, de buscar a las corbetas chilenas que viajan a la vela.

Al día siguiente, 3, el “Blanco” y “Magallanes”, surtidas va de carbón, salen también de Iquique en demanda de la “Chacabuco” y “O’Higgins” en previsión de que pueda perseguirlas el enemigo.

A las 5 A. M. del 4 avistan al “Huáscar” frente a Huanillos a una distancia de 8 millas y emprenden su persecución. Desde las siete de la mañana hasta las once y media, la distancia se estrecha a cuatro millas; el blindado gana 700 metros por hora a la carrera del monitor, cuyos ingenieros casi hacen saltar las válvulas, alimentando las calderas con aguarráz, kerosene y cuantos combustibles activos tienen a mano.

A tiro ambas naves, el “Blanco” dispara uno de sus gruesos cañones, cuyo proyectil cae a 100 metros del “Huáscar”; este responde con una pieza de la torre, cuya granada pasa sobre el blindado, para hundirse cien metros a retaguardia.

La caza promete éxito; desgraciadamente el error táctico del buque chileno que dispara por bandas, le hace perder considerable terreno en las guiñadas, dando oportunidad al monitor para alejarse siguiendo rectamente la ruta.

El almirante continúa la persecución hasta las doce de la noche, sin fruto alguno.

Este fracaso quebranta su ánimo; y como verdaderamente se halla enfermo, presenta la renuncia de su alto puesto, que no le es aceptada por el gobierno. Solicita entonces un mes de permiso, y también se le niega este pedido.

Hubo de continuar al frente de nuestras naves por disciplina.

El 6 de julio, la “Pilcomayo” se aventura sola hacia nuestras costas: entra a Tocopilla y destruye las lanchas de carguío, pasa, a la caleta Duende y quema un buque mercante. Al salir divisa al “Blanco” y “Chacabuco” y arranca; y como anda con sus fondos perfectamente limpios, consigue salvar después de 180 millas de persecución. Mientras tanto, el “Huáscar” recorridas las máquinas y limpios los fondos en el dique del Callao, ancla en Arica, listo para nuevas correrías, el 9 de julio.

El almirante Williams, desde su regreso del Callao opera con la escuadra en dos divisiones. En Iquique el “Cochrane”, comandante Simpson; la “Magallanes”, comandante Latorre; “Abtao”, comandante Castelton. En Antofagasta, el almirante con el “Blanco”, comandante López; la “O’Higgins”, comandante Montt; la “Chacabuco”, comandante Viel, y los transportes.

Simpson sostenía el bloqueo de Iquique, en cuyo puerto permanecía fondeado el “Abtao”, con la máquina desarmada, en reparaciones. Los demás buques salían afuera durante la noche.

Tan pronto como Grau se presenta en Arica, por órdenes, el general Prado le manda a Iquique a espolonear en su fondeadero al “Abtao” durante la noche, aprovechando la ausencia de los demás buques.

Parte Grau, recalca en Pisagua a tomar lenguas, de Iquique se le contesta por telégrafo que el “Abtao” continúa al ancla en la bahía, y se le da la ubicación exacta de su fondeadero. El jefe peruano se va a la segura, penetra al puerto a las 12 horas 45" de la noche del 10, protegido por la densa obscuridad que proyectan los cerros de la costa; pero no encuentra a la “Abtao”. Envía un oficial a tierra, de donde se le informa que el “Matías” y la “Abtao” habían zarpado a las tres de la tarde, y el “Blanco” y la “Magallanes” a las seis.

¿Qué había ocurrido?

Dos días antes los vigías del “Abtao” denunciaron una embarcación ligera, que fué recibida a balazos. Esto hizo temer que se tratara de aplicar un torpedo al buque, pues en la maestraza del ferrocarril de Iquique se armaban estas máquinas, cuyas piezas habían sido introducidas durante la suspensión del bloqueo. A la verdad, se trataba únicamente de fijar la posición del buque, para comunicarlo al “Huáscar”.

Tocó que el 1º terminaron las reparaciones de la “Abtao”; el comandante Simpson, al salir a alta mar, ordenó a todos los buques seguir sus aguas pues no juzgó prudente dejar al “Abtao” expuesto a un ataque sorpresivo nocturno.

Grau, sabedor de lo ocurrido, se dirige a la boca del puerto, en demanda de alguna nave enemiga para atacarla a espolón en la obscuridad. En el camino se topa con el “Matías”, con cuyo comandante, del cual era amigo, entabla el siguiente diálogo:

Grau - ¿Qué buque es ese?

Castelton - El “Matías Cousiño”.

G. - ¿Cómo está Ud. Castelton?

C. - Muy bien, gracias, señor.

G. - ¿Qué carga tiene a bordo?

C. - Carbón.

G. - ¿Dónde están los buques?

C. - Por aquí alrededor.

G. - ¿Y el “Abtao”?

C. - Al S.O. (Marcó la dirección en que calculó que estaría el “Cochrane”).

G. - Bien, capitán, embárguese en sus botes, porque lo voy a echar a pique.

Como oyera Castelton que el “Huáscar” arriaba un bote, ordenó máquina avante, huyendo al sur. El “Huáscar” al notar la maniobra, arría el bote, y dispara sus cañones gruesos contra el “Matías”.

A los disparos acude la “Magallanes”. Grau intenta huir creyendo tener encima al “Cochrane”. Salido de su error, se lanza sobre la cañonera para partirla medio a medio, tomándola de costado con el espolón.

Latorre ordena a toda fuerza; la cañonera salta con tanta prontitud, que el “Huáscar” pasa casi rasando la popa.

Vira el monitor, repite la maniobra; vira la “Magallanes”, y se deslizan ambas naves dándose los costados, bajo nutrido fuego de fusilería y revolver, Durante cuatro veces repite el “Huáscar” el ataque a espolón, y en otras tantas se le escabulle la cañonera, cuyos artilleros consiguen meterle una granada de a 115 que atraviesa el blindaje.

La pericia y sangre fría del comandante Latorre, que sabe sacar partido de la facilidad maniobrera de su buque dotado de doble hélice, da tiempo para acudir al lugar de la acción al “Cochrane” y “Abtao”.

El monitor no espera los resultados y busca su salvación en la fuga, perseguido por los tres barcos chilenos.

Tanto el monitor como la cañonera hicieron gran consumo de proyectiles menores durante la media hora, que al decir de un marinero chileno, estuvieron “a tiro de escopeta”.

Gastó la “Magallanes”:

Una bala Palissier de 115 que quedó metida en el costado del enemigo.

Un tarro de metralla de a 64. Seis granadas de segmento de 20; 2.400 tiros de rifle Comblain, 300 tiros revolver Adams.

El “Huáscar” por su parte disparó seis proyectiles de a 300, y una lluvia de balas de ametralladoras y rifle, que cortaron gran parte de la jarcia de babor, agujerearon todos los botes y perforaron la amurada y la chimenea de la cañonera chilena.

La “Magallanes” no sacó rasguño alguno a espolón, no obstante que el monitor pudo inmiscuirse en el círculo muerto, posición delicada para el buque agredido.

Mientras ocurre esta ruptura de bloqueo, el almirante se encuentra en Antofagasta con la 1ª división compuesta del “Blanco”, “Chacabuco” y “Loa”. A mediados de Julio regresa a Iquique, se hace cargo del bloqueo el 16 de este mes y envía a Antofagasta al “Cochrane” y “Matías”. Quedan en Iquique el “Blanco”, “Magallanes”, “Abtao” y “Limarí”.

En la misma noche un bote sin remo procura acercarse al “Blanco”, como había ocurrido poco antes al “Cochrane”.

Los buques rompen sobre él nutrido fuego, y no se le vuelve a ver. Era un torpedo preparado en la maestranza de Iquique de los cuales se encontraron varios ejemplares al rendirse la plaza a nuestras armas.

El almirante, indignado, ordena sobre la marcha que el “Blanco” dispare seis granadas contra la Aduana y la “Magallanes” tres sobre el extremo norte de la población, en castigo de haber quebrantado la promesa hecha de no atentarse contra las naves bloqueadoras.

El general Prado al saber el bombardeo, ordena que el “Huáscar” y la “Unión” marchen a la costa chilena y bombardeen los puertos de Antofagasta al sur.

Estos buques recalán en Arica el miércoles 16 de Julio y zarpan a su destino el jueves 17. El 18 pasan frente a Mejillones y persiguen hasta dentro del puerto a un vapor que resulta ser francés.

El sábado 19, al amanecer, la flotilla navega por las alturas de Antofagasta y apresa a la fragata “Adelaida”, con bandera nicaragüense y mil setecientas toneladas de carbón, porque la nave y cargamento eran propiedad de un ciudadano chileno. Se envía el buque al Callao, al mando del teniente 2º Ramón Sánchez Carrión, después de cambiarle tripulantes.

A las 4:45 P.M. ambos barcos están frente a Blanco Encalada.

El 19 se tiene conocimiento en Santiago y Valparaíso de la entrada de los buques enemigos a Mejillones; no obstante se ordena que el escuadrón Carabineros de Yungay, al mando del comandante don Manuel Bulnes, se embarque en el transporte “Rimac”, con destino a Antofagasta, y que se aliste el “Paquete de Maule” con igual derrotero, llevando víveres y municiones. El Ministro don Domingo Santa María había tomado el mando de la armada en Antofagasta y dirigía los buques a voluntad; el mismo comandante general de Marina don Eulogio Altamirano, le consultaba para el movimiento de los transportes.

Altamirano alarmado por la aparición del “Huáscar” y la “Unión” en Mejillones, pregunta a Santa María si salen los transportes que están en Valparaíso, pues en Coquimbo se encontraban el “Copiapó” y el “Toltén”, escoltados por la “Chacabuco”.

Santa María contesta que permanezcan en Valparaíso; pero el 19 en la tarde llega telegrama del mismo Santa María ordenando la salida del “Rimac” y “Paquete”.

El domingo 20, los peruanos toman el buque “Sancy Jack”, con bandera nicaragüense, y fué enviado al Callao a cargo del teniente 2º don Julio Jiménez, porque el buque con cargamento de metales pertenecía a ciudadanos chilenos.

A las 2 ½ P. M. aparecen en la bahía de Caldera en donde trasbordan al “Santa Rosa”, los tripulantes de los buques capturados.

Mientras la “Unión” entra a Caldera, el “Huáscar” destruye doce lanchas en Chañaral.

En conformidad a lo dispuesto por Santa María el “Rimac” y “Paquete de Maule”, salen de Valparaíso el 20 de Julio a las 12 del día, en circunstancias que circulaban en las calles volantes del “Mercurio” y “La Patria” anunciando la aparición de naves enemigas frente a Taltal. A las 2 P.M. don Guillermo Matta, intendente de Atacama, comunica la entrada de los dos barcos enemigos a Caldera.

El “Rimac” iba ya navegando a cuarenta millas mar a fuera; y el “Paquete” pegado a la costa.

El ministro don Antonio Varas, alarmado, ordena regresar a Valparaíso al convoy anclado en Coquimbo, en espera de órdenes.

El ministro Santa María disponía del “Cochrane” en Antofagasta, para ir en auxilio del “Rimac”, cuyo peligro era evidente; pero dispuso del blindado en otra forma.

Como faltaba carbón en Tocopilla para la resacadora de agua, con grave peligro de los habitantes y de 500 mulas reunidas para la expedición al norte, marcó al “Cochrane” el siguiente itinerario fijo, matemático:

19 - Embarque de carbón y salida de Antofagasta.

20 y 21 - Desembarque de carbón en Tocopilla.

22 - Regreso a Antofagasta para proteger la entrada del “Rimac” y “Paquete”.

El “Cochrane” no pudo zarpar el 19 por demora en tomar el carbón destinado a Tocopilla, a causa del mar picado y del cansancio de la gente. Salió únicamente el 20 a media noche. Todo el mundo creyó en Antofagasta que iba con rumbo al sur, pues circulaban los telegramas con las depredaciones del enemigo en Chañaral, Caldera y Huayco, a las puertas mismas de Valparaíso.

No ocurrió así; el blindado siguió a Tocopilla.

El lunes 21 los peruanos destruyen 17 lanchas en Chañaral, en cuyo punto bajó el teniente 2º de la Torre Bueno, a notificar a las autoridades esta determinación del jefe. A la 1 P. M. siguen a Huasco.

El Ministro Santa María, presionado por la ansiedad que reina en Antofagasta, envía al capitán don Patricio Lynch, comandante del “Itata”, a comunicar al comandante Simpson que apure la vuelta del “Cochrane”.

En la mañana del 22 ambos buques pasan frente al puerto, rumbo al sur. El ejército y la ciudad respiran, después de tres días de angustia, al divisar a nuestras naves que van a proteger al “Rimac”.

Santa María, remite a Simpson en una lancha a vapor, todos los telegramas recibidos, para su orientación respecto del enemigo y de nuestros transportes.

En esos momentos el Ministro recibe telegrama del intendente de Atacama, anunciándole que el convoy había regresado a Valparaíso con la “Chacabuco”. Naturalmente, Matta se refería al convoy fondeado en Coquimbo, compuesto de esta corbeta, el “Toltén” y el “Copiapó”.

Santa María, con un atolondramiento sin nombre, confunde el convoy escoltado por la “Chacabuco”, y compuesto de tres barcos, con el “Rimac”, buque que navega aisladamente entre treinta y cuarenta millas de la costa; y obsesionado en este error, hace salir apresuradamente al señor Máximo R. Lira en el “Lamar”, para avisar a Simpson que no se preocupe del “Rimac”, vuelto ya a Valparaíso. Simpson, libre por el momento y escaso de carbón, se hace remolcar por el “Itata” al Puerto de Caldera, para proveerse de combustible.

Grau entró a Caldera el 22 temprano y celebró una larga conferencia con el comandante del “Colombia”, de la P. S. N. C. a cuyo bordo permaneció por más de una hora.

Sea que recibiera informes del capitán del “Colombia”, de pasajeros, de los espías peruanos que navegaban en todos los vapores, o de los diarios chilenos, ello es que ahí formó su plan para la captura del “Rimac” a la entrada de Antofagasta. Notaremos de paso, que “El Mercurio” y “La Patria” de Valparaíso daban minuciosa cuenta del embarco de Carabineros y de la partida del transporte a las doce del día 20.

Con tales antecedentes, el jefe peruano se dirige a las alturas de Antofagasta; encarga a la “Unión” la vigilancia de la punta sur, y conduce al “Huáscar” a la punta norte, en donde permanece en acecho.

El “Rimac” sigue la ruta trazada en Valparaíso, a razón de nueve a diez millas por hora. En la tarde del 22 disminuye el andar a cinco millas; alarmado el comandante Bulnes hizo presente al capitán don Pedro Lautrup que podían entrar al puerto tiñendo la oración; pero éste no accede a la insinuación del comandante de Carabineros, y continúa a cinco millas para entrar a Antofagasta al día siguiente al amanecer.

Bulnes, no puede conformarse y requiere la influencia del comandante don José Ignacio Gana, nombrado por el gobierno para tomar el mando del buque en presencia del enemigo, según contrato celebrado con la Compañía Sud Americana de Vapores. Nada puede hacer el capitán Gana, llamado al mando únicamente con el enemigo a la vista.

Parece que todo se conjura contra el desgraciado transporte y el escuadrón que conduce a bordo.

A las 6:15 A. M. del 23 el capitán Lautrup divisa un vapor por la proa; creyéndole el “Cochrane” se acerca a toda máquina, hasta la distancia de cuatro millas en que conoce su error.

Baja del puente y entrega el mando al comandante Gana.

La tripulación mercante, ante el peligro, quiere abalanzarse a la cantina, en tan aciagos momentos.

Bulnes que tenía formado el escuadrón, amenaza fusilar al marinero que avance un paso hacia el comedor, y ordena que todo el mundo vaya a su puesto.

La “Unión” había tocado zafarrancho, e izado el pabellón afianzándolo con un tiro en blanco.

Llegó el momento en que un hombre decide de su destino, de su carrera y de su nombre. El comandante Gana debía resolver este dilema: o la fuga problemática ante una nave de superior andar o abordar al enemigo, jugando el todo por el todo. Contaba para el abordaje con la energía y valor probado de Bulnes, sus oficiales y tropa que le seguirían hasta la muerte.

El comandante optó por el primer partido, ordenando proa al oeste. La “Unión” inicia la persecución al máximum de velocidad.

Después de disparar cuatro tiros por banda, el comandante García y García ordena llevar un cañoncito de a nueve a proa para el fuego de caza, porque el empleo de las piezas de la batería hacían guiñar el barco, con la consiguiente pérdida de camino.

A los tiros de la “Unión” contesta el “Rimac” con sus cañones lisos de a cuarenta, cuyas balas caen al mar.

La persecución dura cuatro horas; la distancia entre ambas naves se acorta a 800 metros. El transporte ha recibido algunos balazos a popa, uno a dos pies sobre la línea de flotación, al costado de estribor, otro más alto en el mamparo de popa del salón de cubierta; otro alto, en el palo de popa, que cortó el viento del pescante de estribor, tumbándolo sobre cubierta.

Del escuadrón hubo un soldado muerto por un proyectil de a nueve, y dos heridos leves.

En tales circunstancias aparece el “Huáscar”, que dispara sobre el transporte uno de los cañones de a 300 de la torre, a cortar el camino por la proa.

El comandante Gana ordena parar la máquina.

Bulnes manda que la tropa arroje al mar carabinas y sables, destruye la correspondencia oficial, y espera en la impotencia, la dura suerte del vencido, para él y los suyos.

El comodoro Grau nombra comandante del “Rimac” al capitán de fragata don M. Melitón Carvajal; se le envían cuatro oficiales cuatro aspirantes y el número suficiente de maquinistas, fogoneros, marineros etc. para su gobierno.

Tripulado el transporte, la flotilla hizo rumbo a Arica, en donde echó anclas entre los vítores y aplausos de la población.

Debemos consignar aquí con pena, una debilidad del comodoro Grau, que permitió que el comandante García y García, en la embriaguez del éxito, entrara al puerto de Arica, con la bandera chilena al revés, colocada debajo de la peruana.

Esta bandera fué recuperada más tarde; se encontraba en el cuartel de Santa Catalina, como trofeo de guerra.

Después, se ha pretendido negar el hecho; pero basta para su constancia, el testimonio del corresponsal del “Comercio”, a bordo de la “Unión”. Dicho corresponsal con fecha 25 de julio de 1879 (Arica) dice:

“El júbilo a partir desde este momento, es inmenso en la población. Y se ve una bandera chilena izada al revés debajo del pabellón de nuestra simpática corbeta, dándonos a conocer que ha hecho la presa”.

“Campaña Naval”, por José Rodolfo del Campo. Lima. Perú, 1921. Pág. 69).

El corresponsal del “Comercio” de Lima, resume el resultado de la expedición en los siguientes términos:

“Nuestra escuadrilla ha navegado libremente hasta cerca de Coquimbo (Los Choros); ha apresado un valiosísimo transporte, con cuatro cañones de a 32; un regimiento (?) de caballería

prisionero, con sus jefes, oficiales, caballada, equipo, menaje, y caja militar; armamento Comblain y Winchester, forraje en abundancia; carbón; gran cantidad de fornituras, correajes completos, etc. útiles para ambulancia, y muchos otros elementos. El Contador del “Cochrane” llevaba el ajustamiento del blindado y correspondencia. Además, cerca de ochenta lanchas destruidas, una fragata, un bergantín y una goleta apresados, cargados de carbón, metales y madera. Estos buques están en marcha al Callao.

Vale más que todo esto, el efecto desorganizador de este golpe, que va a desconcertar las ya desmoralizadas filas del enemigo.

Los puertos del norte de Chile están aterrorizados”.

Hasta aquí el corresponsal del “Comercio”.

La pérdida del “Rimac” produjo en el país general indignación, contra los directores de la guerra, desde sus bufetes civiles.

El pueblo de Santiago se reunió en un mitin monstruo, bajo los balcones de la Moneda.

El general Urrutia, Ministro de la guerra, que no había tenido arte ni parte en la captura del transporte, fué ultrajado de palabra y de obra por el populacho al dirigirse al Palacio del Congreso.

Abierta la sesión del Senado, Vicuña Mackenna, senador por Coquimbo, lo recibe en las astas, culpando al Ministerio de incompetencia e ineptitud.

El General renuncia, y arrastra en su caída al Ministerio.

Renuncia igualmente el comandante General de Marina, don Eulogio Altamirano, e igualmente el intendente general del Ejército y Armada, don Francisco Echaurren Huidobro, no por el asunto del “Rimac” y sino porque encontró en el gobierno carencia de energía moral para reprimir los abusos que cometían altos macucos políticos, en el aprovisionamiento del ejército.

El gobierno se había empeñado en contrarrestar a la opinión pública, y aún se habló de emplear medidas coercitivas, que habrían sido contraproducentes, dada la efervescencia nacional, que exigía sordamente no un cambio de Ministerio, sino del Ejecutivo.

Se acentuaba el divorcio entre el gobierno y el pueblo. El presidente Pinto tan sereno y cauteloso, perdió por un momento su calma tradicional. Escribía a don Rafael Sotomayor con fecha 11 de Agosto: “La noticia de la captura del “Rimac” dió lugar a escenas parecidas a las de Noviembre cuando vino Bilbao. La misma “chusma” movida por los mismos agentes. Imposible imaginar una estupidez igual. La interpelación del Senado y las escenas vergonzosas acaecidas con motivo de la pérdida del “Rimac” me han dejado la convicción de que nunca debimos comprometernos en guerra”.

El Excmo. Señor Pinto se equivocaba; no era la chusma la que se levantaba airada, era la nación entera.

La aceptación de la renuncia ministerial; el nombramiento del contraalmirante don Luis A. Goñi como comandante General de Marina y el de don Vicente Dávila Larraín como Intendente General del Ejército y Armada, aplacaron las iras populares y trajeron a los ánimos exaltados, la calma tan necesaria en estas críticas circunstancias.

Triunfó el buen sentido nacional.

El general Prado, siempre bien informado de cuanto ocurría en nuestro país, procuró sacar el mejor partido posible del desconcierto que creía reinaba en las esferas de la Moneda, y al efecto ordenó una triple operación.

1°.- El “Huáscar” haría aparición en las costas de Chile, comprendidas entre Antofagasta y Valparaíso, para atraerse la persecución de los buques chilenos, distrayéndolos de otras operaciones.

2°.- El “Oroya” saldría del Callao, convoyando al “Talismán”, que remolcaría hasta Arica al “Manco Capac” cuyo puerto, acrecentaría su defensa fija con los gruesos cañones de este acorazado.

3°.- La “Unión”, marcharía sigilosamente a Punta Arenas, en busca de un vapor salido de Europa con armas y municiones para Chile. El gobierno peruano sabía la noticia por cablegramas de Canevaro y agentes en Europa.

El corresponsal del “Comercio” dice a este diario desde Arica lo siguiente:

“Antes de nuestra salida de este puerto, corrían en tierra distintos rumores; unos aseguraban que íbamos a Panamá; otros que el viaje era al Estrecho de Magallanes; y no faltó quienes creyéndose bien informados, presagiaban que íbamos a expedicionar a las costas del sur de Valparaíso”.

La versión más autorizada parecía ser la segunda de las anteriormente enumeradas; y los que así lo creían, agregaban que el Director de la guerra, general Prado, tenía conocimiento por comunicaciones tomadas a bordo del “Rimac”, que si no eran oficiales estaban afirmadas por personas notables de Chile y dirigidas a jefes del Ejército en Antofagasta, que el gobierno de aquella república sólo esperaba para emprender sus operaciones por tierra sobre nuestro litoral, la llegada de un vapor fletado por agentes en el extranjero, y que había salido de Liverpool a fines de junio último cargado con 10.000 rifles, varios cañones Krupp con sus respectivas municiones, y gran cantidad de otros pertrechos de guerra.

He aquí otra prueba de como personas colocadas muy cerca del gobierno, denunciaban a sus amistades secretos de Estado cuya divulgación estuvo a punto de costarnos muy caro.

La triple operación se efectuó conjuntamente, por los marinos peruanos.

Grau con el “Huáscar” y el “Rimac” zarpó de Arica el 1º de Agosto, con rumbo a Caldera, en cuyo puerto tomaba carbón el “Cochrane”; llevaba dos torpedos para aplicárselos al blindado, sorpresivamente, de noche. El “Rimac” hubo de regresar a Arica por descompostura en las máquinas; el “Huáscar” continuó solo su comisión; pero en lugar de hallar ahí al “Cochrane” divisó al “Lamar”, amarrado al muelle.

No quiso gastar los torpedos en transportes, y siguió a Coquimbo siempre con ánimo de torpedear al blindado.

Durante la marcha sobrevino un furioso temporal que puso al monitor en grave peligro de naufragio; enderezó proa al norte, arribando a Arica el 10 de Agosto, después de una correteada que le hizo el “Blanco”, siempre sin fruto.

Mientras el “Huáscar” atrae la atención de nuestras autoridades por su presencia en Caldera, y su viaje a Coquimbo a la vista de costa, el “Oroya”, el “Talismán” y el “Manco Capac” efectúan con felicidad el viaje del Callao a Arica, cuyo puerto con la buena defensa fija del Morro, contaba ahora con una móvil poderosa, pues el “Manco” defendido por una coraza de diez pulgadas, montaba dos cañones lisos de a 500 libras.

La base naval peruana inspiraba respeto.

Veamos, ahora, como cumplió la “Unión” su atrevida empresa.

Levó anclas en Arica en la madrugada del 31 de julio, con dirección al oeste, hasta perder de vista la costa, y viró al sur, a 50 millas de tierra.

El miércoles 13 de Agosto enfrentó la boca occidental del Estrecho, a las 12 de la noche, teniendo al cabo Pilar por la amura de estribor tiempo atemporalado del norte, mar gruesa y lluvia constante. A las 4:45 emboca al Estrecho, arroja al agua corredera de patente y navega a medio estrecho, para pasar la noche del jueves 14 en la bahía Borja. Continúa viaje el viernes 15 sin más incidencia que la visita de dos piraguas de salvajes, que no suministran noticia alguna. A las 11 A. M. a la vista el cabo Froward, y a las 12 meridiano el cabo Holanda, en donde encuentran otra piragua de naturales con bandera chilena; se la quitan y se la cambian por una peruana, halagándolos con buena porción de ron. A las 3:30 ancla en el puerto San Nicolás para pasar la noche.

El sábado 16, zarpa temprano con rumbo a Punta Arenas, en donde fondea a la 1:39 P.M. con bandera francesa, engañifa inútil, pues la corbeta era bien conocida por muchos residentes que dan la alarma.

En la bahía no hay más buques que una chata, con carbón del gobierno, de la cual extrajo 104, toneladas y varios útiles navales.

La comisión de extranjeros que fué a bordo a solicitar que se respetaran sus intereses, le informan que el “Gleneg”, el buque con armas, había partido en dirección a Valparaíso días ha, convoyado por el “Loa”.

Errado el golpe, García y García pide a la Comisión un permiso del gobernador, que lo era el comandante don Carlos Wood, para comprar en el comercio, víveres frescos. La comisión presiona a Wood para acceder a la solicitud, pues no tiene sino algunos policiales para repeler un ataque a mano armada. El 18 abandona la “Unión” a Punta Arenas, y el 20 entra al Pacífico, marcando a los Evangelistas en la tarde.

Navega a vapor y vela y fondea en Arica el 14 de Septiembre, a las 12 M. después de 45 días de un viaje tan penoso como estéril.

Durante la ausencia de la “Unión”, el “Huáscar” recibe orden de marchar a las costas chilenas, a destruir lanchas con el objeto de impedir que las autoridades de marina envíen buques al Estrecho; y de paso por Antofagasta echar a pique algún buque de guerra.

Un ingeniero de nacionalidad extranjera había ofrecido al Gobierno del Perú unos torpedos de sistema automático y de propulsión eléctrica. Aceptada la proposición se encarga el “Huáscar” de efectuar el experimento y probar la eficacia de las máquinas.

El Presidente Prado, a la sazón en Arica, dispone el siguiente plan.

El “Huáscar” y el “Oroya” se dirigirán en convoy a Antofagasta y atacarán de noche a los buques chilenos con los torpedos de nueva invención.

En caso de éxito, el “Huáscar” se aguantaría en las afueras del puerto en tanto el “Oroya” iría a comunicar la noticia por señales a Iquique, siguiendo al norte a encontrar el “Manco Capac”, salido de Arica al saberse la buena nueva para regresar en convoy con el acorazado.

Operada la conjunción de las tres naves, se dirigirían a bombardear a Antofagasta, concentrando los fuegos sobre las máquinas resacadoras de agua.

Para obtener la situación exacta de los buques chilenos, el vapor “Ilo”, cuyo capitán Cross estaba a sueldo del Perú, condujo como pasajeros a dos oficiales de la marina peruana, encargados de ubicar el fondeadero de las naves enemigas.

El 22 de Agosto a la una de la mañana, zarpan de Arica el “Huáscar” y el “Oroya”; el “Ilo”, como estaba convenido, se deja alcanzar por ellos poco al sur de Antofagasta. Uno de los oficiales se traspasó al “Huáscar” con el croquis del puerto y la designación de los barcos al ancla; el otro sigue al sur, a tomar nota de las noticias más culminantes.

A las 10 P. M. del 23, el “Huáscar” entra sigilosamente al puerto, piloteado por el oficial traspasado del “Ilo”, para el lanzamiento de los torpedos.

Con respecto a esta operación, dejamos la palabra al coronel don Abel Bedoya, cator de las glorias de la marina peruana en 1879. Dice el expresado jefe:

“Resuelto pues, el comandante Grau, con el entusiasmo del que va a ganar una gloria más, así como los que le acompañaban, se dirigió hacia Antofagasta, y colocado su buque a cierta distancia, hizo descender el torpedo que se hallaba colgado al costado del monitor, por el aparejo del buque. Una vez en el agua, por medio del alambre eléctrico se le dió dirección; más, a cierta distancia se veía que el torpedo, lejos de avanzar retrocedía a estrellarse contra el “Huáscar”, corriendo la suerte este buque de sucumbir con todos sus valientes tripulantes. Más, la justicia divina que no abandona al que cumple con un deber que le está impuesto, cual es el de la patria, dispone que el valiente y arrojado teniente Fermín Diez Canseco mire con desprecio su vida, con tal de salvar su arma de guerra defensora de su nación y a sus camaradas que la tripulan. Descendiendo por el mismo aparejo por el cual descendió el explosivo ofensor, en momentos peligrosos para el “Huáscar”, una vez a cierta altura el heroico marino Canseco, con la actividad, valentía y serenidad del que defiende una causa justa, se para sobre el torpedo y convirtiéndose en timón, lo hace virar en los momentos de la catástrofe que se iba a presenciar.

Salvado el monitor acudieron los camaradas a arrojar un bote de salvamento al héroe marino, el que una vez en la cubierta del buque, el comandante y demás compañeros le tendieron los brazos de gusto, por su heroísmo, pues, tenían la evidencia, que salvado el buque, el valiente Canseco tenía que volar dadas las condiciones de ser intocables estos explosivos, so pena de ocasionar sus efectos.

En cuanto el torpedo, siguió su marcha al garette y sin dirección, el que iría a explotar en alguna roca donde no ofendió a nadie”.

Hasta aquí el relato del señor coronel Bedoya, que transcribimos sin comentarios.

El hecho es que el torpedo se *chingó*, fallando por su base el plan elaborado por el presidente Prado.

El “Huáscar” abandona la bahía a las cuatro de la mañana para aparecer en Taltal, a las primeras horas del 25, a destruir los elementos de embarque.

El comandante Raygada del “Oroya” toma a remolque seis lanchas de las cuales pierde cinco en el trayecto a Arica, y ordena la destrucción de las demás.

El “Huáscar” saca un pontón a remolque que larga al garette fuera del puerto para adiestrar a la tripulación en el tiro al blanco. Gasta 12 proyectiles de a 300 y 12 de a 40, con tan mala suerte que en la tarde hubo de incendiar la chata, por no haberla podido hundir a balazos.

El 28, nueva presentación del “Huáscar” en la boca de Antofagasta; entra a las once de la mañana; pero una vez a tiro, rompe sus fuegos el “Abtao”, con las piezas de a 115, no obstante de estar amarrado a una boya, con la máquina desarmada. Le sigue la “Magallanes” con sus dos cañones, uno de a 115 y otro de a 64 y los fuertes de tierra. Contesta el monitor y traba el combate.

El “Huáscar”, dispara 26 granadas de a 300 y dos de a 40. De aquellas acierta dos de segmento, causando gruesas averías en el casco de la “Abtao” a la que ubica fácilmente por su inmovilidad. La primera granada hiere a siete individuos y mata cinco, entre ellos al ingeniero 1º don Juan Mery, con 25 años de servicio. La segunda mata a cuatro y hiere a cinco, entre estos al teniente 2º don Carlos Krug.

La “Abtao” gastó 42 proyectiles, entre balas y granadas de acero de a 115.

La “Magallanes” hizo siete disparos de granadas Pellicer con la colisa de a 115 y 12 granadas comunes con el cañón de a 64.

Los fuertes de tierra enviaron al monitor un proyectil de a 300 libras, 38 de a 150 libras y 7 de campaña Krupp. El cañón de a 300 se volcó al primer disparo con la cureña y marco, a causa de haber fallado los topes.

Varios proyectiles dan en el “Huáscar”, uno de ellos de grueso calibre que mata al teniente 2º don Carlos de los Heros, jefe de la batería de popa y hiere a un alumno de la escuela de condestables.

La “Magallanes” y las baterías de tierra no tuvieron bajas, ni sufrieron deterioros.

El fuego cesa a las 5 h. 15' de la tarde, retirándose el “Huáscar” en dirección al norte.

La “Unión”, efectuó todavía otro viaje de importancia. El 3 de Septiembre, aprovisionada la nave con sus carboneras repletas, parte de Arica en dirección al Callao, de donde sale convoyando al “Rimac”, con destino a Arica. El transporte trae a bordo la División del general Bustamante, compuesta de los batallones Ayacucho N° 3 y Provisional de Lima, pertrechos y elementos de guerra en abundancia. En el camino encuentran al “Huáscar”, y en convoy se dirigen a Arica, sin novedad la que menor.

Con estas operaciones, cierra el mes de Septiembre la armada del Perú.

CAPÍTULO XV.

Operaciones marítimas Chilenas.
(Del 23 de Mayo al 30 de Setiembre.)

Grande alarma reinaba en Chile por la carencia de noticias de la escuadra, desde el 13 de Mayo, fecha en que el general Arteaga comunicó al Gobierno la partida del almirante con dirección al Callao. La expectación duraba 18 días mortales, hasta que el mismo general dió parte al Gobierno de que el almirante solicitaba víveres desde Iquique, con fecha 5 de Junio.

La escuadra volvió a operar en dos divisiones.

Una, a las órdenes del jefe, compuesta del “Blanco”, “Magallanes” y “Matías”, para bloquear a Iquique; la otra formada por el “Cochrane”, “O'Higgins” e “Itata”, comandada por Simpson, para resguardar a Antofagasta, custodiar la línea de comunicaciones a Valparaíso, y aun extender la vigilancia hasta el Estrecho, para la protección de los transportes conductores de armas.

Los peruanos tenían la ruta del Istmo de Panamá, como propia, dada la influencia que ejercían en el puerto, cuyo gobernador les era enteramente adicto.

Los chilenos a su vez, disponían del Estrecho, en la confianza de que el enemigo no operaría por aquellas aguas.

El jefe de una casa inglesa con sucursal en Valparaíso se presentó un día al Ministro chileno en Londres, solicitando que la Legación anunciara por clave a nuestro Gobierno la partida del vapor “Zeta”, con armas para Chile.

La firma compró en Estados Unidos 868 carabinas Winchester y 360 sables, que hizo llegar a Glasgow, en cuyo puerto transbordó esta mercadería al vapor “Zeta” sin la menor malicia de los agentes peruanos, que espían los pasos de los nuestros en Europa.

El encargado agregó una partida de 2.000 rifles Snider, propuestos en venta al Gobierno.

El señor Blest Gana notificó la salida del “Zeta”, agregando que el vapor tocaría en Punta Arenas. En dicho puerto, lo esperó el transporte “Copiapó” y lo convoyó hasta Valparaíso.

El Ministro en Francia e Inglaterra don Alberto Blest Gana, el secretario don Carlos Morla Vicuña y el adicto naval comandante don Luis A. Lynch, desplegaron grande actividad para la adquisición de material bélico, y enviarlo a nuestro país, burlando la vigilancia de la nube de empleados peruanos encargados de perturbar el trabajo del representante chileno.

La Legación recibió orden, el 24 de Febrero de 1879, de adquirir 3 millones de tiros Comblain. Las fábricas carecían de materiales para este tipo de municiones, reemplazado hacía tiempo por otras más eficientes. Solo Mr. B. tenía en Bélgica una existencia de 70.000 tiros Comblain y maquinarias y útiles para su fabricación.

El señor Blest Gana cierra trato con él para la entrega de 200.000 tiros a bala dentro de 15 días; 700.000 para el 14 de Marzo; las restantes hasta enterar 3.000.000 en 14 de Abril y 14 de Mayo, debiendo quedar cumplido totalmente el pedido el 15 de junio, a más tardar.

El señor Blest Gana convino con la compañía alemana Kosmos el transporte a Valparaíso de esta munición, bajo su responsabilidad, asegurando que el cartucho metálico, no es peligroso, ni explosivo.

A pesar del convenio, la Kosmos se negó poco después, a perfeccionar el contrato, alegando que el Directorio había consultado a las compañías que aseguran sus naves y cargamentos, las cuales se habían opuesto vivamente a la aceptación de dicha carga.

Solo dos líneas de vapores hacían la carrera al Pacífico: la Kosmos y la Inglesa. Esta última tenía aviso permanente de no admitir bajo ninguna forma cargamentos bélicos.

La Legación buscó entonces un velero, que debería partir de Amberes el 15 de Marzo para remitir en él 100.000 cartuchos cargados; y por vapor 100.000 vainillas vacías, 100.000 balas aparte, y 100.000 tacos.

El señor Morla se trasladó a Hamburgo para ver modo de convencer al Presidente de la Kosmos, de que el transporte de cartuchos cargados Comblain no implicaba peligro alguno, según certificados expedidos por los jefes de sección del Ministerio de Guerra belgas, informe de las comisiones militares y de la Escuela de Pirotécnica de Bélgica.

El gerente de la Kosmos, a solicitud del señor Morla, convocó al Directorio para considerar de nuevo el asunto.

La Junta Directiva contesta que es imposible acceder. Los estatutos de la compañía le prohíben expresamente cargar mercaderías explosivas a bordo de sus naves; las compañías en que se halla asegurada la flota de la Kosmos, han convenido en las primas señaladas en vista de esos estatutos, y todo mayor riesgo tendría por fuerza que traer un aumento de las primas estipuladas. Los comerciantes exportadores embarcan igualmente sus mercaderías en la inteligencia de que los estatutos son observados. Los boletos de pasajeros tienen una cláusula en que se asegura que no habrá a bordo artículo alguno del género del que desea embarcar la Legación; en caso de siniestro, tendría que indemnizar hasta las vidas, por haber violado sus leyes.

Se arbitraron otros medios:

El señor Blest Gana obtuvo que la Kosmos hiciera la siguiente proposición: “La compañía está dispuesta a fletar entero a la Legación de Chile uno de sus vapores, de 1.200 toneladas de carga, por la suma de 4.000 libras esterlinas. En tal caso, la compañía se entendería con sus aseguradores para esa ocasión especial, y la Legación, que completaría la carga del buque, determinaría si aseguraba o no su cargamento.

La Legación tenía carga suficiente y lista de los siguientes artículos:

Maquinaria hidráulica para los almacenes de la Aduana de Valparaíso....	220 toneladas	
Superestructura del muelle de Valparaíso.....	300	“
Cemento Pórtland.....	500	“
Materiales para telégrafos.....	100	“
Cartuchos cargados, 2.500.000.....	100	“
Total.....	1220 toneladas	

Resultaba, además, una economía en el flete. Según la tarifa de la Kosmos y de la P.S.N.C., la tonelada a Valparaíso pagaba 75 chelines, y con el arriendo salía solo a 66.

Nuestro Ministro se consideraba feliz. Había enviado por buque de vela 300 cajones con tiros cargados, y preparaba una segunda remesa, como así mismo dos mil uniformes completos pedidos con urgencia.

Recibió una orden cifrada que decía: “Compre 8 cañones Krupp de campaña, ocho mil cargas, pague primas riesgo de guerra”. El señor Blest Gana se traslada a Essen y firma el siguiente contrato con la casa Krupp:

Krupp se compromete a entregar en el término de 15 días, contados desde el día del pago de la tercera parte, del valor del contrato, los siguientes artículos:

- 8 cañones de campaña de 75 mm., con sus accesorios y piezas de repuesto.
- 8 cureñas de campaña de 75 mm., con sus accesorios.
- 8 armones de campaña con sus accesorios
- 8.000 obuses para estas piezas.
- 10.000 estopines cargados.
- 8.000 cargas de pólvora con doble embalaje.
- 1.000 kilogramos de pólvora para la carga del cañón.

Arneses para seis caballos de tiro y para el caballo del sargento, por pieza.

Cerrado el trato, el Ministro se trasladó a Hamburgo a fletar el vapor de 1.200 toneladas ofrecido por la Cosmos.

Pero en Hamburgo, la situación era distinta.

Los agentes peruanos que seguían los pasos de los señores Blest Gana y Morla, y derramaban el oro para sembrar dificultades en el camino, amenazaron a la Kosmos con hostilizar sus naves en la costa peruana.

El Director contestó a nuestro Ministro que las cosas habían cambiado con la intervención del Perú; pero que reuniría al Directorio. Este se negó al arrendamiento; el hecho de conducir elementos de guerra para Chile sería mirado como ofensivo para el Perú y exponía a la compañía a represalias que podrían ser su completa ruina, y si al principio cuando solo se trataba de Bolivia, se había creído aceptable la operación, era porque Chile ocupaba un territorio que creía pertenecerle.

El señor Blest Gana se dirigió a un fuerte armador de Londres, escribiéndole, que si puede fletar un vapor en las condiciones exigidas, para salir en 15 o 20 días, se sirviera venir a París para tratar el negocio.

La entrevista tuvo lugar a los dos días en la Legación, con este resultado:

Fletar un vapor para conducir pertrechos a Chile, costaría tanto como arrendar el mismo vapor por tiempo determinado, según práctica usual inglesa; las ventajas son evidentes, pues, el Gobierno dispone del vapor entero, puede utilizar sus servicios por el tiempo que sobre del viaje, y buscar un ahorro de gastos en el flete de retorno, porque la entrega del buque se efectúa en el mismo puerto en que se torna. El arriendo de un vapor de 1.316 toneladas de registro, que carga como 1.000 efectivas, para hacer viaje de ida por cuenta del Gobierno de Chile en 36 días o 40, por cuatro meses importaría 20 chelines por tonelada de registro al mes. En este precio se comprende la obligación del propietario de pagar de su cuenta las provisiones y los salarios del capitán, oficiales, tripulación e ingenieros, y también por el seguro ordinario del buque, siendo de cuenta del Gobierno arrendador el pago de carbón, derechos de faro, y demás gastos, respondiendo además del buque en cuanto a riesgo de guerra.

Hasta el 15 de Mayo nuestra Legación había recibido las siguientes órdenes de remisión:

3.000.000 cápsulas a bala Comblain.

2.000 vestuarios completos, con capotes, para infantería; y 4.000 camisas.

5.000 fusiles Comblain.

3.000.000 cartuchos a bala fusil Comblain.

1.500.000 fulminantes fusiles Guardia Nacional,

300.000 tiros a bala para ametralladoras Gattling de .45 pulgadas.

100 quintales pólvora para cañones de cargar por la boca.

100 quintales pólvora para cañón Krupp.

50.000 tiros a bala para ametralladora Gattling, llamada Canetgun, N° 106, construida por el fabricante Colt, en Inglaterra.

A estos encargos hay que agregar los siguientes del 17 de Mayo:

Del Ministro Varas: 5.000 fusiles Comblain.

Del Presidente Pinto: 10.000 Comblain; 6.000 vestuarios más; municiones escuadra, Flete un vapor, o cómprelo si anda más de siete millas.

Del general Urrutia: 6.000.000 cartuchos más sin cargar, Comblain.

De Balmaceda, nuestro Ministro en Buenos Aires. Doble cantidad municiones marina, pedida 3 de Marzo.

El señor Blest Gana había arrendado un yate para la señora Isidora Goyenechea de Cousiño, con la fianza de don C. L. a la P.S.N.C., al cual se había llevado la carga disponible.

Los agentes peruanos terciaron en el negocio; la compañía hizo fondear el buque, desembarcando la carga.

En vista de esto, aceptó la propuesta de arrendamiento del armador inglés, y se recibió del vapor “Glenelg”, que empezó a recibir carga en New Castle, con la rapidez necesaria para poder hacerse a la mar en los primeros días de Junio.

A la carga recibida en Inglaterra, se agregaron dos cañones Armstrong, que la casa deseaba fueran ensayados, y que podía comprarlos el Gobierno si los encontraba útiles.

El señor Blest Gana estaba listo para trasladarse con el “Glenelg” a Hamburgo, a embarcar el resto del cargamento, cuando recibió aviso del señor Morla Vicuña y de los agentes del vapor, que había peligro de detención en aquel puerto.

Los agentes del Perú asediaban a las autoridades y a los armadores, formulando numerosos reclamos.

Por esta causa, nuestro Ministro fletó un vapor chico para trasladar los armamentos de Hamburgo a New Castle, y transbordarlos al “Glenelg”. De esta manera, el buque podía zarpar rumbo a Valparaíso el 15 de Junio.

Pero los agentes peruanos no dormían. Hubo interpelaciones en la Cámara de Comunes acerca de los artículos de guerra que el Gobierno permitiría exportar, y pedían la dictación de reglas severas de neutralidad.

El fletador del “Glenelg”, después de una consulta con importantes abogados, no se atrevió a firmar el contrato, pues los propietarios del buque incurirían en fuertes multas si se llegaba a saber que el fletador era el Gobierno de Chile.

Propuso que un comerciante de los que conocidamente tienen negocios en la costa del Pacífico, propusiera el negocio, y se le aceptaría.

Nuevas diligencias; nuevos trámites; y nueva lucha por desbaratar los trabajos del enemigo, y hacer zarpar el “Glenelg” contratado hacía ya dos meses.

El señor Blest Gana consigue que firme el contrato la casa X y Cía., con lo que cree allanadas las últimas dificultades. Pero las autoridades del puerto exigen orden expresa del Ministerio del Interior para autorizar el zarpe y una fianza doble del valor declarado en el cargamento.

Se obtuvo el permiso ministerial, pero las autoridades aduaneras no encontraron bastante la fianza de la casa X y Cía., y exigieron otra firma. El señor Blest Gana presenta como cofiador al señor C. L. por 64.000 libras esterlinas, suma doble del valor del cargamento, apreciado en 32.000.

Al fin, después de pagar la comisión de fletamento, las primas a los agentes y las gratificaciones a cuantos intervinieron en debelar los trabajos de los peruanos, y, de perder de vista al “Glenelg” en viaje a Valparaíso, nuestro Ministro envió el siguiente cablegrama:

Londres, Julio 3.- Presidente de Chile.- Santiago.- Salió 25 de Junio atrasado autoridades inglesas; anda 10 millas. Toca Estrecho. Llegar 44 días. Blest.

Este despacho fué entregado al Presidente a las doce del 5, por la oficina del transandino.

El “Glenelg” salió del Clyde el 25 de Junio; empleando en el viaje 44 días, fondearía en Valparaíso el 8 de Agosto. El señor Blest Gana daba el itinerario preciso para que nuestras autoridades tomaran precauciones a su arribo al Estrecho, dado lo valioso del cargamento y la necesidad de armamentos y municiones.

Traía el “Glenelg”, además de unas 500 toneladas de materiales para telégrafos, muelles y aduanas, los siguientes elementos bélicos:

Dos baterías de artillería Krupp, de 75 con los respectivos armones y cureñas, 8.000 obuses, 10.000 estopines, 8.000 cargas de pólvora y 1.000 kilogramos de pólvora especial para estas piezas.

56 arneses completos de artillería de campaña, 50.000 tiros ametralladoras Gattling, 300.000 tiros para ametralladoras Gattling de marina, 1.500.000 fulminantes para la Guardia Nacional, 5.000

kilogramos pólvora para artillería de cargar por la boca, 2.000 uniformes de infantería, quepí, pantalón y chaqueta.

1.500.000 cartuchos cargados a bala para Comblain.

Varios cajones de granadas y metralla para artillería.

4.000 rifles Gras, marca Styer, Austria, nuevos, de cargar con cartucho Comblain.

Este rifle estaba en uso en el ejército francés.

144 Comblain genuinos, nuevos, de la 1ª entrega de los 10.000 contratados.

2 cañones Armstrong de nuevo sistema que envía la casa al Gobierno por vía de ensayo y a precio muy razonable.

Se embarcaron además, por cuenta de vendedores de armas, sin más compromiso que el pasaje libre de ida y vuelta, en caso que el Gobierno no aceptara la compra, dos lotes de armamentos:

Primer lote:

6.000 fusiles Chassepots, cañón largo a 30 francos

1.000 id. cortos, a 24.

1.500.000 cartuchos Chassepots, a 35 francos el mil.

2 baterías Krupp, de 80 mm., de seis cañones de campaña, con 1.000 tiros de obuses, metralla y granadas cada pieza, a 30.000 francos cada batería.

5 ametralladoras bávaras, con abundante dotación de municiones.

El armamento fué revisado por el comandante Lynch, en Hamburgo, y el vendedor se comprometía a transformar los 7.000 fusiles, una vez terminada la guerra, en sistema Comblain.

Segundo Lote:

1 batería de 8 cañones de campaña, seis Krupp, idénticos a los nuestros adquiridos en 1874, de 78,5 mm. y dos del mismo calibre de la fábrica Carlruhe, con las cureñas, carros y accesorios. Precio 1.600.000 libras.

2 ametralladoras completas, de 11 mm., a 200 libras c/u., = 400 lb.

Municiones.

91 cajas municiones y espoletas para todos los proyectiles, 414.12 libras.

30.000 cartuchos metálicos para las ametralladoras, a 96 sh. el ciento, o sean 240 libras.

Valor total: 2.654.120 libras esterlinas.

Los cañones y municiones eran de la misma clase de las adquiridas por el Gobierno en 1871. Pertenecieron al ejército de Westfalia, y así mismo las ametralladoras, hasta 1873, en que fueron enajenadas por no ser del calibre del ejército prusiano, adoptado para toda la confederación.

Como se vé, el buque conducía una carga preciosa y con su captura nos habría asestado un rudo golpe el enemigo.

Hemos dicho que el 3 de Julio, el señor Blest Gana comunicó a nuestro Gobierno la partida del “Glenelg”. El 4 por la mañana, el Cónsul del Perú en New Castle, señor W. H. Parker, da la misma noticia a la Legación peruana en Londres, la que inmediatamente la transmite a Paris a S. E. el Vicepresidente don César Canevaro, y a las Legaciones de Europa y América.

El señor Canevaro se dirige por cable al Cónsul Márquez en Panamá, para que transmita el aviso a Lima, y recomienda al Gobierno la captura del buque en el Estrecho de Magallanes. Por correo envía la fotografía del “Glenelg”, y la minuta del cargamento que conduce.

El peligro era inminente; pero el Gobierno de Chile vivía en el mejor de los mundos. El país, alarmado con la pachocha gubernativa, clamó en todos los tonos la necesidad de enviar buques al sur. Como una concesión a las exigencias populares, salió un transporte a Punta Arenas.

El Presidente de la República se mostraba enfadado contra la intuición popular de que se hizo eco la prensa, acerca de la posibilidad de que un buque peruano apresara al “Glenelg”; consideraba absurdo suponer un viaje de la “Unión” a Punta Arenas, puerto de recalada marcado a los transportes que nos traían armamento.

Altamirano, Intendente de Valparaíso, alarmado con el rumor público, de que la “Unión” había partido al sur, escribía al Presidente, pidiéndole que se enviara al “Cochrane” al golfo de Arauco a reforzar al “Loa”, por contemporizar, pues, si ocurría “una desgracia, el estallido sería espantoso”.

Con harto desagrado del Presidente, el almirante Goñi, comandante general de marina, envió al “Cochrane”, “Covadonga” y “Amazonas”, frente al golfo de Arauco. Traduciendo su mal humor, escribía el señor Pinto a don Rafael Sotomayor, refiriéndose al buque con armas: “A todo el mundo se le ha clavado en la cabeza que la “Unión” ha ido en su busca. Para protegerlo hemos mandado una escuadra al golfo de Arauco”.

Los hechos desmintieron el testarudo optimismo presidencial, pues la corbeta peruana “Unión” ancló en Punta Arenas, pocos días después de la partida del “Glenelg” a Valparaíso y muy poco antes de la llegada de otro transporte, el “Genovese”, con un importante cargamento de guerra.

Un pequeño adelanto en el itinerario de la “Unión” le habría dado al “Glenelg” y un ligero retraso, al “Genovese” que traía la siguiente carga:

10.000.000 tiros a bala.

3.000 fusiles.

3 ametralladoras.

Vestuario y paño para uniforme.

Pólvora y cobre para vainillas. Etc., Etc.

El señor Blest, anuncia por cable, que el “Genovese” había partido el 19 de Julio, vía Punta Arenas, y que el enemigo sabía el día de la salida, lo que implicaba el envío de una escolta al Estrecho.

La lección fué dura para el Presidente, que no volvió a oponerse a mandar escuadras, como decía con sorna, a encontrar a los barcos con armas. El almirante Goñi pudo así despachar al Estrecho, a escoltar al “Genovese”, al capitán don Jorge Montt, con el “O'Higgins” y “Amazonas”, en tanto el comandante don Enrique Simpson con el “Cochrane” y el “Itata” cruzaban a la altura del golfo de Arauco.

Tras los buques mencionados llegaron sucesivamente el “Belle”, bautizado después con el nombre de “Angamos”, armado con un cañón de nuevo sistema, de largo alcance, marca Armstrong; el “Marranéese” y el “Hilton Castle”, que acarrearon bastante armamento, municiones y equipo necesarios para la ruda campaña terrestre que preparaba el Gobierno. Y varias otras naves arribaron en el curso de la contienda.

Mientras tanto, el almirante se desesperaba en Iquique. Veía que los buques perdían fatalmente su eficiencia, debido a la actividad constante de los fuegos, sin base naval cercana para recorrer las máquinas o limpiar los fondos.

Las tripulaciones agobiadas por el trabajo abrumador de día y noche caían rendidas de fatiga con la agravante de que la salud de la gente se resentía con la alimentación de charqui, galletas y carne salada.

La Compañía Inglesa de Vapores suprimió la escala de sus naves en Iquique, lo que privó a la escuadra de correspondencia y víveres frescos del sur.

Los transportes proveedores llegaban de tarde en tarde con carbón y víveres; eran días de jolgorio, para estómagos ansiosos de carne fresca, verduras y frutas.

Se sabía que en la maestranza del ferrocarril de Iquique se armaban torpedos traídos de Europa, de suerte que la vigilancia se extremaba, especialmente de noche.

El comando peruano de la guarnición de Iquique tenía dos lanchas torpedos a vapor; de cuatro a cinco millas de andar, cubiertas con planchas de hierro armadas con dos torpedos Harvey en la proa, y granadas de mano.

El inglés Scott y el americano Shester mandaban una; la otra el inglés Scott-Moore, ingeniero del “Huáscar”, a contrata, con un ingeniero peruano, de segundo.

Más tarde, el 15 de Agosto, el comandante López, del “Blanco”, en una recorrida por Iquique, apresó en un vaporcito, en la boca del puerto, a Scott y a Shester.

Entre los papeles de los prisioneros se encontró el contrato celebrado con el Gobierno del Perú, en virtud del cual Scott recibía 10.000 libras por cada blindado que hundiera, y Shester 10.000 soles oro.

Ambos individuos quedaron en Antofagasta, como prisioneros de guerra.

La situación se tornaba insostenible. Después de consultarse con el general en jefe, el almirante telegrafió al Presidente Pinto la conveniencia de levantar el bloqueo. S. E. mandó la siguiente lacónica respuesta: “Imposible levantar el bloqueo”.

Aspecto curioso presentaba la posición del jefe de la escuadra: el Gobierno no disimuló su desagrado por el bloqueo de Iquique; ahora se enfadaba porque pedía levantarlo. Había causa para aburrir a un santo.

Para deslindar responsabilidad respecto a la rápida destrucción de los buques, el almirante pasa una nota con fecha 29 de julio, por duplicado, a la Comandancia General de Marina, y al Ministro Santa María, a la sazón en Antofagasta como representante del Gobierno.

Esta y otras notas del almirante vienen en el apéndice de este capítulo.

Alarmado el Ministro, pide autorización al Gobierno para levantar el bloqueo; obtiene la siguiente contestación: “No creemos conveniente levantar el bloqueo”.

Santa María vuelve a la carga; propone no ya la suspensión, sino que se le autorice para que los principales buques abandonen momentáneamente a Iquique y se dirijan a Arica, a batir en su fondeadero al “Huáscar”, “Unión” y “Pilcomayo”, ahí al ancla. Harían la expedición el “Blanco”, el “Cochrane” y la “Magallanes”, con el “Itata” de carbonero.

El almirante recibe con placer la fausta noticia; su anhelo es moverse, expedicionar y levantar el ánimo de las tripulaciones con la expectativa de pelear.

Tan bellas esperanzas se convierten en humo. El “Cochrane” recién llegado a Antofagasta, en lugar de dirigirse a Iquique, sale al sur, rumbo al Golfo de Arauco, a proteger con el “Itata” los transportes venidos de Europa con pertrechos de guerra.

Con esta noticia, coincide la descompostura de las máquinas de la “Abtao”, que se inmoviliza en el fondeadero.

El almirante no aguanta más. Sin consultar ni pedir venia a nadie, leva anclas el 2 de Agosto, con la “Abtao” a remolque y fondea en Antofagasta, en donde presenta a Santa María la renuncia de su alto cargo y la de todo su estado mayor.

La noticia causa profunda irritación en el Gobierno. Se acepta la dimisión del almirante y se habla de formarle proceso. En el Consejo de Gabinete del siguiente día, ya calmados los ánimos, se acuerda llamarlo a Santiago, “a dar cuenta de sus actos y en especial de la suspensión del bloqueo de Iquique. (Véase el apéndice).

El almirante se embarcó en Antofagasta el 12 de Agosto, con la salud quebrantada y el espíritu abatido por las contrariedades y la tenaz lucha que hubo de sostener con la administración, para obtener los pedidos necesarios al servicio de la escuadra; y para ahogar ciertos gérmenes de indisciplina provocados por la prensa, que publicaba largos artículos de sus corresponsales en la armada, oficiales descontentos que herían al almirante escudados por el anónimo.

El personal granado de la marina estaba con él; muchos habían sido compañeros en la campaña del 38-39, como el almirante don José A. Goñi; los comandantes don Patricio Lynch, don Ramón Cabieses, y don Buenaventura Martínez; y, el capitán don Domingo Salamanca, su mayor de órdenes.

En 1866 estuvieron bajo su mando, los entonces tenientes 1º Manuel E. Thompson y Emilio Errázuriz; los 2º Juan Esteban López y Aureliano Sánchez; y los guardias marinas Arturo Prat, Juan José Latorre, Jorge Montt, Carlos Condell, Emilio Valverde y el ingeniero Jorge Titus.

Todos estos brillantes jefes tenían veneración por el almirante; pero, disciplinados y patriotas, callaban ante las injusticias gubernativas.

Las órdenes confidenciales y secretas de a bordo, resultaban comentadas en los diarios de Santiago y Valparaíso, y no siempre con verdad y con justicia.

No se diga, para paliar tan grave cuestión, que se trataba de oficiales jóvenes e inexpertos. El mismo don Rafael Sotomayor, secretario general de la armada, comunicó a Arturo Prat la marcha de la escuadra al Callao, hecho que el almirante guardaba en absoluta reserva, y del cual noticiaba a Prat en pliego cerrado y lacrado, que debía abrir dos días después de su partida de Iquique.

Algunos profesionales, y el historiador señor Bulnes, califican de error estratégico el bloqueo de Iquique; se muestran partidarios del ataque a la escuadra enemiga fondeada en el Callao, bajo los fuegos de sus fortalezas. No toman en cuenta que el almirante se encontraba entrabado para expedicionar contra dicha plaza por razones técnicas y políticas de primordial importancia.

El movimiento sobre el Callao le alejaba 1.306 millas en derechura y 1.470 a lo largo de la costa, de Valparaíso, su base naval única, de donde debía surtirse de personal, material y víveres, y sobre todo de combustible

La extensa línea de comunicaciones quedaba entregada a los buques ligeros enemigos, cuya velocidad los habilitaba para cortarla, capturando o persiguiendo los transportes de aprovisionamiento.

La heterogeneidad de los buques chilenos anuló la eficiencia de los buenos; el ingreso de cascarones como la "O'Higgins", "Chacabuco", "Esmeralda", "Covadonga", "Abtao" y "Toltén", lejos de prestar mediano concurso, imposibilitaban todo movimiento rápido de conjunto.

La absoluta carencia de transportes para la conducción de carbón, impedía a la escuadra una operación lejana que demandara tiempo; al romperse las hostilidades, contó únicamente con el "Matías Cousiño", para carbonero, una vez que volvió a tomar bandera chilena. Una descompostura de la máquina o su apresamiento, por el enemigo, dejaba a la escuadra sin combustible. Sólo mucho después adquirió el Gobierno el "Amazonas", comprado a la P. S. N. C. y los vapores de la Sud-Americana arrendados a contrata, para carga, aunque después se transformaron algunos en transportes armados en guerra.

Si el Gobierno dispone que el "Blanco", "Cochrane" y "Magallanes", únicos barcos eficientes, con el carbonero "Matías" maniobren sobre la costa del Perú, en el sector Callao -Arica, una vez establecida una base bien provista, artillada en Mejillones, como lo pidió con insistencia el almirante, las naves peruanas se habrían abstenido de sus correrías en las costas chilenas, salvo que hubieran resuelto empeñar una acción decisiva cuyo resultado no era dudoso para nosotros.

Ahora, aquello de ir a echar a pique a la armada enemiga bajo las baterías chalacas, está bueno como tema lírico. Desde que Lavalle se embarcó para nuestro país a las célebres conferencias de la Moneda, en que negó la existencia del tratado secreto que llevaba en el bolsillo, el Ministerio de Marina puso en pie de guerra las defensas seculares del Callao, cuyas obras desafían a los más poderosos cañones. Los castillos se alzaban enhiestos, la artillería gruesa guardada en casas matas, ocupó nuevamente su lugar en las baterías. Sólo hubo que aumentar la dotación del personal, para ponerse en estado de repeler cualquier duelo a cañonazos, ya que no se trataba de un desembarco para atacar las fortalezas por el lado de tierra.

Los jefes y oficiales chilenos que visitaron los fuertes en 1881, y vivieron en el Real Felipe durante la ocupación, pudieron cerciorarse de visu y darse cuenta por el testimonio de extranjeros imparciales, del potente estado defensivo de las fortificaciones el 5 de Abril de 1879, fecha de la declaratoria de guerra.

El almirante don Patricio Lynch quiso dismantelar el Callao, para evitar contingencias futuras. Comisionó al efecto al entonces capitán de ingenieros don Enrique Munizaga, para que en unión de otros oficiales del arma y de artillería, inspeccionara las obras, ejecutara trabajos preliminares y confeccionara el presupuesto de los desembolsos necesarios para arrasar de cuajo las defensas.

El capitán ordenó cavar piques, chiflones y frontones por mineros escogidos de la guarnición, y después de numerosas exploraciones a pólvora y dinamita presentó sus cálculos al general en jefe. Demostraban éstos con evidencia matemática, que la voladura de las defensas sólidas demandaban un gasto únicamente en explosivos, superior a veinte millones de soles oro. El almirante desistió de la empresa.

El nuevo Ministerio entró en funciones el 20 de Agosto, con el siguiente personal: Interior don Domingo Santa María, Relaciones Exteriores don Miguel Luis Amunátegui, Guerra y Marina don Rafael Sotomayor, Hacienda don Augusto Matte, y Justicia, Culto e Instrucción Pública don José Antonio Gandarillas, que tomó a su cargo las carteras de Guerra y Marina durante la permanencia en campaña del titular señor Sotomayor.

La gestación ministerial fué bastante laboriosa, debido a las influencias sordas puestas en juego, por los amigos de los presuntos candidatos señores Santa María y Sotomayor.

Las camarillas de politiqueros, no obstante la situación de guerra, no interrumpían las intrigas de bastidores.

Los hombres más conspicuos deseaban un Ministerio nacional, dedicado únicamente a dirigir la campaña, sin preocupaciones internas y sin dividir a la familia chilena. Así pensaban Sotomayor, Varas, Hunneus, Altamirano, Dávila Larraín y demás ciudadanos de su talla.

El precedente Pinto, azuzado por Santa María, se negó en absoluto a dar participación en el Gobierno a los conservadores, de los cuales le separaba un profundo rencor, que no modificó la situación de la patria en peligro. Con todo, los conservadores colaboraban a las medidas de Gobierno con hondo patriotismo, en el Parlamento, en los puestos administrativos de responsabilidad, en las comisiones patrióticas que organizaban servicios nuevos, exigidos por la guerra, como ambulancias, hospitales, asilos de huérfanos, etc.

¿Por qué fomentaba Santa María el distanciamiento entre S. E. y los conservadores?

Recelos de candidato: el general en jefe del ejército militaba en este partido; con la participación en el Gabinete, podía esta fracción política tomar una posición demasiado poderosa, después de una victoria obtenida por el general Escala.

Pero, debemos constatar en honor de la verdad; todos los Ministros y el Presidente trabajaron perfectamente unidos para impulsar las operaciones de la campaña próxima a emprenderse.

El almirante Williams, a su regreso a Santiago, tuvo la franqueza de manifestar al Ministro Gandarillas el estado deplorable en que se encontraban los buques de la escuadra y su opinión de que si no se reparaban cuanto antes, la inutilización absoluta, especialmente de los blindados, estaba próxima.

El Gobierno hizo honor a la afirmación del viejo marino, y procedió a la reconstrucción (tal es la palabra) de todas las unidades de guerra.

Ardua se presentaba la reparación de los blindados; para recorrer las máquinas y cambiar la tubería de las calderas, se precisaba apagar los fuegos, situación peligrosa ante la audacia del "Huáscar", dotado de botes torpedos de último sistema, adquiridos a todo costo en Europa, y con personal técnico extranjero, contratado a peso de oro, y con fuertes primas por cada nave chilena echada a pique.

Se estudió la posibilidad de entrar un blindado al dique, pero no se encontró profesional que garantizara la operación. No podía confiarse al azar la existencia del “Cochrane” o del “Blanco”, en las solemnes circunstancias del momento.

El Gobierno optó por reparar primero al “Cochrane” en Valparaíso, bajo la protección de los fuertes ya bien artillados y dotados de guarnición instruida, y de una línea de lanchas provistas de torpedos, ligadas por fuertes cadenas, y defendidas por empalizadas a flor de agua.

El señor Gandarillas, Ministro de Marina, se traslada al puerto a activar los trabajos que vigila en unión del almirante Goñi y de don Vicente Dávila Larraín. Un centenar de buzos limpia los fondos; cuadrillas de mecánicos recorren las máquinas. Destapadas las calderas, se encuentran obstruidos 1.200 tubos, de los 1.800 de dotación. Las maestranzas del ferrocarril, de Caleta Abarca, Limache, y otras de menor importancia, trabajan día y noche en limpiar, componer y rehacer la tubería y fabricar remaches.

Gandarillas, Goñi, Dávila y Valparaíso entero contemplan a diario la mole del “Cochrane”, tendida sobre un costado, sujeto por anclas poderosas, en situación tan delicada que parece próximo a darse vuelta.

Limpio, raspado y pintado de un lado, se le tumba por la otra banda y se repite la operación. La multitud nerviosa hace la guardia en el malecón, relevándose día y noche, como para preservar al buque de una sorpresa.

Al terminar la primera quincena de Septiembre, un suspiro de satisfacción se escapa de todos los pechos; el “Cochrane” se pone en movimiento y va a amarrarse a la boya, enteramente remozado, con nueva dotación de ametralladoras y focos eléctricos para rechazar los ataques de torpedos.

La prueba de las máquinas constituye una fiesta, a que asiste S. E. el Presidente de la República y numerosos invitados.

La alegría sube de punto cuando el buque desarrolla doce millas durante tres horas, noticia recibida por el público porteño con explosiones de júbilo que contagian a todo el país.

Sigue después la restauración de las corbetas, cuyas calderas fabrican las maestranzas nacionales. Las mudó primero la “O’Higgins” y después la “Chacabuco”. La “Magallanes” entró al dique a limpiar los fondos y recorrer las máquinas.

Le toca su turno al “Blanco”, que se presenta en lastimoso estado, con un andar disminuido en tres millas. La reparación se efectúa en Mejillones por la tranquilidad de las aguas.

Antes de apagar los fuegos, se toman minuciosas precauciones: el “Cochrane” y la “Magallanes” hacen la guardia de la bahía; una línea de botes ronda alrededor del buque, impidiendo todo acceso; y dos baterías de campaña bien atrincheradas, están listas en tierra para repeler cualquiera intontona de los torpederos enemigos.

Cuadrillas de obreros mecánicos y buzos llevados de Valparaíso, proceden a desarmar la máquina y a destapar las calderas. Aquello es un horror. De los 1.800 tubos, apenas 300 funcionan normalmente, los demás se hallan obstruidos. Se procede a cambiar por inútiles en la casi totalidad, los conductores de vapor, los condensadores, las cajas de estopa de los cilindros y las planchas que cubren los fogones. Las válvulas de fondo se encontraban obstruidas.

Se trabaja duro y parejo. Las reparaciones terminan con el mes de Septiembre, aunque naturalmente se resienten de la falta de materiales y de piezas de repuesto. Efectuada la prueba, las máquinas imprimen un andar un poco superior a nueve millas, resultado satisfactorio dada las circunstancias de la reparación.

La opinión pública, al conocer tales hechos, da un voto de indemnidad al almirante Williams, por haber sostenido a flote a este hospicio de naves.

La renovación del material trajo como consecuencia el cambio del personal en los altos puestos; el capitán de puerto de Valparaíso, capitán de navío graduado don Galvarino Riveros, recibe el mando del “Blanco, junto con la jefatura en jefe de la escuadra. Hijo de Chiloé, tuvo por padre a don José

Antonio Riveros, bravo capitán de la compañía de granaderos del batallón 4 de Chile, que escaló el fuerte Pudeto el 14 de Enero de 1824, a la vista del coronel don José Santiago Aldunate que mandaba las compañías asaltantes. Por su madre doña Mercedes Cárdenas descendía del teniente coronel realista don Lorenzo Cárdenas, vencedor en Mocopulli, a las órdenes del célebre gobernador Quintanilla.

El 20 de Noviembre de 1843 se incorporó a la Academia Militar, el 20 de Marzo de 1848, cargó los galones de guardia marina en la “Chile”, viejo barco escuela de nuestra armada.

Viajó por los mares de California y Australia en el buque de guerra francés “Poursuivante”, a las órdenes del almirante Legoumet; en seguida marchó en comisión a Europa.

Ascendió a teniente en 1851, a capitán de corbeta en 1859, a fragata en 1866 y a navío graduado en 1876. A la fecha de su designación como jefe de la escuadra, contaba con 35 años de servicios.

Al embarcarse en Valparaíso, numerosos amigos fueron a despedirlo al muelle. Sin afectación, sanamente, les expresó sus sentimientos en las siguientes palabras:

“No he pretendido embarcarme, pero cuando el Supremo Gobierno me llama al servicio activo y me encomienda un cargo de tan grave importancia, mi deber de marino y de ciudadano chileno me obliga a abrazarlo y a no pensar en otra cosa que en triunfar o en morir en defensa de nuestra amada patria. Haré los esfuerzos más supremos porque nuestro immaculado pabellón resplandezca cual radiante sol en América; y si por desgracia sucumbo en la refriega, les quedará a mis conciudadanos la satisfacción de que he muerto cumpliendo con mi deber”.

Y después, cuando descendía al bote, deslizó al oído de su amigo don Mariano Casanova, gobernador eclesiástico, las siguientes palabras: “Si no vuelvo, consuele a mi excelente esposa. Por fortuna, no tengo hijos”.

Y se marchó, llevando en la cartera las instrucciones del Ministro Santa María, que daban al secretario don Eusebio Lillo, casi tanta, autoridad como el almirante de la flota. Siempre Santa María, afanoso por levantar a los civiles sobre los uniformes.

Las instrucciones, que comprenden 15 artículos, se condensan en dos objetivos: primero, destruir la escuadra enemiga; segundo, proteger el convoy, que llevará al Perú al ejército chileno.

Entre los quince puntos descuellan tres, que traducen el pensamiento de Santa María, siempre preocupado de hacer compartir con los civiles las responsabilidades y la gloria del comando en jefe.

Dice el artículo 5º.- Antes de atacar V. S. a los buques peruanos que se encuentren en algún puerto fortificado, y siempre que tuviera que intentar alguna operación marítima riesgosa que pueda comprometer la suerte de uno o de varios de nuestros buques, V.S. reunirá un consejo de guerra compuesto de todos los jefes que tienen el mando de los respectivos buques y del secretario de V. S. En este consejo, como en cualquier otra reunión en que el secretario tendrá siempre voto consultivo, se levantará un acta en la que se consignarán, pero precisas, las opiniones emitidas por cada uno de dichos jefes y la resolución adoptada por V. S. Tiene V. S. en este consejo voto resolutive.

Art. 12º.- En los actos de esta naturaleza, (bombardeos) que por sus resultados puedan afectar los intereses neutrales, como en todos aquellos otros que tengan un carácter de indisputable gravedad, V. S. procederá de acuerdo con el secretario, a quien se entrega también un ejemplar de estas instrucciones.

Art. 15º.- Es entendido que V.S. tiene libertad para obrar, modificando las presentes instrucciones, siempre que los acontecimientos de la guerra o sucesos imprevistos así lo exigiesen. En tal caso si la determinación que V. S. tomase, fuera de notoria gravedad, procederá V. S. en la forma determinada en el Art. 5º.

El comandante Latorre recibe el mando del “Cochrane”, al cual se traslada con toda la tripulación de la “Magallanes”, desde su segundo hasta el último grumete, con los cuales adquirió merecida gloria en Chipana, batiéndose contra la “Unión” y la “Pilcomayo”, y en Iquique, luchando a tiro de escupo con el “Huáscar”.

El Gobierno deseaba obrar con energía, llevando las operaciones al territorio peruano, y sellar la actividad con un hecho de armas resonante.

El dinero escaseaba para los ingentes gastos del ejército y armada; las arcas fiscales no podían soportar mucho tiempo más las pesadas cargas de la campaña. La Argentina se mostraba exigente y presionaba para un arreglo próximo de la cuestión de límites. Varios países extranjeros perjudicados en el comercio de sus connacionales, deseaban una intervención más o menos disimulada, y echaban una mirada a Norte América, cuyo Gobierno busca coyunturas favorables para inmiscuirse en los asuntos sudamericanos, y hacer sentir el peso de su hegemonía, sea como madrastra o hermana mayor de las jóvenes nacionalidades hispano-americanas.

Urgía pues, expedicionar al Perú, estuviera o no libre la ruta marítima; y para ello, determinó el Gobierno consultar la opinión de los jefes del ejército y armada, acerca de los siguientes puntos:

1° Si sería posible sin grandes riesgos, efectuar, aun sin estar destruidas las naves peruanas, la expedición terrestre.

2° Qué medios de seguridad debían adoptarse para el caso de que los buques peruanos pretendieran atacar el convoy.

3° Qué medidas debían tomarse para la persecución de los buques peruanos que vinieran a las costas del país, sin disminuir la seguridad del ejército.

Don Rafael Sotomayor, Ministro de la Guerra, convocó a consejo a los generales don Erasmo Escala y don Manuel Baquedano, general en jefe y comandante de la caballería respectivamente; al jefe de Estado Mayor General, coronel don Emilio Sotomayor; al jefe de la escuadra, capitán de navío don Galvarino Riveros; a los comandantes de buques, capitanes don Manuel Thompson y don Jorge Montt; al mayor de órdenes de la escuadra don Luis A. Castillo; al secretario del ejército don José Francisco Vergara, y al de marina don Eusebio Lillo.

Como se ve, era una asamblea seria, y no un conjunto de doctores como los consejos de guerra de Santa María.

El Consejo acordó:

1° Ejecutar la expedición al Perú, aunque no estuviera destruida la flota enemiga, con tal de que el convoy fuera escoltado por toda la escuadra.

2° Enviar a Arica al grueso de nuestros buques a intentar el hundimiento del “Huáscar” y “Unión”, que se creían en dicho puerto.

3° Dejar de mano la expedición al Callao.

El Gobierno aprobó las decisiones del Consejo, y quedó resuelta la expedición al norte, para el 10 de Octubre.

El Gobierno reforzó las fuerzas de Antofagasta con 4.500 plazas, embarcadas en ocho transportes, bajo la custodia del “Cochrane”, ya remozado y de la “O’Higgins”, con calderas nuevas.

El almirante Riveros iza su insignia en el “Blanco”, el 28 de Septiembre, en Mejillones, lugar de concentración de nuestros buques.

El consejo de Antofagasta había dispuesto el viaje de la escuadra a Arica; el almirante solo tenía que hacer señales y partir.

Don Rafael Sotomayor se traslada a Mejillones y convoca a su presencia al comandante Riveros, a los jefes de buques, al 2° del “Blanco”, capitán don Guillermo Peña, al mayor de órdenes capitán don Luis A. Castillo y al secretario don Eusebio Lillo.

El Ministro resumió las instrucciones en tres puntos capitales:

1° La escuadra entrará de noche a Arica a torpedear al “Huáscar”; si fallan los torpedos, echará a pique al “Huáscar” a cañonazos.

2° Si el monitor no se encuentra en Arica, enviar al Callao al “Cochrane”, con la “O’Higgins” y “Loa” para batirlo, mientras el “Blanco” con los demás buques vuelve a Antofagasta.

3º Ejecutar reunión general en este puerto el 15 de Octubre.

Riveros zarpa de Mejillones a las dos de la mañana del 2 de Octubre, en circunstancias que veinticuatro horas antes, el 1º del mes, el almirante Grau con el “Huáscar” y la “Unión”, abandona a Arica rumbo al sur.

Poco antes del amanecer del 2, chilenos y peruanos se cruzan sin verse, como ocurrió al almirante Williams, en su viaje al Callao; eso sí, que las censuras prodigadas a éste por no haber topado al enemigo, no se repitieron esta vez contra Riveros, comprendida la injusticia.

Los buques peruanos pasaron frente a Mejillones a las siete y media de la mañana. El almirante peruano iba tras de los transportes que habían partido de Valparaíso con 4.500 hombres, por lo cual fué costeando de Antofagasta al sur. Navegó barajando la costa hasta Coquimbo, cuya bahía recorrió en la noche del 4, poniéndose al habla con el buque americano “Pensacola”, al ancla en el puerto. Al amanecer, Grau sigue acercándose a Valparaíso, registrando la caleta de Lagunillas y el puerto, de Tongoy, de donde regresa al norte en la noche del 6.

Riveros por su parte llega el 5 a Arica, en donde no divisa sino a la “Pilcomayo”.

Según las instrucciones de Sotomayor, debía enviar a Latorre al Callao, con el “Cochrane”, “O'Higgins” y “Loa”; pero como por unos pescadores supo que los buques peruanos habían marchado al sur, ordenó a Latorre dirigirse rectamente a Mejillones, a donde le siguió horas después.

Si el comandante en jefe se ciñe a las órdenes del Ministerio de la Guerra, no habíamos tenido a Angamos.

Pero Riveros era, jefe, y supo honrar su puesto, con una decisión rápida.

Latorre fondeó en Mejillones el 6 de Octubre y Riveros el 7.

Apéndice al capítulo XV.

Núm. 356.- Comandancia General de la Escuadra.

A bordo del blindado “Blanco Encalada”, Rada de Iquique, julio 28 de 1879.

Señor Ministro:

En mi carácter de comandante en jefe de la escuadra con que se sirvió honrarme S. E. el Presidente de la República, y encargado como tal de su conservación y seguridad, me creo en el indeclinable deber de poner en conocimiento de V. S. para su superior resolución, las consideraciones que paso a exponer, y que espero fundadamente serán atendidas por V. S. en vista de su importancia.

Principiaré por llamar la atención de V. S. a la situación excepcional en que se encuentra actualmente la sección de la escuadra que bajo mis órdenes bloquea a este puerto, situación difícil por la absoluta incomunicación en que se halla con el resto de la República, con motivo de la supresión de los viajes de los vapores de la carrera que antes tocaban en este lugar, y la falta de servicio de transportes que podían subsanar esta dificultad. Hace ya 16 días a que no tengo la menor noticia del Sur, y aunque al amanecer de hoy cruzó el vapor “Colombia” precedente de Valparaíso, no hallé en él comunicación oficial alguna.

En las graves circunstancias porque travesamos, esta falta de comunicación es tanto más lamentable cuanto que la 2ª División de la escuadra, encargada de la defensa de Antofagasta, se encuentra diseminada al Sur hasta Valparaíso, sin que tenga noticia de la causa de tales movimientos.

No se ocultará a V. S. que este estado de aislamiento me coloca en una situación bien difícil; sin noticias del Gobierno, del general en jefe del ejército, de los buques destacados al Sur, ni de los movimientos de los buques enemigos, a los cuales pudiera, hostilizar en ciertos casos, sabedor de su situación.

En el estado a que han llegado las cosas, el bloqueo de Iquique se va haciendo insostenible; por falta de combustible, que está ya al agotarse, sin que haya hasta ahora como reponerlo; por el constante

uso de las máquinas y calderos de los buques, obligados a estar siempre en movimientos, a fin de evitar la aplicación de torpedos que se nos han lanzado en dos ocasiones. A este propósito, he sido informado últimamente por personas que me merecen crédito, que se tienen preparados nuevos torpedos, más seguros y perfectos para destruir a nuestras naves, y para precaverse de sus desastrosos efectos, es forzoso mantener las máquinas en mayor trabajo, y, por consiguiente, con mayor deterioro, y aumentar el servicio de vigilancia constante que impone a la tripulación un recargo de fatiga, cuyos efectos se hacen ya sentir. Por otra parte, el roce continuo de las máquinas exige que se les dé un descanso para reconocerlas y poder renovar sus válvulas y empaquetaduras; y ya que nuestros buques han mantenido sus máquinas encendidas, funcionando diariamente desde antes de mi incorporación a la escuadra, este descanso se hace tanto más imperioso cuanto que de no efectuarlo, podría suceder que alguno de los buques quedase de repente imposibilitado para moverse.

Antes de concluir, debo hacer notar a V. S. que las infinitas dificultades que me rodean, aumentan aun con la incertidumbre con que a menudo me encuentro, respecto a los movimientos que efectúan los buques, que separados de la escuadra en comisión especial, se destinan en ejecutar otras comisiones sin mi noticia y en contravención a mis órdenes, exponiéndolos a correr serios peligros, como sucedió con la cañonera “Magallanes”, haciéndola salir de Antofagasta para Iquique, en cuyo viaje salvó milagrosamente de ser capturada por las corbetas peruanas; con el “Toltén”, enviándolo al departamento; y dos veces con la “Chacabuco”, exponiéndola a los mismos peligros.

Terminaré manifestando a V. S. mis temores acerca de los movimientos de los buques de la 2ª división, los cuales pueden redundar en beneficio de los planes del enemigo, que tengo la seguridad se dirijan al Sur, persiguiendo los fines que dejo indicados. –

Dios guarde a V. S. *Williams Rebolledo.*

Núm. 363.- Comandancia General de la Escuadra. En la Mar, frente a Tocopilla, Agosto 3 de 1879.

Señor Ministro: El vapor “Abtao”, ha sufrido una descompostura en su máquina que la inutiliza para funcionar, y como esta avería no se puede reparar con los elementos de que se dispone a bordo, este buque queda en situación de no poderse mover. Esta circunstancia, junto con las otras dificultades, me han obligado a suspender el bloqueo de Iquique y a dirigirme al Sur con los buques de esta división, teniendo el “Abtao” que ser remolcado por el transporte “Limarí”, y muy posible hasta Valparaíso, a fin de ganar tiempo para proceder a la brevedad posible a efectuar las reparaciones que urgentemente exige el mal estado de las máquinas de los demás buques. De este modo quedarán listos para continuar la campaña, la cual confío que será más eficaz que hasta ahora, pues ya no habrá que atender al bloqueo que embarazaba los movimientos de una y a veces de ambas divisiones.

Además, la 1ª división queda en Antofagasta; mientras están terminadas las reparaciones, puede ser utilizada en defender los puertos del Sur, convoyar a su regreso los transportes que deberán emplearse en la movilización del ejército u otros fines, que pudieran sobrevenir en el curso de los acontecimientos.

Antes de terminar, debo hacer presente a V. S. que, habiendo cesado el bloqueo de Iquique, conviene suspender desde luego todo envío de transporte a ese puerto.-

Dios guarde a V. S. *J. Williams Rebolledo.*

Núm. 367.- A bordo del “Blanco Encalada”, Antofagasta, Agosto 4 de 1879.

Señor Ministro: Con esta fecha, comunico al señor Ministro de Relaciones Exteriores y Delegado del Supremo Gobierno lo que copio:

“Tengo el honor de participar a V. S. mi arribo a este puerto con la primera división de la escuadra, compuesta de los buques “Blanco”, “Magallanes” y “Abtao”, después de haber sido compelido a abandonar el bloqueo de Iquique, que, como tuve el honor de manifestar a V. S. en mi nota de 28 del mes ppdo., se hacía va insostenible por las causas que en ellas expresaba a V. S.

Hoy, señor Ministro, aquellas han aumentado con la completa inutilización de la máquina del vapor “Abtao”, que no puede funcionar, lo que coloca a este buque en una situación peligrosa que compromete su seguridad, viéndome por lo tanto, obligado hacerlo remolcar desde Iquique a este puerto por el transporte “Limari”.

Respecto del “Blanco” y “Magallanes”, sus comandantes me hacen presente que necesitan urgentemente algunos días de descanso para proceder, sin pérdida de tiempo, a efectuar en ambos, particularmente en la “Magallanes”, las reparaciones que exigen sus máquinas, cuyo trabajo no puede practicarse sin peligro mientras dure la comisión que hoy desempeñan. Con estos elementos era, pues, absolutamente imposible mantener por más tiempo el bloqueo, sin exponer a los buques de esta división a los peligros consiguientes a la situación en que se encuentran, obligados a un continuo movimiento para evitar la aplicación de torpedos que, en buen número y de sistemas perfeccionados posee el enemigo, los cuales aun con mal éxito, ha empleado ya en dos ocasiones como lo manifesté a V. S. en mi citada comunicación; así es que, a pesar de mis instrucciones, he preferido suspender el bloqueo antes de tener que deplorar la destrucción de alguno de estos buques, muy particularmente el “Abtao”, incapaz de rechazar un ataque por falta de movilidad, con motivo de la descompostura de su máquina. Aparte de esta circunstancia y de los inconvenientes que he tenido el honor de manifestar a V. S. en mi recordada nota, que como yo calificara a V. S. de graves, debo repetir a V. S., en apoyo de mi determinación los hechos siguientes, que vienen, a justificar el procedimiento que me he visto obligado a adoptar:

1° La completa incomunicación en que, desde 17 días me encontraba con el resto de la República, sin poderme comunicar con V. S. con el Gobierno, ni con la Comandancia General de Marina, falta de comunicación que, aparte de las graves consecuencias que puede tener en estos momentos, me impedía también hacer notar las urgentes necesidades de los buques, y, por consiguiente, que fueran oportunamente atendidas, como ha sucedido en efecto; y sin que se recibiera noticia alguna, a pesar de haber comunicado con tres vapores de la carrera, todos procedentes del Sur.

2° La falta de combustible, sin que hubiera como reponerlo, pues el día 2 del actual, que abandoné a Iquique, apenas se tenía a bordo la dotación incompleta y el del transporte “Limari”, destinado al servicio de la escuadra, se había agotado.

3° La escasez de víveres, sin que tampoco hubiera como reponerlos, pues, según los estados de fuerza de los buques, el “Abtao” solo tiene para cinco días, para ocho la “Magallanes” y para 15 el “Blanco”.

Limitándome, pues, señor Ministro, a los puntos que dejo indicados y proponiéndome manifestar reservadamente a V. S. otros de no menos importancia, espero que esta medida sea de la aprobación de V. S., fundada, como está, en la imposibilidad de continuar el bloqueo, sin comprometer la seguridad de los buques, de los que, en gran parte, depende hoy el buen éxito de la presente guerra.

Para terminar, prevendré a V. S. que con esta misma fecha transcribo al señor Ministro de Marina el contenido de la presente comunicación, para conocimiento del Supremo Gobierno.

Lo que comunico a V. S. para los fines que dejo indicados. —
Dios guarde a V. S. *J. Williams Rebolledo*”.

Señor Ministro: Con esta fecha comunico al señor Ministro de Relaciones Exteriores y Delegado del Supremo Gobierno en Antofagasta, lo que sigue:

“El mal estado de mi salud, reagravada últimamente por las malas noches y, lo mal sano del buque, me inhabilitan por completo para continuar al mando de la escuadra; por otra parte, distribuida ésta en dos divisiones, formadas por un blindado y de una corbeta, se hace innecesaria mi presencia y la de mi estado mayor a bordo, siendo más bien un inconveniente para la dirección y movilización de los buques de los directores de la guerra.

Por todas estas consideraciones, ruego a V. S. que, en virtud de las facultades que tiene, se sirva desembarcarme para regresar al departamento para medicinarme.

Lo que me permito comunicar a V. S. en previsión de que el señor Ministro Delegado del Supremo Gobierno en Antofagasta no se creyera autorizado para acceder a lo que solicito, se sirva V. S. recabar de su S. E. el favorable despacho de la presente petición en la forma que solicito, por considerarlo así más conveniente a los intereses del Estado. –

Dios guarde a V. S.-

J. Williams Rebolledo.

TELEGRAMA

(Recibido en Antofagasta a las 2 P. M.)

Santiago, Agosto, 5 de 1879.

En la primera oportunidad se vendrá V. S. a Santiago para dar explicaciones de sus actos, en especial de la suspensión del bloqueo de Iquique; mientras tanto tomará el mando de la División de la Escuadra que existe en Antofagasta, el jefe a quien corresponda.-

B. Urrutia. - Al comandante en jefe de la escuadra don Juan Williams Rebolledo.

CAPÍTULO XVI.

Preparativos terrestres hasta la batalla de Angamos.

El general Escala, sucesor de Arteaga, siguió la misma norma desarrollada por éste en el mando supremo, pues ambos pertenecían a la misma escuela de trabajo, de disciplina y de obediencia absoluta al generalísimo, o sea, al Presidente de la República.

Nada cambió en el régimen militar establecido. Las academias de jefes continuaron día por medio en el Estado Mayor General; los capitanes y subalternos asistían diariamente a clase de ordenanza y táctica en la mayoría del cuerpo; la tropa se ejercitaba desde la mañana a la noche en ejercicios prácticos; y desde la retreta hasta el toque de silencio en estudios teóricos de tiro, toques de corneta, obligaciones de cada grado, deberes del centinela y de la imaginaria, recepción de ronda, jefe de servicio, y mil otros conocimientos necesarios a clases y soldados.

Como el batallón de infantería constituía la unidad táctica del arma, desde el almuerzo hasta la comida maniobraban los batallones a cargo, respectivamente del 2º jefe el 1er batallón, y del 3º el 2º. En circunstancias especiales, salía el comandante con el regimiento completo para pulsar el estado de instrucción de su cuerpo. jefes y oficiales ponían sus cinco sentidos en la ejecución de las órdenes, porque esos venerables jefes encanecidos en las filas, no toleraban la más ligera incorrección.

“¡Quién se mueve!” gritaba en un momento dado el comandante; mil doscientas estatuas quedaban clavadas en su sitio.

Los capitanes instruían por la mañana a sus compañías, en especial en la guerrilla inglesa, o el desorden ordenado para el combate.

Los jefes de artillería y caballería ejercitaban así mismo a sus unidades tácticas, la batería y el escuadrón (dos compañías).

El general Escala desde la diana visitaba los cuarteles, presenciaba los ejercicios, revistaba el hospital y ambulancias, probaba el rancho y asistía al despacho de recetas en la ambulancia Valparaíso, donde el doctor Martínez Ramos estableció un policlínico gratuito para el pueblo. Todo lo veía, todo lo observaba, preparando la gente para la próxima expedición.

El Ministro de la Guerra en campaña desarrollaba igual actividad; procuraba reunir cuanto antes los elementos necesarios a la campaña, sin tregua, ni descanso.

El Gobierno efectuaba una múltiple tarea, en todas sus esferas de acción.

Los principales puertos estaban a cubierto de cualquier intentona enemiga. Una comisión compuesta del general don José Francisco Gana, del capitán de navío don Patricio Lynch, del comandante de ingenieros don Tomás Walton, del teniente coronel de artillería don Benjamín Viel y del mayor de ingenieros don Eleazar Lezaeta, había puesto en estado de defensa a Antofagasta, para proteger las máquinas resacadoras de agua, que surtían al ejército y población. Edificaron cuatro fuertes artillados con tres piezas de a 150 y una de a 300.

Valparaíso aumentó sus antiguas defensas, con los fuertes Esmeralda y Covadonga, dotados de cañones de a 600 libras.

Coquimbo recibió artillería Parrot y Armstrong, para tres fuertes en el puerto, uno en Peñuelas y dos en la playa de La Serena.

Se fortificaron además las plazas de Lota, Coronel, Lebu y Talcahuano, para cubrir la zona carbonera; y las de Caldera, Chañaral, Coquimbo, Guayacán y Tongoy, para resguardo de los establecimientos de fundición, que tenían contratos vigentes de exportación, de cobre a Europa y Estados Unidos.

El Batallón de Depósito y Reemplazos, para llenar las bajas de los cuerpos de línea, pues la guardia nacional recibía contingentes directos de las provincias que habían formado los cuerpos

movilizados, envió al norte durante la campaña más de 6.000 hombres, con cierta instrucción preliminar, y ajustó, asistió con diario y licenció a todos los individuos egresados del norte por enfermos, heridos o inválidos.

El Decreto Supremo de 5 de Mayo de 1879 creó la Intendencia General del Ejército y Armada.

El país había recibido con aplausos el nombramiento del 1er intendente General don Francisco Echaurren Huidobro. Conocida era su probidad, su abnegación, espíritu de trabajo y energía para reprimir los abusos. Además había hecho la campaña de China como voluntario del ejército inglés, aprovechando las lecciones de la experiencia durante su servicio militar, en un ejército cuya intendencia tiene fama de buena organización para atender al soldado más regalón de los ejércitos modernos.

Pronto tuvo, que poner mano de fierro sobre contratistas que creían lícito defraudar al fisco. Empezaron a llegar quejas del Estado Mayor, respecto a la mala calidad de algunos artículos o adulteraciones de otros; fréjoles viejos, harina cargada de afrecho, fardos de pasto con piedras de tres y cuatro kilos y varias bellaquerías más, propias de proveedores en todos los ejércitos del mundo.

El señor Echaurren nada dijo; pero hizo marcar y rotular todo bulto despachado al ejército o armada, con orden de devolver con el mismo retobo, o envase los que resultaren con mercadería de mala calidad o mermas fraudulentas.

Luego llegaron a Valparaíso los cuerpos acusadores del delito; los comerciantes inescrupulosos sufrieron como multa fuertes descuentos.

No contento con esto, el señor Echaurren pidió al Gobierno que se procediera criminalmente contra ellos; quería enviar a la cárcel, en masa, a toda esa gente inescrupulosa.

El Gobierno no se atrevió a tanta severidad, porque se hallaban comprometidos gordos tiburones. El señor Echaurren pasó notas tras notas, solicitando la formación de causa contra los proveedores delincuentes.

En esto llega la noticia de la pérdida del “Rimac” y aprovecha la ocasión para enviar su renuncia junto con la del señor Altamirano, comandante general de marina. El Gobierno reemplazó a Echaurren con otro ciudadano tan probo y honesto como él, don Vicente Dávila Larraín.

El Ministro de Guerra y Marina puso en conocimiento de los contratistas, las observaciones del ex-Intendente General, manifestándoles que toda irregularidad sería denunciada al país y los antecedentes pasarían a la justicia militar. No hubo nuevas infracciones durante la campaña.

El decreto de 12 de Mayo de 1879 segregó al ejército y marina de la Tesorería Fiscal de Valparaíso; las instituciones armadas pasaron a depender de la Intendencia General, tanto para la provisión de víveres, combustible, municiones y equipo, como para el ajuste del personal de cuerpos y buques. Igualmente dependieron de ella los transportes mercantes, tanto a vapor como a vela, continuando los armados en guerra a las órdenes de la Comandancia General de Marina.

El servicio sanitario no existía como institución militar. Los cuerpos de línea tenían cirujanos y practicantes y los buques cirujanos y sangradores.

De este importante ramo nos ocuparemos con detenimiento en un próximo capítulo.

En Antofagasta se trabajaba con ardor. El Ministro de la guerra no conocía la fatiga, pero todo debía pasar por su vista. Don Gonzalo Bulnes, en su Historia de la Guerra del Pacífico, le pinta en breves pinceladas:

“No había ningún detalle, dice, que escapara al patriótico desvelo de Sotomayor, aun aquellos que forman parte del tecnicismo militar”. (G. del P. Tomo I. pág. 460). Y más adelante agrega: “Sotomayor abarcaba el Estado Mayor, la Intendencia, los bagajes y la preparación técnica”. (Tomo I., pág. 465).

Ahí estaba el mal.

Esta intromisión del Ministro en cuestiones profesionales, ajenas a sus conocimientos, influyeron en la demora en las operaciones de la campaña. Por tanto abarcar, no abarcaba nada.

Mientras el Ministro ejercitaba sus actividades dentro de la órbita de sus funciones, las cosas andaban derechas, pues ni el general ni el almirante se inmiscuían en sus decisiones. Muchas veces pedía datos a determinados jefes, en lugar de inquirirlos del general en jefe o del Estado Mayor. El jefe, naturalmente daba cuenta a sus superiores gerárquicos antes de proceder a los requerimientos del Ministro.

Los señores Escala y Sotomayor, Emilio, los autorizaban para dar al Ministro cuantos datos pidiese, lo que naturalmente sembraba gérmenes de indisciplina, y hería profundamente la dignidad de los conductores del ejército, únicos responsables ante la ley y ante el país.

El nombramiento del comandante Riveros como jefe de la escuadra, demoró algún tiempo en producirse; el Ministerio Varas quería dejar el puesto acéfalo, poniendo a la armada a las órdenes del señor Sotomayor. Durante el interregno, los buques formaron dos núcleos; uno en Antofagasta, otro en el departamento. El jefe más antiguo mandaba las escuadrillas, bajo la dirección superior de la autoridad civil. Por fortuna, se abandonó tan absurdo sistema, y se determinó dar a la armada un comandante en jefe.

El Ministro aprovechó la salida del “Cochrane” y “Magallanes” con dirección a Arica, para embarcarse en la primera de estas naves, y recorrer personalmente la costa donde debía efectuarse el desembarco.

El 13 de Agosto partieron los buques a cargo del comandante López, llevando al señor Ministro con una comitiva, compuesta del comandante general de artillería, teniente coronel don José Velásquez, del comandante general de infantería coronel don Luis Arteaga; de los ayudantes del Estado Mayor, mayores don Emilio Gana y don Baldomero, Dublé Almeyda y del ayudante del cuartel general, teniente coronel don Roberto Souper.

El comandante López no encontró ni al “Huáscar” ni a la “Unión” en Arica; pero apresó en la boca del puerto a un vaporcito, con los torpedistas contratados Scott y Shester, que fueron llevados a Antofagasta, en calidad de prisioneros de guerra.

De vuelta, el Ministro reconoció con la comitiva las bahías de Ilo, Pacocha, Camarones, Chucumata y Patillos.

Una vez en Antofagasta, continuó sus temas sobre asuntos de suma importancia para la expedición, como ser el agua y manera de transportarla; organización del Parque General; constitución de los bagajes; elementos para el embarco y desembarco de la tropa; establecimiento de una maestranza a bordo; racionamiento durante la marcha del convoy; etc., etc.

Nombró una comisión compuesta del capitán de navío don Patricio Lynch, de los comandantes don Domingo Toro Herrera y Don Diego Dublé Almeyda y del Delegado de la Intendencia General, don Isidoro Errázuriz, para hacer el cómputo del espacio necesario a bordo para hombres, bestias e impedimentas. Además de esta tarea desempeñaban sus miembros otras especiales sobre tópicos específicos.

Los señores Lynch y Errázuriz debían cubicar los estanques de agua de los transportes; el comandante Dublé ensayaría un puente de barcas para el embarco de tropa, y el comandante Toro Herrera un sistema de barriles para la misma faena.

El comandante Arístides Martínez, jefe de ingenieros militares, recibió orden de armar las bombas Northon, recién llegadas de Inglaterra, para la extracción de agua en la pampa,

El agua era la principal preocupación del señor Ministro. Para la expedición había que producirla a bordo o conducirla desde los puertos del sur. Se determinó que los vapores y buques del convoy llevaran agua como lastre. Se habilitó el vapor “Santa Lucía” como resacador; y se compró en 20.000 pesos el vaporcito “Toro”, para la conducción del líquido a tierra, dotándosele de suficientes mangueras. Se adquirieron en Valparaíso una lancha cisterna y otras aguadoras por valor de 9.680 pesos.

El señor Ministro calculaba en litro y medio el consumo por hombre y en 20 litros el de cada bestia.

Error profundo.

El calor de las pampas, la transpiración originada por las marchas en el desierto, la confección singular del rancho, el aseo personal y el lavado diario de la ropa interior y del terno de brin, exigían mucha más agua por plaza.

Hubo por este motivo un profundo desacuerdo entre el general en jefe y el Ministro; pero éste se afirmó en el racionamiento de litro y medio diario.

El señor Sotomayor quiso resolver prácticamente la duda; envió al batallón Chacabuco y a la brigada de Zapadores de Santa Cruz a efectuar una marcha normal al interior, de cinco leguas, debiendo ir y volver en el día con todo el equipo, lo que significaba un recorrido de 50 kilómetros.

Cada individuo llevó dos litros de agua como ración de etapa, los mismos que se bebió antes de terminar el viaje de ida. El Ministro culpó a los jefes de este consumo, que juzgaba excesivo, por no haber educado a su gente en la disciplina de ahorrar agua.

Quedó firme en el litro y medio, pues sólo se hacía cargo de la sed, sin tomar en cuenta el polvo impalpable de las calicheras, que se introduce hasta el estómago, produciendo sequedad en la lengua, paladar y garganta con tos seca que atormenta al soldado y acarrea accidentes de asfixia.

Y guarde Ud. agua y disciplina en el consumo, en esos momentos de ahogo, después de la galleta dura y charqui salado como único alimento, bajo un sol abrasador, cargado con todo el equipo de guerra a través de las sinuosidades de la pampa caldeada.

El general Escala, hombre sano y patriota, comprendía la causa de su aislamiento; como responsable del ejército se dedicaba de lleno a las funciones de su cargo en cuanto podía obrar dentro del estrecho círculo de atribuciones que le dejaban las actividades del señor Ministro.

El y su jefe de Estado Mayor dedicaban todo el tiempo al trabajo. El general recorría los campos de ejercicio, especialmente por la mañana, cuando los capitanes instruían sus compañías en orden disperso, practicando fuego en avance o retirada, para inculcar la disciplina en el consumo de municiones, cuyo derroche es inherente a tropas bisoñas, en todos los ejércitos del mundo.

El soldado disparaba tendido y oculto, para lo cual removía la arena con el corvo y hacía su resguardo; a veces también se ejercitaba rodilla en tierra y rara vez a pie firme, para descargas cerradas, por compañía a la voz del oficial, por si, se presentaba la ocasión de hacer fuego de salvas.

El parque disponía de suficientes municiones en los meses de Agosto y Septiembre; el Estado Mayor ordenó que los cuerpos se ejercitaran semanalmente al blanco.

El general Escala y coronel Sotomayor asistían con puntualidad a estos certámenes, en que se gratificaban los impactos con ración de tabaco o salidas francas.

La expedición era inminente, por cuya causa los responsables del ejército tomaban las providencias recomendadas por la experiencia para colocar al soldado en eficiente pie de guerra.

El señor Ministro se preocupaba en gran manera de la producción y conducción del agua; pero los cuerpos movilizados carecían de caramayolas para llevarla en el desierto.

El general tomó el buen acuerdo de dirigirse, solicitándolas, a los intendentes de las provincias representadas por los batallones de su nombre. Todos respondieron inmediatamente, efectuando los envíos. La de Coquimbo despachó desde Santiago la remesa de 600 caramayolas, cuyo importe de \$ 480, se hizo por suscripción, en la forma siguiente:

Benjamín Vicuña Mackenna, senador por Coquimbo.....	\$ 200.
Eulogio del Solar.....	\$ 20.
Antonio Herreros.....	\$ 20.
Remitido de La Serena por conducto de D. Mariano Astaburuaga..	\$ 240.

El entusiasmo popular respondía inmediatamente en favor de los defensores de la patria.

La subida cuota de don Benjamín llamó la atención, atendida la pobreza franciscana del Honorable Senador por Coquimbo. Pero bien pronto, él mismo se encargó de explicarla.

El señor Vicuña se hallaba ligado por íntima amistad con don José Serdio, jefe de la firma comercial Serdio Hnos., exportadora de frutos del país para la costa del norte, en especial para el Perú, antes de la declaratoria de guerra.

El señor Serdio había notado con extrañeza la ausencia de su amigo en el veraneo de Viña del Mar. Inquiriendo la causa, obtuvo la certeza de que el eclipse provenía de la escasez de numerario.

El señor Serdio le remitió entonces una letra de mil pesos, canon de la casa que acostumbraba ocupar, por la temporada. Don Benjamín aceptó sin ceremonia, no para veraneo, sino para repartir los mil pesos en obras patrióticas.

De ahí los \$ 200 para las caramayolas del batallón Coquimbo, cuya provincia representaba en el Senado.

La elección del vestuario originó dura tarea al Estado Mayor, deseoso de obtener un tipo que resumiera el mayor número de buenas cualidades para la salud y comodidad de la tropa, destinada a operar en un clima de fuego durante el día, y de temperatura bajo cero durante la noche. Quería un vestuario higiénico, barato, dada las estrecheces del erario; cómodo, liviano y abrigador y de color oscuro para dificultar la puntería de los tiradores enemigos.

El uniforme traído de las fronteras por la tropa de línea tocaba a su fin y el reemplazo debía hacerse con el nuevo modelo; igualmente había que vestir a la guardia nacional llegada con ropas confeccionadas en las provincias, que no guardaban relación con el servicio, ni las exigencias del clima. El Atacama, por ejemplo, usaba levita larga; el Coquimbo pantalón y blusa de mezclilla azul, de donde les vino el apodo de padrecitos protestantes, a los primeros y de huérfanos a los segundos.

El Estado Mayor aprobó un tipo de guerra, común a todas las armas de brin para el día, y de paño gris del Tomé, para las noches y horas de camanchaca. La tropa no se desnudaba para cambiar de traje; se colocaba el terno de paño sobre el blanco y quedaba transformado.

Como abrigo, por falta de capote, se adoptó una frazada de lana y la manta de Castilla doble, muy útil para los centinelas que podían hacer fuego sin desabrigarse.

La canana para 150 a 200 tiros reemplazó a la cartuchera, conservándose el cinturón para el yatagán.

El uniforme de los jefes y oficiales quedó en un todo igual al de la tropa; se distinguían únicamente por un galón angosto que llevaban sobre los hombros; dos el capitán, uno el teniente, a la derecha; y otro el subteniente a la izquierda. Los jefes usaban presillas.

La bota de media cana color bayo, con la carnaza para afuera, muy resistente para el caliche y con la propiedad de evitar los callos, reemplazo al zapatón de becerro.

La confección del pan en campaña ocupó la atención del Estado Mayor durante bastante tiempo, pues nuestro pueblo no puede prescindir de la telera, en especial los empleados de minas o de fundos.

El coronel don Emilio Sotomayor había establecido en los contratos que los proveedores entregarían en Antofagasta pan tierno, compuesto de harina de trigo, agua, grasa, sal y levadura natural o leuda, quedando absolutamente prohibido el empleo de fermento industrial.

Según las especificaciones, el pan contenía 108 partes de ázoe, 28 de carbono y 120 de grasa por unidad.

Con respecto a la provisión en el desierto, se pidieron propuestas para bizcochos de doble cocción; pero no se presentaron interesados. Se acordó usar la galleta de a bordo; y en los campamentos

repartir individualmente harina, grasa y sal para amasar tortillas de rescoldo, a que tan aficionada es nuestra gente.

El general Escala daba suma importancia a estos detalles, pues como soldado viejo, endurecido en las filas, conocía la idiosincrasia de la tropa, su lado flaco y la clave para tenerla contenta y ardorosa para la pelea: el estómago lleno.

Las tareas matinales no suspendían las reuniones de jefes en el Estado Mayor, que pasaron a ser diarias. En ellas se discutían los planes de invasión a la costa peruana, en tesis general, pues los militares nada sabían del punto de desembarco, cuyo secreto guardaba para sí el señor Ministro.

Los jefes formaron en breve dos escuelas, según sus conocimientos o simpatías: la francesa o de Jomini y la alemana o de Clausenwitz.

Los ex-alumnos de Metz, la Politécnica, Saint Cyr y Lieja, vulgarizaban las teorías de Jomini que acababa de morir hacía apenas una década (1869) a la edad de 90 años, dejando como obras de consulta, “El Tratado de las Grandes Operaciones Militares” y “Los Principios de Estrategia”, de los que circulaban varios ejemplares entre los admiradores del célebre jefe de Estado Mayor de los ejércitos napoleónicos.

Los partidarios de Clausenwitz, o los prusianos, como se les llamaba, formaban una falange de jefes y capitanes jóvenes admiradores de las campañas de 1866 y 1870, en que los ejércitos alemanes desarrollaron problemas estratégicos y tácticos de precisión admirable.

El entusiasta capitán von Molke, que más tarde había de caer heroicamente en Chorrillos, tradujo las partes capitales del libro “Von Kriege”, (de la Guerra) que forma parte de las obras póstumas del distinguido jefe prusiano, tituladas “Hinterlassene Werke über Krieg und Kriegführung”.

Ambos bandos discutían con calor los principios teóricos de los citados autores, respecto a la conducción de la guerra; y siguieron discutiendo hasta Chorrillos y Miraflores, con mayor encarnizamiento.

Sin embargo, hay que convenir que todos los estudios relativos a la materia, coinciden en las dos escuelas y se resumen en las siguientes líneas: “Las formas y los medios que la estrategia emplea son tan sencillos y tan conocidos, en virtud de su aplicación tan repetida, que el sentido común no puede sino sonreírse del énfasis con el cual se habla de ella a menudo”.

Si fuerte y duro se trabajaba en Antofagasta, no menos energía se desarrollaba en Santiago, Valparaíso y el resto del país.

El Gobierno puso, a contribución a las fábricas, haciéndolas trabajar día y noche hasta alcanzar el máximo de producción. No obstante, las de paños no pudieron abastecer los pedidos y hubo necesidad de importar gruesas partidas del extranjero.

En Santiago la firma proveedora de blusas, pantalones y quepíes de brin y paño, movilizó 1.486 mujeres y 108 hombres, distribuidos en cuadrillas durante las veinticuatro horas del día.

La sastrería militar empleaba 1.896 mujeres; y la zapatería, 750 operarios profesionales.

No mencionamos los pequeños establecimientos de menos vuelo, diseminados en Valparaíso y resto del país, como los talleres domésticos encargados de la confección de la ropa interior, sábanas para los hospitales, hilas y vendas. Los internados de niñas y las monjas de todas las instituciones se distinguieron por su asidua laboriosidad.

El almirante Goñi, comandante general de marina, como trabajador infatigable, exigía el rendimiento máximo a las secciones de su dependencia.

La oficina hidrográfica, dirigida por el talentoso comandante Francisco Vidal Gormaz, no obstante la publicación del tomo V del Anuario, dió a luz de Mayo en adelante, los siguientes trabajos para el uso del ejército y armada:

Geografía Náutica de Bolivia.

Noticias del Desierto y sus recursos.

Noticias del Departamento del Litoral de Tarapacá, con una carta,
Geografía Náutica y derrotero de la costa del Perú.

Noticias de los Departamentos de Moquegua, Tacna y Arequipa, con una carta.

Departamento de Lima, con una carta.

Plano Topográfico de Iquique.

La comandancia de marina tenía a sus órdenes la Maestranza de los Ferrocarriles y algunas particulares, ocupadas en la fabricación de proyectiles para los buques, de piezas de repuesto para las máquinas y en las reparaciones del armamento. En varias ocasiones se trabajó día y noche, y las cuadrillas de operarios no escatimaban un segundo a sus tareas.

La artillería de marina, elevada a regimiento de 1.400 hombres, dependiente aun de la Comandancia General, era atendida en la provisión de sus plazas, por la oficina de enganche de marineros, que funcionaba en la Gobernación Marítima.

La armada tenía tres pontones: el “Kate Kellock” en Punta Arenas; el “Thalaba” y el “Valdivia” en Valparaíso.

Para descongestionar el servicio, en este puerto, el almirante envió al “Valdivia” a Antofagasta, para depósito de carbón y artículos navales.

Desde la ruptura de las hostilidades, el Ministerio de Guerra se preocupó de organizar un fuerte efectivo de artillería, con armamento moderno, en previsión de las futuras exigencias, de la campaña. Acordó, en consecuencia, organizar un regimiento N° 2 del arma, sobre la base de la 2ª batería de la 2ª brigada del regimiento N° 1, con cañones Krupp del último modelo. Llamó al servicio a dos jefes distinguidos que habían ido a buscar en la agricultura mayor rendimiento a sus actividades: el comandante don José Velásquez y el mayor don José María 2º Novoa.

El decreto N° 58, de 26 de Mayo de 1879, organizó la Brigada de Artillería de Línea, con la siguiente dotación:

Plana Mayor: Un teniente coronel, comandante; un sargento mayor, 2º jefe; un capitán ayudante; un sargento 1º, dos 2ºs., cinco cornetas y un mariscal herrador.

Dos baterías, cada una con este personal:

Un capitán; dos tenientes; tres subtenientes; un sargento 1º, seis 2ºs., seis cabos 1ºs., seis 2ºs., dos cornetas; y, setenta y ocho soldados.

Los señores Velásquez y Novoa se pusieron a la obra, y bien pronto la brigada presentaba muy halagador aspecto.

Con fecha 30 de Mayo el Ministerio elevó la dotación de tropa de cada batería a 200 plazas, para formar mayor número de sirvientes aptos para los nuevos cañones que venían en viaje.

Pocos meses después, la unidad, denominada regimiento N° 2 de artillería de línea, constaba de dos brigadas, o sean cuatro baterías, con diez y seis piezas Krupp, último modelo.

Al aproximarse la expedición a Tarapacá, el N° 2 tenía tres brigadas, o seis baterías, con 24 cañones y un parque divisionario equivalente a una batería. Con este efectivo marchó a Pisagua.

El 15 de Mayo se traslada a Valparaíso la Dirección General de Artillería con el regimiento N° 1. Queda en Santiago, el Parque y Maestranza, que hasta entonces formaban una sección de la Dirección de Artillería, y que ahora reciben autonomía independiente con la designación de “Dirección de Parque y Maestranza del Ejército” y el personal siguiente:

Un Director de la clase de coronel.

Un Subdirector sargento mayor.

Tres capitanes guarda almacenes.

Dos tenientes ayudantes.

Un maestro mayor de montaje; otro de mixtos y otro de armas.

El Gobierno designó como jefe, al distinguido técnico, coronel don Marcos 2º Maturana, diplomado en Europa.

La Maestranza aumentó el personal de operarios, en el número requerido por los trabajos. Tomó a su cargo, especialmente, la confección de vainillas para tiros de infantería, rifles Comblain y Gras, y carabinas Winchester; la fabricación de granadas; la reparación de armamento; y la preparación de correaje para las armas montadas, el parque y bagaje acantonados en Antofagasta.

La Sección Parque, a su vez, distribuía armamento, municiones y equipo, al ejército de primera línea en el norte, a la reserva, al ejército de la frontera y a los cuerpos cívicos de las capitales de provincia, que se alistaban como segunda reserva.

La maestranza no daba abasto a los múltiples pedidos siempre crecientes; se contrataron con don Carlos Klein los servicios del magnífico establecimiento de propiedad de este caballero, que pasó con obreros y material, a constituir una sección de los servicios del Estado, bajo el imperio de la ley militar.

El señor Klein había fabricado, con materiales del país, una maquinaria para cápsulas de armamento menor, que prestó utilísimos servicios, por la facilidad de manejo y rapidez de elaboración.

Esta fábrica puso en estado de servicio cuatro cañones de grueso calibre, fundidos en Francia en 1858 y rayados en Limache en 1866, por el mayor don José Eustaquio Gorostiaga, jefe entonces de la maestranza de este pueblo. Tal trabajo le propinó el apodo de *cañón rayado* que le acompañó hasta la sepultura, como a su hermano Alejandro, el de *Huamachuco*.

El señor Klein, a la cabeza de sus operarios, tuvo la satisfacción de dar cima a la empresa.

La Dirección de Artillería nombró una comisión de prueba, compuesta de los comandantes don Orozimbo Barboza, don Pedro Lagos y don Juan Napoleón Gutiérrez; y de los sargentos mayores don Antonio González y don Ambrosio Letelier, para que asistieran a los ensayos de dichos cañones en el campo de tiro de Batuco, en donde el señor Klein había construido sólidos fundamentos para el montaje de las piezas.

La comisión se reunió en el sitio designado el 11 de Mayo, a las doce del día, y procedió a constatar el tiro, ante blancos situados a 700 metros, formados por marcos de rieles, con abrazaderas y pernos de hierro, y fondo de roble pellín de medio metro de espesor, por dos metros de altura.

Un pelotón de artilleros del N° 1 disparó con muy buena puntería, 68 granadas y 11 balas sólidas, con las cuatros bocas de fuego llamadas Remplant, Terrible, Tournant y Redontable, que arrasaron los blancos.

Previo el informe favorable de la comisión, las pesadas moles fueron remitidas a Valparaíso, para la defensa de las costas.

El regimiento N° 1 sufrió el cercenamiento de una batería; en cambio, el Ministerio aumentó su dotación en una brigada, cuya tropa dió el batallón de artillería Talca, disuelto recientemente.

Como el N° 1 debía marchar a Antofagasta, a formar parte de la reserva, tan pronto se efectuara la expedición a las costas del Perú, el Ministerio se propuso ir formando una tercera reserva de artillería, con cuerpos cívicos, a los cuales dotó de buen armamento. Fueron estos, las brigadas de Antofagasta, Puerto-Coquimbo y La Serena, comandadas respectivamente por los tenientes coroneles señores Francisco Bascuñan Álvarez, Pedro A. Olivares Pinto y Ramón D. Espinoza Varela.

El aumento del arma de artillería hizo necesaria la formación de un cuerpo de artificieros, pues desde la ocupación de Antofagasta, no había otro técnico en él norte, que don Carlos Armand, contratado por el Ministro Saavedra, a razón de setenta pesos mensuales.

La Dirección de Artillería formó un numeroso curso de artificieros y maestros armeros, en Valparaíso, que prestaron importantes servicios en la campaña.

La Intendencia del Ejército y Armada reunían los elementos de vida de ambas instituciones, los almacenaba en Valparaíso y los remitía al norte, a medida de las exigencias del servicio, para lo cual

necesitaba movilizar buen número de vapores y buques de vela. Y ahora que se trataba de formar almacenes de depósitos en Antofagasta y avituallar a las tropas expedicionarias para la campaña del desierto, debía intensificar mucho sus tareas.

Por tal motivo solicitó la cooperación de la Sociedad Nacional de Agricultura para la adquisición de ganados y aperos de carga. La Sociedad aceptó gustosa el encargo, delegando en el Directorio todas sus facultades. El Presidente don Rafael Larraín Moxó, el secretario don Urbano Prieto, algunos directores, por turno, se instalaban en la Quinta Normal para la prueba de caballos hecha por sus inquilinos, que eran además examinados por el Director de Veterinaria don Julio Besnard.

Se establecía una verdadera feria, en que se adquirían caballos nuevos, sanos y resistentes, a un precio que hoy, parecería ridículo. El término medio del valor alcanzó por cabeza a 33.77 pesos sobre un total de 4.204 caballos, de los que se enviaron 3.126 al norte y el resto al ejército de la frontera.

La compra de mulas, por la dificultad de adquirirlas en plaza, se encomendó a los intendentes de Atacama y Coquimbo, señores Guillermo Matta y Antonio Alfonso, que en breve remitieron 906 mulas mansas, de servicio, a 39.10 pesos término medio cada una, Del lote marcharon al norte 704 y el resto al ejército del sur. Igualmente adquirieron 1.582 aparejos, con cinchas, sobrecinchas, lomillos y caronas, según modelo, para carga de 4 quintales españoles, 46 Kgs., a razón de 10 pesos aparejo.

Los señores Larraín Moxó y Prieto atendieron con minuciosidad a la confección de once mil cuarenta y cinco mantas de Castilla de dos ases, a tres pesos veintidós centavos la pieza.

El carguío de los transportes requirió personal competente para la remisión progresiva y escalonada de especies, cosa que los almacenes de Antofagasta estuvieran siempre surtidos.

La Intendencia despachó los siguientes vapores con destino a este puerto:

Naves	Tonelaje	Viajes	Toneladas
“Loa”	1.010	4	4.040
“Itata”	834	4	3.336
“Limarí”	404	4	1.616
“Matías Cousiño”	525	5	2.625
“Rimac”	832	2	1.664
“Copiapó”	603	4	2.412
“Lamar”	488	5	2.440
“Paquete de Maule”	187	3	561
“Amazonas”	1.003	3	3.009
“Huanay”	227	3	681
“Toltén”	240	5	1.200
“Santa Lucía”	375	3	1.125
“Angamos”	464	1	464

Total: Transportes a vapor 13; viajes 46; toneladas 25.173. No consignamos la carga corriente comercial enviada por los vapores de la Compañía Inglesa.

Los vapores “Angamos”, Amazonas”, “Itata” y “Loa”, pasaron después a transportes armados en guerra.

La carga enviada por buques a la vela alcanzó a 15.481.

“Humberto I”, 1.082 toneladas; “Huron”, 609; “River Thomas”, 501; “Carolina Moris”, 932; “Rimac”, 593; “Luparta”, 1.039; “Victory Cross”, 668; “Egmont Hoorn”, 708; “Erns L. Holtz”, 470; “Adolfo”, 531 ; “Novo Ghilino”, 554; “Arturo”, 583; “Casa Blanca”, 582; “Cambria”, 619; “Almendral”, 678; “Guiuseppi Murri”, 333; “Tordo”, 424; “Cabecera”, 412; “Spiritthermonornig”, 559;

“Sycke”, 1.032; “Federica”, 725 y “Cristóforo”, 849; lo que da un total de 15.481 toneladas. Total general: 40.656 toneladas, sin contar el carbón para las naves de la escuadra.

El general quería dejar establecido, antes de partir, que las asignaciones de la tropa dejadas a sus familias se pagarán por las Tesorerías Fiscales con cargo a la Comisaría General, al igual de los oficiales, según decreto de 24 de Mayo de 1879.

El sistema en práctica era engorroso y complicado. La comisión provincial formada para atender al cuerpo movilizado se procuraba fondos por suscripciones o préstamos y con ellos atendía las mesadas en la cabecera de departamento; en el primer ajuste, el comandante del cuerpo hacía descontar dichas asignaciones y remitía a la comisión una letra por el valor de los descuentos.

Resultó la mar de reclamos. Por fortuna el Supremo Gobierno pasó un mensaje que aprobó el Congreso para que las tesorerías fiscales pagaran todas las asignaciones del ejército y armada con cargo a la comisaría. La ley vino a dictarse el 26 de Diciembre de 1879, y regularizó la situación de muchas familias, cuyos deudos estaban en el ejército y eran su único sostén.

Veamos ahora como se las barajaba el Gobierno para hacer frente a los gastos de campaña.

El presupuesto de la nación para 1879 ascendía a 17.072.712,26 pesos, de los cuales correspondían al Ministerio de Guerra 1.535.933,14 y al de Marina a 1.136.050,10 pesos.

Los historiadores y publicistas peruanos han repetido la cantinela de que nuestro país se preparaba para el conflicto desde tiempo atrás; nada más distante de la verdad, como lo demuestra la exigüidad de los dineros asignados a las secretarías de guerra y marina, que estaban muy distantes de satisfacer las necesidades de una campaña.

La ley de 4 de Abril de 1879 autorizó al ejecutivo para declarar la guerra al Perú y Bolivia, facultándole además para invertir hasta cuatro millones de pesos de fondos nacionales en gastos militares, para lo cual podía contratar un empréstito interno, hasta de cinco millones de pesos, con garantía de las propiedades del Estado.

El Consejo de Ministros, reunido especialmente para estudiar la situación financiera, resolvió efectuar los gastos de movilización con las rentas ordinarias, o a lo sumo, con un aumento de la deuda interior, descartando todo empréstito externo, para no dañar el crédito del país en el extranjero, pues los bonos chilenos se cotizaban con premio en la bolsa de Londres.

Con fecha 15 de Abril se dictaron dos leyes financieras: La primera autorizaba al Gobierno para emitir hasta seis millones de pesos en billetes de curso forzoso, al portador, como moneda legal para la solución de toda especie de obligaciones, cualesquiera que fueran sus fechas, y los términos en que estuvieran otorgadas; y la segunda, le facultaba también para celebrar contratos con los tenedores de bonos, de la deuda pública interior y exterior, a fin de modificar los intereses, plazos u otras condiciones, de estas obligaciones, no pudiendo imponderar al Estado un gravamen anual mayor que el actualmente reconocido.

Como medida necesaria para obtener fondos, el ejecutivo obtuvo del Congreso la ley de 21 de Mayo de 1879, que estableció la contribución del tres por mil sobre los valores mobiliarios que se expresan:

Capitales a censo; capitales invertidos en títulos del Estado o Municipalidades, en la Caja de Crédito Hipotecario u otras similares; capitales a censos redimidos o reconocidos en arcas fiscales; capitales a préstamo con obligación personal o bajo hipoteca, con o sin interés, o en depósito a plazo, hechos en los bancos de emisión, o en personas o sociedades particulares; los capitales efectivos de los bancos de emisión, y de las sociedades anónimas, comprendiéndose en esta denominación, todo el capital pagado por los accionistas, el fondo de reserva o de garantía; los capitales impuestos en el Porvenir de las Familias, o en otras casas de seguros sobre la vida.

Aprobadas las cargas al capital, la ley extendió los pechos a los empleados, tanto públicos, como particulares, en los siguientes números:

8° Los sueldos, rentas, pensiones, gratificaciones, jubilaciones, montepíos y demás emolumentos que se perciben del erario nacional o municipal.

9° Los sueldos que se percibieren por el desempeño de un empleo u ocupación privada.

Y lo más curioso. La contribución del tres por mil, se transformó en tres por ciento, para los empleados, en virtud del art. 5°, que decía:

Art. 5° Las rentas enumeradas en los números 8 y 9, se consideraran como interés del 10% anual de un capital dado, y para averiguarlos se multiplicará por 10 la renta. La contribución se pagará sobre el capital que resulte de esta operación.

El empleado con 1.000 pesos anuales, no pagaba el impuesto sobre esta suma, sino sobre $1.000 \times 10 = 10.000$, o sean treinta pesos, en lugar de tres. Resúmen: el tres por ciento.

Todavía otra curiosidad: el inciso 8° no exceptuaba a nadie de la contribución. En consecuencia, los militares en campaña pagaron el impuesto, que se les descontó por comisaría.

Siguen los apuros del erario. La ley de 14 de Junio autoriza al Presidente para acuñar hasta dos millones de moneda divisionaria de cinco décimos de fino, pero con la cortapisa de que no es obligaría la recepción de una cantidad superior a cincuenta pesos. La de 26 de Agosto le faculta para invertir seis millones en gastos de la guerra. Y la de 28 del mismo mes, le permite emitir vales del tesoro hasta la suma de seis millones, como moneda legal de curso forzoso. Estas obligaciones y las anteriores podrían sustituirse por billetes de mil, cien, cincuenta, veinte, diez, cinco, dos y un pesos. Se extiende la autorización a emitir hasta 500.000 pesos en billetes divisionarios de menos de un peso.

La ley de 12 de Septiembre dispuso que los derechos de aduana, de internación y almacenaje, se pagaran recargados en un tanto por ciento, equivalente a la cantidad necesaria para colocar en Londres el producido de esos derechos al tipo de 38 peniques, por peso, en giros a noventa días vista.

El Ministerio de Hacienda fijaba dentro de los primeros cuatro días de cada mes, el tanto por ciento de recargo, tomando por base el tipo medio de cambio en giros sobre Londres, durante los 30 días precedentes.

Los internadores que pagarán en pesos fuertes, quedarían libres del recargo; y el 5% de este metálico, se invirtió en amortizar papel moneda, cada tres meses, por propuestas públicas al mejor postor.

La ley de 22 de Septiembre impuso al salitre un derecho de exportación de 40 centavos por quintal métrico. El elaborado al sur del paralelo 24 quedó libre de derecho, por dos años, contados desde la promulgación de la ley.

Merced a estas medidas financieras, el Gobierno se encontró en situación de hacer frente a los gastos de la campaña, tanto internos como externos, controlados por la Intendencia General del Ejército, institución munida de latas atribuciones.

Eran de resorte de este organismo:

Proveer al ejército y armada de víveres, vestuario, carbón, equipo, medicinas, forraje, lubricante, etc., etc.

Celebrar los contratos necesarios y dar cuenta después al Gobierno.

Determinar la ubicación de las oficinas principales y de las sucursales.

Gozar de preferencia libre de porte en las comunicaciones postales y telegráficas, en las empresas del estado y particulares.

Atención preferente en todas las oficinas públicas para las órdenes libradas por ella, con facilidad primordial para su ejecución.

Con fecha 9 de Mayo de 1879, se amplían estas facultades para nombrar los empleados de su dependencia, y fijar la renta respectiva.

En tal virtud, el Intendente organizó la oficina principal, residente en Valparaíso, con la planta y sueldos mensuales que se expresan:

Secretario general.....	250.
Prosecretario.....	166.
Oficial 1°.....	100.
Tres escribientes con 66 pesos cada uno.	198.

Por decreto de 12 de Mayo, todos los servicios relativos al ejército y armada, dependientes hasta entonces de la Tesorería Fiscal de Valparaíso, quedaron desde tal fecha desligados de esta oficina, y pasaron a depender directamente de la Intendencia.

El 14 del mismo mes y año, el señor Echaurren creó la Comisaría Principal del Ejército y Armada en campaña, con asiento en Valparaíso y nombró como jefe al Ministro Contador de la Tesorería Fiscal de dicho puerto, don Juan de Dios Merino Benavente.

Esta importante repartición funcionó con los siguientes empleados cuya renta mensual se expresa:

Comisario Principal, jefe de la Oficina y Sucursales...	\$ 333,33.
Oficial Mayor.....	208,33
Jefe de sección de marina.....	133,33
Jefe de sección de guerra.....	133,33
Tenedor de libros.....	100,00
Cajero.....	100,00
Guarda Almacén.....	83,33
Dos oficiales para el despacho de bultos, de embarque y desembarques a 83,33 c/u.....	166,65
Un portero.....	20

El 15 de Abril queda organizada la sucursal de la Comisaría del Norte, con asiento en Antofagasta durante la permanencia de las tropas en dicha plaza, para continuar con ellas la campaña, y se nombró jefe de esta repartición al señor José Isidro Salas, con la renta mensual y planta siguiente de empleados:

Comisario.....	\$ 300,00
Oficial Mayor.....	208.
Oficial 1°.....	133.
Oficial 2°.....	120.
Oficial 3°.....	108.
Oficial 4°.....	100.
Oficial 5°.....	91.
Tenedor de libros.....	120.
Guarda almacenes de víveres y forrajes.....	125.
Ayudante.....	60.
Guarda almacenes de hospitales y ambulancias.....	100.
Ayudante.....	60.

Una vez en funciones la Intendencia, el general se preocupó de organizar el servicio de aprovisionamiento de las tropas, por intermedio de la delegación, residente en Antofagasta.

La Comisaría de Antofagasta tomó a su cargo el movimiento de fondos, del ejército y armada, en el teatro de operaciones. A ella pasó el giro de letras sobre Valparaíso, que antes hacía la aduana y tesorería unidas de aquel puerto.

Procedió a formar las planillas de las asignaciones, que los jefes, oficiales, tropa e individuos de los servicios anexos, imponían a favor de sus familias en el sur. Las tesorerías de la República efectuaron estos pagos, con cargo a la Comisaría, que a su vez descontaba estos valores en los ajustes de los cuerpos.

El decreto supremo de 14 de Junio de 1879, dispuso que la Comisaría suspendiera el abono de pre mensual al ejército y armada. El Gobierno echó mano de este expediente, por falta de fondos, y para evitarse deudas en el extranjero. Nadie se preocupó del incidente, muy natural, dados los apuros del fisco para sostener la guerra.

La Comisaría efectuaba los ajustes de oficiales para los efectos de la contabilidad, con los descuentos mensuales, en esta forma:

1° El 3% del sueldo y gratificación de rancho, a los jefes y oficiales.

2° La gratificación íntegra a los que se encontraban a bordo en comisión del servicio, que marchaban al ser heridos, enfermos o con licencia.

3° La estada de oficiales y tropa en los hospitales militares. Por ley de 31 de Diciembre de 1870, se descontaba a los oficiales la tercera parte del sueldo, no debiendo ella de exceder de cincuenta pesos.

El Gobierno derogó esta disposición después de la toma de Calama. En adelante, los miembros del ejército, de cualquier categoría, gozaron de asistencia médica gratuita, en hospitales y ambulancias. Ya no se cercenó a la tropa su escaso sueldo con el descuento de hospitalidad hasta entonces de rigor.

Y los sueldos no podían ser más irrisorios, como que databan de 30 de Octubre de 1845, cuya ley estableció la siguiente escala:

General de división. 3.500 pesos anuales en servicio activo; 2.620 pesos en cuartel.

General de Brigada. 3.000 pesos anuales en servicio activo; 2.250 pesos en cuartel.

El sueldo de coronel a subteniente se dividía en mayor y menor:

Clases	Sueldo mayor		Sueldo menor	
	Anual	Mensual	Anual	Mensual
Coronel	\$ 2.640	\$ 220	\$ 2400	\$ 200
Teniente coronel	1.800	150	1.680	140
Sargento mayor	1.320	110	1.200	100
Capitán	840	70	720	60
Ayudante	660	55	600	50
Teniente	540	45	480	40
Subteniente	480	40	420	35

Sueldo de la tropa:

	Anual	Mensual
Sargento 1°	\$ 180	\$ 15
Sargento 2°	156	13
Cadete	156	13
Cabo 1°	132	11
Cabo 2°	120	10
Soldado, tambor, corneta y pífano	96	8

Gozaban sueldo mayor los jefes y oficiales de ingenieros, artillería y caballería, los de las inspecciones de ejército y guardia nacional y Academia militar, edecanes del Presidente de la República y ayudantes del general en jefe y estados mayores de un ejército en campaña.

La ley de 14 de Agosto de 1854, aumentó en dos pesos el sueldo mensual de los sargentos; y en uno también mensual, el de los cabos y soldados.

Quedaron estos sueldos en 17 pesos al mes para el sargento 1°; 15 para el 2°; 12 para el cabo 1°; 11 para el cabo 2°; y 9 para el soldado.

El individuo de tropa que servía, sin deserción, uso de licencia absoluta, ni haber incurrido en nota de fealdad, tenía derecho a premios de constancia, con los siguientes emolumentos:

1° Premio.- Después de dos tiempos de cinco años, un peso cincuenta sobre su haber mensual.

2° Premio.- De tres tiempos, dos pesos.

3° Premio.- De cuatro tiempos, tres pesos.

4° Premio.- De cinco tiempos, sueldo íntegro en su clase.

La ley de 14 de Diciembre de 1855 mejoró la situación de los jefes y oficiales, no con aumento de sueldos, sino por medio de gratificaciones, De esta manera no cabía gravámen al fisco, por retiros y montepíos.

La citada ley estableció las siguientes gratificaciones anuales:

Generales en actividad.....	\$ 600.
Coronel.....	500.
Teniente coronel.....	400.
Sargento mayor.....	350.
Capitán.....	300.
Teniente.....	250.
Subteniente.....	200.

Todo jefe de cuerpo tenía la gratificación de coronel, aunque no lo fuera.

La ley de 15 de Octubre de 1860 estableció que las gratificaciones formaran parte del sueldo estable; en consecuencia mejoraron el retiro y montepío.

La ley de 21 de Noviembre de 1871 aumenta en 3 pesos el pre mensual de las clases y soldados de artillería y artillería de marina, y en dos a los de infantería y caballería.

En consecuencia, la tropa de estas dos últimas armas, que era la casi totalidad, hizo la campaña con los siguientes sueldos:

Sargento 1°.....	\$ 19.
Sargento 2°.....	17.
Cabo 1°.....	15.
Cabo 2°.....	13.
Soldado.....	11.

En cuanto a la armada, las leyes en vigencia eran las siguientes:

16 de Diciembre de 1860.- Los jefes y oficiales de guerra de la armada que se hallaran en servicio, gozarán de los mismos sueldos asignados, según las respectivas graduaciones, a los jefes y oficiales del ejército en el arma de artillería.

Los guardias marinas sin exámen tendrán los honores y fueros de los examinados y sueldo de 360 pesos anuales.

Los cirujanos, contadores e ingenieros de la armada quedan comprendidos en las disposiciones vigentes sobre retiro temporal y absoluto, y montepío militar, lo mismo que los oficiales de guerra.

Para los efectos de este artículo, se consideraban como capitán de fragata el Comisario General, el Cirujano Mayor y el Inspector de Máquinas; como capitanes de corbeta los cirujanos 1° y los de segunda clase como tenientes primeros.

Los jefes y oficiales embarcados gozaban gratificación especial.

Con respecto al equipaje, la ley de 4 de Agosto de 1873, equiparó los grados con los del ejército en esta forma:

Sargentos 1°.- Oficiales de mar de 1ª clase.- Condestable, contra maestre, velero, carpintero, herrero y calafate primero, maestre de víveres, sangrador y aprendiz mecánico.

Sargentos 2°.- Oficiales de mar de 2ª clase.- Condestable, contra maestre, velero, carpintero, herrero y calafate segundo, despensero.

Cabos 1°.- Cabos de mar de 1ª clase: Guardianes, ayudantes de condestable, cabos de luces, bogueros, maestros de señales.

Cabos 2°.- Cabos de mar de 2ª clase: Timoneles, patrones de botes, capitanes de alto, fogoneros 1°.

Soldados.- Marinería: Marineros 1° y 2°, grumetes, pajes, fogoneros 2°, carboneros, mayordomos, mozos, etc.

La ley de 8 de Marzo de 1876 asignó una gratificación mensual de cinco pesos a los individuos de la dotación de cada blindado, competentes en la operación de bajar y trabajar en los fondos de los buques. Gozaban además de esta gratificación, \$ 0.75 por la primera hora de trabajo y \$ 0.40 por cada hora subsiguiente, debiendo contarse en las horas de trabajo, el tiempo empleado por el buzo entre ponerse y quitarse el vestido.

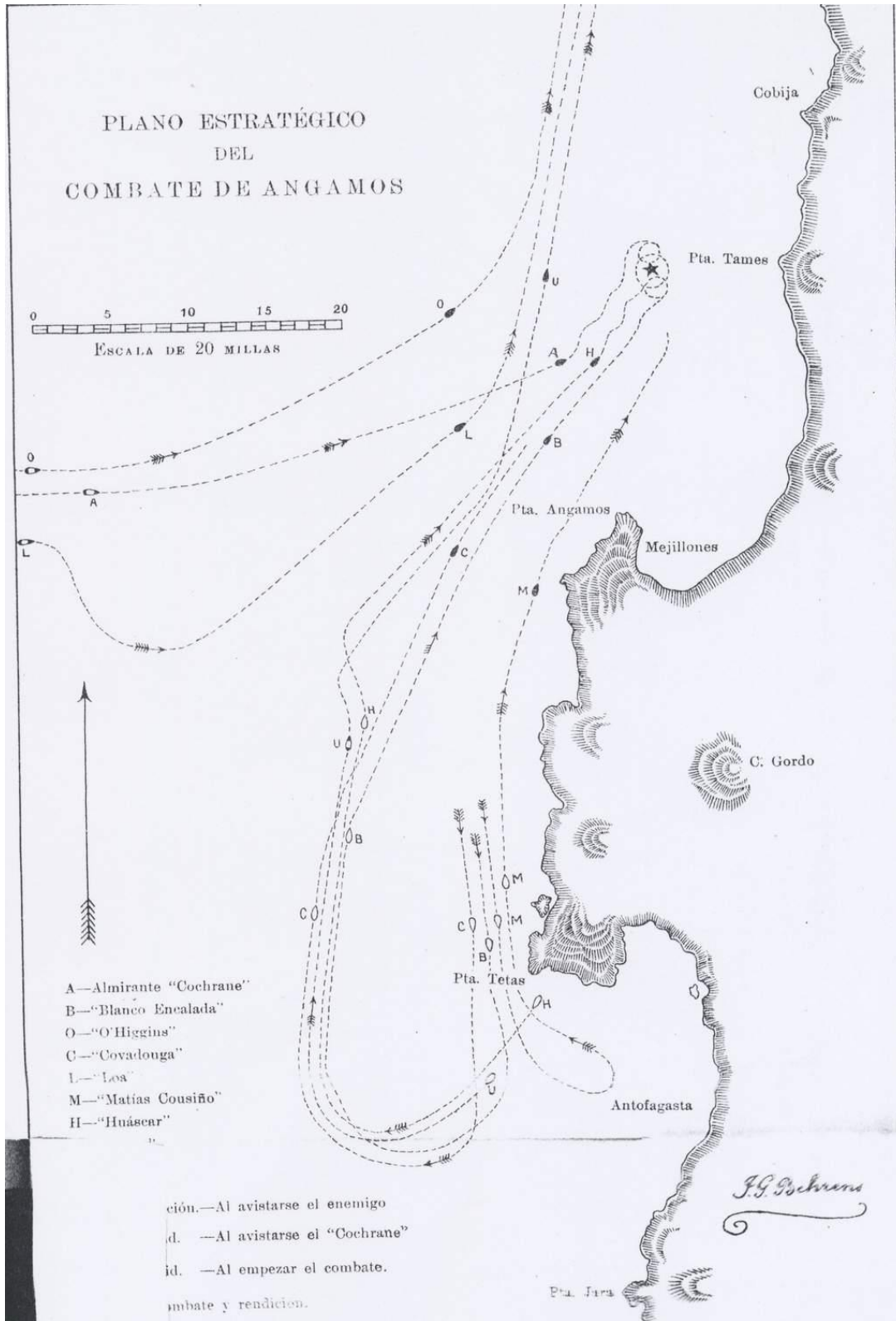
Como se ve, los sueldos no eran una tentación. Sin embargo, viejos, jóvenes y niños corrieron a los cuarteles a tomar las armas en defensa de la Patria.

Hubo cuerpos, como el Atacama y Coquimbo, que llenaron su dotación antes de 48 horas, admitiendo únicamente ciudadanos entre 18 y 25 años.

Añádase a esto, que ninguno quiso recibir el mes de sueldo como prima de enganche. Todos firmaban la filiación con la siguiente nota: “Voluntario por el tiempo que dure la campaña”.

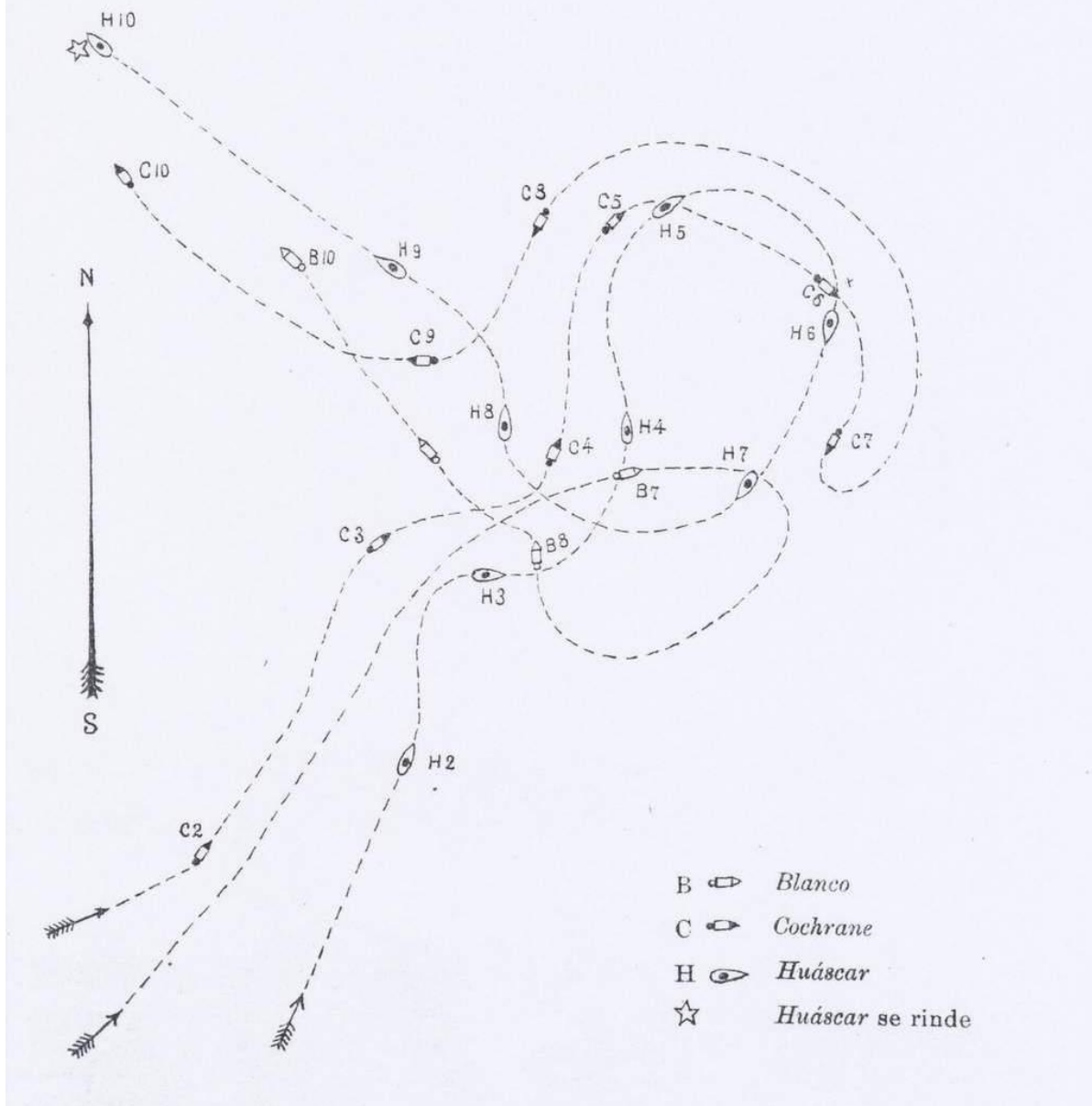
CAPÍTULO XVII.

“ANGAMOS”



PLANO TÁCTICO DEL COMBATE DE ANGAMOS

8 DE OCTUBRE DE 1879.



El capitán Latorre, con el “Cochrane”, “O’Higgins” y “Loa”, fondea el 6 de Octubre en Mejillones, de vuelta de la infructuosa expedición a Arica. Inmediatamente de largada el ancla, telegrafía su arribo al Ministro Sotomayor, comunicándole que el comandante Riveros, no encontrando al “Huáscar” y a la “Unión” en Arica, le ordenó regresar a Mejillones y ponerse a las órdenes del señor Ministro. Sotomayor le contesta que espere órdenes y rellene las carboneras.

Mientras la escuadra anduvo ausente, el Ministro Sotomayor recibe constantes informes de los movimientos de los buques peruanos.

El vigía de Mejillones anuncia a las 7:30 A. M. del 2 de Octubre que la flotilla peruana pasa rumbo al sur a 30 millas de la costa.

Las autoridades de Antofagasta dudaron de la veracidad de la noticia; pero se rinden a la evidencia el 4, día en que el subdelegado de Peña Blanca comunica que el “Huáscar” y la “Unión” hablan con el vapor de la carrera “Chile”, frente a Chépica.

El enemigo había capturado la goleta “Coquimbo”, en Sarco y transpasado la punta de Los Leones.

El “Huáscar” recorre la bahía de Coquimbo el 4 de Octubre en la noche, mientras la “Unión” vigila la boca del puerto.

Ambos buques pasan a la altura de Tongoy el 5, en dirección a Los Vilos, de donde según parece, regresan al norte porque ya no se les divisa en ningún punto del litoral chileno.

Tales anuncios convencen al señor Ministro de que los barcos enemigos regresan al Perú en línea recta, porque como andan sin carbonero, necesitan proveerse de combustible a toda brevedad.

El comandante Riveros fondea en Mejillones en la mañana del 7, de modo que toda la escuadra se encuentra reunida en este puerto, y ahí su jefe se impone de las noticias transmitidas por telégrafo durante su ausencia.

El comandante de la escuadra propone entonces al Ministro el siguiente plan, según consta del parte pasado el 10 de Octubre sobre el combate de Angamos:

“Acordé con los comandantes de buques salir de aquel puerto (Mejillones) a altas horas de la noche, con la escuadra en dos Divisiones. Una formada por las naves de más lento andar, que marcharía a la vista de tierra inspeccionando las caletas y cualesquiera abrigo de la costa en donde pudiera hallarse el enemigo, y otra de naves ligeras, que iría detrás a veinte o veinticinco millas más o menos, lejos de tierra”.

Esa combinación no llegó a realizarse a causa de un telegrama del señor Ministro de la Guerra, en que ordenaba *directamente* al comandante del blindado “Cochrane” que se mantuviese durante esa noche y hasta las doce meridiano del día siguiente, cruzando con la “O’Higgins” y el “Loa” a la altura de Mejillones de Chile. El “Blanco Encalada”, la “Covadonga” y el “Matías Cousiño” debían marchar hacia el sur y cruzar durante la noche no lejos del puerto de Antofagasta.

Sotomayor desechó el plan de Riveros, por temor de que el enemigo al divisar al grueso de la escuadra chilena, buscara su salvación en la fuga, sin atreverse a pelear con fuerzas superiores. Juzgó más acertado que Riveros se situara en las vecindades de Antofagasta, en tanto la 2ª división cruzara frente a Mejillones, en espera del paso del enemigo, al cual debía divisar y perseguir la primera división.

El Ministro como siempre consultó a Santiago, perdiendo un tiempo precioso; y casi falla el plan, porque al aprobar la idea de Sotomayor, el gobierno agrega, a indicación de Santa María, que Latorre debe cruzar a 50 millas de costa.

Las órdenes directas enviadas por el Ministro al comandante Latorre, constan de los tres telegramas siguientes, del día 7:

1ª Instrucción: Los buques enemigos deben regresar al norte, pues se les vió en Coquimbo como a la una de la tarde del 5. Deben hallarse próximos a Antofagasta.

En virtud de estos datos el “Cochrane”, “O’Higgins” y “Loa” deben estar desde luego en observación, avanzándose a Iquique y Arica, y cruzando por la costa peruana entre los puertos indicados, tomarán rumbo que crean más indicado para encontrar al enemigo.

Los buques peruanos recalarán para tomar noticias, sea en Iquique, Mollendo o Pisagua. Encontrados ahí, debe atacarlos y aún en Arica.

Si no encuentra al enemigo, no deberá avanzar al norte de Arica, sino regresar a Antofagasta.

2ª Instrucción: El lunes 6, “Huáscar” y “Unión” pasaron frente a Chañaral; no hay más noticias, por lo cual se cree que regresen al norte.

Creo conveniente, agrega el señor Ministro, *Y así lo hará si lo estima oportuno*, que los buques a sus órdenes crucen esta noche y, parte del día de mañana al frente y a 50 millas al oeste de Mejillones. Es probable de que si la “Unión” y el “Huáscar” no han tocado en algún otro punto de nuestra costa, pasen frente a Antofagasta en la noche de hoy.

El “Blanco” luego que llegue, recibirá el encargo de cruzar frente a este puerto y, de perseguir a los buques enemigos si los encuentra. Esta circunstancia y el crucero frente a Mejillones, paso forzoso de los buques enemigos, sería muy importante.

Recomiendo a Ud. esta idea, y sígala como parte de sus instrucciones hasta la hora del día de mañana que estime oportuna. Si durante este crucero, hasta la hora que Ud. determine, no se hubieren presentado los buques enemigos, seguirá Ud. cruzando al norte, como está prevenido.

Telegrama adicional: Octubre 7 de 1879.

Comandante Latorre: Antes de salir de ese puerto, comunique Ud. el rumbo que piensa seguir para el caso que convenga enviarle algún aviso con el “Copiapó”. Puede Ud. retardar la salida del “Loa” el tiempo que juzgue necesario para comunicarle las novedades que puedan ocurrir dentro de ese tiempo. (Firmado) Rafael Sotomayor.

El comandante Latorre tomó pié de la elasticidad de la frase del Ministro, *si Ud. lo estima oportuno*, para proponerle modificaciones al plan recibido, cosa de encuadrarlo dentro de una situación estratégica a las exigencias del momento.

Desde luego, el crucero a 50 millas de tierra, dejaba enorme claro que podían aprovechar los buques enemigos para arrancar al norte.

En segundo lugar, nuestros marinos tenían conocimiento, de que el “Huáscar” a la vuelta de sus escursiones por nuestro litoral, recalaba siempre en Tocopilla, en donde buenos espías le proporcionaban noticias de nuestra escuadra. En conformidad a estos antecedentes el capitán Latorre envía al señor Ministro la siguiente comunicación, de la cual da conocimiento oportuno al comandante Riveros, y que es la condensación del plan extratético de Angamos:

Comandancia del blindado Almirante Cochrane: Mejillones Octubre 7 de 1879.

Salgo a la media noche para cruzar hasta mañana a medio día en el paralelo de Mejillones, pero sin que se aleje más allá de *veinte millas* de la costa, el buque más cercano a ella, distancia que los buques enemigos estimarán como bastante resguardo.

Creo conveniente, así mismo, manifestar a V. S. que será oportuno variar las instrucciones en la parte que se ordena cruzar entre Iquique y Pisagua, por cuanto es natural que la “Unión” y el “Huáscar”, estarán desde el momento de recalcar a Iquique, sabiendo nuestros menores movimientos, siempre que estos se concreten a cruzar entre Iquique y Arica, y a la vista de tierra, derrotero obligado para los buques enemigos.

Si V. S. acepta la anterior modificación, me permito proponerle de acuerdo con los comandantes de la “O’Higgins” y “Loa”, que nuestros buques se dirijan después del crucero de esta noche directamente a guarecerse tras el cabo Paquica, diez millas al norte de Tocopilla, y esperar ahí la pasada de los buques peruanos hasta el oscurecer del día 10 del presente, en que seguiremos nuestro viaje al norte, procurando amanecer el 11 en Iquique, y el 12 en Arica.

Desde Paquica podría establecerse comunicación con Tocopilla, enviando para este efecto al “Loa” y así imponernos de la oportuna recalada del “Huáscar”, si esta vez, como costumbre, pasa el monitor, antes de seguir a Iquique, por nuestro puerto de más al norte.

No creo conveniente dejar al “Loa” en consideración a la hora de partida y a lo corto de nuestra permanencia frente a Mejillones. Dios guarde a V. S. (Firmado). J. J. Latorre. Al señor Ministro de Marina.

3ª y definitiva instrucción:

Octubre 7.- (Recibido a las 11:17 P.M.).

Comandante del Cochrane: Acepto las modificaciones que Ud. propone a las instrucciones y proceda en todo como Ud. juzgue más oportuno. (Firmado). R. Sotomayor.

Es copia conforme con lo que existe archivado a bordo del “Almirante Cochrane”.- A bordo etc. Abril 30 de 1881.- Luis Artigas C. ayudante de órdenes.

Es de felicitarse por la decisión del Ministro, que dejó a firme el plan de Latorre, y por consiguiente la culminación de la victoria. Es también de notar el caso omiso de la indicación de la ruta a seguir, para enviar al “Copiapó” con noticias. El marino zarpa y solo Díos sabe las vicisitudes que le esperan.

En conformidad a las órdenes impartidas, la 1ª división abandonó a Mejillones a las 10 P. M. del 7, navegando a la vista de costa, con rumbo al sur; y la 2ª División a la media noche, para su crucero frente al puerto.

Orden de batalla de las Divisiones 1ª y 2ª.

Blindado “Almirante Blanco”:

Comandante y jefe de la Escuadra, capitán de navío graduado don Galvarino Riveros.

Secretario, don Eusebio Lillo.

Mayor de órdenes, capitán de corbeta don Luis A. Castillo.

Primer ayudante, teniente 1º don Manuel Señoret.

Segundo ayudante, teniente 2º don Álvaro Bianchi.

Tercer ayudante, guardia marina don Angel A. Gacitúa.

2º Comandante y oficial del detall, capitán de fragata don Juan G. Peña.

Tenientes 1º señores Basilio Rojas y Luis Alberto Goñi.

Tenientes 2º señores Florencio Valenzuela Day, Carlos Krugg, Emilio Jardel y Leoncio Valenzuela C.

Guardias marinas, señores Gaspar García P., Francisco Moreno, Alejandro Silva V., Froilán González, Juan E. Fierro y Eduardo Serrano Montaner.

Aspirantes, señores Esteban Errázuriz, Arturo Cuevas, Roberto Goñi S., Manuel Aldunate B., Juan B. Villa, Manuel A. Castro y Víctor M. Fernández.

Capellán, Presbítero D. Enrique Christi.

Cirujano 1º don Alejo Scherbokoff; y 2º don Francisco Oyarzún.

Contador 1º, don Daniel D. Prieto; y ayudante don Víctor E. Jentzen.

Ingenieros: 1º don Clarence O'Brien; 2º don Manuel Altamirano y don Cipriano Encinas; 3º señores Felipe Morales, Juan de la Cruz Vial, Leandro C. Alvial y Bernardo Ampuero.

Teniente de la guarnición, don Ismael Beytia.

Blindado “Almirante Cochrane”

Comandante, capitán de fragata don Juan J. Latorre.

2º comandante capitán de corbeta gr., don Miguel Gaona.

Teniente 1º oficial de detall, don Juan M. Simpson.

Tenientes 1º señores Javier Barahona, Juan Tomás Rogers, Federico Chaigneau y Ramón Serrano Montaner.

Teniente 2º don Policarpo Toro.

Guardias marinas, señores Luis A. Contreras, José Luis Valenzuela, Vicente Merino Jarpa, Onofre Pérez Gacitúa, Ricardo Borcosque, Ricardo Amengual, Pedro Rencoret, Ricardo Beaugency y Miguel Tejada.

Aspirantes, señores Daniel Gacitúa, Abelarde Pizarro, Benjamin Martínez, Fernando Edwards y Ricardo Ahumada.

Cirujano 1º don Manuel F. Aguirre; y, 2º don Rodolfo Serrano Montaner.

Contador 1º don Emilio Lorca; ayudante don Francisco 2º Leighton.

Ingenieros: 1º don Juan Mac-Pherson; 2º señores José A. Romero y Eduardo VI. Smith; y 3º señores Salustio Formas, Lorenzo Díaz, Julian Castro y Lucas Rodríguez.

Teniente de la guarnición, don Pío Guerrero B.

Corbeta "O'Higgins"

Comandante, capitán de fragata don Jorge Montt.

2º y oficial de detall, teniente 1º don Pablo I. de Ferrari.

Tenientes 2º, señores Alberto Silva Palma, José María Santa Cruz y Lindor Pérez Gacitúa.

Guardias marinas, señores Avelino Rodríguez, Carlos M. Herrera y Víctor M. Donoso.

Aspirantes, señores Manuel Errázuriz, Miguel A. Isaza, José B. Ossa, Manuel A. Bruna y Alberto Chacón.

Cirujano 1º, don Víctor M. Alcérreca; y 2º don Luis Felipe Cabezas.

Contador 2º, don Luciano Gómez Pérez.

Ingenieros: 2º señores Pedro García y Benjamín Trehwela; 3º señores Pantaleón Silva, Pascual Gallardo, y Daniel Olivarez.

Teniente de la guarnición, don Ricardo Eckers.

Goleta "Covadonga"

Comandante, capitán de corbeta don Manuel J. Orella.

2º oficial de detall, teniente 1º Demetrio Eusquiza.

Tenientes 2º señores Tomás 2º Pérez, Eduardo Valenzuela y Miguel Saenz.

Guardia marina, don Miguel Carrasco.

Aspirantes, señores Eulogio Goycolea, Guillermo Benítez y Melitón Gajardo.

Contador 1º don Enrique M. Reynolds.

Cirujano 1º don Manuel Espinosa.

Ingenieros: 1º don Emilio Cuevas; 2º don Protacio Castillo; 3º señores Francisco Montero y Ángel Feites.

Trasporte "Loa"

Comandante, capitán de corbeta don Francisco Javier Molinas.

2º capitán de corbeta graduado don Constantino Banner.

Teniente 1º don Leoncio Señoret.

Teniente 2º Sres. Juan A. Barrientos y Juan de Dios Rodríguez.

Guardias marinas, señores Manuel O. Huidobro y Luis Oportus.

Aspirantes, señores, Alberto Fuentes, Cenobio Bravo y Eduardo Donoso.

Cirujano 1º don Pedro O'Rian.

Contador 2º don Pedro Bordialí.

Pilotos: 1º don Ricardo Went; 2º don Aaron Jarwis.

Ingenieros: 1° don Santiago Willie; 2° don Juan Craig; 3° don Andrés Duncan; y 4° don Samuel Shearrer.

El plan extratético quedaba reducido a su expresión más simple, como todas las concepciones bélicas de mayor éxito: Riveros levanta el ave desde Punta Tetas y la echa sobre Latorre, en el paralelo de Angamos.

A las 3:30 de la mañana del 8, la guardia del “Blanco” avista dos humos por la proa que salen del lado de tierra. El “Huáscar” había explorado la bahía de Antofagasta, mientras la “Unión” vigilaba la boca del puerto. Esta corbeta después de aguantarse largo rato sobre su máquina, puso rumbo a Punta Tetas, donde tenía instrucciones de esperar al “Huáscar”. Este no se hizo aguardar y a las 3:30 A. M. se cambian entre ambos las señales convenidas para el caso. Navegó el convoy hacia el norte a dos o tres millas de tierra, teniendo el Morro Moreno por la cuadra. De repente, el “Huáscar” desvía rápidamente su rumbo sobre el oeste y luego al sudoeste, haciendo señales a la “Unión” de “buques enemigos” forzó su andar.

Los vigías peruanos habían denunciado a su vez la presencia de tres humos al norte; Grau había puesto proa hacia ellos, por si eran trasportes enemigos. Reconocida la 1ª División, el almirante ordena el cambio de rumbo, lo que visto por Riveros pone proa hacia los dos humos, distantes unos 5.000 metros a lo más.

A la claridad del amanecer, se destacan visiblemente el “Huáscar” y la “Unión” que huyen inclinando su rumbo ya al oeste, ya hacia tierra, pero siempre en demanda del norte.

El superior andar de los buques peruanos deja pronto bien atrás a la 1ª División chilena, y toman franca ruta al norte, con la “Unión” a retaguardia. No obstante que la distancia aumenta de cinco a 8.000 metros, los buques chilenos continúan la caza a toda fuerza, en la esperanza de ver surgir por el norte a la 2ª División.

Las máquinas del “Huáscar” desarrollan 52 revoluciones por minuto; la “Unión” a menos andar cubre siempre la retirada.

A las 7 los vigías del “Blanco” gritan humo al norte. Es Latorre que corre a toda máquina rumbo a tierra, a cortar la proa del “Huáscar”. Casi a la misma hora los vigías peruanos anuncian tres humos por el Noroeste. La situación se hace delicada para el almirante Grau; el paso del N. 1/4 E. se halla cerrado por la costa inmediata que le demora a ese lado; el del N. N. O. por la 2ª División; y al S., por la primera que le persigue.

El tiempo pasa y las distancias se estrechan. El Almirante Grau a las 8:30 A. M. llama al ingeniero don Samuel Mac-Mahon, y le ordena hacer cuatro revoluciones más; el ingeniero manda levantar todo el vapor posible, teniendo bien cerradas las válvulas de seguridad para dar mayor presión, alcanzando de 27 a 30 libras de vapor, lo que con 27 pulgadas de vacío da a la máquina de sesenta a sesenta y tres revoluciones, imprimiendo al buque una velocidad de once millas.

El almirante quiere abrise paso para escapar de los cañones enemigos al norte, ya que no tiene otra ruta. Horas antes, habría podido intentar talvez con éxito burlar las expectativas de los jefes chilenos, encarándose con el “Blanco” en la seguridad de que la “Unión” podía dar cuenta de la “Covadonga” y el “Matías”, en poco tiempo. Libre el sur y el suroeste podía elegir ambos rumbos para hacerse humo. Mas el almirante, acostumbrado a distanciar a Williams, optó por el norte, confiado en el andar de sus naves.

Al divisar los humos de Latorre, la escapada era más difícil pero, podía intentarla siempre al sudoeste, aunque el “Cochrane” una vez sobre la pista, no hubiera abandonado la caza.

Como a las ocho, la “Unión” pasa de babor a estribor del “Huáscar”, y desprendiéndose del convoy, se da a la fuga a catorce millas por hora. Continúa el “Huáscar” por su estela, apenas perceptible, con las falcas caídas, y despidiendo poco humo, merced al excelente carbón inglés que reserva para los instantes de peligro.

Son las 8:40. La situación continúa la misma: El “Huáscar” obstinado en abrirse camino, el “Cochrane” empeñado en cortarlo. La distancia entre ambos barcos alcanza apenas a 3.000 metros.

Latorre hace señales a la “O'Higgins” y “Loa” de perseguir a la “Unión”, sin variar él su primitivo rumbo.

Son las 9:20; la carrera continúa vertiginosa. El comandante Grau se convence, de que tiene cerrada la puerta de escape, y resuelve abrirla a cañonazos: hace guñar su buque a babor y dispara sobre el “Cochrane” las dos piezas de la torre. Los proyectiles pasan sobre las bordas del blindado chileno, muy bien dirigidos por los técnicos artilleros ingleses.

Latorre no contesta; enmienda el rumbo verticalmente hacia el monitor gobernando recto sobre él.

Los artilleros del “Huáscar” rectifican la puntería y envían al blindado enemigo una nueva andanada de la torre. Uno de los tiros da en el pescante de proa que levanta el ancla; el otro rasmilla el blindaje de la batería, originando una fuerte conmoción en el buque, a la vez que un gran chorro de vapor se escapa por la chimenea.

Latorre teme algún daño en las máquinas de su nave, y ordena romper el fuego, para evitar que el enemigo escape. Se halla a dos mil metros al adversario. Una de las granadas penetra el blindaje del “Huáscar” a babor y estalla en el interior del departamento de la torre, llevándose doce individuos de los empleados en darle movimiento; otra explota en la misma torre, corta los guardines del timón a babor de la rueda, de combate, dejando al buque sin gobierno, mientras se alista la caña de repuesto.

El “Huáscar” cae sobre estribor debido a un desperfecto en el espolón, que le hace girar a esta banda, cuando se le gobierna con aparatos provisionales. Este defecto quedó constatado por todos nuestros marinos, cuando el monitor formó parte de la escuadra activa de la República.

El cañoneo por andanadas sigue con igual intensidad. Un proyectil chileno da en la torre de mando, desmenuza al almirante Grau y deja moribundo a su ayudante, teniente 1º Diego Ferré; otro proyectil destroza el telégrafo de la máquina y la rueda de gobierno.

El “Huáscar” gira segunda vez a estribor, lo que hace presumir a Latorre, que Grau o quiere ir a vararse a tierra, o vira para usar del espolón, como el monitor termina el giro, cree esto último, y ordena avante a toda máquina para oponer espolón a espolón; y para no perder fuerza impulsiva deja en funciones la hélice de estribor, pues cesando el movimiento habría acelerado la virada, pero con pérdida de la marcha avante.

No se efectúa el choque por continuar la virada del “Huáscar”, cuya popa pasa a 200 metros de la línea longitudinal del blindado. Latorre aprovecha la oportunidad para lanzarle una andanada y colocarse a una de sus aletas dominándolo con su mayor andar, y despedazándolo a tiro corto con sus piezas mayores que multiplican las bajas.

El monitor toma rumbo al norte, a las órdenes del capitán don Matías Aguirre, sucesor de Grau, quien sucumbe bien pronto hecho pedazos por un proyectil. Toma el mando el capitán don Melitón Carvajal, que herido por un casco, declina el puesto en el teniente 1º don Pedro Garezón.

Hubo un momento en que Latorre ordena cesar el fuego por la arriada del pabellón enemigo; pero como lo izará nuevamente el teniente don Enrique Palacios, trueno otra vez la artillería.

Como antes dijimos, errado el espolonazo, el “Cochrane” dispara la batería de estribor; una de las granadas de esta andanada atraviesa la bobedilla, estalla en el interior de la cámara del comandante, mata la gente de los aparejos de la caña de gobierno y destroza los aparatos.

Por tercera vez cae el monitor a estribor; Latorre se lanza al espolón, en los precisos momentos en que entra el “Blanco” a la lucha e inicia igual maniobra sobre el “Huáscar”, que al continuar girando, hace que el buque insignia se interponga entre él y el “Cochrane”.

El “Blanco” entra en acción a las 10:15 A. M.

Pudo haber ocurrido una colisión espantosa, que evitó la pericia y sangre fría de Riveros y Latorre: el “Cochrane” vira en redondo y pone proa al norte; el “Blanco” vira al sur y aprovecha la contra borda para echar sobre el “Huáscar” a boca de jarro, toda la batería de estribor.

Uno de los proyectiles estalla en la cámara del comandante y concluye de arrasar los aparatos de gobierno; y otro, atravesando el blindaje de la torre de combate, estalla dentro, mata a los sirvientes e inutiliza el cañón de la derecha.

La “Covadonga” que consigue entrar en acción, hace acto de presencia con un disparo.

La posición 7 del “Huáscar”, marcada en el croquis que acompañamos, indica el punto en que pudo tener efecto la colisión, cosa a la verdad no improbable, aún en ejercicios, por una falsa maniobra.

Los rápidos movimientos de nuestros blindados que enderezaron para el norte y sur, dejaron claro al monitor para arrancar al oeste, alargando la distancia de 200 a 1.200 metros. Como sus máquinas funcionaban perfectamente, pretendió aprovechar esta oportunidad para escapar; pero los blindados obran rápidamente. El “Cochrane” le bate a mansalva por su aleta, en tanto el “Blanco” sigue la línea de su quilla.

No hay salvación. Algunos marineros gritan que están rendidos, otros se arrojan al agua, otros bajan la bandera. Latorre, que no quiere caer en otro lazo, ordena con la bocina, parar la máquina. Cumplida la orden, cesa el fuego y botes del “Blanco” y “Cochrane” toman posesión de la nave rendida, de la cual el comandante Riveros nombra jefe al capitán de fragata don Guillermo Peña. Eran las 10:55 A. M. El combate había durado una hora y treinta y cinco minutos.

Los botes que abordaron al monitor, a cargo del mayor de órdenes don Luis A. Castillo del “Blanco”, y del teniente 1º don Juan M. Simpson del “Cochrane”, no tuvieron que vencer resistencia alguna. El teniente Garezón ordenó abrir las válvulas y había cuatro pies de agua en la sentina, los ingenieros enemigos se apresuraron a cerrarlas al mandato de los oficiales chilenos. Se apagaron igualmente algunos principios de incendio a proa.

Durante el trasbordo de prisioneros, hubo un incidente cómico. Al embarcarse, un oficial peruano dice en voz alta que va a saltar la Santabárbara. El teniente Simpson ordena entonces: “Ninguno baja a los botes. Aquí saltamos todos.” Y se detuvo el embarco de prisioneros. Pero nada ocurrió; aquello era un desahogo tropical.

Tripulado el “Huáscar” marchó en convoy con nuestra escuadra a Mejillones, pues las máquinas estaban enteramente corrientes, llevando la bandera chilena al pico del palo mayor.

Mientras se desarrolla el drama de Angamos, la “O’Higgins” y el “Loa” persiguen a la “Unión”, que avanza velozmente al norte.

La caza era infructuosa dado el andar de los contendientes: 14 millas la “Unión”, 11 la “O’Higgins” y 13 a 14 el “Loa”, buque mercante de la Compañía Sudamericana, armado en guerra.

A las 12:30 el “Loa” se encuentra a 3.000 metros de la “Unión”, en tanto la “O’Higgins” dista ya 12 millas al sur, perdiendo distancia momento a momento.

El capitán don Francisco Javier Molinas, del “Loa”, quiere a toda costa obligar a detenerse a la “Unión” para entrar en combate, y dar tiempo a la “O’Higgins” de acercarse. El comandante García y García, no obstante sentirse cañoneado por Molinas, hace caso omiso de tales provocaciones. Molinas colocado a 2.000 metros de la “Unión” dispara cinco proyectiles con el cañón de proa sin que la corbeta detenga su fuga.

Para cubrir su responsabilidad, García y García convocó a consejo de guerra a los jefes del buque, capitán de navío don Nicolás F. Portal, comandante de la “Unión”; 2º jefe, capitán de corbeta don Juan Salaverry; 3º capitán de corbeta don Emilio Benavides; mayor de órdenes, capitán de fragata don Gregorio Pérez; y jefe de la Columna Constitución teniente coronel don Leopoldo Flores Guerra. Se resolvió por unanimidad que si alguno de los buques se ponía a tiro de cañón se aceptaría combate; pero si esto no ocurría, debía continuarse la ruta.

Algunos oficiales heridos en su pundonor, subscribieron una acta en sentido contrario, pidiendo se hiciera algo por auxiliar al “Huáscar”; pero merced a ciertas influencias, no se efectuó la presentación.

La persecución alcanzó hasta Huanillos de donde regresaron a Mejillones la “O’Higgins” y “Loa”, echando anclas en este puerto en la mañana del 9 de Octubre.

Observaciones relativas al combate de Angamos.

1ª Hemos dicho ya que el plan del capitán Latorre, aprobado por el Ministro de la Guerra, constituye una concepción extratáctica acabada para encerrar al “Huáscar” en un círculo sin salida. El objetivo era el monitor; a su captura o destrucción debían converger todas las actividades.

Respecto a la ejecución táctica, no cabe observación alguna a los encargados de realizarla.

El comandante Riveros maniobra para arrojar a los buques enemigos sobre la línea de Latorre; éste, en cuanto divisa los dos humos de la escuadrilla peruana, y los tres de la 1ª División chilena, allá a lo lejos, a retaguardia, concreta sus esfuerzos a cerrar al monitor el camino del norte, para después atacarlo y destruirlo. Maniobra a cortarlo por la proa, recibe impasible el fuego de la artillería gruesa y se resuelve a empeñar el combate cuando tuvo la seguridad de que la presa no se escaparía de sus garras.

Desde ese momento, emplea todos los recursos acumulados en su barco, para hacerlos servir a sus planes. Usa el espolón, la artillería, las ametralladoras y los rifles. Todas las armas las concentra para el éxito de la empresa.

Durante la acción, toma siempre la ofensiva, que es la precursora del triunfo; cuando cree que Grau va a servirse del espolón, vira rápido para chocar de frente, impulsando su buque a toda máquina. Sigue el principio táctico de arremeter al enemigo cuando éste inicia el ataque de espolón.

En la segunda caída del “Huáscar” a estribor, no se esfuerza mucho por espolonearlo, pues colocado por su aleta, tiene al enemigo seguro bajo la presión de sus fuegos, disparando a mansalva.

El “Huáscar” baja la bandera, pero no para la máquina; ejercita un ardid de guerra, no conforme a los usos de ella. Como el enemigo iza nuevamente su pabellón, el “Cochrane” rompe los fuegos con mayor intensidad. Este engaño le sirve de lección para cañonear al “Huáscar” la segunda vez que arrió la insignia, hasta que acató la orden de parar la máquina.

2ª Con respecto al papel desempeñado por la “O’Higgins” y “Loa”, baste decir que llenaron su misión más allá del estricto cumplimiento del deber. Molinas, comandante del transporte, pudo ser hundido antes de recibir protección de la “O’Higgins”, cuando ésta quedó distanciada doce millas; pero él quería provocar combate, para entretener al enemigo y hacer que se trabara la “Unión” con la “O’Higgins”.

Un combate entre ambas corbetas por las alturas de “Huanillos”, se habría decidido entre ambas naves únicamente, pues era imposible dada la distancia el acercamiento de alguno de los blindados chilenos, como efectivamente ocurrió.

¿Cuál habría sido el resultado de la acción entre la “O’Higgins” y la “Unión”, descartando al “Loa”, que habría sido hundido sin esfuerzo?

García y García debió haber explotado esta situación, que le permitía tentar fortuna con probabilidades de éxito. Los peruanos habrían dicho perdimos un blindado en combate contra dos; pero hundirnos dos buques con uno nuestro, en inferioridad numérica, si la fortuna hubiera acompañado a la “Unión”. En caso contrario, habría caído batiéndose en el campo del honor.

No aceptar una lucha con la “O’Higgins” merece naturalmente plena desaprobación.

Con respecto a su desertión en Angamos, las opiniones están divididas. Unos le censuran, otros aprueban su conducta.

Los sentimentales habrían celebrado verlo hundirse con el bicolor al tope al lado del “Huáscar”, lo que indudablemente habría ocurrido con dos o tres granadas de los blindados chilenos que dieron prueba de admirable puntería. Habría caído sin prestar apoyo el que menor al buque de su insignia. Estéril habría sido el sacrificio para la causa del Perú.

Salvado conservaba su buque para el futuro, para correrías o empresas arriesgadas que con audacia podía hacer mucho daño al enemigo.

No formamos al lado de los que hacen cargo al jefe peruano por la arrancada de la “Unión” en Angamos; la guerra es práctica, y el material y la vida deben perderse con provecho.

Pero leí que merece justo reproche es haber huido ante la “O'Higgins”, sin siquiera cambiar un par de tiros, o contestar al reto del “Loa” echando a pique a este buque de comercio, sin protección alguna y con artillería lisa y anticuada.

3ª El “Huáscar” se dirigió a Mejillones por sus propias máquinas, que se conservaron intactas, no obstante las serias averías sufridas por la nave. Esta resistencia honra a los astilleros ingleses, y al almirante Salcedo, chileno, que vigiló la construcción del monitor desde la perilla a la quilla.

Nuestros blindados arrojaron sobre él 76 granadas Palliser, cargadas con cartuchos de 50 libras de pólvora, en cañones de nueve pulgadas; pues bien, los artilleros chilenos alcanzaron veinte impactos en los 76, tiros, es decir, un término medio de 26,33% a una distancia comprendida entre 2.200 y 200 metros.

De los veinte proyectiles acertados, catorce hicieron blanco en partes nobles acorazadas, y solo cuatro en la amurada o sobre la cubierta.

He aquí los principales impactos:

a.) Granada que perforó la plancha de blindaje de la derecha, hizo explosión y los fragmentos chocaron con el muñón derecho del cañón de la derecha, averiándolo, así como a un ángulo de la cureña.

b.) Granada que perforó el blindaje de la torre. Al estallar, algunos fragmentos chocan contra la culata del cañón de la derecha y rompen el alza.

c.) Granada que perfora el blindaje frente a las máquinas. Causa graves destrozos, y destruye los botes de este costado.

De nuestra parte, las pérdidas materiales no fueron de consideración. Los artilleros contratados del “Huáscar”, como técnicos profesionales, hicieron cinco impactos sobre el “Cochrane” con los cañones de 300 de la torre de combate, en esta forma:

a.) Granada en el blindaje exterior que afloja los pernos de una plancha.

b.) Granada que entra por la derecha del casco y sale por el lado opuesto, destrozando el camarote del Comandante y otras dependencias.

c.) Granada que se introdujo por proa, alojándose en el casco.

d.) Granada que rasmilla la coraza cerca de la línea de flotación.

e.) Granada que azota el costado izquierdo del blindado.

El “Blanco” y “Covadonga” no recibieron proyectiles del enemigo.

4ª Municiones. He aquí las consumidas por los blindados

Granadas de 9 pulgadas:

		Total
“Blanco”.....	31	
“Cochrane”.....	45	76

Granadas comunes de 20 libras:

“Blanco”.....	6	
“Cochrane”....	12.....	18

Granadas de 9 libras:

“Blanco”.....	4	
“Cochrane”....	4.....	8
Granadas dobles de 7 libras:		
“Blanco”.....	2	
“Cochrane”... 12.....		14
Tiros de ametralladoras:		
“Blanco”.....	250	
“Cochrane”... 500.....		750
Tiros de rifle Comblain:		
“Blanco”... 1000		
“Cochrane”. 1000.....		2000

No conocemos el gasto del “Huáscar”.

5ª Las bajas personales del monitor fueron crecidas. Tenía a bordo 205 hombres de almirante a grumete: de estos murieron 51, cayendo prisioneros 144, comprendidos los heridos.

Rindieron la vida durante la acción, el contralmirante don Miguel Grau, el capitán de corbeta don Elías Aguirre, los tenientes primeros don Diego Ferré y don Manuel Melitón Rodríguez.

Entre los heridos, figuran el capitán de fragata don Manuel Carvajal, el sargento mayor don José M. Ugarteche, el teniente 1º don Pedro Garezón, el teniente 2º don Mariano Bustamante, el cirujano mayor don Santiago Távara, y los aspirantes Domingo Valle Riestra y Federico Sotomayor.

El “Cochrane” sufrió 7 bajas de la tripulación, entre ellas, un muerto. El “Blanco” y “Covadonga” no tuvieron pérdidas en el personal.

6ª La muerte del almirante Grau causó hondo pesar en nuestro país, que hacía justicia a su carácter leal y levantado. Durante sus correrías procuró suprimir males innecesarios, que no tuvieran un fin de positiva ventaja para la causa de su patria.

El comandante Riveros se hizo eco del sentimiento de la armada consignando en el parte de la batalla la siguiente declaración:

“La muerte del contralmirante peruano don Miguel Grau ha sido muy sentida en esta escuadra, cuyos jefes y oficiales hacían amplia justicia al patriotismo y al valor de aquel notable marino”.

El gobierno se asoció al duelo, y ordenó que los restos del almirante y compañeros recibieron sepultura en el cementerio de Mejillones, con todos los honores de ordenanza.

Así se hizo. El 9 de Octubre se celebraron en este puerto unas solemnes honras en honor de los caídos abordo del “Huáscar”.

Asistieron a los oficios, fúnebres, el Ministro de Marina don Rafael Sotomayor, el general en jefe don Erasmo Escala, el jefe de Estado Mayor General coronel don Emilio Sotomayor, el comandante del batallón Chacabuco, don Domingo de Toro H., el jefe de Zapadores teniente coronel don Ricardo Santa Cruz, el delegado de la Intendencia General don Máximo R. Lira, los cirujanos Teodosio Martínez Ramos, Rafael Infante y Julio Gutiérrez, buen número de jefes y oficiales, del ejército y marina, y caracterizados vecinos de la localidad.

El Batallón Chacabuco y Zapadores escoltaban los féretros, colocados sobre catafalcos de campaña adornados con trofeos de armas.

Se oficiaron tres misas de réquiem: una por el capellán mayor don Florencio Fontecilla y las otras dos por los capellanes, Ruperto Marchant Pereyra y R. P. Madariaga.

Al depositarse los restos en las respectivas fosas, los batallones Chacabuco y Zapadores hicieron las descargas de ordenanza.

7ª Al saberse la captura del “Huáscar”, un viva a la marina nacional resonó de uno a otro extremo del país.

S. E. el Presidente de la República se hizo eco del regocijo general y se apresuró a felicitar... ¿a quién? ... ¿a Riveros? ¿a Latorre ?..... Veamos el telegrama:

Moneda, 9 de Octubre: Ministro Sotomayor: En el glorioso triunfo obtenido ayer por nuestra escuadra te corresponde una buena parte por las acabadas disposiciones para encontrar los buques peruanos. Recibe mis felicitaciones.- Pinto.

El ministro Sotomayor, haciendo justicia al mérito, felicitó en la misma tarde del 8 al comandante Riveros y en su persona a toda la marina, a nombre propio y del gobierno, por tan brillante victoria.

Poco después, la Comisión Conservadora aprueba por unanimidad de votos, el mensaje del Ejecutivo, en que solicita su acuerdo para conferir a Riveros el empleo de Contralmirante y a Latorre el de Capitán de Navío. Después se decretan otros merecidos ascensos.

8ª La noticia de que el “Huáscar” salía de Mejillones con rumbo a Valparaíso, produjo una revolución de entusiasmo en la costa.

Llovieron telegramas al Ministro Sotomayor para que permitiera la pasada del Monitor por algunos puertos. Fueron tantas las instancias, que el Ministro acordó que el buque tocara en Chañaral, Caldera, Huasco y Coquimbo, donde su arribo fué motivo de grandes demostraciones patrióticas.

La entrada a Valparaíso tuvo los caracteres de una soberbia apoteosis. No resistimos a la tentación de transcribir algunas líneas de las publicaciones de aquella época:

A las 12 del 19 de Octubre, los vecinos de Valparaíso oyeron con indecible entusiasmo tres disparos de artillería: era el anuncio de que al día siguiente, a la misma hora, entraría al puerto el buque esperado.

Efectivamente, el “Huáscar” estuvo a la vista a las siete de la mañana del 20. Poco ántes había llegado de Santiago el cuerpo de Bomberos Armados. A esa hora también comenzó a embanderarse la ciudad y las naves fondeadas en la rada subían a los mástiles sus banderas y gallardetes.

El “Huáscar” se llevó cruzando en la boca del puerto hasta las doce del día, a cuya hora puso proa al fondeadero y comenzó a andar muy lentamente.

De la bahía se desprendieron centenares de chalupas, botes, lanchas y pequeñas embarcaciones adornadas con banderas, flores y coronas, cargadas de gente. Desde el muelle hasta tres millas afuera se había formado una cuádruple fila de estas embarcaciones. Algunas hubo que llegaron hasta el mismo “Huáscar”, cuando apenas se divisaba su casco de la población.

A las 12:30 comenzaron los fuertes a disparar sus cañones, empezando por el Rancagua y terminando por el Callao.

A esa hora, desde Playa Ancha hasta Viña del Mar, se veía un espeso cordón de espectadores, de todas condiciones y sexos que ocupaban las esplanadas, la playa, las colinas, las rocas mismas donde rompen las olas.

Cuando llegó el “Huáscar”, de los cerros, de los muelles, de los buques y embarcaciones menores, de todas partes, se lanzó un grito grandioso y unísono de “¡Viva Chile!”.

A las 12:30 se detenía en la estación del puerto, la Comisión de señoras de Santiago, que traía la bandera obsequiada al “Huáscar” chileno.

La Comitiva fué recibida en la estación por el Intendente don Eulogio Altamirano, la Municipalidad y el Directorio de la Filarmónica.

Poco antes de la una, el monitor soltaba anclas no lejos de la esplanada, y lo esperaban ahí multitud de chalupas y lanchas.

A la 1:30 salió de la Intendencia la comitiva que debía recibir abordo la bandera peruana del “Huáscar”. La componía el señor Intendente, don Eulogio Altamirano, el comandante general de Marina contralmirante Goñi, el comandante Riveros, varias señoras y caballeros, jefes del Ejército y

Armada, que llevaban la rica y hermosa bandera de seda que las damas de Santiago obsequiaban al monitor capturado en Punta Angamos.

Formaban cadena en la plaza de la Intendencia, el batallón de infantería, el 2º de artillería cívica y los Bomberos Armados de la capital.

La plaza de la Intendencia estaba adornada sencillamente. Sobre la estatua de Cochrane se alzaban gallardetes con colgaduras de mirtos y flores.

A las dos de la tarde, la comitiva se embarcaba en dos faluas de nuestros buques de guerra y se dirigía al “Huáscar”.

En la primera embarcación iban las señoras Emilia Herrera de Toro, Emilia Márquez de la Plata de Santa María. Intendente Altamirano, contralmirante Goñi, comandante Riveros, Itmo. y Rdm. arzobispo electo don Francisco de Paula Taforó.

Llegados abordo, una comisión de señoras puso en mano del jefe de la nave la bandera que fué inmediatamente bendecida por el señor Taforó, sirviendo de madrinas las señoras Herrera de Toro y Márquez de la Plata de Santa María y de padrinos los señores Altamirano y Goñi.

La bandera fué izada a la popa del monitor, y el Sr. Taforó pronunció una bellísima alocución tomando como tema este dístico:

Pacem reliquo vobis;

Pacem meam do vobis.

(Paz con todos los hombres; paz con nosotros mismos).

A las tres, la comitiva estaba de vuelta y hacía su entrada a la plaza de la Intendencia.

A la cabeza marchaba la banda del N° 1 cívico, enseguida la Bandera de la “Esmeralda”, encontrada abordo del “Huáscar” el 8 de Octubre, llevada por marinos del “Blanco”; después la bandera peruana del monitor, llevada por ocho marineros del “Blanco”, con don Miguel Dávila a la cabeza.

La marcha del muelle a la Intendencia se hacía casi imposible. Un mar de gente invadía cuanto local se encuentra en ella, y muchas personas estuvieron expuestas de perecer asfixiadas.

La comitiva seguía la calle formada por las fuerzas cívicas y los bomberos de Santiago en dirección al Espíritu Santo.

Imposible es describir los gritos de júbilo que el pueblo lleno de entusiasmo lanzaba al divisar el pabellón peruano.

Encabezaban la columna, después de los bomberos, los alumnos de las escuelas públicas, y seguía el resto de la comitiva oficial. Las tropas formadas en columnas de honor, que venían de retaguardia, desfilaron delante de S. E. el Presidente de la República, que se encontraba en uno de los balcones del Palacio de la Intendencia.

El comercio había cerrado sus puertas y de los balcones se arrojaban flores y se vivaba a Chile.

Poco antes de las cuatro, la comitiva llegaba a la parroquia del Espíritu Santo. Se había tenido la precaución de mantener cerradas las puertas del templo, que de lo contrario, habría sido invadido desde las primeras horas de la mañana.

Apesar de esto, costó un triunfo a muchos de la comisión para penetrar al recinto a presenciar el Te Deum oficiado por el cura párroco señor Salvador Donoso.

El contralmirante Goñi, dirigió las siguientes sentidas palabras al señor cura, al poner en sus manos la bandera capturada:

“Al templo de Dios vengo, señor cura, a entregaros en depósito la bandera peruana que enarbolaba el monitor “Huáscar” el 8 de Octubre, en que fué rendido por nuestros bravos y diestros marinos en combate leal.

Al entregaros este trofeo, tengo encargo de rogaros lo conduzcáis hasta el altar de la patria, en dónde el pueblo de Valparaíso con vos, nos postremos para dar las gracias al Ser Supremo por la

protección que nos ha dispensado, y pedirle a la vez guíe al pueblo chileno que henchido de patriotismo camina a la victoria”.

El señor Donoso recibió la reliquia en un brillante discurso; e inmediatamente se celebró el solemne Te Deum. La artillería hizo salva mayor antes y después de la ceremonia.

La comitiva oficial se dirigió de la parroquia a la Intendencia a cumplimentar a S. E. y Ministerio, en tanto el pueblo se dirigía a visitar al “Huáscar”, y a las funciones patrióticas que la Municipalidad costeaba en el Municipal y en el Circo.

En la noche se quemaron en la bahía lujosos fuegos artificiales.

Una acción espontánea de nuestro pueblo da el relieve del culto por la patria y sus héroes. Los visitantes del “Huáscar”, preguntaban por el sitio en donde murió Prat, y al mostrárselos, se arrodillaban y besaban el lugar en que rindió la vida el héroe de Iquique.

CAPÍTULO XVIII.

En vísperas de expedicionar a Tarapacá.

El combate de Angamos limpió la mar de enemigos; la “Unión”, único barco de guerra que restaba al Perú, necesitaría mucho coraje para aventurarse sola a los mares del sur, a las costas chilenas, dada la distancia de sus bases navales de Arica y Callao.

Nuestros transportes podían circular libremente, sin necesidad de las consabidas custodias; pero la Comandancia General de Marina siguió haciéndolos acompañar con buques de guerra.

El 11 de Octubre, tres días después de la captura del “Huáscar”, sale de Valparaíso un convoy compuesto de los vapores “Itata” y “Lamar”, el aviso “Toro”, el vapor de ruedas “Toltén”, escoltados por la cañonera “Magallanes”. El “Itata” conduce 900 hombres del regimiento movilizad Lautaro, y el “Toltén” 200 individuos del mismo. El “Lamar” tiene a bordo 200 granaderos a caballo, y una batería de artillería de campaña, con su ganado, atalajes y municiones.

El regimiento Lautaro se componía de repatriados del Perú, gente joven, robusta y muy conocedora del territorio enemigo, en donde habían ejercido sus actividades especialmente en trabajos de minas, ferrocarriles y salitreras. Comandaba el cuerpo el coronel don Mauricio Muñoz, veterano de las guerras de Arauco, ascendido a ese alto puesto desde la clase de soldado. El cuerpo debía completar su instrucción en La Serena, cuya ciudad guarneecía el batallón Coquimbo, que reemplazó al Lautaro a bordo del “Lamar”.

La escuadrilla fondeó en Coquimbo bajo una lluvia torrencial; no obstante, desembarcaron sin contratiempos 1.100 lautaros y se embarcaron 550 coquimbos, merced a la atención personal del comandante general de armas e intendente de la Provincia, don Antonio Alfonso.

La escuadrilla pasó después a Caldera, en donde tomó a bordo al batallón Atacama; de ahí marchó directamente a Antofagasta, para fondear el 15 de Octubre en dicho puerto.

Los ex-reclutas saludan con gritos entusiastas la tierra de promisión, en la cual divisan no los abundantes racimos que apenas conducen dos cananeos, sino la vida militar en plena actividad, con sus penas y sus lágrimas; sus alegrías, sus ensueños y más allá la muerte bajo la bandera.

Noveles soldados, inscritos al calor del patriotismo, traen latente el fuego sagrado de sus primeras impresiones; todos sueñan en escalar fuertes y tomar trincheras.

El comandante en jefe del ejército del norte, general don Erasmo Escala, recibe al *Coquimbo* y *Atacama*, en el muelle del ferrocarril, por el cual desembarcan ambos cuerpos, en la mañana del 16.

Varias bandas tocan alegres piezas durante el desembarco, en señal de bienvenida.

Los dos batallones se presentan como una halagadora esperanza para un jefe observador: jóvenes, bien conformados, robustos, endurecidos en las rudas faenas de las minas, acostumbrados a la obediencia, y libres del contacto de los ociosos de las ciudades, aportan un valioso contingente de guerra.

Constituyen la expresión genuina del minero del norte, de ese luchador infatigable que en la punta saliente de la roca, con el abismo a los pies, maneja el pesado combo, sin preocuparse de que se cierne sobre un pique de cincuenta o más metros, verticales.

Domina, pues, el elemento minero, gente de nervio tan sumisa como enérgica, tan heroica como generosa.

Un hecho ocurrido en la Higuera, pocos días antes de la guerra, retrata con fidelidad el temple de estos hijos del trabajo.

Incendiábanse unas piezas en el establecimiento de la mina Casas, de propiedad de los señores Juan y Pedro Pablo Muñoz. En una de las habitaciones se encontraban depositadas algunas decenas de barriles de pólvora inglesa, y lo peor aun, uno estaba empezado y por consiguiente abierto.

Se consideraba inminente la explosión, y por consiguiente la ruina del mineral.

Acude el administrador; a la voz, “saquemos la pólvora, niños”, entra al edificio, le siguen los trabajadores y empiezan a desfilar los barriles envueltos en los ponchos, por entre las llamas. El peligro queda conjurado en pocos minutos, y muy merecida fué la gratificación que el establecimiento obsequió a los salvadores.

Acciones parecidas se efectúan sin jactancia; son tan naturales, que los autores no las recuerdan después.

No obstante su valor intrínscico, los *compadres Atacamas* y *Coquimbos*, como se llamaban familiarmente, arrancan algunas veladas sonrisas, de parte de los concurrentes, por el deslucido traje con que se presentan; el último viste mezclilla azul, uniforme cosido por las damas serenenses, pues no se obtuvo del Gobierno ni vestuario, mi equipo, por la sencilla razón de que no había. La guerra nos cogió desprevenidos.

Pero bien pronto cambian de pelillo; el Atacama recibe uniforme negro y de brin el Coquimbo.

El general Escala obtuvo lo que no consiguió su antecesor, la organización del cuerpo de ingenieros militares, cuyos elementos andaban dispersos en distintas unidades, sobre la base de los cien hombres de tropa de la Compañía de Pontoneros y Constructores. Se nombró comandante al teniente coronel graduado don Arístides Martínez; segundo jefe al sargento mayor don Baldomero Dublé Almeyda; capitanes a los señores Emilio García y Manuel Romero; teniente, a don Manuel Martínez, todos ellos del arma de ingeniería militar. Con estos efectivos se formaron dos compañías. Creóse también una compañía de cargadores y desembarcadores, destinada al servicio de la Intendencia General, con esta dotación y sueldo mensual:

Un capitán con 70 pesos.

Un segundo con 55 pesos.

Un tercero con 50 pesos.

72 lancheros con 25 pesos cada uno.

53 jornaleros con 25 pesos cada uno.

La unidad quedó encuadrada dentro del régimen militar, con derecho a rancho, uniforme de brin y capote de los devueltos a la comisaría. Después de la primera revista de comisario, se les dió rifle para la defensa.

Formóse también otra compañía de abastecimiento del ejército, con ración y la siguiente planta y sueldo mensual:

Un desembarcador con 125 pesos.

6 ayudantes con 80 pesos cada uno.

1 guarda almacenes con 150 pesos.

4 ayudantes con 80 pesos cada uno.

4 proveedores de división, a 125 pesos cada uno.

La compañía quedó a las órdenes de la comisaría general, con derecho a uniforme y armamento, y bajo el imperio de la ordenanza general del ejército en campaña.

El Gobierno aprobó también la creación de una “Partida de Exploradores” compuesta de treinta jóvenes contratados por el tiempo que fueren necesarios sus servicios.

Cada “explorador” ganaría treinta pesos mensuales, sin derecho a rancho, ni gratificación alguna especie. Eran jóvenes acomodados que aportaban también las cabalgaduras.

La “Partida” se ocupó exclusivamente de observar al enemigo, internándose a veces centenas de leguas, allende los límites fronterizos de las repúblicas enemigas.

Acercábase la marcha; la orden general recibida con hurras entusiastas, dispuso que los cuerpos permanecieran listos para marchar. Los de línea tenían naturalmente la preferencia; de los movilizados llegados últimamente, que lo eran el regimiento Esmeralda y los batallones Atacama y Coquimbo,

debían quedar dos en la plaza. Como estas dos últimas unidades eran las menos antiguas, el Estado Mayor dispuso que pasaran a formar en la reserva, comandada por el general don José Antonio Villagran, que tenía como jefe de Estado Mayor, al coronel don Raimundo Ansieta.

Los comandantes Martínez, del Atacama y Gorostiaga, del Coquimbo, no se resignaban a quedar distanciados de la línea de fuego, e idearon una inocente treta para conseguir formar parte de las fuerzas expedicionarias.

El Coquimbo tiraba muy bien al blanco, pues se había ejercitado diariamente en La Serena durante varios meses. Como usaba entonces fusil Minié, de cargar por la boca, y este armamento tenía inmensa dotación de tiros a bala, pudo usarlos a destajo; el Atacama por su parte, era notable para las cargas a la bayoneta, practicadas en las arenosas cerrilladas copiapiñas.

El comandante Gorostiaga solicitó permiso para efectuar con su cuerpo un tiro de guerra, a 400, 500 y 600 metros, al que asistieron naturalmente el general Escala y el coronel Sotomayor, jefe de Estado Mayor.

El término medio de impactos alcanzó un promedio de once tres cuartos, porcentaje no obtenido por ningún cuerpo de línea.

En la pampa de Antofagasta había un alto cerro llamado del Ancla, con una agria ladera hacia el oeste. Todos los cuerpos habían efectuado cargas a la bayoneta hasta alcanzar la cima; la distancia estaba medida y tomado el tiempo.

El comandante Martínez solicitó autorización para ensayar la prueba. Después de un lucido ejercicio presenciado por el general y jefe de Estado Mayor, manda formar en batalla y tocar ataque. Arman y calan bayonetas los atacamas; rompe la banda con los acordes de la calacuerda; resuena el consabido ¡Viva Chile! y el batallón carga hasta la cumbre del Ancla, conservando la formación. No queda, un rengado y cubre la distancia en las dos terceras partes del tiempo empleado por los otros cuerpos.

La orden general del día siguiente dispone que los dos batallones mineros formen parte de la expedición. Leída la orden, los comandantes encabezan tres hurras, por las futuras batallas y por la gloria, de la bandera.

Las colonias atacameña y coquimbana residentes en la plaza, dan en la tarde espléndidos banquetes a los jefes y oficiales comprovincianos, por su designación para ir a batirse contra los enemigos de la Patria.

¡Qué tiempos de entusiasmos, de abnegación, de patriotismo!

El señor Ministro de la Guerra acumula en tanto antecedentes respecto al punto más favorable para el desembarco del ejército en la costa de la provincia de Tarapacá. En Agosto próximo pasado había reconocido minuciosamente los puertos y caletas, a bordo del “Blanco”, en unión de distinguidos jefes y oficiales, que tomaron debida nota de la configuración del litoral. El señor Sotomayor tenía su conciencia formada,

Dos corrientes de opinión dividían el Gabinete; algunos Ministros, encabezados por don Domingo Santa María, optaban por la campaña a Lima; otros Ministros, a quienes acompañaba S. E. el Presidente, preferían la expedición a Tarapacá, por razones específicas que no tardaron en hacerse camino, y que había esplayado el teniente coronel don José Francisco Vergara, actualmente secretario general del ejército en campaña.

Por fortuna el Presidente logró atraerse a su bando al señor Santa María.

Se decidió la ofensiva a Tarapacá tanto por opinión de caracterizados jefes, cuanto por exigencias de política financiera e internacional.

Dueños de Lima, decía el Presidente, haríamos la paz, talvés sin garantías efectivas de resarcirnos de los cuantiosos desembolsos bélicos; dueños de Tarapacá, el salitre constituye una fianza sólida, que nadie puede disputarnos, como poseedores de la cosa.

Don Aníbal había resistido la guerra; pero rotas las hostilidades, siguió firme las diversas vicisitudes.

En Antofagasta se hacían los estudios de movilización; en el Ministerio de Guerra en campaña, y en el Estado Mayor General.

El señor Ministro reunía consejos de jefes del ejército; de jefes de marina; y de altos directores de otras reparticiones, como intendencia, sanidad, transportes, etc.

Todo esto, naturalmente, distanciaba a los señores general Escala y Ministro Sotomayor, esterilizando preciosas energías.

Los jefes de cuerpo, llamados particularmente por el señor Ministro, acudían a las reuniones; pero en cumplimiento de su deber daban inmediata cuenta de las decisiones al jefe de Estado Mayor General.

Lo mismo ocurría con los jefes de marina; después de las conferencias enviaban el respectivo memorándum al almirante de la escuadra y a la comandancia general del ramo.

El general Escala tenía un carácter afable y llano, ajeno a toda clase de interés personal; pero como militar, no transijía en cuanto a las disposiciones de la ordenanza.

El art. 6º del Tit. LIX, del servicio de campaña, subordina únicamente al general en jefe, a los oficiales generales y particulares del ejército. (Ordenanza General del Ejército).

No podía, pues, mirar impasible tales reuniones que se efectuaban a su espalda.

El art. 28 del mismo título es más terminante. “Todo mando militar ha de residir en uno solo, y éste responde de sus operaciones”.

El señor Ministro era un trabajador infatigable; robaba aun horas al sueño para dedicarlas a sus laboriosas tareas.

Como paisano creía con la mayor buena fé que el Ministro debía ocuparse de todo, disponerlo todo, y saberlo todo. Abarcaba la totalidad de los servicios y hasta en las pequeñeces se hacía sentir su acción. Este sistema esterilizaba cooperaciones técnicas preciosas.

En los primeros días de Octubre, el problema de la invasión al territorio peruano, quedó resuelto en principio por el Gobierno; se expedicionaría, no obstante la amenaza de que el “Huáscar” y la “Unión” hostilizaran el convoy.

Quedó en claro, que había peligro; pero que se le afrontaría.

Resucita la expedición, se puso sobre el tapete, el problema estratégico:

¿Dónde debía asestarse el golpe? O más claro, ¿dónde debía atacarse la línea enemiga, en Moquegua, Tacna o Iquique?

Se hicieron estudios a conciencia, animados todos los dirigentes del mejor buen espíritu. Tres puntos merecían seria atención:

a) Desembarco en Pacocha, extremo norte de la línea, en el valle de Moquegua.

b) Desembarco en Iquique, extremo sur de la línea.

e) Desembarco entre Pacocha e Iquique, en algún punto intermedio de la línea enemiga.

El desembarco en Iquique tenía muchas probabilidades de éxito.

Es el mejor puerto de los tres comprendidos entre Camarones y el Loa; le siguen en facilidad, Pisagua y Patillos. De las innumerables caletas, merecen atención únicamente dos: Junín y Caleta Buena.

La bahía de Iquique se extiende desde Punta del Morro, por el sur; y el Colorado por el norte. Contiene cinco caletas: Morro, donde la compañía Barrenechea construyó su muelle; Bargman; Molino de Flores, Gibraltar, Aduana, Nevería y Puntilla.

Al norte del Colorado se encuentra el Anzuelo, playa arenosa y ancha; y más allá a sotavento de Punta Colorada, se halla la caleta de este nombre, que el 6 de Noviembre de 1873, quedó habilitada

para la exportación de productos nacionales e introducción de útiles para las industrias salitrera y agrícola.

Al sur de Punta del Morro, están las caletas de Mejillón y Molle; ésta presta abrigo, pero las embarcaciones corren peligro por la corriente.

El 29 de Noviembre de 1877, se perdió, yéndose sobre una roca situada al sur, la barca inglesa “Miami”.

En 1839, don Jorge Smith construyó un andarivel, que no dió resultado, para bajar el salitre desde la altura. Después se estableció un ingenio, para el beneficio de los minerales de plata de Huantajaya.

Un ejército numeroso, de las mejores tropas peruanas, defendía a Iquique; la operación habría demandado crueles sacrificios. Pero, la guerra es la guerra.

Supongamos tomada la plaza. El ejército enemigo se replegaría sobre Tarapacá, en demanda de su conjunción con el de Tacna, Arica y Moquegua, quedando burlado el plan estratégico chileno, de destruir o tomar prisioneras estas tropas.

Igual cosa ocurriría con un desembarco en Patillos, donde el ejército tendría a su frente el desierto arenoso, sin ningún recurso. Allanadas las dificultades, y vencido el enemigo, había también certeza de que el plan estratégico chileno quedaría igualmente burlado.

El desembarco en Pacocha, presentaba el inconveniente de que nuestra línea de comunicaciones quedaba muy larga y expuesta a ser cortada por los buques peruanos.

Restaba entonces por aceptar Pisagua, Junín o Caleta Buena.

Los que conocen el teatro de operaciones, aplauden la decisión de no tomar tierra en Caleta Buena, 35 K. M. al norte de Iquique.

El señor coronel Ekdahl es partidario de esta caleta, por las siguientes razones:

1° No había guarnición. Claro; la caleta se defiende por si sola.

2° Presenta mejores condiciones de desembarco. Error, no tiene sino un atracadero.

3° Porqué la Geografía Militar del general Boonen Rivera dice que tiene buen tenero. En 1879, Boonen Rivera era subteniente del Coquimbo y no podía influir su geografía que escribió años después.

Paz Soldan en la completa Geografía del Perú, no menciona esta caleta.

El señor ex Presidente Billingham, en su estudio sobre la Geografía de Tarapacá, dice que ella fué elegida por los salitreros de Agua Santa, para embarcar su producción de salitre.

Al efecto, construyeron un camino carretero desde Negreiros al alto de Caleta Buena, y colocaron un andarivel hasta la playa.

Más tarde, bajo la dominación chilena, construyeron un ferrocarril; pero dejaron el andarivel, porque el terreno no permitía bajar la línea férrea.

En Noviembre se experimentan bravesas de mar, originadas por el viento norte; a veces sopla sur y sureste huracanado.

Demos al ejército en tierra, subiendo a gatas hasta el Alto.

Ahí tendría que estacionarse y construir caminos en la cuesta para caballos y mulas. La artillería de montaña podía subirse a pulso.

¿Y la de campaña? ¿Y las carretas y carretones del parque y bagaje? ¿Y las pesadas impedimentas de la Intendencia Militar y Sanidad?

Además, el Alto carece de agua. Habría que ir a buscar a la Noria o Iquique, en donde hallaríamos de guardia al ejército peruano en buenas posiciones y mejor atrincheramiento.

Una autoridad en la materia, se expresa en los siguientes términos:

“El interior del país es de arena y salitre; un vasto desierto de espantosa aridez, sin agua ni vestigios de vegetación; de tal manera que un ejército sin ferrocarril, aparte de la fatiga consiguiente, no

puede marchar sin grandes convoyes de agua, víveres, forraje, municiones e impedimenta a lomo de mulas. (Coronel Celso N. Zuleta, Historia Militar del Perú, pág. 114)”.
El Estado Mayor rechazó de plano esta caleta.

Quedaba por elegir entre Pisagua y Junín.

Los diversos consejos de guerra celebrados en Antofagasta, estudiaron las contingencias que presentaban ambos puertos. El señor Ministro dejó el asunto en suspenso, por temor a las indiscreciones, según dice el señor Bulnes.

La captura del “Huáscar” despeja el horizonte y de ahí la inminente orden de marcha; todos los acuerdos enunciados quedan vigentes.

No nos cansaremos de repetir que el Ministro era un obrero infatigable; pero la tarea superaba las fuerzas de un solo hombre, especialmente en materias que requerían cálculos prolijos y base de conocimientos técnicos.

Pero tenía la convicción, honrada seguramente, de creerse el único capacitado para dirigir las operaciones de la campaña; de ahí que absorbiera todas las funciones para resolver todos los problemas de mar y tierra, sin detenerse a considerar si invadía o no atribuciones propias de los responsables del ejército y la armada.

El 11 de Octubre recibió la nota del Gobierno que ordenaba la salida de la expedición, previa convocatoria de un Consejo de Guerra para determinar el lugar del desembarco y las operaciones anexas a tan delicado problema de guerra, cual es tomar tierra a mano armada contra un enemigo atrincherado.

El señor Sotomayor se mostraba siempre deferente con el Gobierno, a quien consultaba hasta en minucias vulgares. Esta vez, ocurre lo contrario. Prescindiendo lisa y llanamente de la reunión, del Consejo de Guerra, ordenada por el Gobierno, resolvió por sí y ante sí, cuestión tan grave, en que se jugaban los destinos de la patria, y se lanzaban a la muerte a 10.000 chilenos.

El señor Bulnes, ten su deseo de paliar la extraña actitud del señor Ministro, dice:

“El Presidente dejaba en completa libertad a Sotomayor de resolver las operaciones en proyecto y el gabinete deseaba que ese punto se acordara en un Consejo de Oficiales presidido por el señor Ministro. Pero había un inconveniente muy grave para aceptar esta indicación. Lo resuelto por el Consejo no se habría podido mantener en reserva, y sabiéndolo el Perú, acumularía sus fuerzas en el punto amenazado, y expondría a nuestro ejército a un rechazo”. (Bulnes, Guerra del Pacífico, pág. 514, Tomo I).

Pamplinas. Los Estados Mayores del ejército aliado sabían perfectamente que el ejército chileno, conducido por mar, desembarcaría en Pisagua, con tres meses de anticipación.

He aquí los documentos oficiales:

Primer Telegrama.

Tacna, julio 24 de 1879. (7:55 A. M.). Al Capitán General Daza. Pisagua.

Acabo de recibir aviso de Santiago, fecha 11 de julio. Santa María vino a Antofagasta para mandar una fuerte expedición aparentemente por tierra, pero positivamente por mar. Objetivo, Pisagua. No lo dude Ud. Doy aviso al Supremo Director. - *General Jofré.*

Segundo Telegrama.

Tacna, julio 24. (7:55 A.M.). Excmo. Señor General Prado.- Arica.

Acabo de recibir aviso de Santiago, fecha 11.

Vino Santa María a Antofagasta para despachar una gruesa expedición aparente por tierra. Objetivo resuelto. Pisagua. Por de mañana daré detalle. *General Jofré*.

Grave es la estigma con que el señor Bulnes marca la frente de los generales Escala, Baquedano y Villagrán; de los coroneles Sotomayor, Urriola, Arteaga y Muñoz; y de comandantes como Ramírez, Velásquez, Martínez, y cien más, muchos de los cuales rindieron la vida en el campo del honor. Tales héroes no podían ser traidores, para divulgar secretos del Consejo, cuyas decisiones se reservan bajo palabra de honor.

El absoluto mutismo del Ministro, acerca del lugar del desembarco, contrasta con su conducta cuando reveló a Arturo Prat la partida del almirante Williams al Callao, secreto que su jefe había confiado enteramente a su discreción.

El señor Ministro tenía reuniones diarias con los señores Isidoro Errázuriz, José Francisco Vergara, Eusebio Lillo, David Mac-Iver, el caballero repatriado don Bernardo de la Barra, y el capitán del Lautaro, don Luis Santa Ana, antiguo residente en Tarapacá, y conoedor del interior de la provincia.

A este Consejo de técnicos *in partibus* se unía el capitán don Carlos Condell, único jefe de marina de la confianza del Ministro. Quedaban preteridos los comandantes don Patricio Lynch, don Juan José Latorre, don Manuel Thompson y otros jefes de alto valer en la armada.

Apesar del sigilo, era secreto a voces que el debate fluctuaba en si se daría preferencia a Pisagua sobre Junín o vice-versa. Y como ambos puertos están vecinos, la razón del señor Bulnes, de que el Perú acumularía fuerzas en el punto amenazado, cae por su base.

Don Luis Santa Ana alegaba por el desembarco en Pisagua, (y lo decía a quien quería oírlo) opinión que compartían algunos miembros del consejo; por el contrario, don Bernardo de la Barra, predicaba el desembarco en Junín.

Los consejos de estos *cucalones* constituían los sabrosos comentarios del día, en los cuarteles, en las cantinas, en los Clubs y en la sociedad.

Y aquí cabe una rectificación al señor Bulnes, que dice:

“Esa juventud, (los oficiales, movilizados), falanje valerosa de cucalones que ingresaban a Antofagasta, a buscar por todo premio la muerte o las penalidades, imprimió a la campaña un sello nacional. (Bulnes, Guerra del Pacífico, Tomo I, pág 347)”.

Es una herejía llamar cucalones a los oficiales activos, que iniciaban la ruda campaña y que la continuaron hasta el tratado de Ancón.

El vocablo *cucalón* tiene muy distinto significado.

El sobrenombre *Cucalón* viene de este apellido bien conocido en la alta sociedad de Lima. Un joven de esta familia se embarcó como corresponsal en el “Huáscar”, para tomar impresiones y trasladarlas después a la prensa.

En una de sus correrías, el monitor huye perseguido por el “Blanco”. Se habían bajado las falcas, de manera que el lomo de acero de la cubierta quedaba como única comunicación entre proa y popa.

Durante la fuga, el joven Cucalón quiere trasladarse de uno a otro extremo de la nave; resbala y cae al mar. Del castillo de popa le arrojan un salvavidas, y adiós.

Pasa el “Blanco” a revienta válvulas; el joven impresionista, aferrado al salvavidas, clama socorro, y se le lanza otro salvavidas, y adiós.

De aquí el apodo de cucalón a los que iban a la guerra de puros cantores.

Hubo muchos, muchísimos civiles, a quienes la Patria debe servicios inolvidables; pasando por alto al señor Ministro, que rindió la vida en aras del deber, tenemos a Lillo, a Godoy, a Lira y a varios otros patriotas eminentes; pero hubo cucalones que no estuvieron a la altura de chilenos.

Eran segundones o sobrinos de distinguidos santiaguinos, mandados de cualquier cosa, a ganar sueldo y gratificación, que volvían al sur para ascender.

Un hecho sugestivo:

Algunos cucalones, no obstante el buen rancho que les servían en común, enviaron un día, individualmente, por raciones a la Delegación de la Intendencia. El jefe, don Juan Buenrostro, caballero porteño, tan hermoso de apellido como desmedrado de físico, rechazó el pedido.

Los diarios de Valparaíso y Santiago tronaron contra el mal servicio de la Intendencia. El señor Dávila Larraín, Intendente, hombre de mundo, caballero a carta cabal, comprendió la situación, ordenó despachar los pedidos singulares y se acabaron los ataques a la Delegación.

Un día supieron que habían llegado unos barriles de vino añejo de Elqui, enviados por el Comité de La Serena para los enfermos y heridos del Coquimbo. Llovieron los giros, no por litros, sino por decálitros. Los cucalones se tomaron todo el añejo; los agraciados ni lo olieron. Conviene decirlo y predicarlo a cuatro vientos. Si Chile se vé envuelto alguna vez en otro conflicto armado, (que tarde o temprano habrá de venir), nada de cucalones, nada de corresponsales de diarios.

Bismarck decía con razón: El fusilamiento de un centenar de periodistas, ahorra un centenar de miles de vidas al ejército.

Y, tenía razón: La pérdida del “Rimac” se debió únicamente a la falta de discreción de la prensa chilena.

El corresponsal de “El Ferrocarril” fué una ejemplar excepción, como honrado y como discreto. La honestidad debe ser la característica del periodista.

No ocurrió lo mismo con “El Mercurio”; su corresponsal abusó tanto del nombre del diario y de la personalidad de los editores, que hubo de expulsársele del teatro de las operaciones, con la amenaza de una represión material dolorosa en caso de infracción.

El que estas líneas escribe sirvió la corresponsalía de dos diarios: “El Nuevo Ferrocarril” de Santiago y “El Coquimbo” de La Serena. Si este pecado mortal le cierra las puertas del cielo, bien merecido lo tiene.

Los jefes del ejército y armada, fuertemente vinculados a dirigentes en la capital, conocían en Antofagasta la orden del Gobierno, para la convocatoria de un Consejo, que estudiara el lugar del desembarco y determinara los preparativos de tan delicada operación; más, conocedores del carácter del señor Ministro, y convencidos de que no habría tal consejo, el Estado Mayor General reunió a los jefes de cuerpo para estudiar en los croquis levantados por los ingenieros militares los puertos de Pisagua y Junín.

La opinión casi unánime de los militares dirigentes y principales jefes de marina, estaba por el ataque a Pisagua, en cuyos dos desembarcaderos podía poner pie en tierra simultáneamente, una vanguardia de 600 hombres. Esto, sin perjuicio de ocupar a Junín, para amenazar a Hospicio, retaguardia y punto de apoyo de los acantonamientos de Pisagua, con un fuerte destacamento.

Resumen: Ataque frontal en Pisagua; desembarco auxiliar en Junín.

Sobre esta base, sin preocuparse de las lucubraciones del señor Ministro de la Guerra, el Estado Mayor elaboró el plan general del asalto, que obtuvo la aprobación de los jefes y el Vº. Bº. del Cuartel General.

El general Escala, Sotomayor, jefe de Estado Mayor y los jefes de cuerpos, no podían preceder de otra manera. Criminal habría sido cruzarse de brazos, ante la expectativa de jugar la suerte del país en una ardua acción de guerra, cuyo éxito ningún general puede considerar seguro.

Por otra parte, el ejército debía velar por su honor.

Supongamos una derrota, y nuestro ejército en parte deshecho, en parte caído en el campo de batalla.

¿Quién cargaría con la responsabilidad del desastre?

¿El Ministro civil que actuaba en Antofagasta?

El general en jefe, en primer lugar, y los demás militares en su grado, respondían los únicos ante el país, y ante la ley.

La Ordenanza del Ejército sanciona implacable la actuación de cada cual: en caso de derrota, el señor Ministro se retiraría a la vida privada y sus consejeros civiles se desbandarían sigilosamente, pues si bien les afectaba responsabilidad moral, no les cabía responsabilidad penal alguna; la ley descargaría todo su peso sobre el general del ejército en campaña y demás jefes.

La próxima salida al territorio peruano tenía los ánimos contentos. El general se mostraba remozado. Visitaba los cuarteles, revistaba las tropas, se imponía del estado del armamento y equipo, ordenaba revistar las municiones, caramayolas y botas, para cerciorarse del buen estado de conservación. Como viejo soldado, ningún detalle escapaba a su mirada escrutadora, no para censurar, sino para remediar.

A modo de los jesuitas, que antes de emprender viaje dan una vuelta alrededor del claustro para evitar las composturas de las cargas en el camino, así el general hacía salir a los cuerpos en diversas horas a la pampa, enteramente equipados en tren de combate. Jamás faltaba algo que enmendar, para alivio del soldado o el mejor servicio. Presenciaba todas estas revistas, y en las últimas se manifestaba satisfecho, felicitaba a los jefes de unidades por el buen estado de las tropas listas para el combate.

El Ministerio de la Guerra, la Intendencia, la Comisaría y demás oficinas anexas trabajaban desde las primeras luces del alba hasta entrada la noche, en la organización de los bagajes para su remisión a bordo.

La Intendencia General ordenó una visita de fondeo a las naves al ancla en la bahía, para la acertada distribución a bordo del material de guerra, dando naturalmente preferencia a los víveres y agua de racionamiento diario, calculado para diez mil hombres y 1.500 bestias.

Los embarcadores firmaron el siguiente cuadro de la capacidad de los transportes:

	TONELADAS	
BUQUES	Carga	Registro
“Itata”.....	1.211.....	780
“Amazonas”.....	1.200.....	1.000
“Loa”.....	1.260.....	800
“Lamar”.....	1.300.....	900
“Limari”.....	900.....	600
“Matías Cousiño”.....	900.....	760
“Santa Lucía”.....	500.....	350
“Copiapó”.....	800.....	400
“Huanay”.....	350.....	187
“Paquete de Maule”.....	350.....	187
“Elvira Alvarez”.....	1.000.....	300

Debemos agregar un centenar de toneladas del “Toro”, utilizado para llevar municiones; y descontar 450 toneladas de la “Elvira Alvarez”, que siempre conservaba a bordo para contingencias, 300 de carbón inglés y 150 de municiones.

Terminada la cuestión víveres, quedaba el estudio de la provisión de agua, materia difícil y delicada, en atención a que el ejército iba a desembarcar en una zona que carecía en absoluto de este elemento.

Para la mejor resolución, la Intendencia hizo llevar el siguiente estado de la capacidad de los estanques de los transportes designados para el viaje:

Buques	Toneladas de los Estanques
“Itata”.....	280

“Amazonas”	300	
“Loa”	600	
“Lamar”	250	
“Limarí”	200	
“Matías Cousiño”	32	
“Santa Lucia”		50
“Copiapó”	300	
“Huanay”	10	
“Elvira Alvarez”	120	

Total, 2.142 toneladas, más o menos, alrededor de veinte millones de litros, para surtir a diez mil individuos, por pocos días.

Débase contar además, con el poder productor de las naves del convoy, capaces de resacar agua. Dichos buques eran los siguientes:

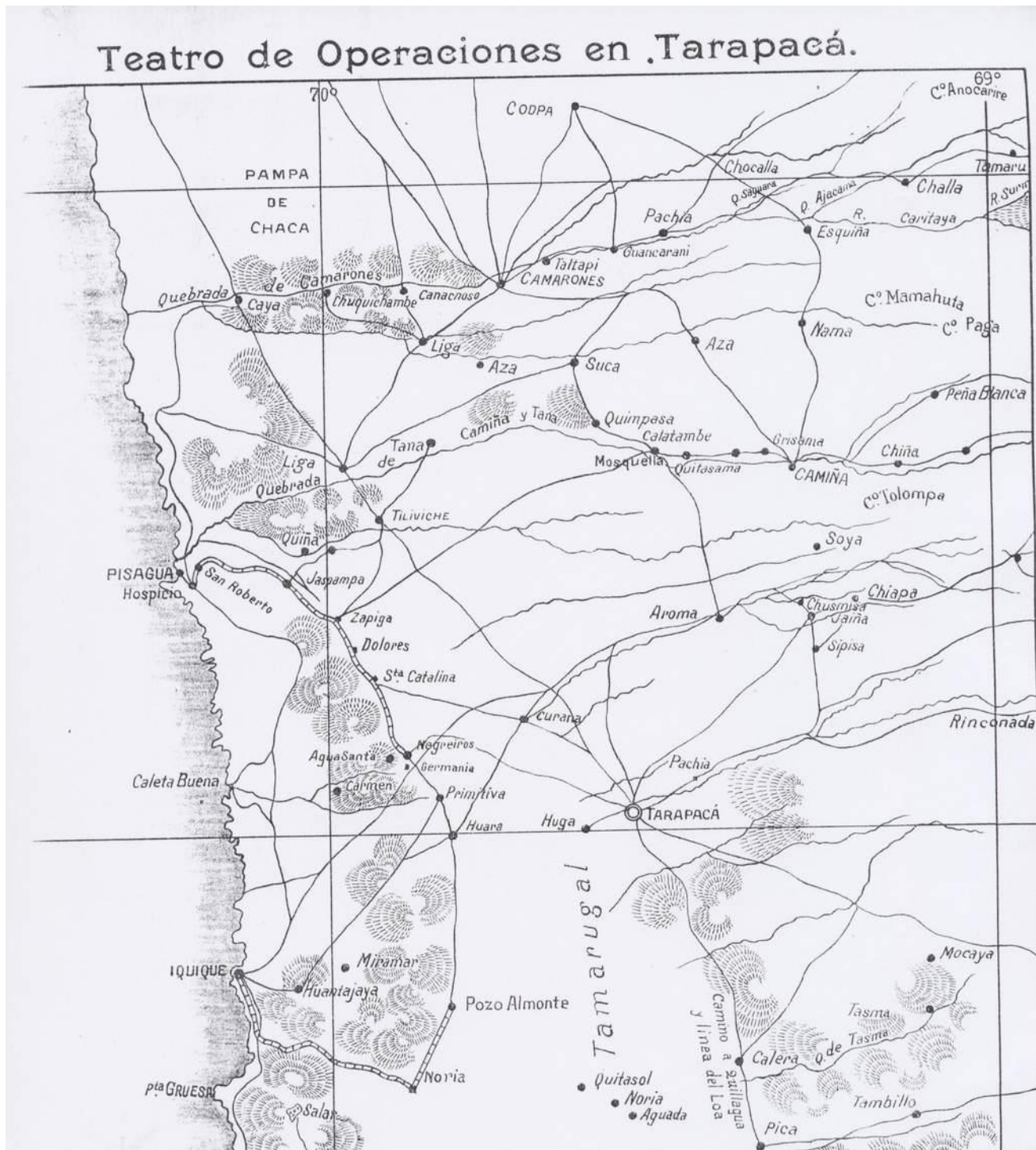
Buques	Litros por 24 Horas
“Cochrane”	17.325
“Itata”	11.750
“Amazonas”	11.000
“Limarí”	2.000
“Matías Cousiño”	7.000
“Santa Lucía”	10.000
“Copiapó”	450
“Huanay”	1.200

Los condensadores de los barcos enumerados, dan cerca de setenta mil litros diarios de agua potable, de la cual hay que alimentar las calderas.

Con igual minuciosidad fueron estudiándose los factores municiones, maestranzas, animales, forraje, y por último los combatientes, para determinar la exacta distribución en las naves.

CAPÍTULO XIX.

Embarco del ejército.



Nuestra flota, anclada en la bahía de Antofagasta, mecíase a impulso del vaivén de las olas; en líneas paralelas, formaban los vapores, veleros, destinados a conducir el ejército a los campos de batalla.

Con toda lógica, se procedió al embarque de la carga pesada, estibándola de preferencia. Se aprovecharon para ello, las horas de bonanza en la barra, porque cuando se cierra, no hay quien la cruce, ni aun en circunstancias apremiantes. El único hombre de hígados que dominó los remolinos, fué el *Patria*, conocido fletero que jugaba con su bote en las crestas de las olas, y lo conducía con la mano hasta el otro lado de las rocas que circundan el fondeadero. Ese hombre prestó importantes servicios gratuitos en las faenas de embarque, pues conocía la bahía mejor que su propia casa. No sabemos qué suerte haya corrido este abnegado servidor anónimo, como tantos otros, que en ese tiempo ofrendaron a la patria su trabajo personal, sus haberes y su vida.

La mar se mostró propicia y el trabajo marchó rápido, aunque retardado por el desembarque de la gruesa carga destinada a la guarnición de reserva, que debía quedar en Antofagasta.

Pasaron a bordo, las municiones, víveres, forraje, carros de maestranza y del parque, aparejos del bagaje, y demás impedimentas propias de un ejército destinado a una invasión en territorio enemigo.

Vino enseguida la provisión de agua, que se hizo en conciencia, repletándose los estanques de las naves.

Tocó después el turno al ganado de las armas montada, y de los servicios complementarios, que se mantuvo en tierra hasta última hora, para economizar el forraje a bordo y aminorar el aniquilamiento de los animales. La operación se realizó con felicidad; no hubo más accidente que una lancha volcada en las rompientes, cargada con caballos. Los fleteros sacaron los animales a nado hasta la playa, ahogándose uno solo, enredado en el cabestro.

La distribución del ganado a bordo se efectuó en la siguiente forma:

Nave	Cuerpo	Ganado
“Loa”	2° de línea.....	3
“.....	Artillería de campaña.....	80
“.....	Cazadores a caballo.....	125
“.....	Artillería de campaña.....	80
		—————
		288
“Itata”.....	Regimiento 3° de línea.....	5
“.....	Artillería de montaña.....	41
“.....	Cazadores a caballo.....	25
“.....	id. id.	129
		300
“Copiapó”.....	Regimiento Buin, 1° de línea.....	5
“.....	Artillería de montaña.....	46
“.....	Mulas para municiones.....	9
		—————
		60
“Limarí”.....	Batallón Atacama.....	3
“.....	Artillería de montaña.....	11
		—————
		14

“Matías Cousiño”.....	Batallón Chacabuco.....	3
“Abtao”.....	Regimiento 4º de línea.....	3
“Paquete de Maule”.....	Batallón Coquimbo.....	2
“Huanay”.....	Regimiento 2º de línea.....	3
“Lamar”.....	Cazadores a caballo.....	30
“Elvira Álvarez”.....	Granaderos a caballo.....	100
	Total general:.....	853

El 26 tocó embarcarse al ejército.

ORDEN DE BATALLA DEL EJÉRCITO.

Cuartel General.

General en jefe, don Erasmo Escala.

Ayudantes. Capitán de navío don Enrique Simpson; tenientes coroneles don Juan de Dios Vial Maturana, don Federico Valenzuela, don Samuel Valdivieso y don Justiniano Zubiría.

Sargentos mayores, don Jorge Wood y don Juan Francisco Larraín.

Tenientes, señores Guillermo Lira Errázuriz, Ramón Dardignac y Domingo Chacón,

Estado Mayor General.

Jefe de Estado Mayor, Coronel don Emilio Sotomayor.

Primeros Ayudantes: Teniente coronel don Diego, Dublé Almeyda; id. graduado don Evaristo Marín, sargentos mayores don Belisario Villagrán y don Fernando Lopetegui.

Sargentos Ayudantes: Capitanes, señores Francisco Pérez, José María Borgoño L., Francisco Villagrán y Marcial Pinto Agüero.

Agregados: Teniente coronel don Roberto Souper; sargento mayor, don José María 2º Soto.

Cuerpos.

Ingenieros militares.

Comandante: teniente coronel don Arístides Martínez.

Sargento mayor: don Baldomero Dublé.

Capitanes: don Francisco Javier Zelaya y don Manuel Romero Hodges.

Capitanes agregados: don Federico Stuen y don Augusto Orrego Cortes.

Subtenientes: señores Víctor Badilla y José Domingo Salas E.

Artillería.

Comandante: teniente coronel don José Velásquez.

2º jefe: teniente coronel don José Manuel 2º Novoa.

Sargentos mayores: don José de la Cruz Salvo, don Benjamín Montoya y don Exequiel Fuentes.

Capitanes ayudantes: señores Santiago Frías y Delfín Carvallo.

Porta-estandarte: alférez don Salvador Ladrón de Guevara.

Agregado: capitán don Rafael 2º Garfias.

Cirujano: don Elías Lillo; *practicante*, don Wenceslao Pizarro.

1ª Brigada.- Capitanes, don Eulogio Villarreal, don Roberto Wood.

Tenientes: don Gumercindo Fontecilla y don Filomeno Besoain.

Alfereces: señores Rodolfo Guillermo Prat, José Joaquín Aguirre, Roberto Aldunate, José Manuel Ortúzar, Santiago Faz y Julio Puelma.

2ª Brigada.- Capitanes, señores Abelardo Gallinato, 3, Braulio Dávila.

Tenientes: señores Federico 2º Walton y don José Antonio Errázuriz.

Alfereces: señores Juan María Díaz, Caupolicán Villota, Zacarías Torreblanca, Juan Bautista Calderón, Pedro Nolasco Vidal y Reinaldo Boltz.

3ª Brigada.- Capitanes, señores José Joaquín Flores y Pablo Urizar.

Tenientes: don Gustavo Leonhard y don Belisario Rivera Jofré.

Alfereces: señores Lorenzo Cir, Eduardo Sánchez, Armando Díaz, Guillermo Armstrong, Heraclio L. Álamos y Juan García.

Parque.- Teniente, don Manuel H. Maturana.

Alfereces: don Juan Benavides y don Ricardo Aguilera,

Agregados: tenientes don Diego A. Argomedo, don Eduardo Sanfuentes, don José Keller Bannen y don Manuel Escala.

Alfereces: don Virginio Sanhueza, don Federico Videla, don Guillermo 2º Nieto.

Infantería.

Regimiento Buin 1º de línea.

Comandante, teniente coronel don Luis José Ortiz.

2º jefe, teniente coronel don José María del Canto,

Sargento mayor, don Juan León García.

Capitán ayudante, señor José E. Vallejo.

Abanderado, don Pedro del P. Pérez.

Aspirante, don Eduardo Ramírez.

Agregados, subtenientes don Milcíades Fernández y don Ramón B. López.

Capitanes, señores Juan Ramón Rivera, Nicolás 2º Jiménez, Ramón Valenzuela, Ruperto Fuentealba, Enrique Valenzuela, Ruperto Salcedo y Francisco L. Fuentes.

Tenientes, señores Tristán Plaza, Salvador Mora, José Luis Araneda, Parmenión Sánchez, Manuel A. Baeza, José Manuel Donoso y Luis E. Ortiz O.

Subtenientes, señores Leonidas Urrutia, Belisario Cordoves, José Víctor Anguita, Luis V. Valenzuela, José María Álamos, Vicente 2º Echeverría, Licindo Bysivinger, Manuel Delfín, Felipe 2º Geisse, Valentín 2º León, Juan G. Castro C., Fernando González, Desiderio Iglesias, Carlos S. Berríos, Lucas L. Venegas, Julio C. Carmendia, David Quintero, Domingo Arteaga V., Benjamín Villarreal, José del C. Velásquez y Domingo Menares.

Regimiento 2º de línea.

Comandante, teniente coronel don Eleuterio Ramírez,

2º jefe, teniente coronel don Bartolomé Vivar.

Sargento mayor, don Liborio Orodontes Echáñez.

Capitanes ayudantes, don Diego Garfias Fierro y don Miguel Arrate Larraín.

Capitanes, señores Pablo Nemoroso Ramírez, José Ignacio Silva, Emilio Larraín, Manuel Pantaleón Cruzat, José Antonio 2º Garretón, Bernardo Necochea y Abel Garretón.

Tenientes, señores Anacleto Valenzuela, Joaquín Arce Villagrán, Roberto Concha, Pedro Nolasco del Canto, Francisco Olivos, José de la Cruz Reyes Campos y Belisario Zelaya.

Subtenientes, señores Francisco Inostroza, Domingo Guzmán Jofré, Telésforo Barahona, José Tobías Morales, Francisco Lagos Zúñiga, Carlos Gaete Vergara, Federico Aníbal Garretón, Ricardo

Bascuñan Valdovinos, Abraham Valenzuela, Clodomiro Bascuñan, Emilio Herrera Dueñas, Gabriel N. Aracena, Aaron Maluenda, Manuel Luis Olmedo, Alejandro Fuller, Enrique Tagle Castro, Belisario López Núñez, Víctor Lira Errázuriz, Manuel Larraín, Telésforo Gajardo, Rudolfo Diógenes Ramírez, Carlos Arrieta, Pedro N. Párraga y Pedro 2º Pardo.

Aspirantes, señores Francisco 2º Moreno, Guillermo Vijil Z., y Artemón 2º Cifuentes.

Cirujanos, señores Juan Kidd y Julio Gutiérrez.

Regimiento 3º de línea.

Comandante, teniente coronel don Ricardo Castro.

2º jefe, teniente coronel don Vicente Ruiz.

Sargento mayor, don Higinio José Nieto,

Capitanes ayudantes, señores Nicolás González A. y Juan Henríquez.

Abanderado, don Belisario Acuña.

Capitanes, señores Silverio Merino, Federico Castro, Hermógenes Cámos, Pedro Herrera, Gregorio Silva, Viviano 2º Carvallo y Virgilio Méndez.

Tenientes, señores Leandro Navarro, Tristán Chacón, Pedro Antonio Urzúa, Pedro Novoa Zaez, Leandro Fredes, Benjamín Silva, Liborio Andrade y Rodolfo Wolleter.

Subtenientes, señores Carmen Bravo, Marcos José Arce, Eleodoro Guzmán, Avelino Valenzuela, Ricardo Serrano M., Salvador Urrutia, Luis Felipe Cámos, José Antonio Silva Olivarez, Ismael Santiago Larenas, Ramón Jiménez S., Luis Riquelme R., Orestes Vera R., Marco A. Almeyda, Domingo Ruiz, Adolfo González, Pedro N. Wolleter, Ricardo Jara U., Rodolfo Portales, Félix Vivanco, Emilio Merino, Manuel Figueroa, Francisco Meyer, Juvenal Bari y José Ignacio López.

Subteniente agregado, don Ramón T. Arriagada.

Aspirantes, señores Nicolás Opazo y Felix Canales.

Cirujano 1º, don Jerónimo Rosa; id. 2º don Julio Pinto Agüero.

Practicantes, señores David Herrera y Ambrosio Luna.

Regimiento 4º de línea.

Comandante, coronel don Domingo Amunátegui.

2º jefe, Teniente coronel don Rodolfo Soto Aguilar.

Capitanes ayudantes, señores Luis Soto Saldivar y Miguel Rivera.

Capitanes, señores Loredano Fuenzalida, Eleuterio Dañin, Menadro J. Urrutia, Pedro O. García, Pedro Julio Quintavalla, José M. de la Barrera, Pablo Marchant y Avelino Villagrán.

Tenientes, señores Eugenio Vildósola, Ricardo Solís A., Juan Urrea, Gumercindo Soto, Juan de Dios Reyte, Emilio Marchant y José A. Contreras.

Subtenientes, señores Luis V. Gana, Ricardo Gormaz, Casimiro Ibáñez, Carlos E. Wormald, Juan B. Riquelme, Vicente Videla, Juan Rafael Álamos, Eduardo Guerrero, Alcides Vargas, Leopoldo Velasco, Miguel E. Aguirre, Genaro Alemparte, Manuel Meza F., Alberto de la Cruz González, Salvador Larraín, Marco A. López, Francisco A. López, José A. 2º Benítez, Carlos Lamas, Ramón Silva Contreras y Víctor López A.

Aspirantes, señores Carlos Aldunate y Manuel O. Prieto.

Agregados, tenientes Lorenzo Navalón y Gregorio Ramírez.

Agregado, subteniente don Martín Bravo.

Cirujano 1º, don Juan M. Salamanca.

Cirujano 2º, don Juan A., Llausás.

Practicantes, señores Menandro Latorre y Nicolás Covarrubias.

Batallón de línea Valparaíso.

Comandante, coronel don Jacinto Niño.

Sargento mayor, don Juan Evangelista Castro N.

Ayudante, don David Ibáñez A.

Capitanes, señores Álvaro Gavino Serey, José Antonio Castro y Benjamín Fuentes.

Tenientes, señores Ricardo Olguín y Felipe Santiago Artigas.

Subtenientes, señores Juan Ramón Silva, Miguel Sanhueza C., José Dolores Morales, Amador A. Ferreira, Caupolicán Niño F., Marcelino Núñez B., y Pedro Nolasco Beytía.

Batallón de línea Zapadores.

(3ª Brigada, dos Compañías).

Comandante, teniente coronel don Ricardo Santa Cruz.

Sargento mayor, don Manuel Villarroel.

Capitán ayudante, don José Umitel Urrutia.

Capitanes, señores Alejandro Baquedano y Belisario Zañartu.

Tenientes, señores José Fidel Bahamondes y Enrique del Canto.

Subtenientes, señores Fenelón González, Amadeo Mendoza, Francisco Álvarez, Ricardo 2º Canales, Froilan Guerrero, Ricardo Jordan, Francisco Silva Basterrica y Federico Maruri. *Cirujano*, doctor Manuel Antonio Vivanco.

Batallón movilizado Chacabuco.

Comandante, teniente coronel don Domingo de Toro Herrera.

Mayor, don Polidoro Valdivieso.

Capitanes, señores Vicente Dávila Baeza, Roberto Ovalle Valdés, Carlos Campos y Manuel Germán Echeverría.

Tenientes, señores Temístocles Castro, Enrique Oportus, Arturo Prieto, Luis Sarratea, Jorge Cuevas, Pedro Urriola, Francisco J. Lira Errázuriz y Rafael Errázuriz.

Subtenientes, señores Diego S. Almeyda, Camilo Ovalle, Ramón Soto, José Francisco Concha. Caupolicán Lastarria, Nicolás Salcedo, Valeriano Donoso y Víctor Luco.

Ayudante mayor, capitán graduado de ejército, don Félix Briones; *ayudante*, don Martín Frias.

Batallón movilizado Bulnes.

Comandante, teniente coronel don José Echeverría.

Sargento mayor, don José María Lira.

2º ayudante, don Pedro N. Gamallo.

Abanderado, don Hilario Gómez.

Capitanes, don José Domingo Lazo, don Ramón Carey, don Jacinto Calisto Martínez y don Manuel Álvarez.

Tenientes, don Juan Cáceres Martínez, don José Chacón y don Abel Silva.

Subtenientes, señores José S. Santander, Gumecindo Rivera, Leonardo Aguayo, Manuel Francisco Bisquest, Eugenio Bravo, Evaristo Sanz, Aurelio Castillo y Alejandro Arenas.

Capellán, fray Juan C. Pacheco.

Cirujano, don José Antonio Manríquez.

Practicante, don Cirilo Quinteros y una cantinera.

Batallón movilizado N° 1 de Coquimbo.

Comandante, teniente coronel don Alejandro Gorostiaga.

Sargento mayor, don José Antonio Gutiérrez.

Ayudantes, don Luis Larraín Alcalde y don Benjamín Lastarria.

Capitanes, señores Mariano Peñafiel, Federico 2º Cavada, Francisco Olivarez Calderón y Eulogio Novoa.

Tenientes, señores Francisco Aristía, Artemón Orellana, Pedro Crisologo Orrego, Abel Risso Patrón, Enrique Astaburuaga, Marcelino Iribarren, Ramón H. Soto y Julio Caballero Illanes.

Subtenientes, señores Luis Felipe Videla, Francisco A. Machuca, Clodomiro Varela, Ramón Enrique Beytía, Manuel María Masnata, Vicente Raygadas Bolados, Abel Botarro y Carlos Barceló.

Abanderado, Antonio María Torres.

Batallón movilizado Atacama.

Comandante, teniente coronel don Juan Martínez.

Sargento mayor, don Anacleto Lagos.

Ayudantes mayores, señores Juan A. Fontana y Daniel Cruz Ramírez.

Capitanes, señores Ramón Soto Aguilar, José Agustín Fraga, Ramón H. Vallejos y Félix G. Vilche.

Tenientes, José M. Puelma, Melitón Martínez, Moises A. Arce y Antonio María López.

Subtenientes, señores Juan Gonzalo Matta, Remigio Barrientos, Rafael Torreblanca, Antonio 2º Garrido, José V. Blanco, Anastasio Abinagoitis, Alejandro Arancibia y Andrés Wilson.

Abanderado, don Edmundo Villegas.

Tenientes agregados, señores Andrés Hurtado y Juan Valenzuela.

Batallón Cívico 4º Artillería Naval.

Comandante, coronel don Martiniano Urriola.

2º comandante, teniente coronel graduado don Estanislao del Canto.

Sargento mayor graduado, don Alfredo Délano.

Capitanes, señores Alejandro Frederick, Pedro Elías Beytía, Reynaldo Guarda y Rómulo Vega C.

Tenientes, señores Pedro A. Dueñas, Guillermo Carvallo, Roberto Simpson, R. Guillermo Doll, Daniel Martínez, Augusto Castro S., Ramón L. Opazo, Nicanor Santelices, Luis 2º Penjean y Juan Pardo Correa.

Subtenientes, señores Julio F. Jeanneret, Enrique Délano, Enrique Escobar, David Vives, Enrique Germain, Gustavo Prieto Z., David Beytía, Manuel 2º Rengifo y Guillermo Errázuriz.

Aspirante, don Manuel Valdivieso H.

Cirujano, don Juan Francisco Ibarra.

Farmacéutico, don Manuel Ortiz.

Caballería.

Regimiento Cazadores a caballo.

Comandante, teniente coronel, don Pedro Soto Aguilar.

2º comandante, teniente coronel graduado, don Francisco Muñoz Bezanilla.

Mayor, don Rafael Vargas.

Capitanes, señores Rafael Zorraindo, Manuel R. Barahona, Alberto Novoa Gormáz, Sofanor Parra, Vicente Montauban y Antonio León.

Tenientes, señores Belisario Amor, Enrique Padilla y Rodolfo Silva L.

Alfereces, señores Gonzalo Lara, Juan de Dios Quezada, Pedro M. Parragué, José M. 2º Ríos, Agustín Almarza, José Tomás Urzúa, Luis Almarza, Federico Harrington, Carlos Souper, Diego Miller Almeyda, Ignacio Urrutia R., Enrique Valdes V., Pedro Araya y J. Manuel Isla.

Agregado, alférez don Juan P. Astorga.

Regimiento Granaderos a caballo.

(Una compañía 125 hombres).

Capitán, don Rodolfo Villagrán.

Teniente, don José Antonio Soto Salas.

Alfereces, señores Pedro N. Hermosilla, Eduardo Cox, Ulises Barahona, Juan E. Valenzuela y José Francisco Balbontín.

Regimiento de Artillería de Marina.

(Guarnición de los buques de la armada; el excedente en tierra).

Comandante, teniente coronel don José Ramón Vidaurre.

2º sargento mayor, don Maximiano Benavides.

3º sargento mayor, don Francisco Cavallo.

Capitanes ayudantes, señores Miguel Moscoso, Juan Félix Urcullu y César Valenzuela.

Capitanes, señores Gabriel Álamos, Florencio Amor, José Gregorio Díaz, Luis Fierro Beytía, Rafael González, Juan Rojo, Arturo Ruiz, Carlos Silva Renard y Pablo A. Silva Prado.

Tenientes, señores Elías Yáñez, Manuel 2º Blanco, Mariano Lorca, Eduardo Moreno, Cirio Miranda, Ramón Patiño Sierra, Marco Aurelio Valenzuela, Alfredo Valenzuela y Fernando 2º Valenzuela.

Subteniente, abanderado, señor Víctor Aquiles Bianchi.

Subtenientes, señores Lorenzo 2º Beytía, Juan Manuel 2º Chávez, Julio A. Medina, Benjamín Gómez, Otto von Molke, Arturo Olid, Manuel Antonio Quiroz, Luis Romero H., Ricardo Saldivia, Juan Pablo Suazo, Arturo de Toro Herrera, Rolando Zilleruelo y Eduardo 2º Zegers.

El cuerpo de ingenieros construyó un puente desde el muelle hasta la línea de las naves, fuera de las rocas de la barra, con lanchas planas unidas por láminas movibles de hierro, que cedían a la tensión de las olas. Más, al picarse el mar, la maroma se convertía en montaña rusa, en que era difícil mantener el equilibrio. Dos soldados se dieron contra el piso y perdieron los dientes. Fué la única desgracia en el embarco de 10.000 hombres con armamento, municiones y equipo, en un puerto temido por la braveza del mar.

Los jefes condujeron sus cuerpos, en filas de a cuatro, a través del puente movable, hasta las naves designadas, en el gráfico que había repartido el Estado Mayor General, que decía así:

EJÉRCITO DE CHILE.

Estado Mayor General.

Antofagasta, 26 de Octubre de 1879.

GRAFICO DE EMBARCO:

Naves	Cuerpos	Efectivos
“Amazonas”:	Cuartel General, Estado Mayor General, Ministerio de Guerra.....	80

	Brigada de Zapadores.....	400	
	Batallón Navales.....	640	
	Batallón Valparaíso.....	300	
	Artillería.....	125	
			1.545
“Loa”:			
	Un batallón del Regimiento 2° de línea.....	560	
	Artillería.....	125	
	Cazadores a caballo.....	115	
			1.340
“Itata”:			
	Regimiento 3° de línea.....	1.100	
	Artillería.....	125	
	Cazadores a caballo.....	115	
			1.340
“Limarí”:			
	Batallón Atacama.....	590	
	Artillería.....	125	
	Cazadores a caballo.....	115	
			800
“Copiapó”			
	Regimiento Buin, 1° de línea.....	1.100	
	Artillería.....	125	
			1.225
“Matías Cousiño”:			
	Batallón Chacabuco.....	600	
“Abtao”:			
	Un batallón del 4° de línea.....	600	
“Paquete de Maule”:			
	3 1/2 compañías del batallón N° 1 de Coquimbo.....	500	
Huanay”:			
	Parte del 2° de línea.....	450	
			2.150
“Lamar”:			
	Resto del 2° de línea.....	90	
	Resto del Coquimbo.....	50	
	Resto del Cazadores.....	50	
	Artillería.....	125	
			315
“Santa Lucía” :			
	Resto del 4° de línea.....	210	
	Ingenieros.....	100	
			310
“Toltén”:			

Resto del 4º de línea.....	300	
“Cochrane”:		
Batallón Bulnes.....	500	
“Elvira Álvarez”:		
Granaderos a caballo.....	90	
		890
jornaleros, lancheros, etc., comisaría. Intendencia	200	
		200
“Angamos”:		
Artillería de marina, que aun formaba en la dotación de la armada.....	800	
Total general:.....		10.520

La faena estuvo terminada a medio día del 28 de Octubre. El embarco de la gente duró 25 horas, contadas a reloj: diez horas el 26, diez el 27 y cinco el 28.

El señor coronel Ekdahl afirma que esta labor demoró diez días (Guerra del Pacífico, tomo I, pág. 493). No sabemos que fuente informativa le condujo a semejante error.

El Gobierno, en la tarde del 27 envió un telegrama de despedida a las tropas, que el Ministro Sotomayor ocultó por prudencia, pues, como siempre, los dirigentes echaban flores a los cucalones, posponiéndolos al ejército, que iba a rendir la vida por la patria. He aquí el encabezamiento de ese telegrama, firmado por su S. E. el señor Pinto y los señores Ministros del Despacho:

“Al General en jefe: a los secretarios Vergara, Lillo, Mac Iver. Errázuriz, a los jefes de infantería y caballería, al jefe de Estado Mayor, a los jefes de regimientos y batallones,

El 28, poco antes de la partida, el general en jefe, hizo repartir al ejército la siguiente proclama:

Soldados:

Ha llegado por fin, la hora por tanto tiempo anhelada, de ir a buscar a nuestros enemigos en su propio suelo. Tres veces las huestes de Chile lo han pisado como libertadores; hoy vamos a pisarlo como castigadores de una negra alevosía.

Tomando por debilidad nuestro espíritu benévolo y conciliador, creyendo que nuestra fecunda y larga paz, solo interrumpida para proteger su existencia de pueblo independiente, hubiera enervado nuestro brazo, el ingrato Perú se ligaba tenebrosamente para atentar a nuestros derechos y seguridad.

Soldados:

Que los que nos han obligado a soltar los instrumentos de trabajo para empuñar el sable y el fusil, conozcan luego, que si nuestro brazo tiene suficiente poder para arrancar los tesoros a las entrañas de la tierra y dar vida a los desiertos, lo tiene mucho más aun para batir a los enemigos de Chile.

Marchemos a llevar la guerra y sus tremendas consecuencias a los violadores de nuestro derecho, a los confiscadores de las propiedades de nuestros conciudadanos, a los que han expulsado y maltratado los enérgicos e inteligentes trabajadores que daban vida a sus ciudades y existencia a sus industrias; a los desapiadados perseguidores de las mujeres y niños, porque tenían la gloria de ser chilenos. Que caiga sobre ellos el castigo que merecen.

Soldados:

¡La hora de los combates ha sonado!

Vuestros varoniles pechos palparán pronto en las grandes emociones de los guerreros cuando se ven frente a frente de los enemigos de su patria.

Sé bien lo que puedo esperar de vosotros, que con admirable constancia, moralidad y disciplina, habéis soportado los rigores de la enseñanza militar; sé bien que no necesito recomendaros el valor y sacrificio, porque conozco que la divisa de nuestra Patria “vencer o morir”, esta esculpida en vuestros corazones.

¡Soldados!

¡A los combates! Que vuestros hechos engrandezcan el nombre de Chile y lo hagan temido de sus enemigos,

Vuestro General,

Erasmus Escala".

El señor Ministro de la Guerra lanzó también una patriótica proclama, y otra muy entusiasta, las autoridades de Antofagasta, a nombre de la ciudad.

Este documento dice así:

“El pueblo de Antofagasta, por órgano de su representación local, saluda en la partida al brillante ejército de Chile.

El saludó la bandera del 14 de Febrero, cuando abordasteis esta tierra chilena, de que Chile se había desprendido en aras de una fraternal cordialidad.

El os ha hospedado en su seno, os ha visto hacer el aprendizaje de las armas, siendo testigo de vuestra moralidad, disciplina y cultura. Ha engrosado vuestras filas, compartiendo alguna vez con vosotros los peligros y entusiasmos de la lucha.

Por último, ha aprendido a armaros, y viéndoos partir, siente la necesidad de dirigiros una palabra salida de su corazón.

¡Salud, hermosas legiones de la Patria!

La República, en sus mejores días, en sus luchas gigantescas, jamás vió sobre sus suelos, ni sobre sus bajeles un ejército más numeroso, más importante, más brillante, que el que ahora lleva entre sus manos aprisionada la victoria, como lleva en su pecho el profundo sentimiento de la justicia de su causa. A su cabeza va la ciencia y el talento, el valor y la abnegación.

El grandioso espectáculo de su marcha, su resuelta apostura, y hasta la alegría que anima los juveniles rostros de sus soldados, tienen una elocuencia irresistible que parece decir:

¡Atrás odio salvaje! ¡Atrás pérfida asechanza, insensatos provocadores!

¡Dad paso al trabajo, al derecho, a la civilización!

¡Nobles soldados del Ejército de Chile!

Recibid los votos del pueblo que os ve partir, el aliento suspenso, y el alma enternecida, os bendice y saluda, batiendo en alto el hermoso tricolor chileno.

Qué mantengáis inmaculada la blanca estrella de la República, y tornéis pronto ceñidos de laureles a vuestros hogares, son los votos ardientes del pueblo de Antofagasta. - *Nicanor Zenteno*, gobernador.- *Matías Rojas Delegado*.- *Telésforo Mandiola*.- *Nicanor Correa de Saa*, alcaldes municipales”.

Las naves se mueven a las 6:30 de la tarde, para concentrarse en la conjunción de los 23 grados de latitud sur, con los 78° 28' de longitud oeste de Greenwich.

El señor coronel Ekdahl hace salir el convoy, de Antofagasta, según croquis muy bien dibujado (G. del P. Tomo I, pág. 467), pero no existió tal convoy, ni tal salida en formación, ni tales fantasías.

El “Amazonas”, buque insignia, rompe la marcha; algunas naves siguen sus aguas; otras toman diversas direcciones. El “Lamar” y “Matías Cousiño” ponen proa a Mejillones, para embarcar a Zapadores y Chacabuco, de guarnición en ese puerto; el “Angamos” marcha a Tocopilla, a relevar al regimiento de artillería de marina, con un batallón del regimiento Lautaro.

El pueblo entero de Antofagasta acude a despedir al ejército, dice un testigo ocular. El muelle, las esplanadas, las azoteas y las eminencias que rodean la ciudad, estaban cubiertas de gente, que desde lejos y por centésima vez daban sus adioses a los guerreros en marcha, a quienes tendían sus brazos pidiendo al cielo que el éxito coronara la empresa.

Avanza la tarde, el sol se oculta en el horizonte, y se pierden de vista las naves que conducen a Chile y a su fortuna.

Dios los tenga en su santa guarda.

Los historiadores Bulnes y Ekdahl mencionan aquí dos hechos importantes, sobre los cuales enuncian severas críticas: 1° el relevo de la Artillería de Marina por un batallón del Lautaro en el puerto de Tocopilla; y 2° el no haber embarcado en Mejillones la ambulancia ahí destacada, para la expedición al Norte.

El señor Bulnes dice que el Lautaro quedó en Tocopilla “para contener al ejército de Tarapacá, si intentaba una diversión al sur”.

El señor Ekdahl, tratando el mismo asunto, se expresa así: “Peregrina parece la idea de desembarcar un batallón de infantería en Tocopilla. Es imposible poder explicarse esa *medida chilena* de un modo razonable”. (G. del P., Tomo I, pág. 494).

Algo insolente es la apreciación del señor coronel extranjero, que ganaba sueldo y, honores en el ejército chileno, al calificar tan despectivamente lo que él considera una *medida chilena*.

Sin embargo, haremos provisión de paciencia, para explicar esa medida chilena, o irracional, según parece.

El regimiento Santiago, 5° de línea, comandado por el teniente coronel don Pedro Lagos, guarnecía a Quillagua, lugarejo sobre el Loa, limitado por el desierto a los cuatro puntos cardinales. Tenía a su frente a una división peruana destacada en Monte Soledad, al mando del coronel Mori Ortiz.

Tocopilla era la guarnición más cercana, y de este punto se abastecía de víveres para el rancho.

Al embarcarse la Artillería de Marina, era lógico que quedara en la plaza de Tocopilla otro cuerpo que proveyera al Santiago 5° de línea, destacado allá en las soledades del desierto, como centinela avanzado frente al enemigo.

Más tarde, cuando el Santiago bajó a la costa a embarcarse para Pisagua, el Lautaro siguió en el mismo convoy, quedando en Tocopilla un piquete de la reserva, para custodia de la plaza.

Segunda cuestión: no haber llevado a Pisagua la ambulancia de Mejillones, que según el señor Ekdahl, no la embarcaron, porque, probablemente a nadie se había hecho responsable de hacerlo! y todavía con gran signo admirativo.

Las siguientes líneas darán la clave del asunto:

Los cucalones levantaron grande alharaca al saber que la superioridad militar había dispuesto dejar las ambulancias en Antofagasta, por falta de espacio en los transportes y dificultad de llevar en breve espacio a bordo su voluminoso material.

La noticia, comunicada crudamente por los corresponsales, sin especificar causas, produjo triste impresión en el país, llevando una justa alarma al seno de las familias. Decían las señoras, y con razón, “hemos enviado a nuestros hijos a defender la Patria; pero no para que queden botados como perros, si son heridos, en el campo de batalla”.

El general en jefe, el jefe de Estado Mayor, el jefe sanitario, y aun el jefe de los servicios religiosos recibieron las más acres censuras, y todo por culpa de corresponsales anhelantes de producir sensación.

La oficialidad joven, empapada en las lecciones de las últimas guerras europeas, en especial de la franco-prusiana de 1870-71, consideraba, y con toda la razón, al servicio sanitario como rama indispensable y genuina de todo ejército regular. Las potencias distribuyen sus fuerzas armadas incluyendo en su organismo este nuevo servicio, instituido por la Convención de Ginebra.

Días antes del embarco se desmenuzaba este tema en una de las reuniones sociales, que el caballero serenense don Jerónimo Espinosa Varela, radicado en Antofagasta, gustaba dar en su casa a jefes y oficiales amigos, previa advertencia de que las gerarquías quedaban en las perchas del zaguán junto con los sables y los quepés.

El señor Espinosa fué oficial de la Brigada de Marina en la guerra de España, 1865-66, y actualmente desempeñaba el puesto de capitán ayudante del Batallón Cívico N° 1 de Antofagasta.

La preterición de las ambulancias constituía el tema de todas las conversaciones, especialmente entre los tenientes y subtenientes, que comentan siempre, de puros cantores, las decisiones de los jefes.

Asistían a la tertulia los señores Ramón Gorroño y Manuel Gundelach, ambos cirujanos de ambulancia.

El doctor Gorroño, caballero reposado, tranquilo y de reconocido laconismo, toma la palabra, en uno de los intervalos en que calma el ruidoso y alegre vocerío de los oficiales.

Nadie, dijo, desconoce la excelencia de los servicios sanitarios. Negarla sería un crimen. Pero ahora se trata de muy distinta cuestión.

En consejo de guerra, celebrado con la presencia del general Escala y coronel Sotomayor, y al que asistimos cuatro jefes sanitarios, se determinó eliminar a las ambulancias de la expedición, por las dificultades del desembarque de su enorme material en una función de guerra, y el considerable espacio que necesita en los transportes.

El ataque sobre el punto que debemos caer, se efectuará con un efectivo de 3.000 hombres, todos de infantería, porque se trata de un asalto, en que quedan reemplazadas las otras dos armas con los cañones de la escuadra.

La acción será dura por su propia naturaleza; por esto, calculamos los heridos en el máximo de 10%, o sean 300 plazas, y los muertos en el 2%, es decir, en 60.

Resumiendo, tenemos: muertos 60; heridos 300. Total, 360.

Los transportes del convoy tienen en sus camarotes mil doscientas camas utilizables para heridos, o sean los camarotes para pasajeros de 1ª clase de las naves de la Compañía Sudamericana.

Con respecto al personal, van en la expedición cirujanos suficientes, para la atención holgada de los 300 heridos. Recuerdo entre estos, a los colegas Marcial Gatica, del Estado Mayor; Elías Lillo, de la Artillería Naval; Juan Kidd y Julio Gutiérrez, del 2º de línea; Eustorgio Díaz, del Atacama; Juan A. Manríquez, del Bulnes; Juan Manuel Salamanca y José Antonio Llanos, del 4º de línea; Clodomiro Pérez Canto, del Chacabuco; José Dionisio Donoso, del Coquimbo; Gerónimo Rosa y Julio Pinto Agüero, del 1º de línea; Manuel A. Vivanco, de Zapadores; Lorenzo H. López, de Granaderos; Emiliano Sierralta y Manuel A. García, de Cazadores. A estos debemos agregar los compañeros de la marina A. Scherbakoff, Manuel Francisco Aguirre, David Tagle Arrate, Gerónimo Larenas, Rodolfo Serrano Montaner, Víctor Alcérreca, Andrés Olmedo, Felipe Carmona, Temístocles Reyes y varios otros más, cuyos nombres se me escapan.

Además, van cincuenta practicantes para cooperar a la labor de los cirujanos.

Pongamos un total de treinta médicos, para los 300 heridos calculados; corresponden diez por cirujano.

Hay que tomar en cuenta que los heridos no caen de golpe, de suerte que es fácil la atención individual durante la pelea, que durará algunas horas.

Hay que tomar también en cuenta, como auxiliares, a los capellanes de tierra y mar, entre los que figuran los entusiastas y abnegados presbíteros Florencio Fontecilla, Joaquín Valdés Carrera, Ruperto Marchant Pereira, Camilo Ortúzar, Enrique Cristie, Carlos Cruzat y los regulares fray Juan Capistrano Pacheco, José María Madariaga, Nicolás Correa y Luis Pozo.

Los heridos, efectuada la curación preliminar sobre el campo, serán conducidos a bordo, en donde se hará el pronóstico de los casos graves, que según las estadísticas, no son muy crecidos en el primer momento.

La ambulancia de Mejillones y las tres de esta plaza, se encuentran listas para tomar el primer transporte. Sin embargo, varios colegas creemos más prudente traer los heridos a este puerto, a nuestro hospital militar, perfectamente equipado, lejos de la atmósfera viciada del campo de batalla. Aquí se haría la selección calmada y tranquila, cosa de efectuar en conciencia la evacuación paulatina a los hospitales de sangre preparados, en Copiapó, La Serena, Valparaíso y Santiago.

(Extracto de la memoria escrita para este libro por el Doctor José Ramón Gorroño, ex-superintendente del servicio sanitario en campaña).

Los bulliciosos oficiales quedan lelos, ante la lógica de los hechos.

Pero quién hace callar a los peladores, quién hace callar al país, influenciado por corresponsales poco honestos o ignorantes de los hechos, que presentan a los jefes del ejército como culpables del abandono en que creían iban a quedar los heridos.

El tema era simpático y los diarios se apresuraban a explotarlo. Es tan agradable pelar al prójimo!

CAPÍTULO XX.

Los servicios humanitarios: Sanidad y religión.

El público quedó prevenido contra el Servicio Sanitario, no obstante sus abnegados esfuerzos, debido a los corresponsales que se expresaban despectivamente del trabajo y aun de la competencia de los cirujanos, que cumplieron honrosamente con su deber en medio de las balas.

La Sanidad Militar tuvo graves deficiencias al principio de las operaciones; era lógico; la guerra nos sorprendió en las delicias de una paz octoviana, con nuestras fuerzas armadas reducidas a cuadros, por la mala situación de la hacienda pública. Chile no había adherido a la Convención de Ginebra, y la Cruz Roja era conocida por los libros y las informaciones de la prensa.

La institución es moderna. El filántropo suizo Enrique Dunan, escribió en 1862, el folleto titulado “Un recuerdo de Solferino”, en que relata los horrores que presenció en la noche del 24 de junio de 1859, fecha de esta batalla, y en los días que siguieron a este sangriento hecho de armas, en que franceses e italianos derrotaron a los austriacos, liberando la provincia de Lombardía. Los primeros perdieron 40.000 hombres y los segundos 30.000.

Con pinceladas maestras pinta los sufrimientos de los heridos abandonados a la intemperie, víctimas del helado relente alternado con el calor solar, sin agua para combatir la sed de la fiebre que enloquece, y sin alimentos para calmar la horrorosa hambre que les atormentaba.

El folleto tuvo resonancia universal; traducido a todas las lenguas, circuló en palacios y chozas, arrancando al alma un grito de conmiseración por la suerte de los heridos.

De los últimos rincones del mundo, llovieron cartas y adhesiones al autor, animándole para continuar la obra en bien de las víctimas de la guerra.

Se formaron estadísticas y se comprobó que los heridos mal curados o mal atendidos, originaban mayor número de víctimas, que los muertos en las batallas más reñidas.

Personas de alta figuración apoyaron la obra tan humanitaria.

Le prestaron su concurso Víctor Hugo, el Kronprinz de Prusia, más tarde Federico de Alemania, y el Emperador Napoleón III, convencido por su amigo el general suizo Enrique Federico Dufour.

La Sociedad de Utilidad Pública de Ginebra, encargó a una comisión de cinco de sus miembros, el estudio de un programa de trabajos para dar forma a la idea.

En Agosto de 1864, la Sociedad reunió en Ginebra una conferencia de 24 delegados, que representaban, a 16 naciones.

Dufour y Mayler, presentaron el proyecto de una Sociedad Internacional. Después de quince días de deliberación, el 22 de Agosto quedó firmada la Convención de Ginebra. En ella se declaran neutrales las ambulancias, hospitales, personal sanitario, y habitantes que lleven socorro a los heridos. Las bases se condensan en 8 artículos.

El 29 de Agosto de 1867, la Convención de Paris agregó 9 artículos, para dar más eficacia a las labores de la institución.

El 20 de Octubre de 1868, se dictó en Ginebra un reglamento de 15 artículos, en que se incluye a la marina de guerra; y en Julio de 1906, se aclararon ciertos detalles del reglamento actualmente en vigor. Uno de sus artículos dice: “Por homenaje a Suiza, el signo heráldico de la Cruz Roja sobre fondo blanco, formado por la inversión de los colores federales, es mantenido como emblema y signo distintivo del servicio sanitario de los ejércitos”.

Se estableció en Ginebra un Comité permanente para la dirección de la nueva sociedad. Los estados firmantes se comprometieron a respetar, en caso de guerra, las ambulancias que llevaran el emblema de la Cruz Roja, y de cuidar a los enemigos heridos recogidos en los campos de batalla.

En la guerra de Dinamarca se palparon los primeros beneficios.

Cada país tiene su organización y administración libre; pero existe un órgano central con sede en Ginebra.

La acción de la Cruz Roja se extiende ahora a combatir las epidemias, a socorrer las víctimas de las catástrofes y a la salvación de las jóvenes desvalidas o inexpertas (Cruz Blanca).

En la guerra mundial nació la Cruz Azul, para el cuidado de los animales heridos en el desempeño de sus funciones bélicas.

Ninguno de los beligerantes formaba parte de la Convención de Ginebra, al estallar el conflicto del Pacífico.

El servicio sanitario no existía como institución militar. Los cuerpos de línea tenían dotación de cirujanos y practicantes, y los buques de la armada cirujanos y sangradores.

En los botiquines de las unidades de mar y tierra, había un surtido más o menos completo de drogas para enfermedades comunes; pero eran escasos los aparatos de cirugía, que apenas bastaban para determinados accidentes. Declarada la guerra, se formaron espontáneamente comisiones de la Cruz Roja, autorizadas por los respectivos Intendentes, en todas las provincias del país. Colectaron fondos, prepararon ambulancias, echaron las bases de hospitales de sangre y reunieron los elementos necesarios para las emergencias del porvenir.

Estos comités particulares obraron independientemente, guiados por el patriótico anhelo de endulzar la situación de los heridos, una vez iniciada la campaña activa.

Surgieron comisiones de la Cruz Roja, en todas las ciudades. Se hicieron notar principalmente las de Santiago, Valparaíso, Concepción y La Serena, por la magnitud de los elementos reunidos.

El 5 de Abril, día de la declaratoria de guerra, jóvenes entusiastas echaron las bases de la Cruz Roja en la capital. Lo mismo ocurrió en Valparaíso, cuyo comité se compuso de don Eulogio Altamirano, Intendente, comandante general de armas y marina, párrocos Mariano Casanova y Salvador Donoso, doctores J. von Desauer, Manuel Ramírez, y señores Agustín Edwards, Carlos Waddington, Tomás Eastman, Federico Varela, Enrique Möller, Jorge Ross, Augusto Villanueva, Ramón Cruz, Bartolomé Solari, Juan de Dios Arlegui, Santiago Ducoing, Ernesto Decombe, Emilio Rodríguez, D. E. Trumbull, Teodoro von Schroeder, Antonio Subercaseaux, Alfredo Edwards, Juan A. Walter y los secretarios señores J. H. Rodríguez y Manuel 2º Díaz.

Las señoras formaron otro comité coadyuvante; la mesa directiva quedó compuesta de doña Adelina Zenteno de Casanova, presidenta; doña Julia Solar de Lynch, secretaria; doña Amelia Necochea de Toro, tesorera; doña Julia Cuningham de Bordialí, pro-secretaria; como vocales, figuraron distinguidas damas de Valparaíso y Viña del Mar.

La filantrópica señora doña Juana Ross de Edwards, cooperó con entusiasmo, moral y pecuniariamente, con la digna colaboración de doña Elvira Sarratea de Ramos.

La Serena eligió la siguiente junta: Caballeros: Presidente, don Urbano Vicuña; tesorero, don Mariano Astaburuaga; secretario, don Ricardo F. Espinosa. Vocales: señores Ignacio Alfonso, Jorge Edwards, Ramón Mery, Andrés T. Wallace, Tomás Valdivia, Vidal Videla, Joaquín Toribio Vicuña y prebendado don Bartolomé Madariaga.

Señoras: Domitila Gallardo de Vicuña, Pabla Iribarren, Pabla Cuningham de Proharam, Amadea Gundelach, María de la Paz Rojas de Marín, Dominga Rodríguez de Bolados y señoritas Amelia Ossandón Zepeda, Genoveva Valdivia y Candelaria Herrera.

Las demás ciudades observaron igual procedimiento.

El Supremo Gobierno, por decreto de 2 de Mayo de 1879, nombró una comisión compuesta del protomédico, don Wenceslao Díaz, de los doctores José Joaquín Aguirre y Domingo Gutiérrez, cirujano de la guarnición de Santiago, para que propusieran el personal de cirujanos, farmacéuticos y practicantes para los hospitales militares del norte; y a la vez, confeccionaran las listas de medicamentos, útiles de cirugía y demás artículos necesarios para los referidos hospitales.

El decreto de 9 de Mayo aumentó el personal de esta comisión, con los doctores Valentín Saldías y Nicanor Rojas, y la encargó de elaborar un plan general de servicio sanitario, con relación a las necesidades de la campaña; y el nuevo decreto de 15 de Mayo del mismo año 1879, dado el sumo trabajo de esta comisión central, le agregó las siguientes subcomisiones:

De Iglesia: Presbíteros señores Raimundo Cisternas y José Ramón Saavedra.

De donativos: Señores José Tocornal y Pedro García de la Huerta.

De ambulancias: Señores Matías Ovalle y Damián Miquel.

A raíz de la torna de Pisagua, se amplió el personal de la junta, con los siguientes miembros:

Arzobispo electo de Santiago, Presbítero Francisco de Paula Toforó; presbíteros José Antonio Aldunate y Salvador Echavarría; y doctores Adolfo Murillo, Adolfo Valderrama, Sandalio Letelier; y señores Pedro A. Errázuriz y Miguel Dávila.

La junta Porteña nombró una comisión especial para la organización de una o dos ambulancias, destinadas al campo de operaciones, sin perjuicio del Hospital Militar de 500 camas, en proyecto, formada por los señores Antonio Subercaseaux, Agustín R. Edwards, doctor Manuel Ramírez, Juan A. Walker Martínez, A. de Uriondo y presbítero Salvador Donoso.

Los nombrados desplegaron tal actividad, que antes de un mes se encontraba lista la primera ambulancia *Valparaíso*, con su personal completo a las órdenes del cirujano en jefe doctor Teodosio Martínez Ramos; y en formación la 2ª a cargo del doctor don Artenor Calderón, de Viña del Mar.

El cura Donoso bendijo el material en una fiesta pública, y el 4 de Abril, don Juan Antonio Walker hizo entrega de la ambulancia al Intendente Altamirano, quien dispuso su acuartelamiento en el antiguo Mercado de la Victoria.

El público acudió a la novedad, y se allanó a pagar veinte centavos por la entrada, como donativo voluntario.

El personal vestía sencillamente: pantalón y chaqueta azul, vuelta corta con una sola botonadura amarilla; gorra blanca de lona, con listas rojas horizontales y cruz roja al frente. Al brazo la Cruz de Ginebra.

La comisión de Santiago no se daba descanso para preparar el material y personal de cuatro ambulancias destinadas a operar en los campos de batalla.

Alistada la 1ª *Ambulancia Santiago*, armó su material en la Quinta de Agricultura, en donde acudió el pueblo a visitarla, depositando igualmente su óbolo a favor de los heridos, en alcancías colocadas al efecto.

Las carpas tenían forma de tijeral, cuyo vértice se apoya sobre un madero; la base, sólidamente afianzada sobre el terreno, para resistir airosamente los ventarrones de la pampa, muy frecuentes en la zona de Tarapacá, con un largo de más de veinte varas, por tres de ancho y tres de alto. Una doble cubierta de lona bastante fuerte forma las paredes; la doble cubierta encierra cierta cantidad de aire, que como mal conductor del calor, impide los bruscos cambios de temperatura.

Ocupan el interior en hileras, veinte catres o marcos de madera, colocados a un pie de altura, con fondo de lona; dotado cada uno, con dos frazadas, dos sábanas y dos camisas.

Abrazaderas de hierro separan las patas de los catres; durante el descanso, pueden transformarse en tarimas de poca altura, con toda facilidad, y son muy cómodas. Una colgadura de lona cubre las puertas, a cada extremo de la carpa.

Por el mismo sistema se construyeron dos carpas salones, casi cuadradas de techo, destinadas a operaciones de cirugía.

Cada ambulancia tenía su cocina, con camas para cocineros y un quiosco para el doctor.

Cuando se supo en Francia la declaratoria de guerra, el señor Augusto Raymond, antiguo residente francés en nuestro país, se puso al habla con el secretario de nuestra Legación, señor Carlos Morla Vicuña, para procurar el envío a Chile de un material de ambulancia por subscripción de

chilenos residentes en Europa y de franceses e ingleses que hicieron su fortuna en Chile o con actuales intereses comerciales en este país.

La Sociedad Francesa de Socorros para heridos, presidida por el duque de Nemours, puso a disposición de Morla, una ambulancia completa, por la suma de 44.000 francos, reunidos por subscripciones en Paris, Londres, Havre, Zürich, Lyon, Burdeos, etc.

Mr. Aninat, ex-residente en Concepción, se puso a la cabeza de la lista de extranjeros; y don Antonio María Gallo, a la de los chilenos.

En Octubre llegó el material a Valparaíso, detallado en la siguiente forma:

2 coches ambulancia.....	4.000 francos
109 artolas.....	10.000 “
150 camillas.....	3.000 “
20 botiquines.....	4.000 “
1.000 astelas.....	500 “
3 sacos ambulancias.....	600 “
3 cajas de cirugía.....	1.500 “
2.000 kilogramos hilas.....	8.000 “
2.000 kilogramos vendas.....	10.000 “
1 tienda con camas.....	2.400 “

Aunque el valor ascendía a 48.000 francos, la Sociedad de Socorros rebajó esta suma a 44.000.

Este material llegó a Valparaíso el 10 de Julio.

Mientras tanto, la guarnición de Antofagasta contaba con un hospital militar de sesenta camas, que el Gobierno se apresuró a enviar en el “Toltén”, primer transporte que zarpó de Valparaíso el 19 de Febrero, cinco días, después de la ocupación de este puerto por el coronel Sotomayor.

Un practicante marchó a cargo del material, llevando además medicinas y útiles suficientes, pues las tropas de ocupación no alcanzaban a 200 plazas.

Los cirujanos de cuerpo y de a bordo debían pasar la visita de hospital por turno.

El coronel Sotomayor estableció después un hospital militar fijo, a cargo del cirujano don Federico Arnao, para atender a la guarnición ya numerosa. Por más que el doctor multiplicara su actividad, no podía llenar cumplidamente las obligaciones del puesto, dado el gran número de enfermos comunes que llenaban las salas. Carecía además de mobiliario, útiles, drogas e instrumentos.

La primera ambulancia Valparaíso partió del puerto de este nombre, en la segunda quincena de Abril, a bordo del transporte “Rimac”, a las órdenes del doctor don Teodosio Martínez Ramos, como cirujano mayor. Un gentío inmenso acompañó hasta el muelle a estos voluntarios, que iban al teatro de la guerra a compartir con el ejército sus fatigas y privaciones. El presbítero don Salvador Donoso pronunció en el muelle una conmovedora despedida.

La ambulancia llevaba dos tiendas hospitales, llamadas Valparaíso y Agustín Edwards, con un centenar de camas cada una, carpas aparte para el doctor, capellán, empleados y servidumbre, carros angarrillas, botiquines; ropa para 200 heridos; grandes cajones con medicamentos; cocinas Gervais; un enorme surtido de vendas, hilas, compresas, fajas, etc. etc.

Esta ambulancia desembarcó en Antofagasta el 29 de Abril, y se instaló en unos terrenos baldíos de la Compañía de Salitres y Ferrocarril de Antofagasta. Un mes después se le unía la 2ª Valparaíso, a cargo del doctor Antenor Calderón, formando ambas una sola sección, comandada por el doctor Martínez Ramos.

Con elementos para atender 300 heridos, y como no había ninguno, el doctor Martínez Ramos se apresuró a abrir un dispensario y un policlínico para enfermedades comunes, a fin de aliviar al hospital, cuyo servicio era deficiente por falta de medicinas y escasez de personal.

El general Arteaga en cuanto se recibió del comando superior del ejército, efectuó una visita al hospital militar, recibiendo muy mala impresión. Ordenó al cirujano jefe que le pasara una nota con las necesidades de que adolecía el establecimiento, la que transcribió íntegra al Supremo Gobierno.

“El personal es del todo deficiente, decía el cirujano mayor, no hay los cirujanos, farmacéuticos y practicantes necesarios; ha habido que emplear soldados para curar heridas, que se descomponen y gangrenan por falta de atención debida.

En cuanto a medicina, instrumentos, provisiones para hospital, no hay en toda la ciudad lo indispensable para atender 200 enfermos”.

Termina el cirujano jefe con el siguiente pedido: 10 cirujanos de 1ª clase, 20 de segunda, 10 farmacéuticos, cuatro contralores o ecónomos y 40 practicantes, con el material correspondiente para prestar en el acto sus servicios.

El Gobierno atendió en lo posible estas demandas, y se apresuró a dictar las medidas más urgentes para la organización del servicio.

Hé aquí algunas:

a) Los empleados sanitarios quedan sujetos a la Ordenanza General del Ejército, a las Ordenanzas Navales y a los Reglamentos de la Intendencia General del Ejército y Armada.

b) Dichos empleados tienen derecho a rancho una vez que se incorporen al ejército del norte.

c) Los miembros del servicio sanitario, sin excepción, llevarán en el antebrazo izquierdo una Cruz Roja en campo blanco, con las siguientes dimensiones: ancho de la faja blanca, 17 centímetros; largo, lo necesario para rodear el brazo. La cruz tendrá 12 centímetros de diámetro, y el ancho de los brazos será de tres centímetros.

d) La correspondencia postal y telegráfica sanitaria se despachará libre de porte.

La Comisión Directiva elaboró un reglamento, aprobado por decreto supremo de 9 de Mayo de 1879, que dispuso la dotación del personal y material de las fuerzas de tierra, sin innovar en la marina, en esta forma:

Personal para un regimiento de infantería:

Un cirujano 1º; uno 2º ; dos practicantes farmacéuticos; dos enfermeros porta-sacos.

Material: Dos sacos de ambulancia de cirugía y farmacia.

Personal para un batallón de infantería:

Un cirujano 2º; un practicante porta-sacos.

Material: Un saco de ambulancias.

Personal de un regimiento de artillería o caballería. Por cada dos, baterías o escuadrón (dos compañías):

Un cirujano 2º; un enfermero porta-sacos.

Material: Un saco de ambulancias.

Ambulancias.

Personal de cada una: Un cirujano 1º; uno 2º; tres practicantes, un farmacéutico, doce angarilleros enfermeros, un conductor-contralor, jefe de angarilleros enfermeros.

Material: Dos cantinas de cirugía; dos de farmacia, dos de administración; dos artolas; dos literas o sillas volantes; seis parihuelas; doscientas camillas; carpas para 200 hombres y una para administración, doce delantales angarilleros, 3 cargas para agua, dos id. para leña cortada o carbón, 30 mulas aperadas.

La comisión ordenó la formación de cuatro ambulancias. La 1ª perfectamente dotada, se embarcó en Valparaíso el 21 de Mayo, a cargo del doctor don Federico Arnao, que llevaba como segundos a los estudiantes del último año de medicina, señores Víctor Körner y Luis Rosende

Lopeandía; practicante a cargo de la farmacia, al estudiante don Manuel González Galvez; id. de cirugía, a los señores Francisco de B. Valenzuela, Felipe Abarca y Francisco Valdivia; y contralores, a los señores Víctor Castro y Rodolfo Valdés.

Se dispuso igualmente la apertura de un hospital fijo en Antofagasta para enfermedades comunes.

Más tarde, las Ambulancias pasaron a depender de la Intendencia General del Ejército, que les dió nueva organización. La comisión de Valparaíso cedió las suyas al Estado, entregándolas a la Intendencia.

El Decreto de 9 de Mayo creó la Sección Hospitales y Ambulancias, servida por el siguiente personal:

1° jefe, doctor Nicanor Rojas.

1° ayudante, don Marcial Gatica, estudiante de medicina.

Jefe de hospitales, doctor don Florencio Middleton.

El mismo decreto estableció las categorías y sueldos del personal, en conformidad a la siguiente tabla:

	Sueldo anual	Rancho
Cirujano jefe con rango de teniente coronel de artillería en campaña.....	\$ 2.200	\$ 360
Cirujano 1° con rango de sargento mayor id. id.	\$ 1.670	\$ 360
Cirujano 2° con rango de capitán id. id	\$ 1.140	\$ 240
Farmacéutico mayor y guarda almacenes con rango de capitán.....	\$ 1.140	\$ 240
Practicantes farmacéuticos con rango de alferez id.	\$ 680	\$ 240
Practicantes id. id.....	\$ 680	\$ 240
Conductor contralor.....	\$ 680	\$ 240
Enfermeros porta-sacos como sargentos 2° con derecho a rancho.....	\$ 216	-

El decreto 146, de 16 de Mayo de 1879, organizó la oficina y almacenes del servicio sanitario, con residencia en la capital, y la siguiente dotación de empleados:

Un guarda almacenes con.....	\$ 50.- mensuales.
Un ayudante con.....	30. “
Un escribiente con.....	30. “

Estos empleados tenían la obligación de servir en horas extraordinarias sin derecho a mayor remuneración.

La junta de Sanidad de Santiago en sesión de 14 de Abril, acordó solicitar del Supremo Gobierno, la centralización de los servicios sanitarios, dispersos hasta entonces en todo el país. Asistieron a esta sesión los doctores Díaz, Aguirre, Hidalgo, Valdivieso, Middleton, Salamanca y Torres.

El Gobierno accedió a los deseos de la junta y nombró una Comisión Central encargada de la Dirección Sanitaria en todo el país, compuesta de los señores José Tocornal, Matías Ovalle, Guillermo Mackenna, Pedro García de la Huerta, Joaquín Díaz Besoain y Cesáreo Pérez.

La junta de Sanidad santiaguina quedó funcionando a las órdenes de la Central, siempre bajo la presidencia del doctor Díaz.

De igual manera, el Comité de Valparaíso, continuó sus labores, como rama de la Junta Central, con el nombre de Sociedad de la Cruz Roja, y su mismo personal.

La junta de Santiago envió al norte al cirujano jefe, don Nicanor Rojas, con los señores Marcial Gatica como ayudante y Carlos Rojas, como secretario, para inspeccionar el servicio de Sanidad en el ejército proponer al Gobierno las medidas necesarias para su mayor eficiencia.

La Junta de Valparaíso nombró al doctor Martínez Ramos, jefe de las ambulancias 1ª y 2ª de este puerto; y dispuso que uno de los miembros de la Junta, el doctor don Manuel Ramírez, marchara en visita de inspección a los buques de la Armada.

El señor Ramírez llenó a conciencia su cometido. Encontró que el personal era idóneo pero escaso; los útiles e instrumentos de cirugía, de buena calidad; pero ninguno de los buques visitados, “Blanco”, “Cochrane” y “Magallanes” tenía espacio, ni comodidad para la instalación de hospitales de sangre, en donde atender numerosos heridos en caso de un combate reñido, con fuertes bajas. Elevó un luminoso informe sobre la materia, para habilitar hospitales de sangre en las naves mencionadas, dotados de los elementos necesarios para el transporte de los heridos.

El doctor tenía toda la razón; pero el Gobierno carecía de fondos para estos gastos.

Lo único práctico conseguido por el Delegado Ramírez, se redujo al establecimiento de un depósito de medicamentos a bordo del “Matías Cousiño” para surtir las boticas de las naves.

El 21 de Mayo, el Intendente General del Ejército y Armada, don Francisco Echaurren, hizo saber a las autoridades administrativas del país y a las Juntas Patrióticas, el establecimiento en la Capital de la Comisión Central, encargada de unificar el servicio.

En la sesión del 13 de Mayo del Comité de Valparaíso, el presidente don Eulogio Altamirano, dió a conocer la nota del señor Echaurren; y el Comité por unanimidad de votos acordó ponerse a las órdenes de la referida Junta, y continuar los trabajos en pro de los heridos bajo los auspicios y reglamentos dictados por la Junta.

Igual procedimiento adoptaron las demás Juntas, especialmente las de Santiago, La Serena y Copiapó, comprometidas a establecer hospitales de sangre, fundados y sostenidos únicamente por erogaciones particulares.

En efecto bien pronto quedaron listos los hospitales de Santiago con 600 camas; de Valparaíso con 500; de La Serena con 300; de Copiapó con 200. Hubo también uno adicional, muy bien atendido en Tongoy, con 40 camas.

Varios particulares abrieron hospitales de sangre mantenidos con su propio peculio y erogaciones de su familia y amigos.

En Santiago se distinguieron los sostenidos por don Domingo Matte y familia; doña Magdalena Vicuña de Subercaseaux e hijas; La Sociedad de Perpetuo Socorro, cuya presidenta era doña Dolores Vicuña de Morandé; y la Casa de Convalecientes administrada por don Guillermo Puelma Tupper.

Erogaron gruesas sumas las señoras Isidora Goyenechea de Cousiño, Carmen Cerda de Ossa e Isabel Ovalle de Iñiguez.

Los hospitales particulares se hicieron notar por la bondad de los edificios, la buena calidad del material, el esmero en la atención de los enfermos y la selección del cuerpo médico. Las ciudades rivalizaban en la atención de los heridos.

El hospital que sostuvo a sus expensas la familia Matte en la calle de Lira, merece el más alto recuerdo, pues ahí prestaron sus servicios los médicos enviados a estudiar a Europa por el Supremo Gobierno, que habían dedicado sus actividades a dominar las materias de su especialización.

En la Comisión Sanitaria y en los Hospitales prestaban importantes servicios los doctores Ramón Allende Padín, más tarde jefe del Servicio Sanitario en campaña, Wenceslao Díaz, José Joaquín Aguirre, Germán Schneider, Nicanor Rojas, Ruperto Murillo, Manuel Saldías, Adolfo Valderrama, Ramón Miquel, J. Julio Zorrilla, Augusto Orrego Luco, Francisco Martínez, y muchos otros que trabajaron con ahínco y desinterés patriótico.

A estos experimentados maestros vinieron a agregarse los doctores Vicente Izquierdo, Manuel Barros Borgoño, Francisco Puelma Tupper, Máximo Cienfuegos y Carlos Sazie, que venían de Europa a regentar cátedras en la Escuela de Medicina, pues con tal objeto el Gobierno había subvencionado su estada en el viejo mundo.

El doctor Izquierdo estudió Histología Normal, para servir dicho ramo como profesor en la Escuela de Medicina. Fué alumno del profesor Waldeyer, en la Universidad de Estrasburgo, la segunda de Alemania en aquél entonces. Hizo profundos estudios y entre sus trabajos más importantes se cita el que trató de la terminación de los filetes nerviosos en la córnea.

El doctor Puelma Tupper se especializó en Anatomía Patológica y durante años regentó tan importante cátedra con merecida fama en el arte de practicar correctamente las autopsias.

El doctor Nicanor Rojas, con buenos estudios en Paris, desempeñaba la asignatura de Clínica Quirúrgica en la Escuela de Medicina; el doctor Barros Borgoño, especializado en este mismo ramo en Europa, compartió con el señor Rojas las clases; haciendo cursos rotativos de primer y segundo año, a los alumnos de 5° y 6° año.

El doctor Florentino Ernesto Mazzei, profesor de Oftalmología, llegó a Chile en 1880. Había sido asistente del gran doctor Magni, de la Universidad de Bologna. Por ausentarse a Europa le reemplazó el doctor Cienfuegos.

El doctor Carlos Sazie, hijo del filántropo doctor don Lorenzo, cuyo nombre lleva una calle de la capital, consagró sus estudios a las enfermedades mentales y nerviosas en la Salpêtrier, con el ilustre sabio Charcot. Enseñó su especialidad en la Escuela de Medicina.

La ruptura de las hostilidades sorprendió a estos doctores estudiantes en Europa. Terminados sus cursos recorrieron las más importantes clínicas de Berlín, Paris y Londres, en especial las de cirugía, pues deseaban ser útiles a sus conciudadanos heridos, ya que la guerra se desarrollaba con todo encarnizamiento.

Apenas llegados a Santiago, ingresaron al hospital de la calle Lira, regentado por los señores Augusto y Eduardo Matte, y pusieron en práctica con éxito la curación antiséptica del doctor Lister que trabajó primero en Edimburgo y después en Londres; los métodos quirúrgicos del doctor Valkman, de Berlín; y las nuevas aplicaciones del doctor Lucas Champlienier, de París, entusiasta propagador del método de Lister, de quien recibió lecciones experimentadas personalmente.

Haremos un recuerdo del método de Lister, implantado en las ambulancias del norte y en los hospitales fijos de Santiago, Valparaíso, La Serena y Copiapó, que hacía rechinar los dientes a los heridos, pero que se resignaban al martirio en la confianza de pronta mejoría.

He aquí como lo describe el doctor don Manuel J. Barrenechea:

“El método consistía para operar o curar heridas, en colocar al cuerpo de curación dentro de una nube de ácido fénico, pulverizando una solución al 5 por ciento. El cirujano debía lavarse las manos con jabón escobilla, y en seguida en solución fenicada al 5 por ciento. La herida o parte operada era cubierta con una gasa de cierto número de hojas impregnadas en una mezcla de ácido fénico y resina, cubriendo el todo con una tela impermeable Mackintosh. Después venía el vendaje.

Esta curación fué modificada poco a poco, principalmente por los alemanes, quienes reemplazaron el ácido fénico por el sublimado en los apósitos y en la desinfección de las manos. Moericke hablaba del sublimado como un poderoso desinfectante, la primera noticia publicada en ese tiempo.

Poco tiempo después apareció la *Asepsis* con Schimmelbusch, asistente de la Clínica Quirúrgica de von Bergmann en Berlín, procedimiento que reemplazó definitivamente a la antisepsis de Lister, principalmente en las operaciones, en las cuales los antisépticos producían cierta irritación que impedía muchas veces la cicatrización *Per Primum*. Quedó entonces la antisepsis relegada a los casos de heridas sépticas o que supuraban.

El Gobierno a instancia de la Comisión de Sanidad, envió a estos médicos al norte, para llevar a las ambulancias los frutos del estudio y de la experiencia adquiridos en los grandes centros científicos del Viejo Mundo.

Algunas decenas de colegas los habían precedido y hacían el rudo servicio de campaña, muriendo en su puesto Pedro Regalado Videla, cirujano de la “Covadonga”, y hundiéndose en su buque el de la “Esmeralda”. Cornelio Guzmán, por fortuna salvado por los botes, enemigos. Después cayeron muchos otros en el campo del deber.

En cuanto a los estudiantes de medicina, la Escuela quedó desierta. Las clases se regularizaron en 1881, cuando volvió el general Baquedano con gran parte del ejército vencedor, después de la toma de Lima y el Callao.

Esos eran los estudiantes de medicina de aquel tiempo, siempre listos para sacrificarse por la patria, como el 79 - 84, o por sus semejantes, como en las grandes epidemias de viruela que azotaron a Santiago y Valparaíso en la que varios rindieron heroicamente la vida combatiendo el flagelo.

Miraos en ese espejo, jóvenes estudiantes de los postulados y de la renovación de valores.

En Valparaíso se citó como modelo el Hospital de don Agustín Edwards, fuertemente subvencionado por su señora madre doña Juana Ross de Edwards.

Las ambulancias recibieron su bautismo de fuego en Antofagasta, los días 26 y 27 de Mayo.

El “Huáscar” se presenta en la bahía a vengar en la población la pérdida de la fragata acorazada “Independencia”. En Antofagasta, se hallaba asilada en la poza la cañonera “Covadonga”, la heroica nave de Punta Gruesa.

Durante los dos días de bombardeo, las ambulancias 1ª de Santiago y 1ª de Valparaíso alistaron su material y la gente formó en son de guerra.

La 1ª de Valparaíso constituyó cinco grupos, que se distribuyeron en el recinto urbano.

1ª Sección, en la carpa, al mando de don Leopoldo Gutiérrez.

2ª Sección, en el centro de ciudad, al mando del doctor Martínez Ramos.

3ª Sección, al norte de la población, al mando de don Roberto E. Meecks.

4ª Sección, en las baterías del sur, al mando de don Laureano Ladrón de Guevara.

5ª Sección, en el muelle, al mando de don Eduardo Oddó.

Las ambulancias no sufrieron bajas, ni desperfectos en el material. Algunas bombas pasaron sobre las carpas, sin causar perjuicios.

En el combate del 28 de Agosto de 1879, entre el “Huáscar” y las baterías de tierra y buques de guerra “Abtao” y “Magallanes”, el cuerpo sanitario hizo labor ruda y eficiente.

Durante la acción y bajo el imponente fuego de a 300 del “Huáscar”, desembarcó los doce heridos del “Abtao”, de los cuales siete se encontraban en estado grave. Todos fueron atendidos por los cirujanos de las ambulancias, bajo la inmediata dirección de Martínez Ramos y Arnao.

Al día siguiente, 29 comisiones de la Cruz Roja transportaron a la 1ª Ambulancia los restos del ingeniero 1º don Juan Mary y de los tripulantes Pedro Padilla, Antonio Villarreal, Samuel Bárcena, Antonio Espinosa, Ricardo Briones, Manuel Hudson, Pedro N. Contreras y Juan de Dios Arriagada, para darles piadosa sepultura en el cementerio de la ciudad.

Los cadáveres fueron velados en una carpa salón. A las 8 A. M. el R. P. Madariaga, capellán de la 1ª Ambulancia, celebró una misa con los responsos y preces de estilo, y momentos después un lucido cortejo les acompañó al cementerio.

Un pelotón de marina con los oficiales tenientes 1º Wenceslao Frías, teniente 2º Policarpo Toro, ayudante de detall Malcon Mac-Iver y teniente de la guarnición Pío Guerrero B., concurren a dar el último adiós a sus compañeros de armas.

El señor Toro habló al borde de la tumba, en sentidas y tiernas frases.

El R. P. Madariaga recitó una composición poética, cuyas últimas estrofas dicen así:

Que a la tumba gloriosa mil flores
Venga pronto el chileno a esparcir;
Que son dignos de lauros y honores
Los que saben vencer o morir.
Que sus nombres ilustres pregonen
Los que a Condell y a Prat proclamaron;
Del “Abtao” a los hijos coronen
Los que a Condell y a Prat coronaron.

La comitiva, después de depositar una corona sobre la tumba del ingeniero Mary, oficial con 25 años de servicios, que dejaba una viuda con 16 hijos, pasó a visitar a los heridos en la primera ambulancia; los cuales se encontraban perfectamente atendidos y en buenas condiciones de salud.

Días después, se oficiaron solemnes exequias en la iglesia parroquial, debidamente vestida de luto para la fúnebre ceremonia.

La captura del “Huáscar”, puso fin a las correrías de este monitor. Las ambulancias no tuvieron otro trabajo que la atención de los enfermos de dolencias comunes, propias de una numerosa guarnición.

No obstante las diarias tareas, y las visitas de hospital, los cirujanos en jefe no escaseaban los ejercicios de campaña, para adiestrar al personal.

Dos y aún tres veces a la semana, se ordenaba levantar el campamento, plegar carpas, embarcar las impedimentas en los carretones y cargar en las mulas el material liviano.

La Sanidad se encontraba lista para la ofensiva, que debía seguir a la victoria del 8 de Octubre.

Mientras tanto, las Juntas de la Cruz Roja trabajaban en el sur, para reunir fondos y atender debidamente al personal destacado en Antofagasta, pues el Gobierno no podía disponer de un centavo para este servicio. Con patriótico esfuerzo abrieron un hospital militar en Antofagasta y enviaron a campaña cuatro ambulancias dotadas de elementos quirúrgicos, aparatos y útiles de curación, transporte de heridos y medicina para enfermedades comunes.

El Hospital Militar de Antofagasta quedó funcionando durante toda la campaña, para recibir enfermos de la costa peruana ocupada por nuestras armas.

El establecimiento prestó importantísimos servicios para evitar entre la tropa los estragos de las enfermedades de trascendencia social.

La Junta de Sanidad de Santiago, tuvo noticias por diferentes conductos, de que los soldados se encontraban seriamente amenazados por la plaga venérea.

Con fecha 10 de Junio, el presidente doctor Wenceslao Díaz, pasa una interesante nota sobre la materia a la Intendencia General del Ejército; en ella, después de hacer notar la propagación de las enfermedades venéreas en Antofagasta, pide que se ordene al Servicio Sanitario de dicha plaza o a sus autoridades locales, la implantación de medidas enérgicas para estirpar el mal, y recomienda que se examinen semanalmente las mujeres adscritas a los cuerpos de la guarnición, que a las manifestadas se las atiendan de preferencia, que se aíslen a las más graves hasta su total restablecimiento y todavía que la Gobernación y Junta de Alcaldes procedan *manci militari* a deportar a las más peligrosas como constantes focos del mal.

El Intendente General transcribió la nota al General en jefe, quien a su vez la hizo conocer del Cirujano Jefe y del Gobernador señor Prieto Zenteno.

Las autoridades procedieron sin contemplaciones y merced al celo desplegado, el estado sanitario cambió rápidamente, a tal punto que las salas, especiales del hospital quedaron poco a poco desiertas.

Un corazón generoso Mr. Eduardo Seve, Ministro de Bélgica en Chile, Perú y Bolivia, se impuso la filantrópica tarea de poner de acuerdo a los tres países beligerantes, para su ingreso a la Convención de Ginebra de 22 de Agosto de 1864.

Después de algunos viajes a Lima y la Paz, obtuvo la adhesión del Perú, el 2 de Mayo de 1879.

Por decreto de 22 de Junio firmado por el Presidente Pinto, y Ministro Jorge Hunneus, Chile pasó a formar parte de la Cruz Roja Internacional.

Bolivia, a su vez, adhirió el 3 de Julio del mismo año a las resoluciones de Chile y el Perú.

Los tres beligerantes comunicaron su ingreso, por medio de sus plenipotenciarios, al Comité Central de Ginebra, quedando aceptados.

El servicio religioso

La guerra a que nos arrastraron las naciones coaligadas en la sombra por un pacto secreto en nuestro daño, encontró a los chilenos unidos en un solo y único sentimiento: defender a la Patria hasta vencer o morir, antigua divisa del ejército y armada de la República.

Las diversas clases sociales respondieron al llamado gubernativo de cooperar en la medida de las fuerzas de cada cual, al éxito de la contienda.

El clero dió alto ejemplo de patriotismo: ofreció su óbolo, y sus servicios personales. Cooperó hasta en las ínfimas aldeas al movimiento generoso de los ciudadanos, en pro de la salvación nacional. Formo parte de los comités para crear ambulancias, establecer hospitales de sangre, recolectar fondos para el alivio de viudas, fundar asilos para huérfanos, establecer talleres para la confección de ropa para los soldados, hilas y vendas para los hospitales, etc., etc. Los Conventos de Monjas y casas de caridad o asilos se transformaron en talleres para fabricar artículos militares.

El vicario capitular don Joaquín Larraín Gandarillas, obispo de Martinópolis, envió al norte diez capellanes, a cargo de don Florencio Fontecilla, más tarde obispo de la Serena.

Hizo entrega a la Intendencia General del Ejército de la suma de 3.000 pesos colectados entre los miembros del clero, junto con un hospital desarmable, de tres salas perfectamente equipadas, costeados con el producto de un bazar, organizado por las señoras Rosario Fernández Concha y María Mercedes Ugarte.

Dicho hospital se armó en Antofagasta, a cargo del Presbítero Raimundo Cisternas, en donde prestó muy buenos servicios.

Llegados los diez eclesiásticos a Antofagasta, el capellán mayor don Florencio Fontecilla los distribuyó entre los buques de la armada y los cuerpos de tierra.

Desde el primer día hicieron labor cristiana y patriótica, visitando a los enfermos, aconsejando a los indecisos, levantando el espíritu de los desfallecidos y sobre todo predicando la sobriedad y combatiendo el alcoholismo en toda circunstancia.

Pegado a un cartón y clavado con tachuelas, apareció un día en las cuadras de los cuarteles de la guarnición, el siguiente impreso:

El Borracho (Leyenda árabe)

El genio del mal se presentó cierto día a un hombre, bajo la forma más pavorosa, y le dijo:

Tú debes morir; sin embargo, yo puedo concederte la vida siempre que te sometas a una de estas tres condiciones: matar a tu padre, castigar a tu hermana o beber alcohol.

¿Que hacer? pensó el hombre. ¿Darle muerte al que me ha dado la vida? Es imposible ¿Maltratar a mi hermana? Eso es afrentoso. Pues beberé alcohol.

Y bebió alcohol, pero estando borracho, maltrató a su hermana y mató a su padre.

Niño, joven u hombre que recibes este mensaje, no lo arrojes; guárdalo, y en la santidad de tu hogar vuélvelo a leer meditando sobre las verdades que contiene.

El trabajo no adormecía el sentimiento religioso; al contrario, la perspectiva del peligro avivó la fé y la devoción legendaria en Chile por la Virgen del Carmen, patrona jurada de las tropas nacionales.

La Virgen del Carmelo se exhibió sobre lujosas andas en catedrales, iglesias, capillas y oratorios, con la bandera chilena en la diestra y en la siniestra la corona de laureles, lista para coronar la frente de los héroes de la campaña.

Vamos a relatar fielmente una fiesta religiosa celebrada en la Serena, de la cual fuimos testigos presenciales, con motivo de la traslación de la imagen de la Virgen desde el convento de San Agustín hasta la Catedral en donde debían celebrarse lucidas fiestas en su honor.

Iguales o parecidas ceremonias tuvieron lugar en todo el país.

El reverendo padre prior del convento de San Agustín, previa licencia del ordinario, invitó a la sociedad de la Serena, a una fiesta religiosa que tendría lugar el 13 de Abril, a las cinco y media de la tarde.

Tratábase de la traslación de la Virgen del Carmen, patrona de las armas de la República, desde su capilla en San Agustín, a uno de los altares de la Catedral, donde debía celebrarse un solemne novenario, como lo había dispuesto el Ilm. señor Orrego, por decreto de 7 del mismo mes, para invocar la protección de la reina de los cielos en favor de nuestra causa y de la victoria del ejército, que se encontraba ya en campaña.

Con días de anticipación, las familias alistan las andas y las decoran con una magnificencia de que antes no se tenían noticias.

Las tres extensas naves de la espaciosa iglesia lucen guirnaldas de flores y arrayan, con escudos de banderas.

De verdes festones tendidos de columna a columna, penden gallardetes, flámulas y banderolas, en gran profusión.

Al centro de la nave, principal se hallan las andas, formando olas de gasa, plumas, encajes y flores.

Sobre la peana de hojas plateadas de vid, entrelazadas con espigas doradas, se alza la imagen de la Virgen entre dos banderas nacionales, con sencillo manteo color café y el tradicional regio manto, blanco nieve. En la mano derecha lleva la bandera nacional, luciendo en la izquierda un ramo de mirto para premiar a los guerreros de la Patria.

Una estrella radiante brilla sobre la diadema, estrella arreglada expresamente con los mejores brillantes y perlas que guardan las familias como recuerdos coloniales.

La peana ostenta al frente el escudo de la Nación, bordado a mano con hilo de seda en colores.

A las nueve de la mañana se celebra una solemne misa, pontificada por el señor obispo de la Diócesis.

Los profesores señores Enrique Manfredi y Luis Scherff, secundados por los señores José María Peralta, Gustavo Pineda, Pedro Crisólogo Orrego, Moraterio Gubanen, Enrique Blondel y el Club Musical, formaron una numerosa orquesta. El señor Alfonso Altavilla, tuvo a su cargo los números de canto, con la cooperación de las señoras de Steel, Elisa Zepeda de Varas, Donitila Ossandon de Ahumada y Enriqueta Valderrama de Magallanes; y señoritas Rosalía, Delfina y Domitila Carmona, Julia Amenábar, Delia y Tila Vicuña, Elvira Beytía, Julia Cunningham, Adelaida y Teresa Cousiño, Etelevina Peralta, Matilde Moure, Victoria Magallanes, Julieta Videla y Carmen Aguirre.

Se cantó la gran misa de Vassi, en que la orquesta llenó las naves del templo, con las grandiosas armonías de esta soberbia obra, las voces de las damas realzaron las bellezas de las partes principales, el Requiem, Kyrie, Dies irae, Sanctus, Agmes y Libera.

Cantantes y músicos culminaron en el *Dies irae*, la composición reputada monumental por la crítica del arte. Instrumentación rica y variada, motivos frescos y lozanos, unidos a la emoción tierna y sentimental, forman un conjunto divino, que transporta las almas al más allá desconocido.

Al evangelio, subió al púlpito el R. P. Prior, y en conceptuosa elocución elevó preces al Altísimo por el triunfo de nuestras armas, y pidió la intervención de la Patrona y Generala del Ejército, para alcanzar una paz sólida y estable, después de una campaña victoriosa, como las del 22 y 38.

La calle de San Agustín, desde el convento hasta la plaza de armas, presentaba imponente golpe de vista. La bandera nacional flameaba en todos los edificios, cuyos balcones desaparecían bajo elegantes colgaduras y doseles, con cenefas de arrayanes, guirnaldas, coronas, y ramilletes de flores naturales.

Las alumnas del Liceo de Niñas y escuelas públicas ocupan extensas galerías, levantadas en las esquinas de Cienfuegos, Merced y Plaza, para cantar himnos religiosos y canciones patrióticas, y arrojar flores al paso de las Andas.

A las 5 P. M., después de un rosario cantado dentro del templo, se pone en marcha la procesión, con la cruz alta y ciriales a la cabeza, conducidas por un cuerpo de acólitos de vestimenta roja, con sobrepelliz blanco.

Viene la primera de las Andas, con el Ángel Custodio sobre la proa de la nave de la República: sostiene en la mano izquierda el emblema patrio, blandiendo en la diestra la espada flamífera, vengadora de las ofensas; sirven de escolta los alumnos del Liceo, los del Colegio de Rojas, y las escuelas de hombres del Departamento.

Vienen en pos las andas de SaFranciscana y los alumnos del Seminario Josefinos, la Venerable Orden Tercera Franciscana, los alumnos del Seminario y del Colegio Católico.

Aparecen las Andas de la Virgen. Al enfrentar al pórtico central, se abre una granada, que arroja flores, emblemas, con la fecha del día y un centenar de blancas palomas encintadas, que se dispersan por la ciudad. Las campanas repican; los voladores atruenan el aire; y un “Viva Chile” estruendoso brota espontáneo del pecho de los concurrentes.

Un pelotón de Veteranos del año 38 hace guardia de honor a las órdenes del Comandante Peña, de Artillería, que luce sobre su pecho las medallas de Guías y Yungay, y en el brazo derecho el parche del Buín; y de movilizados serenenses que hicieron la campaña del 66, comandados por el entonces teniente y ahora capitán del Batallón Coquimbo, Federico Cavada.

A retaguardia la Brigada Cívica de Artillería (Cuerpo de Bomberos) con sus piezas, dos compañías del Batallón Cívico con banda de músicas, y un escuadrón de caballería municipal.

Marchan a continuación el Obispo, doctor Dn. José Manuel Orrego, el Cabildo Esclesiástico y clero secular y regular; el Intendente y Comandante General de Armas don Antonio Alfonso, secretario e Ilustre Municipalidad, la Ilustrísima Corte de Apelaciones, secretario, relator, procuradores y notarios; rector y profesores del Liceo, Directorio y Cuerpo de Bomberos; Agentes y empleados de los bancos; Colegios de Abogados, Ingenieros y profesionales; Club de la Serena; Club Coquimbo; Sociedad de Artesanos; Liga Protectora de Estudiantes Pobres, Club Musical; Directorio de las Escuelas Nocturnas; Club Literario, etc., etc. El pueblo en masa cierra el desfile, con un concurso enorme de jinetes venidos de las subdelegaciones rurales y minerales aledaños.

La procesión demora tres horas en salvar las cuatro cuadras que median entre San Agustín y la Catedral, pues de trecho en trecho se cantan salmos, con sus correspondientes antífonas.

Por fin, colocadas las andas en la nave derecha de la Metropolitana, y después de un rosario solemne, y de las invocaciones “Pro Patria” y “Ad petendam victoriam”, S.S. Ilm. pronuncia una brillante alocución patriótica; la concurrencia electrizada, por primera vez rompe la práctica secular, aplaudiendo dentro de la Catedral con hurras a Chile, a sus mandatarios y al Ejército y Armada.

La Virgen permaneció nueve días en la Catedral, durante los cuales se celebraron numerosas fiestas religiosas.

La Serena, la ciudad revolucionaria de los Loros y Cerro Grande; la ciudad roja que sostuvo a los Gallos con las armas en la mano; la patria de los Alfonsos, de los Muñoces, de los Videlas, de los Barrazas, y tantos otros varones ilustres, de las ideas avanzadas de ese tiempo, se citaban a los pies de altar, dando un ejemplo al pueblo, de que en tan solemnes circunstancias, no habían sino dos ideales: Dios y Patria.

Y el pueblo en masa seguía a sus dirigentes, pues encarnaban los altos ideales de rendir la vida por Chile, y de implorar la protección del Supremo Hacedor, para nuestra justa causa.

La consagración de la Virgen como patrona de nuestros destinos militares, data desde 1817.

Con fecha 1° de Enero de dicho año, el general San Martín, envió al gobernador de Mendoza, Coronel Don Toribio Suzuriaga, la siguiente comunicación:

“Señor gobernador e Intendente de esta provincia: El domingo 5 del corriente se celebra en la Iglesia Matriz la jura solemne de la Patrona del Ejército y bendición de su bandera, V. S. al frente de la muy Ilustre Municipalidad, corporaciones, prelados y jefes militares y políticos de esta capital, se servirá solemnizar la función con su asistencia, en que el Ejército y yo recibiremos honra. Principiará a las cinco de la mañana.- Cuartel General de Mendoza.- 1° de Enero de 1817.- José de San Martín”.

Las autoridades mendocinas recibieron con sumo agrado la invitación del comandante en jefe del Ejército Expedicionario.

El señor gobernador, además de citar por escrito al cabildo de la ciudad, y a las principales autoridades, hizo publicar un bando en que exhorta a los habitantes y estantes de la muy ilustre ciudad, a solemnizar las referidas fiestas, con lo que manifestarán su piedad y darán testimonio de cariño para el ejército y de honra y respeto para el glorioso general invitante.

A las diez de la mañana apareció el Ejército en uniforme de parada, mandado por el mayor general Soler, acompañado del Estado Mayor, y a caballo recorrió las anchas calles entre las vivas y aclamaciones del pueblo entusiasmado, y del estruendo de las campanas de ocho iglesias que, a un mismo tiempo, repicaban. La columna hizo alto al llegar a la esquina del Convento de San Francisco (N. O. de la Plaza) para esperar que saliera del templo *Nuestra Señora del Carmen*. Salió la procesión encabezada por el clero secular y regular, presidiéndola el Capitán General don José de San Martín, seguido del gobernador Intendente, del Cabildo, los empleados, los más distinguidos ciudadanos, en majestuosa marcha hasta la Iglesia Matriz, donde en un sitial cubierto con un tapete de damasco, estaba doblada la bandera en una bandeja de plata. En este momento, entró al templo una guardia de honor al mando de un capitán. Así que se cantó Tercia, y, al entrar al altar los celebrantes, el General San Martín se levantó de su asiento, y subiendo al presbiterio, acompañado de sus edecanes tomó la bandeja con la bandera y la presentó al sacerdote. Este la bendijo en la forma del Ritual, bendiciendo también el bastón del General, que era de un hermoso palisandro, con puño de un topacio como de dos pulgadas de tamaño, acto, que fué saludado con una salva de 21 cañonazos. El General, por su parte, amarró la bandera en el asta, y colocándola de nuevo en el sitial, volvió a tomar asiento. Siguió la misa hasta el Evangelio.

Terminó la misa con un *Te Deum laudamus*; la procesión volvió a salir con el mismo cortejo hasta un altar que se había preparado sobre un tablado, al costado de la iglesia, que miraba a la plaza, y al asomar la bandera y la Virgen, los cuerpos presentaron armas y batieron marcha.

Al subir la imagen para colocarla en el altar, el General le puso su bastón en la mano derecha, y luego tomando la bandera, se acercó a perfil de la plataforma, donde, en alta y comprensible voz, pronunció las siguientes palabras: “Soldados, ésta es la primera bandera independiente que se ha levantado en América”. La batió por tres veces, cuando la tropa y el pueblo respondían con un *Viva la*

Patria, rompiendo dianas las bandas de músicos, de cajas, clarines y la artillería hizo otra salva de 25 cañonazos.

Vino enseguida el juramento: todo el numeroso concurso se comprometió a sostener la bandera que se bendecía o morir en la demanda.

La fiesta terminó con el regreso de la Virgen al convento franciscano, en donde se la volvió a su sitio, con el ceremonial de estilo.

Una vez que el ejército de los Andes hubo cruzado la cordillera, dispersando los piquetes realistas que defendían los boquetes, y en posesión de las plazas de San Felipe y los Andes, el general O'Higgins hizo renovar el juramento, por el cual quedaba reconocida como Patrona y Generala de la República de Chile, la Virgen, en su adoración de Nuestra Señora del Carmen.

El 11 de Febrero, víspera de la batalla de Chacabuco, en las faldas de la cuesta norte, sobre un altar de campaña, renovaron el juramento de Mendoza, primero O'Higgins y después el ejército entero, de rendir la vida por la nueva bandera que la Virgen tremolaba en su diestra, o conseguir la libertad de la colonia, que rompía las cadenas de la esclavitud para vivir la vida de los pueblos libres e independientes.

Obtenida la victoria, O'Higgins, Director Supremo, de acuerdo con San Martín, hizo renovar el juramento del día 11, para que lo prestaran las nuevas autoridades chilenas, y ciudadanos adictos a la independencia.

Además, designó el 16 de Julio, día del Carmen, para la repartición de las condecoraciones de Chacabuco, a los vencedores de esta acción.

“La Gaceta”, órgano oficial del gobierno libre, decía con tal motivo:

“Hoy es el día de la Patrona de nuestro ejército.

De lo alto del Carmelo se ha derramado la virtud de la fortaleza sobre los defensores de la patria, sobre los hijos de la libertad que sostienen con las armas la que recibieron del cielo. Los vencedores de Chacabuco han obtenido en este día glorioso el premio decretado a su virtud y a su ardimiento.

Y más abajo agregaba: El concurso permitió con dificultad el paso al templo (de San Francisco), donde se elevaron los más profundos votos al Eterno; y de allí fué acompañada la Soberana Patrona, hasta su Iglesia del Carmen con las banderas triunfales y la más lucida comitiva”.

Y continúa “La Gaceta”:

“Como testimonio de gratitud y como oficial consagración de todo el pueblo de Chile, el 14 de Marzo de 1818, veinte días antes de la gloriosa jornada de Maipú y en la Catedral de Santiago se renovaba por el pueblo y Cabildo de la ciudad, el solemne juramento, con particularidades dignas de señalarse. El templo se vistió de gala: llenaron sus naves los fieles presididos por las corporaciones civiles, religiosas y militares; agrupáronse las viejas banderas ante el trono de la Reina del Carmelo y magistrados y ciudadanos alzaron la voz para jurar:

Que en el sitio en que se diera la batalla y se obtuviera la victoria, se elevaría un santuario a la Virgen del Carmen, Patrona y Generala del Ejército y que los fundamentos serían colocados por los mismos que lo ofrecen, en el lugar de sus misericordias, que será el de nuestras glorias”. (“Gaceta de Santiago”)

Este voto solemne fué anunciado a la ciudad con el repique de las campanas, el estruendo de los cañones y la libertad de muchos encarcelados. El Supremo Director, don Bernardo O'Higgins, selló en el Palacio de Gobierno aquel juramento, diciendo:

“Que para reconocimiento de la determinación pública y obligatoria, hace voto solemne el pueblo de Chile de erigir una capilla a la Virgen del Carmen que sirva de distinguido trofeo a la prosperidad y de estímulo a la devoción y religiosa gratitud, en el mismo lugar donde se verifique el triunfo de las armas de la Patria”.

Viene Maipú y la república afirma su estabilidad sobre bases sólidas; O'Higgins no olvida su gratitud hacia la Patrona de nuestros soldados y dicta el decreto siguiente:

Santiago, 7 de Mayo de 1818.

La inmaculada Reina de los Ángeles, en su advocación de Nuestra Señora del Carmen, fué jurada Patrona de las Armas de Chile, primero por el voto general de este pueblo, por haber experimentado su protección en el restablecimiento del Estado, que yacía bajo la opresión de los tiranos, mediante el esfuerzo del Ejército Restaurador de los Andes y después el 14 de Marzo último en el acto solemne en que concurrieron las corporaciones y un inmenso pueblo en la Santa Iglesia Catedral, al objeto de ratificar, como ratificaron expresamente aquel juramento, ofreciendo erigirle un templo en el lugar donde se diese la batalla a que nos provocó el general enemigo Osorio. No debe tardarse un momento el cumplimiento de esta sagrada la libertad de la colonia, que rompía las cadenas de la esclavitud para vivir la vida de los pueblos libres e independientes.

Obtenida la victoria, O'Higgins, Director Supremo, de acuerdo con San Martín, hizo renovar el juramento del día 11, para que lo prestaran las nuevas autoridades chilenas, y ciudadanos adictos a la independencia.

Además, designó el 16 de Julio, día del Carmen, para la repartición de las condecoraciones de Chacabuco, a los vencedores de esta acción.

“La Gaceta”, órgano oficial del gobierno libre, decía con tal motivo:

“Hoy es el día de la Patrona de nuestro ejército.

De lo alto del Carmelo se ha derramado la virtud de la fortaleza sobre los defensores de la patria, sobre los hijos de la libertad que sostienen con las armas la que recibieron del cielo. Los vencedores de Chacabuco han obtenido en este día glorioso el premio decretado a su virtud y a su ardimiento.

Y más abajo agregaba: El concurso permitió con dificultad el paso al templo (de San Francisco), donde se elevaron los más profundos votos al Eterno; y de allí fué acompañada la Soberana Patrona, hasta su Iglesia del Carmen con las banderas triunfales y la más lucida comitiva”.

Y continúa “La Gaceta”:

“Como testimonio de gratitud y como oficial consagración de todo el pueblo de Chile, el 14 de Marzo de 1818, veinte días antes de la gloriosa jornada de Maipú y en la Catedral de Santiago se renovaba por el pueblo y Cabildo de la ciudad, el solemne juramento, con particularidades dignas de señalarse. El templo se vistió de gala: llenaron sus naves los fieles presididos por las corporaciones civiles, religiosas y militares; agrupáronse las viejas banderas ante el trono de la Reina del Carmelo y magistrados y ciudadanos alzaron la voz para jurar:

Que en el sitio en que se diera la batalla y se obtuviera la victoria, se elevaría un santuario a la Virgen del Carmen, Patrona y Generala del Ejército y que los fundamentos serían colocados por los mismos que lo ofrecen, en el lugar de sus misericordias, que será el de nuestras glorias”. (“Gaceta de Santiago”)

Este voto solemne fué anunciado a la ciudad con el repique de las campanas, el estruendo de los cañones y la libertad de muchos encarcelados. El Supremo Director, don Bernardo O'Higgins, selló en el Palacio de Gobierno aquel juramento, diciendo:

“Que para reconocimiento de la determinación pública y obligatoria, hace voto solemne el pueblo de Chile de erigir una capilla a la Virgen del Carmen que sirva de distinguido trofeo a la prosperidad y de estímulo a la devoción y religiosa gratitud, en el mismo lugar donde se verifique el triunfo de las armas de la Patria”.

Viene Maipú y la república afirma su estabilidad sobre bases sólidas; O'Higgins no olvida su gratitud hacia la Patrona de nuestros soldados y dicta el decreto siguiente:

Santiago, 7 de Mayo de 1818.

La inmaculada Reina de los Ángeles, en su advocación de Nuestra Señora del Carmen, fué jurada Patrona de las Armas de Chile, primero por el voto general de este pueblo, por haber experimentado su protección en el restablecimiento del Estado, que yacía bajo la opresión de los tiranos, mediante el esfuerzo del Ejército Restaurador de los Andes y después el 14 de Marzo último en el acto solemne en que concurrieron las corporaciones y un inmenso pueblo en la Santa Iglesia Catedral, al objeto de ratificar, como ratificaron expresamente aquel juramento, ofreciendo erigirle un templo en el lugar donde se diese la batalla a que nos provocó el general enemigo Osorio. No debe tardarse un momento el cumplimiento de esta sagrada promesa; y para que tenga efecto a la mayor brevedad, nombro a don Juan Alcalde y a don Agustín Eyzaguirre por superintendentes de esta obra. En consecuencia, me presentarán un plano de ella, con el correspondiente presupuesto, proponiéndome los sujetos que deben emplearse en la colectación de los caudales necesarios de poder de las corporaciones y vecindario que los ofreció, el lugar donde deben depositarse, la forma en que debe celebrarse el acto de poner los primeros fundamentos del edificio, marchando los que los ofrecieron según su misma promesa, desde esta capital hasta el lugar en que se ganó la batalla, con los demás puntos directivos y económicos, convenientes a facilitar la pronta conclusión de dicha obra. Transcribáseles este decreto por el Ministerio, y a los jefes de los Partidos, para que exciten a sus vecinos a contribuir con lo que permitan sus facultades a beneficio de ella.

O'Higgins.- Hermógenes de Irisarri.

Algún tiempo después, cuando el general San Martín planeaba la expedición libertadora, en uno de sus frecuentes viajes a Mendoza, remitió al padre Guardian de San Francisco, su bastón de mando, con esta expresiva dedicatoria:

“Rvdo. P. Guardián del Convento de San Francisco, de la ciudad de Mendoza.

La decidida protección que ha prestado al Ejército de los Andes su Patrona y Generala, Nuestra Madre y Señora del Carmen, son demasiado visible. Un cristiano reconocimiento me estimula presentar a dicha Señora (que se venera en el Convento que rige V. P.), el adjunto bastón, como propiedad suya y *como distintivo del Mando Supremo que tiene sobre dicho Ejército.*

Dios guarde a V. P. muchos años.- José de San Martín. Mendoza, Agosto 12 de 1818.

En el mes de Junio, el Director Supremo puso todo empeño en que se edificara la capilla votiva del Carmen, en el llano de Maipú.

Trasladóse allí, acompañado de los principales dignatarios de la nación, del Obispo de Santiago, del respetable cabildo y comunidades, con el objeto de dar principio a la obra.

Por sus manos, colocó la primera piedra, y las señoras más encopetadas de la capital condimentaron el rancho de los operarios.

La obra ha costado años de esfuerzo, pero al fin quedó terminada con gran contentamiento de los hombres patriotas, que consideraban una deuda sagrada el voto de los padres de la Patria.

Todavía, y como un gran ejemplo de piedad de los grandes hombres de aquella época titánica, transcribimos una invitación del Director Supremo al Senado de la República, que acentúa gráficamente el modo de sentir de la sociedad directiva de la época.

Dice el documento:

“Exmo. señor: He dispuesto que el 20 del corriente a las diez de la mañana se celebre en la Santa Iglesia Catedral una misa cantada con sermón y asistencia de las corporaciones en honor de Nuestra Señora del Carmen, como Patrona de las armas de Chile. Se anunciará desde la víspera con

salvas, repiques e iluminación general, cuyos actos se repetirán el día de las fiestas en las horas acostumbradas.

Tengo el honor de avisarlo a V. E. para su conocimiento en la parte que le toca.

Dios guarde a V. E. muchos años.- Palacio Directorial de Santiago, Julio 10 de 1819.-

Bernardo O'Higgins.

Al Exmo. Senado del Estado”.

Los documentos transcritos comprueban la institución del Patronato de la Virgen del Carmen sobre las armas de la República, a cuya fiesta solemne concurren las tropas, en las plazas donde hay guarnición.

Por otra parte, el culto se ha hecho general en todas las clases sociales, que la consideran tradicionalmente como nuestra abogada protectora.

En 1921, los prelados de Chile, acordaron dedicar un día del año para orar por la felicidad de la Patria, y designaron el día de la Virgen del Carmen para rendir tal homenaje.

Dictaron al objeto la siguiente circular:

“Los grandes males que afligen a nuestra Patria, nos imponen el deber de dirigirnos al cielo y unirnos en fervorosa y constante oración, para alcanzar que el Dios de las Naciones se apiade de la nuestra.

Vanos serían los esfuerzos de los legisladores, de los hacendistas, de los sociólogos, de los encargados de la salubridad e higiene pública, y de cuantos trabajan por el bien general, si no viniese en nuestro auxilio aquel que gobierna todas las cosas, que humilla a los pueblos o los engrandece conforme a sus insondables designios. Cuando son impotentes los esfuerzos humanos para conjurar las calamidades, es preciso buscar en Dios lo que el hombre no puede realizar. Al efecto, tenemos a nuestra disposición un medio seguro, cuyo poder está declarado repetidas veces y terminantemente en el Evangelio, y de cuya eficacia sabe dar fé todo corazón católico: la oración. Y en este caso, la oración pública por la Patria.

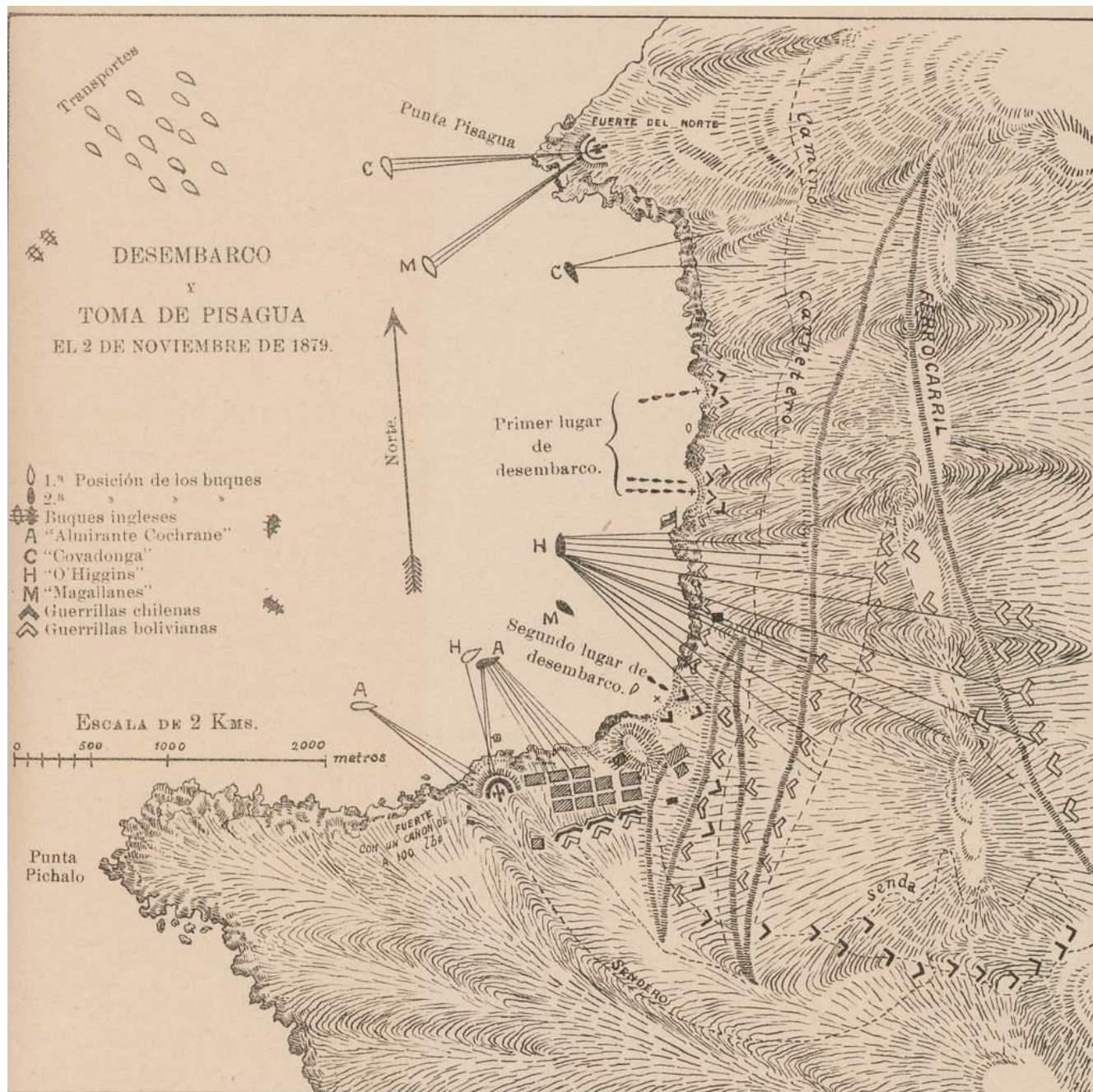
Las naciones, incapaces de premio ni castigo eterno, puesto que su existencia termina en el tiempo, reciben en esta vida la sanción que merecen, y suele Dios azotarlas con crudeza, cuando son más los crímenes con que provocan su justicia que las plegarias con que procuran desarmarla.

A fin de apartar de nuestro querido Chile los castigos, atraer sobre él la protección del cielo, dar gracias por los beneficios que no cesa Nuestro Señor de concedernos y cumplir la obligación que tenemos de orar públicamente venimos en dedicar cada año en nuestra Diócesis un día de oración por la Patria. Y pues, la Santísima Virgen, en su advocación del Carmelo, es nuestra Patrona como chilenos, a ellas tomaremos de medianera e intercesora.

La Santidad de Benedicto XV tuvo a bien, no sólo aprobar la decisión del episcopado chileno, sino que concedió un jubileo especial, a los que comulguen en el día de la Oración por la Patria.

CAPÍTULO XXI.

Asalto a Pisagua.



El convoy marcha a las órdenes del capitán de fragata don Manuel Thompson, cuya insignia enarbola el "Amazonas", transporte armado en guerra, que perteneció a la flota de la Compañía Inglesa de Vapores.

Los buques de S.M.B. "Thetis" y "Turquoise" se divisan, por retaguardia, allá en los confines del horizonte, siguiendo calmadamente las aguas de nuestros buques.

Después de una tranquila noche, el sol del 29 aparece radiante; las bandas saludan el nuevo día con alegres dianas.

Cinco naves faltan a la lista: “Angamos”, “Copiapó”, “Toro”, “Lamar” y “Elvira Álvarez”.

Los cucalones levantan gran alboroto; llegan hasta suponer que la “Unión” ronda por las vecindades, a caza de transportes rezagados.

Los militares, confiados en que los marinos orillan bien las dificultades, continúan las tareas de la instrucción diaria de la tropa, que sigue a bordo con la misma intensidad de tierra.

El jefe de los transportes, comandante don Patricio Lynch que navega en el “Itata”, se pone al habla con Thompson y queda descorrido el velo del misterio, con profundo disgusto de los corresponsales que se aprontan para narrar desgracias sensacionales.

El jefe de la escuadra había enviado al “Lamar” en comisión a Mejillones; y al “Angamos” a Tocopilla.

El comandante Lynch, quedó en Antofagasta hasta las últimas horas del día 28, atendiendo los deberes de su cargo; cercana la noche, se vió obligado a tomar algunas medidas de que no pudo imponer al jefe del convoy, lejano y oculto en la obscuridad.

Hé aquí como expone lo ocurrido el comandante Lynch, en parte oficial, fechado en Pisagua, el 7 de Noviembre:

“A retaguardia quedaron la fragata a la vela “Elvira Álvarez” y los transportes “Copiapó” y “Toro”, que debían remolcarla, siguiendo las aguas del convoy.

Comprendí que la operación de sacar esa fragata de la bahía, sería morosa y difícil, no sólo por las condiciones especiales de la rada de Antofagasta, en un día de mar agitado por recio viento, sino también por los estorbos que presentaban los buques mercantes allí surtos, en horas en que ya se extendían las sombras de la noche. Teniendo esto presente, y sabiendo que algunas de las naves del convoy debían recalar en Mejillones, para embarcar allí cuerpos de tropa, ordené a los transportes remolcadores que, en caso de no poder seguir el convoy, perdiéndolo de vista, se dirigiesen al indicado puerto con la fragata remolcada”.

Y el “Itata” partió a unirse al grueso de la escuadra.

Más tarde, los remolcadores sacaron a la “Elvira Álvarez”, cuando la cerrazón de la noche y la distancia les impedía ver las luces del convoy. Se dirigieron entonces a Mejillones, según lo ordenado por el comandante Lynch.

A las 8 A. M. la escuadra hace alto, con mar tranquila, sin que la más ligera brisa rice la superficie.

A las 9 A. M. la “Covadonga” parte en comisión a Antofagasta; va a traer los últimos telegramas del Gobierno.

A las 6 P. M. el “Amazonas” pone proa al Este. Queda de jefe el capitán Latorre del “Cochrane”.

La inmovilidad de la flota da oportunidad a los editores de diarios, para sacar tres ediciones el día 29, que se canjean al paso de los botes en comisión.

El *Minero del Norte* cuenta en prosa y verso la fuga de doña “Elvira Álvarez”, con un caballero de “Copiapó”, apellidado “Toro”. Un volante ilustrado, sin pie de imprenta por precaución, se agota arrebatado por el público. Aparece el señor Ministro de la Guerra, escrutando el horizonte, con el catalejo al revés.

La noche pasa tranquila. La gente duerme a pierna suelta, pues, el balance es nulo.

Nadie se inquieta; se sabe que el comandante Thompson dió instrucciones minuciosas para la marcha; entre ellas, las siguientes:

Orden de salida fuera de puerto.

Orden de marcha durante el viaje.

En qué casos debía usarse el Código Internacional, y en cuáles el nacional.

Luces que deberían encenderse al producirse un accidente.

Modo de dar avisos rápidos en casos graves, de día o de noche.

Uso de las señales para la más pronta comprensión.

Manera de tomar fondeadero para evitar colisiones.

Punto de reunión en caso de separación de un buque.

El 30 a las 6 A. M. regresa el “Amazonas” y marcha a la cabeza de las naves, a tres millas por hora, rumbo al norte; a las 6 P. M. vuelve a partir proa al oriente. El “Cochrane” guía la flota, al mismo andar, sin variar el rumbo.

A las primeras horas de la mañana del 31, ingresan la “O'Higgins”, “Magallanes”, “Matías Cousiño”, “Copiapó”, con la “Elvira Álvarez” a remolque y “Angamos”. El “Loa” cubre la retaguardia.

Al llegar a la intersección del paralelo 23 de latitud sur con el meridiano 71° 28' Oeste de Greenwich, punto designado para la reunión general, el “Angamos” dispara un cañonazo; las naves toman al momento la colocación indicada en el siguiente gráfico, según orden impartida en Antofagasta:

“Cochrane” – “Itata” – “Amazonas” – “Loa” – “Magallanes”
“Abtao” – “Lamar” – “Limarí”
“Matías Cousiño” – “Santa Lucía” – “Toltén”
“Angamos” – “Copiapó” – “Huanay”
“O'Higgins” – “Paquete de Maule” – “E. Álvarez” – “Toro” – “Covadonga”

Nota:

Este es el gráfico oficial.

Con cursiva van los cuatro buques de guerra que ocupan las cuatro puntas del convoy.

La “Thetis” y la “Turquoise” se dibujan a larga distancia, por el sur. El buque insignia ordena “alto” poco antes de almuerzo, y hace señales. Los jefes de buque y de cuerpo se dirigen a bordo, llamados por el señor Ministro de la Guerra para ultimar el plan de ataque y designar el puesto de cada cual, en un gran Consejo de jefes de mar y tierra.

Los improvisados diaristas de a bordo aprovechan la larga detención, para circular volantes, entre las naves.

Hubo ediciones especiales del *Charivarí*, *La Linterna del Diablo*, *La Reforma de La Serena*, *El Amigo del País de Copiapó*, *El Nuevo Carril* de Santiago, y muchos otros.

El *Charivarí*, que días antes había caricaturado al Ministro con el catalejo al revés, le pinta ahora midiendo los estanques de agua de los barcos. El señor Ministro suda la gota gorda, descifrando la siguiente fórmula dibujada dentro de una circunsferencia, en la cintura de una pipa:

$(a-v V-1)2=a2-b2-2ab V-1.$

Averigua el cuadrado de la cantidad imaginaria a-b.

El general leía con delicia los volantes, pues gozaba al ver a los niños contentos; pero maldita la gracia que los tales papeluchos hacían al señor Ministro.

La reunión a bordo del “Amazonas” dura dos horas largas; y aunque todos deseaban inquirir datos, no se pescó noticia alguna, sino que en breve se darían los acuerdos en la orden del día.

Nada trascendió por el momento, pues se guardó absoluta reserva.

Años más tarde, fué haciéndose luz acerca de esta importante asamblea, en que, a puertas cerradas se pusieron los puntos sobre las ies.

He aquí nuestras informaciones recogidas en fuentes imparciales.

Abierta la sesión, el Ministro de la Guerra manifiesta a los presentes que la convocatoria tenía por objeto dar las últimas instrucciones respecto a la acción que iba a empeñar el ejército, en los puntos de desembarco.

Hubo al principio un cambio general de ideas, en que se trató en términos latos de la próxima operación, y de la significación que tenía para el país un golpe fuerte dado al enemigo, en sus propias posiciones, bien atrincheradas y defendidas.

Añadió que había confeccionado un plan de operaciones, tanto para la armada, como para el ejército.

Aquí empezó la buena.

El general expresó terminantemente que el desembarco en tierra enemiga se efectuaría bajo su dirección, en virtud de sus propios planes concebidos y estudiados con su jefe de Estado Mayor General, y en combinación con el comandante en jefe de la armada, a quien, como al general en jefe, no había tornado en cuenta el señor Ministro.

Interrogado por éste, el capitán Thompson, manifestó con todo respeto a la vez que con entereza, que según las ordenanzas, no había a bordo sino una sola autoridad suprema, el señor general en jefe del ejército en campaña. (Estos detalles fueron conocidos por la relación posterior de algunos jefes que estuvieron presentes en la reunión, pues no se levantó acta del Consejo.)

Ante el silencio del señor Ministro, Escala ordena a su jefe de Estado Mayor que haga una exposición ante la asamblea, dando a conocer el plan de ataque, hasta en sus menores detalles.

El coronel extiende sobre la mesa un enorme plano, en que están marcados los puntos de desembarco en Pisagua y Junín: el primero, como acción principal, cuyo objetivo se traduce en el asalto y toma del puerto; el segundo, como accesorio de la primera operación, destinado a afianzar por retaguardia la conquista de Pisagua con la ocupación de la meseta de Hospicio.

El jefe de Estado Mayor, con voz clara y reposada, marca la situación de la escuadra para el bombardeo, primero; y para echar la gente a tierra, en seguida.

Manifiesta después el agrupamiento de las tropas asaltantes, en tres divisiones de ataque, la 2ª y 3ª, otra división de emergencia, para circunstancias especiales; y una división de reserva, que permanecería a la expectativa.

El coronel Sotomayor, unía a su figura caballerisca y aire marcial napoleónico, dicción fácil, y voz agradable y bien timbrada.

La exposición cautivó a los miembros del Consejo, que se manifestaron entusiastas.

El mismo señor Ministro no pudo por menos que felicitarle del trabajo y darle su aprobación a nombre del Supremo Gobierno.

El señor Ministro tenía poca confianza en la preparación del alto comando; de ahí que creyera de buena fé que era el único capacitado para elaborar el plan de ataque; y para designar a cada cual su papel y darle las órdenes convenientes, había reunido a bordo, este Consejo que no quiso llamar en Antofagasta, no obstante la orden del Gobierno.

El señor Sotomayor era patriota; aunque lastimado en su amor propio, colaboró al plan de Escala, con indicaciones de su clara inteligencia, y de su larga experiencia en la vida pública.

Vueltos a sus buques y a sus cuerpos los respectivos comandantes, se dió lectura a la siguiente orden general, bastante sugestiva:

Alta Mar, a bordo del “Amazonas”, Noviembre I.º de 1879.

“Instrucciones a que deben atenderse los buques de la armada y transportes que están bajo mi mando, para desembarcar el ejército del norte en territorio peruano”.

La flota, compuesta de los buques de guerra y transportes, se presentará frente al puerto de Pisagua y caleta de Junín, a las 4 A. M. del día 2 del actual, en el orden de marcha siguiente: el “Cochrane”, la “O'Higgins”, la “Magallanes” y la “Covadonga” a la cabeza.

Seguirán los transportes “Copiapó” y “Limarí”; después el “Loa”, “Abtao”, “Toltén” y “Santa Lucía”.

Continuarán el “Matías Cousiño”, “Huanay” y “Lamar”. El “Angamos” quedará a retaguardia y se conservará fuera del puerto en observación, sirviendo de vigía.

El “Itata” y el “Amazonas” marcharán uno en pos del otro, llevando el ala derecha del convoy y se quedarán sobre sus máquinas en un punto donde puedan dirigirse igualmente a los fondeaderos de Pisagua o de Junín, esperando órdenes para marchar al lugar que convenga.

Dos millas antes del fondeadero, los cuatro buques de guerra nombrados primero con el “Cochrane” a la cabeza, se dirigirán al puerto y atacarán las defensas enemigas hasta apagar sus fuegos y dejar libres los desembarcaderos para las tropas.

Antes de emprender esta operación, se habrán desprendido de sus botes y dejándolos al costado de los dos primeros transportes que siguen. (“Copiapó” y “Limarí”). Todo el convoy se detendrá en este punto, conservando su formación y orden de marcha.

Mientras los buques de guerra reconocen la bahía y destruyen las fuerzas enemigas y sus defensas, los transportes alistarán sus embarcaciones, colocarán todas las escalas que tengan, y tenderán planchas en los portalones para que la salida de la tropa se haga con facilidad y rapidez.

Todos los buques mandarán sus botes a cargo de un teniente, el que se pondrá a las órdenes del capitán de navío graduado don Enrique Simpson, quien dirigirá en jefe la operación del desembarco del ejército y ordenará todo lo que tenga relación con este servicio.

En el momento que se hagan señales a la corbeta “Magallanes”, se desprenderá del resto de la armada para dirigirse a donde se encuentran el “Amazonas” y el “Toltén”, para proteger el desembarco de sus tropas.

Todo buque que haya desembarcado su tropa, se replegará sobre el flanco respectivo; y tomará la colocación conveniente para que avance el que sigue en el orden de marcha designado, de modo que no haya estorbo ni confusión alguna.

A estas instrucciones se atenderá estrictamente Ud. y todo lo que le concierne lo hará cumplir con escrupuloso rigor.-

Dios guarde a Ud.

Erasmus Escala.

Poco después se repartió la siguiente proclama al ejército:

Soldados:

En pocos momentos habréis pisado ya el suelo enemigo, y con la primera victoria habréis principiado a aplicarle el castigo merecido por la alevosía de su agresión.

Tenéis en vuestras manos la suerte de la patria, que os ha dado esas armas para su seguridad y para nuestra gloria. A la entereza del alma corresponde siempre la entereza del brazo; y vosotros, soldados, que sois de la raza de los libertadores de esta tierra ingrata y de los que pasaron triunfantes por sus campos y ciudades en 1838 el tricolor de la República, vais a continuar ahora esas nobles tradiciones del heroísmo chileno.

Soldados:

La patria lo espera todo de vuestros esfuerzos. Dios os protege; la inmortalidad os aguarda.

¡Adelante!

Vuestro General,

Erasmus Escala.

La navegación durante el día de Todos Santos se efectúa en forma correcta, sin incidentes de ningún género.

Los comentarios giran en torno del desembarco. Se tiene plena confianza en el éxito, aunque la función será ardua y escabrosa, debido a la particular ubicación de la plaza.

Pisagua se alza sobre una angosta lengua de tierra, en arco de círculo, que se extiende desde Punta Pisagua por el norte, hasta Punta Pichalo por el sur.

Los aliados artillaron ambas extremidades con sendas piezas Parrott de a 100 libras, en fuertes construidos por técnicos especialistas extranjeros.

La bahía tiene dos desembarcaderos, separados por una agrupación rocosa, batida por furiosas olas, especialmente cuando soplan vientos del N.O.

El atracadero oriental, llamado Playa Blanca, presta acceso en dos extensiones de playa, de 150 metros, a 200 cada una; y, el atracadero occidental, conocido por Playa Guata, aunque bravía en un espacio de 180 metros, da facilidades para alcanzar tierra.

Al norte de Punta Pisagua, existe una lonja baja, Pisagua Viejo, en la desembocadura de la quebrada de su nombre, que vacía las aguas en el Océano, cuando los deshielos y aguaceros cordilleranos le propician caudal suficiente.

Existen ahí vestigios de una población indígena, de antigua data; y pozos de agua salobre, generalmente secos.

A las 4 A. M.; el comandante Thompson tiene por la proa la quebrada de Pisagua, a ocho millas de distancia.

A las cinco, después de una conversión de 90 grados sobre la derecha, penetra lentamente en la rada, a medida que se aclara el puerto, hasta esa hora oculto por espesa camanchaca que envolvía a toda la costa.

Se dice que Thompson recaló 8 millas más al norte del punto ordenado debido según unos a las corrientes, según otros a mal cálculo. Muy posible; pero lo que puedo asegurar con toda conciencia, es que la cerrazón era tan grande, que no se veían los buques vecinos; se oía únicamente el ruido de las olas al chocar contra la costa rocallosa.

Alguien ha dicho también, que si la escuadra entra al amanecer, habría pillado al enemigo en paños menores en el puerto. Profundo error.

El núcleo de las fuerza acampaba en Hospicio, desde donde se abarca el horizonte en una extensión de algunas decenas de millas; los vigías, situados a 1.300 pies de altura sobre el nivel del mar, habrían dado la alarma con algunas horas de anticipación a la entrada de los buques a la bahía.

A las 6 A. M. los barcos de guerra, en dos grupos, se desprenden del convoy para tornar posición de combate, en los precisos momentos en que el puerto y los fuertes quedan visibles por haberse levantado la camanchaca.

La tropa recibe rancho caliente, y ración seca para 24 horas, con dos litros de agua, y cien tiros en la canana.

Orden de batalla de la Armada:

Transporte "Amazonas"

Buque insignia

Comandante, y en jefe del convoy, capitán de fragata don Manuel Thompson.

2º oficial de detall, teniente 1º don Emilio Valverde.

Teniente 1º, don Dionisio Olavarría.

Tenientes 2º, señores José S. Toro, Antonio 2º Marazzi, Pedro N. Martínez y Luis Artigas C.

Guardia marina, don Adolfo Castro.

Aspirantes, señores Juan E. Letts, José María Cabezón, Alberto Poblete, C. R. Chumacher, Enrique Urriola, Eusebio Lillo y Pedro S. Herrera.

Contador 1º, don Marco Antonio Stuardo.
Cirujano 1º, don Gerónimo Rosa; 2º, señor Andrés Olmedo.
Ingeniero 1º, don Alejandro Rutherford; 2º, don Santiago Miller; 3º, don Archivald Mac-Naughton; y 4º, don Colin Cumining.

Blindado “Cochrane”

Comandante, capitán de fragata don Juan José Latorre
2º, capitán de corbeta graduado, don Miguel Gaona.
Oficial de detall, teniente 1º don Juan M. Simpson.
Tenientes 1º, señores Javier Barabona, Juan I. Rogers, Federico Chaigneau y Ramón Serrano Montaner.
Teniente 2º, don Policarpo Toro.
Guardias marinas, señores Vicente Mesina, José L. Valenzuela, Ricardo Borcosque, Onofre Pérez Gacitúa, Recaredo Amengual, Pedro Rencoret, Luis V. Contreras y Ricardo Ahumada.
Aspirantes, señores Daniel Gacitúa, Abelardo Pizarro, Benjamín Martínez y Fernando Edwards.
Cirujano 1º, doctor Miguel F. Aguirre; 2º, don Rodolfo Serrano; ayudante, don Manuel A. Gallo.
Contador 1º, don Emilio Lorca.
Capellán, presbítero don Camilo Ortúzar.
Ingenieros 1º, señores Juan Mac-Pherson, Antonio Romero; 2º, don Edmundo W. Smith; 3º, señores Carlos J. Warner, Onofre León, Salustio Formas y Lorenzo Díaz
Jefe de la guarnición, teniente don Pío Guerrero B.
Artillería de Marina, sargento mayor don Manuel Rivera C.; capitán don José Joaquín Flores; subteniente, don Eduardo Sánchez.

Corbeta “O’Higgins”

Comandante, capitán de fragata don Jorge Montt.
Oficial del detall, teniente 1º, don Pablo S. de Ferrari.
Tenientes 2º, señores Alberto Silva Palma, José María Santa Cruz, Lindor Pérez Gacitúa, Avelino Rodríguez y Carlos M. Herrera.
Guardia marina, don Víctor M. Donoso.
Aspirantes, señores Manuel Errázuriz, Miguel A. Izasa, José S. Ossa, Manuel A. Bruna y Alberto Chacón.
Cirujano 1º, doctor Víctor Alcérreca; 2º, don Luis Felipe Cabezas.
Contador 2º, don Luciano Gómez Pérez.
Capellán, presbítero don Carlos Cruzat.
Ingeniero 1º, don Carlos Trewhela; 3º, señores Pantaleón Silva, Daniel Olivares y Narciso Silva.
Guarnición, teniente don Ricardo Eckers.

Cañonera “Magallanes”

Comandante, capitán de fragata don Carlos Condell.
Oficial del detall, teniente 2º, don Horacio Urmeneta.
Teniente 2º, don Adolfo Rodríguez.

Guardias marinas, señores Rómulo Medina, Froilán P. Valenzuela y José M. Villarreal.
Piloto, don Ramón Osorio.

Aspirantes, señores Eduardo Ibáñez, Alejandro Escobar, y Enrique Uriondo.

Cirujano 1º, doctor David Tagle Arrate.

Contador 2º, don Domingo López.

Ingeniero 1º, don Ladislao Medina; 2º, don José Santos Coros; 3º, señores Manuel Romo, Manuel J. Muñoz, Nicanor Pino y Rufino Monasterio.

Goleta “Covadonga”

Comandante, capitán de corbeta don Manuel Jesús Orella.

Oficial del detall, teniente 1º, don Demetrio Eusquiza.

Tenientes 2º, señores Eduardo Valenzuela y Miguel Sanz.

Guardia marina, don Miguel Carrasco.

Aspirantes, señores Guillermo Benítez y Melitón Gajardo.

Contador 1º, don M. Enrique Reynolds.

Cirujano 1º, doctor Manuel Espinoza.

Ingeniero 1º, don Emilio Cuevas; 2º, don Patricio Castillo; 3º, señores Francisco Montero y Ángel Feite.

Corbeta “Abtao”

Comandante, capitán de fragata graduado don Aureliano Sánchez Alvaradejo.

Oficial del detall, teniente 1º, don Manuel García.

Teniente 2º, don José Luis Silva.

Guardias marinas, señores Fernando Gómez, Patricio Aguayo y Adolfo Castro.

Ingeniero 2º, don Pablo Rebolledo; 3º, don Rafael Astorga.

Transporte “Loa”

Comandante, capitán de corbeta don Francisco Javier Molinas.

2º capitán de corbeta graduado, don Constantino Bannen.

Capitán de corbeta, don Guillermo Peña.

Teniente 1º, don Leoncio Señoret.

Tenientes 2º, señores Juan A. Barrientos Y Juan de Dios Rodríguez.

Guardias marinas, señores Luis Oportus, Manuel García Huidobro, Juan E. Del Pino y Ricardo Beaugency.

Piloto 1º, don Pedro Vent; 2º, señores Aaron Sarvis y Pedro A. Warwell.

Aspirantes, señores Eduardo Donoso, Cenobio Bravo T. y Alberto Fuentes.

Contador 2º, don Ricardo Bordialí; ayudante, don Carlos Prieto Zenteno.

Cirujano 1º, doctor Pedro O’Ryan; id., doctor Demetrio Zañartu.

Ingeniero 1º, don Santiago Wayllie; 2º, don Juan Craig; 3º, don Andrés Duncan; 4º, don Samuel Searer.

Aspirantes, señores Florencio Guzmán y Héctor Uribe.

Transporte “Angamos”

Comandante, teniente 1º, don Luis A. Lynch.

Contador 2º, don Arístides de Ferrari.

Pilotos 2º, señores Pedro E. Estabell, Enrique Fredericksen, Santiago Asenjo y Juan Kermmerath.

Ingenieros 2º, señores Cipriano Encina y Barn Palmer; 3º, señores Elías Beltrán y Leandro C. Alvial.

Orden de batalla de las Divisiones de desembarco:

Cuartel General: El que se ha dado a la salida de Antofagasta, lo mismo que el Estado Mayor General.

División de Emergencia.

Jefe: Teniente coronel don Ricardo Santa Cruz.

Jefe de Estado Mayor: Mayor don Manuel Villarroel.

Efectivos: Brigada de Línea Zapadores: dos compañías.

Objetivo: Lista para cualquier circunstancia.

1ª División.

Comandante en jefe, coronel don Martiniano Urriola.

Jefe de Estado Mayor, teniente coronel don Diego Dublé Almeyda.

Comandante del desembarco, capitán de navío graduado don Patricio Lynch.

Jefe de botes y lanchas, teniente 1º don Emilio Valverde.

Fuerzas:

Una batería de montaña de seis piezas.....	125	hombres
Batallón Navales.....	600	“
Batallón Valparaíso.....	300	“
Regimiento 3º de línea.....	1.100	“
Una compañía de cazadores a caballo.....	115	“
Total:.....	2.240	hombres

Objetivo: La caleta de Junín.

2ª División.

Jefe: Comandante don Luis José Ortiz.

Ayudante: Capitán don José E. Vallejo.

Jefe de Estado Mayor: Sargento Mayor don José María del Canto.

Ayudantes: Dos oficiales del Buin.

Efectivos:

Batallón Buin 1º de línea.....	1.100	hombres
Batallón Atacama.....	590	“
Dos baterías de montaña.....	250	“
Total:.....	1.940	hombres

Objetivo: Pisagua.

3ª División.

Jefe: Teniente coronel don José Domingo Amunátegui.

Ayudantes: Don Luis Solo Saldivar y don Miguel Rivera.

Jefe de Estado Mayor: Teniente coronel don Eleuterio Ramírez.

Ayudantes: Capitanes don Diego Garfias Fierro y don Miguel Arrate Larraín.

Efectivos

Regimiento 4º de línea.....	900 hombres
Un batallón del 2º de línea.....	500 “
Total:.....	1.400 hombres

Objetivo: Pisagua.

4ª División. (Reserva).

Jefe: Teniente coronel don Domingo de Toro Herrera.

Ayudantes: Capitán don Félix Briones y teniente don Martín Frías.

Jefe de Estado Mayor: Teniente coronel graduado de ejército, don Alejandro Gorostiaga.

Ayudante: Capitán graduado de guardias nacionales, don Luis Larraín Alcalde.

Efectivos:

Batallón Chacabuco.....	600 hombres
Batallón Coquimbo.....	500 “
1/2 Regimiento 2º de línea.....	450 “
Total:.....	1.550 hombres

Quedaron sin designación, esperando órdenes, las siguientes tropas:

Artillería de Marina.....	800 hombres
3 baterías de artillería de campaña.....	375 “
Regimiento Cazadores a caballo	500 “
Batallón Bulnes.....	500 “
Total:.....	2.175 hombres

Orden de batalla de los aliados.

Comandante en jefe: General don Juan Buendía, generalísimo de las tropas perú-bolivianas, llegado el día anterior para inaugurar uno de los fuertes de la plaza.

Traía un lucido Estado Mayor, y en primera línea el teniente coronel don Roque Saenz Peña, argentino, más tarde Presidente, que se batía en la Alianza, por su poca simpatía para con nosotros.

I.

3ª División boliviana.

Jefe: General don Pedro Villamíl.

Jefe de Estado Mayor General: Coronel don Exequiel de la Peña.

a) Campamento de Hospicio.

Batallón Victoria, N° 1 de La Paz.

Jefe: Coronel don Juan Granier.
2º jefe: Coronel graduado, don Claudio Velasco.
Mayor: don Samuel Parejo.
Dotación: Jefes, 5; oficiales, 22; tropa, 490. Total: 535 plazas.
Batallón Independencia Nº 3 de La Paz.
Jefe: Coronel don Pedro A. Vargas.
2º jefe: Teniente coronel don Donato Vásquez.
Dos Mayores.
Dotación: jefes, 4; oficiales, 28; tropa, 397. Total: 429 plazas.
O sea, 964 combatientes bolivianos en Hospicio.

b) Campamento de Agua Santa.
50 kilómetros por ferrocarril a Pisagua.

Batallón Vengadores, 500 plazas.

c) Campamento de Mejillones del Perú.
30 kilómetros al sur de Pisagua.

Batallón Aroma, 500 plazas.

II.

Contingente Peruano.
Acantonamiento de Pisagua.

Comandante General y jefe Político: Teniente coronel don Isaac Recabarren, más tarde general de la República.

a) Comandante de los fuertes y del puerto, capitán de navío don Manuel Becerra.

Jefe del fuerte norte, capitán de fragata don Ignacio Suárez.

Jefe del fuerte sur, teniente coronel don Manuel Saavedra.

Regimiento de Artillería, 245 plazas. De éstas 200 artilleros peruanos y 45 bolivianos.

b) Columna Navales: 60 hombres.

Jefe: Capitán de fragata don Mariano Benavides; Sargento mayor, don José Vicente Rodríguez.

Tomaron colocación en la Estación del Ferrocarril, marcada en el plano tras una elipse. La línea férrea sale recta al sur, para desarrollarse en zig-zag.

c) Guardia Civil de Arequipa:

Jefe: Sargento mayor graduado don Mariano Ceballos. 40 hombres.

Tras las rocas de la playa, en el desembarcadero del norte.

d) Nacionales de Pisagua:

Jefe: Coronel de guardias cívicas, don Manuel Francisco Zavala; 2º jefe, coronel graduado de guardias nacionales, don Nicanor González. 100 hombres.

Guarnecían la población, atrincherados en las casas, entre el fuerte sur y la estación del ferrocarril.

Total general:

Fuerzas de Villamil.....	964 plazas
Fuerzas de Recabarren.....	445 “

Total:..... 1.409 plazas

Los historiadores no discrepan mucho acerca de este efectivo.

Asignan:

El señor Bulnes.....	1.300	hombres
El señor Ekdahl.....	1.400	“
El señor Molinare.....	1.600	“

El general Villamil, tan pronto como se cerciora de la presencia de la escuadra chilena, refuerza la línea del puerto con una compañía del *Victoria* y otra del *Independencia*, con orden estricta de no disparar sino cuando los botes de desembarco estén entre los doscientos cincuenta y quinientos metros. La tropa, resguardada por parapetos de sacos de arena sobre el camino carretero o tras la trocha del ferrocarril, disparará de mampuesto.

A las 6:30 pone señales el “Amazonas”. Avanzan en línea de combate la “Magallanes”, capitán Carlos Condell y la “Covadonga”, capitán Manuel J. Orella, en demanda del fuerte norte; la “O’Higgins”, capitán Jorge Montt y el “Cochrane”, capitán Juan J. Latorre, contra el fuerte sur.

Latorre manda esta línea.

A las 7:10 A. M., el “Amazonas” ordena abrir el fuego. El “Cochrane”, da la orden, a la vez que lanza la primera granada sobre el fuerte, siguiéndole los demás buques.

Las naves inglesas se sitúan al N.N.O. del “Cochrane”, desde donde dominan el campo de la acción.

Cerca del muelle salitrero, en el sector del 2º lugar de desembarco, está fondeada la barca francesa “Adolphe”, de Burdeos, repleta de familias que pidieron asilo y que el galante capitán les otorgó gentilmente.

Al mismo tiempo, se divisan trepando las faldas, numerosos grupos de paisanos; son los habitantes del puerto que huyen de la catástrofe.

El fuerte norte contesta con un cañonazo los disparos de la sección de Condell. Fué el único, pues las granadas chilenas desmontan el Parrott, matando al oficial y a los sirvientes.

El fuerte sur responde al “Cochrane” y “O’Higgins”, cuyas granadas hacen riza del fuerte, cañón y defensores: caen el comandante Rivadeneira, su ayudante Latorre Bueno y los capitanes Becerra y Tamayo (este último con la cabeza volada por una bomba) y la mayoría de los artilleros. Descabalado el fuerte y la pieza, los pocos sobrevivientes se refugian en la población.

Cesa el fuego de nuestros buques; y el “Cochrane” anuncia limpio el campo; pueden avanzar los botes.

El Ministro Sotomayor ordena que las tropas bajen a tierra.

La orden no se cumple. El Ministro reitera sus mandatos. Es inútil.

El desembarco no se inicia, aunque las tropas están listas.

¿Qué ocurre?

El señor Bulnes apunta el hecho, pero no lo explica.

Ekdahl critica el colapso, más no expresa la causa. Molinare en la relación de este combate dice:

“Se designó para jefe del desembarco al capitán de navío, don Enrique Simpson, que siendo muy inteligente, un gran artillero, no estuvo a la altura de su deber y de sus antecedentes; por fortuna para su nombre, sus hermanos don Roberto y don Juan M. dieron pruebas siempre de su ardoroso y patriótico denuedo formando sus nombres, con los de su señor padre, el viejo almirante de las guerras de la Independencia y del 33, magnífica, espléndida trinidad”.

El señor Simpson, relevado del mando de uno de los blindados, pidió y obtuvo, formar parte de la expedición, para rehabilitarse. Se le nombró jefe del desembarco y se le dieron las instrucciones del caso.

Por desgracia, cuando se requirieron sus servicios, estaba en imposibilidad de desempeñar su cometido. De ahí la suspensión del ataque.

Los aliados, repuestos del terror producido por las granadas de a bordo, aprovechan el interregno para volver a sus atrincheramientos, y ocupan las obras vecinas a la playa.

Son las nueve de la mañana.

El “Cochrane” ordena continuar el bombardeo, y una lluvia de gruesos proyectiles cae sobre la plaza.

Nuestro Jefe de Estado Mayor General, coronel Sotomayor, hábilmente secundado por el 2º comandante del “Loa”, capitán Constantino Bannen, toma a su cargo la organización del primer convoy de embarcaciones menores, por la imposibilidad del jefe encargado de tan importante comisión.

Embarcado en la lancha a vapor del “Cochrane”, mandada por el teniente Policarpo Toro, forma el primer escalón de desembarco, en dos líneas paralelas de botes.

En tanto, dos lanchas a vapor avanzan sobre la playa.

La primera, tripulada por el coronel Arteaga, comandante general de infantería, con sus ayudantes Diego Dublé Almeyda, Justiniano Zubiría y capitán Santa Ana, explora la playa, en demanda de los lugares más adecuados para tomar tierra.

La segunda, a las órdenes del alférez del N° 2 de artillería, José Antonio Errázuriz, embarca una ametralladora para impedir con sus fuegos a los de tierra la concentración de tiros sobre las lanchas cargadas de tropa.

Sotomayor y Bannen conducen el 1º convoy en dos líneas de botes: 4 de la “Magallanes”, 4 del “Loa”, 1 del “Cochrane”, 2 del “Abtao”, 3 de la “O'Higgins”, y los demás de otros buques, hasta enterar diez y siete.

Este primer escalón lleva las compañías 1ª y 3ª del Atacama de la 2ª División de Asalto, y la 1ª de Zapadores, de la División de Emergencia, con un total de 450 hombres. Se dirige a tierra a las nueve y media en punto, en los momentos en que arrecian los fuegos de la escuadra.

El enemigo no da señales de vida.

Más, apenas entran las embarcaciones en la zona de los 500 metros, cae sobre ellas una lluvia de proyectiles, venidos de tiradores ocultos, difíciles de ubicar.

Los botes siguen adelante; las balas hacen gorgoritos sobre la superficie del mar; es un chaparrón de granizos de plomo que siembran la muerte.

No obstante las bajas, los bogadores siguen impassibles marcando el compás de los remos, en tanto la tropa contesta con entusiastas hurras, a los vítores que llegan de a bordo.

Una bellísima figura se destaca en la proa de una lancha: de pie, con el crucifijo en la izquierda, bendice y absuelve con la diestra a los que caen heridos de muerte; perora a la vez a la tropa, exhorta a los remeros, y llama a sus conciudadanos al cumplimiento del deber. Su voz potente domina el reventar de las granadas y las descargas de fusilería.

Es el R. P. de la orden mendicante de San Francisco, frai José M. Madariaga, illapelino, que ejercita su ministerio.

Con el hábito perforado en varias partes, salta a tierra; sin cuidarse de las balas, corre donde cae un combatiente, lo auxilia, lo exhorta y lo translada a lugar seguro, abrigado del peligro.

El capitán Bannen designa a Playa Blanca, como primer punto de desembarco. Algunos botes pierden el control por la caída de los remeros; lanchas quedan al garete; las demás, avante. Alcanzan la playa, y la gente baja con el agua a la cintura y el rifle al aire.

Un bote del “Loa” es el primero en tocar fondo.

Los tripulantes no pueden vararlo, porque se despedazaría contra los riscos. Se echa al agua el cabo Marinao, de Zapadores, araucano de pura cepa, gana la orilla munido de una cuerda, y arrastra el bote merced a sus hercúleas fuerzas.

Saltan a tierra el jefe de la embarcación, teniente Amador Barrientos, los aspirantes Alberto Fuentes, Eduardo Donoso Grille, el subteniente Fenelón González, con doce hombres de Zapadores y los marineros que dejan los remos. El pelotón carga sobre un peñasco próximo, acaban a los defensores a bayonetazos, conquistan la posición, se afirman en ella, y el teniente Barrientos clava la bandera de su bote en el ápice de la trinchera.

Un grito, atronador, un ¡viva Chile! rugente, brutal, arranca de diez mil pechos al divisar enarbolado el querido tricolor; rompen las bandas con la canción nacional y el himno de Yungay, mientras el clamoroso trueno llena con sus ecos la bahía y llega hasta la línea de tiradores que asaltan las trincheras.

Los jefes aliados defienden su suelo con valor y maestría.

En tanto Recabarren atiende a los puestos amagados, el general Villamlil envía compañía de los batallones *Victoria e Independencia* a reforzar a los defensores del puerto.

Las fuerzas aliadas se atrincheran en la Aduana, estación del ferrocarril, almacenes de salitre, la iglesia, y más que todo, tras los terraplenes de la línea férrea que sube en zig-zag hasta Hospicio y sobre la carretera.

Mientras Sotomayor y Bannen vuelven a los transportes por el segundo escalón, el primero carga con todo el peso del combate durante los 45 minutos correspondientes entre las 10:15 y las 11 del día, hora en que desembarca el segundo escalón. Estos tres cuartos de hora marcan el punto culminante del asalto.

En estos momentos de tan intensa emoción, el comandante don Eleuterio Ramírez, del 2° de línea, solicita autorización del Jefe de Estado Mayor para desembarcar por Pisagua Viejo.

El coronel Sotomayor no pudo aceptar el ofrecimiento por encontrarse listo, desde el alba, el batallón Coquimbo, para este desembarco. Debía operar sobre San Roberto, apoderarse de la estación, cortar la línea férrea y copar a los combatientes de Hospicio.

Después de un suculento almuerzo que hizo servir el capitán del “Paquete de Maule”, que tenía fé en el éxito de esta operación, una veintena de coquimbanos, herreros de minas, con permiso competente, baja a las máquinas, y prepara en la fragua, chuzos de doble lengüeta para romper pernos, saltar clavos, levantar rieles y quebrar cambios.

Desgraciadamente, todos los preparativos quedan en nada, por el *incidente* aquel que alteró el programa del desembarco y dió al traste con varias disposiciones.

No se perdió todo: los niños aprovecharon los molejones para dejar los corvos como navajas de barba.

Toma tierra el segundo escalón. El comandante, don Juan Martínez, del Atacama, embiste el sector de Playa Blanca, con las compañías 2ª y 4ª de su cuerpo; en tanto Santa Cruz hace el 2° desembarco en Playa Huata, con el resto de Zapadores, dos compañías del 2° de línea y una del Buin.

Estos jefes metodizan el ataque: Martínez marcha de flanco, Santa Cruz de frente.

Las tropas entusiasmadas, asaltan las posiciones enemigas, vivando a la Patria.

En tan solemnes momentos, ocurre un gravísimo incidente a bordo del “Amazonas”.

Al desprenderse de los buques la línea de botes con el segundo escalón, el general en jefe pide un bote para marchar con sus soldados a la línea de fuego, a darse cabal cuenta de la situación, e imprimir mayor brío al asalto. Desea conocer también la calidad de los elementos que dejará el enemigo, para su próximo aprovechamiento, como el ferrocarril, la maestranza, las resacadoras de agua, el telégrafo, el material rodante locomotoras etc., etc., y más que todo, quiere dirigir personalmente el combate.

En tales mementos, el Ministro se acerca al general y trata de convencerle que no debe exponer su persona; el general insiste; el Ministro le dice, entónces: “General, no puede bajar. Se lo ordeno en nombre del Presidente de la República.

Hé aquí la revancha del 1º de Noviembre, en que Escala dió órdenes a la tropa y escuadra de *su mando*.

Fué un momento de dolorosa espectación.

¿Qué artículo de la Constitución daba ingerencia al Ministro para anular al general en mitad del asalto?

¿Qué ley? ¿Qué disposición de la Ordenanza General del Ejército o de las Ordenanzas Navales?

El Ministro tenía en verdad un nombramiento de Presidente de la República en campaña, documento ilegal e inconstitucional, sin valor alguno.

El dilema era serio para Escala.

O arrestaba al Ministro y lo remitía al sur bajo buena custodia; o prestaba obediencia.

El general era un gran patriota; pálido, rígido, mudo, reflexiona un momento; da media vuelta y se dirige a su oficina de trabajo, erguida la cabeza.

El ejército había recibido una sangrienta bofetada.

Los jefes y oficiales presentes se retiran silenciosos a sus camarotes.

Los circunstantes comprenden que Escala será reemplazado como lo fué Arteaga en Antofagasta, y como lo fué Williams Rebolledo.

Escala era un gran corazón. Creía un deber de patriotismo permanecer en las filas y ahí quedó tranquilo, afable, trabajador, dedicando el día y la noche a los deberes de su difícil cargo, con la seguridad de que los triunfos se deberían al Ministro de la Guerra, y los fracasos al General en jefe, el único responsable ante la Ley, ante el Gobierno y ante sus conciudadanos.

Su amor a la Patria impidió un conflicto, un escándalo, en los momentos solemnes en que el primer escalón sufría numerosas bajas, y el segundo avanzaba de refuerzo.

Latorre ordena disparar bombas de incendio. El fuego aparece en las rumas de sacos de salitre, se propaga a la aduana, a las bodegas del comercio, y a los edificios de la vecindad, todos de construcción ligera.

El puerto se convierte en una hoguera; los aliados ante el humo y calor del incendio abandonan sus escondrijos en la población, y se rehacen tras la 2ª y 1ª líneas de atrincheramientos.

Nuestros soldados atraviesan la zona en llamas y cargan sobre la carretera y los zig-zag del camino carril; asaltan las posiciones, y después de rudos combates cuerpo a cuerpo, en que, acciona la bayoneta y el corvo, arrojan a los contrarios a sus abrigos posteriores de defensa.

Santa Cruz, pisa los talones al enemigo, no perdiendo un momento su contacto, y conservando en lo posible la línea de fuego, a pesar de la escabrosidad del terreno; Martínez y sus atacameños ascienden como gatos por sobre las escarpadas breñas, sin cesar el fuego en avance.

A la 1 P. M. baja el tercer escalón; el enemigo desmoralizado, abandona el campo, dándose a la fuga.

Cinco individuos de tropa llegan los primeros, a la última trinchera de la cumbre. En la planicie funciona una ambulancia a cargo del canónigo arequipeño don José Domingo Pérez.

Los soldados Bruno Zepeda, del *Atacama*, y Juan Flores, del *Buín*, dan al prebendado Pérez, amplias garantías para su ambulancia, confirmadas después por el capitán de una compañía que llega en seguida.

Por fin flamea nuestra bandera en el asta que lucía el pabellón enemigo, sobre la cumbre del Hospicio. Se afirma, que la izó el subteniente del Atacama, el poeta soldado, Rafael Torreblanca.

Nuestros dirigentes militares consideran asegurada la victoria a las 11 de la mañana, con el desembarco del segundo escalón y los preparativos del tercero para igual maniobra.

Entonces el “Amazonas”, el “Itata” y la “Magallanes” zarpan rumbo a Junín, cuya caleta avistan a las once y media; fondean y proceden al desembarco.

Estas tropas, una vez en tierra, deben dirigirse a Hospicio, a operar conjunción en la mañana del 3, con los cuerpos desembarcados en Pisagua, cuya era la misión de tomar la plaza a viva fuerza, sin intervención de la división Urriola.

Los periodistas hicieron algazara en el sur por este desembarco en Junín; de todas maneras, las tropas debían bajar a tierra, aquí o en Pisagua, con la diferencia que este puerto estaba congestionado.

Si los aliados hubieran hecho al día siguiente, una demostración, en guerra todo es posible, se habrían encontrado con una división combinada en posesión de la pampa de Hospicio.

El señor Bulnes combate el desembarco en Junín. Ojalá hubiéramos tenido cuatro Junines para bajar simultáneamente todo el ejército sin embarazo.

El coronel Urriola, en cinco horas, puso en playa sus 2.240 hombres, con su equipo de guerra, 41 mulas de artillería, 125 caballos de cazadores, diez más de jefes, y el ganado de servicio de la Intendencia General.

La relación del señor coronel Ekdahl contiene algunas apreciaciones erróneas: suprime la caballería, hace al comandante Dublé Almeyda jefe del desembarco; y se extraña de no saberse qué se hizo después el “Amazonas” con el general en jefe y el Ministro de la Guerra. (Historia de la Guerra del Pacífico, Tomo I, pág. 501).

Satisfaremos la curiosidad con el parte oficial, fechado en Pisagua, en 3 de Noviembre de 1879.

Dice el expresado parte:

“A las 7 horas, habiendo dado orden de restituirse a bordo al oficial encargado del desembarco, izado todas las embarcaciones, dejando en tierra un piquete de quince hombres de la guarnición de este buque, (“Amazonas”), a cargo de un oficial, para el cuidado del lugar, zarpó con dirección a Pisagua, donde fondeó a las 7:45 P. M.”.

Por las cinco horas de tiempo que duró el desembarco, el Sr. Bulnes se expresa en estos términos: “Se demostró prácticamente el error de concepto de los defensores del plan de Junín”. (Guerra del Pacífico, Tomo I, pág. 558)

El señor Bulnes ha viajado mucho; sabe cuanto cuesta a un hombre de tierra, trasladarse en la vida ordinaria del vapor al muelle.

Ahora se trataba de tres mil individuos, repartidos en tres naves, con rifle, yatagán, rollo, canana con cien tiros, caramayola con dos litros de agua y morral con ración seca para veinticuatro horas.

Y después de los hombres hubo que poner en tierra las mulas, caballos, seis piezas de artillería con sus, arreos, armones, cajas de municiones, carro de la fragua, cajas de herraduras de repuesto, y ciento quince monturas de la caballería con su correa y demás aparejos.

Para los jefes que presenciaron la maniobra, ella fué rápida y feliz; no costó ni la vida de una bestia, ni la pérdida de un bulto.

Si los críticos consultaran sobre la materia a un embarcador competente de Valparaíso, tenemos seguridad de que rectificarían su juicio, con conocimiento de causa.

El coronel Urriola esperó la noche para emprender la marcha. Esta fué la norma del ejército durante la campaña, para evitar las insolaciones y el rezago de la tropa sedienta en pleno desierto.

Por desgracia, esa noche cayó una camanchaca tan espesa, que retardó la marcha y empampó varias veces a la división que perdía el camino real. Sin embargo, llegó de alba al lugar de la cita.

El señor coronel Ekdahl achaca el extravío de Urriola a la falta de brújula, de cartas y aun de croquis.

Y en general, todos los defectos de la jornada los atribuye a la poca práctica del Estado Mayor General en el servicio de campaña.

Leyendo entre líneas, esta *poca práctica*, se traduce lisa y llanamente en *incompetencia*.

El señor coronel Ekdahl parece tener muy triste idea de los jefes y oficiales de Estado Mayor de aquella época.

Conviene recordar que buen número de ellos hicieron sus estudios y recibieron sus diplomas en las escuelas militares de Lieja, Saint Cyr, Metz y la Politécnica de Paris.

Nuestro cuerpo de Ingenieros Militares, que proporcionaba los Ayudantes de Estado Mayor, tenía una base sólida.

Organizado como brigada de dos compañías en 7 de Septiembre de 1865, con sargentos y cabos de las armas montadas, y soldados escogidos de los cuerpos de línea, se le destinó a la construcción, reparación y conservación de todas las obras militares.

Los subtenientes se reclutaban entre los cadetes más aventajados de la Escuela Militar, o con paisanos que estuvieran en posesión del título de *Ingeniero geógrafo* por la Universidad de Chile; se comprometían a servir cinco años en el ejército salvo imposibilidad física o moral. Para ascender a tenientes, debían rendir exámen ante una comisión compuesta del jefe de Ingenieros Militares, y dos oficiales nombrados por el Ministerio de la Guerra. Dicho exámen recaía sobre las siguientes materias: Artillería, fortificación permanente o pasajera, Código Militar, en la parte de las leyes penales y obligaciones de su grado.

Los cuarteles, puentes, caminos, telégrafos, etc., construidos por estos ingenieros, son las únicas obras sólidas que perduran en la frontera.

Los coroneles Sotomayor y Gana; los comandantes Diego Dublé Almeysa y Arístides Martínez; los mayores Emilio Gana y Baldomero Dublé; los capitanes Francisco Javier Zelaya, Manuel Romero; el teniente Enrique Munizaga; y los movilizados teniente coronel Víctor Pretot Freire, mayor Federico Stiven, y capitanes Augusto Orrego Cortés y Marcos Latham, tenían suficiente bagaje científico, para su época y para la presente, en la que han ejercido con brillo su profesión.

Con respecto a la afirmación del señor Ekdahl de que los oficiales carecían de brújula y cartas, dejamos la palabra a don Diego Barros Arana:

“El Gobierno de Chile conocía todas estas dificultades. (Desembarco en la costa peruana). Sus marinos y sus oficiales del ejército de tierra, iban provistos de las mejores cartas hidrográficas y geográficas que existen sobre esos lugares, y llevaban en la mano un tratado descriptivo de esa región, en que estaban prolijamente consignadas todas las noticias que podían interesarles”. (Barros Arana, Historia de la Guerra del Pacífico, Cap. VII, pág. 145).

Los oficiales del Coquimbo, poseían los magníficos planos de Tarapacá del Geógrafo peruano señor Mateo Paz Soldan, cuya Geografía imprimió en Paris, en 1862, don Mariano Felipe Paz Soldan. Los planos que forman el tomo II de esta obra monumental, fueron elegidos y reproducidos en La Serena por los ingenieros señores Ricardo F. Espinosa, Luis F. Lefait, Adolfo Formas, Buenaventura Osorio, Eulogio Cerda, Miguel Piñera, Camilo Iriarte y varios otros entusiastas colaboradores.

Estos caballeros, en especial don Adolfo Formas, profesor de Astronomía y Geodesia; y don Buenaventura Osorio, profesor de Topografía y Dibujo Topográfico del curso de Ingeniería del Liceo de La Serena, único entonces en Chile, daban a los oficiales conferencias prácticas sobre confección de croquis a escala, fijación de las alturas por un simple triángulo, determinación de la distancia por el telémetro de bolsillo, coordenadas, y muy especialmente orientación nocturna por la Cruz del Sur o el Cinto de Orión.

En idéntica forma, los oficiales de los demás cuerpos se habían preparado para una campaña que prometía ser dura, y en la que se jugaba nada menos que la suerte del país.

El señor coronel ha vivido en un ambiente desfavorable a los jefes oficiales del antiguo ejército. De aquí, sin mal espíritu de su parte, provienen sus conclusiones contrarias a la verdad.

El “Amazonas” regresa a Pisagua a las 5 de la tarde; queda a cargo del desembarco en Junín, el comandante general de transportes, don Patricio Lynch, que enarbola su insignia en el “Itata”.

A las 5 P. M. una embarcación del “Amazonas” conduce a tierra al general en jefe, que con el coronel Sotomayor, toma rápidas medidas para la extinción de los incendios, la hospitalización de los heridos, la concentración de los prisioneros, el rancho de la tropa, el establecimiento del telégrafo y ferrocarril a Hospicio, y demás medidas propias de las circunstancias.

Instalado el Cuartel General en el único edificio sano de la estación, el ayudante de servicio iza la bandera nacional.

La tropa presenta armas, la banda rompe con la Canción Nacional y la escuadra hace salva mayor de 21 cañonazos.

La “Thetis” y “Turquoise” se unen a nuestro regocijo y saludan la nueva bandera de la plaza con 21 disparos.

Nuestras armas consiguieron en forma absoluta el fin estratégico de la campaña de Tarapacá. El ejército chileno, dueño del puerto de Pisagua y ferrocarril al interior, queda interpuesto entre las fuerzas enemigas del sur y del centro, cortando por mitad la línea del despliegue estratégico del ejército adversario.

Ambos núcleos se ven incapacitados para operar conjunción, a menos que el general Buendía abandone a Iquique, para replegarse al norte, en demanda de Arica, por vía del pueblo de Tarapacá; o bien, opte por presentar batalla a Escala buscando la solución definitiva en una función de armas.

No puede permanecer mucho tiempo en Iquique; bloqueado por mar, y amenazado en tierra por un ejército que tenderá a coparlo, interceptando sus líneas de comunicación con las plazas de Arica y Tacna, base de sus operaciones, Buendía afronta una situación delicada.

La captura de Pisagua constituye un valioso éxito para ejército y armada.

CAPÍTULO XXII.

De Pisagua a Germania.

El general en jefe del ejército aliado don Juan Buendía, se encontró por casualidad en la acción de Pisagua; había venido a la fiesta de la inauguración de los cañones de a 100 libras, recientemente montados en las puntas norte y sur del puerto.

A él le correspondía legalmente la dirección del combate; pero no tornó el comando superior, por no herir quizás la susceptibilidad del general don Pedro Villamil, jefe de la III División Boliviana, y, comandante del sector, con cuartel general en Hospicio.

El teniente coronel peruano don Isaac Recabarren ejercía la comandancia de las tropas acantonadas en Pisagua; le tocó, en consecuencia, recibir el primer choque.

Recabarren organizó una porfiada resistencia, e hizo honor a la bandera de su patria.

Colocó su gente en línea de tiradores, tras las rocas de la playa y en los edificios de la ciudad. Convirtió en reductos atrincherados, la aduana, la iglesia, prefectura, estación del ferrocarril, bodegas de comercio y aun casas particulares. Cada ventana, cada techo ocultaba un rifle.

Cinco líneas de parapetos formaban las defensas de la plaza. La siguiente dominaba a la anterior, dada la configuración del terreno que se eleva en gradas, hasta la planicie de Hospicio, a 300 metros verticales sobre la ciudad.

Estableció la primera en la playa peñascosa, desde Punta Pisagua a Punta Pichalo, que ofrece únicamente dos lugares de acceso: Playa Blanca en donde se efectuó el primer desembarco, y Playa Huata, en donde ocurrió el segundo.

El enemigo cavó, entre las líneas defensivas, zanjias paralelas destinadas al abrigo de la tropa, con gruesos parapetos, de donde se podía disparar a mansalva. Destruyó además los caminos de acceso a Hospicio, a pólvora y dinamita, para dificultar más aun la ascensión de los cerros.

La carretera constituía la 2ª línea, reforzada con hiladas de sacos de arena. La 3ª, la trocha del ferrocarril hasta la 3ª revuelta. La 4ª el último zig-zag; y la 5ª la meseta de Hospicio, que dominaba el campo de batalla, quedando bajo sus fuegos, la bahía, las playas, la población, la carretera, la trocha del ferrocarril y los senderos vecinos.

Recabarren sostuvo las embestidas del primer escuadrón, con toda bizarría; pero cuando entró al fuego el segundo, y la escuadra convirtió al pueblo en una inmensa hoguera, retrocedió con su gente a las líneas 2 y 3.

El general Villamil enviaba de refuerzo compañía tras compañía de los batallones Victoria e Independencia, hasta quedarse con una sola de cada cuerpo para reserva; y también las lanzó a la tercera línea de zig-zag, para alivianar el retroceso de las tropas aliadas, que amenazaba convertirse en derrota.

Los cuerpos bolivianos llenaron heroicamente su cometido. A los gritos de ¡Viva Bolivia! jefes, oficiales y tropa caían en su puesto, especialmente en los entreveros al arma blanca.

Constituyó una triste excepción el coronel don Juan Granier, comandante del Victoria, que abandonó su cuerpo en medio de la pelea, y subió, a Hospicio a telegrafiar proezas al Presidente Daza; se dió a la fuga desde Hospicio, apenas las naves, encabezadas por el “Amazonas” entraron a Junín; e introdujo el pánico gritando que iban a ser cortados por los chilenos desembarcados en esta caleta.

Escaparon tras él, los generales Buendía y Villamil, y los ayudantes del Cuartel General, entre los que figuraba el comandante Roque Saenz Peña, argentino.

Fue tan rápida la fuga del general en jefe, que abandonó su equipaje. El siguiente telegrama revela el estado de ánimo del general Buendía:

Coronel Suárez.- Iquique.

Ropa, botas, charreteras, faja, cuanto traje de Iquique, se ha perdido en el incendio. Si corro mala suerte, que Dancourt se encargue de mi equipaje, y lo entregue como está a mi familia.- *Buendía*.

A las 2 P. M. diezmados en los atrincheramientos, los aliados empiezan a desgranarse, huyendo después en completo desbande: cada cual tiró por el camino que le deparó la suerte.

No hubo jefe que tomara el mando y retirara la tropa del campo de batalla, bajo el imperio de la disciplina.

Con respecto al asalto se hicieron en aquel tiempo fuertes censuras a la dirección del ejército chileno, especialmente por la prensa del país.

Nos ocuparemos brevemente de algunas de ellas.

1° *El lugar elegido*.- Pisagua constituía por su configuración una fortaleza natural; el desembarco significó un derroche de vidas, decían los tácticos a la violeta. No hay tal; las pérdidas fueron muy moderadas en comparación con la importancia estratégica de la conquista de la plaza, desde la cual cortábamos la línea de comunicaciones del ejército de Iquique, condenado desde ese día, a una desastrosa retirada por la sierra, en dirección a Arica, o a consumirse en Iquique por falta de recursos, si no quería buscar en una acción campal la solución del conflicto.

2° *Escasez de municiones*.- El señor coronel Guillermo Ekdahl, Director de la Academia de Guerra, autor de la Historia Militar de la Guerra del Pacífico, condensa las apreciaciones hechas en clase sobre esta acción que naturalmente quedarían gravadas en la mente de sus alumnos, en la siguiente forma:

En la pág. 478 (Cap. II, tomo I):

“Las municiones empezaron a escasear en las filas chilenas, especialmente en las del Atacama. Felizmente *alguien* ha tenido la buena idea de enviar desde el “Cochrane” y la “O’Higgins”, un refuerzo de municiones muy oportuno”.

El cargo adolece de fundamento; municiones no faltaron en momento alguno.

Al formarse los escalones, se designó a los oficiales y piquetes, encargados de llevar a tierra repuestos de proyectiles, asignándoles la respectiva embarcación.

Parece que el señor coronel carecía de elementales nociones acerca de la disciplina de a bordo, para creer que *alguien*, por sí y ante sí, pueda tomar municiones del pañol, echar botes al agua, reunir un trozo de marineros, y lanzarse con ellos a la playa.

3° *Otro cargo infundado*.- El señor Ekdahl censura al Estado Mayor chileno por no haber instruido al coronel Urriola, de que a las tres de la tarde Pisagua estaba en nuestro poder, para no obligarlo a la marcha nocturna sobre Hospicio. Lo que “comprueba que no había la debida comunicación entre las tropas que asaltaron a Pisagua y las que desembarcaron en Junín”. (Hist. de la G. del P., tomo II, pág. 501).

El señor Ekdahl olvida que el general en jefe, el jefe de Estado Mayor y el propio coronel Urriola zarparon a Junín en el momento en que el 2° escalón entraba al fuego, y el 3° se alistaba para dirigirse a tierra, es decir, el “Amazonas” abandonó a Pisagua cuando la victoria se consideró asegurada.

Urriola sabía a qué atenerse y no le restaba sino cumplir la orden de encerrar a Hospicio por retaguardia. Cuanto a las marchas nocturnas, constituyeron la regla en toda la campaña, por prescripción expresa de la Dirección de Sanidad, para evitar insolaciones a la gente.

4° otra *censura*.- El colapso de 8 a 9 de la mañana. Hemos explicado el hecho, independiente de toda previsión.

En la guerra, hay que contar siempre con situaciones inesperadas.

¿Que el desarrollo del asalto pudo encuadrarse dentro de ciertos principios tácticos como reza la teoría de los libros?

Damos por sentado que pudo haberse procedido por alfa y no por beta; pero aquí no consideramos lo que pudo hacerse sino lo que se hizo.

La victoria se alcanzó dentro del marco concebido por el Estado Mayor. Honor a él, pues la derrota le habría hecho afrontar toda la responsabilidad.

5° *Lo de las ambulancias.*- Los escalones primero y segundo no llevaron cirujanos a tierra, por falta de lugar en las embarcaciones, y porque éstas traían sus heridos a bordo.

En el tercero, marcharon en primer lugar los de los cuerpos comprometidos en la acción, señores Juan Kidd y Julio Gutiérrez, del 2° de línea; Manuel Antonio Vivanco, de Zapadores; Eustorgio Díaz, del Atacama; a los que se unieron los del 3° de línea, señores Juan Manuel Salamanca y Juan A. Llausás, con los practicantes Menandro Latorre y Nicolás Covarrubias. En la tarde, desembarcaron don Clodomiro Pérez Canto, del Chacabuco; señores Gerónimo Rosa y Julio Pinto Agüero, con los practicantes David Herrera y Ambrosio Sierra; don David Tagle Arrate, del “Cochrane”; don Elías Lillo con el practicante Wenceslao Pizarro, de la artillería N° 2; don José Antonio Márquez con su practicante Cirilo Quinteros, del Valparaíso; y varios otros más que no tenían trabajo a bordo, en unión del capellán en jefe Florencio Fontecilla, R. P. Juan Crisóstomo Pacheco, y presbíteros Ortúzar y Christie. El R. P. Madariaga acompañó a los primeros asaltantes.

Quedaron a bordo los cirujanos de la armada Domingo Gutiérrez, Alexis Scherbakoff, Pedro V. O’Ryan, Víctor Alcérreca, Ildefonso Núñez, Manuel Francisco Aguirre, Manuel Espinosa, Gerónimo Larenas y Demetrio Zañartu, más los cirujanos de cuerpo que no pudieron movilizarse a tierra. Estos profesionales, con sangradores de marina y practicantes del ejército, cuidaron a los heridos de las lanchas, en número de veinte entre oficiales y tripulación y veinticinco del ejército, entre ellos los trece del 4° de línea que no desembarcó, dos artilleros de la ametralladora de Errázuriz y diez más de otros batallones.

Los ciento diez restantes fueron atendidos en el campo y, conducidos a un galpón del ferrocarril, de donde pasaron inmediatamente al “Loa”, los leves y menos graves, después de la primera curación. El resto fué embarcado al día siguiente con más comodidad.

Sabido es que el soldado, en cuanto recibe la bala, se oculta, y a veces, con tal maña, que cuesta encontrarlo. Los ejércitos contemporáneos emplean perros amaestrados para la rebusca.

Pues bien, los cirujanos hospitalizaron la totalidad de caídos, de uno y otro bando, antes de obscurecer. Ninguno quedó en el campo.

El 4 de Noviembre, dos días después del asalto, partió el “Loa” para Antofagasta, con 104 heridos, cada cual en su camarote, para ser hospitalizados en el sur. Fondeó en este puerto a las 8:10 P. M., del día 4.

El cuerpo médico desarrolló un trabajo ímprobo y rudo, lo que no le libró de los ataques de la prensa, que se hizo eco de todos los chismes enviados por los malos agradecidos.

Los doctores recibieron su parte; los jefes militares habían sido calificados de asnos.

6° *El derroche de vidas por el ataque frontal.*-Los diarios levantaron gran polvareda por haberse emprendido el ataque de frente, con estéril derrochamiento de vidas.

Mucha ficción, con ribetes de mala fé, había en tamaño sentimentalismo, pues constaba la mediocridad de las bajas, no obstante lo reñido del asalto y las soberbias posiciones del enemigo.

El balance de la jornada convencerá al lector de que el cargo no tiene razón de ser.

En el afán de aumentar las pérdidas, los historiadores de este combate no han podido ponerse de acuerdo acerca del número del número real.

El corresponsal de “El Mercurio” anunció en sus correspondencias un total, muertos y heridos, de 330; de ahí sacó tema Vicuña Mackenna para dolerse de que la toma de Pisagua costaba más de 300 vidas. (Campaña de Tarapacá, tomo II, pág. 734).

Siguiendo estas fuentes de informaciones, el almirante Langlois, en su libro *Influencia del Poder Naval*, asegura que nuestro ejército tuvo más de 300 muertos. (!)

Molinari apunta un total de 222, entre muertos y heridos.

Bulnes sube esta suma a 231; de éstos, 58 muertos, y 173 heridos.

Ekdahl copia a Bulnes las cifras anteriores.

Para encontrar la verdad entre tan diferentes cálculos, basta consultar el parte oficial pasado al Gobierno por el general en jefe, y sacar de él los datos oficiales, que siguen:

Bajas en el ejército.

	Muertos	Heridos
Regimiento Buin.....	13	29
Regimiento 2° de línea.....	3	8
Regimiento Zapadores.....	20	49
Batallón Atacama.....	19	54
Artillería N° 2 (Lancha de Errázuriz)	0	2
Regimiento 4° de línea. A bordo del "Toltén".....	3	13
Total:	58	155

Bajas de la marina.

"Cochrane".....	1	4
"O'Higgins".....	6	6
"Covadonga".....	1	0
"Magallanes".....	1	4
"Loa".....	0	3
"Limarí".....	1	0
Total:	10	17

Resumen.

Ejército.....	58	155
Marina.....	10	17
Total:	68	172

O sean por todo 240 bajas, de las cuales, 68 corresponden a los muertos 172 a los heridos, contando a los jefes y oficiales, de mar y tierra, conforme a la siguiente lista:

Muertos.- Subteniente don Desiderio Iglesias, del Buin; y aspirante don Miguel A. Isaza, de la "O'Higgins".

Heridos.- Subtenientes señores Belisario Cordovez y Domingo Arteaga Novoa, del Buin; mayor don Manuel Villarroel, teniente don Enrique del Campo, y subteniente don Froilan Guerrero, de Zapadores; capitán don José Agustín Fraga, subtenientes señores Benito Barrientos y Andrés Hurtado, del Atacama; de la armada: guardia marina, don Luis V. Contreras, del "Cochrane"; teniente 2° don José María Santa Cruz, de la "O'Higgins"; guardia marina don José María Villarreal, de la "Magallanes", y aspirante don Eduardo Donoso Grille, del "Loa".

El tanto por ciento de las bajas enumeradas por el general en jefe, dan: 2,4% para el total; 0,7% para los muertos, y para los heridos 1,7%.

¿Dónde está el despilfarro de vidas, que no llega al uno por ciento?

Las pérdidas materiales de los buques fueron de poca consideración:

El primer bote de la “Magallanes” quedó averiado por haberse ido a la playa sobre un fondo de piedras.

El primer bote del “Cochrane” se varó y se hizo pedazos, a consecuencia de la reventazón.

Dos botes del “Loa” resultaron con numerosas perforaciones, que hacían peligrar su permanencia a flote.

La escuadrilla de combate hizo el siguiente consumo de municiones:

“Cochrane”

48 granadas de 9 pulgadas; 49 de 20 libras; 14 de 9; y 8 de 7 libras de la lancha a vapor.

“O'Higgins”

180 granadas de a 115, 70 y 40.

“Magallanes”

13 granadas de 115; 18 de 64; 20 de a 20, y 1.680 tiros Comblain.

“Covadonga”

110 granadas de a 70; 70 de 9 libras; 2.500 tiros Comblain.

En resumen, nuestros buques arrojaron sobre Pisagua 530 bombas de todos calibres.

El material conquistado con la plaza, alcanzó, según inventarlo, a:

Dos cañones Parrott, de a 100, con sus montajes y útiles completos; 174 granadas para id.; 223 saquetes; 300 fusiles; 27.000 tiros a bala.

El ferrocarril, con su material rodante, el telégrafo con sus hilos y máquinas intactos, los estanques de fierro para el agua, y el campamento de Hospicio con sus cuadras de tropa, cocinas, bodegas y ambulancia, constituyeron la presa más importante de la jornada.

7° *El general Pililo.*- La crudeza de la crítica subió de punto al comentarse la dirección superior de las operaciones, tanto en el desembarco, como en el avance de tierra. Decían los corresponsales:

“Aquello careció de dirección técnica; cada cual procedió por su cuenta; el instinto bélico del pueblo, obtuvo la victoria; los soldados se guiaban unos a otros, tomando la iniciativa los más audaces, y los más activos. La raza de Caupolicán se impuso: el general Pililo conquistó a Pisagua”.

Los periodistas, inspirados por los politicastos de la capital, alzaron al general Pililo a la categoría de vencedor opimo, y le dieron forma y entidad propia y le prodigaron tanto incienso, que apagaron la figura del general Escala y de los demás jefes que participaron en la ruda función de Pisagua. De eso se trataba.

La baja politiquería fomenta la inquina contra el comando supremo del ejército; las ambiciones de todos los caudillos se dan la mano para combatir al candidato posible, al general en jefe vencedor, sea quien sea.

La ola de desprestigio sube a tanto, que un diario serio de Santiago, tuvo la villanía de estampar la siguiente frase: “Nuestro ejército se compone de leones mandados por asnos”.

8° *Los atacantes se escondían.*- La tropa no llevó una línea de fuego regularizada, añadían los críticos; nuestros ojos lo vieron. No tomaban en cuenta lo abrupto del terreno, y lo inaccesible de los peñascos.

A esta afirmación, responde el coronel Ekdahl: “El hecho de que la infantería no tomara formas de combate reglamentario, o que las perdiera pronto durante la lucha, era lo más natural. Solo un *pedante*, que nunca haya visto cerros parecidos, podría censurarla por ello”. (G. del P. tomo I, pág. 499).

Como no sospechaban las características del orden disperso, se escandalizaban de que la tropa anduviera de un lado a otro, sin orden, ni concierto, a juicio de los profanos, que también se avergonzaban de que los oficiales hacían esconder a los soldados, en lugar de llevarlos erguidos. al fuego.

Tanto se repitieron tales estulticias, que se arraigó en el pueblo la creencia en la ineptitud de los jefes del 79.

Un juicio decisivo: Los buques de S.M.B. “Thetis” y “Turquoise” no perdieron de vista el convoy, y fondearon en la rada de Pisagua, en lugar a propósito, para juzgar de todas las peripecias de la acción.

Pudieron en consecuencia, calificar la eficacia del bombardeo, y la pericia de nuestros artilleros navales. Siguieron las incidencias del desembarco, las diversas fases del asalto, y los combates al arma blanca en las trincheras del ferrocarril, hasta que flotó nuestra bandera en la cima de Hospicio.

Terminado el combate, los jefes ingleses, previa autorización del general en jefe, enviaron a tierra sus cirujanos y practicantes, y gran número de oficiales que no dejaron punto por registrar, recogiendo objetos de estudio o de recuerdo.

Pronto se estableció la confianza entre los visitantes y nuestros oficiales. Los marinos británicos manifestaban admiración por la eficiencia de los artilleros de a bordo, cuyas granadas hacían terribles estragos en el campo enemigo.

No se cansaban de elogiar la pujanza del ejército, para ascender las empinadas laderas, haciendo fuego en avance.

Munidos de excelentes anteojos, veían relumbrar las espadas de los oficiales, al indicar a la tropa la dirección de la línea de fuego enemiga, en las tortuosas sendas del faldeo.

Hacían grandes elogios de un sargento que dirigía un pelotón, a cuyo frente marchó desde la playa hasta el 3º zig-zag de la línea férrea, no obstante perder más de la mitad de la gente. Era un 1º del Buin.

Con respecto al enemigo, no se han publicado oficialmente las pérdidas, pero juzgamos por los cadáveres sepultados y heridos recogidos en el campo, que ellas alcanzan a doscientos combatientes, o talvéz a una veintena más, sin contar cincuenta prisioneros entre jefes, oficiales y tropa.

El general desembarca en la tarde del 2, cuando aun humean las ruinas del puerto.

Recorre con Sotomayor, su jefe de Estado Mayor General, las dependencias de la plaza, en sus menores detalles.

En breves momentos quedan fijados los desembarcaderos de tropa, ganado e impedimentas; los puntos para alojamiento de los cuerpos; la ubicación del parque, de la Intendencia, el hospital, el correo, telégrafo, la maestranza, y la administración de los depósitos de agua potable.

En las horas hábiles de la tarde del 2 y en las primeras del día 3, toma tierra la infantería; y de las tropas montadas, la artillería N° 2 y cazadores a caballo, sin el ganado, que merced a ruda labor quedó en playa en los días 4 y 5.

La actividad reina en todos los servicios.

El Delegado de la Intendencia General, don Máximo R. Lira, que desempeña este puesto desde poco antes de la salida de Antofagasta, atiende personalmente las faenas de echar a tierra los bagajes almacenados en los buques.

El Ministro de la Guerra nombra administrador del ferrocarril al ingeniero teniente coronel de guardias nacionales, don Víctor Pretot Freire, y jefe de la maestranza al ingeniero de la misma graduación, don Federico Stiven.

Estos jefes entran al momento en funciones y sacan buenos ayudantes de los soldados repatriados, muchos de los cuales han servido en esta línea.

El diligente Stiven caldea la locomotora capturada en la estación, y sube a Hospicio.

Nuestros telegrafistas toman posesión de las oficinas de Pisagua y Hospicio, descifran las huinchas, y envían las traducciones al Estado Mayor.

En uno de los partes, se encuentra el siguiente del coronel Recabarren:

“Encuentro conveniente dejar consignado, que en la estación del ferrocarril, quedó lista para salir a las 5:30 A. M. de ese día (el 2) la máquina que debió subir, por haber abandonado su puesto el maquinista que la manejaba, y por no haber tenido absolutamente con quien reemplazarlo”.

Dos locomotoras, carros de carga y estanques quedaron también en Hospicio. Stiven aprovecha los minutos, y baja a Pisagua con un convoy de agua, recibido con bendiciones generales.

El 3, el general Escala y jefe de Estado Mayor suben a Hospicio e inician la concentración de las tropas.

El Ministerio, establecido en el puerto, se ocupa de los asuntos de su incumbencia, y de los exclusivos de la autoridad militar. El señor Sotomayor lo abarca todo.

En Pisagua se acentuó la distancia ya bien marcada, entre el Ministro y el Cuartel General.

Los cucalones de segunda talla echan carbón a la hoguera, felices en su vida holgada, llena de comodidades.

Los militares no olvidan el vejamen inferido al general en jefe, cuando el Ministro le prohibió bajar a tierra, el día del asalto; y forman una trinchera viva en torno de él.

Plegue al cielo, que si nuestra patria se ve envuelta en otra guerra, el general en jefe no permita a su lado Ministros, delegados del Gobierno, asesores, secretarios, ni cucalones de ninguna especie. Y si tal se pretende, arroje su renuncia a la faz del Gobierno.

La carencia de estos malos elementos, y el fusilamiento de los corresponsales de diarios, sorprendidos en las zonas prohibidas, añadirán un grueso tanto por ciento al éxito.

La marina, con incansable labor, transporta a tierra, hombres, ganado, municiones, equipo, víveres, forraje; toda esa impedimenta de un ejército en campaña, que precisa desde los fondos para la confección del rancho, desde las pilas, postes y aisladores del telégrafo, hasta los anaqueles para la botica de las ambulancias, hasta los chuzos y palas para cavar atrincheramientos.

Los infantes terminan de bajar a tierra el día 3; apenas acampados los cuerpos, se ordena armar pabellones, y marchar a la playa para transportar al hombro hasta la estación del ferrocarril, una montaña de cajones de munición, sacos de harina, fardos de pasto, rodela de leña, etc., etc.

Y lo que es peor, el señor Ministro ronda y vigila como mayordomo; dispone, ordena y regaña como en una faena de campo.

Dos o tres batallones marchan a Hospicio, por la trocha del ferrocarril, con equipo completo, bajo un sol abrasador.

El *Coquimbo* figura entre estas tropas. El comandante Gorostiaga designa un oficial y veinticinco hombres de la 1ª compañía para que transporten a Hospicio, a hombro, los útiles de rancho.

Fácil es imaginar el humor del oficial encargado de subir fondos, fierros, parrillas, baldes, etc., a 300 metros verticales, o quince veces esta distancia por los zig zag de la carretera o del ferrocarril.

Desfilaba con su gente a cumplir la orden, cuando divisa al mayordomo, un paisano gordo, retaco, de guarapón a los ojos, El oficial, que simula no verlo, hubo de prestar atención, al oír que le gritan:

Vea oficial, ¿a dónde va?

No sé, contesta el interpelado, que marcha con el alma atravesada.

El paisano alza la voz, y con agrio acento, le dice:

Señor oficial; con Ud. hablo, ¿a dónde va esa gente?

A donde me envía mi jefe, contesta el oficial, sin detener la marcha.

El interpelante, con visibles muestras de desagrado se encara con el oficial y le pregunta:

¿Me conoce Ud.?

No tengo el gusto de conocerle, señor.

¿Ha estado alguna vez en Santiago?

Unos cuatro días, cuando fui a graduarme de bachiller en Filosofía y Humanidades.

Pues bien, soy el Ministro de la Guerra.

El oficial, instantáneamente grita:

Hileras! Alto! Frente! Tercien!

Se cuadra ante el señor Ministro, saluda con la espada, y.....a sus órdenes, su Señoría!

¿De qué cuerpo es esta tropa?

Del Coquimbo, señor Ministro.

¿Y a dónde va?

A cargar los fondos del rancho, en la playa, para conducirlos a Hospicio, señor Ministro.

¿Y cómo?

Al hombro, su Señoría.

Pero así no llegan ahora.

El comandante ordenó y hay que llegar, señor Ministro.

El señor Sotomayor se fija que la tropa está terciada; le insinúa al oficial que la ponga en su lugar descanso.

Después le dice:

Vaya; traiga los fondos aquí mismo. En diez minutos sube un tren y en él puede dirigirse a Hospicio.

El oficial hace armar pabellones; corre con la gente a la playa y regresa con los fondos, no vacíos, sino repletos con carbón de piedra extraído de una ruma respetada por el bombardeo.

Al embarcar, llega el señor Ministro y dice al oficial:

Lo convenido era llevar fondos.

Si, señor Ministro.

Y Ud. lleva carbón.

No, señor Ministro.

Cómo es eso. ¿Soy ciego?

No es carbón, señor Ministro; es previsión, porque si en Hospicio falta combustible, el cuerpo queda sin comer.

El Ministro mueve la cabeza; el tren parte; terminado el incidente; pero no del todo. Meses después, en el campamento de las Yaras, durante los preparativos para la batalla de Tacna, le toca ir al mismo oficial con un piquete al cuartel general, en busca de la correspondencia, las encomiendas y la ración de tabaco para su cuerpo.

Por un callejón vecino viene el señor Ministro, a mula, con su eterno guarapón. El oficial hace terciar armas, y saluda a su superior gerárquico, con el consabido estribillo: Sin novedad, señor Ministro.

Ola! parece que ahora me conoce.

A la orden, su Señoría.

Bien, señor oficial. ¿Y no falta carbón?

Combustible no falta; pero sobra apetito, su Señoría.

Muy bien: en Tacna tendremos de todo. Y como nos conocemos...., agrega bondadosamente, aludiendo a Pisagua.

En verdad, no era tan bravo el león.

Quien podía imaginarse que ese hombre lozano, lleno de vida, caería agotado por el trabajo, en muy breve término, y no llegaría a Tacna, por cuya posesión había pasado en vela interminables noches!

El general en jefe ocupó el día 3, en designar los lugares más a propósito para ubicar los campamentos de los cuerpos destinados a Hospicio. El Estado Mayor, a la vez que establecía los almacenes de víveres y municiones, proveía a la seguridad del cantón, destacando grandes guardias al Sur y al Este; la escuadra guarnecía el Norte y el Oeste.

En la tarde, llegan cuatro caballos al cuartel general.

El señor Escala dispone que marchen inmediatamente a la Cuesta del Arenal, y si es posible hasta San Roberto, su secretario, teniente coronel movilizado don José Francisco Vergara, con los oficiales de Estado Mayor señores Domingo de Sarratea, Ramón Dardignac y el alférez de caballería don Ricardo Lara.

La línea férrea hace un semicírculo entre Hospicio y la Cuesta del Arenal; Vergara corta directamente por el diámetro, y a las tres horas al canza la cumbre; los animales se entierran hasta los corvejones en la arena movediza mientras la brisa del mar levanta un polvo finísimo, salitroso, que se pega en la cutis, irrita la vista y se introduce hasta los pulmones.

La cuesta está desierta. Los exploradores siguen por la trocha hasta San Roberto, estación también abandonada.

Vergara regresa en la misma noche, con el parte del feliz reconocimiento y con las huinchas telegráficas; al amanecer, el Estado Mayor hace ocupar la Cuesta del Arenal por una compañía de infantería de línea, que se atrinchera debidamente.

El campamento queda seguro por el Oriente. Por el Sur se extiende el desierto árido y desolado.

A medio día del 4, suben de Pisagua a Hospicio dos compañías de Cazadores a caballo.

El general dispone que en la misma noche partan al interior, a establecer contacto con el enemigo, de cuya situación no se tiene noticia exacta.

Los aliados, por su parte, toman diversas providencias en previsión del avance chileno.

El general Buendía recibió el 2 de Noviembre un telegrama de S. E. el general Prado, que formaba en Arica un ejército de reserva, en que le ordena “que si no tiene seguridad de sostener la posición con buen éxito, es mejor reconcentrar el ejército, y dar una batalla con todas las fuerzas”.

El general, que nada tiene que hacer en Pisagua, por considerar perdida la plaza, y descansando en que el general Villamil y coronel Recabarren harían una retirada ordenada, pernocta el 2 en San Roberto, escoltado por el batallón boliviano Vengadores, llamado apresuradamente de su guarnición en Mejillones del Norte.

De San Roberto ordena por telégrafo al coronel Suárez, su jefe de Estado Mayor General, la concentración del ejército en Agua Santa, en donde tiene suficientes víveres y forraje, almacenados con anticipación, y agua en abundancia.

El activo Suárez, se había anticipado a la orden, iniciando la concentración provisoria en la Noria, de donde marcha el 7, sobre Pozo Almonte, lugar en que cree inminente la batalla. Suárez queda aquí en contacto por ferrocarril con la guarnición de Iquique, comandada por Ríos; y por tierra con Mori Ortiz, acampado en Monte Soledad, para vigilar los batallones chilenos destacados en Quillagua, a orillas del Loa.

Buendía se traslada a Agua Santa con el batallón Vengadores, y el Aroma, que tomó en Dolores, ambos bolivianos; y con los dispersos peruanos de Pisagua recogidos en el camino, forma un núcleo de 1.500 plazas.

Llegado a Agria Santa, ordena al coronel Dávila que avance con su división y la caballería, a este cantón, en donde piensa concentrar las fuerzas aliadas,

El general don Pedro Bustamante, jefe de la División Exploradora, hizo salir con premura al coronel, Dávila, camino a Agua Santa, en virtud de la orden del general Buendía. Aquel jefe pernoctó entre Calacala y Santa Laura, siguiendo la caballería marcha al Norte.

Mientras tanto, el general en jefe destacó de Negreiros, término del ferrocarril, una máquina a cargo del coronel Macías, encargado de recorrer la línea y tomar noticias del enemigo.

Antes de avistar a Santa Catalina, el explorador Macías divisa la descubierta de la caballería chilena, y vuelve desalado al cuartel general con la noticia de que el enemigo viene sobre Agua Santa, dejando abandonado al secretario de Buendía, mayor don Emilio Coronado.

El general ordena incendiar los almacenes y depósitos, comunica a Bustamante que permanezca en Pozo Almonte, y se lanza al desierto, rumbo al sur, cubierta la retaguardia por la caballería.

Bustamante hace retroceder a Dávila, que llega a Pozo Almonte precediendo a Buendía. Aquí se opera la concentración de estos jefes, a los que se unen Suárez con las tropas de Iquique y Mori Ortiz con las de Monte Soledad.

Buendía tiene entonces, bajo su mano, los efectivos de Tarapacá, a excepción de la División Ríos, que guarnece a Iquique, pero que más tarde se unió al grueso.

El general chileno, procura por su parte establecer contacto con el enemigo. Desembarcado el día 2 en la tarde, el 3 envía a Vergara a San Roberto, y el 4 ordena el reconocimiento al interior por las dos únicas compañías de Cazadores de que dispone.

El comandante Vergara se pone en marcha a media noche.

Lleva como ayudantes, al teniente coronel graduado don Arístides Martínez, reputado e inteligente jefe de Ingenieros Militares; al sargento mayor graduado del 2º de artillería, don Juan de la Cruz Salvo; y a los oficiales de Estado Mayor, señores Ramón Dardignac, y Daniel Carvallo, capitanes; y subteniente don Santiago Faz.

Mandan las compañías de Cazadores, los capitanes don Manuel R, Barahona y don Sofanor Parra.

Por razón de antigüedad ejerce de jefe el primero.

El comandante Vergara, con la carta del Estado Mayor en mano, marcha a recorrer los cantones o grupos de oficinas salitreras, cruzadas por el ferrocarril.

Por el capitán de la Cuesta del Arenal tiene conocimiento de la desocupación de San Roberto, pasa de largo y amanece en Jazpampa, alojamiento obligado de los viajeros salidos de Camarones por las quebradas de Tana y Tiliviche.

Esta oficina con la de San Antonio, forman el 2º cantón salitrero, llamado Zapiga, por la quebrada de este nombre, A 3.688 pies sobre el nivel del mar, domina el camino directo entre Arica a Iquique, y la conjunción de los telégrafos de la zona. Tiliviche dista siete millas al norte y San Antonio cuatro al sur.

Vergara se apodera en Jazpampa de un tren armado y listo para la marcha, con dos estanques para agua, y carros planos cargados de víveres y forraje.

Los abundantes pozos de la localidad proporcionan agua a discreción para la caballada.

El telegrafista de la expedición corta el circuito y se pone al habla con Hospicio; efectúa el inventario de las huinchas, que remite al Estado Mayor.

La expedición continúa a Dolores, a donde alcanza a la 1 P. M. del 5. Se apodera de las maquinarias extractoras de agua, de las bombas, gran cantidad de carbón, cañerías, desvíos y abundante material ferroviario, y una locomotora intacta. Diez millas separan Jazpampa de Dolores, que forma el 3º cantón, Sal de Obispo.

Mal que les pese a los señores Bulnes y Ekdahl, que hacen mover al ejército por mano del señor Ministro de la Guerra, la posesión del ferrocarril y aguadas, se efectuó única y exclusivamente por disposición del general en jefe y el diligente coronel jefe de Estado Mayor. El Ministro estaba en Pisagua.

Los mecánicos y palanqueros que acompañan a la descubierta, caldean la locomotora, enganchan los carros estanques, y llevan a los campamentos de Hospicio buena provisión de agua.

Vergara continúa la marcha al amanecer del 6. El alférez don Gonzalo Lara precede, de avanzada con 25 jinetes.

A medio día, Lara divisa la oficina y construcciones de Agua Santa en llamas; se carga hacia la oficina Germania para observar mejor, y el enemigo ahí oculto le saluda con nutrido fuego de carabina.

Hace alto y comunica la novedad a su jefe.

Dos compañías de caballería enemiga se habían parapetado en las casas del establecimiento: una del escuadrón peruano *Húsares* de Junín, fuerte de 60 hombres, a cargo del comandante don José Buenaventura Sepúlveda; la otra, de 55 plazas, del escuadrón *Húsares* de Bolivia, comandada por el capitán don Manuel María Soto.

El señor coronel Ekdahl reduce el total de enemigos a sesenta combatientes. No sabemos el motivo; pero le desmiente el corresponsal en campaña de la Prensa Asociada de Lima, que telegrafía desde Arica a los diarios de la capital:

“Una descubierta de Húsares fué derrotada por fuerzas superiores de caballería enemiga.

Nuestra fuerza constaba de cincuenta hombres peruanos y cincuenta y seis de Bolivia, al mando del comandante Sepúlveda”.

Nuestros efectivos de Cazadores ascendían a 175 plazas; con el jefe de la descubierta y ayudantes, subían a 181, en total.

Tan pronto se divisa al enemigo, el comandante movilizado don José Francisco Vergara, con la caballerosidad que fué siempre su norma, llama al capitán Barahona, y le dice:

“Usted es el capitán más antiguo de su arma; a Ud. le corresponde dirigir esta acción de caballería”.

Barahona, de un golpe de vista comprende que debe sacar al enemigo de sus trincheras para batirlo en campo raso. Envía a Parra a reforzar a Lara a trote corto, sin responder al fuego enemigo, tan intenso como ineficaz, por la distancia.

Llega Parra a la altura de Lara en plena pampa; Sepúlveda dispara oculto, desde las oficinas, casas y corrales de la salitrera.

Barahona hace tocar retirada; apenas suena el clarín, Parra vuelve bridas, como igualmente Barahona con su gente.

Vergara y demás jefes no ocultan el disgusto de dar la espalda al enemigo. La tropa marcha rehacía y mohína; pero la disciplina es disciplina. La mecánica ante todo.

Vivas, hurras y gritos saludan, la retirada de los chilenos; aumenta el fuego de carabina.

Barahona hace tocar trote; los chilenos huyen; Sepúlveda y sus húsares cabalgan y salen en persecución del enemigo.

El clarín de Barahona toca al galope; Sepúlveda emprende la caza a todo aire.

Se siente el rudo tropel del enemigo.

Una depresión del terreno oculta a los nuestros. Los clarines tocan alto.

Zanjas y catas dificultan las maniobras por el calichal; pero la ancha carretera está en buen estado.

Barahona ordena: Capitán Parra, cargue por el camino real.

Parra, de pie sobre los estribos, grita: Compañía, por cuatro a la derecha, sable en mano, mar!.....al trote!.....a la carga!

La compañía sale disparada.

A cuarenta pasos, Barahona sigue el movimiento.

Vergara y ayudantes, sacan sus espadas y se embeben en las filas.

Desembocan los cazadores; relucen los sables a los rayos del sol.

Los húsares rematan sus caballos para concentrarse; no es tiempo; Parra los parte medio a medio; por conversión a la izquierda, encierra la derecha contraria; Barahona se cuela por el claro, por conversión a la derecha, copa el ala izquierda enemiga.

Y empieza el recio caer y levantar de los sables, con la ruda armonía del jinete veterano.

Los húsares pierden la formación y se forma el entrevero. Los cazadores usan únicamente el sable afilado a molejón a bordo de los transportes; de parte del enemigo, se oye uno que otro tiro aislado, entre los gritos ardientes de los que cargan y los ayes agónicos de los que caen.

Los jefes y oficiales chilenos se baten como la tropa, a sable limpio.

Un húsar tira un feroz hachazo por la espalda al comandante Vergara; un cazador listo le hunde el sable en la garganta; el golpe cae de plano sobre el hombro de Vergara, que aunque amortiguado, hace vacilar en los estribos al jinete.

Entre los combatientes singulares, se distingue el sargento Tapia, que con un soldado cae sobre un grupo de doce a quince enemigos.

“Apóyame por la espalda para que no me rodeen”, grita al soldado, y ataca con furia.

Se bate como un león; herido, no cesa en la pelea; le matan el caballo; lucha a pie, hasta rendir gloriosamente la vida.

El comandante José Buenaventura Sepúlveda, hijo de un oficial chileno del 38, no desmiente la casta y pelea y sucumbe a la cabeza de los suyos.

La función se prolonga por dos horas hasta exterminar a los húsares diseminados en la pampa; seguramente salvarían algunos, ocultos en las sinuosidades de los calichales.

Nuestras bajas ascendieron a tres muertos, incluso el sargento Tapia y seis heridos.

Los diarios de Lima acusaron de crueldad a la caballería chilena por el exterminio de los escuadrones aliados; pero en el fragor de la sableadura, no se da cuartel sino al que se entrega, como ocurrió con el comandante Chocano, que gritó su rendición a tiempo.

Dicho jefe fué conducido, con las garantías de prisionero, no obstante de recordársele como amparador del asesino del periodista chileno Castro Ramos, cuando Chocano desempeñaba en Iquique la prefectura de policía.

Nuestro compatriota, don Manuel Castro Ramos, editaba en Iquique el diario *La Voz del Pueblo*, órgano de la colonia chilena, defensor de los intereses de nuestro país. Denunció valientemente al oficial de policía José Mariano Valdivia, como flagelador de infelices chilenos que caían al cuartel, y de incautarse igualmente del dinero y joyas que cargaban.

El 24 de Mayo de 1875, el oficial Valdivia, con algunos sayones de su cuerpo, asalta a Castro Ramos, en la calle, lo golpea, lo conduce al cuartel, y además de estropearlo bárbaramente, le hace tragar un número del diario, con inaudita crueldad.

Castro Ramos falleció a causa de los golpes recibidos. El asesinato quedó impune, debido a maniobras de Chocano. No obstante tan negros antecedentes, este jefe fué embarcado para el sur, y permaneció prisionero en nuestra patria, protegido por la autoridad contra cualquier represalia que el pueblo hubiera intentado contra él.

Y todavía el enemigo acusaba a los chilenos de crueldad.

Vergara, dados sus conocimientos de ingeniero, hace un completo estudio de las localidades: del cantón IV, que comprende las oficinas de San Francisco, Encañada, Porvenir y Santa Catalina, y del cantón V, Negreiros, con su principal oficina, Agua Santa, presentando a su regreso un luminoso informe al Estado Mayor General.

CAPÍTULO XXIII.

Concentración del Ejército.

Allanado el camino al interior, el señor general dispone la concentración del ejército en Dolores, oficina con agua inagotable, asunto capital en aquellas pampas secas y estériles.

Las huinchas telegráficas tomadas en Dolores y Santa Catalina notician a nuestro Estado Mayor de la Celebración de un Consejo de Guerra en Arica, bajo la presidencia de los presidentes Prado y Daza, en el cual se resuelve el envío al teatro de las operaciones del contingente boliviano acantonado en Tacna, compuesto de cuerpos escogidos del ejército regular.

Esta tropa debía alcanzar, vía Camarones, hasta la quebrada de Tana, en cuyo punto se reuniría con el general Buendía.

El presidente Daza tomaría ahí el mando del ejército unido como generalísimo, en virtud de los pactos celebrados entre ambos países.

Por nuestra parte, decretada por el Cuartel General, la concentración en Dolores, el ejército chileno quedaba en aptitud de marchar contra Daza o Buendía, como lo creyera conveniente.

Con respecto a Iquique, jamás constituyó factor en los estudios del Estado Mayor. La plaza seguiría la suerte del ejército aliado de Tarapacá. La destrucción de estas tropas implicaba la rendición del puerto bloqueado por nuestra escuadra.

El 5 en la tarde sale de Hospicio la primera división, destinada a Dolores. La componen los siguientes cuerpos:

Regimiento “Buín” 1° de línea.

Regimiento 4° de línea.

Batallón Atacama.

Batallón Coquimbo.

Una batería de Artillería.

Comandante en jefe, el teniente coronel don Domingo Amunátegui.

A la 4 de la tarde forman estas tropas en la esplanada de Hospicio, por orden de antigüedad, llevando como descubierta una compañía del 4°. La marcha se hace por la línea férrea.

El soldado caminaba con equipo de campaña y cien tiros a bala. Llevaba también un litro de agua, cantidad insuficiente; pero había escasez de este líquido en el campamento.

La columna avanza al interior, durante la noche; pasa por San Roberto, y llega al amanecer a Jazpampa. Se surte de agua, descansa cuatro horas, camina todo el día 6 y llega a Dolores a las once y media de la noche.

Dos gratas noticias, a pesar del cansancio, levantan el espíritu de la tropa: hay agua en abundancia, y se acaba de combatir en Germanía.

Los vencedores están cerca, acampados, en la oficina Porvenir.

La marcha de la división Amunátegui se hizo ruda, por la rapidez, y la sed devoradora, originada por la ración de charqui y galleta, como único alimento.

Era también la primera marcha en el desierto, y los jefes carecían de práctica para dominar la inclemencia de los calichales.

Se hizo un solo alto de cuatro horas durante la caminata; los otros pequeños descansos, beneficiaban únicamente a los cuerpos de vanguardia, pues cuando éstos continuaban la marcha, los últimos recién llegaban a descansar, porque avanzando la división por el flanco, abarcaba enorme extensión.

Más tarde, la práctica simplificó las marchas: La columna invertía el orden en cada parada; ocupaba la cabeza el cuerpo de retaguardia; lo propio ocurría en las compañías, las cuales por turno pasaban de la cola a la cabeza del batallón.

No obstante que el “Atacama” y “Coquimbo” sabían andar fuerte como buenos mineros, quedaron algunos rezagados que entregó la guardia el día 7.

Determinada la ubicación de los campamentos, la tropa arma pabellones en un pintoresco valle de calichales; edifica las rucas con pircas de trozos de sal, y mal que mal se guarece del sol y del viento helado de mañana y tarde.

Las faenas se ejecutan en la más franca alegría, que rompe la monotonía del servicio y proporciona descanso y desahogo al espíritu.

Los cuerpos acampan en columna por compañía, con frente a Porvenir, apoyando la retaguardia en una pequeña eminencia, convertida más tarde en alojamiento de oficiales.

El día 8, sorpresa no muy agradable: el comandante divisionario hace tocar diana entre dos luces. Los cuerpos salen a ejercicio y trabajan con más empeño, si cabe, que en Antofagasta. Los oficiales secundan a los jefes, y se establece una noble emulación entre chicos y grandes.

Apenas se pierde de vista la división Amunátegui, el Estado Mayor organiza en Hospicio otra segunda, compuesta del Regimiento 3° de línea, batallón Valparaíso y batallón Navales y una batería de Artillería, que parte del Hospicio el día 8, a la orden del coronel Martaniano Urriola, que al llegar a Dolores toma el comando general, por razón de grado.

El 10 revista las tropas: forman 6.000 infantes con dos baterías de artillería.

El señor Ekdahl se estraña de que un cívico ejerciera el mando superior, aunque interinamente. Olvida que el coronel Urriola formó en las filas del ejército de línea, y dejó el servicio para dedicarse a otras actividades de mayores expectativas en Valparaíso. En esta ciudad comandó por largos años el Batallón Navales; lucía la medalla del 38 y el parche de Buin. No era, pues, un recluta.

Por otra parte, durante la campana, jamás hubo diferencia entre los jefes de línea y los movilizados. Ambos pasaban las mismas penurias, hacían igual servicio y las balas tocaban indistintamente a unos y a otros.

Después de la toma de Tacna, la división concentrada en Calana, se componía del Regimiento de Artillería de Marina, comandante don José Ramón Vidaurre; 4° de línea, comandante don José Domingo Amunátegui; “Coquimbo”, comandante don José María 2° Soto. y “Chacabuco”, coronel don Domingo de Toro Herrera. Los tres primeros eran distinguidos jefes del ejército; sin embargo, mandaba la división el coronel de guardias nacionales, Toro Herrera, por razón de su empleo. Y a nadie se le ocurrió hacer hincapié en esta estricta disposición de la ordenanza.

El coronel Ekdahl hace figurar como jefe de Estado Mayor, en Dolores, al comandante don José Francisco Vergara, otro cívico. Tal nombramiento no aparece en ninguna de las órdenes generales, dictadas desde el 2 al 20 de Noviembre.

Pueden atestiguar los sobrevivientes de este cantón, que el coronel Urriola tomó como ayudantes a los oficiales sin colocación, por pertenecer a unidades de Hospicio, entre las cuales figuraba el señor Vergara.

El Estado Mayor General, concentró aún en Hospicio una 3° división, a cargo del coronel don Luis Arteaga, formada por el Regimiento Artillería de Marina, una brigada de Zapadores, Batallón Chacabuco, Batallón Bulnes y una batería de artillería.

Otro núcleo guarnecía a Pisagua, compuesto del regimiento Santiago, 5° de línea, un batallón del Esmeralda, y el resto del N° 2 de Artillería que desembarcaba ganado y material.

Estas fuerzas componían el ejército expedicionario, Quedaba la reserva concentrada en Antofagasta, lista para marchar al primer aviso, a cargo del general don José Antonio Villagrán.

Constaba de los siguientes cuerpos:

Regimiento Lautaro.

Regimiento Chillán

Batallón Caupolicán.

Batallón Valdivia.

Una brigada de Artillería de diez piezas (4 Krupp - 6 francesas)

Un escuadrón Carabineros de Yungay.

El Ministerio de la Guerra trabaja en Pisagua con incansable labor; el General en Jefe y Estado Mayor desarrollan no menos actividad en Hospicio.

Por desgracia, ambas organizaciones marchan distanciadas, por razones que los paisanos juzgan fútiles, pero de capital importancia entre militares.

Basta un hecho.

Con fecha 17 de Noviembre, el Sr. Ministro de la Guerra, dirige al Gobierno, desde Pisagua la siguiente comunicación:

“Todavía los 4.000 hombres que están en Hospicio con el General en jefe se quejan de que no se les da agua oportunamente, y sin embargo, hay días en que se les remite más de seis litros por individuo. Todo esto proviene de la falta de arreglo y de método: *quieren agua hasta para lavar*”.

Esta comunicación del Sr. Sotomayor, lo decimos con todo respeto, revela la profunda ignorancia del Sr. Ministro en asuntos militares, en los cuales gustaba inmiscuirse.

El General Escala veía llegar la plaga que los generales de la pasada gran guerra mundial, con todos sus químicos y admirable organización de sanidad no pudieron contrarrestar, ni de parte de Alemania, ni de los aliados.

El doctor Carrel anuló la gangrena; otros especialistas, la disentería y el reumatismo y en parte los estragos de la tuberculosis; pero todas las eminencias médicas cayeron vencidas por el piojo de los campamentos.

Los ingleses usaron el agua. Periódicamente retiraban divisiones que enviaban al Canal de la Mancha o a los grandes ríos, para estirpar la epidemia por el baño.

El Sr. Sotomayor creía que seis litros constituían un derroche para el aseo matinal del soldado, la bebida, confección del rancho, y más que todo para el lavado diario de la ropa interior, prendas inutilizadas por el ejercicio de mañana y tarde, bajo un sol de fuego en que el sudor se apelmaza con el fino polvo del caliche.

Ocurrió lo que temía el General; la plaga se transmitió a la división, por lo que el general apuraba la translación de la gente a Dolores, en donde el agua abundaba para todo servicio.

El Ministro no accedió a ello, en obediencia a las órdenes de la Moneda que determinaba el atrincheramiento del Cantón de Dolores y la previa concentración de víveres y forraje para la campaña a Pozo Almonte; aglomerar más tropas en Dolores, equivalía a disminuir el almacenamiento de víveres ordenado por la Moneda.

Por esta causa el ejército quedó fraccionado: 6.000 hombres en Dolores y 6.000 en Hospicio, con lo cual no era bastante fuerte en ninguna de las dos partes.

La caballería se hallaba acantonada en Jazpampa y Tiliviche, entre ambos núcleos, cercana al agua y al forraje fresco. Un escuadrón marchó a Dolores para los servicios de exploración.

El general dividió la artillería entre Hospicio y Dolores, en virtud del principio de las armas combinadas: brigada y media, o tres baterías para los 6.000 hombres de Dolores, y brigada y media, tres baterías, para los 6.000 hombres de Hospicio.

Se ha hecho cargos al general por no tener toda la artillería en Dolores; pero semejante imputación propia de cucalones, carece de base científica. Las armas deben guardar la proporción debida.

Tanto podía ser atacada la división de Dolores por el sur, como por el norte la división de Hospicio, desembocando el enemigo por la quebrada de Camiña, que llega al mar en Pisagua Viejo.

En una sola noche, los aliados, dueños de Tana, podían caer a voluntad, sobre Jazpampa u Hospicio.

¿Qué puede reprocharse a la distribución de la Artillería hasta entonces desembarcada?

El 17 de Noviembre el Ministro Sr. Sotomayor, escribía a S. E. don Aníbal Pinto:

“El enemigo parece que nos dará tiempo para organizarnos y establecernos con solidez en Agua Santa. Después veremos como marchar sobre Pozo Almonte, operación que requiere un número de mulas muy superior al que tenemos.

Nuestro soldado requiere una cantidad de agua y municiones muy superior a lo equitativo y prudente. Hay que conducir quizás el doble de los artículos, que racionalmente se calculan, *sobre todo con un general que oye demasiado las quejas del soldado*”.

Por estas últimas líneas se constata la profunda diferencia que aleja cada día más, al General en Jefe del señor Ministro de la Guerra.

Éste, de acuerdo con la Moneda, quería formar un gran depósito de víveres y municiones en Dolores, para trasladarlo junto con el ejército a Agua Santa, y preparar en este punto la expedición sobre la línea Pozo Almonte-Iquique.

De ahí, la economía de víveres impuesta por el señor Ministro. En Pisagua y Hospicio, la vida era soportable; en Dolores se sentía hambre. Charqui y galleta dura por la mañana; galleta y charqui a veces apolillado por la tarde.

Los capitanes velando por la salud de la tropa, reclamaban a sus comandantes, éstos a su general en jefe, quien hacía enérgicas presentaciones al Ministro en campaña, lo que le valió la censura de “oír demasiado las quejas del soldado”.

Se presentaron numerosos casos de disentería.

El general pedía buena alimentación para la tropa, y abundante forraje para el ganado, y ante todo mucha agua para el aseo y la bebida.

El general en jefe, retenido en Hospicio, por disposición ministerial, no podía disponer de los víveres acumulados en Dolores. A estar ahí, el ejército habría comido bien, aunque hubiera trinado el ministro señor Sotomayor.

Este hacía siempre grandes elogios del general Baquedano, que obedecía y callaba, no obstante haber desempeñado las más humildes comisiones, impropias de su jerarquía, en que el general se expedía a conciencia y satisfacción.

En Pisagua y Hospicio fué designado por el Ministro para repartir agua; y después pasto, afrecho y cebada en Dolores. Daba pena ver a Baquedano, al rayo del sol, con las precillas lacres de su alto puesto, pesar fardos y medir granos.

El hombre sabía obedecer; llegado el caso sabría mandar.

El R. P. Juan Capistrano Pacheco, de la orden franciscana, hombre recto y docto, que acaba de fallecer asilado en un convento del Barón, en Valparaíso, le manifestó, un día su sentimiento, por verlo ocupado en quehaceres impropios de su grado y de sus méritos.

El general con toda naturalidad, le contestó en su peculiar lenguaje:

“Ahí, capellán, el ejército como la iglesia, Hoy mochito, mochito; mañana superior, superior”.

El general Baquedano tenía todas las simpatías del ejército como así mismo el coronel Sotomayor, jefe de Estado Mayor General. Este desempeñaba sus funciones con celo, contracción y tino.

Despachaba en Dolores, una hora por la mañana, otra en la tarde. Consagraba el resto del día, a la inspección de los campamentos, a la instrucción de oficiales y tropa, al funcionamiento del correo, de la Intendencia, Sanidad, Bagaje y demás reparticiones de su dependencia, que visitaba diariamente.

Recto funcionario, respetuoso de los demás, exigía igual respeto a los fueros de su empleo, y jamás cejó ante las imposiciones del Ministro de la Guerra. Por esta causa, no comulgaba entre los preferidos del Ministro, a pesar de los lazos de la sangre.

El hombre de don Rafael estaba en Antofagasta a cargo de la reserva, Don José Antonio Villagrán, ya que lo nombramos, gozaba de la confianza del Ministro, como amigo y consultor técnico. Debía trasladarse a Pisagua tan pronto como se concentraran en Antofagasta tropas suficientes para la garantía del puerto y oficinas del interior.

El ejército tenía el convencimiento de que Villagrán vendría a reemplazar al general Escala, condenado a regresar a Chile tarde o temprano.

El "Regreso a Chile" constituía en aquellos tiempos una especie de castigo infamante para los miembros del ejército, aunque, como en todos, se presentaban excepciones; rarísimas, eso sí.

El coronel Sotomayor había estudiado la zona comprendida entre Santa Catalina, Porvenir, El Molino, (Saca si puedes) y Dolores, puntos todos surtidos de agua, en cantidad suficiente para abastecer el ejército. Estos estudios daban al coronel la ventaja estratégica de poseer el agua; el enemigo, ya viniera de Negreiros, ya de Agua Santa, tenía que estrellarse con Santa Catalina, en donde le esperaba el ejército chileno descansado, defendido al frente por las catas y zanjas de los terrenos explotados, con buen campo de tiro para la Artillería, y con las casas, bodegas, canchas y corrales del establecimiento para poner a cubierto la ambulancia, parque e intendencia.

El enemigo llegaría delirante de sed, cansado, a estrellarse contra posiciones atrincheradas.

Suponiendo que estas posiciones fueran forzadas, el ejército tenía retirada a Porvenir, después de destruir la aguada de Santa Catalina, para lo cual se contaba con los artistas, o pontoneros del comandante Arístides Martínez.

Supongamos todavía que Sotomayor agobiado por las fuerzas superiores, abandonara a Porvenir. Conservaría retirada al altozano de San Francisco, para hacerse fuerte, caso de no haber llegado el general en jefe, con las tropas de Hospicio.

Todos estos estudios cayeron por su base, debido a un imprevisto cambio de situación. Dejemos al coronel Sotomayor alistando su gente y traslademos nuestro estudio a otro campo.

Entre las colecciones de huinchas capturadas por los telegrafistas, había un despacho que quitaba el sueño al general en jefe, el telegrama de 4 de Noviembre de Prado a Buendía, anunciándole la partida de Daza al sur, a unir sus fuerzas a las de Tarapacá.

Para quedar tranquilo, el general Escala, ordena la exploración de los valles vecinos a Camarones.

Del 7 al 16 el comandante Novoa, con 50 cazadores, recorre las quebradas de Tana y Tiliviche, en donde encuentra buenos potreros de alfalfa, abundante agua, pero ni rastros del enemigo.

El 16, el telegrafista de Jazpampa anuncia que los escuchas dan la noticia de que la caballería enemiga aparece por Tana.

Gran sensación en los campamentos y sobre todo entre los dirigentes.

Pero la sangre fría de Escala domina la situación.

Llama al comandante Vergara que se dirigía a Chile, agriado porque el coronel Sotomayor no le había dado el puesto de jefe de Estado Mayor, que no le correspondía ni por méritos militares, ni por antigüedad. Llama también al comandante don Feliciano Echeverría, y arregla con ambos un doble reconocimiento sobre Tana.

Echeverría saldría de Jazpampa con un escuadrón de cazadores; y Vergara, llevando de ayudante a Zubiría, trasladándose por ferrocarril a Dolores, saldría de aquel cantón a la cabeza de los granaderos de Villagrán.

Una caballería enemiga merodeaba en efecto, por la quebrada de Tana: Echeverría y Vergara avanzan en su demanda. Durante la marcha, el primero se carga a la derecha, y el segundo a la izquierda, y se cruzan sin sospecharlo.

En un momento dado, los tres destacamentos se encuentran a la vista. Para los bolivianos, no hay duda: los dos destacamentos que divisan son chilenos.

Vergara tiene un destacamento al frente y otro a la derecha: son enemigos, pues Echeverría debe aparecer por occidente, a su izquierda.

Este a su vez, se encuentra en presencia de dos destacamentos: uno a vanguardia y otro a la izquierda. Deben ser ambos contrarios, pues Vergara tiene que aparecer por el oriente, a su derecha.

Los bolivianos se mantienen en observación. No saben si tras estas descubiertas viene el grueso de los regimientos montados enemigos.

Vergara y Echeverría retroceden a dar cuenta de la presencia de caballería contraria, percatándose de acometer, amagados de frente y flanco.

Los oficiales de granaderos y cazadores hicieron en la noche sabrosos comentarios acerca de la equivocación.

Los historiadores culpan del fracaso al general en jefe. Ekdahl dice que ni a Vergara ni a Echeverría se le dió aviso de la doble exploración.

¿Qué aviso cabía, si ambos recibieron de cuerpo presente la misma orden del general en persona?

En cuanto a reconocerse sobre el campo, si Echeverría y Vergara hubieran tenido más calma, se habrían puesto de acuerdo por toques de cornetas.

Hé aquí cómo debieron proceder:

Vergara.- Atención e interrogación.

Echeverría.- Atención y vanguardia.

Vergara.- Atención y número de la guerrilla.

Echeverría.- Atención, primeros compases de botasilla, y dos puntos agudos. Atención e interrogación.

Vergara.- Atención y vanguardia.

Echeverría.- Atención y número de la guerrilla.

Vergara.- Atención, primera parte de la botasilla y un punto agudo.

Echeverría.- Atención, izquierda y asamblea.

Vergara.- Atención derecha y asamblea.

Echeverría.- Atención y primera parte de diana.

Vergara.- Atención y segunda parte de diana.

Lo que traducido a romance vulgar, significa:

Vergara.- En qué andan Uds.

Echeverría.- Practicamos un reconocimiento.

V.- ¿Quiénes son Uds.? ¿A qué cuerpo pertenecen?

E.- Somos de caballería, de la dotación del regimiento cazadores a caballo, ¿y Uds. en qué andan?

V.- Andamos de reconocimiento.

E.- ¿A qué arma y cuerpo pertenecen?

V.- Pertenecemos al regimiento Granaderos a caballo.

E.- Entonces voy a desfilar por la izquierda y nos juntamos.

V.- Voy a desfilar por la derecha y nos juntarnos.

E.- Conforme.

V.- Conforme.

Minucias, dirán muchos; pero estas pequeñeces constituyen las bases capitales de la ciencia de la guerra, como ocurre en toda ciencia.

El comandante Vergara tuvo que pasar muchos sinsabores por esta incidencia, sin contar con las maldiciones de buena parte de las tropas, a las que hizo correr inútilmente. Todavía otra imprevisión: Vergara, en lugar de sacar una tarjeta de E. M., y enviar un telegrama firmado, hace adelantar a Zubiría, el tropical fantástico y primer embustero del ejército, y le comisiona para comunicar a Hospicio la novedad del día, es decir, que se avistó una descubierta de caballería.

Zubiría llega a Jazpampa y envía por telégrafo el siguiente despacho: “Ejército enemigo a la vista. Se ven carros que creo sean de artillería. Las avanzadas enemigas se pasean a cuatro cuabras de nosotros...No era posible combatirías por la mucha fuerza que se vió”.

Fácil es calcular el efecto de la noticia.

El General Escala, manda a Jazpampa al batallón Bulnes, con orden de defender el telégrafo y aguada; y ordena al coronel Sotomayor que envíe desde Dolores, dos o tres cuerpos al mismo punto.

El coronel dispone que el comandante Castro con el 3° de línea, el Coquimbo y dos piezas de artillería vayan a reunirse en Jazpampa con el Bulnes, a la vez, que el capitán Barahona con su compañía avance sobre Agua Santa. Nuestro jefe de Estado Mayor tenía muy presente el telegrama de Prado a Buendía, ordenándole juntarse con Daza el 16, en Tana.

El comandante Castro, tras una rapidísima marcha, llega a Jazpampa; pero ya el señor Vergara había restablecido la verdad.

El 3°, el Coquimbo, el grupo de artillería, hubieron de contramarchar a Dolores inmediatamente, con el alma atravesada, en unión del comandante Velásquez que se dirigía al mismo punto con el resto de su regimiento.

El coronel Sotomayor sabía a qué atenerse por el lado de Jazpampa; pero se cernía el peligro por el oriente.

Barahona descubrió al enemigo en la tarde del 18, concentrado ya en Agua Santa. Se replegó al paso con su compañía, siempre en observación, dando inmediata cuenta a su jefe, por dos propios diferentes, a revienta cinchas.

El parte del capitán Barahona llega a Dolores a los ocho de la noche del día 18. Dada la distancia, el enemigo debe presentarse en Santa Catalina el día 19.

Sobre ésta base, Sotomayor se resuelve a esperar al enemigo en esta oficina, teniendo como punto de apoyo a retaguardia, Porvenir y Dolores.

Como Castro y Velásquez deben llegar al amanecer de Jazpampa, hace avanzar sobre Santa Catalina al comandante Amunátegui con su regimiento 4° de línea, la brigada de artillería Salvo, compuesta de dos baterías y un escuadrón de dos compañías de Cazadores a caballo.

Esta fuerza debe cubrir el frente de la salitrera, para lo cual Amunátegui coloca a derecha e izquierda sendas compañías de gran guardia; y al frente escalona tres avanzadas de 50 hombres cada una.

A las once de la noche llega el Atacama, que acampa a retaguardia del 4°. A media noche debe seguir todo el ejército a reunirse con Amunátegui.

A las 9 P. M. una recua de mulas, cargadas de odres de agua, se topa inopinadamente con la primera avanzada, que la rodea en silencio, y la envía a la segunda, ésta a la tercera, y por fin al grueso, a disposición del jefe.

Interrogados aisladamente el capataz y arrieros, declaran que forman parte del ejército del general Buendía, que con todas sus tropas se movió de Negreiros y debe estar ya a la vista de Santa Catalina.

Amunátegui envía triple parte a Sotomayor, y como tiene ordenada la línea de combate, espera los acontecimientos.

Sotomayor reúne un Consejo de Jefes, continuación de otro celebrado a las 7. P. M. para estudiar la nueva faz de la situación.

Todos los asistentes son de parecer que Santa Catalina ha perdido su importancia táctica, por las siguientes razones:

1ª Dificultad de movilizar las tropas de noche, con espesa camanchaca.

2ª Dificultad de que el 3º y el Coquimbo, que deben llegar cansados al amanecer, puedan seguir rápidamente a Santa Catalina, a tomar parte en la refriega ya empeñada.

3ª Dificultad de usar la artillería de Velásquez que viene con estos cuerpos.

4ª Imposibilidad de trasladar rápidamente el parque por falta de mulas y carretones.

5ª Imposibilidad de movilizar en la noche, la Intendencia y Ambulancia.

Los jefes están en perfecto acuerdo para esperar el choque en el cerro de San Francisco, sobre cuya posición hacen grandes elogios los comandantes Martínez y Vergara que habían estudiado bien el terreno.

Tomada esta resolución se ordena el regreso de Amunátegui, y los cuerpos se mueven a tomar las posiciones que les asigna el Estado Mayor, a cuyos jefes se reparten los croquis levantados por el capitán ayudante don Augusto Orrego Cortés, y el gráfico con el Vº Bº del comandante Martínez, en que se marca la ubicación de cada unidad.

El 3º, Coquimbo, Cazadores y el Regimiento, Nº 2 de Artillería llegan al amanecer y pasan a ocupar el lugar que se les tiene designado.

Sotomayor decidió con ánimo entero aceptar la batalla; no se le pasó jamás por la mente retrogradar a Jazpampa para obtener el apoyo de las fuerzas de Hospicio.

Tal maniobra era delicada y peligrosa a la vista del enemigo, y desmoralizadora para la tropa, ensoberbecida con el triunfo de Pisagua.

Queda pues, a la defensiva. Así como no le es lícito iniciar retirada, tampoco le es permitido emprender una ofensiva aleatoria, contra un enemigo superior en número, compuesto de la flor y nata de las tropas de línea de los aliados; y más todavía, con la certeza de duplicar el número de sus efectivos en 24 horas más.

En consecuencia, toma las disposiciones necesarias para la próxima acción, en el cerro San Francisco.

CAPÍTULO XXIV.

La marcha de Daza a Camarones.

La noticia de la toma de Pisagua llegó simultáneamente a Iquique y Arica. En aquel puerto, por ausencia del general Buendía, desempeñaba el comando superior, el jefe de Estado Mayor, coronel don Belisario Suárez; En Arica ejerce el mando supremo Su Excelencia el Presidente don Mariano Ignacio Prado, trasladado ahí para formar un ejército de reserva, en previsión de que la suerte fuera adversa a Buendía en Tarapacá.

Constatado oficialmente el desastre de Pisagua, los presidentes Prado y Daza reúnen un Consejo de Guerra, con asistencia de los jefes divisionarios y de cuerpo.

Después de una amplia deliberación, el consejo resuelve enviar al sur la División boliviana acantonada en Tacna, a reunirse con Buendía; operada la conjunción, Daza tomaría el mando en jefe de los aliados para presentar batalla a los chilenos.

En vista de la decisión del consejo, el presidente Prado envía a Buendía el siguiente telegrama, del que tuvo conocimiento nuestro Estado Mayor:

“Dos divisiones de fuerza boliviana estarán en Tana, el 16, con quince cañones. Adonde marche Ud. evite atacar al enemigo sin seguridad”.

Para cumplir esta orden y tener las fuerzas de su mando bajo su mano, el general se repliega de Agua Santa a Pozo Almonte con 1.500 hombres.

En la tarde del 7 llega a su destino.

El coronel Suárez, por su parte reúne el 5, otro Consejo en Iquique, en el cual hace una franca reseña de las últimas ocurrencias que comprometen la situación del ejército del sur.

Las tropas no tienen víveres sino para veinte días, (inexacto) no hay esperanzas de recursos por mar, pues los buques enemigos cruzan frente a la bahía, sin intimar todavía el bloqueo.

El ferrocarril al interior pertenece a compañías extranjeras; dispone de escasos empleados, porque los neutrales no quieren comprometerse; además, carece de suficiente carbón para el movimiento de las locomotoras.

Después de una breve deliberación, se resuelve la concentración del ejército en Pozo Almonte. Suárez persiguiendo esta idea, envía escalonados los cuerpos a la Noria, en donde hay agua, víveres y forraje.

El 5 de Noviembre salen de Iquique el Batallón N° 7, Cazadores de la Guardia, al mando del coronel don Higinio Herrera, y el Batallón N° 5, Cazadores del Cuzco, comandado por el coronel don Víctor Fajardo.

Estos cuerpos se reúnen el 6, en Alto del Molle, con los batallones Zepita, N° 2, a las órdenes del coronel don Andrés Avelino Cáceres, el 2° Ayacucho (1° provisional) y el Cazadores de Arequipa.

El 7, la división llega a la oficina La Central, en la cual se le juntan el N° 3 y el N° 1 de Ayacucho y la columna Cerro de Pasco.

El coronel don Manuel Antonio Prado, jefe del Ayacucho N° 1, manda estos cuerpos por razón de antigüedad.

El general en jefe dispone la concentración en Pozo Almonte, en donde se le incorpora el batallón Colquechaca, que viene de Bolivia, para marchar al norte, en demanda de la quebrada de Tana o del enemigo. El distinguido escritor nacional Ahumada Moreno, da una relación del ejército aliado, en la página 101, tomo 2°, de su Recopilación. Según ella el total de enemigos comprende 4 generales, 9.993 individuos de tropa, o sean 10.933 combatientes.

Figuran como pasivos, 15 cirujanos, 2 capellanes y 8 inspectores de campo. Total general, 10.958 plazas.

Los cuerpos tuvieron un merecido descanso de cuatro días, para terminar la concentración de los Infantes de Puno N° 6, Cazadores de Lima y el regimiento de Caballería de Húsares de Junín.

Resuelta la ofensiva, el Estado Mayor requisó carros, mulas y caballos en las oficinas de los cantones, para el duro trayecto de Pozo Almonte a Agua Santa.

El día 11, el Estado Mayor espide la orden General de marcha, para el día siguiente, que se reduce a dos puntos capitales:

- a) Prescripciones relativas al personal del comando.
- b) Orden de marcha.

Antes de emprenderla, el Estado Mayor General publica el siguiente bando:

1° Nadie puede separarse de las filas, ni salir a buscar leña, agua o víveres, sino después de clausurado el campamento.

2° Ningún individuo podrá salir aisladamente sino en pelotón, compañía o batallón.

3° La fuerza que se aleja deberá establecer avanzadas y centinelas.

4° El segundo rancho se repartirá antes de anochecer, para que no haya fuego que pueda guiar al enemigo.

5° Nadie se moverá de su puesto aunque se inicie el combate.

6° Las imaginarias de la noche se compondrán de un oficial, un sarjento y tropa necesaria.

7° Nadie probará las aguas de los pozos, sin que hayan sido antes experimentadas por las autoridades sanitarias.

8° Nadie podrá transitar por el campamento después de anochecer.

9° Los jefes y oficiales inculcarán a la tropa disparar con calma, para que los tiros sean eficaces.

Previas éstas recomendaciones, el ejército rompe marcha al norte, condensado en tres escalones:

1° escalón.

General, don Pedro Bustamante. Dos divisiones peruanas y una boliviana al centro.

2° escalón.

Coronel, don Belisario Suárez. Una división peruana, una boliviana y doce piezas de artillería.

Reserva

Divisiones de los coroneles Andrés Avelino Cáceres y Francisco Bolognesi, con tres piezas de artillería.

A retaguardia 150 carretas con víveres, municiones y forraje.

El diligente jefe de Estado Mayor, coronel Suárez, determina con precisión las oficinas salitreras de etapa, para que se efectúe con método la distribución de víveres, agua y forraje.

He aquí el gráfico de la marcha:

13.- Llegada a Peña Blanca.

14.- Llegada a Peña Grande

15.- Salida de Peña Grande y llegada a San Andrés.

16.- Marcha a Agua Santa y Negreiros.

El 17 llega el ejército a Negreiros (50 K.) después de penosísima marcha durante diez y seis horas.

“Al desfilar por la mañana dice el doctor Ladislao Cabrera, en carta a la *Democracia*, periódico oficial del Gobierno de Bolivia, el ejército aliado atravesó por la llanura de Agua Santa y Germania, donde diez días antes, 100 hombres de caballería y 50 Húsares de Bolivia, fueron derrotados por unos 130, según unos y 300 según otros, de caballería enemiga.

Los cadáveres ofrecían el aspecto más desagradable: parecían enormes gigantes, tanto se habían hinchado: la mayoría tenía las manos mutiladas por el sable enemigo. Nuestros soldados, al pasar junto a estos tristes restos de los Húsares, hacían sentidas consideraciones y concluían con estas palabras,

harto significativas: Así nos han de abandonar a nosotros, Ninguno de los primeros jefes que llegó a aquel llano, tomó la precaución de evitar al ejército aliado vista tan deplorable”.

A la verdad, no era edificante el espectáculo ni a propósito para levantar el espíritu de la tropa.

En Negreiros se dió descanso a las 3 de la tarde, del 18, llegaron los bagajes y se proveyó bien la gente.

El general Buendía acampó en Negreiros, cabeza del ferrocarril a Pisagua, camino a Tana, lugar de la cita con el presidente Daza, el día 16.

Llevaba en consecuencia dos días de atraso, con respecto a la fecha fijada por el general Prado.

Transladémonos a Arica, y asistamos a la partida del ejército boliviano, con su generalísimo a la cabeza.

El 9 llegaron los expedicionarios en ferrocarril de sus acantonamientos de Tacna. Desde las nueve de la mañana formaban calle los batallones Victoria, Cazadores del Cuzco, Arica y demás tropas de la guarnición.

A las once S. E. el general Prado, acompañado del contralmirante Montero, coronel Ramírez Rodríguez, edecanes y ayudantes, se dirige a la estación entre las filas del ejército, que presenta armas, a los acordes de la canción nacional.

Poco después, arriban los convoyes, con las primeras tropas, que el público agolpado en los andenes, recibe con gritos de alegría.

A las órdenes del jefe de Estado Mayor, general Casto Arguedas, desembarcan los batallones *Colorados*, Granaderos de Daza, a las órdenes del coronel Murguía; el Sucre (Amarillos) y el Aroma N° 2 de Cochabamba (Verdes).

Los cuerpos toman el nombre del color del uniforme, fabricación nacional.

Después de los saludos de estilo, los tres cuerpos se dirigen a los cuarteles designados, entre los vivas de una muchedumbre delirante.

A las 6 P. M. llegan otros dos trenes con el general Daza, y los batallones Viedma N° 3, Escuadrón Vanguardia, Legión Boliviana, y el regimiento de artillería, armado sólo de carabina, pues, recibirá piezas modernas en Arica.

Los jefes dedican los días 9 y 10, al cambio de los rifles en mal estado y al amunicionamiento de la tropa con la remesa traída últimamente por la “Pilcomayo”, que no pudo llegar más a tiempo, pues la infantería peruana estaba muy escasa de proyectiles. Los batallones mejor dotados tenían ochenta tiros por plaza y los *Cazadores del Cuzco* solamente cuarenta.

La feliz arribada de la “Pilcomayo” salvó tan delicada situación.

Sólo mucho más tarde se dió cuenta el pueblo de la inactividad en que permanecieron los contingentes de Tacna y Arica. “A haber tenido abundante parque habrían partido al sur tan pronto como se supo el desastre de Pisagua”, afirmaban los edecanes del presidente Prado, lo que es bien dudoso. Sin embargo, la escasez de municiones en parte era efectiva.

El 11, día designado para la marcha, desembarcó el batallón Provisional Lima N° 2 traído por el transporte “Chalaco”, convoyado por “La Unión”.

Damos traslado al corresponsal de *El Nacional* de Lima, que describe en esta forma la partida de los cuerpos bolivianos:

“Arica, Noviembre 11 de 1879”.

Señor Director de *El Nacional*: Con gran entusiasmo ha sido recibido el Provisional de Lima N° 2. Ha desembarcado en medio de los vivas de la multitud agrupada en el muelle y avenidas, vivas que él contestaba por su parte con igual entusiasmo.

A la hora en que desembarcaba el batallón N° 2, comenzó a desfilar el ejército boliviano al compás de los pasos dobles tocados por sus bandas de músicos y los redobles de tambores y los toques de corneta del Cazadores del Cuzco y el 2° Provisional de Lima.

El batallón *Colorados* iba a la cabeza. Tiene 700 soldados, musculatura y talla hercúleas, veteranos escogidos todos, y vencedor el que menos en tres combates.

Imponente es el aspecto que presentan esos soldados con sus altos morriones y chaqueta punzó, y pantalones blancos, con sus robustos pies desnudos (calzan ojotas) y con sus Remington apoyados en sus anchas manos y robustos brazos.

La *Décima* de César y los *Granaderos* de Napoleón no causaron efecto más imponente que el *Colorados*.

Su disciplina, por supuesto, no es menor que la de un batallón prusiano.

Imagínese de lo que será capaz un cuerpo igual, con el general Daza que lo manda particularmente, a su cabeza.

Igual cosa debe decirse de los demás batallones bolivianos. He aquí los nombres de los que han salido hoy sobre Tiviliche: Granaderos de Daza, Sucre, Aroma N° 2, Viedma N° 3, Escuadrón Vanguardia, Escuadrón Escolta.

Inmenso fué el entusiasmo con que partieron esos soldados; entusiasmo del cual participamos todos los que presenciamos la marcha de tan brava tropa; y mucho más aún, cuando vimos al general Daza, más simpático y apuesto que nunca, en un hermoso caballo tordillo.

Parecía que las penetrantes miradas del general, que sonriendo contestaba los vivas que se le hacían, se desprendía no sé qué luz, presagio de la gloria con que va a cubrirse.

Jamás, vivas y hurras más atronadoras, se han lanzado como los de hoy; vivas y hurras salidos desde el fondo del alma, y arrojados al aire con toda fuerza de los pulmones.

Y de todos los corazones, al mismo tiempo que esos gritos llenaban el espacio, surgían también y se los llevaban hasta Dios, ardientes plegarias por ese noble entre los nobles hijo de Bolivia y América.

Adelante general. Lleváis la fortuna de dos pueblos que os aman y os bendicen con toda el alma.

Adelante general. Sois el Gran boliviano. Quiera Dios reservaros mejor suerte en tierra, que al Gran Peruano le cupo en el mar.

Inmensa era la alegría que resplandecía en los semblantes de los jefes y oficiales bolivianos.

Era la alegría de la victoria o de la muerte, hermosas perspectivas bien cercanas de realización para ellos.

Vencer o morir; sepultar al enemigo odiado; triunfar o encontrar la muerte combatiendo por la patria, y más que por la patria, por la humanidad; porque a la humanidad también ha retado Chile con sus innumerables crímenes desde el robo del 14 de Febrero, hasta el asesinato de las mujeres y niños de Pisagua, el 2 Noviembre; ¡Oh qué alegría en efecto!”.

Hasta aquí los desahogos del señor corresponsal, que pinta las expectativas del Perú en la acción del general Daza y su ejército.

Asunto muy estudiado ha sido si el general Daza llevó consigo las quince piezas de Artillería, que el presidente Prado anuncia a Buendía en su telegrama del 4.

El señor Ekdahl afirma que el general Daza rechazó el ofrecimiento de la artillería que le hiciera el presidente del Perú. No encontramos antecedentes para aceptar esta versión.

El señor Bulnes en la enumeración de los cuerpos bolivianos que salieron de Arica a Camarones el día 11, no menciona artillería, sino únicamente batallones de infantes y jinetes.

Permítasenos consignar aquí una falsa rectificación que el señor Ekdahl hace al señor Bulnes.

Consigna el primero en la página 1517 del tomo I de su historia antes citada:

El señor Bulnes dice, página 598 que el batallón Aroma iba con él (Daza): es un error, pues este batallón estaba de guarnición en Mejillones del norte, había llegado a Agua Santa el 3/XI”.

El señor Bulnes tiene toda la razón. El Aroma N° 2 acompañaba al general Daza; el primer Aroma estuvo en Mejillones y después en Agua Santa. Se trata de dos cuerpos distintos, con el mismo nombre.

El general Daza trajo a Arica 150 artilleros armados de carabina, porque sus piezas carecían de atalaje y municiones.

Estos ciento cincuenta hombres fueron agregados al regimiento peruano de artillería de Arica, para organizar un regimiento de quince piezas, destinadas a formar parte de la división de Camarones, cuyo itinerario acordado por los presidentes, fué el que sigue:

Noche del 11 al 12, acampar a cinco leguas al sur de Arica.

12.- Acampar en Chaca, cinco leguas.

13.- Acampar en la pampa, entre Vítor y Camarones.

14.- Llegada a Camarones.

Daza cumple religiosamente con las jornadas del itinerario.

Lleva infantería y caballería, en espera siempre del Regimiento de artillería perúboliviano fuerte de quince piezas. Mandaba este regimiento el comandante peruano Barboza, y el contingente boliviano el teniente coronel José Manuel Pando, más tarde presidente de su país.

No obstante la promesa del general Prado, este cuerpo no se movió de Arica.

Los siguientes telegramas del delegado oficial de la prensa de Lima señor Neto dirigidos al *Nacional* de esa ciudad, aclaran mucho la situación:

“Arica 12 de Noviembre.- Nada hemos sabido hoy. Es verdad que S. E. ha recibido telegramas de Iquique, pero nada hemos sabido de ellos; el general Daza ha acampado en Chaca esta tarde.

En Chaca espera al Regimiento de Artillería aliado, que saldrá esta noche o mañana de aquí.

Bien, pues; el comandante general del regimiento será el señor teniente coronel Barboza, con retención del mando de nuestra brigada; y el jefe de la artillería boliviana, con Krupp de 6 y 4 ametralladoras, y 1 Blackley de a 4, el teniente coronel don José Manuel Pando”.

Segundo telegrama:

“Arica, 13 de Noviembre.

Hoy nada hemos sabido.

La artillería no ha salido. ¿Por qué?

De modo que el general Daza tendrá que esperar más aún en Camarones”.

Otro telegrama

“Arica, 14 de Noviembre.

A las 5.30, el Chalaco salió para el Callao.

El general Daza esperará en Camarones hasta que la artillería se una con él, lo que será mañana por la noche o al amanecer del 16, porque el regimiento saldrá hoy, a las tres. En este momento se está cargando el parque. (2,30 P. M.)”

El regimiento aliado que debía salir a Camarones, a las órdenes del comandante Barboza, permaneció tranquilamente en Arica, no obstante las tentativas de marcha.

Daza esperó inútilmente la artillería, sin la cual una unidad, ejército o división, no puede batirse contra otra unidad completa y equipada, con la correspondiente dotación de artillería.

El general Daza llega a Camarones, y espera hasta el día 16 al regimiento de artillería, del norte; y al ejército de Buendía del sur.

Espera en vano. Los cañones permanecen inmóviles en Arica y el ejército de Buendía viene en marcha de Pozo Almonte.

El presidente ordena la vuelta de la infantería a Arica y él avanza con todas las fuerzas montadas, a la quebrada de Tana, en donde debió de estar el general Buendía el 16, según telegrama del presidente Prado.

Así se hizo. Mientras los infantes deshacen el camino andado, Daza marcha con la caballería al sur, llevando como lugarteniente al coronel don Eliodoro Camacho.

Cuenta con los siguientes efectivos

Escuadrón Vanguardia.....	150	hombres
“ Escolta.....	80	“
Legionarios de Bolivia del comandante Tudela	40	“
Oficiales e infantes montados, escogidos....	30	“
Escuadrón peruano Tacna, del comandante Albarracin.....	120	“
Total.-.....	450	hombres

La resolución del jefe boliviano se funda en estricta lógica. Supongamos que avance sobre Jazpampa, Hospicio o Dolores. Nuestra artillería crucifica y deshace a sus infantes, antes de alcanzar a tiro de rifle.

Apelamos al testimonio de todo jefe que haya mandado unidades, y ellos responderán lealmente de que sin artillería es un despropósito ir a estrellarse contra un enemigo superior, provisto de artillería Krupp de retrocarga, en buenas posiciones.

Daza será todo lo que se quiera; un soldadote ignorante, jactancioso, y a veces brutal; pero en esta circunstancia reveló alta penetración de conductor de tropa.

Los historiadores están en desacuerdo acerca de este hecho.

Vicuña Mackenna cree que Daza tuvo miedo. Si la prudencia es miedo, tiene razón.

Bulnes no se pronuncia. Enumera algunas versiones.

1ª Que el general Eleodoro Camacho expuso a Daza que el ejército se negaba a avanzar. Aquel desmiente semejante aserción.

2ª El general don Juan José Pérez, entonces lejos del campo de operaciones, dice que el secretario del Presidente don José Rosendo Gutiérrez le sujirió la idea del regreso, por temor a que destruidos los Colorados en una batalla, sus enemigos de Bolivia levantarían la cabeza y le harían revolución.

El señor secretario no andaba muy descaminado en el asunto.

La Legación Peruana en la Paz, decía en un informe reservado, al Ministro de Relaciones Exteriores de su país:

“Este caudillo (Daza) viene influyendo y decidiendo en todos los cambios ocasionados desde la caída de Melgarejo (1870-1871) mediante el poderío del Batallón 1º (Colorados) de que se hizo jefe sin poder ser removido. Siendo el ejército en tiempo de paz de ochocientos a mil doscientos hombres, un batallón de 500 plazas, escogido, halagado y consentido por su jefe no podía menos que ser el árbitro de un país esencialmente militar. Cada soldado del Colorados lleva sueldo de capitán o comandante. Este cuerpo cuesta a Bolivia más que un ejército. El general Daza hasta el último momento de su marcha a Tacna, continuaba visitándolo diariamente, manejándolo como si fuese siempre su mismo jefe. Las rabonas son sus compadres.

Más adelante agrega:

La paz interior está comprometida. El alistamiento del ejército conducido por el general Daza, se ha hecho con grandes sacrificios, nada voluntarios, de este esquilado país.

El empréstito forzoso sólo en parte satisfecho, las requisiciones de caballos y acémilas, la severidad del reclutamiento ex profesamente ejercitado, y la vida privada del jefe de la nación, todo esto ha producido tal descontento público contra el general Daza, que el país parece más inclinado a un cambio interno, que a una solución externa, en cuyo feliz éxito no tiene confianza.

El general Daza ha tomado varias precauciones para conservar el orden interno; ha llevado en su ejército a la juventud escogida del país, con la mira de tenerla en prenda; ha convocado y empleado en

su ejército como una docena de pretendientes al poder equilibrándolos uno contra otros; ha ido a Tacna con el grueso del ejército, y por temor no lo ha mandado por divisiones. El pueblo cree que no volverá.

El 22 de Mayo comunica el ministro señor José L. Quiñones la prisión del general Lafaye y su deportación al Beni.

El mismo señor Ministro da cuenta con fecha 14 de Septiembre, que el general don José Manuel Rendón había tomado el cuartel de Gendarmes en Cochabamba, apresando al prefecto del Departamento.

Una contrarrevolución pone en libertad a este funcionario; el general Rendón y su segundo don Rafael Rossell, fugan apresuradamente.

El 26 de Octubre el señor Quiñones envía a Lima a su secretario, para informar verbalmente al gobierno, respecto a la situación interna de Bolivia.

Una vez en la capital, el secretario señor Blanco, consigna en un memorial las impresiones de su jefe, para conocimiento del gobierno.

Antes de la guerra con Chile se había concertado en la Paz entre muchos jóvenes distinguidos, una conspiración contra el gobierno del general Daza, siendo el alma de aquel proyecto el coronel Exequiel de la Peña, en actual servicio del ejército, favorito de Daza. Sin embargo, este jefe escribe a la Paz, a don Federico Granier, a don Luis Ballivián, y otros jóvenes notables, recordándoles sus antiguos compromisos de revolución; instándoles a ella, asegurándoles la cooperación del ejército, y declarándoles que si en la Paz no tomaban la iniciativa, ellos la tomarían en Tacna.

La verdad de este hecho no puede ponerse en duda, porque el cónsul en la Paz, don Juan S. Lizárraga, que había tomado compromiso para dicha revolución, en la época en que no tenía carácter oficial, y antes de la guerra con Chile, fué invitado nuevamente a cumplir el mencionado compromiso que rechazó, con dignidad.

Como se ve, el general Daza tenía poderosas razones, para no exponer a los Colorados.

Por otra parte, Daza estuvo en Tana el día fijado, 15 de Noviembre, y en lugar de encontrarse con el ejército de Buendía, divisa a su frente a la caballería chilena que le amenaza por los dos flancos. Merodea por las vecindades, y el 20 entra a la quebrada de Chiza, con sus ayudantes y el doctor Melgar, administrador de la Aduana de Iquique, íntimo amigo del general Prado.

En Chiza los indios le dan conocimiento de la derrota de los aliados, motivo por el cual contramarcha a Arica.

Otra versión asegura que Daza, de acuerdo con Chile, efectuó la retirada para facilitar la victoria de éste en Dolores.

Los enemigos de Daza, en los campamentos de los aliados, echaron a volar éste especie, para propiciar la deposición del Dictador.

No obstante la falsía de tal rumor, los historiadores peruanos lo explotan aún para los efectos de la exportación.

El coronel Celso N. Zulueta, benemérito de la patria, vencedor del 2 de Mayo, y combatiente en Pucará en la campaña de la sierra (1879-1884) se expresa en los siguientes términos, en su Historia Militar del Perú:

“Hechos que después surgieron del impenetrable misterio en que por algún tiempo estuvieron encerrados, demostraron que más allá de Camarones, en el villorrio de Tana, Daza celebra una sigilosa conferencia con un René Moreno, boliviano, agente del gobierno de Chile, portador de propuestas a las que no pudo ser indiferente el general Daza, enceguecido por el resplandor del oro chileno, hasta olvidar lo que debía a su reputación militar, a la lealtad internacional, y al decoro de su propia patria, cuya insignia de supremo mandatario cubría desde esos momentos un pecho no suficientemente ancho para anidar tamaña felonía”.

Esta diatriba contra el mandatario de Bolivia, nos afirma más en la convicción de que la retirada tuvo como origen la carencia de artillería, cuyo regimiento permaneció en Arica, sin que el general Prado diera visos de quererlo enviar a Camarones, según lo convenido.

El 18 la situación se presenta clara para el coronel Sotomayor.

La retirada de los bolivianos anunciada por el comandante Vergara, y confirmada por los espías en constante movimiento entre Jazpampa y Camarones, quitaron a nuestro jefe de Estado Mayor todo cuidado por ese sector. Velásquez y Castro debían llegar al día siguiente temprano, quedando el Bulnes de guardia en aquel punto.

El peligro venía de Agua Santa, de parte del ejército de Tarapacá, compuesto de las tropas de línea de los aliados.

El coronel era un militar de fila. A los conocimientos científicos de la profesión, adquiridos en los centros militares más conspicuos de Francia y Bélgica, unía la práctica del mando y el conocimiento exacto de la idiosincrasia de nuestro soldado, por sus dilatados servicios en la frontera.

Poseía a la vez todas las dotes del caballero de sociedad; fino, insinuante y agradable, sabía desempeñar a conciencia su papel de soldado en el cuartel, de gentleman en los salones y en el Club, lo que le daba experiencia en el mundo y conocimiento de los hombres.

Consideró los antecedentes de la situación, y decidió presentar batalla al enemigo.

He aquí los antecedentes que tuvo en vista, según lo manifestaba en las conferencias que daba a los cadetes, como Director más tarde de la Academia Militar en Santiago.

a) El enemigo, fuerte de 10.000 plazas, debía caer sobre sus campamentos al día siguiente.

b) El 3º, Coquimbo y artillería de Velásquez que debían llegar en las primeras horas del 19, le aumentaban el efectivo a seis mil hombres, con seis baterías.

c) Aunque conservaba limpia la retirada hacia Jazpampa, ella era improcedente por estas razones:

1ª El peligro de evolucionar de noche, con cuerpos aún bisonños, como el Atacama y Coquimbo.

2ª La retirada frente al enemigo habría producido pésimo efecto, en tropas ardientes por batirse y ensoberbecidas con la reciente victoria.

3ª En caso desgraciado tenía siempre expedita en última instancia la retirada a Jazpampa, a operar conjunción con las tropas que el general Escala traería de Pisagua.

4ª La evacuación de Dolores entregaba al enemigo, la inagotable provisión de agua de sus pozos, elemento precioso en aquellas alturas.

Sotomayor no trepida un instante, aunque el enemigo se presenta con efectivos dobles.

El señor Ekdahl censura al jefe de Estado Mayor, por desconocer el terreno de operaciones por falta de estudios.

La censura carece en absoluto de justicia.

Desde su arribo a Dolores, el coronel encomendó a los comandantes Arístides Martínez y Diego Dublé Almeyda, la exploración de la zona comprendida entre Santa Catalina, Porvenir y Dolores, los cuales levantaron detallados croquis del cantón.

Dichos jefes trabajaron de sol a sol, con los ayudantes, mayor Baldomero Dublé Almeyda, y los capitanes Emilio Gana, Francisco Javier Zelaya y Augusto Orrego Cortés, del arma de ingenieros.

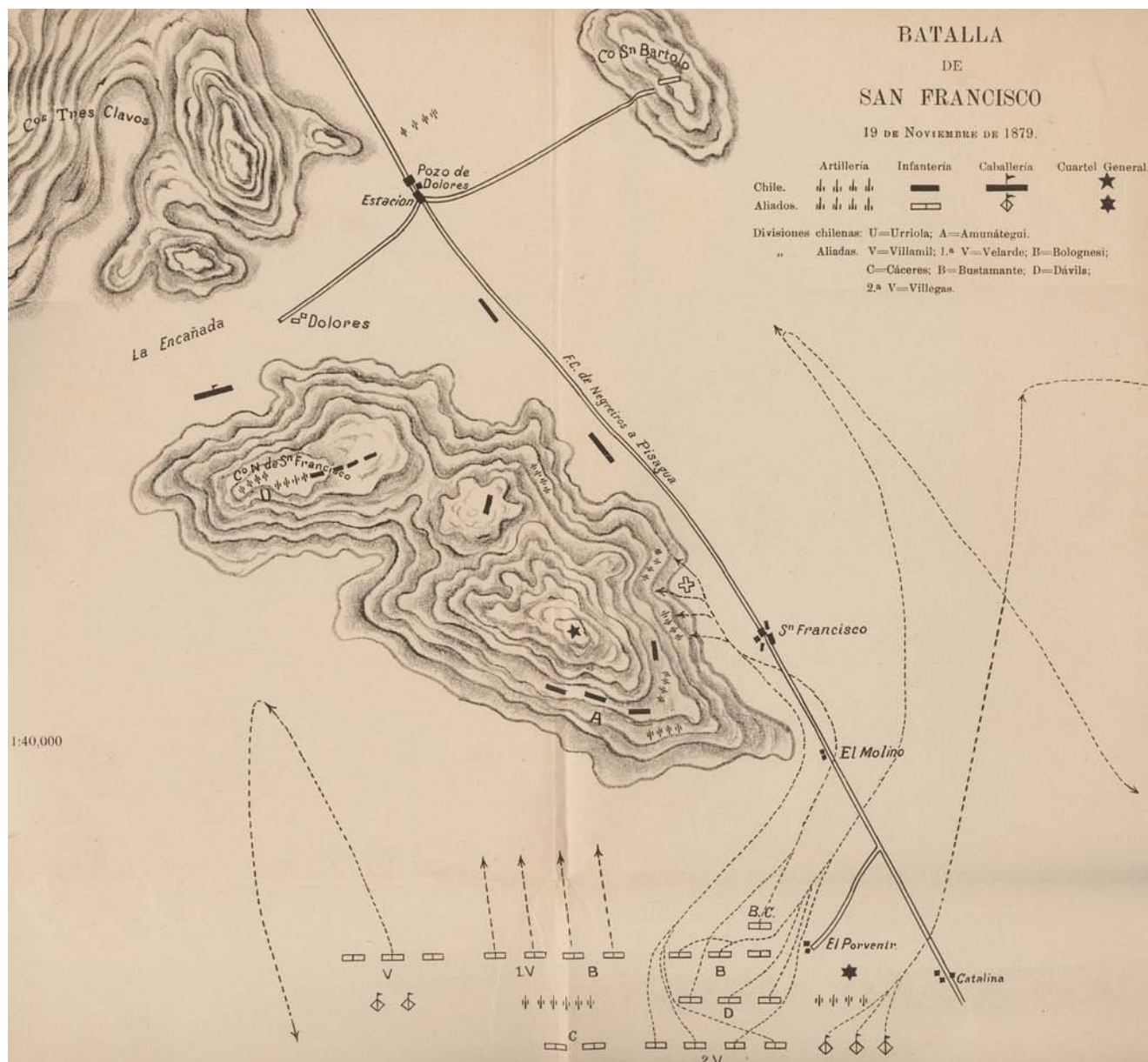
Este último sacó en limpio, en colores, el croquis de la región, obra bastante acabada de este distinguidísimo ingeniero, Director más tarde de la Escuela de Minería de Santiago.

Conviene recordar que los planos de la batalla son de puño del señor Orrego Cortés, a quien deben este servicio los historiadores de la guerra, que no han tenido más trabajo que reproducir su obra.

Conste que el terreno estaba perfectamente estudiado, cuando el coronel Sotomayor tomó sobre sí la responsabilidad de la batalla, mostrándose a la altura de su puesto.

CAPÍTULO XXV.

Dolores o San Francisco.



El altozano de San Francisco de unos 200 metros de altura, afecta la forma de una elipse cuyo eje mayor sigue la dirección N.O.-S.E.

El semieje menor termina al poniente por una quebrada de suave declive que divide el cerro en dos secciones: la loma boreal, largo de 2.400 metros, por ancho de 1.000 metros; y la loma austral de 2.000 metros de norte sur, por 800 de oriente a poniente.

Al norte de San Francisco se levanta una cerrillada, cuyo punto culminante, llamado Los Tres Clavos, se yergue a su frente. Una faja calichosa plana separa ambas prominencias.

El ferrocarril de Pisagua llega por el pie de Tres Clavos, y entra esta faja, en donde se alza la estación, al lado del Pozo de Dolores, inagotable en la producción de agua.

El correo y el telégrafo se encuentran instalados en el edificio de la estación de la cual arrancan dos ramales, de un kilómetro de largo: uno al poniente a la oficina Dolores, otro al naciente, al morro de caliches, llamado Don Bartolo.

De la estación sigue la línea férrea al sur, por la base del San Francisco, pasa por la oficina de este nombre, el pozo El Molino, que saca el agua por bombas movidas por fuerza aérea y la oficina Santa Catalina, para ir a rematar a Negreiros.

A medio camino, entre El Molino y Santa Catalina, se desprende otro ramal de dos kilómetros, rumbo S.O., a la oficina Porvenir.

Conocido el lugar de la próxima acción, veamos los efectivos contendores.

Orden de batalla chileno.

Cuartel General: Coronel don Emilio Sotomayor.

Ayudantes: Teniente coronel don Diego Dublé Almeyda; de la Guardia Nacional, don José Francisco Vergara; mayor graduado, don Bolívar Valdés; capitanes, don Francisco Pérez, don José Manuel Borgoño y don Emilio Gana.

Estado Mayor: Teniente coronel de ingenieros, don Arístides Martínez.

Ayudantes: Sargento mayor, don Baldomero Dublé Almeyda; capitanes, don Francisco Javier Zelaya y don Augusto Orrego Cortés, todos del arma de ingenieros.

R. P. fray José María Madariaga, agregado de la ambulancia.

Derecha.

Comandante, coronel don Martiniano Urriola; ayudantes, los de su cuerpo.

Una batería de artillería de campaña, seis piezas a las órdenes del capitán don Eulogio Villarreal.

Una batería de artillería de montaña, seis piezas, dirigidas por el capitán don Roberto Wood.

Regimiento Buin 1° de línea, 1.000 plazas, teniente coronel don José Luis Ortiz.

Batallón Navales, 600 hombres, coronel don Martiniano Urriola.

Batallón Valparaíso, 300 plazas, coronel don Jacinto Niño.

Ocupaba el S.O. del cerro.

Centro.

Comandante, teniente coronel don José Domingo Amunátegui; ayudantes, los de su cuerpo.

Una batería de seis piezas Krupp y dos ametralladoras, del capitán don Benjamín Montoya.

Regimiento 4° de línea, 1.000 hombres, coronel don José Domingo Amunátegui.

Batallón Atacama, 500 soldados, teniente coronel don Juan Martínez

Batallón Coquimbo, 500 plazas, teniente coronel don Alejandro Gorostiaga.

Una brigada de cuatro piezas Krupp y cuatro cañones modelo francés a cargo del sargento mayor graduado don Juan de la Cruz Salvo.

Ocupaba la meseta San Francisco, que da frente al sur, mirando a Santa Catalina y Porvenir; y sureste, con vista a la pampa de El Molino y oficina San Francisco.

Izquierda.

Comandante, teniente coronel don José Velásquez.

Batería de cuatro piezas del capitán don Santiago Frías, cerca del Pozo de Dolores.

Batería de cuatro piezas, del capitán don Delfín Carvallo, sobre el costado N.E. del cerro. Los fuegos de esta batería se cruzan en la pampa con los de la batería Frías.

El comandante don José Velásquez, jefe del regimiento, se colocó cerca del capitán Frías.

Seis compañías del batallón 3° de línea, 700 bayonetas, tendidas de San Francisco a la estación Dolores, teniente coronel don Ricardo Castro.

Pozo de Dolores, jefe, mayor de guardias nacionales don Juan Francisco Larraín.

Tropa:

Dos compañías del 3° de línea, 300 hombres; una a la falda N. E., otra en Don Bartolo.

Pontoneros, 50 hombres.

Convalecientes, 50 hombres.

Reserva.

Jefe, teniente coronel don Pedro Soto Aguilar.

Regimiento Cazadores a caballo, 300 hombres, comandante Soto Aguilar.

Una compañía de Granaderos a caballo, capitán Rodolfo Villagrán Lattapiat.

Ocupa la Encañada, o sea la depresión al oeste del altozano de San Francisco.

La ambulancia armó sus tiendas con vista al naciente, al lado del ferrocarril, frente a la oficina de San Francisco.

Suman los efectivos:

Artilería y Caballería.

34 piezas, con dos ametralladoras.....	600 hombres
Granaderos y Cazadores.....	100 “

Infantería.

Derecha.....	1.000	“
Centro.....	2.000	“
Izquierda.....	1.100	“
Total:.....		6.000 hombres.

El general Buendía sale el 18 en la tarde de Negreiros, en demanda de Santa Catalina.

A media noche, llega a las inmediaciones, en los precisos momentos en que el comandante Amunátegui regresa a Dolores, de orden del coronel Sotomayor.

Ocurre entonces, un hecho curioso: mientras Amunátegui con su división marcha rumbo a Dolores por la izquierda del ferrocarril, el general Buendía sigue igual dirección por la derecha de la línea.

Ambos jefes avanzan paralelamente, sin apercibirse de semejante vecindad: uno al oriente, otro al occidente, rieles de por medio.

Este fenómeno es frecuente en la pampa del Tamarugal, cuando la cubre espesa camancha, que en esas noches persistía desde el caer de la tarde. Esta capa de niebla es mala conductora de la luz y del sonido. Un grito agudo no se oye a veinte pasos.

En cuanto se enfría la costra de caliche caldeada por el sol infernal del día, los cristales crepitan con tal fuerza que semejan el fuego graneado de batallones en combate.

Los centinelas de avanzadas y grandes guardias, no daban reposo en los primeros días, al cabo de servicio; cabo de guardia, tiros al frente; cabo de guardia, tiros a la derecha; tiros a la izquierda.

Esta canción empezada a las ocho de la noche, daba término en la mañana, a la hora de aclararse la cerrazón.

Corren peligro los piquetes de reconocimiento: apenas desprendidos del grueso, se empampan y pierden la noción del rumbo.

Los jefes y oficiales que hicieron toda la campaña (1879-84), están de acuerdo en que es preferible marchar en las cordilleras peruanas bajo una nevada de plumilla, ceniza o granizo, que aventurarse en el Tamarugal envuelto en la masa nebulosa.

Los guías escogidos, a las órdenes del gran conocedor del desierto, don José Cavero, al servicio de Buendía, se empampan en la noche del 18, y fueron a rematar a las alturas de Chiniquirai, de donde giraron al alba, para alcanzar a Santa Catalina. Si los mismos peruanos se extravían en la propia casa, a pesar de sus buenos prácticos; ¿por qué extrañarse que Urriola perdiera la ruta, por la misma causa, en la noche del 2 de Noviembre?

Se hace la mañana del día 19. La niebla se esfuma lentamente, evaporada por la potencia de los rayos solares; se levanta la cortina y aparecen frente a frente los ejércitos enemigos, que pueden contemplarse mutuamente a su sabor.

Después del rancho y un corto descanso, las fuerzas aliadas empiezan a maniobrar a toque de corneta, y a fé que los cuerpos se mueven con precisión y rapidez.

Pasan del orden de marcha al orden de batalla, con lujo de maniobras, que recuerdan a los chilenos las evoluciones de Septiembre en el Parque Cousiño.

Mientras los aliados echan el quilo, pasando de la columna a la línea de batalla y vice-versa, el coronel Sotomayor envía órdenes precisas a los comandantes divisionarios, facultándolos para cañonear a las columnas contrarias, al ponerse a tiro, con ánimo de avanzar.

Los jefes de las alas, centro y reserva, a su vez, recomiendan por la orden la más estricta disciplina del fuego, para evitar el gasto inútil de municiones.

Los jefes de cuerpo, hacen formar las compañías en rueda, para la lectura de la orden general, la divisionaria y la del cuerpo.

La de éstos es concisa: Los comandantes recomiendan a los oficiales repetir clara y distintamente, las órdenes de mando, dadas por el jefe, a la voz o corneta; que al oír el toque de atención, cese el fuego para percibir con claridad la parte dispositiva; por último, si se ordena romper el fuego, el soldado debe poner antes el alza a la distancia gritada por el capitán de su compañía, y repetida a toda voz por los oficiales subalternos; apuntar bien antes de cada disparo; y en fuego de salvos esperar con tranquilidad la voz de fuego del oficial comandante.

La orden termina con la siguiente recomendación: “Chile confía en vosotros; y en vuestro comportamiento va envuelta la honra de la Patria”.

Los niños dieron tres vivas a la tierra lejana, y se dedicaron a limpiar y aceitar el mecanismo de los rifles y afilar el inseparable corvo.

El enemigo mientras tanto, hace alto en Porvenir, en el siguiente:

Orden de batalla:

General en jefe: Don Juan Buendía.

Ayudantes y escolta: 56 individuos.

Estado Mayor General: Coronel don Belisario Suárez.

Ayudantes y escolta: 52 plazas.

Derecha.

A las órdenes directas del general en jefe, comprende:

a) División Exploradora. General don Pedro Bustamante.	
1.- Batallón Ayacucho, N° 3.....	850 plazas
2.- Provisional de Lima N° 3.....	300 “
3.- Columna Cerro de Pasco.....	180 “
Total:.....	1.330 plazas
b) División Vanguardia (o IV). Coronel don Justo Pastor Dávila.	
1.- Batallón Puno N° 6.....	400 plazas
2.- Batallón Lima, N° 8.....	400 “
Total:.....	900 plazas
c) Primera División boliviana. General don Carlos Villegas.	
1.- Batallón Illimani.....	500 plazas
2.- Batallón Olañeta.....	450 “
3.- Batallón Paucarpata.....	450 “
4.- Batallón Dalence, comandante don Nonato Vásquez.....	500 “
Total:.....	1.900 plazas
Artillería:	
Una brigada de seis piezas con sirvientes.....	91 plazas
Caballería:	
1.- Regimiento Guías, coronel don Juan González..	173 hombres
2.- Escuadrón Castilla, coronel don Santiago Zavala	146 “
3.- Franco tiradores.....	81 “
Total:.....	400 hombres

Centro.

Jefe: Coronel don Belisario Suárez.

Efectivos:

a) 1ª División peruana. Coronel don Francisco Bolognesi.	
1.- Batallón Cazadores del Cuzco N° 5, coronel graduado Víctor Fajardo.....	450 hombres
2.- Batallón Cazadores de la Guardia N° 7, coronel Alejandro Herrera.....	450 “
Total:.....	900 hombres
b) III División peruana.	
1.- Batallón Ayacucho, coronel Manuel A. Prado..	440 hombres
2.- Batallón Guardia de Arequipa, coronel graduado don Manuel Carrillo y Ariza.....	450 “
Total:.....	890 hombres
Seis piezas de Artillería de Costa.....	96 “

Izquierda.

Jefe: General don Pedro Villamil.

Efectivos:

a) II División boliviana, comandada por el mismo general.		
1.-Batallón Aroma.....	550	hombres
2.- Batallón Vengadores.....	460	“
3.- Batallón Victoria.....	300	“
4.- Batallón Colquechaca (en reemplazo del Independencia evaporado después de Pisagua)..	400	“
Total:.....		1.710 hombres
b) Caballería:		
1.- Húsares de Bolivia.....	200	hombres
2.- Húsares de Junín.....	200	“
Total:.....		400 hombres
Plana Mayor.....	40	“

Reserva.

Jefe: Coronel don Andrés Avelino Cáceres.

Efectivos:

1.- Batallón Zepita N° 2, comandado por el mismo coronel Cáceres.....	500	hombres
Regimiento 2 de Mayo, coronel graduado don Manuel Suárez.....	600	“
Total:.....		1.100 hombres
Artillería.....	80	“

Totales.

Derecha.

Infantería.....	4.030	
Artillería.....	91	
Caballería.....	400	
Cuartel General.....	52	
		4.573

Centro.

Infantería.....	1.790	
Artillería.....	96	
Escolta del Estado Mayor.....	40	
		1.926

Izquierda.

Infantería.....	1.710	
Caballería.....	400	
Plana Mayor.....	40	
		2.150

Reserva.

Infantería.....	1.100	
-----------------	-------	--

Artillería.....	80	
		1.180

Resumen General.

Derecha.....	4.573	
Centro.....	1.926	
Izquierda.....	2.150	
Reserva.....	1.180	
		9.829

El ejército aliado llegaba a cerca de diez mil hombres, aunque no hay constancia oficial de los efectivos en el mismo día de la batalla.

Ahumada Moreno (Recop. Tomo II) publica dos estados de fuerzas de los ejércitos, perubolivianos, pero de fechas anteriores a la acción de San Francisco.

El último estado, correspondiente al 31 de Octubre de 1879, diez y nueve días antes de la acción, consigna los siguientes efectivos:

	Generales	jefes	Oficiales	Tropa
Ejército peruano.....	2	113	551	5.656
Ejército boliviano.....	1	57	327	4.143
Total:.....	3	170	878	9.799

En este cómputo no están comprendidas las fuerzas traídas por el coronel Bustamante, compuestas del Ayacucho N° 3, de 500 plazas; del Provisional de Lima N° 3, de 260; del Voluntarios de Cerro de Paseo, de 150.

El general Villamil, llegado de Bolivia poco antes de Dolores, vino con algunas centenas de refuerzo.

Los contingentes de Bustamante y Villamil alcanzan a unos 1.100 hombres; pero a la vez, hay que descontar la división Ríos, de guarnición en Iquique, fuerte de 1.182 individuos, que no asistió a este hecho de armas.

El jefe enemigo, después de las evoluciones de la mañana, arma pabellones para refrescar y arrancar su gente.

El ejército chileno, después de la lectura de las órdenes, hace los honores a un almuerzo caliente, por el cual suspiraba desde tiempo atrás. Qué porotos más exquisitos, los de ese día. Y agregaremos que estaban cocinados con trigo mote, con aditamento de ají en vaina legítimo de Aconcagua.

El rancho llenaba el plato de la caramayola y el ayudante de cocina echaba encima una cucharada de color, y un puñado de dientes de ajo con cebolla cruda picada en cruces menudas.

Era de ver el contento de la tropa. Los niños decían: Un plato de porotos, un cachucho de agua, tres saltos en el aire, y no hay cholo que aguante.

Los aliados arman pabellones, y envían a la tropa por grupos a surtirse de agua.

Los ayudantes cruzan la pampa en todas direcciones. Llevan órdenes, seguramente.

En tan solemnes momentos, llegan algunos chasques procedentes de Camarones, anunciando el regreso del general Daza y de su ejército a la plaza de Arica.

La noticia corre sobre un reguero de pólvora, produciendo penosa impresión, sobre todo, en las filas bolivianas, que creían ver llegar a su Presidente y compañeros de armas, antes del encuentro con el enemigo.

Los jefes quisieron ocultar tan desagradable nueva; pero ya era tarde. El ejército entero tenía conocimiento del regreso de Daza, que privaba al ejército de Tarapacá del valioso contingente de los batallones bolivianos.

A las 2 P. M. los aliados forman e inician un movimiento de avance. Las alas y centro maniobran a la misma altura. Las bandas a la cabeza de los cuerpos tocan marchas guerreras.

Son las 3 P. M.

Los infantes chilenos permanecen tendidos al pie de los pabellones. Los oficiales siguen con los anteojos las maniobras de los batallones contrarios. La convicción general es que el enemigo efectúa un tanteo para estudiar las posiciones chilenas.

Los artilleros permanecen listos en el puesto de combate. Saben por la orden general que los jefes divisionarios tienen facultad de cañonear al adversario, si intenta penetrar a la zona de fuego, en son de ataque.

3:05 P. M.- Las cabezas de las columnas de la derecha de Buendía, caen bajo el alza de los Krupp; Salvo lo comunica al comandante Amunátegui, y éste contesta: Romper el fuego.

3:10 P. M.- Suena el primer disparo; la granada revienta entre las columnas en movimiento.

Un ¡viva Chile! formidable estalla en todo el cerro; las cornetas tocan tropa; la gente corre a su puesto; se inicia el combate, aunque predomina la convicción en la línea chilena de que se trata de un reconocimiento en grande escala.

Salvo continúa enviando granadas; dos baterías enemigas contestan, una de la derecha y otra desde el frente de Porvenir.

¿Por qué los aliados inician la acción en la tarde? ¿Por qué no aprovecharon las primeras horas?

La exposición hecha en Lima por el general don Pedro Bustamante, en Enero de 1880, levanta el velo de esta debatida cuestión, aun no resuelta con toda fijeza por los historiadores.

Dice el citado general:

“Al amanecer del día 19, ocupábamos las alturas de Santa Catalina, frente de San Francisco, y previa una hora de descanso para reunir el ejército, se ordenó por el general Buendía, que la primera línea ocupase la misma oficina de Santa Catalina, y las demás adyacentes.

Verificado esto, los cuerpos que componían la línea formaron pabellones para que la tropa tomase agua, y en estas circunstancias presentóse el general en jefe acompañado del coronel don Manuel Velarde, el teniente coronel Recabarren, el cronista Neto y otras personas, habiendo manifestado que era absolutamente necesario tomar el cerro que ocupaban los chilenos. Le hice presente que por mi parte no tendría embarazo alguno para emprender el ataque, pero que, tuviera en cuenta que la tropa estaba cansada, que no había tomado agua y que la hora (12M.) me parecía inconveniente.

En la creencia de que el general Buendía había desistido de su propósito, porque se retiró, al parecer, convencido de su inoportunidad, dispuse que, la división fuese por parte a tomar agua en unos pozos inmediatos; pero poco después, recibí orden del mismo general, por medio de uno de sus ayudantes, de avanzar hasta ponerme a vanguardia de una oficina nombrada *Saca si Puedes* (El Molino), previniéndome que lo hiciera con las fuerzas que tenía reunidas, sin esperar a la que había ido a los pozos.

Hícelo así, no sin haber hecho generala y llamada al trote a dicha fuerza ausente, que vino a reunirse a la división en la citada oficina. Formadas en columnas, permanecieron allí mis fuerzas, hasta las 2 P. M., hora en que hice traer cuatro carretas de agua, de cuya existencia me dió noticia el comandante Somocurcio; pero no bien se había principiado a hacer la repartición, un ayudante del general se presentó para transmitirme la orden de que avanzase, y poco después un segundo ayudante me comunicaba que era preciso hacerlo sin perder instantes, porque la artillería estaba ya al frente y la primera división boliviana avanzaba, debiendo yo seguir su movimiento. Recibida esta orden, marché de frente con la división de mi mando en columnas progresivas y paralelamente con la división aliada. No teniendo instrucciones sobre la misión que se me encomendaba, mandé al jefe de Estado Mayor de mi división para que las pidiera al general en jefe, y por su conducto se me ordenó que tratase de tomar

la artillería enemiga que estaba en un morro sobre la derecha, previniéndose además, que tuviese cuidado con unas zanjas abiertas por los contrarios.

Seguí avanzando ya con un objeto determinado, y tan luego como las fuerzas estuvieron a tiro de cañón, de las posiciones ocupadas por los chilenos, rompieron éstos los fuegos de su artillería sobre nosotros”.

No podemos dudar de la palabra del general Bustamante, que mandaba el ala derecha que comprometió la acción; y más todavía, cuando estaban en Lima todos los testigos citados por dicho general.

Había desacuerdo entre el general Buendía y el coronel Suárez, su jefe de Estado Mayor sobre si la batalla se daría esa tarde o al día siguiente, como era el parecer de éste; Buendía cortó por lo sano y dió la orden de ataque, contra la opinión del coronel Suárez.

El general boliviano don Carlos Villegas empieza la acción con dos compañías guerrilleras, de los batallones Ayacucho y Puno, al mando del coronel Russell; y dos compañías también en guerrilla de los batallones Illimani y Olañeta, comandadas por el coronel don José María Lavadenz.

Estas compañías rompen un vivo fuego graneado poco eficaz por la distancia y la ubicación de la línea chilena en la cima. Pero avanzan visiblemente y llegan al pie del cerro.

El coronel Lavadenz lleva personalmente al fuego a la 1ª compañía del Dalence, mandada por el sargento mayor graduado don Domingo Vargas, el capitán don Nicanor Romano, tenientes señores Toribio Quintanilla y Nicolás Martínez y subteniente Secundino Sempétigue, unidad que alcanza a subir hasta cuarenta pasos de la batería. El corneta de órdenes, Mariano Mamani quedó muerto muy cerca de los cañones, al lado del comandante Espinar, que conducía dos compañías del Batallón Combinado, formado por compañías de cazadores, agrupadas para el asalto.

Villegas cree llegado el momento de apurar el ataque, y hace entrar una compañía boliviana del Dalence y los batallones peruanos Lima N° 8, del coronel Remigio Morales Bermúdez y el Puno, del coronel Rafael Ramírez de Arellano.

Mientras el general Villegas organiza la acción, el general Buendía describe un semicírculo con la derecha sobre la pampa, con intenciones de lanzarse sobre el Pozo de Dolores. No bien desembocan sus columnas, las toman en fuego cruzado las baterías Frías y Carvallo, cuyas granadas destrozan la formación cerrada.

Las mitades se rehacen, encajonan de nuevo y siguen en demanda de su objetivo.

Entra entonces, en acción la infantería chilena.

La compañía del capitán Chacón, tendida tras Don Bartolo hasta la estación, recibe las columnas con vigoroso fuego, junto con otra compañía del 3º, reforzada por los pontoneros y cincuenta convalecientes, en tanto las seis compañías restantes del mismo regimiento, fusilan al enemigo por el flanco, parapetados tras la trocha del ferrocarril, entre el Pozo de Dolores y la estación de San Francisco.

El capitán Chacón manda fuego en avance, no obstante su inferioridad numérica; la compañía se impone.

Buendía, agobiado por los proyectiles que le vienen de frente y flanco, retrocede hasta colocarse fuera de tiro.

Villegas, empeñado contra el centro izquierdo de Amunátegui, aprovecha el ángulo muerto de la batería de Salvo para tentar sobre ella un golpe de mano, reforzando a Lavadenz y Espinar.

Conduce a sus infantes contra los cañones que no cuentan sino con 56 sirvientes.

Salvo ve el peligro, dispersa su gente para defender las piezas con carabina, en tanto viene auxilio de los batallones Atacama y Coquimbo, a quienes pide refuerzos.

El capitán ayudante Cruz Daniel Ramírez, con las compañías de los capitanes Vílchez y Vallejo, del Atacama, llegan a tiempo para salvar la situación, haciendo retroceder al enemigo. Reforzado éste al

pie del cerro, por una compañía del Dalence, dirigida por Lavadenz, vuelve al asalto, alcanza hasta cerca de las piezas de Salvo. Las dos compañías del Atacama y otra del Coquimbo, mandada por el teniente don Enrique Astaburuaga, rechazan a los asaltantes nuevamente hasta el pie del cerro.

Engrosados los aliados por nuevos refuerzos, embisten por tercera vez; pero cuando están a media falda, se descuelgan los mineros del Atacama y del Coquimbo, bayoneta calada, y caen sobre ellos como avalancha, con ensordecedor chivateo.

El choque es brutal, porque el enemigo se encara. Se forma el entrevero, acciona el corvo, y entre ayes y juramentos, la masa de amigos y enemigos rueda ladera abajo; a los gritos de viva Chile, muera Chile, se llega al plan; el enemigo destrozado huye a la desbandada, ocultándose en las catas de los calichales explotados.

A la vuelta, coquimbos y atacamas deshacen algunas colleras ensartadas mutuamente por la fuerza del choque.

En los momentos críticos de la carga aparece el padrecito Madariaga, el franciscano de Pisagua, montado en un pingo negro, exhortando a las tropas a grito herido.

Mineros del norte, dice, ahora debéis mostrar vuestro empuje. Y después, a auxiliar heridos.

Los aliados vuelven caras, esta vez en definitiva. En vano los jefes tratan de contenerlos; el miedo a la bayoneta y al corvo, que desempeñó lucido papel en el entrevero, les induce a alejarse por la extensa pampa del Tamarugal.

Las tres embestidas contra la batería Salvo constituyen la parte más ruda de la batalla. Lo atestiguan las bajas habidas en uno y otro bando.

Salvo perdió al teniente Argomedo, muerto; al capitán Urízar y a los alféreces García y Nieto, heridos, con treinta bajas de tropa.

Del Atacama murieron el capitán Vallejos y los subtenientes Blanco y Wilson; quedaron heridos el ayudante Ramírez y subteniente Abinagoitis, con 82 de tropa entre muertos y heridos.

Del Coquimbo cayeron heridos el teniente Abel Risopatrón, muy grave; y el subteniente Ramón Enrique Beytía. El teniente Risopatrón falleció al desembarcar en Valparaíso, en brazos de sus padres que se habían trasladado a recibirlo desde Concepción.

De la tropa quedaron cinco muertos sobre el campo y veintitrés heridos.

Los aliados sufrieron considerables bajas; el comandante don Ladislao Espinar, murió a pocos pasos de nuestros cañones. El general Villegas y coronel Ramírez de Arellano, ambos heridos, fueron conducidos a la ambulancia, junto con los oficiales del Dalence Domingo Vargas, Nicanor Romano, Toribio Quintanilla, Nicolás Martínez y Secundino Sempétigue, caídos en el asalto a los cañones de Salvo.

Mientras se define la función en nuestro centro izquierdo, he aquí lo que ocurre en el centro derecho:

El coronel don Belisario Suárez con la 1ª división peruana de Bolognesi, compuesta de los batallones Cazadores del Cuzco N° 5 y Cazadores de la Guardia N° 7; y, la III división, batallones Ayacucho y Guardias de Arequipa, ataca de frente, sostenido por seis piezas de artillería ubicadas a vanguardia de Porvenir.

Amunátegui recibe a Suárez con la batería Montoya, y el fuego de salva del 4º, Atacama y Coquimbo; desconcertado el avance de sus tropas, busca refugio en las catas y zanjas de los calichales explotados. Se contenta con quemar municiones en abundancia, pero sin salir de sus escondites. Esta fuerza permanece anulada por el resto de la refriega.

Continuemos a la izquierda aliada.

El general Villamil despliega sus tropas y las dirige hacia la Encañada, oblicuando a la izquierda, con ánimo visible de flanquear la derecha chilena, y llegar al Pozo de Dolores a dar la mano a Buendía que debe llegar por la pampa del Tamarugal, con el ala derecha.

Por medio de conversiones concéntricas, caerán sobre el Pozo, Villamil por la izquierda y Buendía por la derecha de Dolores, encerrando en San Francisco al ejército de Sotomayor, sin retirada posible, con la captura de la estación, vía férrea, telégrafo, aguada, bagaje y parque.

Villamil se mueve a buen paso.

Una vez a tiro, Urriola hace funcionar las baterías de Wood y Villarreal, que pronto introducen la confusión en las columnas bolivianas, con certeras granadas.

El general se retira tres veces para reorganizar sus batallones; tres veces embiste contra la línea formada por Navales, Valparaíso y Regimiento Buin 1° de línea; en las tres circunstancias el certero fuego de artillería descompagina de tal manera la formación de los cuerpos, que se ve forzado a retirarse en definitiva, sin alcanzar a medirse con la infantería contraria.

Las alas del ejército aliado retroceden; el centro sale de las zanjas y catas, siguiendo el movimiento retrógrado. Suárez se dirige rectamente a Porvenir y se une a la reserva del coronel Cáceres, que intacta, permanece mera espectadora de la acción que se desarrolla a su vista, no obstante que tiene dos cuerpos de línea, entre ellos el famoso Zepita, flor y nata del ejército permanente peruano.

El enemigo abandona el campo, no en derrota y disperso como lo pregonan algunos historiadores; maltrecho, sí, busca las aguadas de Porvenir y Santa Catalina, como puntos de apoyo.

La caballería chilena no desempeñó papel alguno durante la refriega; destinada como reserva general, permaneció en la Encañada, en espera de órdenes, que no se le dieron, por cuanto no hubo necesidad de emplearla.

En ciertos momentos apareció por las vecindades del mogote de don Bartolo, un núcleo montado. Inmediatamente se pone en movimiento la compañía de cazadores a caballo de custodia en el Pozo de Dolores, y a buen aire se dirige contra los jinetes enemigos.

El general don Nicanor Flores que se había aventurado por ahí con los Húsares de Junín, vuelve bridas, empeñado en poner la mayor distancia entre su gente y los cazadores chilenos, que vuelven tranquilamente a su puesto.

Grandes aclamaciones se hacen sentir en nuestra izquierda.

Es el general Escala que asoma con la División Arteaga, cuya tropa aunque rendida por una marcha forzada terrible, se siente feliz y contenta porque llega a tiempo para tomar parte en la gran batalla del día siguiente.

El ejército se encuentra concentrado, con agua en abundancia, víveres y municiones suficientes. Conserva como dueño indisputable sus líneas de comunicaciones, por carretera, ferrocarril y telégrafo, que le ponen en contacto con Pisagua, su nueva base de operaciones.

Escala felicita a Sotomayor y demás jefes por el brillante éxito de la jornada, y reasume las funciones de comandante en jefe, en medio del regocijo general, por la victoria que se espera al día siguiente.

CAPÍTULO XXVI.

Persecución del enemigo.”No haga nada”.

Gran vocerío de vivas y hurras por la izquierda chilena, anuncia la presencia del general Escala, que recorre la línea de batalla.

El capellán Madariaga lleva en alto un estandarte, cuyos colores no se distinguen a la distancia.

La comitiva se acerca.

La tropa ufana y orgullosa de su reciente esfuerzo, cree que el jefe hace lucir la enseña nacional, o al menos, el pendón de generalísimo. Admirada contempla la imagen de la Virgen del Carmen.

“Muchachos, dice el general, os felicito por la victoria con que nos ha favorecido la patrona de las armas de Chile. Este guión ha sido confeccionado por las niñas de Santiago, para lucirlo en el campo de batalla”.

Los vítores se apagan, los aplausos cesan. Una onda de frío recorre las filas. El general no fué oportuno.

El Ministro Sotomayor llenó altamente sus deberes de gobierno, durante la acción de San Francisco. Tan pronto como parte de Hospicio la división Arteaga, remite activamente elementos bélicos a Dolores.

En la noche del 19 salen 200 mulas cargadas de municiones, a razón de cuatro cajones de quinientos tiros, por acémila, custodiados por una compañía de Cazadores a caballo, recién desembarcada; y poco después a las tres de la mañana envía un tren con toda clase de pertrechos, en especial granadas y shrapnells, para la artillería.

Una vez en posesión del mando, el general Escala se coloca al centro de la línea e inspecciona las posiciones enemigas.

Inmediatamente ordena que el Buín y Navales avancen por la derecha, el Coquimbo por el centro; y por la izquierda el 3° y Bulnes, que acaba de desembarcar. El regimiento Cazadores a caballo cubre las alas.

A las cinco y media de la tarde, el enemigo se declara en retirada; a las 5:45, marcha la división chilena, en demanda de la oficina Porvenir, al mando del coronel Urriola, en cuyas construcciones, se concentran el centro y la reserva aliadas.

A 800 metros de Porvenir el corneta de órdenes toca atención, marcha regular y dispersión: Las cuartas compañías de Navales, Buín, Coquimbo, 3°, y Bulnes, salen al frente y se despliegan en línea de tiradores, cuatro pasos de hilera a hilera.

Las guerrillas (como se las llamaba) al mando de un mayor del Buín, avanzan al trote y bien pronto se empeñan con el enemigo, destacado de las oficinas, cubierto por murallones de caliche o agazapado en las zanjas, abiertas por los polvorazos de los barreteros de la hacienda.

Al caer la tarde, Urriola queda seguro de que el enemigo acampa en Porvenir, y toca retirada, que se efectúa con fuego de salva, de diez en diez pasos, hasta quedar fuera de tiro. Se recojen y transportan algunos heridos.

Hubo de apresurar la marcha para alcanzar el campamento, antes de quedar sepultado en el mar sin orillas de la niebla. Los cuerpos entran a sus respectivas divisiones a boca de noche, dejando sendas compañías de gran guardia a un kilómetro del campamento.

El regimiento Cazadores pernocta en plena pampa, a 1.800 metros de Porvenir, con los caballos de la brida, en espera de la luz del alba, para iniciar la persecución o continuar el reconocimiento.

Mientras las maniobras de Urriola, el general ordena el beneficio de treinta y dos bueyes, para el rancho del amanecer.

Jefes, oficiales y tropa duermen al pie de los pabellones, abajo el poncho, encima el capote. La luna y las estrellas brillan en un cielo diáfano; el frío arrecia; pero el sueño se marcha, derrotado por dos grandes expectativas: el próximo almuerzo caliente y la batalla como postre del rancho.

La futura cazuela absuelve al general por lo del estandarte. El hambre es bueno, y así lo creemos, dicen los soldados. Muy bien, agregan otros, pero ¿a qué andar luciendo sus santos? Bien haya, interrumpe un tercero; ¿y a quién hace mal con eso?

Yo, dice un fornido minero, como simple soldado, habría hecho lo mismo; soy católico, y antes de ensartar a un cholo en la carga a la bayoneta, me encomendé a la negra de Andacollo. (Así llaman los del norte a la Virgen de ese santuario).

Bueno, exclama alguien, que no duerma. Para un soldado pase. Pero un general, déjese a todas las vírgenes en el capote, y díganos: Os portasteis bien, muchachos. Con Uds. voy....

Hasta el infierno, interrumpe un incrédulo.

¡Bárbaro! No, hasta el cielo. Arriba la bandera chilena y toquen la canción. Cada cosa a su tiempo. Esa es la verdad.

Los oficiales, que escuchan los comentarios de la tropa, se tocan el codo. El sentido común de nuestro pueblo traduce la situación. Cuestión de oportunidad. *Cada cosa a su tiempo*, como dijo el anónimo soldado.

Para acortar la noche, los oficiales se entregan en algunas compañías al entretenido juego de la rifa. Consiste en echar al quepí papelitos con el nombre de los presentes. Uno de la concurrencia tiene una lista en que aparecen las palabras : herido, muerto, ileso, destrozado, volado, y otras lindezas por el estilo; o las frases, hecho añicos por una granada, aventado por un polvorazo, convertido en albóndiga, etc., etc.

Señores, dice el oficial encargado de la lista, se va a proceder a la rifa. Somos veinticuatro, la destinación está marcada del uno al veinticuatro, y este será el orden de las cédulas que se extraigan.

Un subteniente saca los nombres, y el más joven las cédulas de destinación. Y se canta el destino de cada cual.

Y doloroso es decirlo, en la generalidad de los casos, salió cumplido el sino desgraciado.

Mientras los oficiales embroman a los futuros muertos, a los despanzurrados por un shrapnell, o hechos harnero por ametralladoras, la tropa se divierte a más y mejor jugando, al monte; se entiende, sin naipes y a obscuras. A falta de dinero, se apuestan cigarros, pañuelos, calcetines y si la pobreza es suma, se acepta el crédito. Hoy por mí; mañana por ti.

Un soldado hace de naipes. Se le aísla. El naipes anuncia:

Están barajadas las cartas. Alcen.

Voy a echar cartas. Arriba: el dos de copas y el siete de bastos.

Apostar, niños. ¿No hay más interesados? Cartas abajo: El tres de oros y el caballo de espadas.

Apostar, niños. De tres blancas la negra. Se van las cartas. ¿No hay más apuestas? Estoy vuelto.

Salieron: el cinco de oros, el seis de oros, la sota de oros. Diablo, parece que mañana estaremos ricos. El caballo de oros. Ganó abajo el caballo. Y sigue la talla; y se dan entreses, y todas menos, seriamente.

El jefe de Cazadores, que ha pasado en la pampa durante la noche, envía a la aclarar, una compañía de su cuerpo sobre Porvenir; precisamente, en momentos que sale de esta oficina una cincuentena de Cazadores del Cuzco, en exploración del terreno.

Se efectúa la carga; viene el cuerpo a cuerpo; cuarenta y siete cazadores cuzqueños quedan en el campo; el comandante huye en los primeros momentos y se rinden, un sarjento y un soldado.

Terminada la función, los jinetes echan pie a tierra, en espera del grueso del Regimiento que viene desmontado, cayendo y levantando, con los caballos del diestro.

En este clima endemoniado, se economiza la fatiga del animal, aunque el jinete eche el quilo.

La exploración continúa; el enemigo se ha evaporado.

Los coroneles Suárez y Cáceres, concentrados en Porvenir, al anoecer del 19, con tres mil quinientos hombres más o menos, levantan el campamento en dirección a Tiliviche, en demanda de Arica, vía Camarones y Tana.

La camanchaca espesa hace difícil la marcha a través de los calichales. Los guías se desorientan y el ejército se empampa. El coronel Suárez experimenta los efectos de la terrible contingencia de las marchas nocturnas en el Tamarugal; seis veces el jefe de Estado Mayor aliado cruza los rieles del ferrocarril, de oriente a poniente y vice-versa, sin que los guías atinen a orientarse.

Al aclarar, los expertos encargados de la marcha, comunican a su jefe, que se encuentran al sureste de San Francisco, y a la vista del enemigo.

Sin pérdida de tiempo, Suárez cambia de itinerario, dirigiéndose a Tarapacá. Para alivianar la división, abandona los doce cañones que aún conserva y todas las impedimentas que estorban la marcha para dirigirse con un sol de fuego a Curaña distante 6 leguas de Tarapacá, a donde alcanza en la tarde del 20.

Allí encontró una buena cantidad de ovejas y diversos otros recursos; proporcionó descanso a la tropa, hasta el día siguiente a las 5 P. M. Los rezagados y heridos, socorridos oportunamente, se incorporan de nuevo a las filas. Los soldados fortalecidos por el alimento y el baño, vuelven a empuñar las armas. Las bestias aniquiladas, recobran fuerzas en los pastizales del oasis bienhechor.

Refrescada la gente, rompe marcha el 21; continúa el 22 hasta llegar al pueblo de Tarapacá, ahí encuentra a los generales Buendía y Villamil. Alma bien templada, entrega los restos del ejército conservado merced a su talento y energía, a su general en jefe, que vuelve a ponerse a la cabeza de las tropas.

Los aliados descansan y se reorganizan en este paraíso del desierto; mientras prepara su retirada sobre Arica, el general Buendía ordena al coronel Ríos la evacuación de Iquique y su reunión a marchas forzadas.

En la mañana del 20 llega al Cuartel General chileno un estafeta de caballería con la noticia de que el enemigo, evacuando a Porvenir, marcha directo al sur, y que el comandante de Cazadores con su tropa le pica la retaguardia.

El general Escala da inmediatamente la orden general:

“Alístese la división comandada por el coronel don Luis Arteaga, para marchar en persecución del enemigo, tan pronto como se despeje la bruma; el jefe de bagaje requisará todas las mulas de propiedad privada para conducir agua; el jefe de estación preparará dos trenes para el transporte de víveres, forraje y municiones, servicios que serán atendidos por los jefes de la Intendencia y del Parque”.

La división Arteaga se componía del 2º de línea, comandante don Eleuterio Ramírez; del Chacabuco, comandante don Domingo de Toro Herrera; del Regimiento de Artillería de Marina, comandante don José A. Vidaurre; y del Batallón Bulnes, comandado por el coronel don Jacinto Niño.

Esta división había hecho una caminata terrible. A las dos de la mañana del 19, sale de Hospicio. Con todo el sol de la época, camina cincuenta kilómetros, para entrar al campamento de Dolores a las 5 P. M.

Marchó en columnas por compañías, tomando cada cuerpo la cabeza por turno de una hora. Así el batallón de la vanguardia; que cedía su puesto al segundo, descansaba durante el desfile para seguir a la cola sucesivamente.

La gente de Arteaga estaba lista; pudo formarla en cuanto se dió la orden general, precisamente en los momentos en que el ejército saboreaba un rico hervido de carne gorda y fresca de buey papas, cebollas, arroz y ají en vainas.

El sol brilla como un disco ardiendo; la camanchaca empieza a levantarse. El ejército desde las alturas del altozano de San Francisco, divisa envuelta en nubes a nuestras compañías de la gran guardia que buscan el campamento, giran en distintas direcciones, describen círculos y vuelven al punto de partida. Están empampadas.

Los cornetas tocan interrogación; vano intento; la camanchaca es mala conductora del sonido y de la luz.

Por fin, aparecen quepíes en ese sinuoso mar de espumas; luego bustos y por fin la silueta de los soldados. La pícara camanchaca se ha ido.

Como la caballería ocupaba ya a Santa Catalina, Arteaga recibe orden de llegar a esta oficina a las 4 P. M. y continuar a Negreiros, después de un descanso de dos horas.

Nuestro general, siempre respetuoso de la disciplina y de los fueros del gobierno, comunica al Ministro de la Guerra por telégrafo, que envía una división de 3.000 hombres a ocupar Negreiros, Agua Santa y Pozo Almonte con orden de picar la retaguardia del enemigo y cortar la retirada a la división Ríos, de guarnición en Iquique.

Cuando Escala espera un mensaje de aplauso por su actividad, recibe el siguiente lacónico telegrama:

“No haga nada, voy primer tren conferenciar con Usía. Sotomayor”.

Arteaga que iba más allá de la oficina de San Francisco, recibe orden de contramarchar, y regresa a sus posiciones primitivas.

Si la división continúa la persecución del enemigo, habría tenido conocimiento de que Buendía acampaba en Tarapacá, en cuya quebrada, con los efectivos de su mando, pudo haber batido con toda facilidad a esas tropas hambrientas y cansadas.

Cortaba asimismo a Ríos, impidiéndole replegarse sobre el cuartel general peruano, que no disponía de tiempo para esperarlo.

La rendición de Ríos no tenía vuelta; para la división chilena de 3.000 hombres era fácil presa, la 5ª División peruana, compuesta de los siguientes cuerpos:

Batallón Iquique N° 1, comandante don Alfonso Ugarte, 315 plazas.

Columna de Honor, 221.

Columna Loa, 207, comandante González Flor.

Columna Tarapacá, 130, comandante Aduvire.

Columna Naval, 309, comandante José María Meléndez.

Total, 1.182 hombres de jefe a tambor.

A pesar del rotundo “no haga nada” del Ministro de la Guerra, el general Escala, cuidadoso de la seguridad del ejército, hace avanzar el día 21, a Santa Catalina, al 2º de línea, al Chacabuco, la Brigada de Zapadores y la compañía de Artillería del capitán Flores.

El general no podía cruzarse de brazos, en espera del pensamiento de la Moneda.

Más todavía, dispone el 22, que el comandante Toro Herrera, con 100 hombres de su cuerpo, marche por ferrocarril a ocupar a Negreiros, término de la vía férrea y cabeza de la carretera Agua Santa-Pozo Almonte.

Llega el señor Ministro a Dolores y tiene lugar la conferencia anunciada. Queda establecido que el señor Ministro irá por mar a Iquique, con 1.000 hombres de desembarco, mientras una división vía Pozo Almonte, amenaza a Iquique por tierra. Amagado este puerto, por la escuadra y el ejército, cortado de todo centro de recursos, la rendición se impone fatalmente, sin necesidad de efusión de sangre.

Pero también se trata de algo más serio.

El comandante Vergara y los cucalones habían trabajado tesoneramente en minar el prestigio del coronel Sotomayor, que en su puesto de jefe de Estado Mayor General no oía chismes, ni se dejaba imponer por nadie. Era militar correcto, estricto observador de la disciplina. Daba a cada uno lo suyo.

El Ministro no obstante los lazos de sangre, le tenía mala voluntad, porque resistió sus intromisiones en el régimen interno del ejército, y no le aceptó al comandante Vergara, como primer ayudante del Estado Mayor General, ni menos como jefe de Estado Mayor en Dolores, porque no le venía un puesto de tanta responsabilidad profesional. Nombró para ese delicado cargo al teniente coronel de ingenieros, don Arístides Martínez.

En la conferencia se resolvió el regreso a Chile del coronel don Emilio Sotomayor, cuya forzada renuncia, fecha 22 de Noviembre, dice así:

“Señor Ministro de la Guerra: Emilio Sotomayor, coronel, jefe del Estado Mayor del Ejército del Norte, a U. S. respetuosamente digo que no siéndome posible continuar por más tiempo desempeñando el cargo de que hago referencia, y que me fué conferido con fecha 29 de julio último, a U. S. suplico que como representante en el ejército de S. E. el Presidente de la República, se sirva aceptarme la renuncia que hago del cargo de jefe de Estado Mayor, permitiéndome separarme del ejército en campaña por hallarme algo fatigado. Es justicia. Emilio Sotomayor”.

Esta solicitud presentada el 22, fué aceptada el mismo día, y al siguiente, 23, se dió a reconocer en la Orden General, como jefe de Estado Mayor General, al coronel de ejército don Justo Arteaga.

El ex jefe de Estado Mayor dejó su puesto sentido por todo el ejército, testigo de su diaria labor, de sus desvelos, de su valor y de su hombría de bien. El general Escala no tuvo entereza para sostener al coronel o dimitir junto con su inteligente colaborador.

Los comentarios en el ejército sintetizaron la situación; el triunfo de la levita sobre la casaca. Cuestión de reclamo para los electores a la presidencia de la República.

Los papábiles nada tienen que temer de la diosa Victoria; el coronel Sotomayor, imperator, en Dolores, regresa a Chile anulado; Escala no es factor, pues continúa en la penumbra.

Fulgulan únicamente en el sur, Santa María, en el norte, Sotomayor, el ministro omnipotente, el conductor del ejército; y Vergara, levantado por el elemento civil y cultivado por los cucalones que le endiosan.

Hemos dicho que la ambulancia se situó al pie del cerro, al occidente de la línea férrea, poco al norte de la oficina de San Francisco.

Tan pronto como se rompieron los fuegos, salieron los cirujanos con camilleros, y los capellanes a la línea de batalla.

Estos llenaron su misión con caridad evangélica, sin tomar en cuenta las balas, para dedicarse absolutamente a la atención de los caídos.

Los cirujanos, por su parte, hecha la primera curación, envían los heridos a las carpas de la ambulancia, en donde se pronostica, después de una observación más detenida.

A las cinco, todos se encuentran hospitalizados, curados y alimentados.

Los médicos quedan sorprendidos ante algunas heridas singulares. La bala, deformada, se extiende sobre el hueso fracturado.

Estudiado el asunto, queda constancia científica de que los aliados usan proyectiles dum-dum, es decir, recortados en la punta, aumentando horriblemente la gravedad de la herida.

Evidencióse igualmente la presencia de proyectiles explosivos, prohibidos por las convenciones internacionales relativas a los usos de la guerra.

Atestiguan, el hecho, las siguientes cartas cambiadas entre los comandantes del Atacama y Coquimbo.

Señor Juan Martínez. Pte.

Dolores, Diciembre 20 de 1879.

Querido amigo: Desde el hecho de armas del Encañado, el 19 del próximo pasado, he asegurado que el ejército enemigo había hecho disparos con cápsulas explosivas, cosa que han negado algunos.

Al observar en ese combate que muchos proyectiles hacían una detonación como un cohete chingado, no podía darme cuenta a qué sería debido esto; pero luego caí en que eran balas explosivas, y más o menos de una clase que usé, tirando al blanco en la Serena, con unas cápsulas que me fueron dadas por un amigo, sin saber de qué clase eran. Dichos proyectiles vienen en cajas de cartón, signadas “Cápsulas Remington” y no recuerdo qué otra cosa más.

En el hecho de armas aludido, varios oficiales y tropa recogieron de esas balas después de haber hecho explosión, las que quedan como granadas o estrellas de seis a siete picos después del choque, y otras se reparten en pedazos. Algunos días más tarde me preguntaron por el hecho y si tenía en mi poder algún proyectil. Sólo pude conseguir entonces uno, que era una verdadera granada abierta; lo di al señor Ministro de Guerra en campaña.

En este instante he sabido que en su batallón tienen algunos soldados balas explosivas, y aún me dicen que las hay cargadas; si esto fuera así, agradecería a Ud. me buscara todas las que hubiesen de esta clase, pues deseo probar que se han usado cápsulas explosivas por el enemigo. Todo dato que me suministre en este sentido, será de valor para sostener mi dicho.

Sírvase, pues, amigo, contestarme al pie de ésta. Su seguro servidor y afectísimo amigo.

Alejandro Gorostiaga.

Señor don Alejandro Gorostiaga

Diciembre 26 de 1879.

Apreciado amigo

En contestación a su carta, de fecha 20 del corriente, remito a Ud. una bala explosiva que me entregó el subteniente de este cuerpo don Juan 2º Valenzuela, quien la obtuvo de uno, de los soldados de su compañía en la batalla del Encañado.

Dicha bala va cono Ud. verá descargada, operación ejecutada, por Valenzuela con el objeto de convencerse realmente si el proyectil contenía materias explosivas, lo que en efecto consiguió, encontrando, en el interior regular cantidad de pólvora.

También mis oficiales y yo hemos notado, en la toma de Pisagua y combate del Encañado, que estallaban algunos proyectiles, produciendo un sonido extraño, que no sabíamos a qué atribuir: pero ahora que vemos claro, por la afirmación de Ud., y la operación practicada por Valenzuela, no nos quedan dudas de que eran explosivos.

He hecho buscar otros en mi batallón, pero no he encontrado ya.

Los soldados tuvieron algunos, según me dicen, y considerándolos inútiles los perdieron.

Queda de Ud. afectísimo y atento servidor.- *Juan Martínez.*

Por su parte los oficiales del Atacama y Coquimbo, interrogados al efecto, declaran lo mismo, comprobándose la violación de las leyes de la guerra, por parte del enemigo.

El Ministro de la guerra regresa a Pisagua en la tarde del 22, llevando en su cartera la renuncia del coronel Sotomayor, a la que más tarde pone la siguiente providencia escrita de su puño y letra : “Pisagua, 29, de Noviembre de 1879:

“Vista la solicitud que precede y en representación del Gobierno de Chile, decreto:

Admítase la renuncia que hace el coronel don Emilio Sotomayor del cargo de jefe de Estado Mayor del Ejército, que le fué conferido por supremo decreto de 29 de Julio del presente año”.

Surje aquí un amargo comentario para la seriedad del señor Ministro, quien aceptó la renuncia del Jefe de Estado Mayor General el día 22, en Dolores; y, ahora aparece datada en Pisagua, con fecha 29 de Noviembre.

Dos irregularidades:

1ª el coronel Sotomayor dejó de ser jefe de E. M. G. el 22, pues el 23 se dió a reconocer a su reemplazante, coronel Arteaga, en la orden General, que entró en funciones el mismo 23.

2ª irregularidad. El señor Ministro data su decreto en Pisagua, 29 de Nobimbre. En esa época ya no estaba en dicho puerto, del cual partió a Iquique el 23. Desde este día el Ministerio funcionó en esta ciudad, en donde estableció la administración civil.

¿Por qué, entonces, la aceptación de la renuncia, hecha en Dolores el 22 lleva fecha 29, datada en Pisagua?

Ah! es que en ese día iban a Chile las noticias de Tarapacá exajeradas por los cucalones. Y el decreto de regreso en tales circunstancias, daba al viaje del coronel Sotomayor, cierto dejo de reproche, aunque no había tenido parte de lo ocurrido en esa función de armas.

El señor Ministro regresa de Dolores a Pisagua, el 23, para tomar ahí 1.000 hombres de los regimientos Santiago y Esmeralda, que cubren la guarnición de la plaza y marchar con ellos en un transporte a Iquique, cuyo puerto bloquea el comandante Latorre, con el “Cochrane” y la “Covadonga”, desde el 15 de Noviembre, par disposición Ministerial.

Pero los hechos se precipitan violentamente. El 23, el comandante Latorre toma posesión de Iquique, de cuyo hecho da cuenta inmediata al comandante en jefe de la Escuadra y al Ministro de Marina, sus superiores gerárquicos.

Los marinos procedieron siempre dentro de la disciplina, sin que el señor Ministro tuviera oportunidad de inmiscuirse en el mecanismo de a bordo.

La “Covadonga” fondea en Pisagua, y el almirante Riveros, impuesto del parte de Latorre, lo transcribe al Ministerio.

He aquí como habían ocurrido los hechos:

El coronel don Miguel de los Ríos, jefe de la 5ª división peruana, quedó en Iquique, por disposición de Suárez, jefe militar de la plaza. Una vez que recibió orden de replegarse al grueso, acantonado en el pueblo de Tarapacá, reúne en la Prefectura al cuerpo Consular, para imponerle de la orden recibida.

Los cónsules acreditados en Iquique, eran los señores J. W. Merrian de los Estados Unidos, decano; Doctor Hugo Rossi, de Italia; J. Jewell, de Gran Bretaña; M. F. Aguirre, del Ecuador y encargado accidental de la Argentina; J. Corssen, de Alemania; H. J. Schmidt, de Austria-Hungría; y E. de Lapeyrouse, de Francia.

Reunidos los nombrados en el salón de recibo, el coronel Ríos les hace presente que tiene orden de retirarse al interior, quedando la plaza sin fuerza para garantizar el orden, la propiedad y la vida de los habitantes. Que en tal emergencia había creído oportuno colocar la ciudad bajo la protección de los señores cónsules, y en efecto hace entrega de ella y sus intereses al cuerpo consular residente.

Ríos y sus tropas, evacuan el puerto a las 3 P. M.; le acompañan gran cantidad de empleados públicos y vecinos caracterizados que no quieren permanecer en Iquique bajo el régimen chileno.

Otra parte de los ciudadanos peruanos, y de extranjeros muy ligados al Perú se hacen conducir a los buques de vela fondeados en la bahía, en cuyo refugio esperan la llegada de un vapor de la carrera que los conduzca al norte.

El pánico se apodera de las familias; los más siniestros rumores circulan en la población. Se asegura que los peruanos exaltados pondrán fuego a los edificios, antes de entregar la ciudad a los chilenos. Los presos de la cárcel amenazan sublevarse, la chusma se agita en los arrabales, ante la expectativa de robo y saqueo; por fin, los prisioneros de la “Esmeralda”, que yacen en los sótanos de la Aduana, se encuentran seriamente amenazados por las turbas de negros y zambos, que, empiezan a llenar las calles principales.

El cuerpo consular, apoyado por las Compañías de Bomberos, afronta valientemente la situación; pone guardias en la cárcel, aduana y demás edificios públicos; patrulla las calles con piquetes bien armados; y establece el cuartel general en la comandancia de bomberos.

Tomadas estas sabias medidas de precaución, envía en un bote con bandera de parlamento, una comisión compuesta de los señores J. W. Merriam, que la preside y los cónsules de Alemania, Inglaterra e Italia.

A las 5:30 de la tarde del 22 de Noviembre, suben a bordo del “Cochrane” los expresados caballeros y manifiestan al señor Latorre que la plaza ha sido evacuada por el ejército del Perú; que actualmente se encuentra confiada al cuerpo consular, que la custodia con bomberos voluntarios; y que ponen la ciudad a disposición del jefe chileno. Suplican, sí, particularmente al señor Latorre, que dé permiso para salir a los residentes peruanos que deseen emigrar al norte.

El caballeroso Latorre accede de buena voluntad; al efecto, hace detener al vapor de la carrera “Ilo”, en viaje al Callao e intermedios, para que reciba a bordo a los fugitivos, cuyo embarco dura hasta las diez de la noche.

El vapor “Ilo” completa el número de 1.300 pasajeros, máximo de individuos que puede conducir. Entre éstos, huyen disfrazados, quebrantando las leyes de la guerra, el general Ramón López Lavalle; el capitán de fragata Pimentel, el coronel Riestra, el comandante Zeballos y varios otros militares de graduación.

A las siete de la mañana del 23, Latorre toma posesión de Iquique con 125 hombres de marinería y guarnición de a bordo, al mando del capitán de corbeta graduado don Miguel Gaona, investido del doble carácter de gobernador político y militar de la plaza.

A las 8.30 Gaona forma su tropa frente al Consulado norteamericano. El señor Jorge Schmidt, capitán de la 2ª Compañía y comandante del cuerpo de bomberos, le hace entrega de la plaza, en presencia del cuerpo consular. Desde ese momento, aquel asume el mando y la responsabilidad consiguiente.

Izado el pabellón nacional en el palacio de la Prefectura, el jefe chileno ordena al teniente 1º don Juan M. Simpson que releve a los bomberos de sus destacamentos y patrullas; y al teniente Guerrero de Artillería de Marina, que ocupe el cuartel de policía, aduana y demás oficinas del estado peruano.

Mientras se desarrollan estas faenas en tierra, se efectúa una tierna y sencilla ceremonia a bordo del “Cochrane”.

El comandante Latorre hace conducir a bordo a los cuarenta y nueve marineros de la “Esmeralda” confinados en los infectos sótanos de la Aduana; y a diez compatriotas más, tomados en las fronteras del Loa, entre ellos el joven Manuel González, que hacía seis meses permanecía inmóvil con dos gruesas barras de grillos, acusado de espionaje.

La tripulación del “Cochrane” formada sobre cubierta en traje de parada, saluda a sus compañeros con sonoros hurras. El comandante les da la bienvenida en una conmovedora improvisación, después de la cual desfilan a las mesas de rancho, servidas debidamente en honor de los héroes del 21 de Mayo.

El 24, a las 3:30 de la tarde, fondea el “Abtao” y el “Itata” procedentes de Pisagua; aquel trae a bordo al señor Ministro Sotomayor y éste un batallón del Esmeralda.

Una hora después echa anclas el transporte “Loa”, con los prisioneros de la “Pilcomayo” capturada por el “Blanco”; y algo más tarde el “Angamos” de Antofagasta, con un batallón del Regimiento Lautaro.

El Esmeralda releva a los marinos en el servicio de plaza, que regresan a bordo.

El ministro Sotomayor baja a tierra a desempeñar las funciones de su cargo, dispone, antes que todo, la repartición de la siguiente proclama:

Habitantes de Iquique:

La ocupación sin resistencia de esta importante plaza que está desde ayer sometida a las autoridades chilenas, impone a éstas, respecto de los neutrales y de los habitantes pacíficos de la ciudad, deberes que ellos conocen y sabrán cumplir escrupulosamente.

A la sombra de la bandera chilena, aquí, como en todas partes, las garantías individuales, hallarán toda clase de respeto y tendrán libre expansión, las manifestaciones de la vida activa de un pueblo laborioso.

Establecido el orden, que no ha sufrido la más leve perturbación desde el momento en que las autoridades chilenas pisan este territorio, garantida la propiedad y asegurada la tranquilidad futura de esta comarca, el comercio puede continuar sus labores fecundas bajo la fé de la palabra del Gobierno de Chile, que le promete y le dará la más amplia protección.

Uno de sus ministros lo asegura en su nombre, y los neutrales saben que Chile cumple sus compromisos, muy especialmente cuando ellos tienen por objeto fomentar las industrias y el comercio, que dan la vida a los pueblos.

Tanto mayor derecho tenemos a que se nos crea, cuanto es sabido que Chile debe al trabajo de sus hijos y a las garantías que hallan en su suelo los extranjeros laboriosos, su larga paz interna, su prosperidad, su Riqueza y la poderosa vitalidad de que la vida ha sabido dar pruebas en las circunstancias más difíciles de su vida.

¡Al trabajo! es la palabra de orden de las autoridades chilenas de Iquique. Que cada uno vuelva a sus labores cotidianas, a reparar con nuevos esfuerzos las calamidades de la guerra, y a restablecer la corriente comercial que es el lazo sólido de unión entre los pueblos cultos.

Iquique, 24 de Noviembre de 1879.

R. Sotomayor.- Ministro de la Guerra.

El señor ministro, por decreto del mismo día, expide los siguientes nombramientos:

Jefe político y militar de Iquique al capitán de navío don Patricio Lynch.

Organizador de las oficinas de hacienda, al señor Miguel Carreño.

Comandante del resguardo de Iquique al comandante del resguardo de Antofagasta, don Francisco A. Medina.

Administrador general de Correos, al subteniente don Francisco A. Machuca.

Gerente del ferrocarril de Iquique a Pozo Almonte al distinguido caballero inglés don Federico J. Rowland, que desempeñaba el mismo puesto en la administración peruana. Continuó igualmente como inspector de salitreras el señor Roberto Harvey, que gozaba en Iquique de bien ganada reputación.

El comercio recibió estas primeras disposiciones de la autoridad con marcada complacencia, y desde ese día se puso sin condiciones de parte del gobierno de Chile.

El siguiente decreto, que abarataba la vida en la ciudad y salitreras obtuvo los más efusivos aplausos:

Iquique, Noviembre 27 de 1879.

En nombre del gobierno de Chile he acordado y decreto: Desde esta fecha quedan libre de derecho de internación los productos nacionales chilenos que se introduzcan por los puertos de Iquique y Pisagua. Anótese, publíquese por bando y dése cuenta.

R. Sotomayor.

El 26, el señor Lynch, hombre de altas dotes administrativas, convoca a una reunión de notables, para designar una junta provisoria encargada de reemplazar al fenecido municipio. El 27 se dió a conocer por bando la composición de la Junta de Vecinos, compuesta de los señores Eduardo Lapeyrouse. Máximo Rosentock, Eduardo Llanos, Hernán Schmidt, Hugo Rossi, J. J. Watson, Carlos Freraut, Mauricio Jewel y Marcos Aguirre.

Esta junta, presidida por el coronel Lynch, llevo a cabo mejoras nunca soñadas por la población, dotando a la ciudad de servicios higiénicos, dándole a la vez una moderna organización administrativa.

La autoridad militar hizo recoger los elementos bélicos, que el enemigo no alcanzó a destruir en su precipitada fuga.

Había en Iquique dos fuertes: el del sur o Morro y el del norte, o Colorado, armados con cuatro cañones Parrott, dos en cada uno, calibre de 300 y 150. Estas piezas, que habían sido clavadas y desmontadas, quedaron en media hora lista; para hacer fuego.

En el Colorado se tomó un torpedo Lay, cargado con dinamita.

En el cuartel de la Recova Nueva, se encontró gran cantidad de ropa sin uso, todavía encajonada, para uniforme de parada de los batallones Cazadores de la Guardia N° 7 y Cazadores del Cuzco N° 5.

Antes de una semana Iquique adquirió el movimiento comercial de sus mejores tiempos, efectuándose en grande escala el carguío del salitre y la internación de productos chilenos en abundancia. La plaza entró a nueva vida de amplia prosperidad.

CAPÍTULO XXVII.

A Tarapacá.

Volvamos a la pampa.

El general Buendía toma nuevamente el mando de todo el ejército, en Tarapacá, el día 22, y da la orden de retirada sobre Arica.

Por telégrafo, ordena al coronel Ríos, que guarnece a Iquique, el abandono de la plaza, y su repliegue sobre el Cuartel General, orden que Ríos cumple religiosamente.

Algunos historiadores tachan al general chileno, por no haber perseguido vigorosamente al enemigo.

El general había ordenado el avance de la división Arteaga, pero el *no haga nada* del Ministro de la Guerra, anuló tan oportuna iniciativa.

Hemos dicho que nuestra caballería acuchilló a los húsares dejados por Suárez en Porvenir, para cubrir la retirada.

Pues bien, los jinetes vencedores hubieron de esperar la subida de la bruma, para continuar la marcha, después de perder algunas horas en ir a buscar forraje a Dolores, pues la caballada ayunaba desde el 18. Mientras llega el pienso, los cazadores recorren la pampa a pie, recogiendo heridos, armas, municiones y doce cañones, amen de otras piezas capturadas en Porvenir.

Aceptada la renuncia del jefe de Estado Mayor General, y reemplazado por el coronel don Luis Arteaga, el caballeroso general Escala no se avino en enviar al sur, como a un cualquiera, al coronel Sotomayor. Le confía el mando de la caballería para una expedición de Dolores a Iquique, durante la cual debe ocupar todas las poblaciones del tránsito, capturando los elementos bélicos dejados por el enemigo, que eran cuantiosos, y nombrando autoridades nacionales para la administración de esas localidades.

El coronel sale de Santa Catalina el 23, a las 6 P. M., a la cabeza del regimiento Granaderos a caballo, comandante don Pedro Soto Aguilar. A las 11:15 P. M. entra a Agua Santa, en cuya oficina pernocta. En la mañana se dirige a Peña Grande, que ocupa a la una de la tarde.

A las 4 P. M. avista una partida enemiga que se dirige de Pozo Almonte a Tarapacá; cae sobre ella, la dispersa, y captura cinco individuos de tropa, que conducen el archivo del Estado Mayor del ejército aliado.

Los prisioneros declaran que pertenecen al Cuartel General peruano; comunican que el general Buendía acampa en Tarapacá, con 5.000 hombres, descansados y bien provistos de municiones.

Sotomayor comunica estas noticias al general Escala en Dolores; y al Ministro de la Guerra, en Iquique, por conducto de dos sargentos.

El general Escala no recibe la comunicación; el sargento, atacado en la pampa por tres individuos contrarios, da muerte a uno y consigue escapar a Iquique, a donde llega el 27.

El otro sargento entrega el parte al Ministro de Guerra, que no da importancia al aviso, no obstante de venir suscrito por el coronel Sotomayor, quien, al noticiar la concentración del enemigo en Tarapacá, sujere la idea de batirlo, antes que emprenda la retirada.

El coronel cree fácil la salida de Dolores de 4.000 hombres, pues en dicho lugar el bagaje tiene ahora suficiente dotación de acémilas para el transporte de agua, víveres y municiones. El batallón Esmeralda, salido de Iquique, por ferrocarril, y la caballería acampada en Pozo Almonte, engrosarían la división, asegurando la victoria. Con las mulas capturadas en Peña Grande y Pozo Almonte, y las carretas de las salitreras, el Esmeralda tiene asegurada su provisión de agua.

El señor Ministro desdeña este plan, como el primer aviso. Ni siquiera contesta.

El coronel Sotomayor continúa la ocupación paulatina de los pueblos de la provincia. Entrada la noche, ordena al capitán Parra que se apodere de Pozo Almonte, Este oficial, dueño de la plaza a las 10 P. M., establece comunicación telegráfica con Iquique, y da cuenta al señor Ministro de las últimas novedades, especialmente de que en el interior no hay necesidad de víveres, por cuanto la caballería ha tomado gran cantidad de fréjoles, arroz, cebada y forraje, sin tomar en cuenta las armas y municiones.

Después de nombrar jefe del Cantón al comandante Soto Aguilar, Sotomayor ocupa la Noria, centro comercial importante. El vecindario elige una junta Comunal, que toma a su cargo los intereses de la población.

El teniente don Juvenal Bari, queda de guarnición con 25 cazadores, para apoyar al presidente de la junta, el caballero inglés Mr. Juan J. Smail, muy reputado en el Cantón, como gerente de la Compañía Salitrera “La Limeña”.

Terminada su misión, el coronel baja a Iquique; pero, antes, ordena la concentración de toda la caballería en Dibujo, por lo que pudiera ocurrir.

En Iquique no se avistó con el señor Ministro; pero le hizo saber por medio del comandante Arístides Martínez, la situación de Buendía con sus cinco mil hombres en Tarapacá. Se embarcó en el “Angamos” rumbo a Pisagua, en donde encontró al señor general en jefe, de quien tomó la venia, para dirigirse a Valparaíso, triste y decepcionado, pero no abatido, pues tenía corazón templado en bronce.

Más tarde, reconocidos sus méritos, y cuando su hermano el Ministro había rendido tributo a la madre naturaleza, el coronel Sotomayor volvió al norte, a desempeñar lucida actuación en Chorrillos y Miraflores.

El mérito y el talento se abrieron paso y triunfaron.

En tanto, otras actividades se desarrollan en el interior de la provincia.

El comandante don José Francisco Vergara era muy conocido por su espíritu de aventuras, y le encantaban las empresas riesgosas y difíciles. Eso sí, gustaba de actuar como jefe; y a sus altas y buenas cualidades, se contraponía el afán de exhibición, de brillar como astro de primera magnitud en un firmamento, sin nubes.

El coronel Sotomayor lo mantuvo a raya; de ahí su distancia.

Eliminado éste, queda dueño del campo, porque el general Escala lo tenía en mucha estima y les ligaba sólida amistad.

Vergara juzgó la situación propicia para un reconocimiento, sobre Tarapacá, en donde suponía refugiados a los derrotados de Dolores, sea para formar ahí un núcleo de resistencia, sea para preparar la retirada a Arica por los contrafuertes de la cordillera.

Solicita el beneplácito del general en jefe para efectuar la operación. El general presta su aprobación, no para una gira de caballería, como insinuaba Vergara, sino para un reconocimiento de las tres armas. El señor Escala deseaba saber cómo estaba el enemigo, no dónde se encontraba, cosas enteramente distintas, en la guerra. Recordaba el reconocimiento de Tana, en que cazadores y granaderos vieron al enemigo, y nada más; y todavía, vieron mal, pues Zubiría divisó piezas de artillería, carros e impedimentas de un ejército.

Con fuerzas de las tres armas, el comandante Vergara se encontraba capacitado para chocar con las avanzadas enemigas, estudiar el terreno, los accidentes topográficos, la distribución de las tropas y el número aproximado de los efectivos de Buendía.

A la vuelta, aunque fuera con muchas pérdidas, podía suministrar a su jefe noticias exactas y datos precisos sobre el camino recorrido, en caso que el Cuartel General deseara expedicionar sobre Tarapacá. El reconocimiento tiene más extensión respecto a las localidades, que sobre la tropa misma del enemigo.

Con su nombramiento de jefe del reconocimiento, el comandante Vergara prepara la marcha para el 24 de Noviembre, con las siguientes tropas:

Infantería.- La brigada de Zapadores del comandante Santa Cruz, con 270 hombres.

Artillería.- Un grupo de dos piezas a cargo del alférez don José Manuel Ortúzar, 27 artilleros.

Caballería.- Compañía de Granaderos a caballo del capitán Rodolfo Villagrán, 115 plazas.

Total, 412 combatientes de las tres armas.

El comandante Vergara sale de Santa Catalina en la mañana del 24, y en la tarde acampa en Dibujo, donde refresca a la tropa con la buena agua de los pozos, durante el 25.

Al amanecer había partido en reconocimiento disfrazado de indio, el capitán don Andrés Laiseca, minero conocedor del desierto; trabajó sulfataras en Sibaya, al oriente de la quebrada de Tarapacá, en las vecindades del volcán Isluga.

Acompañado de un indio amigo y de otro capturado en las cercanías, penetró en la Quebrada, recorriéndola hasta el pueblo, en donde pudo constatar que las fuerzas peruanas ahí acantonadas, no podían bajar de 4.000 hombres.

A las 3 P.M. parte Vergara por la pampa, con Zapadores y Artillería; a las nueve se pone en movimiento Villagrán y alcanza a los infantes a las 10 P. M.

La División hace alto en la pampa de Isluga a quince kilómetros de Tarapacá. Ahí interroga a varios prisioneros capturados en el despoblado, los cuales notician que Buendía está en Tarapacá con 2.000 hombres, y que pronto se le unirá el coronel Ríos con la 5ª División de Iquique.

Permanece en Isluga, en donde la caballada no tiene qué beber, y la tropa, bajo un sol de fuego, carece de alimentos, y más que todo de agua; y no aprovecha la fresca del amanecer, para acercarse a la quebrada y apagar la sed a la buena o a la mala!

Había querido hacer un reconocimiento; había obtenido la jefatura; pues bien, debía llenar su cometido hasta el fin, que no era muy peligroso, dada la carencia de caballería del enemigo para una persecución encarnizada.

Por otra parte, en tales casos se cuenta con la alarma que producen los cañones a mansalva, y la duda del general enemigo sobre si tendrá encima a todo el ejército contrario.

Si por prudencia creyó oportuno no comprometer a su gente en una aventura delicada, cual era ir a la quebrada a buscar agua, debió, entonces dejar una patrulla montada en Isluga, y volver a Dibujo, aprovechando las horas de la mañana.

El comandante opta por permanecer en la pampa, a toda intemperie, trabado de frío en la noche, asado de calor en el día, sin gota de agua para apagar la sed, sin una galleta para engañar el hambre. Se contenta con enviar a Dibujo a su ayudante, capitán de ingenieros don Emilio Gana, en demanda de 500 hombres para continuar el reconocimiento. Pide gente, y se olvida de solicitar carretones y mulas con agua, víveres, forraje y municiones.

Es incomprensible averiguar para qué el señor Vergara pedía este refuerzo. Tenía a sus órdenes 412 plazas, bastantes para una ligera escaramuza, insuficientes para una acción siquiera mediana. Con los 500 hombres solicitados, quedaba en peor condición, pues hacía más pesados sus movimientos y con 900 combatientes era soberana locura pretender asaltar a Buendía. 500 individuos más, no ponían ni quitaban rey.

El coronel Arteaga recibe en Santa Catalina, el telegrama que el capitán Gana le envía desde Dibujo; inmediatamente lo comunica a Dolores, al general Baquedano, jefe accidental, por haber marchado a Iquique el general Escala a conferenciar con el señor Ministro de la Guerra.

Baquedano y Arteaga creen a Vergara en peligro y resuelven reforzarlo con la división de Santa Catalina, compuesta de los siguientes cuerpos:

Regimiento 2º de línea.

Regimiento Artillería de Marina.

Batallón Chacabuco,

Una Batería de Artillería.

30 Cazadores a caballo.

Los segundos y chacabucos parten en tren a Dibujo en la tarde del 25. A media noche, siguen por tierra el regimiento de marina, los artilleros y cazadores, que entran a Dibujo a las 6 A. M. del día 26.

Arteaga marcha en la convicción de encontrar ahí a Vergara, para organizar en este punto la expedición. Por tal motivo, provee frugalmente a la tropa para tan corto viaje, que lleva apenas dos raciones secas y el agua de las caramayolas. Deja, sí, orden en Santa Catalina, para que le siga una sección del bagaje con agua y víveres suficientes.

Al tener noticias de la partida de Vergara, le envía un propio, ordenándole que lo espere o contramarche, según lo crea más conveniente.

El coronel Arteaga se encuentra en una seria disyuntiva; o hace devolver a Vergara, cuyo reconocimiento puede estar en buenas condiciones, o va en su ayuda, temeroso de que con tan poca tropa sea copado. Opta por lo segundo, y marcha en la tarde del 26, por la huella de Vergara. Deja en Negreiros al alférez de granaderos, don Liborio Letelier, con dos soldados, para que siga tras él, con las recuas del bagaje y parque.

Vergara, al recibir el parte de Arteaga, resuelve esperarle en Isluga, para no fatigar más a la infantería con el regreso a Dibujo. No cae en cuenta de que la tropa, cansada, puede relevarse en dicho lugar, por ferrocarril, con batallones frescos del cantón de Dolores. Y como no era hombre de perder el tiempo, se acerca con algunos jinetes a la boca de la quebrada de Tarapacá. Laiseca conoce el uniforme de los granaderos y se apresura a unírseles. Inmediatamente pone en conocimiento del comandante Vergara sus observaciones y el cálculo de las fuerzas de Buendía, apreciadas alrededor de 4.000 hombres.

Vergara se reserva el dato, que cree exagerado, engegucido por el deseo de medirse con el enemigo, de alcanzar ascenso y gloria, y más allá un puesto entre tantos candidatos que se creen con méritos para la banda.

Oculto, tras unas lomas, con Laiseca y sus granaderos, constata la llegada de la División de Ríos, arrastrándose de fatiga, debilitada por el hambre y la sed, buscando a Tarapacá en completa dispersión, en que cada cual andaba como podía en busca del oasis. Los mil y tantos hombres formaban una fila de más de una legua.

El señor Vergara tenía dos cañones y 115 granaderos ¡Qué linda oportunidad para una media docena de granadas, y acuchillar después holgadamente a gente dispersa y desmoralizada!

Como en Tana, dejó escapar la ocasión; y como dice Bulnes, en el tomo I, pág. 661-662, de la Guerra del Pacífico, “se contentó con observar el descuido y abandono con que marchaba la tropa, caminando a la desbandada, los oficiales montados en malas bestias algunos, quienes en asnos, otros a pie, arreando del cabestro acémilas cargadas. El aspecto de esa división le confirmó que bastaría un simulacro de ataque para desbaratarla, porque iba vencida de antemano”.

A las doce de la noche del 26 se opera en Isluga la conjunción de Arteaga con Vergara.

¡Qué terrible situación! ¡Qué desencanto para la tropa de éste, que esperaba con ansias agua y víveres, al ver llegar a sus compañeros, tan hambrientos y sedientos como ellos! El ganado tascaba el freno hacía ya 37 horas, sin un puñado de cebada, sin una gota de agua.

No hay tiempo que perder. La división está a diez leguas de Dibujo a dos de Tarapacá. El único responsable de ella es ahora el coronel Arteaga, por ordenanza. Este jefe abarca de una mirada la situación, y toma el único partido posible, ir a conquistar el agua a balazos, antes de perder por la sed centenas de soldados, contramarchando a Dibujo o Negreiros.

Después de una conferencia con el comandante Vergara y Santa Cruz, en que prevalece la opinión del primero, de atacar al enemigo, ordena el avance con hambre, con sed, con fatiga, y sin más

municiones que las llevadas en la canana. Arteaga se pone a la cabeza, y la división rompe marcha, en busca del agua o de la muerte.

La quebrada de Tarapacá, en quechua lugar de algarrobos, nace al pie del Nevado de Sillahuya, en donde toman caudal las tres zumbias, después arroyos que la forman.

El aumento de las aguas de regadío constituye la constante preocupación de los habitantes del valle, para la vida de las heredades vecinas.

En el siglo XVII, las autoridades locales proyectaron vaciar en la quebrada las lagunas de Lirima, que se encuentran en su nacimiento. Tratábase de unir ambas lagunas por un canal, y por otro, echar al valle las aguas de la más cercana.

Se han confeccionado proyectos y otorgado diversas concesiones, sin resultado práctico alguno.

El río Tarapacá como lo llaman enfáticamente sus pobladores, alimentado por las vertientes de Paraguilla, Quillahuasa y Tilivilca, riega una angosta faja de tierras, de 75 kilómetros de longitud (quince leguas bolivianas) hasta la Boca, en donde se agota el agua. En años muy lluviosos, o en deshielos extraordinarios, la corriente atraviesa la Boca y se derrama en la pampa de Isluga, en quechua “se extraen raíces cavando”.

Muy angosta en toda su extensión, la quebrada se ensancha aumentando los campos de cultivo, en Sibaya, Mocha, Lorenzana, Pachica y Tarapacá. La anchura cultivable alcanza a 400 metros, en la Boca, la parte más esplayada.

Los industriosos indios se dedican a la siembra de papas, maíz y alfalfa. Abundan los árboles frutales, en especial la higuera, en los cincuenta y dos puntos de cultivo, de mínima a regular extensión.

La vid constituye la riqueza de los naturales; llevan los vinos generosos al interior de Bolivia, donde gozan de bastante aceptación por su sabor a oporto.

Tarapacá constituye un centro estratégico, por converjer ahí todos los caminos del Departamento de su nombre. Por esto el jefe de Estado Mayor General, coronel Suárez, lo eligió como lugar de concentración para las tropas dispersas en Dolores.

Hé aquí las principales vías de comunicación:

1.- A Arica y Tacna. Por Aroma, Tiliviche, Tana, Chiza, Camarones, Chaca, Arica, Chacalluta, Hospicio, Tacna.

2.- Al Loa. Por Calera, Pica, Núñez, Tementica, Quillagua, Loa.

Distancia al Loa: 420 kilómetros.

3.- A Iquique. Por Peña Grande, 160 kilómetros.

4.- A Mejillones. Por Negreiros, 100 kilómetros.

5.- A Pisagua. Se toma la línea férrea en Dibujo o Negreiros, cortando alguno de los caminos a Iquique o Mejillones. Un segundo camino directo por Tana o Tiliviche, y la quebrada de Pisagua, conduce al mar.

6.- A Bolivia. Hay 185 kilómetros hasta el río Pisiga, límite entre el Departamento de Tarapacá y Bolivia; se pasa por los tambos de Chumiza y Sitana.

Desde el río Pisiga, se continúa al interior, llevando como objetivo cualquiera de las principales ciudades bolivianas, aunque para nosotros las distancias sean enormes; no así para los serranos, acostumbrados a transmontar centenares de leguas, con tal de ir provistos de coca para el alimento y de poncho para el abrigo.

Distancias de Tarapacá:

A Potosí, 500 kilómetros.

A Sucre, 645 kilómetros.

A Oruro, 600 kilómetros.

A Cochabamba, 780 kilómetros.

A La Paz, 845 kilómetros.

Los indios del altiplano ni se arrugan para tragarse estas distancias. Los derrotados de Dolores y los heridos de Tarapacá las cobraron sin volver la vista, hasta alcanzar sus pagos, allá en el corazón de Bolivia.

Las aguas, que en los deshielos corren como un torrente devastador, han ido ahondando el lecho, corroyendo los costados, convertidos en paredes a pique con el transcurso de los siglos. Pequeñas mesetas y faldeos asilan en las riberas a miserables familias indígenas, ocupadas en cultivar maíz u hortalizas; en segar alfalfa, secar higos o brevas, o fabricar un vinillo rubio bastante alcohólico, muy apreciado por los consumidores de la sierra.

Subamos desde la Boca hacia el macizo andino. A 3.000 metros, aguas arriba, se encuentra Huaraciña (en aymará, derrames) con algunos ranchos alrededor de la represa, que recoge ahí las últimas aguas, o derrames para el regadío.

Un kilómetro, quebrada adentro, se encuentra San Lorenzo. A cinco kilómetros de la Boca, Tarapacá, con una población de 1.200 habitantes, cabeza del partido de su nombre, 380 metros sobre el nivel del mar.

La represa de Quillahuasa dista dos y medios kilómetros de Tarapacá, caminando siempre hacia la cordillera. Quillahuasa, significa en quechua, más allá de la luna, porque ésta, al reflejarse en la superficie, da la impresión de que la laguna se extiende mucho más allá de nuestro satélite.

La vertiente de Pachica, abundante en agua, cae desde unos riscos, cinco kilómetros al interior de Quillahuasa. Le viene el nombre quechua del camarón, crustáceo abundante en cierta época del año.

Los lugares mencionados constituyen aglomeraciones de ranchos pajizos; pero toda la quebrada se encuentra sembrada de chozas de indios, que viven miserablemente de los escasos productos del suelo y del ganado.

Frente a Tarapacá, se alza el monte de su nombre, con 2.286 metros sobre el nivel del mar; y próximo a él, el Redondo, por la forma que afecta.

La pampa, al norte y sur de la quebrada semeja un mar petrificado de improviso, por las caprichosas ondulaciones del terreno sembrado de cerros, mogotes, alcores y colinas de formas variadas hasta el confín del horizonte.

Hemos dicho que a la media noche, el coronel Arteaga estuvo en consulta con los comandantes Vergara y Santa Cruz, después de lo cual inicia la marcha en busca del enemigo.

Nada hay que decir a esto. El señor coronel, como único responsable, pudo tomar o no tomar pareceres. Más ya que creyó oportuno consultar la opinión de Vergara y Santa Cruz, nada impedía conocer el pensamiento de los demás jefes, dada la solemnidad de las circunstancias.

Pudieron ser llamados los tenientes coroneles don Eleuterio Ramírez, comandante del 2º de línea; don José Ramón Vidaurre, comandante del Regimiento de Marina; don Domingo de Toro Herrera, comandante del batallón Chacabuco; el sargento mayor don Exequiel Fuentes, comandante de la Artillería; y el capitán don Rodolfo Villagrán, comandante de la caballería. El último no tenía categoría de jefe, pero dirigía una unidad.

Así mismo pudieron dar un parecer concienzudo, los demás jefes de la división, con largos años en el servicio, o distinguidos por sus conocimientos. Merecen citarse, el teniente coronel don Bartolomé Vivar, del 2º; el teniente coronel don Maximiano Benavides, del Regimiento de Marina; los mayores Jorge Wood, jefe de Estado Mayor, Orodontes Liborio Echáñez, del 2º, Polidoro Valdivieso, del Chacabuco, y Guillermo Zilleruelo, de Artillería de Marina.

Si los veteranos jefes enunciados hubieran tenido participación en el Consejo, no se hubieran tomado las disposiciones que rigieron el combate. Habrían hecho ver la inconveniencia y el peligro de subdividir las fuerzas en tres secciones, cada una de ellas enormemente inferior al enemigo, dando a éste la facultad de aplastarlas en detalle, antes de ser socorridas por las otras dos.

La división chilena ascendía a 2.281 plazas, efectivo débil para desalojar a los cinco mil hombres de Buendía, descansados, con víveres y agua en abundancia, y acantonados en sus propias casas, Fraccionar las tropas, significaba el cercenamiento del 50% de su poder combativo. Sin embargo, así se hizo, contra toda lógica, contra los principios fundamentales de la estrategia y aun del sentido común, que ordena juntarse, para ser más fuerte que el adversario.

No se concibe tal despropósito en un jefe de experiencia, ex-alumno de la Escuela Militar de Aplicación de París.

Los jefes habrían combatido igualmente con energía, la resolución de llevar la tropa al combate sin agua, y al ganado cayéndose de sed. Habrían hecho triunfar la única decisión cuerda de refrescar gente y caballos en la Boca y Huaraciña, para ganar nuevamente las alturas de la pampa; y entrar en combate en buenas condiciones físicas, con la totalidad de las fuerzas.

Nuestros jefes habrían tenido oportunidad de conocer exactamente la topografía del terreno, las posiciones del enemigo, sus recursos, y aun su número y estado moral, desde los primeros momentos. (Loca et mores).

El señor coronel Arteaga dispuso a su división en el siguiente orden de batalla:

Izquierda.- Comandante don Ricardo Santa Cruz.- Efectivos:

Zapadores.....	289	hombres
Artillería Krupp.....	27	“
Artillería de bronce.....	30	“
4ª Compañía del 2º de línea.....	116	“
Granaderos a caballo.....	86	“
Total:.....	548	hombres

Mandaban las compañías de Zapadores los capitanes señores Alejandro Baquedano y Belisario Zañartu; la compañía del 2º, el capitán don Emilio Larraín; la artillería, el sargento mayor don Exequiel Fuentes; y la caballería, el capitán don Rodolfo Villagrán.

Esta ala llevaba como objetivo la aguada de Quillahuasa, debiendo copar la retaguardia peruana.

Centro.- Al mando directo del jefe de la división.- Efectivos:

Artillería de Marina, comandante don José Ramón Vidaurre.....	358	hombres
Batallón Chacabuco, comandante don Domingo de Toro Herrera.	450	“
Grupo de artillería, 2 piezas.....	39	“
Total:.....	847	hombres

Derecha.- Comandante don Eleuterio Ramírez, jefe del 2º de línea. Efectivos:

7 compañías del 2º.....	820	hombres
2 cañones de montaña.....	40	“
1 piquete de cazadores, del alférez Diego Miller Almeyda.....	26	“
Total:.....	886	hombres

Reserva: Ninguna.

Contaba pues, el coronel Arteaga con una fuerza efectiva de 2.281 plazas. Este cómputo se hizo en Dolores y Santa Catalina por oficiales de distintos cuerpos.

El jefe chileno imparte órdenes precisas. La izquierda marchará sobre Quillahuasa, a cortar la retirada al enemigo, en dirección a Arica; el centro atacará el pueblo de Tarapacá, en tanto la derecha, embistiendo por San Lorenzo y Huaraciña, cierra a Buendía por el oeste la salida de la quebrada y lo empuja al pueblo, a donde deben converjer las secciones chilenas del centro y derecha.

Cumplidas estas disposiciones, con éxito, la situación del ejército peruano sería precaria, encerrado en una quebrada de 15 kilómetros de longitud, por 200 a 500 metros de ancho, a lo sumo.

Santa Cruz, que debe cobrar mayor distancia, parte a las tres de la mañana rumbo a Quillahuasa, envuelto en tan espesa niebla, que no se percibe la silueta de un jinete y su cabalgadura a cuatro metros de distancia. Semeja el intenso “fog” que suele caer sobre Londres y costas inglesas.

No es, pues, imprevisto, que haya perdido el rumbo, caminando a tientas en tanta cerrazón; en vez de dirigirse sobre Quillahuasa, se carga a la derecha, hacia el pueblo de Tarapacá.

El capitán Villagrán con su compañía de granaderos, se orienta con facilidad; entra a Quillahuasa, la ocupa sin mayor esfuerzo, abreva la caballada y la tropa se harta del preciado líquido.

A las 7 A. M. se levanta la camanchaca, luce un sol de fuego; el comandante Santa Cruz nota el extravío de su derrota; divisa a Quillahuasa a lo lejos, y fiel a la consigna se dirige forzosamente a dicho punto, por un camino infernal, sin agua, con la gente extenuada por la fatiga de las marchas las privaciones anteriores, pues no había comido hacía dos días.

El ejército peruano vive en tanto, en el mejor de los mundos; pasa la noche del 26 al 27, entregado al descanso, completamente ajeno a la cercanía del enemigo; se cree seguro a cubierto en la escondida quebrada de Tarapacá.

El activo jefe de Estado Mayor don Belisario Suárez, envió el día anterior a Pachica, las divisiones I y Vanguardia, para descongestionar el campamento; en la mañana del 27, se ocupaba de establecer el orden de marcha, para emprender cuanto antes la retirada sobre Arica, en donde el ejército podía rehacerse al abrigo de esta plaza fuerte, con los recursos en víveres y forraje de los valles de Caplina y del Lluta.

El señor Suárez se preocupa de efectuar esta penosa marcha, a través de sierras áridas, por caminos quebrados y fragosos, con las menores pérdidas posibles.

Levantada la camanchaca en la mañana del 27, unos arrieros peruanos que llevaban bagajes a Pachica, divisan a Santa Cruz, y dan la voz de alarma. Se toca tropa y cada cual ocupa su puesto.

Suárez, el diligente jefe de Estado Mayor, dispone las fuerzas en orden de batalla; designa su lugar a cada división, con instrucciones precisas para el combate.

Desde una altura observa y estudia las tres secciones chilenas; conocedor de la topografía de la zona, toma rápidamente su decisión.

El objetivo próximo del choque tenderá a la destrucción completa de la tercera sección enemiga, en marcha a Quillahuasa. Objetivo remoto: destruida la tercera, caer sobre las otras dos secciones, batirlas en detalle, impedir su conjunción y exterminarlas en definitiva.

Suárez dispone de cuerpos veteranos y escogidos, con jefes expertos que componen el ejército del sur, a donde el Gobierno del general Prado envió la flor de las fuerzas vivas de la nación.

Con tales elementos, la tarea del Estado Mayor resulta fácil; las órdenes se cumplen estrictamente.

Pero antes que todo, Suárez necesita salir de la ratonera; permanecer en la quebrada, le expone a ser fusilado sin remisión. Ordena tomar las alturas a cualquier precio, sin observar formación alguna. Los cuerpos se reorganizarán al llegar a la planicie.

Así ocurre; los soldados trepan las laderas como gatos y a las ocho de la mañana el ejército de Buendía forma línea en la meseta, listo para romper el fuego.

El Estado Mayor, por última vez, reitera sus disposiciones: destruir la 3ª sección enemiga; batir aisladamente, después, la segunda y primera.

Orden de batalla del ejército aliado.

Cuartel General

Jefe, general de división don Juan Buendía.

Secretario general, teniente coronel doctor don Manuel M. Seguin.

Ayudantes: Teniente coronel don Roque Sáenz Peña; sargento mayor, don Emilio Coronado.

Estado Mayor General

Jefe, coronel don Belisario Suárez.

Ayudante, capitán don Lorenzo Marolin; mayor don Pedro Palacios, Periodista don Benito Neto.

Artillería

Por haber perdido sus piezas en Dolores, forma con carabina.

Coronel, don Emilio Castañón.

2º jefe, Mayor don Manuel Carrera.

Mayores de la Maestranza, señores José María Prado, Pedro Juan Olivarez.

Mayor de Artillería, don Guillermo Guerrero.

Derecha

2ª División. Jefe, coronel don Andrés Avelino Cáceres, comandante del Zepita.

Batallón Zepita Nº 2. Jefe, el segundo comandante (el coronel Cáceres manda la división) teniente coronel don Juan Bautista Zubiaga; sargentos mayores, señores Benito P. de Figueroa y Julio Arguedas.

Batallón Dos de Mayo. Jefe, coronel don Manuel Suárez; tenientes coroneles señores Juan Paniagua y Mariano Moran; sargento mayor, don Lisandro Quezada.

Centro derecho

División Exploradora, Jefe accidental coronel don Melchor Federico Bedoya.

Batallón Provisional de Lima Nº 3. Jefe, coronel don Ramón A. Zavala; teniente coronel, don Osvaldo Pflucker.

Batallón Ayacucho Nº 3. Jefe, coronel don Máximo Somocurcio.

Centro izquierdo

V. División: Jefe, coronel don José Miguel de los Ríos.

Batallón Iquique. Jefe, coronel don Alfonso Ugarte; teniente coronel don Manuel C. de la Torre; sargento mayor don Manuel A. Loaiza.

Columna Naval. Jefe, teniente coronel don José María Meléndez; sargento mayor don José Celedonio Martínez.

Columna Tarapacá. Jefe, coronel don José Santos Aduvire; teniente coronel don Marco A. Oviedo; sargentos mayores, don Armando Blondel y don Francisco Perla.

Columna Loa. Jefe, coronel don E. González Flor; teniente coronel don N. Echazú; sargento mayor don Trinidad Guzmán.

Izquierda

Jefe, coronel don Francisco Bolognesi.

Batallón Guardia de Arequipa. Jefe, coronel don Manuel Cabello y Ariza; teniente coronel don Saturnino Benavides; sargentos mayores don Manuel Pérez y don Belisario Flores.

En Pachica

I División. (Ex Villegas). Jefe, coronel don Alejandro Herrera, comandante del 7° de línea.

Batallón 5° de línea. Jefe, coronel don Víctor Fajardo; tenientes coroneles don José María Benaventes y don Manuel Ponce de León.

Batallón 7° de línea. Jefe accidental (por mandar la división el titular) coronel graduado don Mariano S. Bustamante; sargento mayor don Zacarías Manrique.

División Vanguardia. Jefe, coronel don Justo Pastor Dávila.

Batallón Puno N° 6 jefe, coronel don Rafael Ramírez de Arellano; teniente coronel don Mariano Torres, sargentos mayores don Manuel Chamorro, y don Blas Ríos.

Batallón Lima. Jefe, teniente coronel don Remigio Morales Bermúdez; teniente coronel don Mariano Pesoa; sargento mayor don Juan Vizcarra.

Santa Cruz, que marcha por la cima, divisa al enemigo a sus pies, que corre a las armas y forma para ganar las alturas.

El mayor Fuentes y el alférez Ortúzar, le instan para poner las piezas en batería y ametrallar los cuerpos acorralados abajo, en formación cerrada.

El comandante no se atreve a tomar la ocasión por los cabellos; sigue la marcha sobre Quillahuasa, en virtud de la orden recibida del jefe de la expedición.

Lleva a vanguardia dos grupos de artillería a cargo del mayor Fuentes siguen a estos, las compañías 2ª y 1ª de Zapadores (3ª Brigada) de los capitanes Alejandro Baquedano y Belisario Zañartu; y la 4ª compañía del 1º Batallón del Regimiento 2º de línea, capitán Emilio Larraín.

La columna de flanco, abarca un kilómetro, y cierra la retaguardia el subteniente Froilan Guerrero con sesenta rezagados, que se arrastran penosamente.

A las 8 A. M. en punto los peruanos rompen fuego de batallón sobre Guerrero y sus sesenta hombres, que hacen alto y se baten como leones, para dar tiempo al comandante Santa Cruz de formar su gente.

Guerrero y sus soldados sucumben sucesivamente en sus puestos, sin dar un paso atrás. Allí quedan todos. Se sacrifican por sus compañeros.

Santa Cruz da media vuelta, forma con frente al sur; a la derecha zapadores; al centro el 2º de línea; a la izquierda la artillería. Tiene bajo su mano 342 combatientes, que con los sesenta inmolados con Guerrero, dan el total de 402 plazas de la 3ª sección, con los que hace frente a las divisiones veteranas de Cáceres y Bedoya.

Durante tres horas, desde las 8 hasta las 11 A. M. se pelea duro y recio; a las arremetidas peruanas, responden los chilenos con furiosos avances, que obligan a retroceder a los soldados del Zepita y Dos de Mayo.

Cáceres y Bedoya hacen un supremo esfuerzo y caen sobre el ala izquierda de Santa Cruz; perdido el campo de tiro por la cercanía de los atacantes, Fuentes abandona las piezas y se repliega sobre la infantería, haciendo fuego de carabina.

Atacado por tres puntos a la vez, agobiado por el número, perdida las dos terceras partes de la gente, escaso de municiones y heridos los tres capitanes de la infantería, Baquedano, Zañartu y Larraín, el comandante Santa Cruz reúne su tropa y se bate haciendo fuego en retirada.

Cáceres no quiere soltar una presa que cree segura; pero los clarines de los granaderos que vuelven de Quillahuasa, y se deslizan por un atajo, le vuelve prudente, y deja a Santa Cruz, que sobre un brioso caballo cubre el último la retirada, como marcha el primero en los ataques.

Mientras respira Santa Cruz, la 2ª sección dirigida personalmente por el coronel Arteaga, al sentir el fuego por el lado de la tercera, apresura la marcha, no obstante el calor, la sed y el cansancio de la tropa; a las 9:30, en pleno avance, se siente repetidamente fusilado de frente y flanco.

Vidaurre, comandante de la brigada de marina, ordena al capitán Silva Renard que despliegue su compañía y contenga al enemigo; en tanto él, hace entrar en línea compañía tras compañía, hasta formar un respetable núcleo, que dirige su segundo, el comandante Benavides.

Más, el jefe peruano envía al fuego batallón tras batallón, y aunque nuestros rezagados se incorporan a medida que llegan, los chilenos quedan siempre en sensible inferioridad numérica.

Los niños de la marina no tienen aliento para resistir; la circunstancia es solemne; van a ser aplastados. En tales momentos llega Toro Herrera con 200 hombres; rompe fuego y detiene el flanqueo iniciado por el Zepita.

Sucesivamente entran las compañías 1ª, 2ª y 3ª que restablecen el combate en buenas condiciones.

Por el ala derecha, el comandante Ramírez, acciona con siete compañías del 2º de línea, su regimiento.

Marcha sereno y tranquilo, aunque sabe que será destruido. Al recibir la orden de avanzar por el fondo de la quebrada, dijo sencillamente a su segundo, el teniente coronel Vivar: “Nos mandan al matadero”.

Pasado Huaraciña, distribuye su gente para la pelea.

A la izquierda, contra la cuesta de la Visagra, envía las compañías 1ª del 1º, del capitán Nerneroso Ramírez y 3ª del 2º, del capitán Pantaleón Cruzat.

Por la derecha avanzan los capitanes Anacleto Valenzuela, con la 2ª del 1º, y Juan G. Silva, con la 3ª del 1º, con orden de escalar el Cerro Gordo, y llegar si fuese posible, al Cerro Redondo.

El comandante Ramírez; con su segundo Batolomé Vivar, se lanzan con las compañías 1ª, 3ª y 4ª del 1º batallón, al asalto del pueblo de Tarapacá donde el enemigo se encuentra en mayor número y atrincherado.

El estrellón es tremendo: Rechazado varias veces, Ramírez se rehace, y vuelve a la carga con sus capitanes Bernardo Necochea, José Antonio Garretón y Abel Garretón.

Valenzuela y Silva toman el portezuelo Cerro Gordo, con lo que cubren la derecha de su comandante; éste aprovecha la ocasión, y en una suprema hinchada, se apodera del pueblo, del que arroja al enemigo a punta de bayoneta.

Son las 12 3/4 del día. Ramírez da descanso al 2º, que bien merecido lo tiene, después de tanto guerrear; pero el fuego continúa intenso y sostenido por el centro. Sin los coroneles Cáceres, Bedoya y Ríos, que con sus respectivas divisiones, tratan de copar a Arteaga, no obstante la tenaz resistencia que presenta por frente y flancos.

Artillería de Marina y Chacabuco combaten con bravura y abnegación; pero llega el momento en que las fuerzas se agotan. Para mayor desgracia escasean las municiones; los soldados registran las cananas de los muertos para surtir las propias. En tan angustioso momento, entra en acción el coronel Recabarren de Artillería, fresco, transformado en carabineros a pié.

La situación es para descorazonar al pecho mejor templado; pero ahí están Arteaga, Vergara, Santa Cruz, Vidaurre, Benavides, que recorren el frente bajo un chaparrón de balas, animan a la tropa no para vencer cosa imposible, sino para morir con los honores de soldado, dando vida por vida.

He aquí que surge el mayor Jorge Wood, el bayardo del día. Con bigote y pera napoleónica, semeja a esos afortunados generales del primer imperio.

Se acerca a Vergara y le dice:

¿Estamos perdidos? Parece que sí.

¿Intentemos el último medio?

¿Cuál?

Carguemos con la caballería y todos cuantos anden montados.

Magnífico, responde Vergara. Tome el consentimiento del jefe.

Wood va donde Arteaga, quien acepta y autoriza la carga.

Sigue con Vergara donde Villagrán y le da la orden.

Villagrán se dirige a sus granaderos y les dice: Muchachos, vamos a cargar y a salvar al ejército. Por mitades a la izquierda en columnas, march ¡Al trote! ¡A la carga! Los 116 jinetes caen sobre tres mil aguerridos infantes, ensoberbecidos por el próximo triunfo.

Jefes, oficiales y tropa desvainan los sables; los clarines tocan degüello; la tromba ruje con terrible chivateo; rompe la línea enemiga; y empieza el entrevero, el crugir de huesos y el rechinar de dientes, entre los juramentos de rabia y los alaridos del dolor. Vivanco, Hermosilla, Valenzuela, Letelier, Barahona, Villegas, Balbontín, oficiales de granaderos, dan el ejemplo batiéndose en primera fila.

Mientras cargan los jinetes, Arteaga hace tocar atención y ataque; los infantes se repliegan al centro, armando bayoneta; al toque de calacuerda, jefes y soldados se lanzan al asalto. Los heridos olvidan el dolor y siguen el movimiento.

La batalla está ganada. El enemigo huye en todas direcciones.

El desbande es completo, 116 jinetes destrozan a 2.900 aguerridos infantes.

¡Viva Chile!

El general Buendía, al iniciarse la batalla, envía a uno de sus ayudantes, el mayor Coronado, a llamar a los coroneles Dávila y Herrera, que se encuentran en Pachica, con sus divisiones respectivas.

El coronel Suárez, ignorante de esta circunstancia, envía igual orden a medio día, con su ayudante, el capitán don Lorenzo Morálín.

Por fortuna para Arteaga y nuestros soldados, los señores Dávila y Herrera hacen lentamente la caminata. A medio camino de Pachica, se topan con la avalancha de derrotados, que por lomas y quebradas, buscan el camino de Arica. Hacen alto, para recoger a los dispersos, en lo que pierden bastante tiempo.

Si las divisiones de Pachica marchan con más rapidez, la expedición chilena habría sido irremediablemente exterminada.

A siete kilómetros de Quillahuasa, el general Buendía reúne un consejo de guerra en que toman parte además del General en jefe y jefe de Estado Mayor, los coroneles señores Andrés Avelino Cáceres, Francisco Bolognesi, Justo Pastor Dávila y Alejandro Herrera; y entre los tenientes coroneles dos futuros presidentes de república, los señores Roque Sáenz Peña, de la Argentina; y Remigio Morales Bermúdez, del Perú.

Después de una corta deliberación, resuelven volver a Tarapacá y dar una segunda batalla, con todos los efectivos disponibles.

Se acuerda que entren en combate las divisiones frescas Vanguardia y I, sirviendo de reserva las de Cáceres, Bedoya, Bolognesi y Ríos, cuyos dispersos se concentran en ese punto.

El jefe de Estado Mayor entra en acción y dispone las tropas en

Orden de batalla

Derecha

División Vanguardia, coronel don Justo Pastor Dávila.

Batallón Puno N° 6, teniente coronel don Isaac Chamorro. Efectivo, 428 plazas.

Batallón Lima N° 8, teniente coronel don Remigio Morales Bermúdez. Efectivo, 450, infantes.

Total 878 individuos.

Centro

1ª División, coronel don Alejandro Herrera, jefe de Estado Mayor, teniente coronel don Adeodato Carvajal.

Batallón Cuzco, 5º de línea, coronel graduado don Víctor Fajardo. Efectivo, 400 hombres.

Cazadores de la Guardia, 7º de línea, coronel graduado don Mariano Bustamante. Efectivo, 400 combatientes.

Total: 800 individuos.

Izquierda

Coroneles Cáceres y Bolognesi, con las divisiones 2ª y 3ª conservadas de Dolores.

Reserva

División Exploradora, V. y regimiento de Artillería del coronel Recabarren, armado de carabina.

Nuestros soldados, tan pronto como el enemigo se pierde de vista, bajan a la quebrada, beben agua a discreción, se bañan y después, a cocinar un almuerzo o a comer brevas tomadas a mano de los higuerales, que se inclinan cargados del sabroso fruto.

El jefe mismo, con sus ayudantes entra al pueblo de Tarapacá, y bajo un frondoso árbol echa una siestecita, mientras los asistentes preparan la tradicional cazuela, picante, con harta verdura, papas enteras y cebolla en cruz.

Una espesa venda cubre la vista de nuestros jefes veteranos, formados en las guerras de Arauco, con sus asaltos, sus encrucijadas y sus sorpresas.

Nadie se preocupa del enemigo; se va, puente de plata.

La caballería no pica la retaguardia, no se destacan piquetes a Quillahuasa, no se establece gran guardia, ni siquiera se ponen centinelas en las alturas, sino por precaución, al menos, por la rutina del servicio.

Los granaderos desensillan y echan la caballada a un pastalito de tierna alfalfa.

El 2º de línea ocupa las casas del pueblo, por derecho de conquista; Chacabuco y Zapadores, acampan en los alrededores y la artillería de marina en Huaraciña.

Frente a este pago, sobre la meseta, descansa el comandante Benavides, con cuatro piezas de artillería Krupp y dos francesas de bronce, con dos compañías de artillería de marina, de custodia.

Benavides, viejo soldado, permite que la tropa baje por grupos, con sus respectivos oficiales y clases, hasta el fondo de la quebrada, a apagar la sed y llenar las caramayolas. Vuelto un grupo le sucede otro, pues los cañones jamás deben de carecer de custodia. Es el soldado de fila.

Allí empezaron a llegar los dispersos que se habían batido en las alturas, y ahí se concentraron sin distinción de cuerpo.

El cirujano del 2º de línea doctor don Juan Kidd, establece un hospital provisorio en los ranchos de San Lorenzo, eficazmente ayudado por el doctor Manuel A. Vivanco, de Zapadores; Pérez Canto, del Chacabuco, García de artillería de marina, y el ayudante de cirujano Salomón Arce.

Establecido el orden de combate, los aliados se ponen en movimiento rumbo a Quillahuasa, en donde el coronel Suárez refresca la gente en la aguada, y disloca las fuerzas hacia sus respectivas posiciones.

El coronel Dávila sigue el camino recorrido en la mañana por los granaderos de Villagrán, y se establece en la meseta norte de Tarapacá; el coronel Herrera sigue por la quebrada, hacia la población; y las fuerzas de Cáceres y Bolognesi marchan a Huaraciña, por retaguardia de Cerro Redondo.

Los chilenos van a quedar encerrados como ratones en el fondo de la quebrada, como estuvieron los enemigos a las 7:30 de la mañana. Los cazadores cazados.

Son las 4 P. M.

Dávila y Herrera rompen los fuegos contra los chilenos entretenidos en sus quehaceres culinarios; los habrían exterminados, sin la intervención del veterano Benavides que se había quedado en la cima, velando por la artillería que debe estar siempre protegida.

Este jefe no vacila; contesta el fuego; despliega a sus infantes y hace jugar los dos Krupp y las dos bocas de bronce.

Sin Benavides que organiza la resistencia y detiene a Dávila, ni Arteaga, ni sus tropas habrían contado el cuento.

Al oír los disparos, Arteaga monta a caballo y observa el campo.

Ordena que todo el mundo suba a la planicie, que nadie quede en la quebrada.

Envía orden a Ramírez que ascienda por la cuesta de la Visagra o por donde pueda; y manda al comandante Vidaurre, que está a su lado, que se translade a Huaraciña, con la tropa que pueda reunir, y mantenga la posición y no se mueva de ahí, sin orden escrita de su mano.

El coronel toma sus disposiciones como experimentado hombre de armas; liando un cigarrillo de hoja talquina, que enciende y chupa bajo un diluvio de balas, reúne la tropa y repecha hasta alcanzar la planicie. Encuentra a Benavides que se bate como un león. Dávila embiste una y otra vez pero certeros disparos de la infantería y las granadas de Fuentes barren sus filas.

El comandante Toro Herrera llega con un núcleo de chacabucanos; el combate se restablece y la esperanza renace.

Sobre la marcha, Arteaga envía al ayudante Julián Zilleruelo, a toda rienda donde Vidaurre, llamándole al instante. Vidaurre no se mueve; la orden que le llega es verbal; sólo puede abandonar a Huaraciña por orden escrita firmada por el mismo Arteaga. Tal es la consigna.

Dávila aumenta sus efectivos con gente que le llega de la reserva. Nada puede hacerse.

Arteaga evacua la línea de los heridos, y ordena a Benavides batirse en retirada. Este retrograda paso a paso, con fuego tan certero que Dávila no se atreve a cargarlo.

La quebrada se estremece con el fragor del combate.

El jefe del 2º, tan pronto como oye los disparos, toma los cuatros cientos hombres que le quedan; envía la mitad de su efectivo a contener a Herrera; hace que los capitanes Bernardo Necochea y Abel Garretón ocupen dos casitas situadas al norte, y él personalmente se dirige a forzar a cuesta de la Visagra, para subir a la planicie, como lo había dispuesto el jefe de la división. En el primer bache del camino, recibe un balazo en la mano izquierda, en el momento en que muere el capitán Grafías Fierro.

La tropa continúa ascendiendo. El abanderado don Telésforo Barahona, al salir de la quebrada, cae atravesado por dos proyectiles, abrazado al estandarte; la escolta, compuesta de clases premiadas, rodea a su oficial, y se bate serena y tranquila; caen uno a uno, y la insignia queda abandonada, porque sus defensores yacen inertes a su lado.

Consignamos como un timbre de honor para el ejército, el elenco de la escolta del estandarte, compuesta de veteranos endurecidos en el servicio de su cuerpo.

Heridos algunos, siguieron combatiendo hasta rendir todos la vida a la sombra de la bandera.

He aquí los nombres:

Sargentos 2º: Francisco Aravena, Timoteo Muñoz, Justo Urrutia, José María Castañeda.

Cabos 1º: José D. Pérez, Ruperto Echaurren y Bernardino Gutiérrez.

Soldado de cuarto premio: Juan Carvajal.

El Regimiento Maipo, actual N° 2, debía conservar en un Cuadro de Honor, la lista precedente. Honra a su memoria y ejemplo eterno para los que cargan uniforme.

Llega un batallón peruano y celebra con alegres vivas la captura; más para arrancarla al subteniente Barahona, hubo que abrirle la mano con un yatagán. Tan fuertemente asida tenía su bandera.

Ramírez sigue batiéndose, tomando puestos atrincherados; ha salvado felizmente cuatro; al llegar al quinto, recibe una segunda bala. La tropa lo transporta a la quebrada, en donde lo atiende el infatigable doctor Kidd.

El enemigo aprovecha, el momento y avanza; Ramírez ordena aún una carga a la bayoneta, parte medio a medio sus contrarios, y su tropa lo conduce en andas a mejores posiciones; y ahí se atrincheran en unos ranchos, dispuestos a vender cara la vida.

Son las cinco y media de la tarde, Los soldados, haciendo fuego en retirada, toman a su debilitado comandante y lo conducen hasta el improvisado hospital de San Lorenzo, en donde recibe una completa curación del doctor Kidd, en tanto la tropa se alista para defender a su jefe.

Necochea y Garretón han venido disputando el terreno palmo a palmo; cada rancho, cada pirca, se convierte en trinchera. Mientras queda un defensor, el enemigo se mantiene a raya, no obstante su superioridad numérica.

La distancia se estrecha; varios oficiales enemigos gritan a los nuestros que se rindan; que no hay esperanza posible.

Un ¡Viva Chile! y una bala es la contestación. Y sigue la pelea.

Estamos en el final de la jornada.

En la planicie, Dávila intenta irse sobre Arteaga, que se retira lentamente, batiéndose; más los tiradores escogidos de la retaguardia, y los amagos de carga de los granaderos, le mantienen a respetuosa distancia.

Abajo, la quebrada ruje con el fragor del infierno. Las tropas de Herrera rodean los ranchos, defendidos por los capitanes Necochea y Garretón, y el subteniente Lira Errázuriz.

Antes que el número los agobie, salen y cargan al arma blanca, para quedar luego tendidos en el campo, Necochea con diez y ocho heridas, Lira Errázuriz, con varios tiros y la cara destrozada a culatazos.

¡Quién lo creyera! Este oficial, dejado por muerto, recogido al día siguiente por los nuestros, se conserva a la fecha (1927) lozano y fuerte, tronco de numerosísima familia.

El 2° de línea va estinguándose; Ramírez y 67 heridos permanecen en el hospital San Lorenzo.

El enemigo llega ahí; lejos de respetar el sagrado asilo, descargan los rifles sobre los heridos; éstos, antes de ser ultimados cobardemente, toman sus armas y se defienden hasta morir; el comandante Ramírez, con la derecha libre, tiende a varios con su revolver.

El mayor don Trinidad Guzmán, sargento mayor del batallón boliviano, Loa, encuentra a Ramírez, ya muy desfallecido por la pérdida de sangre; cruza con él palabras afectuosas y frases corteses propias de caballeros.

Más, aparece el teniente peruano Rodríguez, del regimiento Zepita; ve a Ramírez, se abalanza sobre él, coloca el revólver sobre su frente, dispara y le levanta los sesos.

El mayor Guzmán increpa al peruano su infame cobardía; y como protesta, se retira con su tropa, indignado de tan ruin asesinato.

La gente de Rodríguez corona su hazaña, allegando pajería al rancho, y encienden fuego; como el techo es de bálago, las llamas se propagan con rapidez, y mueren quemados vivos los pobres asilados del hospital.

Mientras piquete; peruanos hacen la rebusca de heridos para ultimarlos, los soldados de Herrera, de Cáceres y Bedoya, caen sobre Huaraciña, aguada defendida por el comandante Vidaurre, con los soldados de marina.

Apenas aparece el enemigo, Vidaurre, destaca cincuenta hombres a cargo del capitán Gabriel Álamos, con orden de atacar por el flanco; mientras él sale de frente con el resto de su tropa.

El doble movimiento tiene éxito; envuelta el ala izquierda contraria, se retiran derecha y centro, dejando prisioneros al mayor Tomás Mayen, al capitán José S. Mayo, y a los tenientes Belisario N. Morangon y Manuel Véliz, con el consiguiente número de tropa.

Todavía queda un punto cercano a Huaraciña en donde se siente nutrido tiroteo. Se trata de un rancho de quincha y barro, sobre el cual flota una banderita chilena.

Una veintena del 2º hace honor al pabellón, mandados por el teniente Abraham Valenzuela, subteniente Carlos Arrieta Caña y sargento 2º Juan Felipe Machuca.

Dirigían el ataque contra este puñado de valientes, el comandante don Daniel Moran, con su batallón Dos de Mayo; el mayor Lizandro Quezada y el capitán Félix del Piélago, con algunas compañías, respectivamente de los batallones Zepita e Iquique.

Rabioso el enemigo por la resistencia y pérdidas que sufre, prepara el asalto rodeando las pircas que circundan la choza.

Los defensores no esperan el ataque; salen a las pircas, llevando en alto la banderita sagrada; se parapetan y rompen acelerado fuego.

Poco después los tiros se multiplican. Son los heridos, que llegan arrastrándose, y vienen a disparar el último tiro y a morir en su puesto.

Los atacante; vacilan; el momento es propicio; los que quedan ilesos saltan las pircas, y al grito de ¡Viva Chile! cargan a la bayoneta.

Los peruanos vuelven caras; en la persecución, los nuestros capturan al comandante don Mariano Moran, con dos oficiales y algunos individuos de tropa.

Unidos poco después a otro puñado de segundos, mandado por el teniente Carlos Gaete Vergara, ingresan a la tropa de Vidaurre, a quien entregan los prisioneros.

Valenzuela y Arrieta mandaban 27 hombres; salvan ocho; diez y nueve quedan en el campo.

Los peruanos los llevan a la cabaña, sin distinción de heridos y muertos. Reúnen monte y le encienden fuego por los cuatro costados. Homérica tumba para los diez y nueve valientes.

Valenzuela y Arrieta recibieron un galón más en Santa Catalina; el sargento Machuca ascendió a 1º de la 2ª compañía del 1º batallón, con dos meses de permiso para ir a la Serena a tomar los aires de la patria y lucir la bien ganada jineta.

Son las 6 P. M.

Vidaurre aprovecha la momentánea retirada de los contrarios para salir de la quebrada y unirse con Arteaga, que sostiene vivo tiroteo con el coronel Dávila.

El jefe chileno retrograda lentamente para que los heridos ganen terreno. Los leves marchan a pie; los graves en brazos de sus compañeros o en las bestias de oficiales o de servicio.

Como escasea la munición, se provee de tiros a un centenar de infantes, para cubrir la retirada, en tanto Villagrán con los granaderos, contiene a los más osados.

El movimiento continúa sin interrupción hasta las 6 P. M. hora en que el general Buendía llega a la vanguardia mandada por el coronel Dávila.

Después de observar por algunos momentos la línea chilena, ordena la contra-marcha del ejército, en dirección a Tarapacá a cuyo pueblo entra a las 8 P. M.

Arteaga, libre de cuidados, hace alto, para dar descanso a sus tropas, fatigadas por el duro trabajo del día; pero siempre altivas, dispuestas a sucumbir antes que rendirse.

El general peruano disponía de hora y media de sol para destruir a la división chilena, si lo hubiera juzgado posible. Prefirió retirarse, para emprender inmediata marcha hacia Arica.

La conducta del general, dicen los partes oficiales, obedeció a la falta de municiones; cosa inadmisibles, pues en la retirada dejó el campo sembrado de cajones de tiros, que recogieron nuestros soldados del bagaje.

El señor Buendía tuvo esa tarde, para la segunda acción, un efectivo de 3.800 hombres, fuera de las reservas, que también se empeñaron a su tiempo; el coronel Arteaga queda y se retira con 1.344 plazas, agotadas las municiones, llevando multitud de heridos que embarazan la marcha, y desguarnecido por la distracción de buen número de tropa para la custodia de los prisioneros.

Quedaron en el campo, mil chilenos, además de 76 prisioneros que nos hizo el enemigo, a quienes oficiales dignos salvaron del repaso.

Nuestros heridos empiezan a llegar a Dibujo a la una de la mañana, e ingresan inmediatamente a los hospitales. Han recibido auxilios en el desierto por gente enviada con agua y víveres, por el general Baquedano, merced a cuya medida salvan muchos de perecer víctimas de la sed.

El coronel Arteaga entra a las 7 A. M. y desfila a la cabeza de la División, que marcha correctamente, no obstante la noche siberiana pasada en la pampa del Tamarugal.

Por su parte, el general Buendía deja el pueblo de Tarapacá, y emprende viaje a Arica, abandonando a los heridos no obstante encontrarse entre ellos, jefes de graduación y oficiales meritorios.

Ambos comandantes en jefe abandonan el campo de batalla, casi simultáneamente, llevando prisioneros; Arteaga a las 7:30 P. M.; Buendía a las 7:15.

Horas después de la partida de los peruanos, que más parecía fuga, entra a la plaza el coronel Urriola, que recoge los heridos de uno y otro bando, y da a los muertos piadosa sepultura.

Y mientras encarga a los cirujanos igual tratamiento a amigos y enemigos, humeaban aun las piras en que fueron abrasados vivos nuestros soldados.

Los cirujanos enviaron paulatinamente a los heridos a los hospitales fijos de Iquique y Pisagua, y a la 1ª Ambulancia Valparaíso, acampada en Dolores, a cargo del cirujano Teodosio Martínez Ramos.

La acción de Tarapacá dió origen a numerosas recriminaciones y a la solicitud de diversos jefes, que pedían se abriese sumario, para el esclarecimiento de la conducta de cada cual.

El coronel Arteaga fué el único que no entabló reclamo de ninguna especie, ni inculpó a nadie; asumió por entero la responsabilidad de los acontecimientos, y volvió calladamente a Santiago, a cooperar a la defensa nacional en puestos de responsabilidad que exigían competencia profesional.

El Ministro de la guerra, de acuerdo con el Gobierno, se negó a iniciar sumario alguno sobre los acontecimientos de Tarapacá, para evitar disgustos y enconos perjudiciales a la disciplina.

Se tomaron, sí, tres resoluciones justísimas, con aplauso de todos, por vía de sanción.

1ª Ascender a teniente coronel al sargento mayor don Jorge Wood.

2ª Quitar el mando del 2º de línea al sargento mayor tercer jefe, que pasó a la Asamblea de Santiago, en donde falleció en su mismo grado, treinta y cinco años después.

3ª Exoneración de puesto al teniente coronel de guardias nacionales, don José Francisco Vergara, que volvió a Viña del Mar, a atender sus negocios particulares, abandonados por servir al país con la decisión y entusiasmo característicos.

El Gobierno del Perú trata duramente a los jefes de Tarapacá.

S. E. el Presidente de la República ordena someter a juicio al general Buendía, cuyas tropas pasan a las órdenes del contralmirante Montero, jefe político y militar de Arica.

Este jefe no sólo se limita a procesar a Buendía, sino también a Suárez, jefe de Estado Mayor General; y a los jefes divisionarios y comandantes de cuerpo.

Años después, cuando los politiqueros del Rimac inventaron la revancha y nacieron las cautivas; y la reivindicación de Tacna, Arica y Tarapacá, constituyó plataforma electoral, los peruanos dieron proyecciones de victoria a la acción del 27 de Noviembre, creando héroes invictos, beneméritos de la Patria, en grado heroico y eminente.

Los caudillos se acuerdan tardíamente de la victoria ignorada, la sacan a luz, y dan honores y recompensas a los titanes de esa batalla.

El general Andrés Avelino Cáceres recibe el bastón de gran mariscal en fiesta solemne; el 15 de Septiembre de 1920, el Congreso aprueba la ley de nominación de las unidades del ejército de línea, y reserva los siguientes nombres para los cuerpos que figuraron en esa colosal jornada; Arequipa, al N° 9; Ayacucho, al N° 11; Tarapacá al N° 13; y Cuzco al N° 15.

No se acuerdan que procesaron, encarcelaron y castigaron a los jefes de Tarapacá; celebran ahora los aniversarios con grandes festejos; se hace bombo en la prensa, en las escuelas, en la Universidad, y el pueblo cae en la mistificación de haber conquistado un brillante triunfo.

Pero quien estudia con frialdad esta función de guerra, se convence de que la expedición chilena fracasó, eso sí; pero que hubo derrota, eso no.

Una marcha en retirada, con armas y bagajes, con heridos y prisioneros, mientras el enemigo abandona el campo de batalla, y deja heridos, municiones y equipaje, no es, ni será jamás una derrota.

Horas después, el coronel Urriola ocupa la plaza, con los heridos de las ambulancias enemigas, y el armamento, municiones y bagajes abandonados por los peruanos en su precipitada fuga.

CAPÍTULO XXIX.

Después de Tarapacá.

Los peruanos pusieron fuego a toda construcción capaz de dar abrigo. Ahí se carbonizaron muchos refugiados para restañar la sangre de sus heridas.

Esta conducta del adversario queda comprobada con la proporción en los muertos: 562 chilenos de 2.283 combatientes, contra 236 peruanos de los 5.381 que entraron en acción.

Porcentaje: De parte de los chilenos, el 24%; del lado peruano, el 4,5%.

Cuanto a responsabilidad por parte de los dirigentes chilenos, los siguientes hechos pueden servir de base para las apreciaciones del lector.

1° El coronel Sotomayor avisó oportunamente al Ministro de la Guerra, desde la estación de Pozo Almonte, que el general Buendía concentraba 4.000 hombres en Tarapacá, rehaciéndose para emprender marcha en dirección al puerto de Arica.

A su llegada a Iquique, el coronel reitera su aviso, por intermedio del comandante don Arístides Martínez.

El señor Ministro no toma en consideración tan importante noticia; él, tan celoso de controlar las operaciones de guerra, pudo haber comunicado al general en jefe la concentración denunciada, o tomar alguna medida de carácter militar, en resguardo del ejército.

2° Vergara se informa en el camino que en Tarapacá hay más de 2.500 hombres; pide 500 del 2° para asegurar el éxito de su comisión. Después, Laiseca le da cuenta de que Buendía tiene más de 4.000 hombres, y calla.

Luego su intento no era efectuar un reconocimiento, como se le encomendara, sino empeñar batalla, en la convicción de alcanzar una victoria fácil.

El general Baquedano, que suplía al general en jefe en la zona de Dolores, ausente en Iquique, envía a Vergara, no los quinientos infantes solicitados, sino la división íntegra del coronel don Luis Arteaga, actual jefe de Estado Mayor General, en reemplazo de don Emilio Sotomayor.

El refuerzo de esta división significaba la pérdida del mando del comandante Vergara, pues además del coronel Arteaga, iban con él los comandantes de cuerpo Ramírez y Vidaurre, más antiguos que el señor Vergara.

3° La partida de Negreiros sin víveres ni agua, no tiene explicación racional, tratándose de una marcha en suelo estéril, bajo un sol abrasador.

Recibida la comunicación de Arteaga, en que éste le ordena regresar, o hacer alto en el punto en que se encuentre, el jefe del reconocimiento debió contramarchar, ya que la falta de agua le tenía desfallecidos a hombres y caballos.

Regresando a Dibujo, el coronel Arteaga podía relevar a Zapadores, agobiado por las idas y venidas últimas; no tenía sino pedir el reemplazo por telégrafo, para que le llegaran por ferrocarril cuerpos acampados en Dolores, deseosos de batirse.

4° Operada la conjunción de Arteaga con Vergara, resuelven marchar sobre el enemigo. Es la única solución posible. La vuelta condenaba a la división al martirio de la sed. El agua estaba en Tarapacá; había que ir a buscarla.

5° El consejo, consulta o conciliábulo de la noche del 26, reviste caracteres poco correctos, con tintes de egoísmo.

Una de dos: o el comando procede por resolución propia, o por consejo de jefes, sin exclusiones odiosas.

6° La dislocación de las tropas en tres secciones, constituye un error profesional lamentable; cada subdivisión quedaba tan débil con respecto al enemigo, que éste podía aplastarlas fácilmente en

detalle. El comandante Vergara calculaba el total del enemigo en 2.300 hombres; 1500 por referencia de los peruanos y 800 en que calculó por sus propios ojos, el contingente del coronel Ríos. Esto, haciendo caso omiso del cómputo de Laiseca.

¿Por qué fraccionarse ante efectivo tan superior?

¿Por qué olvidar el principio estratégico de unir todos los efectivos, para ser más fuerte que el enemigo en el momento preciso y en el punto dado?

7° El envío del 2° de línea al fondo de la quebrada, falta monumental, condena a este valiente cuerpo al fusilamiento a mansalva.

8° El fraccionamiento de la artillería la hizo perder enteramente la eficiencia de operar en masa, formación en que estriba la potencia del arma.

La división debió marchar en un solo cuerpo, unida, a la Boca de la quebrada, distante pocos kilómetros, para apagar la sed en Huaraciña, dar descanso a la gente, subir después a la meseta izquierda, y no a la derecha como aconseja el coronel Ekdahl. Por la izquierda, Arteaga conserva la línea de comunicaciones con retirada expedita, en caso de quebranto, diligencia primordial en todo comandante de tropas. Por la derecha ya no era dueño de la línea de comunicaciones; si sufría un revés, quedaba cortado por el enemigo, sin retirada posible, hacia su base de Dibujo o Negreiros.

Marchando la división en conjunto, dominadora de la meseta en la mañana del 27, habría cogido a Buendía con armas en pabellón, ocupadas las tropas en los preparativos de su retirada sobre Arica.

El comando peruano al sentirse cañoneado desde las alturas coronadas de infantes, y con la caballería en marcha sobre Quillahuasa, no tenía más salvación que trasladarse rápidamente a este punto, y llegar a Pachica, en donde le habían precedido dos divisiones. Seguramente, bajo el cañón chileno, la marcha no habría sido tan ordenada, como lo hubieran deseado los jefes aliados.

De todas maneras, abandonando Buendía los acantonamientos, dejaba limpia la quebrada, sin mayor costo de vidas.

El general peruano tenía prisa en aumentar la distancia que lo separaba de los chilenos. Su conducta lo prueba: después de los combates del 27, evacua apresuradamente el pueblo de Tarapacá, abandonando intactos, cajones de municiones, cargas de víveres, las armas de los muertos y heridos, las tiendas de campaña y las ambulancias. Los cadáveres insepultos quedan botados en las calles, en los caminos y en los potreros de la vecindad. Más de doscientos heridos, entre ellos jefes y oficiales de mérito, yacen entregados a su propia suerte, en espera de las ambulancias chilenas que los recojan y atiendan.

Nuestros cirujanos encuentran en una barraca diez y seis oficiales heridos, entre los cuales estaba el coronel Ríos, jefe de la 5ª División, recién llegada de Iquique. Conducido con esmero a esta ciudad, falleció al entrar a la plaza, no obstante las solícitas atenciones para conservarle la vida.

Sin la llegada del coronel Urriola habrían perecido todos los heridos peruanos y bolivianos, víctimas del mal corazón de sus compañeros.

La división Urriola llevó la piadosa misión de enterrar muertos, efectuar la evacuación de los heridos, amigos y enemigos, a través del desierto, hasta entregarlos a las ambulancias, que los remitía a los hospitales fijos de la costa.

Terminadas estas tareas, pudo hacerse el balance de las pérdidas sufridas por los contendores.

Bajas de jefes y oficiales de la división chilena.

Artillería.- Herido: Teniente Filomeno Besoáin.

Artillería de Marina.- Heridos: Capitanes Carlos Silva Renard, Juan Félix Urcullu y subteniente Benjamín Gómez.

2° de Línea.- Muertos: Comandante, teniente coronel don Eleuterio Ramírez; teniente coronel 2° jefe, don Bartolomé Vivar; capitanes Diego Garfías Fierro, Ignacio Silva y José Antonio Garretón; teniente Jorge Cotton Williams; subtenientes, Telésforo Guajardo, Belisario López, Clodomiro Bascuñan, Telésforo Barahona, José Tobías Morales y Francisco 2° Moreno.

Heridos: Capitanes Bernardo Necochea, Emilio Larraín y Abel Garretón; subtenientes Víctor Lira Errázuriz, Pedro Párraga, Manuel Larraín, Ricardo Bascuñan, Enrique Tagle Castro, Emilio Herrera, Manuel Luis Olmedo y Domingo Jofré.

Zapadores.- Muertos: Subtenientes Amadeo Mendoza, Froilan Guerrero, Francisco Álvarez, Ricardo Jordan y Francisco Silva N.

Heridos: Capitanes Belisario Zañartu y Alejandro Baquedano.

Batallón Chacabuco.- Muertos: Sargento mayor 2° jefe, Polidoro Valdivieso; ayudante mayor, José Agustín Frías; tenientes Pedro Urriola y Jorge Cuevas.

Heridos: Capitán Carlos Campo; teniente Francisco J. Silva; subtenientes Ramón Lorca y Pedro Fierro Latorre.

Bajas de jefes y oficiales de la división peruana.

Regimiento Dos de Mayo.- Muertos: Coronel graduado Manuel Suárez; teniente coronel graduado Daniel Torrico; subteniente Manuel J. Osorio.

Heridos: Capitán graduado Manuel A. Rivera; subtenientes Lucas Gao, Tomás Berengel, Guillermo Bello, José Torres Paz y Pedro Torres.

Segunda División.- Herido: jefe de Estado Mayor, coronel Isaac Recabarren.

Cazadores de la Guardia N° 7.- Muertos: Capitanes Marcos Alberto Odiaga y Enrique Vargas.

Columna Loa.- Muertos: Capitán Aniceto Rivera; subtenientes, Rubén Córdova, Nicanor Montes y Adolfo Vargas.

Heridos: Subtenientes Luis Mugustegui y José Cuellar.

Guardias de Arequipa.- Muerto: Capitán graduado Clodomiro Chávez.

Batallón Zepita.- Muertos: Comandante accidental teniente coronel Juan B. Zuluaga; capitán graduado Francisco P. de Figueroa; subtenientes Juan M. Cáceres y Juan R. Meneses.

Heridos: Sargentos mayores Benito P. de Figueroa y Luis Lazo; sargento mayor graduado Juan M. Calderón; capitán graduado, Julian Cruzado; teniente, Telémaco Delfín; subteniente, Federico Ramírez.

Batallón 2° Ayacucho.- Muertos: Teniente, Mariano Marquezado; subtenientes, Juan B. Tafur y Manuel Ponce.

Heridos: Capitán graduado Juan de Dios Vera y teniente Agustín. Zespa.

Columna Tarapacá.- Muertos: Sargento mayor Francisco Perla; subteniente, José Gavilán.

Heridos: Capitanes graduados, Rosendo Carrión, Federico C. Rivera, y Ambrosio Guimaraens.

Brigada de Artillería.- Heridos: Sargento mayor, José R. de la Puente; id. graduados, Guillermo Guerrero y Francisco Pastrona; capitán graduado, Eloi Caballero; tenientes graduados, José O. Cáceres y Nicanor A. Málaga; subtenientes, Federico Pezet, Lino A. Zenteno y Enrique Varela.

Ayacucho N° 3.- Muertos: Sargento mayor, Leandro Escobar; teniente, Elíseo Valencia; subtenientes, Ismael Cornejo y Manuel Lozada.

Provisional de Lima N° 3.- Heridos: teniente coronel, Eduardo Pflueker; capitán, José García.

Cazadores del Cuzco N° 5 de línea.- Muerto: Subteniente, Enrique Vargas.

Columna Naval.- Muerto: Capitán, Sixto Méndez.

Heridos: Teniente coronel José María Melendez; tenientes, Federico Mindreau y Pablo Portillo.

División Vanguardia.- Herido: Teniente José María Ochoa.

Batallón Iquique.- Muerto: Capitán José Gil.

Heridos: Coronel Alfonso Ugarte; sargentos mayores, Lorenzo P. Infantas y Rosendo Ballon; capitán, José S. Olivencia; subteniente, Mariano L. Arias.

Se ignora el paradero del capitán José S. Mayo; tenientes, Belisario Mugaburú y Manuel E. Vélez; instructor, sargento mayor Tomás Ballin; subteniente, Manuel P. Reyes.

Bajas chilenas, jefes y oficiales.

Jefes muertos.....	3
Oficiales muertos.....	18
Oficiales heridos.....	21
Total:.....	42

Tropa.

Muertos.....	525
Heridos.....	191
Desaparecidos.....	16
Total:.....	732

Resumen Muertos:

Jefes y oficiales.....	21
Tropa.....	525
Total:.....	546

Resumen Heridos:

Oficiales.....	21
Tropa.....	191
Total:.....	212

Resumen General:

Muertos.....	546
Heridos.....	212
Total:.....	758

Desaparecidos (Prisioneros)...	16
Total general:	774 bajas.

Los peruanos tuvieron las siguientes pérdidas:

Muertos.....	236
Heridos.....	261
Prisioneros.....	76
Total:.....	573

Tomando en consideración los efectivos del enemigo, que fueron en el combate de la mañana, 4.000 hombres, aumentados en el de la tarde con los 1.381 que volvieron de Pachica hacen un total de 5.381 combatientes. Perdieron, pues, los peruanos un 10% de su gente.

Nosotros tuvimos un porcentaje de pérdidas muy subido, 37,5%, según las nóminas.

El señor Bulnes apunta el 36,26% de bajas en nuestros efectivos.

Resumen Comparativo:

Chilenos: 37,5% sobre 2.283 combatientes.

Peruanos: 10 % sobre 5.381 combatientes.

Tan pronto el Ministro Sotomayor tuvo conocimiento de la batalla de Tarapacá, ordenó por telégrafo al general Baquedano, que permanecía en Dolores, que hiciera perseguir al enemigo por la caballería, “aunque los caballos estuviesen cansado”.

En consecuencia, el comandante Yavar, con 300 cazadores y granaderos, sale en dirección a la quebrada de Suca, en donde podía cortar al enemigo.

Buendía, temeroso de esta maniobra de la caballería chilena, que consideraba segura, sale de la quebrada tarapaqueña, dejando a la izquierda el camino a Camarones, por Suca, para internarse en el dédalo de las quebradas andinas, por senderos de cabras, conocidos apenas por cazadores de vicuñas o por contrabandistas.

Tan desconocidas son algunas veredas, que los guías se pierden tres veces, obligando al ejército a deshacer lo andado.

La marcha se efectúa penosamente; el ejército arrastra a los heridos, y al paisanaje de los pueblos vecinos que huye, temeroso de las represalias del enemigo.

Causa lástima ver a las mujeres, cargadas con sus niños, marchar por esas soledades, agobiadas por el hambre y la sed.

El general cree encontrar recursos en Camiña; pero los primeros fugitivos saquearon horrorosamente la población.

Hé aquí el itinerario seguido por las tropas:

Día de llegada	Lugares	Distancias
Noviembre 28	Pachica	3 leguas
“ 29	Mocha	8
“ 30 y 1º Dic.	Pacomilla	8
Diciembre 2	Lipiza	2
“ 2	Sotoca	2
“ 2	Jaina	2
“ 3 y 4	Soga	7
“ 5	Camiña	7
“ 6 y 7	Maquilla	4
“ 8 y 9	Nama	6
“ 10	Mamuta	7
“ 11	Esquiña	7
“ 12, 13 y 14	Codpa	10
“ 15 y 16	Chaca	12
“ 17	En la pampa	7
“ 18	Arica	3

O sea un total de 95 leguas de a cinco kilómetros, aunque las hay de seis y más. Los serranos carecen de la noción de la distancia. Anuncian que un pueblo está allicito, al otro lado de la puntilla, y se necesita un día largo para llegar a él.

El ejército peruano hizo 546 kilómetros, en 21 días, a razón de 26 kilómetros diarios, más o menos, por caminos infernales, desfiladeros horribles y médanos de piedra y arena, calcinados por el sol, y con temperatura bajo cero por la noche y de fuego durante el día. “La falta de recursos era absoluta, dice el corresponsal de la Prensa Asociada de Lima, don Benito Neto: caseríos y pueblos hallábanse completamente abandonados; los habitantes habían huido a Tacna, Arica y otros puntos.

Conseguir un pan, un cigarro era tan difícil como encontrar un garbanzo de a libra.

He visto dar un sol por una galleta, y había quienes ofrecían diez por una libra de azúcar.

En Camiña, que era uno de los pueblos mejor abastecidos, que tenía el departamento, los dispersos de nuestro ejército habían hecho tabla rasa. Lo habían saqueado, y pásmense Uds. ¡a la cabeza de esos dispersos venían jefes!

La carne de borrigo y de caballo era un potaje que estaba a la orden del día en la marcha.

Muchos heridos que venían con el ejército, hacían la marcha a pie.

Era imposible conseguir bestias. También eran muchas las familias que seguían a aquel.

¡Qué espectáculo tan triste y aflictivo presentaban éstas!

Partía el corazón ver aquellas pobres mujeres, aquellas desgraciadas criaturas, marchando por el desierto, acosadas por el hambre y la sed.

Tres veces se extravió el ejército. Y no es de extrañar. Hay parajes en las sierras que hemos recorrido más enredados que el laberinto de Creta.

Jaina fué el primer punto en donde recibimos provisiones de Arica. Encontramos galletas, charqui y arroz.

Después de tantos días de privaciones, nos fué dado saborear algo que podía llamarse comida. Hasta entonces no habíamos tenido sino, cancha (maíz tostado) y carne en muy poca cantidad.

Una de las cosas que he notado, o más propiamente que me ha chocado, ha sido la frialdad y poco aprecio que manifiestan aquí por el glorioso ejército del sur.

No han faltado quienes parangonen aquel combate con una riña de gallos y la hayan declarado tablas”.

Hasta aquí el corresponsal.

Como se ve, las autoridades militares peruanas, dieron a la acción de Tarapacá su justo valor, que a haberle concedido el rango de victoria, otro habría sido el tratamiento recibido por Buendía, Suárez y demás jefes del ejército del sur, que permanecieron presos, mientras se les procesaba por su actuación.

J. V. Ochoa, en sus “Semblanzas de la Guerra del Pacífico” condensa la situación en los siguientes términos:

“Tampoco hablaremos en esta ocasión del combate de Tarapacá, brillante desquite que los *aliados* obtuvieron espontáneamente sobre las armas de Chile y que *aquellos* lo convirtieron en derrota por el miedo cerval con que emprendieron la retirada, dejando al enemigo todo un botín de victoria”.

Enjuiciados los oficiales generales y jefes del ejército de Tarapacá, los cuerpos que lo formaban fueron disueltos y pasaron a llenar bajas en el ejército del contralmirante Montero, refundidos en otras unidades.

Desde entonces el Perú perdió definitivamente la provincia de Tarapacá, según declaración de los mismos peruanos.

El general don José Ignacio Prado abandonó a Arica tan pronto como tuvo conocimiento de la retirada de los restos del ejército del sur sobre esa plaza.

Nombró comandante en jefe de todas las tropas al contralmirante don Lizardo Montero, hasta entonces gobernador militar del puerto de Arica.

Llegado a Lima, Prado reasumió las funciones de primer magistrado, puesto en el que le subrogaba en carácter de Vicepresidente de la República, el anciano general don Luis Lapuerta.

Lima estaba sobre un volcán. Prado quiso cambiar Ministerio para salvar la situación pero los hombres de más influencia le significaron que se necesitaba un cambio de régimen.

El 18 de Septiembre de 1879, el general Prado resuelve salir del país, por demandar su presencia en el extranjero asuntos muy importantes y urgentes.

En consecuencia, en virtud de los artículos N° 90 y 93 de la Constitución, encarga del mando supremo al primer Vicepresidente de la República, general don Luis Lapuerta, quien en el mismo día 18, asume el poder ejecutivo.

El 20, el general La Cotera, Ministro de la Guerra, sospechoso del coronel don Pablo Arguedas, jefe del batallón Ica, acuartelado en la plaza de la Inquisición, manda con un ayudante la orden de que envíe a palacio dos compañías de su cuerpo.

Arguedas no accede, porque la tropa carece de forniture.

Se encoleriza La Cotera y llama a Arguedas. Este no concurre por encontrarse enfermo.

Insisten uno y otro sobre las dos compañías.

El Ministro ordena que los batallones 2, 3 y 24, Guardia de Honor, Ancach N° 10, y algunos otros cuerpos se constituyan en la plaza de la Inquisición e intimen rendición al Ica, que se atrincheró en el cuartel.

Se rompen los fuegos. Como la infantería es impotente, La Cotera hace funcionar la artillería y ametralladoras.

El Ica tiene 7 muertos y 7 heridos y no cede, encontrándose bien atrincherado. La Cotera ataca a descubierto.

Sufren muchas bajas sus tropas de la Guardia de Honor, comandante Ricardo Espiell, del Ancach, N° 10, y del Paucarpata N° 14 que ataca por la calle Universidad y Bomba Roma, sin resultado.

Son las 7 P., M.

A esa hora comunican a La Cotera que avanza Piérola con el batallón Guardia Peruana N° 8, por la Concepción, camino a Palacio.

La Cotera concentra su gente en la plaza principal.

La Guardia Peruana avista al Izcuchaca N° 23, le hace fuego y le pone en fuga.

Piérola entra a la plaza Inquisición, ataca por el flanco a las tropas que combaten contra Arguedas, y las dispersa.

Inmediatamente marcha a la plaza principal, y ataca al batallón Callao de 800 plazas. Este retrocede y se encierra en Palacio.

Dueño del campo, sigue a la plaza San Juan, restableciendo el orden.

Piérola organiza las tropas que se le juntan.

El 22, muy temprano entra al Callao, a la cabeza de los batallones, Guardia Peruana N° 8, Ica, Huarochirí, Guardia Civil y gran cantidad de pueblo armado.

Sin disparar un tiro, toma el Arsenal, guarnecido por el batallón Cajamarca, que se rinde.

Las autoridades se retiran al Castillo Independencia.

A las 9 A. M. se entrega el Castillo, con las autoridades Y fuerzas que encierra.

El prefecto Felipe S. Salaberry, se retira a Lima, enteramente solo, con permiso de Piérola.

Este, dueño de la plaza, nombra prefecto del Callao al coronel don Pedro José Saavedra; y organiza el ejército con los siguientes cuerpos y comandantes:

Cuerpos	Comandantes
8 de Octubre.....	Montes

Policía.....	Relayza
Caballería.....	Bedoya
Cajamarca.....	Iglesias
Artillería de Plaza.....	Saavedra
Columna 2 de Mayo.....	Huertas
América.....	Chorum
Guardia Peruana N° 8.....	Piérola
Ica.....	Arguedas
Guardia Civil de Lima.....	Bustamante
Guardia Civil del Callao.....	Villavicencio
Huarochirí y otros dispersos.	

A las 7 P. M. penetra a Lima, aclamado por el pueblo y las tropas. A la cabeza de la Guardia Peruana atraviesa las calles desde la columna 2 de Mayo hasta el Palacio de Gobierno, al que entra vencedor.

El pueblo apiñado al pie de los balcones por la calle Desamparados, pide que hable el Dictador.

Pronuncia un elocuente discurso y expone su programa, que se sintetiza en arrojar al enemigo del territorio nacional.

Entra en funciones con actividad prodigiosa. Da una proclama, firma una circular para las cancillerías extranjeras, nombra Ministerio, hace promulgar un estatuto provisorio y designa un Estado Mayor General para activar la guerra.

Distribuye las fuerzas del país en cuatro ejércitos activos:

El 1° y 2° para el sur.

El 3° para el centro.

El 4° para el norte.

Y para llenar los efectivos establece el servicio militar obligatorio.

Todos los ciudadanos de 18 a 30 años formarán en los ejércitos activos; los de 30 a 50 en la reserva movilizable; y los de 50 arriba en la sedentaria.

Obtiene un grueso empréstito de Dreyfus y Cía., reconociéndoles un crédito discutible de 4 millones de libras esterlinas, concediéndoles además el privilegio de exportar 800.000 toneladas de guano.

Se arregla con los acreedores ingleses, entregándoles la tenencia y administración de los ferrocarriles del Estado.

Merced a tan liberales concesiones, los acreedores le remiten de Enero a Abril, 6.500 rifles sistema moderno, y 2.600,000 tiros; y en junio, elementos militares en vestuario, equipo y municiones, llegados en 2.040 cajones.

Constituido el Gobierno de hecho, el Dictador nombra general en jefe del ejército del sur, al contralmirante Montero, quien acepta el cargo y reconoce el nuevo estado de cosas.

Los bolivianos dan un paso semejante.

Al llegar a La Paz los derrotados de Dolores, el pueblo enfurecido, echa la culpa del desastre al Gobierno.

El Ministerio encargado del poder ejecutivo, huye y se oculta.

El alcalde de la ciudad toma el mando, y se asesora de una Junta de Vecinos.

Estas noticias llegan a Tacna y producen honda sensación.

Daza enfurecido, resuelve dirigirse a La Paz, con el ejército, a castigar a los traidores.

Se fragua entonces una conspiración entre Montero y los principales jefes bolivianos.

El primero no puede ver con buenos ojos el retiro de las fuerzas bolivianas de Tacna, ante la amenaza del avance del ejército chileno; los segundos están hastiados de Daza, de sus orgías y de la brutalidad de sus modales.

El autor de estas líneas tuvo oportunidad de enterarse de los detalles de este golpe de estado.

En 1884, encontrándose de guarnición en Puno, recibió orden de acompañar, en calidad de ayudante, a la Misión Boliviana que se dirigía a Santiago a celebrar la paz con nuestro Gobierno.

Venían como jefes de ella, los señores Belisario Salinas, Vicepresidente de la República y Belisario Boeto, Presidente de la Excma. Corte Suprema.

Actuaban como secretarios, los señores Julio Salinas y Fernando Guachalla, este último persona cultísima, de sólidos conocimientos y claro talento, con quien intimó el ayudante, al punto que tradujeron algunos cantares quichuas, en cuya lengua el señor Guachalla constituía autoridad.

En las interminables horas del largo viaje, de Puno a Mollendo y Valparaíso, comentaban asuntos de actualidad, sin prejuicios y con altura de miras.

En una de esas conversaciones, el señor Guachalla recordó la deposición de Daza, celebrando su caída, sin pérdida de vidas, merced a una estratagema ideada por el almirante Montero de acuerdo con los altos jefes bolivianos.

En un día dado, el almirante pide por telégrafo a S. E. el señor Daza que se sirva bajar a Arica, para una conferencia de alto interés político. Daza no se hace esperar y arriba al puerto en el tren de la mañana.

En cuanto se ausenta de Tacna, el general Camacho envía a los Colorados a efectuar el aseo personal en las aguas del Caplina. Llevan rifles más no municiones.

Alejado el cuerpo favorito del Presidente, se reúnen los jefes, deponen a S. E. y confían el mando del ejército al general Camacho, dando cuenta por telégrafo del acta levantada en la reunión, al Gobierno de La Paz, y al almirante Montero.

En la tarde vuelven los Colorados, y encuentran al ejército amunicionado y listo para entrar en acción, No habiendo otro partido que tocar, se pliegan al movimiento. Todo esto se comunica a Montero, como así mismo el envío de 100 hombres a la estación anterior a Tacna, con orden de fusilar a Daza a su regreso.

Mientras tanto, éste permanece en gratos coloquios con Montero, y arriban a un completo acuerdo, sobre futuras operaciones.

El general Daza regresará con su ejército a La Paz, castigará a sus enemigos, y después se dejará caer sobre los chilenos por Atacama, en tanto Montero en persona baja de Arica a Camarones y de ahí avanza a partir la línea chilena Pisagua - Dolores.

Después de opíparas once y copiosas libaciones, el Presidente se retira satisfecho, paladeando los suplicios que propiciará a los revoltosos de La Paz que habían levantado bandera en su contra.

Embarcado en el tren, éste no parte, por inconvenientes imprevistos.

En tal circunstancia, llega un edecán del almirante, y le trae copia del telegrama, en que se comunica su deposición y la orden de fusilarlo a su llegada.

Daza solicita fuerzas de Montero para sofocar la rebelión; como éste se las niega, acepta los hechos consumados. Aprovecha el primer vapor para embarcarse con rumbo a Europa, en donde tiene capitales en Bancos de Paris y Londres.

Camacho queda reconocido general en jefe, con gran satisfacción de Montero.

La junta de notables de La Paz elige Presidente provisorio al general don Narciso Campero, a quien reconoce el Dictador Piérola.

Campero es una distinguida figura militar.

Se batió con Rendón contra el ejército argentino de Heredia, y estuvo en Ingavi, con Ballivián en 1841, en cuya acción quedó en el campo el Presidente peruano general Gamarra.

Mandado por el Gobierno a Europa a perfeccionar sus conocimientos militares, ingresó a Saint Cyr, e hizo poco después la campaña de Argel, como oficial de Estado Mayor.

En 1873 desempeñó en Paris el cargo de Ministro Plenipotenciario de su patria, ante el Gobierno del Elíseo.

Últimamente comandaba la División del sur, que no pudo organizar debidamente, porque Daza, temeroso de su prestigio, no le proporcionó los elementos necesarios para el equipo de las tropas, que podían servir de instrumento al general para alzarse contra el Presidente en ejercicio.

Los movimientos simultáneos que elevaron a Piérola y a Camacho, crearon una situación nueva para el desarrollo de los acontecimientos militares, con mayor vuelo para la prosecución de la campana.

CAPÍTULO XXX.

Fin de la Campaña de Tarapacá.

La retirada del ejército peruano entrega al Gobierno de Chile la provincia de Tarapacá, cuya área alcanza a 16.789,50 millas cuadradas: 136,50 de norte a sur, por 123 de oriente a poniente.

Esta enorme extensión territorial se compone de fajas longitudinales perfectamente caracterizadas, por su diversa composición geológica.

La primera zona de la costa, se extiende desde el mar hasta dieciocho millas al interior. El terreno sube paulatinamente desde la playa, hasta formar la cordillera de la costa; descende en seguida y se resuelve en extensas pampas estériles. Esta primera faja carece de salitre; pero abunda en minerales y guano.

Encierra grandes yacimientos de este abono, desde Camarones hasta el Loa, explotados desde el tiempo de los incas, para aumentar el rendimiento de los cultivos agrícolas.

A pesar de las grandes cantidades extraídas, las covaderas de Punta Pichalo, Patillos, Pabellón de Pica, Punta de Lobos, Huanillos, conservan aun depósitos considerables de la preciada substancia.

Mantos y vetas de cobre representan el reino mineral en Huantaca, Soronal, Punta de Lobos y Pabellón; de plata en Huantajaya, Santa Rosa, Carmen, Rosario y Sierra de la Unión. Mineros afortunados explotan filones de oro en las márgenes del Loa; y níquel en los cerros de Huantaca, aunque no en cantidad comercial.

Estas pampas encierran además extensos salares, vastos depósitos de sulfato de soda y sulfato de cal. Como hemos dicho, no se notan indicios de salitre.

La segunda zona, paralela a la primera, sigue al naciente, con sus calichales de variada ley.

Nace, por el norte, en la quebrada de Camarones, y baja por el desierto hasta la altura de Taltal, a través de las provincias de Tarapacá y Antofagasta. Al norte de Camarones, los cateadores encontraron yacimientos de caliche en las quebradas de Chaca y Azapa; pero ni la ley, ni la cantidad ofrecen base para una explotación provechosa.

El caliche no se presenta en forma continúa y uniforme.

Las capas más compactas se hallan en los faldeos y lomas, vecinas a las depresiones que rematan en la pampa del Tamarugal. En un principio, la faja salitrera comprendía un área de 120 millas de norte a sur, por dos millas de oriente a poniente; pero cateos posteriores ensancharon considerablemente la capacidad productora.

La pampa del Tamarugal forma la tercera faja, desde la quebrada de Berenguela, por el norte, hasta el río Loa, por el sur, con un ancho de 25 a 30 millas geográficas.

Esta pampa debe su nombre al árbol llamado tamarugo, ahí silvestre en unión del algarrobo y el molle. Las aguas rellenaron la profunda cuenca, con los materiales desprendidos de los Andes, arrastrados por las turbulentas avenidas de las quebradas.

El Tamarugal en épocas pasadas lucía una lozana vegetación, con sus centros de población y de cultivo. Desde el siglo XVIII, los contrabandistas fabricantes de pólvora, estancada en beneficio de la corona de España, sentaron ahí sus reales, seguros de no ser molestados.

Estos moradores utilizaron los bosques como combustible para el beneficio de los minerales y la elaboración del salitre.

Las faenas salitreras mataron con el tiempo los tamarugos, como las fundiciones de cobre acabaron con los grandes olivares de la provincia de Coquimbo y las abundantes montañas de chañares de Atacama, alterando profundamente la fisonomía meteorológica y física de estas regiones.

Día llegará en que el Tamarugal vuelva a ser un inmenso emporio cultivado, cuando los industriales lleven a la superficie el agua que corre en abundantes ríos por el subsuelo.

Si se auscultan las vecindades de cualquier quebrada seca, se percibe: claramente el ruido del agua que descende al mar por su lecho subterráneo.

La cuarta faja, al naciente del Tamarugal, abarca los contrafuertes de los Andes, de donde bajan los aluviones de los deshielos cordilleranos en atronadora avalancha en años abundantes de nieves; algunas quebradas conservan agua durante el año, como Camarones y Tarapacá; otras solo en ciertas épocas y en determinadas circunstancias.

Los indios utilizan el líquido elemento, con cuidado exquisito, para el riego de sus pequeñas heredades.

Los terrenos comprendidos entre quebrada y quebrada son de absoluta esterilidad.

La dotación de agua para los riegos podría tener considerable aumento, por medio de obras artificiales destinadas a captarlas en la época de las crecientes. Se han efectuado tímidas tentativas sin éxito, por deficiencia del capital empleado.

Esta región contiene abundantes minerales de cobre y plata.

Por fin la quinta zona luce las altas vertientes y mesetas andinas, con 35 a 40 millas de ancho, a una altura de diez a quince mil pies sobre el nivel del mar, en el límite oriental. Ahí se alzan los soberbios picos eternamente nevados, y el frío nocturno hace imposible la vida en estas tristes soledades.

Los faldeos se cubren de pasto en verano, después de los deshielos; los indios llevan ahí el ganado lanar, para la engorda, a la vez que aprovechan el buen tiempo para la recolección del azufre muy abundante y de leyes que fluctúan entre 46 y 96 por ciento. El azufre de Puquintica, a veintitrés leguas de Camiña, acusa una ley de 95 por ciento; y el de Surire sube a 99%.

La práctica secular ha dotado a los nativos de una habilidad especial para conocer a la simple vista las variedades más ricas de este metaloide, llamadas *incienso* y *negrillo*. El *blanquillo* se clasifica como producto inferior.

Nuestra administración abre ancho campo al capital, chileno y extranjero, para la explotación de las pampas, dotadas de riquezas incalculables.

Mientras Baquedano con sus tropas vencedoras continúa la campaña, el ejército de reserva custodia el fruto de los triunfos de Pisagua, Dolores y Tarapacá, conservando a Valparaíso como base de operaciones, aunque se establecieron bases auxiliares en Antofagasta e Iquique, en cuyas plazas la Intendencia General del Ejército levanta espaciosas bodegas para el abastecimiento del ejército.

Iquique, centro del movimiento salitrero, toma gran incremento bajo la hábil dirección del jefe político y militar, don Patricio Lynch, que da a conocer sus relevantes dotes de administrador público, y de mandatario trabajador y recto.

Mientras tanto, el Perú se convierte en un cuartel y Lima y el Callao, bullen electrizados por el entusiasmo desplegado pro defensa nacional, por el Dictador don Nicolás de Piérola.

El nuevo jefe del Estado se muestra incansable para el trabajo; y no desperdicia ocasión de ponerse en contacto con el pueblo para comunicarle el fuego patriótico para la defensa del suelo patrio.

Piérola pinta la situación con toda sinceridad, habla la verdad, al llamar a sus conciudadanos a salvar el país, aniquilado por los desastres de la campaña del sur; hace presente en cruda desnudez la extensión de las derrotas sucesivas, y ante el peligro conjura a sus compatriotas para tomar la revancha.

Los diarios secundan al Dictador, y presentan el cuadro desgarrador de la patria humillada por las huestes enemigas, para levantar el nivel moral de los ciudadanos.

El Nacional de Lima, importante cotidiano de la metrópoli, hace el balance de la situación, en el editorial de 29 de Noviembre de 1879, titulado: “Lo que ha sido la primera campaña, y lo que debe ser la segunda”.

Tomamos de este artículo las partes más salientes:

“En el corto espacio de cuarenta días, ha ido muy lejos el triste itinerario de nuestros desastres, y los días 8 de Octubre, 2, 19 y 20 de Noviembre, recordando las fechas nefastas de Angamos, Pisagua, San Francisco, Iquique, llevarán a la posteridad en los bronce de la historia, todo este cúmulo de desgracias:

La pérdida de nuestro poder marítimo.

La pérdida de nuestros mejores blindados.

La pérdida del contralmirante Grau, y nuestros más dignos marinos.

La pérdida de la campaña naval.

La pérdida de Pisagua.

La pérdida de su fortificación y artillería.

La pérdida de muchos de nuestros soldados muertos, heridos y prisioneros.

La pérdida de una vía férrea militar de 50 millas, y las importantes posiciones de Hospicio, Dolores, Santa Catalina y Agua Santa, y entremedio de estas.

La inespugnable y estratégica altura de San Francisco.

La pérdida de nuestros parques, armamentos y cañones.

La pérdida de nuestros almacenes y depósitos de víveres.

La pérdida de la primera campana terrestre.

La pérdida de Iquique con sus fortificaciones, artillería, ferrocarril de 56 millas y sus telégrafos.

La pérdida de Patillos, con sus ferrocarriles y telégrafos hasta Lagunas.

Todo esto quiere decir que hemos sufrido:

La pérdida de nuestro territorio hasta el grado 19.

La pérdida de más de 1.800 leguas cuadradas de superficie del Perú.

La pérdida íntegra del departamento de Tarapacá.

La pérdida de cerca de 200.000 habitantes de población.

La de nuestros ferrocarriles y telégrafos por cerca de 2.000 millas, importando más de 20 millones de pesos fuertes.

La pérdida de 2.900 millas de terrenos salitrales, importando 28 millones de libras esterlinas, o sea 140 millones de pesos fuertes.

La pérdida de los tres puertos, Patillos, Iquique y Pisagua y sus correspondientes caletas.

La pérdida de 20 millones de pesos fuertes en oficinas salitrales.

La pérdida de nuestras rentas de guano y salitre, importantes, 10 millones por año en metálico.

Y por fin, la pérdida de la integridad, y los más caros derechos del Perú, como nación independiente y soberana”.

Como se ve, el Perú entrega a Tarapacá, por inventario solemne; nuestro Gobierno hubo de recibirla lisa y llanamente.

El Gobierno y el pueblo chilenos, en la prensa, en los comicios públicos, y aun en el Parlamento afirman unánimemente la opinión de que esta provincia conquistada caramente a costa de la sangre de nuestros soldados, debe ingresar al país, como indemnización de guerra, como garantía de nuestra frontera norte, como custodio de los enormes capitales chilenos invertidos en la industria salitrera.

El mismo parecer tienen los acreedores británicos, aburridos de exigir inútilmente el pago de los cupones de la deuda externa peruana, ascendente a cuarenta millones de libras.

Hé aquí como se expresa editorialmente el *Wull-onist* de Londres, de 13 de Diciembre de 1879.

Editorial:

Habiendo Chile, por los acontecimientos de la guerra, llegado a posesionarse de la costa del Pacífico de Bolivia, y de la provincia entera de Tarapacá del Perú, es indudable, que tanto en el interés

de sus habitantes, como de toda nación civilizada y progresista, conviene que Chile quede como dueño permanente de esos territorios.

El territorio boliviano que deslinda con Chile, no forma parte, en la práctica, de Bolivia; sus habitantes son casi exclusivamente chilenos, y está cortado de Bolivia por un cordón de montañas inaccesibles. Su puerto de Antofagasta no es útil ni para las importaciones, ni para las exportaciones del interior de Bolivia, pues su entrada y salida al Pacífico, se hace por una garganta de montañas que dan al puerto de Arica, en el Perú.

Asumiendo la rectificación de fronteras uno de los resultados probables de la guerra, la provincia de Tarapacá llegará a ser desmembrada de la República peruana. En la costa e islas adyacentes de esta provincia, están los grandes depósitos de guano, especialmente hipotecados a los tenedores de bonos europeos, por un empréstito que alcanza ahora en principal y atraso de intereses, a la suma de 40.000.000 de libras esterlinas. En el interior de esta provincia están los grandes depósitos de nitratos, en los cuales los ingleses principalmente, tienen invertido unos 4.000.000 de libras esterlinas, hasta el presente. Como decíamos en la semana pasada, por la malísima administración del Gobierno peruano, estas grandes riquezas naturales, ha sido más bien una maldición que una bendición para el país. Así, si en el tratado de paz que debe ser firmado en poco tiempo más entre Chile, Bolivia y el Perú, este último de una manera irrevocable, entrega en favor de los tenedores de bonos todos los depósitos de guano y salitre en cambio de un descargo completo de toda su deuda exterior, hay buenas esperanzas para la regeneración del país, porque el pueblo y el Gobierno aprenderían la saludable lección de que las entradas cifradas en una honorable industria, tienden más al bienestar permanente de una nación, de lo que no han podido realizar nunca las minas de oro y riquezas excepcionales.

La República vecina de Chile es un brillante ejemplo entre los estados suramericanos de los benéficos efectos que resultan de la honradez, de la industria y de la probidad. Bajo tal Gobierno, los tenedores de bonos peruanos tienen la mejor garantía de que sus derechos serán respetados, y que los depósitos de guano y salitre serán administrados de manera que los verdaderos dueños reciban un retorno substancial. En la creencia de que este deseado fin será un hecho, y que una paz permanente sea establecida entre Chile, Perú y Bolivia, proponemos como un arreglo final de esta cuestión, la anexión a Chile del presente litoral de Bolivia y de la provincia de Tarapacá.

Después de la manera vergonzosa como el Perú ha jugado con sus acreedores, no puede esperar que se le trate como si durante todo el tiempo hubiera sido una nación honrada.

El Perú se atraería las simpatías del mundo civilizado; y Chile, el estado victorioso, tiene ciertamente derecho para exigir compensaciones por sus gastos y sus pérdidas”.

No terminaremos la relación de la primera campaña de nuestro ejército, sin consignar dos importantes hechos que revelan la altura de miras, con que se llevaron adelante las operaciones bélicas, por parte de Chile.

El primero se refiere al envío de los heridos peruanos a su patria, en un transporte nacional, rodeados de las atenciones y comodidades que su estado requería.

El general Escala, en vista de los pocos recursos que había en Pisagua para la atención de heridos, tanto amigos como enemigos, y la distancia a Valparaíso, para su evacuación al sur, acordó remitir los heridos perúbolivianos a Arica, junto con la ambulancia tomada en la oficina Huáscar.

En consecuencia ordena el embarco del personal y material de la referida ambulancia y el de 107 individuos del ejército enemigo, en el transporte “Lamar”.

Igualmente, en el vapor de la P. S. N. C. “Coquimbo” remite a Arica, el personal del Hospital de Iquique, el de la ambulancia y otra partida de 135 heridos y enfermos capturados en las últimas acciones de guerra.

El comandante de la corbeta “Chacabuco”, don Oscar Viel, comunica al jefe de Arica, contralmirante don Lizardo Montero, la próxima llegada de los heridos, remitiéndole la siguiente nota del general en jefe del ejército chileno:

Pisagua, 28 de Noviembre de 1879.

Señor:

En obediencia a los artículos 3º y 6º de la humanitaria Convención de Ginebra, a la que adhirieron en la actual guerra los Gobiernos de Chile y el Perú, remito a disposición de V. S. en el transporte chileno “Lamar”, bajo la bandera de la Cruz Roja, el personal completo de una ambulancia encontrada en la oficina salitrera Huáscar, y un número de heridos peruanos y bolivianos, cuya nómina hallará V. S. en el estado adjunto, firmado por el cirujano en jefe y comandante de armas de esta plaza.-
Erasmó Escala.

Al señor general en jefe del ejército perúboliviano.

Los prisioneros del “Lamar” y del vapor “Coquimbo” fueron bajados a tierra en Arica, por las autoridades sanitarias peruanas; y cumplida su misión, regresó al sur el transporte “Lamar”.

El segundo hecho humanitario que enunciamos anteriormente, se refiere al canje de prisioneros, obtenido por Chile, merced a las gestiones efectuadas en su nombre, por los dignos representantes de S. M. B. en Lima y Santiago.

El Ministro residente de S. M. B. en Lima, honorable Spencer Saint John, en nombre del Gobierno de Chile, y debidamente autorizado por él, firmó un protocolo en dicha capital, el 23 de Noviembre de 1879, con el Ministro de Relaciones Exteriores del Perú, don Rafael Velarde, representante de este país, por el cual se canjean los prisioneros chilenos en poder del Perú, por los prisioneros peruanos y bolivianos en poder del Gobierno de Chile.

En consecuencia, los chilenos internados en Tacna y Arequipa, fueron embarcados en Arica, con dirección a Valparaíso, el 20 de Diciembre; y el mismo día el Intendente de Valparaíso don Eulogio Altamirano hizo entrega en este puerto de los prisioneros peruanos y bolivianos, al Ministro de S. M. B. honorable John Drummond Hay, los cuales fueron conducidos a bordo del vapor “Ilo”, con pasaje al Callao.

Cada país recobró a sus hijos, confinados en tierra enemiga, que volvieron al suelo natal, a respirar nuevamente los aires de la Patria, por la que habían combatido como buenos.

No terminaremos este capítulo sin dar a conocer a nuestros lectores, la manera como los escritores peruanos han ido falsificando la historia de la guerra del Pacífico, para inflamar en la nueva generación el sentimiento patrio.

Sabido es que los generales, jefes de división, de brigada y de cuerpo, fueron enjuiciados en Arica, tan pronto como llegaron a dicha plaza con los restos del brillante ejército del sur, salvado después de Tarapacá.

Años más tarde, empezó a diseñarse la leyenda de la victoria de Tarapacá, que los periodistas han ido adornando anualmente, en la celebración del 27 de Noviembre, convertida en fecha gloriosa para los peruanos.

Los niños aprenden desde la escuela que Tarapacá constituye una victoria patria, y ya hombres creen de buena fé el tejido de fantasías que lucubran las imaginaciones tropicales del Rimac.

El Perú tiene la felicidad de tener maestros de escuela entusiastas y patriotas.

El 27 de Noviembre de 1918, el escritor don Gerardo Vargas publica en el “El Comercio” de Lima, unas reminiscencias históricas sobre la batalla de Tarapacá.

Treinta y nueve años después cae en cuenta el escritor del gran triunfo peruano, y al efecto, inserta un largo artículo, del cual extractamos algunos párrafos, para solaz de nuestros lectores.

Dice el señor Gerardo Vargas, en la citada publicación de “El Comercio”, importante diario limeño:

“Después del inesperado desastre de San Francisco, en el que se inmortalizó el comandante Ladislao Espinar, que en su glorioso y temerario avance alcanzó hasta las baterías enemigas, que vomitaban metralla desde la cima del inexpugnable montículo, nuestro ejército se dirigió a Tarapacá, con el objeto de organizarse y *volver a presentar batalla*.

Estaba empeñado en esta labor, cuando le sorprendió en el fondo de la quebrada, donde queda situado el expresado pueblo, una fuerte división chilena de las tres armas, al mando del general (?) Arteaga; de manera que, desde el primer momento, el combate se presentaba para nosotros en condiciones desfavorables, máxime si se tiene en cuenta que no contábamos con artillería ni caballería. Pero el patriotismo y valor de nuestros soldados suplió la deficiencia del número y de los elementos de defensa que opusimos a los poderosos del invasor.

Esta lucha, que renunciamos a historiar en todos sus brillantes episodios, fué homérica, cuerpo a cuerpo; los batallones *Iquique* y *Loa* (boliviano), de la división que comandaba el coronel José M. Ríos, dispersó a la caballería enemiga en su carga avasalladora: “los cuadros que estos cuerpos formaron, recuerdan las épocas de las luchas antiguas”; los batallones *Zepita* y *2 de Mayo* arrebataron su artillería al enemigo.

El triunfo de la batalla de Tarapacá, “primer laurel que arrancamos al árbol de la victoria, como dijo el poeta, en nuestra guerra con Chile”, se debió en gran parte al valor y talento militar de los coroneles Andrés Avelino Cáceres y Francisco Bolognesi. Así lo hace constar, también, el coronel Belisario Suárez en el parte oficial de esta batalla.

En su retirada hacia Arica, nuestro ejército victorioso en Tarapacá, recorrió 546 kilómetros, o sea 26 kilómetros por día, sin auxilios para la vida, sin respeto y la consideración que merece el hombre como ser que sufre y siente y sin que nada justificase que aquella gran falanxe venía acompañada de la victoria. ¡Llegó a hacer etapas de 40 y 50 kilómetros por día!

¡Y qué parajes y qué senderos y precipicios los que, en su retirada, vencieron esos hijos de Marte!

Al ser noticiado el general Buendía de que fuerzas enemigas habían salido a interceptarle el paso, cambió el itinerario que se había trazado; hizo grandes rodeos, alcanzando hasta las vecindades de la boratera de Chilcaya, límite internacional con Bolivia.

Solo la retirada de Napoleón I en su campaña a Rusia, puede compararse a la de nuestro ejército de Tarapacá; no registra otra igual la historia, llevada a cabo por “asperísimas cuestas y esto junto con la desigualdad de alturas y de clima”.

Hasta aquí el señor Vargas en su exaltación lírica.

Desde entonces, año por año, aumentan los festejos del 27 de Diciembre, en que los peruanos celebran el aniversario de su auto victoria.

Recuerdan que un soldado del batallón Guardias de Arequipa, llamado Mariano de los Santos, conquistó el estandarte del 2º de línea, pero se guardan de decir que la reliquia yacía en tierra, por muerte de toda la escolta, sacrificada al pie de la bandera, la que por otra parte fué recuperada en Tacna y, entregada al regimiento en Lurín, pocos días antes de la marcha sobre Lima.

Pero si nuestros vecinos del norte se complacen en fabricarse esta sola victoria, durante la larga campaña, no hay inconveniente; que la celebren, que la enaltezcan.

Sus gritos de entusiasmo no empalidecen los triunfos que caracterizan la captura de la provincia de Tarapacá, merced al esfuerzo, al valor del ejército y armada.

Tal lo comprendió el honorable Senado, al aprobar por unanimidad el siguiente proyecto de acuerdo, presentado por el señor Benjamín Vicuña Mackenna, senador por Coquimbo: **“La Armada y el Ejército merecen bien de la Patria”**.

LA CAMPAÑA DE TARAPACA.